BIBLIOTECA CLÁSICA

TOMO CVII

QUINTO CURCIO

DE LA VIDA Y ACCIONES

DE

ALEXANDRO EL GRANDE

TRADUCIDO POR

D. MATEO IBÁÑEZ DE SEGOVIA Y ORELLANA

TOMO I

MADRID
LIBRERÍA DE PERLADO, PÁEZ Y C.ª
(Sucesores de Hernando)
Calle del Arenal, núm. 11.

1914

QUINTO CURCIO

DE LA VIDA Y ACCIONES

DE ALEJANDRO EL GRANDE

Curtius Rufus, Quintus

BIBLIOTECA CLÁSICA

TOMO CVII

DE LA VIDA Y ACCIONES

DE

ALEXANDRO EL GRANDE

POR

QUINTO CURCIO RUFO

TRADUCIDO
DE LA LENGUA LATINA EN LA ESPAÑOLA
POR

D. MATEO IBÁÑEZ DE SEGOVIA Y ORELLANA

MARQUÉS DE CORPA
CABALLERO DE LA ORDEN DE CALATRAVA

TOMO I

MADRID
LIBRERÍA DE LOS SUCESORES DE HERNANDO
Calle del Arenal, núm. 11.

1914

MADRID.—Imprenta de Perlado, Páez y C.ª, Quintana, 33.

PRÓLOGO AL LECTOR.

El universal aplauso que han merecido las traducciones que en este siglo se han hecho en la lengua francesa, por la aplicación y felicidad con que se han dedicado sus más eruditas plumas á ilustrarla, reduciendo á ella los más doctos escritores Griegos y Latinos, dió ocasión en cierta conferencia literaria á que se controvirtiese si podrían lograr igual ó superior acierto las que en nuestra lengua española se hiciesen de los mismos originales griegos y latinos. Abogaba tibiamente á favor de ésta la común experiencia de las pocas á quienes en ella se les puede conferir dignamente; pues sacadas las que hizo Alonso de Palencia de Plutarco, y otros, las cuales, en medio de haberse escrito en tiempo que aún no había llegado la lengua á verse en la hermosura y ornato con que hoy se halla enriquecida, man-

tienen sin embargo tan gran nervio y elocuencia, que sin hacerlas desapacibles su ancianidad, pueden servir de modelo seguro á todos los que las emprendieren: la del P. Fray Luis de Granada del libro de la *Imitación de Cristo*, del P. Kempis, impresa en Madrid el año de 1567; las del P. Rivadeneyra de las *Meditaciones, Soliloquios* y *Confesiones* de San Agustín. Las de la tragedia latina de Lucio Anneo Séneca, que intitula *Las Troyanas*, y la de Pomponio Mela, por D. José Antonio González de Salas. La de los libros de *Beneficios*, de Séneca, por Fray Gaspar Ruiz Montiano, con quien no es comparable la de D. Pedro Fernández Navarrete. La del *Panegírico* de Plinio á Trajano, por el jurisconsulto D. Francisco de Barreda. La del opúsculo que debajo del título de *Gobierno de los Príncipes* corre por de Santo Tomás, y con no pocos valedores esta opinión contra tantos como se oponen á ella, por D. Alonso Ordóñez de Seijas y Tovar, que también tradujo con no menor acierto la *Poética* de Aristóteles. La de Tácito, por D. Carlos Coloma, justamente celebrada de los que alcanzan á conocer sus primores, y á diferenciar las crecidas ventajas con que excede á tantas como se han hecho de este autor, unas medianamente razonables, y otras sumamente infelices. La de *La Capa*, de Tertu-

liano, por D. Esteban de Ubani. La de la *Apología* y de otros tratados del mismo autor, por el P. Fray Pedro Manero, dignas de las mayores alabanzas por el gran acierto con que expresan la viveza y valentía de sus conceptos, en medio de las ingeniosas obscuridades (según las llama Lactancio) y de las estudiadas tinieblas (según San Agustín) que se ofrecen en aquel africano, ocasionadas de las figuras griegas que usó en estilo latino. Las que hizo D. Francisco de Quevedo, peregrino ingenio de nuestro siglo, del lírico poeta griego Anacreonte, que no imprimió, y cuyo original pára en mi poder con muy eruditas notas, y la que corre de la *Vida de Marco Bruto*, sacada del texto griego de Plutarco, que tan siniestramente han publicado algunos, fué de la traducción francesa del señor Amiot, como se reconoce de los primorosos aciertos de aquella, y de los continuados defectos que en ésta notan sus mismos franceses, y entre otros el señor de Hedoville; el cual, con ocasión de ponderar la destreza con que tradujo del griego Mr. Lefevre la *Vida de Teseo*, del mismo Plutarco, añade: que por la impropiedad, rudeza y obscuridad de las de Amiot, se debe desear saque Lefevre las demás. Pero hizo el año de 1666 el *Abad Tallement*, con tan grande acierto, que logra el primer crédito

este trabajo, y otras cuyo número difícilmente llegará al de las referidas. Todas las demás que corren en nuestra lengua, haciendo considerable ofensa á los autores que traducen, más las sirven de descrédito y ultraje que de lustración y adorno.

Este desengaño, y el de la inaplicación que generalmente se experimenta hoy en España á las buenas letras, hizo negar á casi todos los concurrentes que pudiesen ser las superiores, y desconfiar á muchos de que llegasen á igualarlas. Movida, pues, mi cortedad, aunque tan excesivamente inferior á la suficiencia de aquéllos, del crédito de nuestra lengua, venciendo á esfuerzos del natural amor á ella los estorbos que la ofrecía la medrosa desconfianza del propio conocimiento, y fiando de la laboriosidad y el estudio lo que no debía esperar de mi ingenio, resolví reducir á ella algún historiador latino que fuese objeto digno de mi empresa. Y siendo uno de los más celebrados entre los antiguos Quinto Curcio, por la hermosa variedad de su materia, por la forma y el todo de sus circunstancias, y quien hoy corre con mayor crédito traducido en la lengua francesa por el señor de Bougelas, habiendo comprado éste al precio inestimable de los años los aciertos que le confieren, pues si creemos al que publicó

este trabajo, pasaron de treinta los que gastó en él, plazo que aun en menor número y en materia de mayor consecuencia le juzgó Tácito en el tratado de las *Acciones* de su suegro Agrícola por uno de considerables de la vida humana, me pareció hacer elección de éste, para que á vista del cotejo se pudiese decidir mejor la suscitada controversia, atribuyendo los desaciertos en que mi traducción le fuere desigual á defecto de mi sufi ciencia, y los primores en que (por acaso) le fuere superior, á la fertilidad de nuestra lengua, cuyas excelsas ventajas á la francesa son tan notorias á todos los que con desinteresado ánimo las han juzgado, que sólo ellas pudieran haberme alentado á esperar lo que de menos poderosa causa no debía prometerme; dictamen en que, purgándome de las sospechas de apasionado por mi propia lengua, me ha confirmado con el suyo un erudito moderno y extranjero, el cual, en la genealogía que escribe de la casa de Austria, llegando á tratar de la majestad del rey D. Felipe IV, nuestro Señor, y á ponderar su religión, su piedad y su reverencia á la Santa Sede, produce en mayor crédito de ella una carta que escribió de su propia real mano á la Santidad de Alejandro VII, en respuesta de un Breve en que le participa su ascensión al Pontificado, y antes de ha-

cerlo dice: «Ofreceríala en lengua latina, si en medio de ser la española hija suya, no excediese aun á su misma madre en la gravedad de su carácter, en la posesión de su lacónica frase, en la majestad de sus palabras y en lo exquisito de sus peregrinos y vivaces conceptos.» Con el fin, pues, propuesto, he aplicado en esta traducción todo el cuidado que he juzgado capaz de su logro, poniéndole en la observación de las leyes que nos prescriben los aciertos de las que corren más celebradas, sin estrecharme á la rigurosa severidad con que algunos quieren que sea la versión tan fiel y puntual que no se mude una sílaba ni coma, pues como advirtió San Jerónimo: «De la manera que no es injuria de la sentencia, sino adorno suyo cercenarla lo superfluo, tampoco infidelidad sino aliño añadirla para perfeccionarla.» Tampoco me he adelantado á usar de la relajada licencia del paráfrasis, «porque ésta no sólo es interpretación de la letra (según el sentir de Quintiliano), sino una libre y arbitraria declaración de sentidos, expresada con abundancia de palabras». He tenido por regla el seguro medio que entre estos dos viciosos extremos siguió Cicerón traduciendo las oraciones contrarias de Esquines y Demóstenes, que fué el trasladar la viveza de la sentencia y convertir en majestad latina la pom-

pa griega, copiando (como él dice) la imagen, no los colores, pesando y no numerando las palabras y atendiendo al valor antes que al número. Porque como enseña San Jerónimo, el que traduce no ha de mirar á la material significación de la voz, sino á la correspondencia que tiene en el idioma en cuya lengua traduce; precepto de cuya observancia se hallan tan lejos todas las traducciones que hoy publican los nuestros, que no sólo faltan á la debida proporción y equivalencia de las voces, dejándose llevar de las extrañas, que muchas veces ó no tienen en la propia la misma viveza, ó están recibidas en diverso sentido y significación, sino también de las frases y dialecto de la lengua que traducen, de que nace que teniéndole cada uno distinto, quedan tan ásperas, desabridas, obscuras y en muchos lugares expresados los conceptos en muy contrario sentido al que se ofrece en los originales, que más parecen abortos de extranjeras plumas que partos de naturales ingenios.

No he puesto menor diligencia en examinar gran parte de los muchos ejemplares que hay de nuestro autor, entre quienes sigo ordinariamente los que publicó el P. Radero, y después de él Juan Freinshemio, como más correctos. Tampoco he omitido la de reconocer cuidadosamente las tra-

ducciones que se ofrecen en la lengua italiana y francesa, y entre otras la que en aquélla publicó Tomás Porcacho en Milán el año de 1528 con algunas notas, cuyo estilo tiene igual falta de pureza que de aliño, y la que he referido corre con tan merecido crédito en Francia de Mr. de Bougelas, al principio de la cual se ofrecen los dos primeros libros, que suplió á Curcio Freinshemio, si bien no traducido por él, sino por Mr. de Rier, á cuya imitación le he seguido, así porque en el todo de la obra se pueda hacer mejor el cotejo, como por las ventajas de este suplemento al antiguo, el cual no dejó de valerme en algunos lugares, que juzgo mejorados en él.

Quise exornar esta obra con algunas notas; pero considerando que para los eruditos eran superfluas, así por no necesitarlas, como porque aun cuando las apeteciesen, no pudiendo yo adelantar nada á lo mucho con que han enriquecido á este autor el P. Radero, el mismo Freinshemio, Blancardo, Locenio, Erasmo, Hutenio, Clareano, Hæningero, Accidalio, Francisco Medio, Tito Poppma, y sin otros últimamente, Phelipo Carolo, el P. Michael Pellier, de la Compañía de Jesús, para el uso del Serenísimo Delfín, en ellos hallarían cuanto deseasen, desistí de tan poco fructuoso material trabajo.

Lo que sí me ha parecido preciso, es dar alguna noticia de quién fué Curcio y un juicio de su obra, deducido de los autores que pudieron hacerle con más acierto, ó de alguna parte ó del todo de su historia, en que seguiré muchas veces la finísima crítica de Juan Gerardo Bosio y de Francisco la Motte le Bailler, holandés el uno y francés el otro.

Fáltame por advertir que no pretendo arrogarme ni la gloria ni la osadía de haber sido el primero en emprender este trabajo en nuestro idiomia; que ya sé que el año 1518 le dió á luz pública en Sevilla Pedro Cándido de Zimbre, y que también lo hizo el de 1534 el licenciado Gabriel de Castañeda. Del primero debo la noticia á la doctísima Biblioteca Hispana, que para segura norma y acertado modelo de los que las formaren (según el sentir de los primeros críticos de la Europa), y entre otros, de Morovio, eruditísimo alemán, en el juicio que hace de todas las bibliotecas, dejó escrita nuestro eruditísimo D. Nicolás Antonio, varón verdaderamente grande por sus copiosísimas letras y ejemplares virtudes y merecedor de más feliz siglo. Pero por grande que ha sido el cuidado que he puesto en descubrirle, no lo he podido conseguir, por cuya causa tampoco decir el que merece. D. Nicolás Antonio duda

si fué español ó extranjero, y dice que fácilmente se persuadirá á que se le equivocase con Pedro Cándido de Zimbre, maestro que fué de breves de Nicolao V, aunque éste nunca tuvo comercio alguno con la lengua española, que tradujo sí del griego en latín á Appiano Alejandrino.

La traducción de Castañeda he visto con mérito capaz de que se me permita decir de ella que aun cuando se hubiese valido este autor de ejemplares menos corrompidos que los que él mismo confiesa tuvo y manifiesta la obra; y aun cuando guardase las leyes de una severa traducción, ó produjese las utilidades que suelen dar de sí las paráfrasis, y de que está tan lejos que sólo se reconoce en ella una distinta mezcla de ambas cosas, vende á tan caro precio las noticias que ofrece, que no siendo éste menos que el de una considerable porción de paciencia, apenas hay, aun en los que por falta de inteligencia de la lengua latina no tienen otro recurso en donde buscarlas, quien se halle con fuerzas para tolerar la molestia de su narración, queriendo antes carecer de aquéllas que pasar por semejante fatiga. Si bien no se le puede dejar de estimar el buen celo que tuvo de comunicar esta historia, tal cual esté, á los que se hallaban imposibilitados de lograrla por otro medio, así como ni tampoco dejarse de

admitir con la benigna gratitud que espero el que me ha movido en mayor crédito y desempeño de nuestra lengua, aunque enteramente no consiga el fin propuesto.

Vale.

BREVE NOTICIA

DE

JUAN FREINSHEMIO Y QUINTO CURCIO

Y JUICIO DE SU OBRA.

Escribió Quinto Curcio Rufo las Accionès de Alejandro en diez libros, de quienes nos ha defraudado la injuria del tiempo dos, el principio del sexto y algunos lugares del último. Y si bien no ha faltado alguno que afirme los vió en Viena en la biblioteca de Wolfango Lacio, ninguno se persuade á su existencia. Esta pérdida la suplió primero Cristóbal Bruno, y no Quinciano Stoa, como han querido muchos de Arriano, Diodoro, Justino y otros autores, que dejaron escrito de las acciones de Alejandro, y úlmamente Juan Freinshemio, con tanta mayor extensión, dulzura y elegancia que hemos seguido antes en los dos primeros libros su Suplemento, que el de Bruno, si bien en los demás lugares faltos nos servimos de él. Fué Freinshemio alemán, nació en la ciudad de Ulma, en Suabia, el año 1608. Ejercitóse en los estudios de las leyes

en la Universidad de Murpug y Guisen, de donde pasó á Strasburgo. Incluyóse allí por medio de algunas poesías que compuso en la amistad de Matías Berneggero, el cual le franqueó su numerosa librería. Enriquecióse en ella de las copiosas noticias de que están llenos sus escritos. Pasó después á Francia, donde fué recibido entre los intérpretes del rey; permaneció en este empleo por espacio de tres años, al fin de los cuales se volvió á Strasburgo el de 1637. Movido poco después de las grandes conveniencias que le ofreció la Universidad de Úpsal en Suecia, porque fuese á servir la cátedra de Elocuencia, pasó á hacerlo, con cuya ocasión gustó la reina Cristina de Suecia de tenerle cerca de sí, señalándole dos mil escudos de renta. Pero no pudiendo tolerar su débil complexión la rigurosa aspereza de los fríos de aquel clima, se halló necesitado á dejar las honras y conveniencias que en él gozaba y á volverse á su patria, no sin gran disgusto de la reina por la pérdida de un varón tan erudito, el cual, además de la perfección con que poseía las lenguas hebrea, griega y latina, usaba con la misma de todas las vulgares de Europa. Estas grandes partes obligaron al elector palatino, deseoso de restablecer la Universidad de Heidelberg, á que le nombrase en ella por profesor honorario con el título de consejero electoral; pero retiróse después con su familia el año de 1656, y murió cuatro después, en edad de cincuenta y dos. Hizo los suplementos de Tito Livio, dispuestos en sesenta libros, los cuales se imprimieron primero

en Strasburgo el año de 1654, y los de nuestro autor, como hemos referido, ilustrándole con muy eruditas notas.

Por lo que mira á Quinto Curcio, es materia muy controvertida entre los autores si se debe entender de la memoria que hace Cicerón en una de sus epístolas de un Curcio, ó del de quien habla Suetonio como de un retórico grande del tiempo de Tiberio, de quien más largamente dice Tácito: «Que según la opinión de algunos, fué hijo de un gladiador; que desde la edad juvenil siguió en Africa al cuestor á quien tocó aquella provincia; y que hallándose en Abrumeto al mediodía paseándose pensativo debajo de unos soportales, se le apareció una sombra en forma de mujer, mayor que humana, de quien oyó esta voz: Tú eres Rufo, aquel que vendrá á ser procónsul en esta provincia (cuyo noticia refiere también Plinio el menor). Que con este agüero, lleno el corazón de grandes esperanzas, se volvió á Roma, donde con la liberalidad de sus amigos y con su ingenio altivo, alcanzó el oficio de cuestor; y después, entre muchos nobles competidores, por voto del príncipe, la Pretura; cubriendo Tiberio la bajeza de su nacimiento con estas palabras: A mí me parece que Curcio Rufo es hijo de sí mismo. Que con esto, y con vivir después muchos años, siempre maligno adulador con los mayores, arrogante con los inferiores y con los iguales insufrible, alcanzó el imperio consular, las insignias triunfales, y á lo último el gobierno de Africa, donde muriendo cumplió el pronóstico fatal.»

No pretendo detenerme en la averiguación de los lugares de su libro cuarto, donde habla de Tiro, ni en el del décimo, donde hace una digresión sobre la felicidad de su siglo, porque cualquiera los aplica según es su sentir. Sólo diré que habiendo vivido largos años, le facilitaron éstos pudiese ser el mismo de quien Suetonio y Tácito hablan, no habiendo corrido más de treinta y dos desde el último año de Tiberio hasta el primero de Vespasiano, tiempo en que le colocan los que se han desvelado en la averiguación de su siglo. Pero tengo por ocioso referir la diversidad de opiniones que hay sobre esto, pudiendo verse juntas todas en Juan Gerardo Bosio y en Radero, comentador de Quinto Curcio. Posible es que fuese hijo de aquellos que nombran Cicerón y Suetonio, y también que no tuviese que ver con todos los precedentes, atendiendo, como repara muy juiciosamente Francisco de la Motte le Bailler, á que ni Quintiliano ni alguno de los antiguos hicieron la menor mención de él ni de su historia; cosa tan extraña en quien no dejó de nombrar historiador alguno de su consideración en el libro décimo de sus *Instituciones* escritas debajo del imperio de Domiciano, que no es dispensable igual silencio, sino presuponiendo que no se había aún publicado en su tiempo la obra de Quinto Curcio.

Por lo que mira á su historia, sin duda puede consolarse Alexandro de que si no tuvo como Aquiles un Homero por pregonero de sus alabanzas (valiéndonos de las mismas palabras á que le precisaron usase sus celos), logró entre los

latinos un historiador de su vida como Quinto Curcio, porque verdaderamente es uno de los mayores que tuvieron y que por la excelencia de su estilo merece se le repute por más antiguo que Tito Livio y Patérculo.

Procede con grande juicio en abstenerse de las noticias del falso Calisthenes (el verdadero citado por Plutarco no existe), que dió á este monarca un Nectanebo mágico por padre en lugar de Philipo, representándole con más propiedad un Roldán ó un Amadís que un verdadero conquistador. La distribución que hace Enrique Glareano de la historia de Quinto Curcio en doce libros, restableciendo los dos primeros y dividiendo los otros diez en lugar de los ocho ordinarios, no ha seguido persona alguna. Pero en cualquiera que se disponga, siempre será tenida por digna de su materia, y su autor del elogio que insolentemente y sin merecimiento alguno se atribuye un Aminciano de haber en alguna manera igualado por su estilo las admirables acciones de Alexandro.

No le han faltado (como ni tampoco á los demás) á Quinto Curcio las objeciones de algunos rigurosísimos críticos. El mismo Glareano que he citado, le culpa de haber puesto con muy mala geografía el Ganges de la parte meridional, de haber confundido el monte Tauro con el Cáucaso y de hacerse risible tomando el Tarartez de Plinio por el Tanais; pero se le puede excusar con que estas últimas equivocaciones no son suyas, y que como autor latino siguió á los griegos, de quienes se valió para su historia. Y con efecto, Stra-

bón advierte en el libro quince de su geografía que los macedones llamaron Cáucaso lo que no era sino una parte del monte Tauro, por ministrar más materia el uno que el otro para las fábulas, con quienes gustosos lisonjeaban la ambición de Alexandro y la suya. Y en cuanto al curso del Ganges, aunque sea cierto el que hablando generalmente desciende del Septentrión al Mediodía, sin embargo, Strabón añade que halla opiniones que le obligan á derrotas diferentes y que en fin lleva todas sus aguas de la parte de Levante. Mascardo censura á Quinto Curcio en parte diversa, porque le parece que es excesivo en el uso de las sentencias (en cuyo dictamen le sigue también el Padre Moyne en su *Arte de historia)*, y aunque se halla obligado á confesar que todas las de este autor son muy hermosas é ingeniosas, le culpa de no haberlas usado siempre con juicio y algunas veces con desproporción á la calidad de quien las dice, como lo pretende manifestar en la oración de los scitas á Alexandro, según se lee en el libro séptimo, en que también concurre el Padre Rapín, varón eruditísimo de nuestros tiempos, hijo de la sagrada religión de la Compañía de Jesús y francés de nación, aunque alabándola de muy elegante y pulida. Si bien Francisco la Motte le Bailler, haciéndose cargo de la objeción del primero, porque el segundo escribió mucho despues, dice que la leyó muy repetidas veces respecto de esta imputación, pero confiesa que fué con bien diferentes ojos que Mascardo. Que difícilmente se persuade á que el fin de ella sea

sólo el de agradar, pues tiene toda esta oración por tan ajustada á la persona de los embajadores scitas, que la expresan, así por lo que mira á las sentencias, como por lo que concierne á lo demás de sus partes, que en su dictamen pasa por una copia sacada del verdadero original de Ptolomeo, de Aristóbulo, de Calisthenes, de Onesicrito, ó de otro de los que como ellos se hallaron presentes cuando se pronunció, y tuvo la curiosidad de insertarla en la historia de este monarca.

Y á la verdad, dejando á una parte la propiedad con que refiere el presente de los bárbaros, de un par de bueyes, de un arado, de una taza y de una flecha, el proverbio griego de las soledades de su patria está admirablemente aplicado; y aquella pintura scítica de la fortuna sin pies, cuyas alas no se pueden detener por más que da las manos, tiene incomparables gracias en su expresión. Pero aunque todo esto se proporcione prodigiosamente con los que las pronuncian, hallo que es aún con mayor conformidad en el uso de las sentencias que Mascardo y Rapín censuran; y si alguna vez fué estimable el *decorum* de los latinos, ó lo que deben observar más cuidadosamente los retóricos, creo es á quien donde con mayor puntualidad ha guardado Quinto Curcio las leyes. Los que saben la licencia con que los scitas y los tártaros usaban de las fábulas en sus discursos, y que así como los demás pueblos orientales no hacían algunos sino mezclados de parábolas, admirarán el juicio de este historiador en la más sentenciosa parte de la oración de

que hablamos, donde verosímilmente han hallado estos autores tanta materia para reprenderle. «¿Ignoras (dicen aquellos embajadores á Alexandro) que los más corpulentos árboles, los cuales han necesitado de largo tiempo para su aumento, se pueden en un instante derribar y arrancar de raíz? No es prudencia atender sólo al fruto que producen, sin considerar su exaltación y el peligro de su caída. Advierte que si quieres subir hasta lo más encumbrado, podrá ser que te enredes entre las últimas ramas y caigas con ellas. El león por grande y feroz que es sirve tal vez de alimento á los menores pájaros; y el hierro, en medio de su dureza, de ordinario se ve consumido por el orín; finalmente, nada hay en la naturaleza tan fuerte que no pueda menoscabarse por lo más débil y al parecer menos vigoroso.» Estas son las sentenciosas expresiones de que se forma, las cuales, en vez de ser reprendidas de indecentes como pronunciadas por los scitas, se deben estimar sumamente, á causa del aire que conservan de su patria y de aquel raro modo de expresar sin mezcla alguna del griego ni del latino.

La gran rigidez con que el P. Rapín quiere al historiador que procura formar por medio de sus reflexiones, le nota de otros defectos. Llegando á proponer la pureza de estilo que se ha de observar en la historia, el cual no debe tener nada de impropio, de extraño, de duro, de osado ni de obscuro, en que pondera cuánto excedió Herodoto á todos los griegos, y Julio César á todos los

latinos, dice de Curcio: que por haber puesto tanto cuidado en lo pulido, perdió aquel grande y majestuoso aire que hace tan recomendables á Salustio y á Tito Livio. Porque se ofrece muy florido en muchos lugares, como son al principio del libro tercero, en el de la descripción del río Marcias, en el del suceso que refiere en el libro cuarto de Abdolomino, el cual pasó desde la humildad de jardinero á la soberanía de rey; el del sitio de Tiro y el de la licenciosa vida de Alexandro cuando se dejó vencer de las delicias de Persia, después de haberse mostrado invencible en los peligros de la guerra; el en que refiere los sentimientos de Sisigambis por la muerte de este príncipe, y otros muchos en quienes dice que se reconoce una afectación de elegancia impropia de la gravedad de la historia, en la cual no es tolerable afectación alguna. Si bien volviendo á notarle de lo mismo en el último párrafo de sus reflexiones, donde hace un juicio general de los historiadores, dice que aunque no se le puede dejar de culpar su demasiada pulidez, tampoco excusarle la alabanza que merece por lo que se aventaja en el grato y natural modo de describir las costumbres (cuyo perfecto carácter se perdió en los siglos que le sucedieron), y por la sinceridad con que procede en referir tan igualmente las virtudes de Alexandro que sus vicios, sin dejarse llevar de merecimiento de su héroe; pero que es culpable algunas veces en uno y otro caso por el poco juicio con que en el primero le describe alabándole acciones que no lo merecen, y por la falta de decoro y de

discreción con que refiere en el segundo otras por infames, indignas de que ocupen lugar en la historia; en cuya comprobación dice así:

«No siempre tiene Curcio razón de ofrecer á Alejandro tan admirable; porque aunque de ordinario nos le manifiesta eligiendo el partido más heróico y más arriesgado, nunca el más prudente. El peligro siempre se halla sujeto á él. No son las conquistas las que apetece, sino la gloria que le resulta de ellas. Pudo aprisionar á Darío, acometiéndole de noche y venciendo su flaqueza, en medio de ser el ejército enemigo dobladamente más numeroso que el suyo. Pero aquel gran héroe, menos atento á vencer que á dar motivos para la admiración de su valor, acometió al rey de Persia en mitad del día, resuelto á perecer antes gloriosamente que á vencer por medios astutos. Ofrecióle Darío después de su rota dividir con él el Asia, proponiéndole el casamiento de su hija; pero quiso antes Alejandro encaminarse á la gloria por el peligro que llegarse á ver señor de la mitad del Asia tan tranquilamente. Y así no dió oídos á estas proposiciones, ni quiso nada sino es por medios extraordinarios, sobre cuyas acciones hace gran ponderación su historiador. Pero en medio de tanta gloria, ¿no falta algo de razonable en ella? ¿No hace á su héroe más atrevido que prudente y más arriesgado que ambicioso? Hale juzgado en esto más prodigioso sin duda; pero también nos ha dado motivo para dudar si es romano, ó algún historiador que dejó pensionado para esto. Tanto importa á un autor dirigirse en todo por

al razón, con la cual debe siempre medir sus conceptos, y seguir antes la naturaleza de las cosas que las hermosas ideas de su imaginación.»

Por lo que mira á los infames vicios que refiere de Alejandro, y de que le censura Rapín, lo hace con estas palabras, que traslado, tanto por lo que conducen á nuestro propósito, cuanto por lo que pueden contribuir á la enseñanza de muchos: «Mi dictamen es, que aunque en la historia no se puede referir nada que no sea verdad, tampoco decir todas las verdades, especialmente algunas que miran á los Soberanos, con quienes es preciso dispensar tal vez, en cuya consideración pudiera haber excusado Quinto Curcio las indecencias que refiere de Alejandro. Las diademas son tan privilegiadas como acreedoras á todos respetos; y así debemos tratarlas decorosamente, sin dejarnos llevar de la libertad; podemos representar los vicios de sus personas, pero sin tocar en nada que ofenda á su dignidad ni que disminuya lo que es tan debido á su grandeza.»

En cuanto á las oraciones de la Historia de Curcio, procede Rapín, no menos rígido censor que Mascardo; pues demás de conformarse con él en lo que dice de la de los scitas, añade que la que supone hizo Darío antes de la batalla de Arbela en el libro cuarto, es muy estudiada, muy fina y muy larga. Que la que se ofrece al fin del libro sexto en voz de Philotas, acusado de haber conspirado contra Alejandro y cercano á su muerte, es con expresión tan tranquila y tan dulce como pudiera si se hallase en una función de gran gusto:

sobre lo cual concluye con que siempre será del sentir de Cicerón, el cual tratando de las oraciones de Thucídides, dice discretamente: «Téngolas por muy hermosas, pero si quisiera imitarlas no podría, ni quisiera aunque pudiese.»

Pero en medio de venerar los reparos de varón tan erudito, no me detendré tanto á extrañar éstos, ni los que miran á la geografía y á la retórica, cuanto á culpar antes á Quinto Curcio, con Bailler, por lo que toca á la moral, en que verdaderamente no se le puede excusar; porque después de haber reconocido en más de un lugar como Alejandro se sirvió del eunuco Bagoas para lo mismo que le hizo tan poderoso en la gracia del rey Darío, sin detener mucho la consideración en el valimiento que tuvo Ephestión, pues no le fué tan ignominiosa ni tan culpable como algunos han querido, es digno de extrañeza que no reparase en decir que todas las inclinaciones de Alejandro fueron naturales y permitidas. Hácelo, cuando habiendo representado la muerte de este príncipe, examina después sus virtudes y sus vicios, usando de estos propios términos: «¿Cuál fué su benignidad con la mayor parte de sus confidentes? ¿Cuál el afecto á sus soldados? ¿Y cuál su continencia con las mujeres?» Como si aquella pasión infame que tuvo por Bagoas no fuese contra la naturaleza, cuando mucho tiempo antes, en medio de las tinieblas del paganismo, Phocídides observó en uno de sus versos que los brutos mismos aborrecían este género de ayuntamiento. Y cuando Platón, por infamado que estuvo en esta torpeza, re-

conoció después en el libro octavo de sus leyes que antes del mismo siglo de Layo, este ejemplo de los brutos ocasionó que se llamase el amor de varón pecado contra la natura. Verdaderamente que el yerro de Quinto Curcio no se puede paliar por más que se alegue la licencia grande de los gentiles, así griegos como latinos, sobre esta materia.

Lo que con razón merece alabarse en Curcio es la cordura y atención con que procede en la credulidad de los prodigios, en que le hace superior á los griegos Francisco la Motte le Bailler, en medio de que confiesa lo retenidos que son en darla á ellos.

No es necesaria mayor prueba que la que ofrece describiendo una ó dos fuentes milagrosas que brotaron luego que Alejandro campó cerca del río Oxo. Arriano dice que la una de aceite y la otra de agua clara, sin parecerle que ocasionaría el menor escrúpulo á la credulidad de sus lectores. Quinto Curcio en el libro séptimo no habla de la fuente de aceite; refiere, sí, que abandonando unos pozos, se halló una en la tienda del rey, y que habiéndose descubierto tarde, se dispuso corriese la voz de que había sido nueva, gustando el mismo Alejandro se creyese gracia del cielo y don del dios. En mayor prueba de la circunspección con que trató siempre este historiador los casos que pueden causar extrañeza, pondré aqui los términos de que se vale para la narración de aquel perro que se dejó cortar los miembros uno á uno en el reino de Sophista, antes que soltar y dejar la pre-

sa del león: «Confieso (dice) que refiero más de lo que creo; pero como no me obligo á asegurar lo que dudo, tampoco á dejar de decir lo que he sabido.»

También es digno de advertirse el lugar del mismo libro, donde refiere que en la enfermedad de Ptolomeo mostró una serpiente á Alejandro en lo más profundo de un sueño la hierba que había de sanarle. Con semejantes protestas y moderación, la cual acredita el juicio del escritor y que no pretende la credulidad de los lectores, se puede referir cualquier suceso.

No se ofrece en toda esta obra más carta que la que su autor refiere de Alejandro á Darío, sin que tenga otra digresión que la del libro décimo, de quien he tocado algo, lo cual mira á la felicidad del pueblo romano, reunido en el tiempo que Quinto Curcio escribía debajo de un gran emperador, tomando ocasión para hablar de esto de las divisiones que hubo entre los macedones después de la muerte de quien los había constituído monarcas del mundo. Porque no se debe tener por digresión el discurso del modo de vivir de los indios con la descripción de sus tierras, que se ve en el libro octavo, por no haber en ella nada que no sea del propósito que tomó el historiador, no pudiendo tratar bien los sucesos de Alejandro en la India sin dar una sumaria noticia de lo que era aquella provincia. Con que no restando otro reparo sustancial que expresar en este juicio, le pondremos fin; advirtiendo que en medio de lo referido, ninguno entre los historiadores latinos

ha logrado, según el sentir de Bailler, más universal aprobación y aplauso que Quinto Curcio; porque aunque unos celebran el estilo de Tito Livio y otros el de Tácito, todos convienen en que mirando el conjunto de su historia excede á las demás latinas.

El sentir de Justo Lipsio, repetido por mí en otra parte, es de que los príncipes no deben tener otra lectura más ordinaria que ella, y que harán bien de traerla siempre entre las manos. Y á la verdad son, además de las grandes utilidades que hallarán en ella los príncipes para el alma, considerables los provechos que sacarán por la agilidad, disposición y sanidad del cuerpo; á cuyo propósito es muy digna de este lugar la noticia que se ofrece en la Historia de los Embajadores, de un Lorenzo de Médicis, al cual le deleitó tanto cierto tratado de Conrado Tercero del nombre, que creyó haber debido su salud al gusto que recibió de aquella diversión. Pero es aún más vulgar la que refiere Antonio Panormitano, y repite sin muchos el Padre Sigüenza en uno de sus elocuentes y eruditos libros de la Vida de San Jerónimo, y la Historia de su Religión, el cual, tratando de Curcio, dice que hallándose el sabio rey de Aragón D. Alonso gravado de una enfermedad, para cuya curación no habían bastado todos los remedios de sus médicos, buscó algún divertimiento en la historia que examinamos, y que lo encontró con tan gran satisfacción y felicidad, que se halló enteramente aliviado, protestando en presencia de muchos vasallos y criados

suyos que de ninguna suerte estimaría tanto á Hipócrates ni á Avicena como á Quinto Curcio, á quien se confesaba deudor de su salud.

Conténtome con referir semejantes sucesos, sin pretender abogar por su certidumbre, y lo quedaré mucho más si ellos y todo lo contenido en este trabajo cede en deleite y utilidad de los lectores (1).

---

(1) Con el título de *Etude sur Quinte Curcé, sa vie et son œuvre* ha publicado en el año actual (1887) Mr. Dosson un excelente y minucioso trabajo de crítica, relativo á este escritor latino y á su historia *De la vida y acciones de Alejandro.* Mr. Dosson opina que fué escrita en el siglo I de la era cristiana, destinada al público especial que acudía á las Academias donde se daban lecturas de obras históricas y morales, y que el propósito de su autor es retratar la personalidad moral de Alejandro y la significación también moral de los acontecimientos, prescindiendo de los detalles técnicos y desconociendo el talento político de su héroe y la grande idea que tuvo al fundar su imperio universal, cuya capital fuese Babilonia.—*(Nota del Editor.)*

DE LA VIDA Y ACCIONES

DE

ALEXANDRO EL GRANDE.

SUPLEMENTO Á QUINTO CURCIO

POR

JUAN FREINSHEMIO.

LIBRO PRIMERO.

CAPÍTULO PRIMERO.

Nacimiento de Alexandro y prodigios que le precedieron y sucedieron.

Muchos historiadores griegos escribieron la vida y acciones de Alexandro, que después de haber conquistado el imperio de los persas, le transfirió á la Grecia. La mayor parte de ellos fueron testigos de tantas gloriosas acciones como obró, compañeros unos de sus victorias, é instrumentos otros de sus designios, á quienes se añadieron los que llevó el deseo de su gloria, y el de que triunfase su nombre después de su muerte; dejando por este medio á los siglos futuros el retrato de su valor y la memoria de sus acciones.

Pero en medio de que fueron grandes, la natural inclinación que tuvieron los griegos á las fábulas, ocasionó que muchos de ellos escribiesen aventuras que tie-

nen más proporción con los prodigios que silimitud con la verdad; y así, no hallo que merezcan mayor crédito otros que Aristóbulo y Ptolomeo, que reinó después de Alexandro; porque muerto este príncipe, y faltando la ocasión para el temor, sin el cual y la lisonja, que son los que de ordinario pervierten la verdad de la Historia, no tenían impedimento para la libertad de decirla; no siendo creíble que Ptolomeo quisiese deslucir la dignidad real con fábulas y fingimientos.

Halláronse ambos presentes, no sólo á muchos de los sucesos que refieren, sino concurrieron también á ellos; con que pudieron escribir con más verdad que otros; por cuya causa, siempre que los hallamos conformes, los preferiremos á los demás autores, eligiendo, cuando no lo están, entre la abundancia de tan diversas noticias, las que más se acercan á lo verosímil, después de haber cotejado exactamente las unas con las otras.

Hemos observado también que después del siglo de Alexandro todos los griegos que tuvieron algún amor á la verdad, y de más reciente memoria Diodoro Sícuio, siguieron el mismo camino; porque los romanos que se aplicaron á la Historia, contentos con escribir las admirables acciones de un pueblo victorioso, cual era el suyo, despreciaron siempre las de las naciones extrañas, teniendo éste por trabajo más útil y provechoso á sus ciudadanos. Pero así como juzgo loable su intento, espero sea acepto el que he puesto en representar á mi patria una imagen de este rey, que por sí solo conquistó en el corto tiempo de su vida mayores dominios que otros príncipes que la gozaron más dilatada. De que se podrá reconocer no es el acaso quien gobierna los sucesos del mundo, sino la fortuna, que de ordinario se proporciona con el talento de los hombres, y que no tiene larga duración la felicidad cuando no la acompaña la virtud.

Juzgo, pues, que en Alexandro concurrieron todas las prendas de talento y fortuna que se pueden desear en un príncipe que ha de llegar á tan alto grado de autoridad y poder. Los de Macedonia creen descender de Hércules y Olimpias, madre de Alexandro; deduce del Grande Aquiles el origen de su sangre y casa. No le faltaron desde su infancia ni estímulos ni ejemplos para aspirar á la gloria, maestros que le enseñasen la virtud, ni ejercicios que le adquiriesen experiencias; porque el rey Philipo, su padre, puso por medio de las continuas guerras en reputación el nombre de los macedones, despreciable antes, y los hizo formidables á los demás pueblos de la Grecia, á quienes redujo debajo de su obediencia; con que no sólo echó los fundamentos para la obra, que se perfeccionó después de su muerte, sino que muriendo con el designio de pasar la guerra á Persia, dejó crecido número de levas que había hecho, considerable porción de dinero, tropas dispuestas, y todo género de municiones, habiendo ya penetrado por medio de Parmenión el Asia.

Murió, pues, en esta sazón, como si lo hubiese hecho con el fin de dejar á su hijo tan grandes fuerzas para la guerra y la gloria de los triunfos que su espíritu se había ideado, por lo cual se dijo murió por artificio de la fortuna, la cual quiso, por decirlo así, dar sólo á Alexandro obediencia perpetua; y así la admiración que causó este príncipe, obligó á dudar muy desde los principios de sus acciones, si sería más justo tener por divino el nacimiento de tan grande varón y creerle antes hijo de Júpiter que descendiente de este Dios por los Eacidas y por Hércules.

Lo cierto es que cuando pasó á Libia á visitar el templo de Ammón, quiso le llamasen hijo suyo, como diremos después; *y que muchos creyeron que Júpiter tomó la forma de aquella serpiente que se vió entrar en la cámara y*

lecho de su madre, y que le procreó; que los sueños divinos y las respuestas de los oráculos testificaron este origen, y que cuando Philipo envió á Delphos á consultar á aquel Dios, le advirtió el oráculo venerase con especialidad á Júpiter Ammón. No faltan autores que desprecian por fabulosa esta noticia, asegurando que no sin motivo se habló de la madre de Alexandro como de una adúltera; que Nectanebo, rey de Egipto, arrojado de su reino, no pasó, como se creyó, á Ethiopía, sino á Macedonia, esperanzado en el socorro de Philipo contra el poder de los persas; que rindió á Olimpias á sus engañosas caricias por la fuerza de sus encantamientos, y que manchó el lecho de su huésped, de cuya afrenta no quedó sin las sospechas Philipo, las cuales acreditó su divorcio, habiendo sido ellas principal causa para él; que el día que Philipo llevó á su palacio á Cleopatra, Attalo, tío de la novia, tuvo la osadía de dar en rostro á Alexandro con la afrenta é infamia de su nacimiento, y que el mismo rey le declaró no había nacido de él; que la voz del adulterio de Olimpias, no sólo se dilató á nosotros, sino también á todas las provincias que este príncipe redujo debajo de su dominio; que la serpiente trae su origen de las antiguas fábulas para encubrir la infamia de esta princesa; y que los mesenios publicaron lo mismo de Aristomones, y los sicyonenses de Aristodemo. La misma voz se divulgó de Scipión, el primero que destruyó á Carthago, y el nacimiento de Augusto no dejó de tenerse también por milagroso y divino. ¿Y qué diremos, por lo que mira á Rómulo, padre y fundador de Roma, cuando no ha habido nación, por baja y despreciable que sea, que no haya atribuído á algún Dios ó á algún hombre procreado de él su origen y nacimiento?

En cuanto á la fuga de Nectanebo no se conforma con el tiempo, pues cuando fué vencido por Ocho, y echado de su reino, se hallaba ya Alexandro en edad de seis años; no siendo menos falso ni menos ridículo lo que se dice de Júpiter, cuya fábula confirmó por tal la mis-

ma Olimpias; porque asegurada después de la muerte de su marido, y burlándose de la vanidad de su hijo, que la procuraba persuadir había nacido de Júpiter, le pidió por medio de una carta *no la pusiese mal con Juno, ni la expusiese á la indignación de esta diosa, pues no había cometido contra ella culpa por quien mereciese su castigo. Y que en ocasión de pasar al Asia amonestó á Alexandro se acordase de su origen para no ejecutar acción que fuese indigna de su padre.*

Mas en lo que uniformemente convienen los autores es, en que entre la concepción y nacimiento de este príncipe, fué seguro anuncio de que había de nacer de esta princesa tan admirable héroe la diversidad y crecido número de prodigios y presagios que acaecieron. Ofreciósele en un sueño á Philipo, cubierto el vientre de Olimpias de un anillo en que estaba grabado un león, cuya memoria conservó la ciudad de Alejandría, edificada en Egipto, y por largo tiempo el nombre de Leontópolis. Aristrando, uno de los más célebres adivinos de su tiempo, que acompañó después á Alexandro y fué de quien se valió para sus sacrificios, declaró *que este sueño denotaba el valor y virtud del infante que había de nacer.*

La misma noche que Olimpias parió, fué abrasado y reducido á cenizas el templo consagrado á Diana en Épheso, uno de los más célebres de toda el Asia, é introducido el fuego por el furor de un malvado hombre, que puesto á cuestión de tormento, confesó *no haber tenido otro motivo para aquella malvada acción, que el hacer perpetuo y memorable su nombre.* Pero los magos y adivinos que se hallaban entonces en Epheso *sintieron este incendio, no sólo por la pérdida del templo, sino por creerle cierto presagio de alguna considerable ruina, de cuyos desconsolados temores llenaron toda la ciudad, diciendo se encendía en alguna parte antorcha cuyo incendio abrasaría todo el Oriente.*

Al tiempo que nació Alexandro sujetó Philipo á Potidea, colonia de los atenienses; supo quedó vencedor en los juegos olímpicos, donde había enviado cuatro carros, y por un correo, despachado por Pamenión, á quien había enviado á Ilyria, de victoria más importante, pues le avisaba haber roto y deshecho los macedones á los bárbaros en una gran batalla. En la celebridad de tan felices sucesos le halló el del parto de Olimpias, del cual predijeron los magos y adivinos: *Sería invencible príncipe infante que había nacido entre tantas palmas y victorias.* Y es fama que Philipo, medroso de las grandes prosperidades que á un tiempo experimentaba, rogó á la diosa Némesis *permitiese que con alguna mediana calamidad pudiese satisfacer los obsequios y sumisiones que al parecer le hacía la fortuna.* También se refiere que en la ciudad de Pelle se mantuvieron por espacio de un día sobre la casa en que la reina parió, el que dió á luz á Alexandro, dos águilas, y que fué presagio de que poseería los dos imperios de Europa y Asia: interpretación fácil de hacer después de visto el suceso. Algunos autores añaden: *Tembló la tierra el día del nacimiento de este príncipe, en el cual se oyeron grandes truenos y vieron caer muchos rayos.*

Nació, según el sentir de sus más exactos escritores, al principio de la olimpiada ciento y seis, siendo pretor en Atenas Elipenses, el sexto día de Junio, á quienes los macedones llamaron Leo; tiempo en que el pueblo romano, de cuya fundación corrían cerca de cuatrocientos años, se ejercitaba en las guerras de sus vecinos, haciéndose por medio de las victorias que cada día obtenía, más considerable y glorioso para avasallar todo el orbe á su obediencia.

CAPÍTULO II.

Su educación, los ejercicios de su juventud y la disposición de su cuerpo.

Viéndose Philipo con un hijo de cuyos aumentos le obligaban á concebir grandes esperanzas, presagios tan felices, empleó todo su cuidado en su mejor educación para que le hallase la corona digno de ella y el cetro capaz de regirle; conocido como tan prudente y atento al bien de sus dominios, no había adelantado nada con todo lo obrado y emprendido, si para después de su muerte dejaba á Macedonia un príncipe negligente é incapaz de reinar y vencer; y que aun su reputación peligraría en la duración, si la flaqueza de su sucesor malograba la disposición de los grandes progresos á que había dado principio.

Consérvanse cartas suyas, llenas de utilidad y prudencia, escritas á Aristóteles, el cual se hallaba entonces con Platón en Atenas; y una de ellas contiene éstas ó semejantes expresiones: *Philipo á Aristóteles, salud: Hágoos saber me ha nacido un hijo; de cuyo beneficio no he dado tantas gracias á los dioses porque me le hayan concedido, cuanto porque haya sido en vuestro tiempo. Espero que por medio de vuestros preceptos y cuidado en su educación, saldrá de vuestra escuela digno discípulo vuestro, no indigno hijo mío, y capaz de sucederme en tan gran reino, porque juzgo por mejor no tener hijos que dejarlos para deslustre y ultraje de la sangre y de los predecesores.* No se engañó Philipo, porque Alexandro logró con tan fructuoso aprovechamiento la doctrina de este gran varón, que pudo con

ella poner en ejecución las esclarecidas acciones que después obró.

Nombráronsele en sus más tiernos años por ayos á Leonidas, pariente de Olimpias, y á Lysimacho de Acarnania. Eligiósele una ama de buen temperamento y costumbres, llamada Helanica, hija de Dropis, y de las mejores familias de Macedonia. Correspondió tan felizmente al cuidado el suceso, que aun en la infancia empezó Alexandro á dar muestras de cuanto se experimentó después en su persona; porque desde entonces se le advirtieron tan ventajosas fuerzas en el cuerpo, como generosidades en el ánimo, superiores á la edad en que se hallaba é iguales á las que se deben desear en un natural heroico.

Era hermoso y agradable: despreciaba todos los adornos que pueden añadir gracia y hermosura al cuerpo, diciendo: *Que el cuidado del aliño y de la compostura, sólo era permitido á las mujeres; las cuales no tenían otros medios para hacerse recomendables, y que él la habría conseguido si llegase á poseer la virtud.* Tenía los miembros bien proporcionados, y el cuerpo robusto y fornido y más vigoroso en la realidad que en la apariencia, por ser de mediana estatura; las carnes blancas, aunque las mejillas y el pecho gratamente rojos; los cabellos rubios y ensortijados y la nariz aguileña; los ojos de diversos colores, negro el diestro y azul el siniestro, pero con tan oculta virtud, que ninguno los miraba sin reverencia y temor.

Era admirable la ligereza del cuerpo, la cual hacía más ágil, como tan necesaria, la frecuencia con que le ejercitaba; disputando algunas veces el premio de la carrera con los más ligeros de los suyos. La paciencia con que sufría los trabajos fué tan grande, que excedió á la crudelidad, y por esta virtud pudo conservarse con sus armas en las mayores calamidades y peligros. Purgóse

de tal suerte, con la continuación de sus ejercicios y temperamento cálido, de los malos humores que de ordinario se engendran entre cuero y carne, que esparcía de sí un grato olor de que participaban sus vestidos; causa á que atribuyen algunos su propensión al vino y á la cólera.

Consérvanse retratos y estatuas suyas de los mayores artífices, por haber prohibido con gran cuidado, debajo de graves penas, que ninguno le retratase sin orden suya, para que no perdiese su rostro nada de la gracia y vigor que mantenía, por mano de pintores y escultores comunes. Y así, en medio de haber florecido grandes artífices en este tiempo, sólo Apeles le retrató de consentimiento y voluntad suya; y sólo Praxiteles le grabó sobre piedras, y sólo Lisippo y Polycletes le estamparon en medallas. Refiérese que tomó de tal suerte el defecto de atravesar la vista de su ayo Leonidas, que le fué imposible perderle después. Confieso que puede mucho la educación, pero que atribuyo esto más al natural de aquel príncipe que á la costumbre que tomó; porque en alguna manera tienen los movimientos del cuerpo cierta propensión que les obliga á seguir el ardor é impetuosidad del espíritu.

Tan lejos estuvieron sus sucesores de reputarla por imperfección, que no pudiendo en el valor ni en la virtud, pusieron gran cuidado en imitar ésta, la de inclinar, como él lo hacía, el cuello hacia el lado siniestro de la espada y la de tener la vista firme y la voz hueca. Lo cierto es que hubo entre ellos muchos cuya larga vida no mereció se comparase con la infancia de este príncipe; porque á la verdad, en toda ella, ni dijo ni obró bajeza alguna; antes por el contrario, sus palabras y acciones fueron iguales, y muchas veces superiores á su fortuna; pues aunque gustaba de la alabanza, no indiferentemente en todas, sí sólo en las loables;

creyendo que la que se daba á las bajas, ni era de honor ni de gloria, y que la de la victoria se debía proporcionar siempre con los enemigos que se vencían. Y así, cuando algunos le dijeron que pues era tan ágil y diestro en la carrera, concurriese con los que disputaban el premio de los juegos olímpicos, siguiendo el ejemplo de aquel rey que tuvo su nombre, para que se dilatase por medio de esta acción por toda la Grecia la estimación y gloria del suyo, respondió: *Yo lo hiciera si tuviese reyes por competidores y contrarios.*

Siempre que su padre Philipo obtenía alguna señalada victoria ó ganaba alguna plaza de reputación, mostraba entre los regocijos públicos conocido sentimiento, el cual le obligó cierto día á que prorrumpiese entre los niños de su edad, diciéndoles: *Que su padre no les dejaba que hacer, ni á él ni á ellos, cuando pudiesen tomar las armas.* Tanto sentía le disminuyese su gloria lo que aumentaba las guerras y riquezas del Imperio; siendo en él más poderosa la pasión al honor que á los tesoros. Dormía naturalmente poco, y valíase de artificio para dormir menos. Si tenía algún cuidado de consecuencia que necesitase de larga consideración, sacaba el brazo fuera del lecho y se impedía el sueño con el ruido de una bola de plata que dejaba caer en una bacía.

Tuvo desde su infancia gran respeto á los dioses. Cierto día en que se les hacía un sacrificio, echó tan gran cantidad de incienso, que Leonidas su ayo, varón severo, y enemigo de la profusión, disgustándose de la de Alexandro le dijo: *Cuando conquistes los lugares donde se trae el incienso, podrás quemar tan gran porción;* pero habiendo pacificado después Alexandro la Arabia, la cual le produce, y acordándose de las palabras de Leonidas, le envió de aquella provincia gran cantidad de perfumes, con orden de que le dijesen de su parte: *No fuese otra vez tan escaso en honrar á los dioses; pues veía por expe-*

riencia con cuán dobladas creces remuneraban las ofrendas que se les hacían.

Dió bien aprisa muestras de su gran valor y de las considerables proezas que emprendería. Hallábase en este tiempo por rey de la Persia Artaxerxes Ocho, contra quien se habían conspirado y hecho guerra Artabases y Menapo, ambos sátrapas, acompañados de Memnón Rhodio, famoso y esclarecido capitán; pero quedando vencidos por las fuerzas de aquel príncipe, abandonaron el Asia y se ampararon de Philipo. Aunque no tenía entonces Alexandro siete años, recibía singular gusto de conversar con ellos, y de hacerles preguntas en nada pueriles, sobre el estado de los negocios de Persia. Informábase con especialidad *de los fundamentos en que se afirmaba la grandeza y poder real de los persas; qué armas usaban; si los pueblos eran valerosos; si generosos los caballos; cuántas jornadas había de Susa á Macedonia; cuál era el genio del rey, cuáles sus ejercicios y sus divertimientos, y en qué estimación tenía la virtud*. Habiendo perdonado después Ocho (por intercesión de Mentor, hermano de Memnón, y con quien Artabases había casado su hermana) á los desterrados, y enviádoselos á pedir á Philipo, causó tan grande admiración Alexandro á los embajadores del rey de Persia por las muestras excelentes que les dió de su natural heroico en edad tan tierna, que no pudiendo contenerse uno de ellos, dijo: *Este niño es un grande rey, y el nuestro un príncipe rico.*

Pero aunque parece debió todas estas prodigiosas calidades á la excelencia de su natural, no fué menos deudor por ellas á su admirable educación; porque su padre, experimentando en sí cuán útil le había sido la compañía de Epaminondas, y que había obrado más con la elocuencia que con las armas, puso gran cuidado en que su hijo se ilustrase desde su infancia con el

estudio de las buenas letras; y así obligó con reales recompensas á Aristóteles, filósofo de grande reputación, á que enseñase á Alexandro los primeros rudimentos, á cuyo empleo se dedicó gustoso aquel gran varón, como quien sabía cuánto importa que un príncipe cuyas sienes ha de ceñir la corona esté bien educado, y que no puede haber sabiduría donde falta el desprecio de las cosas pequeñas, sin el cual es imposible ascender á las grandes.

Aplicáronsele después muchos maestros, y los de mayor crédito en lo que se le pretendía enseñar; con que no sólo enriqueció é ilustró el ánimo de las mejores ciencias, sino adornó y agilitó el cuerpo con su destreza en todos los ejercicios que pueden servir á la guerra y acostumbrarle á sufrir las fatigas de ella. Aun cuando parecía que estaba sin hacer nada, no dejaba de obrar algo; porque divirtiéndose ó en jugar á la pelota ó en danzar, no abstraía tanto el espíritu, cuanto disponía el cuerpo á empleos más importantes.

CAPITULO III.

Su inclinación á las ciencias. Crédito de Aristóteles, **su maestro.**

Hallándose Alexandro en edad algo más crecida y con capacidad proporcionada y dispuesta para estudios más serios, le llevaron desde Mitylene, donde estaba, á Aristóteles, el cual no se apartó de su lado hasta que habiendo sucedido en el reino por muerte del rey su padre, hizo la jornada de Asia. Aprendió en este tiempo cuanto podía enseñarle tan docto maestro y famoso filósofo. Mostró tanto mayor deseo de alcanzar el conocimiento de los secretos de la naturaleza, cuanto eran grandes las esperanzas que había concebido de hacerse algún día señor del mundo; y así contribuyó á la especulación de las cosas naturales, con expensas de liberal y real ánimo. Dispuso que así en el Asia, como en la Grecia y en las demás partes donde con mayor aplicación se dedicaban á este estudio, obedeciesen á Aristóteles todos los que buscaban su vida en la caza y en la pesca, á fin de que pudiese reconocer con más certidumbre y facilidad la naturaleza de los animales, para cuya grande empresa es constante que recibió Aristóteles ochocientos talentos, y que fué tan grande la inclinación de este príncipe á tan admirable ciencia, que hizo por sí los gastos, y aplicó todo su cuidado en medio de tener como por cierto que no llegaría á ver el fruto de ella. Halláronse cien años después ciervos, á quienes había hecho poner collares de oro, para que conociese la posteridad cuánto crédito se debía dar á los que escribieron de la larga vida de los animales.

Fué erudito en las sublimes disciplinas, á quienes llaman Acromáticas, como lo acredita una de sus car-

tas, en la cual se queja de Aristóteles, *por haberlas disminuído mucha estimación, haciéndolas públicas*, y no menos la respuesta de Aristóteles, pues le satisface diciendo que aunque las había dado al público, era lo mismo que si no lo hubiese hecho, no habiendo quien pudiese entenderlas, hallándose sin la noticia de lo que contenían. En cuya consecuencia, cuando Alexandro le pidió sus libros de retórica, le prohibió los franquease á otro alguno que no fuese él, por desear exceder á los demás, no menos que en el poder y grandeza en las buenas artes, y no llevar bien que participasen de la gloria los inferiores.

También manifiestan sus cartas que supo medicina, y la aprendió de Aristóteles, hijo de un médico descendiente de Esculapio. Pero aplicóse con tan grande utilidad á esta parte de la filosofía que enseña á gobernarse á sí y á los demás, que se tuvo por cierto debió la ruina del imperio de los persas, más que á sus armas y riquezas, á su generosidad, prudencia, templanza y justicia.

Solía decir muchas veces *que se hallaba con no menor obligación á Aristóteles que á Philipo; porque si al uno debía el beneficio de vivir, reconocía al otro el de vivir bien.* Sin embargo, se creyó, aunque sin razón, que en medio de la grande ambición de que tenía apoderado el corazón, le inflamó más en ella la estimación que reconoció en Aristóteles al honor y á la gloria, á quienes colocaba en el número de los más apreciables bienes; y que persuadido Alexandro de esta opinión, que le lisonjeaba el genio, hizo naciese la guerra de la guerra para dilatar sus dominios é imperio, queriendo que todo el mundo le estimase por Dios.

Tuvo Aristóteles la recompensa y premio que merecía por la educación de Alexandro, no sólo mientras reinó, en las grandes mercedes y honras que recibió, sino en tiempo de Philipo, logrando que por su aten-

ción se reparasen las ruinas de su patria. Habíanse declarado por enemigos de Philipo los olynthios, vecinos de Macedonia y no inferiores á ella en poder, por llevar mal el acrecentamiento de un reino debajo de rey tan prudente, y que sólo miraba á la ruina y servidumbre de sus vecinos; consideración que hizo más odiosa la guerra, y por consecuencia más cruel la victoria. Y así Philipo habiendo tomado la ciudad de Olyntho la mandó arrasar, vender los habitadores y que se ejecutase el mismo rigor en todas las ciudades que dependían de ella. Stagira, patria de Aristóteles, tuvo parte en este infortunio, participando de la desolación que las otras; pero reparóla éste á permisión y expensas de Philipo, y la dió leyes, que observó después. De esta suerte restableció el talento de un hombre solo una ciudad abrasada y destruída, y á quien no pudo librar antes de su ruina el esfuerzo de tan grandes capitanes, ni el poder de un estado floreciente.

Déjase conocer bastantemente la estimación grande de Philipo á Aristóteles en las repetidas persuasiones con que pedía á Alexandro se aplicase cuidadosamente á los sabios preceptos de tan docto maestro, para no incurrir en vicio cuya afrenta y arrepentimiento le sirviese de castigo. Y así le tuvo siempre Alexandro particular veneración y pidió su parecer en los negocios de mayor consideración é importancia. Escribíale con gran frecuencia, solicitando saber de él, no sólo lo más oculto de las ciencias, sino también las más seguras reglas para la mejor dirección de su vida y costumbres. A cuyo fin le dice Aristóteles en una carta, que lo que juzga por más proporcionado al logro de su felicidad y la de sus vasallos es *que tenga siempre presente no se le había concedido tan considerable poder para que fuese inútil á los hombres, sino para que le emplease en mayor beneficio suyo, que procurase reprimir los ímpetus de la ira á que na-*

turalmente estaba sujeto; pues no habiendo quien pudiese serle igual, era tan excusado como indigno de su grandeza irritarse con los inferiores.

Pero luego que empezó á apoderarse de su ánimo el orgullo, también él á despreciarle; mayormente cuando persuadido que por muerte de Callistenes se había hecho enemigo suyo, y que contra los preceptos de su sabiduría y como por especie de venganza se complacía de contradecirle y de convencerle en sus disputas, con pretexto de despreciar las grandezas y la ambición. A lo menos se refiere, que poco antes de su muerte, justificando Casandro á su padre de los delitos que se le imputaban, exclamó diciendo: *Que venía armado de las invenciones y de los artificios de Aristóteles, para desvanecer con falsos y sofísticos argumentos, justos y legítimos cargos*, y que á uno y á otro amenazó con graves castigos *si averiguaba ser cierto lo que había referido;* hablándole en lo demás con semblante tan indignado y colérico, que mucho tiempo después de su muerte, Casandro, que fué el que le sucedió, hallándose en Delphos, y viendo un retrato de Alexandro y acordándose del peligro en que había estado, se conturbó y estremeció. Esto fué causa de que se creyese fuese Aristóteles autor del veneno á cuya violencia se atribuyó la muerte de Alexandro y que por disposición suya se trajo de Babilonia en la uña de un caballo.

Fué también este príncipe primoroso en la música, á que se aplicó con particular afición; pero habiéndole dicho su padre un día *que si no se corría de cantar bien*, la dejó como ejercicio menos decente á la majestad real. Por este tiempo, advirtiéndole su maestro de música que tocase cierta cuerda: *¿Qué importa* (le respondió) *que la toque poniendo un dedo sobre otro?* A que el músico le satisfizo, diciendo: *Que para quien había de ser rey importaba poco; pero mucho para quien solicitaba ser perfecto tañe-*

dor de instrumentos. Gustaba de que los tonos tuviesen vigor y espíritu, y por el contrario, oía con tan gran disgusto los delicados y femeniles, como miraba cuanto pervierte y corrompe las costumbres; por cuya causa hizo particular estimación de Thimoteo, cuyo crédito en este género de música, á quien llaman Phrigia, era grande; porque acomodándola á su genio le arrebataba de suerte que como inflamado el ánimo de espíritu divino, ó como si estuviese cercano ya el enemigo, corría á tomar las armas.

Tuvo también por maestro de la elocuencia á Anaximenes, natural de Lampsico, cuya ciudad le debió su conservación cuando Alexandro determinó arruinarla porque seguía el partido de los persas; pues viendo que Anaximenes salía y teniendo por cierto era á interceder por su perdón, antes de oirle palabra alguna *le juró por los dioses de los griegos, no le concedería nada de lo que le pidiese.* Pero Anaximenes, usando de su destreza, le rogó arruinase y destruyese á Lampsico, con que el rey se halló precisado del juramento, ó antes del discreto primor de su maestro á conceder el perdón de sus yerros á los lampsicos.

Despreció á los comediantes, como á gente opuesta á su generoso genio y nacida sólo para la corrupción de las costumbres. Lo mismo hizo de los que contendían á golpes de puño, en medio de ser muy estimados entonces en la Grecia, y sin duda por ociosidad y porque se conservaban más para los divertimientos y espectáculos del pueblo que para las necesidades de la patria.

Favoreció todas las demás artes y aun aquellas á quienes no se aplicó. De esta suerte todos los que eran primorosos en alguna iban á presentarle de las partes más remotas las obras de su ingenio y de su mano, y á recibir del más liberal rey del orbe y cuyo magnánimo corazón correspondía á su fortuna, considerables

beneficios. Enviaba de ordinario crecidas dádivas á los que estaban ausentes, y se señalaban en la virtud ó en alguna ciencia. Por lo cual florecieron en su tiempo tantos y tan grandes varones y excelentes artífices, que apenas se hallará siglo de igual abundancia en todo género de ciencias y facultades; siendo cierto que las costumbres y los ingenios de los súbditos se hacen y forman de ordinario al ejemplo de sus reyes, y que casi todos los accidentes y mudanzas que sobrevienen á los reinos, resultan de la gloria ó infamia de los príncipes que los rigen.

CAPÍTULO IV.

La estimación que Alexandro hizo de Homero. Su desprecio á los deleites y la destreza con que domó el caballo Bucéfalo.

Estimó á Homero sobre todas las cosas de la antigüedad, creyendo que sólo él había acertado á describir con perfección aquella sabia política, á cuyos preceptos deben los imperios su subsistencia. Fué tan grande su inclinación á este poeta, que se llamaba el enamorado de Homero: traíale siempre consigo, sin dejarle aun en la cama: hacíale poner debajo de su almohada con la espada y le llamaba *su arte militar y la mejor provisión que podía hacer para la guerra;* juzgando á Aquiles por feliz en haber tenido tan gran varón que celebrase sus virtudes.

Habiendo mandado guardar un cofrecillo que se halló entre los despojos de Damasco, cuya obra y materia era de inestimable precio, preguntándole sus validos á qué le destinaba, les respondió: *Téngole dedicado para guardar las obras de Homero, que son las más preciosas que ingenio humano puede hacer.* Y así consiguió que la correctísima edición del poeta que con tan gran cuidado había hecho perfeccionar, se llamase *la de Narthesio, del cofrecillo de olores y perfumes,* por haberlos guardado en él los persas.

Trayéndole cierto día uno de sus vasallos una noticia de gusto, al llegar á él manifestando en la fatiga el ansia de dársela, y en el semblante su alegría y satisfacción: *¿Qué noticia* (le dijo) *me puedes traer, que sea digna de tanto regocijo, si no es la de haber resucitado Homero?*

Porque habiendo llegado ya al último grado de felicidad, creía no le faltaba para el colmo de su gloria, sino un varón capaz de que la celebrase. Llegó á tener tan presentes las obras de Homero, con la continuada lección, que ninguno las usó con más facilidad ni las penetró con más acierto. Pero entre todos los versos de este poeta, de ninguno hizo mayor aprecio que de aquel en que alaba á Agamenón de diestro soldado y esclarecido capitán. Finalmente, las tuvo por el más poderoso atractivo de la virtud, y por el mejor maestro de sus costumbres. Con tan admirables calidades, y con tan prodigiosa disciplina mantuvo gloriosamente la grandeza y elevación de su fortuna, sin dejarse llevar del orgullo ni de la libertad, á que los más príncipes se rinden, siendo de ordinario por quienes se gobiernan y con quienes se aconsejan.

No se diferenciaba de los demás hombres en los adornos exteriores, por ser de opinión que los príncipes debían exceder más á súbditos en la virtud, que no en la gala y pompa de los vestidos. Era airoso y gallardo, humano, cortés y familiar; pero tan sin menoscabo de su respeto, que nunca pisó el riesgo del desprecio. Fué inclinado al vino, aunque no sin moderación; porque si tenía lugar, empleaba el tiempo en la mesa más en discurrir que en beber con exceso.

Aborreció de tal suerte el vicio de la sensualidad, que llegó á temer su madre fuese incapaz de dejar sucesión; pero con especialidad el del adulterio, que prohibió con severas leyes. Permaneció por algún tiempo en la observancia de tan admirables costumbres; por medio de las cuales se granjeó el crédito de gran rey, hasta que dejándose vencer de la excesiva prosperidad de su fortuna, fué perdiendo poco á poco esta moderación.

Manifestó su valor y destreza en domar el caballo Bu-

céfalo (llamado así por tener la marca de una cabeza de buey), no sin grande admiración de su padre y de los demás que se hallaron presentes. Eran entonces los más celebrados caballos los de Thesalia, y si bien los había muy generosos en otras partes, ninguno entre todos fué tan estimable, por la fuerza y hermosura, como el Bucéfalo; por lo cual Philonico, natural de Pharsalia, juzgándole digno de tan gran príncipe como Philipo, se le envió pidiéndole diez y seis talentos por él.

Pero habiendo salido al campo para experimentarle y no pudiendo conseguirlo ninguno de los caballerizos ni de los picadores del rey, por enarbolarse con unos y arrojar á otros, llegaban ya á desecharle como inútil é indomable. Entonces Alexandro, suspirando, dijo: *¡Que malogren éstos tan generoso caballo por su poca destreza y valor!* Y lo repitió tantas veces, que oyéndole su padre, y reprendiéndole por lo que desacreditaba á los más diestros picadores de su reino, como si por ventura le pudiese domar él, le respondió *que lo haría si se lo permitiese.—¿Y qué perderéis* (le preguntó el rey) *si no lo conseguís?—Perderé* (respondió) *el precio del caballo.* Quedando, pues, capitulado, no sin gran risa de los presentes, que si ganaba le daría su padre el caballo; y si perdía pagaría Alexandro la cantidad que pedían por él: habiéndole tomado por la rienda, le puso contra los rayos del sol para que no pudiese ver su sombra, por haber advertido que ésta le espantaba y hacía más furioso.

Pero no logrando, ni aun con aquella diligencia, que se aquietase, le halagó, y levantando poco á poco la vestidura le montó de un brinco, permaneciendo aún corajudo. Mas enfurecido entonces, empezó á abalanzarse; sacudió la cerviz, sin querer sujetarse al freno, é hizo cuanto pudo para arrojar al jinete y partir con impetuosa carrera.

Sacóle Alexandro á un espacioso y cómodo llano, para correrle libremente, y soltándole en él las riendas, y arrimándole los acicates, le dejó lo hiciese, hasta que cansado, queriendo pararse, le apretó más, sin permitírselo, hasta que reconoció había ya perdido la fogosidad con la fatiga y trabajo; por cuyo medio le domó, amansó, y redujo á estado de que fuese de servicio. No pudo Philipo contener las lágrimas de gusto al ver aquel triunfo de Alexandro, á quien, besándole, le dijo, al apearse del caballo, que *era la Macedonia muy pequeña para valor tan generoso.* Conservó después el Bucéfalo la misma fiereza con todos, sin dejarse montar de otro que de Alexandro, á quien después de haberle servido para obtener innumerables victorias, y sacádole de muchos peligros, fué muerto en la batalla contra Poro. Juzgaron los más célebres artífices éste por suceso digno de que ilustrase sus obras describiéndole, y así permanecen aún dos estatuas de Alexandro, domando el caballo; las cuales hicieron, en competencia, Praxiteles y Phidias, y aunque hay autores que ponen en duda sean de este príncipe, no faltan otros que las crean suyas.

CAPÍTULO V.

Déjale su padre, en su ausencia, el gobierno de Macedonia. Lo que hace en este tiempo. Guerras de Philipo. Rota de los ilirios por Alexandro. Philipo declarado general de los griegos.

Estas prodigiosas experiencias hicieron concebir á Philipo tan gran concepto del talento y prendas de Alexandro, que en medio de no pasar su edad de diez y seis años, fió de su cuidado el reino de Macedonia, en el cual le dejó con absoluto poder cuando pasó al sitio de Bizancio. Noticioso de ello alguno de los Medarores, pueblos de Tracia sujetos á Macedonia, y juzgando no podía ofrecérseles ocasión más oportuna para la sublevación que mucho antes meditaban, la pusieron en ejecución; pero Alexandro, gozoso de la que se le ofrecía para hacer ostentación de su valor, marchó prontamente con los capitanes que le había dejado su padre contra ellos; y después de haber vencido y arrojado de la ciudad á los rebeldes, hizo donación de ella, para que la habitasen, á los extranjeros; los cuales, en reconocimiento de aquel beneficio y en obsequio de su nombre, la llamaron Andrinópolis. Fué de gran regocijo para Philipo este suceso; mas temiendo del ardimiento del joven no emprendiese, con daño suyo, acciones de mayor consideración que lo que le permitían sus fuerzas, le llamó cerca de sí, para que en su escuela aprendiese á moderar con la prudencia ardor tan violento, empleándole en sujetar las provincias del Chersoneso. Y reconociendo la dilación del sitio de Bizancio, respecto de su gran fortaleza y del valor con que defendían los habitadores su libertad, al tiempo

mismo que entendió que los griegos y los bárbaros, á quienes era sospechosa su grandeza, enviaban socorro á esta ciudad, desconfiado de la victoria, procuró retirarse con menor descrédito de su gloria y menos pérdida de sus tropas.

Era en aquel tiempo rey de los getas, pueblos de la Scythia, Atheas; el cual, oprimido de la guerra que le hacían los istrios, habían pedido socorro á Philipo, esperanzándole en que le adoptaría é instituiría por su heredero, si remediaba el contratiempo que padecían sus intereses; pero habiendo muerto el capitán general de sus enemigos, y hallándose libre del temor de la guerra, despachó á los embajadores de Macedonia sin cumplir lo que había ofrecido, negando la necesidad de sus socorros, por suponer bastantes sus fuerzas para defenderse de sus enemigos, y declarando la adopción de Philipo por nula, respecto de hallarse con hijo que le sucediese en el reino: con que deseoso este príncipe de tomar satisfacción del desacato de aquel bárbaro, habiendo abandonado el sitio de Bizancio convirtió sus armas contra la Scythia, donde trabada la batalla, aunque fué mayor el número de los enemigos, obtuvieron los macedones la victoria por la destreza de Philipo. Redújose la presa á gran cantidad de ganado y caballos y á muchas mujeres mozas, á quienes hicieron cautivas; porque los getas, despreciando las riquezas, sólo procuraban el sustento ordinario, estimando la pobreza como uno de los mayores bienes de la vida humana.

Volviendo, pues, Philipo de la Scythia con su ejército, cargado de estos despojos, al pasar por las tierras de los triballos halló ocupados por ellos todos los caminos. y á éstos resueltos á no darle paso si no los hacía partícipes del botín. Hallábanse también en su mismo ejército algunos soldados mercenarios griegos, los cuales llevaban muy mal no tener parte en los frutos de la

victoria, habiéndola tenido en los peligros de la batalla, de que se ocasionó una sedición que les obligó á llegar á las manos. Fué cruel y sangriento el combate, grande el número de los muertos de una y otra parte; el mismo rey quedó herido en el muslo, y muerto debajo de él su caballo del propio golpe; tanta fué la violencia de la flecha. Acudió Alexandro, primero que otro alguno, al socorro de su padre, á quien halló postrado en el suelo, y cubriéndole con el escudo, dió muerte á algunos de los que venían á cargarle y puso en fuga á los demás. Así aseguró la piedad del hijo la vida del padre, habiéndose ausentado con tanta mayor presteza los que la oprimían, cuanto creyeron la había perdido; con que puede decirse debió la vida al peligro de la misma herida, y el no morir á la fama de su muerte. Este inopinado accidente fué causa de que se malograse el botín. Dejó cojo á Philipo la herida que en él recibió, y airándose algunas veces de ello, una entre otras, le presentó el joven con palabras dignas de que se conserven en la memoria de los siglos: *Que no debía sentir el defecto que le ocasionaba la herida, pues cada paso que diese sería testimonio de su valor y virtud.*

Pudiera ya Philipo conceder algún reposo al ánimo, satisfecho con la crecida gloria y poder que había adquirido á costa de tantas heridas y peligros, si su inmoderada ambición se lo permitiese; porque los macedones, tributarios antes de los ilirios, no sólo quedaban señores de los pueblos vecinos, sino de los más distantes. Había sujetado á los triballos y reducido á su obediencia á Thracia; tenía prontos á sus órdenes muchos pueblos de la Grecia, y los demás ó sujetos por el temor ú obligados por sus beneficios y liberalidades. Daocho, Gineas, Trasydeo, Eudico y Simón le habían conquistado á los thesalos; Cercidas, Hierónymo y Eucalpidas á los arcades; Myrtis, Teledamo y Mnaseas á

los argivos; Euxistheo, Cleotimo, Aristechmo á los helenos; Neón y Trasilico habían llevado á su partido á los mesenios; Aristrato y Demarato á los sycionios; Preodoto, Helixo y Perilao á los megarenses; Hypparco, Clitarche y Sosistrato á los eubenses; Euthicrates y Lasthenes le habían entregado á Olyntho, sin que entre todos estos capitanes hubiese alguno que no fuese de los más ilustres en su patria, ni entre tantas ciudades otra sino Sparta que conservase gloriosamente su antigua disciplina y se hubiese librado de tan común traición.

Pero aspirando Philipo al imperio universal de la Grecia, no dejaba de reconocer que las fuerzas de los atenienses atrasaban sus empresas, y que aunque no le faltaba contra ellos quien favoreciese sus designios, el pueblo, cuya autoridad y poder era muy considerable en aquella República, se oponía vigorosamente al aumento de los macedones por las persuasiones de Demóstenes, el cual les representaba en muchas y varias conferencias que tenían tratando de esto, como de ordinario sucede entre potencias vecinas, que Philipo era artificioso y atrevido, y que no bien habría logrado su dominio cuando se olvidaría de la fidelidad y estimación que les ofrecía.

Aumentaba el encono de este príncipe el socorro que dieron á Bizancio en una armada, compuesta de ciento veinte velas, y el que, á su imitación, le granjearon los de Chío y Rhodas, los cuales le quitaron tomase aquella ciudad. Deseosos, pues, de satisfacerse de estos agravios, mientras se discurría de la herida que recibió en el reencuentro con los triballos, disponía secretamente todo lo necesario para acometer de improviso á los atenienses; con cuyo intento conservaba su ejército debajo del pretexto de que los pueblos de Iliria, naturalmente feroces y poco acostumbrados á la servidumbre,

intentaban sacudir el yugo. Sin embargo, envió á Alexandro contra aquellos bárbaros, á quienes habiendo roto y puesto en fuga, dió al mundo con aquella victoria tan grande esperanza de su valor y fortuna, como la concibió él de sí para juzgarse ya igual á su padre y capaz de ejecutar sin él las mayores empresas.

Pasáronse en estas operaciones dos años, al fin de los cuales, hallándose Philipo con todas las prevenciones dispuestas, y juzgando el tiempo oportuno para ejecutar lo que tenía premeditado, introdujo algo antes de la primavera su ejército en la Grecia, con intento de aprovecharse de la más favorable ocasión que se le ofreciese, habiendo unido á él todas las tropas de los aliados del Peloponeso, por haberle elegido los amphictyones por general de toda la Grecia, para reprimir el atrevimiento de los locrenses, que habitaban la ciudad de Amphisa; los cuales, en menosprecio de la autoridad de los amphictyones, ocupaban las tierras de Cyrrhe, consagradas á Apolo, después de haber éstos herido al cabo que se envió contra ellos y muerto algunas de sus tropas.

Tenía entonces Philipo alianza con los atenienses; pero mal seguros en su fe, y temiendo que, á precio del menor interés que se le ofreciese, rompería fácilmente ésta y su palabra, le despacharon embajadores, pidiéndole por medio de ellos que les conservase el tratado, ó que á lo menos suspendiese el hacerles actos de hostilidad antes de haber pasado la primavera, en cuyo tiempo procuraría el pueblo de Atenas discurrir en algún medio que ajustase sus diferencias. Enviaron también á persuadir á los tebanos se uniesen con ellos para la defensa de la Grecia contra el común enemigo; pero mantúvolos Philipo en su devoción, por medio de los que seguían allí su partido y estaban declaradamente finos por él, entre quienes se señalaban Tiniolao,

Theogitón y Anetas, cuya autoridad era grande con los ciudadanos. Finalmente, persuadiéndose á que vencidos los locrenses y sus aliados, y no quedándole sino solos los atenienses, con facilidad los sujetaría, encaminó con la mayor presteza su ejército á Phócida; apoderóse de Elátea, que mandaba igualmente en las fronteras de los tebanos que en las de los atenienses, y puso en ella guarnición, fortificándola con intento de hacerla sitio de la guerra; cuya noticia, habiendo llegado de noche á Atenas, causó en la ciudad tan universal asombro, que juntándose el pueblo luego que amaneció, ninguno tuvo aliento de responder al pregón público, el cual contenía: *Que si había quien discurriese algún consejo saludable á la patria, le propusiese allí.* Sólo Demóstenes, habiendo representado lo que juzgó por más conveniente al estado presente, persuadió á la Junta á que, sin más dilación, *saliese la armada y el ejército; que se despachasen embajadores á todos los pueblos de la Grecia y especialmente á los tebanos.* Siguióse su parecer y dióse el mando de las tropas á Chares y á Lisicles, y envióse al mismo Demóstenes con embajada á los tebanos.

Bien prevenido tenía esto Philipo, y que si se uniesen ambos pueblos le sería peligrosa la guerra; porque la ciudad de Atenas florecía entonces tan igualmente en autoridad como en riquezas, y el poder y crédito de los tebanos se hallaba en gran reputación, conservándose reciente la memoria de la batalla de Leutrica, con cuya victoria se apoderaron del dominio de la Grecia, que mantenían los lacedemonios; por lo cual despachó Philipo á asegurar de su afecto á sus aliados y á desvanecer las pretensiones de sus enemigos á Amynthas y Clearcho, macedones ambos, y con ellos cierto bizantino llamado Pithón, de cuya elocuencia hacía gran confianza. Este, pues, es fama que en la junta de los beocianos habló en estos ó semejantes términos:

CAPITULO VI.

Oración de Pithon, enviado por Philipo á la junta de los beocianos.

«Si se mantuviese quieto Philipo en Macedonia, y ocupase el ejército de los atenienses á Elathea, aunque no tuvieseis alianza con él, no dudo que entonces desearíais con anhelo ésta y su amistad; porque á la verdad, ¿quién no preferirá un rey tan poderoso, y que por sus esclarecidas acciones se ha granjeado el considerable crédito y estimación que obtiene, á una república orgullosa, y que el día de hoy subsiste más en virtud de su reputación que de sus fuerzas? Pero como este príncipe, que ocupa, por decirlo así, el zaguán de vuestra casa con su ejército victorioso, es vuestro amigo y vuestro aliado, y los atenienses nunca han dejado de ocasionaros disgustos, sería haceros grande agravio persuadiros á su alianza en desprecio de tan esclarecido príncipe.

»Aquel pueblo, el más soberbio de todos los del orbe, presume que sólo en él se hallan la sabiduría y la prudencia, creyendo que todos los demás y con especialidad los de Beocia (contra quienes más se enderezan sus insultos entre todos) son pueblos groseros, rudos é incapaces de diferenciar lo útil de lo honesto; de que nace que teniéndoos por sumamente ineptos, os persuadan á la elección de los amigos y de los enemigos, proporcionándola más con su antojo que con vuestros intereses, fiados en la ostentosa pompa de sus palabras, en que consiste toda su fuerza. ¿Pero quién habrá de mediana razón que no prefiera las obras á las palabras, especialmente en la guerra, donde es tan necesaria la

ejecución del brazo como inútil la facilidad de la lengua? Pues aunque se juzguen tan poderosos y fuertes por su elocuencia como se lisonjean, podrán siempre más la fortuna y el valor de Philipo, asegurado en sus fuerzas y en las de sus aliados.

»Siendo cierto que no me resolveré á decir si la solicitud de los atenienses se funda más en imprudencia que en flaqueza; porque mirada ésta á verdadera luz, se reduce á deciros: Recibid, tebanos, sobre vosotros el rayo que amenaza á África y haced la guerra, para que nosotros gocemos de la paz, contra un príncipe formidable, vuestro amigo y aliado. Exponed vuestras personas y vuestros bienes para impedir tome Philipo satisfacción de los agravios que le hemos hecho. ¿Son, por ventura, pretensiones estas de hombres que conservan sano el juicio, ó de quien juzga que los demás tienen algun uso de él? Los que no perdieron la menor ocasión de oprimiros; los que, en cuanto les fué posible, os persiguieron con injurias, con ultrajes, con sus fuerzas y sus armas, y finalmente, los que creyeron que en vuestra ruina consistía su felicidad, se atreven á pediros ahora que elijáis antes perecer con ellos que triunfar con Philipo.

»Pero este esclarecido príncipe, que fué vuestro huésped y vuestro alumno, criado con la doctrina de Epaminondas, aquel capitán ilustre, aquel varón venerable y santo, aprendió, á ejemplo de sus costumbres, el amor y afecto á vuestra ciudad, en cuyo crédito tomó en la guerra de los phocenses satisfacción de las injurias que os hicieron y de los sacrílegos insultos que cometieron contra Apolo, cuando en odio vuestro enviaron los atenienses sus impíos socorros, vengando, después de los locrenses, á instancia y solicitud de los amphictyones, las ofensas que hicieron al mismo Dios. Este, pues, viene aquí el día de hoy á mirar por vuestros intereses,

y á no apartarse de este cuidado mientras no quedéis asegurados de aquella orgullosa ciudad, celosa siempre de vuestra gloria y siempre enemiga vuestra.

»Si para el logro de este designio queréis contribuir con vuestro consejo y fuerzas, su voluntad es que tengáis parte antes en el seguro botín que en una peligrosa guerra; ó que cuando la vuestra fuere de preferir el reposo, le concedáis sólo el paso, pues él se basta á sí para vengar las comunes injurias, sin que por esto dejéis de participar igualmente de los frutos y bienes de la victoria, de quien la mayor parte de los ganados, de las municiones y de los esclavos será vuestra; atendiéndoos como á más vecinos, y á que con ella podáis reparar las pérdidas de las guerras de los phocenses.

»En fin, considerad si es más de vuestro interés damitir tan ventajoso partido ó el ver abrasadas vuestras casas, enajenadas por fuerza vuestras ciudades y perdidos, como lo han deseado en Atenas, todos vuestros bienes; teniendo presente que el candor de vuestra sinceridad se convierte en peligrosa ira cuando sin el menor motivo se mira como sospechosa, y que cuanto tuvo antes de grande su benevolencia, es tanto más violento el deseo de la venganza cuando se ve despreciada.

»No juzguéis que pretendo, por medio de estas razones, ofenderos con la ingratitud que no temo, ni tampoco que solicito infundiros el temor, que tengo por excusado; pues sólo se dirigen á acordaros los beneficios á que os halláis obligados á Philipo, y á los que os es él deudor, para que unos y otros os amonesten lo que debéis ejecutar; y adviertan que las alianzas en tanto son firmes y permanentes en cuanto es recíproco el interés de mantenerlas, y juntamente á persuadiros que si reconocéis haber sido mayores los que él ha obrado á favor vuestro que los que vosotros habéis ejecutado en obsequio suyo, procuréis remunerar con

igual afecto su cariño. Tiene él por el mayor premio de sus fatigas haber socorrido la Grecia y haber hecho guerra á los bárbaros en gloria y seguridad de ella; y ojalá hubiese permitido el furor de los atenienses que continuase contra ellos su industria y valor, que á buen seguro que las armas que precisamente se emplean hoy en reprimir facciones sediciosas y malvadas se hallarían triunfantes en el Asia. Pudiera, sin la menor duda, haber conseguido la amistad de los atenienses, á no juzgarla por indigna de sí, y de ignominioso y perjudicialísimo ejemplo el hacerse tributario y como esclavo de un Demóstenes y de otros muchos, á cuyo arbitrio, no de otra suerte que el mar al impulso de los vientos, se mueven los espíritus de la muchedumbre.

»Y á la verdad, si proporcionasen con el honor y gloria la recompensa y el premio, no hay duda que se harían gratuitamente plausibles; pero los que están acostumbrados á vender el honor, difícilmente se habitúan á hacer distinción entre lo útil y lo dañoso, entre la justicia y la injusticia, pues se mueven por el interés y no por el amor de la virtud y de la patria, ni por el respeto de los dioses y de los hombres, en cuya consecuencia no debéis esperar de ánimos tan viles nada honesto, útil ni decoroso; pues mal atenderán á vuestros intereses, debiéndoles tan poco reparo los de su patria. Desean precipitaros en iguales calamidades á aquellas de quienes ha poco que os preservó el valor y protección de los macedones, ó sumergiros en otras tanto mayores cuanto os será más formidable enemigo Philipo que lo fueron Philomeles y Onormacho; porque en las repúblicas, donde el gobierno está prescripto á cierto tiempo y como de prestado, las empresas, por grande que sea el capitán y el conato con que las intente, no padecen menores atrasos de la emulación de los ciudadanos que del esfuerzo de los enemigos; donde, por el

contrario, ningunos las órdenes de los reyes en las Monarquías, en quienes depende únicamente todo su Gobierno de su voluntad y providencia; y de cuánta importancia sea esto en las disposiciones de la guerra no lo ignoráis vosotros. Tampoco podéis dudar que no se reduce sólo á un héroe el poder y fuerza de los macedones, pues vemos que renace Philipo en la persona de Alexandro, el cual ha dado tan admirables muestras de su valor y talento, que seguramente se puede esperar sea con el tiempo igual á los más ilustres capitanes.

»No sucede así á los atenienses, entre cuya crecida muchedumbre, hallándose dividido el arbitrio de hacer la guerra ó la paz, cualquiera, según es su osadía, persuade lo que mejor le está; obrándose todo más con una ciega pasión que con el consejo y la prudencia. Persuaden allí los malos, ordenan los ignorantes, hácese la guerra con menos ardor del con que se emprende, y rómpense las alianzas con la misma facilidad que se ajustan; tiénenla con Philipo, y sus acciones acreditan la observancia con que la mantienen; pues no contentos con haber roto su fe, procuran que se dilate á otros este pernicioso contagio. Pero por lo que mira á vosotros (¡oh valerosos tebanos!) vuestra generosa constancia, la cual os ilustra, no menos que lo que con tan gran esfuerzo como fortuna habéis obrado, me persuade fácilmente á que preferiréis la amistad de un rey cuyos beneficios á favor vuestro os son notorios, á una ciudad enemiga y émula de vuestra gloria. Finalmente, el grande Hércules, exterminador de los malos y de los delincuentes, y á quien vosotros adoráis con la veneración debida á un dios nacido en vuestra ciudad, nunca podrá tener á bien derraméis su sangre en impía é injusta guerra. Por lo que mira á las demás alianzas, podréis informaros de los que las tienen con Philipo, si se hallan con motivo alguno para arrepentirse de ella.»

CAPÍTULO VII.

Oración de Demóstenes, enviado por los atenienses, recitada en la misma junta.

Pero Demóstenes, habiendo solicitado permiso para hablar, no ignoraba (dijo) que «estos mercenarios de Philipo nunca quedarían satisfechos de sus alabanzas ni de nuestras injurias, porque los que se hallan destituídos de todo género de honestidad no acostumbran atender á lo que dicen y hacen, sino á ver cumplido lo que con ansia desean. Pero asegurado yo (¡oh generosos tebanos!) en vuestra comprensión, me prometo queden sus esperanzas burladas, y que lleven al rey Philipo una respuesta digna de vuestra virtud y de la disciplina de los griegos. Atended con madura consideración á lo que debéis ejecutar en beneficio de los intereses de vuestra patria, cuyo cuidado me ha traído á esta junta, en la cual espero mostraros con sólidas razones y no con la halagüeña persuasión de las palabras á quienes temen se rinda vuestra voluntad, se trata el día de hoy enteramente del estado de vuestra fortuna, á cuyo fin en nada pondré mayor estudio que en evitar el parecer elocuente, y de cuyo recelo pueden asegurarse los macedones.

»Porque cuando las causas á quienes falta la razón y la justicia se hallan necesitadas de valerse del socorro de la elocuencia para que las supla, tanto ajenas de usar de la hermosura de las palabras aquéllas cuyo interés consiste en que descubra desnuda su verdad quien por ellas aboga. No me detendré á averiguar si las calidades naturales de Philipo se conforman con el retrato que aquí se acaba de hacer de ellas. Convengo con él

y con que sea elocuente y grato en sus festines, prendas que cuanto algunos le ponderan, tanto confiesan la corta solidez de su gloria. Lo que sí me deberá siempre toda admiración será el haberse atrevido sus ministros á prorrumpir ante vuestra presencia en los baldones con que han ofendido nuestra ciudad, cuando de ellos toca tan igual parte á los tebanos como á los atenienses. Ponderan los desórdenes del Estado popular; pero aunque los conocemos y nos lastimamos de ordinario de ellos, los preferimos al dominio real. Han discurrido como si en los círculos y en los festines solicitasen, por medio de la adulación, la gracia de los macedones, y no pasasen oficios de embajadores con un pueblo libre. Siempre han sido notorios los pertinaces odios que así los reyes como todos sus esclavos han tenido á las naciones libres; pero éstos los han mostrado con mayor imprudencia que juicio. Por cuya causa nos hallamos (¡oh generosos tebanos!) obligados á aplicar los mayores esfuerzos para mantener nuestras leyes y nuestros privilegios.

»Nadie duda cuánto se debe desear que los que se hallan constituídos en la administración del gobierno de la república atiendan con gloriosa emulación á sus intereses y aumentos, á premeditar con cuidadosa vigilancia las más convenientes resoluciones, ó á lo menos á que ninguno prefiera á la utilidad pública sus intereses particulares, dejándose sobornar de las dádivas y llevar del ejemplo de estos embajadores para vender traidoramente, como ellos, su patria á Philipo. Pero ¿cuál será en el mundo el pueblo ni cuál la persona que haya gozado nunca en él de felicidad cumplida, cuando el que más satisfecho vive de su fortuna sólo la reconoce el bien de haberle sido menos adversa?

»No negamos que hay entre nosotros infieles y traidores ciudadanos; ni tampoco vosotros (¡oh tebanos!)

negaréis que los habéis tenido y tenéis; porque á no ser esto así, ¿cómo era posible que Philipo conspirase en Elatea contra nuestra libertad y nuestro reposo, y que no hiciese harto en asegurar de nosotros su reino de Macedonia? Mas sin embargo, nos hallamos con mucho más crecido número de fieles, prudentes y celosos ciudadanos y de incomparable poder y autoridad á la de aquellas pestes de la república. ¿Queréis una prueba? ¿Queréis un testimonio de esto? ¿Qué mejor que el de conservar nuestra libertad y no ser esclavos de Philipo, como tú, Pithón, quisiste que lo fuesen los bizantinos, y como tú, Daocho, y también tú, Thrasideo, has hecho que los thesalos lo sean, habiéndolos vendido al rey? No ignoráis vosotros (¡oh tebanos!) que Thesalia vive hoy oprimida de la servidumbre de Philipo, cuya miseria é infortunio tenemos por cierto que nos la acompañáis á sentir igualmente. También Bizancio hubiera experimentado semejante infelicidad á la que padece Olyntho, si hubiesen tenido logro los designios de Pithón, y no la hubiésemos librado del golpe que la amenazaba; porque aquel santo y venerable protector de la Grecia tenía resuelto oprimir esta ciudad, especial confederada nuestra, para cuya ruina son notorios los aprestos que se disponían.

»Veis aquí sobre lo que se funda la sabiduría de tan gran príncipe, el cual cree que es todo uno el talento que la astucia y el artificio, y que el perjurio es arte y ciencia, y así usa de la perfidia como de una virtud heroica; ó si no, díganos por qué otros medios ha adquirido tan grande y tan formidable poder; si por ventura no fueron los engaños, las asechanzas y las traiciones con los que tomó á los griegos; si no venció á los bárbaros más con el oro que con el hierro; y finalmente, si con la misma facilidad que concede á cualquiera su fe, no la rompe. Mas sin embargo, le atribuyen estos

embajadores el nombre glorioso de protector de la Grecia, llamándonos perturbadores de ella. ¡Y que no se avergüencen estos ministros de imputarnos antes tan falsamente las infames acciones que han cometido, que mostraros los verdaderos delitos de que están visiblemente convencidos!

»Si alguno de vosotros (¡oh partidarios de Philipo!) fuese acusado de haberse sobornado ó de haber cometido alguna traición, interés vuestro fuera encubrirle, negarle y procurar libraros de los castigos que por él merecíais; pero acusando vosotros el día de hoy á los demás, vosotros mismos os condenáis; cuya acción, si la habéis hecho sin prevenir el fin, os desearía más considerados y prudentes; si con designio premeditado y sabiendo lo que hacíais, que tuvieseis á lo menos más honra.

»En nada se acredita más mi inocencia y la de los que conmigo acusan que en su misma deposición, por la cual confiesan que no hemos admitido dádiva alguna de Philipo; porque si nosotros se la hubiésemos pedido, ¿es creíble de un rey tan liberal que nos enviase con las manos vacías, como pretendéis persuadir? ¿Y que habiendo juzgado por útil el ganaros y corromperos que no tendría también por conveniente llevarnos á sí, y que para conseguirlo no excusaría concedernos cuanto le hubiésemos pedido? Pero vosotros mismos habéis advertido á los tebanos que no sigan el consejo de los que abandonan el bien de la patria. Verdaderamente (¡oh generosos tebanos!) que desde luego depondría la aversión con que los miro, si cual lo dicen lo sintiesen. Confórmome con su advertencia, y desde ahora os exhorto, os amonesto y os ruego que abracéis inmediatamente en beneficio de vuestra salud y de la de toda la Grecia lo que os proponen.

Si así lo hiciereis no padeceréis que se os vendan

vuestros ganados, que vuestras heredades se conviertan en prisiones vuestras, ni la ignominia de obedecer á los peonienses y á los triballos entre los demás esclavos de Philipo. Pero lo que ellos pretenden es que apreciéis los premios de la servidumbre y abandonéis vuestras mujeres, vuestros hijos y vuestros padres, la libertad, la reputación, la fe, y finalmente, cuanto tienen los griegos por santo y venerable. Todo lo cual es sin duda, tebanos, que perderéis, si no os unís con nosotros para que juntos resistamos los engaños y violencias de Philipo; porque si os persuadís á que estáis seguros al cuidado y trabajo de otros, temo que os engañáis. Y si no, decidme: ¿quién se persuadirá á que si Philipo queda vencedor, ni los tebanos ni pueblo alguno de la Grecia podrá conservar su libertad; no habiendo quien se asegure en la fe y palabra de este príncipe, sino los que de conocido gustan de perecer? Donde, por el contrario, si nos es favorable la fortuna y obtenemos la victoria, considerad, os ruego, lo que podréis esperar de un pueblo á quien abandonasteis viéndole en el peligro de perder no menos que su salud y su decoro. Sea cual fuere el partido que vosotros elijáis, los atenienses estamos resueltos á exponernos á todo y á no perder la libertad antes que las vidas. Y aunque para conservarla juzgamos por suficientes nuestras fuerzas, si gustareis de unir á ellas las vuestras, obtendremos ambos la gloria de triunfar de un enemigo á quien cualquiera de los dos pudiera vencer separadamente.

»No ignoramos nuestras fuerzas y poder los ateniennienses, cuyos progresos empezamos á experimentar muy en los principios de nuestro nacimiento; y si entonces hubiese animado una misma causa y un impulso á los griegos, á buen seguro que daríamos hoy la ley y que hubiéramos evitado que se hubiese extendido daño tan pernicioso. Con este conocimiento, pues, he-

mos hecho por largo tiempo la guerra contra él, no por Amphypolis ó por Haloneso, como han juzgado algunos, sino por la salud y libertad de la Grecia, hasta que abandonados de todos y acometidos de algunos, nos vimos obligados á hacer una paz más necesaria que gloriosa. Pero ya ahora (como lo creo), así Minerva, protectora de nuestra ciudad, como Apolo Pithio, dios de nuestra patria, y todos los demás dioses de la Grecia, han abierto los ojos á favor nuestro, y excitan el valor de todos los que les tributan sus adoraciones á la venganza de la libertad que nuestros padres nos dejaron.

»A lo menos tengo por cierto que Hércules no puede haber oído sin indignación los discursos de estos embajadores y el que le hagan progenitor suyo. Porque ¿cómo ha de ser posible que este dios quiera declarar por uno de sus descendientes á un príncipe impío y sacrílego? ¿Que siendo griego reconozca á un macedón, y que habiendo sido enemigo y exterminador de la tiranía pase, porque se haga creíble, que un tirano deduzca de él su origen, cuando las acciones más ilustres de Hércules, y que le inmortalizaron, son totalmente opuestas á las que ha obrado Philipo, el cual tiene á la Grecia sujeta á un dominio injusto, habiendo establecido generalmente en todas las ciudades tiranos particulares: á Philistides en Oreo, á Hipparco en Heretria y á Thaurosthenes en Chalcide? Finalmente, los eubenses, los acheos, los corinthios, los megarenses, los leucadios y los corcirios se han declarado por nosotros, favoreciendo nuestros designios. Los demás sólo esperan el suceso que hasta aquí ha sido el único y más poderoso apoyo del poder de Macedonia.

»Pero luego que empiece á deshacerse, por sí mismo caerá; porque los thesalos, de quienes se compone hoy la mayor y mejor parte de la caballería de Philipo, no

acostumbran á subsistir por largo tiempo en un partido; y los ilirios y todos los demás bárbaros, vecinos de la Macedonia, pueblos naturalmente soberbios é irritados el día de hoy con la nueva servidumbre á que están reducidos, acabarán la guerra por nosotros, si los principios de ella son poco favorables á Philipo.

»Trabajemos, pues, igualmente con la industria y con el valor en una empresa tan gloriosa; y deponed, mientras dure, todas las enemistades que nacen ordinariamente de ligeras causas entre Estados vecinos, las cuales convertirá en benevolencia y amistad el gusto público que producen los buenos sucesos; ó reservad á lo menos, quizá en daño y deslustre de unos y otros, vuestras pasiones para cuando sin otro recelo y perjuicio de los intereses públicos podáis libremente satisfacerlas.

»Si queréis aseguraros de los artificiosos engaños de Philipo, cerrad vuestros oídos á sus promesas y vuestras manos á sus dádivas; preferid á los mayores bienes el de vuestra libertad, haciendo mayor precio de ella, como el más estimable, y quedarán vanos é inútiles sus fraudes, sus dobleces y sus larguezas; y cuanto hasta aquí engrandecido su poder por las discordias de griegos, tanto más abatido en lo venidero por su unión. En cuyo caso podrá ser que su osadía y temeridad os facilite su prisión, con la cual no hay que recelar de los demás; porque si aquel ambicioso espíritu aspira á la gloria y al imperio, los que hoy se hallan debajo de su dominio sólo desean el reposo; si no es ya que temáis á Alejandro, cuyos partidarios os tienen en tan bajo concepto que os juzgan capaces de que os amedrente aun el nombre solo de un niño.»

CAPITULO VIII.

Los tebanos se declaran contra Philipo y se unen con los atenienses. Sujeta Philipo toda la Grecia y muéstrase benigno con los atenienses. Toma la ciudad de Tebas y trátala rigurosamente. Su designio de llevar la guerra á Persia.

¿Quién creyera que los tebanos, que acaban de oir con tan grande atención y afecto á los embajadores de Philipo, mudasen de dictamen con tal brevedad? Tan grande fué su transformación, que declararon á Philipo por enemigo si no salía de sus fronteras y de las de sus aliados, que echaron de su ciudad á todos los que favorecían su partido y recibieron al mismo tiempo tropas de los atenienses. Pero Philipo, más irritado que medroso de verse abandonado, contra lo que esperaba de ellos, no desistió de su empresa. En fin, después de dos combates de pequeña consideración, y cuyo suceso no ocasionó á los atenienses arrepentimiento en la resolución que habían tomado, camparon unos y otros con todas sus fuerzas cerca de Cheronea, en la Beocia.

Animaba á los griegos la gloria de sus antepasados y el amor de la libertad. Fiábase Philipo en sus tropas, á cuyo esfuerzo había debido tantas victorias, y en su persona, en quien reconocía no menor socorro por las grandes ventajas que hacía á los demás capitanes en el arte y disciplina militar, habiendo faltado entonces los más ilustres de la Grecia. Mandaba en Tebas Theagenes, en quien ni concurría la experiencia que convenía á aquella constitución, ni el desinterés que era necesario para resistir los sobornos é inteligencias de Philipo, con cuyas experiencias y valor no eran comparables las de todos los capitanes atenienses. Sin embargo, las

fuerzas que veía convertidas contra sí este príncipe de dos pueblos tan poderosos, y cuyo designio y autoridad seguían los corintios y otros muchos, le obligaban á temer el lance de una batalla, á cuyo riesgo exponía toda la gloria y fortuna que en tantas había adquirido. Ni los tebanos se hallaban muy lejos de oir con agrado proposiciones de paz. Pero el ardor de los atenienses los apartó de esta disposición, reduciéndolos á que librasen al lance de una batalla sola la libertad de toda la Grecia.

Por otra parte, Alejandro, no pudiendo moderar el ardor de su espíritu, estimulaba á su padre á que no perdiese tan prodigiosa ocasión como la que se le ofrecía para el mayor acrecentamiento de su gloria. Con que habiendo, por último, conseguido que se pelease, fué él quien primero cargó en los enemigos. Combatióse por largo tiempo con grande ardor, en cuyo espacio permaneció dudosa la victoria; hasta que este joven, á quien su padre había dado el mando de una de las alas del ejército, compuesta de tropas escogidas, habiendo acometido vivamente la corte sagrada de los tebanos, en quien estaban los soldados más ventajosos de sus milicias, la obligó á desamparar su puesto y abrió el camino á la victoria. De otra parte, los atenienses, debilitados de fuerzas con el calor y las heridas, y perdidos de ánimo con la rota de sus aliados, no pudieron resistir largo tiempo el esfuerzo de los macedones. Con que de esta suerte decidió sólo una batalla la libertad de toda la Grecia. Quedaron sobre el campo de los atenienses más de mil hombres muertos, y prisioneros dos mil, y del de los aliados muertos y prisioneros muchos; después de cuyo suceso envió Philipo á decir á los atenienses con su hijo Alejandro: *Que los admitía á su gracia y se la hacía de la paz; que daba graciosamente libertad á los prisioneros y permitía que enterrasen sus difuntos.* Porque

deseando pasar á la expedición de la Persia, procuraba ganar el afecto y fidelidad de los griegos por medio de la blandura y clemencia, si bien les quitó el dominio de las islas y en el mar.

Mostróse más severo y riguroso con los tebanos, no pudiendo olvidar el riesgo á que había expuesto sus intereses su repentina mudanza, ni la ingratitud con que habían correspondido á sus considerables beneficios, abandonándole por seguir el partido de los atenienses. Y así, luego que tomó su ciudad y puso guarnición de macedones, hizo cortar la cabeza á los que le fueron contrarios y que saliesen de ella todos los demás, y restituyó á los que por haber seguido su partido se hallaban desterrados, haciéndoles merced de los cargos y magistrados.

Con la fama y grandeza de esta victoria rindió todos los demás pueblos que habían tomado las armas contra él, á unos por medio de ellas y á otros por el de muy ventajosas alianzas á favor suyo, sin que entre todos los griegos quedasen exentos de su dominio más que los lacedemonios y los arcades. Habiendo, pues, congregado una junta en Corinto de toda la Grecia, manifestó en ella: *Cuán preciso era pasar la guerra á Persia y reprimir el insoportable orgullo con que los bárbaros se suponían ya señores de todo el mundo; porque de no hacerlo y no resistirle prontamente, quedarían para siempre esclavos suyos. Que ya no se trataba de que los griegos hiciesen la paz ó la guerra, sino de saber si querían más pasarla á los dominios del enemigo que esperarla en los suyos. Que no sólo convenía vengar las antiguas ofensas, sino librar las ciudades de la Grecia, situadas en el Asia, de la servidumbre de los bárbaros, y borrar la ignominia que resultaba á los griegos de ella. Que esta empresa se haría con tanta mayor facilidad, cuanto hallándose en paz toda la Grecia, se podían emplear todas sus fuerzas en una guerra de la otra parte del mar, con quien se*

lograría también el beneficio de asegurar su tranquilidad doméstica, empleándose en ella los que la alteraban por la ociosidad y el reposo á que se entregaban. Y, últimamente, que nombrasen el capitán de quien habían de fiar el cuidado de ella y dispusiesen los medios con que se había de hacer.

Nadie ignoraba que debía pedirse ese favor á la república: pero reconociendo todos no era ocasión oportuna de solicitar con palabras la libertad que habían perdido con las armas, fué nombrado Philipo, con aclamaciones de regocijo, de común consentimiento, por general de toda la Grecia, para que pasase al Asia á librar el mundo de la servidumbre de los persas. Confiriéronse los medios con que cada pueblo podría contribuir, y se pusieron por escrito los soldados, el dinero y el trigo que habían de dar. Hecho el cómputo, halló que se le ofrecieron á Philipo para esta expedición doscientos mil infantes y quince mil caballos, sin que se comprendiesen en este número los macedones y los bárbaros que estaban sujetos á ellos.

CAPITULO IX.

Discordias en la casa de Philipo. Resuelve éste dar muerte á Alejandro, el cual se halla necesitado á retirarse con su madre Olimpias. Muerte de Philipo, en que son sospechosos Olimpias y Alexandro. Crueldades de Olimpias.

Siendo general propensión de las felicidades humanas que ninguna deje de padecer el contratiempo de algún infortunio, mal pudieron librarse de él las prosperidades de Philipo, cuyas exteriores dichas turbaron los disgustos domésticos que le sobrevinieron. Concitaba (como dejamos dicho) cada día más contra sí la altivez y soberbia de Olimpias el desagrado de su esposo, á cuya causa atribuyen algunos su repudio. Pero por lo que reconozco en los historiadores, hallo que permaneciendo su matrimonio y sin que precediese novedad alguna, se casó Philipo con Cleopatra. Lo cierto es que no parece creíble que Alejandro quisiese asistir á las bodas de la madrastra (á haber precedido) en desdoro y desprecio de su propia madre, á quien amaba tiernísimamente, y de cuya ignominia le tocaba tanta parte; y mucho menos cuando añaden que Philipo la repudió por sospechas de algún desliz poco decente á su honestidad y decoro.

Lo cierto es que Alejandro asistió á sus bodas, y que por cierto disgusto que sobrevino en uno de los festejos, ausentó de la corte á su madre. Attalo, tío de Cleopatra, no pudiendo disimular sus esperanzas, se dejó decir entre los desmanes de un banquete: *Que debían pedir los macedones á los dioses concediese muy en breve á Philipo sucesor legítimo del nuevo matrimonio.* Irritado Alexandro, naturalmente colérico, de este agravio, prorrumpió

así: *Mal hombre, ¿por ventura me imaginas bastardo?* Y acompañando á estas palabras la demostración de darle en la cabeza con la copa que tenía en la mano, correspondió también Attalo con otra igual, de que se originaron aún mayores disgustos, porque irritado Philipo, que estaba en otra mesa, de que se turbase la celebridad y regocijo de aquel día, corrió con la espada desnuda contra Alexandro, á quien sin duda hubiera muerto, si el impedimento que le causaba la herida, que hemos referido recibió, la cólera y el vino no le hubiesen estorbado llegar á él con más presteza.

Cayó al tiempo de seguirle, con que dió lugar á sus amigos, absortos de caso tan inopinado, para que se pusiesen por medio y aplacasen la colérica indignación del padre; si bien no fué menos difícil templar á Alexandro, el cual se tenía por muy ofendido; y aunque se le representó el respeto que como á rey y á padre le debía, no pudo abstenerse de decir á los macedones, burlándose de Philipo: *Que llevaban muy buena guía. Que los condujese al Asia, no habiendo aún podido pasar de una mesa á otra sin caer.*

Pero no teniéndose por seguro él ni su madre, se acogieron al rey de Iliria, y en Epiro, donde reinaba el hermano de Olimpias, la dejó. Habiendo vuelto ambos á Macedonia por interposición de Demaratho Corinthio, Olimpias, mujer de genio caprichoso y difícil de reducir á lo razonable, no cesaba de persuadir á Alexandro, bastante ambicioso por sí, *á que ganase cuantos amigos pudiese por medio de los beneficios, por el de la blandura y agrado, y á que se asegurase del odio de su padre con la alianza de los más poderosos.*

El mismo Philipo le había aconsejado en otras ocasiones que granjease el afecto del pueblo con la afabilidad, prohibiéndole lo hiciese con las dádivas. Y en una de sus cartas, afeándole éstas, le advierte: *No se fíe del*

que adquiriese por ellas, pues se hallaría engañado si pensaba que semejantes medios, los cuales eran propios de sus ministros y criados, podían ser decentes á la grandeza y soberanía de un rey. Pero como, por otra parte, solía decir muchas veces que no había nada inaccesible al dinero, y para confirmarlo se valía de él igualmente que de las armas, es de creer que el fin del consejo no miraba tanto á la enseñanza de Alexandro en lo más conveniente, cuanto á abstraerle de que se valiese contra él de sus propios artificios, como lo temía. Reprendióle también por haber solicitado la hija de Pexodoro, destinada para Arideo, diciéndole: *Que era degenerar de su sangre y manifestarse indigno de su fortuna desear por suegro á un Cario bárbaro y vasallo de otro bárbaro.*

Pero, sin embargo, nunca Philipo observó lo que persuadía, pues á precio de asegurar sus intereses, ni reparó en la bajeza de los nacimientos, ni dificultó casarse con mujeres de lo más interior de la barbaridad en el país de los ilirios y de los getas; aunque es verdad que tenía ya hijos de muchas de sus mujeres y concubinas cuando lo hizo. Y porque Alexandro llevaba con sumo disgusto el tener tantos hermanos, su padre le solía decir con agrado y blandura: *Que pues tenía tantos competidores al imperio, obrase de suerte que los excediese en valor y virtud, para que creyese el mundo debía la corona más á sus méritos que á su padre y á su nacimiento.*

Pero como la misma materia ocasionaba de ordinario nuevos disgustos, y la quiebra pasada no quedó bien soldada, llegaron éstos al último rompimiento, y con especialidad por parte de Olimpias, cuyo violento espíritu estimulaba á la venganza el soberbio y temeroso capricho de su sexo. Había solicitado con Alexandro, su hermano, hiciese guerra á Philipo; pero este astuto príncipe, temiendo versè precisado á tomar las armas en tiempo tan poco oportuno, aunque se hallaba más

poderoso, se previno de este riesgo asegurándose del rey de Epiro por medio del casamiento que ajustó entre él y Cleopatra, hermana de Alexandro.

Juntáronse todos los príncipes de los pueblos vecinos y los embajadores de las ciudades griegas á la celebridad de estas bodas en Egas, cuya ciudad eligió Philipo para los regocijos, como en presagio de lo que después había de suceder, siendo este lugar en donde se acostumbraba enterrar los reyes de Macedonia. Refiérese también que cuando consultó al oráculo de Apolo sobre la guerra de Persia, le fué respondido: *Estaba próximo su fin.* Pero que interpretando la inteligencia de tan dudosa respuesta (como lo son todas las de los oráculos) á favor suyo y en ruina de los bárbaros, se lisonjeaba con ella. Precedieron á la muerte de este príncipe otros muchos prodigios, cuya declaración fué impenetrable á todos, hasta que la hizo notoria el suceso.

Había entre los soldados de su guardia uno, llamado Pausanias, á cuya graduación le había ascendido Philipo por desagraviarle de las injurias que recibió de Attalo; el cual, viéndolo embriagado en un festín, le expuso al nefando antojo de los convidados. Solicitando, pues, Pausanias, con el castigo de Attalo, la satisfacción de esta ignominia, y no atreviéndose Philipo á dársela á un capitán cuyo valor y experiencia en la guerra había acreditado tan en beneficio suyo, y á quien, habiéndole hecho su valido, había enviado delante al Asia con Parmenión y Amintas, para valerse de él en la expedición de la Persia, le pareció darle este empleo, creyendo que con él quedaría gustoso; á cuyo fin le aumentó el sueldo, procuró suavizar con honrosas caricias, pidiéndole cediese en beneficio de los intereses y necesidades del Estado sus particulares agravios.

Pero haciendo mayor impresión en este joven la injuria pasada que los favores presentes, convirtió todo

el rencor que conservaba al autor del ultraje contra rey tan remiso en el castigo de él. Creyóse, no sin alguna verosimilitud, que comunicó su designio con los enemigos de Attalo y con los malcontentos de Philipo; pero lo cierto es que fué notorio que Olimpias coronó al parricida con una corona de oro que halló pendiente de una horca, á cuya demostración se añadieron otras que confirmaron las causas de este atentado y del orden que se guardó en su ejecución.

No bien había desplegado su luz el día destinado para los últimos juegos, cuya magnificencia se esperaba fuese, según se había prometido, superior á los espectáculos de los días precedentes, cuando concurrió gran muchedumbre de pueblo al teatro para verlos. Entre las preciosas alhajas que servían á su adorno, y por cuyo medio suelen los príncipes de crecida opulencia y poder, mal satisfechos de la grandeza de su fortuna (por decirlo así), burlarse de sus riquezas, se ofrecían doce estatuas de los dioses, en quienes la excelencia del arte competía con lo precioso de la materia, y después de ellas otra, en nada inferior, que representaba á Philipo; pero bien apriesa pagó con su merecido castigo el desprecio que hacía de su condición mortal; pues cuando ensoberbecido con la prosperidad de tan favorables sucesos pretendía igualarse con los dioses, le cortó la muerte el hilo de la vida antes que pudiese gozar del honor que pretendía usurparles.

Advirtiendo cuidadoso Pausanias el modo de su entrada en el teatro, y reconociendo iba solo, por haber hecho pasar delante á todos los que le acompañaban, y mandado á sus guardas se quedasen detrás de él, por acreditar la seguridad con que le tenía la amistad en que se hallaba con todos, le atravesó por el corazón un puñal, á cuyo violento golpe cayó en tierra muerto.

Tal fué el fin del mayor rey de los de aquel tiempo, á

cuyo gran talento y valor debió el reino de Macedonia le elevase desde el más abatido y despreciable estado al más poderoso y formidable: sujetó todos los bárbaros que circundaban sus fronteras; redujo la Grecia debajo de su obediencia, y puso en terror su nombre al imperio de los persas. Para cuya conquista se juntaban ya debajo de sus banderas los griegos auxiliares, habiendo pasado al Asia sus capitanes; pero faltó muy á los principios de sus generosos intentos y cuando su valor se prometía considerables frutos de sus victorias. Tan expuestas están siempre las mayores empresas á un momentáneo fatal accidente, y á que se burle de esta suerte la fortuna (como suele de ordinario) de las esperanzas de los mayores héroes.

Luego que Olimpias supo la muerte del rey, obligó á Cleopatra, sobrina de Attalo, á que se ahogase ella misma, habiendo hecho pocos días antes de la muerte de Philipo quemar al hijo que tuvo de él. Ejercitó también sus iras en los afectos y parientes de esta princesa, y extendió su venganza á cuanto la puede dilatar el impetuoso furor de una mujer celosa.

CAPÍTULO X.

Alteraciones y discordias en el ingreso de Alexandro á la corona. Su valor y resolución. Habla al pueblo, y manda castigar á los cómplices en la muerte de su padre.

Pero Alexandro, en cuya ausencia había cometido su madre crueldades tan indignas, se mostró entre las tempestuosas borrascas que se le ofrecían á los principios del gobierno como iris que las serenó; porque los griegos á quienes había sujetado Philipo, concebían ya esperanzas de su libertad; los bárbaros tumultuaban; las vecindades de Macedonia y la misma Macedonia empezaba á turbarse; Attalo, que mandaba un ejército considerable, tenía ganado el afecto de los soldados y la alianza de los primeros señores de Macedonia, los cuales le habían prometido la hermana de Philotas; siendo natural viviese ofendido de los considerables agravios que había experimentado de Alexandro y de Olimpias, los cuales le constituían enemigo de ambos. Por otra parte, Aminthas, hijo de Pérdicas, hermano de Philipo, y á quien Philipo había casado con Cina, aspiraba á la sucesión de su padre por muerte de Alexandro.

La mayor parte del pueblo aborrecía la tiranía de Olimpias, y los que sólo pretendían mudanzas y novedades se inclinaban á una ú otra parte, según los empeñaba su afecto é interés. Ni faltaban algunos que dijesen: *Era preciso dar á Alexandro, hijo de Europa, la corona que primero Aminthas y después Philipo habían usurpado tiránicamente al legítimo sucesor del reino.* Pero el ejército componiéndose de varias naciones, también de diversas inclinaciones, según era el valor y la esperanza de los capitanes. Por el contrario, la muerte in-

opinada de Philipo no había dado tiempo á Alexandro para que se previniese contra tantos movimientos como se suscitaban por todas partes.

Y si bien se atendía á su generosidad natural, no dejaba de perjudicarle su corta edad, por no persuadirse á que un príncipe de veinticinco años se atreviese á echar sobre sí el peso de tan grande imperio, ni á que en caso de hacerlo tuviese fuerzas bastantes para mantenerle. A que se añadía la falta con que se hallaba de dinero, eficacísimo medio para allanar las mayores dificultades y más poderoso y fuerte que las mismas armas, y que como tal se habían valido de él y de sus crecidas riquezas los persas para granjear á favor suyo los pueblos de la Grecia. Hasta los piratas toscanos se ocupaban en robar los lugares marítimos de Macedonia, para que no faltase circunstancia alguna al colmo de tan considerables contratiempos. Finalmente, Alexandro habiendo juntado á sus más confidentes para conferir el pronto remedio que pedían, fueron algunos de dictamen de que se abandonase por entonces la Grecia, y se procurase aquietar por medios suaves los bárbaros, que empezaban á alterarse; pues sosegadas las revoluciones de adentro, se lograría con mayor facilidad el que lo quedasen también todas las de afuera.

Pero no admitiendo su gran valor remedios tan tibios, los cuales juzgaba que argüían flaqueza de ánimo, declaró su dictamen, diciendo: *Que si al principio de su gobierno le empezaban á despreciar, lo harían siempre, porque el crédito que se granjea un príncipe con las primeras acciones de su reinado, le conserva en todo el progreso de su vida; que la repentina muerte de su padre había sido tan inesperada de él como de los rebeldes, con quienes se conseguiría fácilmente cuanto se pretendiese, hallándose aún temerosos y sin saber á qué resolverse; que la lentitud y retardación de los macedones podria dar ocasión á que se declarasen por au-*

tores y cabezas de varias rebeliones muchos á quienes, sin duda, se juntarían los que se mantenían dudosos sobre el partido que habían de elegir. Y que así tenía por más seguro ponerse en manos de la fortuna, en ocasión donde era más necesaria la diligencia que la fuerza. Porque si no mostramos (decía) *contra algunos firmeza y valor, ¿qué suceso podremos esperar, cuando habiendo reconocido nuestra flaqueza, unidos todos, de común consentimiento nos acometan?*

Oró después al pueblo, á quien habiendo ponderado con iguales razones la importancia de su resolución, y proporcionándolas al estado presente, le ofreció: *Obrar de suerte que esperaba confesasen bien aprisa, así los ciudadanos como los enemigos, que con la muerte de su padre sólo había mudado el reino la persona y el nombre del rey que perdió, y no la acertada administración de su gobierno ni la gloria con que florecía por la prudencia y valor con que la había adquirido y conservado. Que aunque algunos habían tomado con la mudanza presente ocasión para turbar la seguridad y el sosiego público, esperaba recuperar bien aprisa uno y otro con su castigo. Para cuyo fin solicitaba de los macedones que le concediesen sólo los mismos corazones y brazos que habían empleado en servicio de su padre por tan dilatado espacio de años, con tan gran gloria suya como fruto de sus victorias. Y que tenía por segura de la prontitud con que mostraban á la ejecución de sus órdenes, que podría remunerarla, aliviándolos de todas las cargas que padecían, dejándoles sola la de servir en la guerra.*

Favoreció la fortuna la resolución del nuevo rey, disponiendo correspondiese el suceso á la felicidad con que le había esperado y al esfuerzo que había prometido y aplicado para conseguirle; porque prevenido contra las astucias de Aminthas, que intentaba perderle, las descubrió, se desembarazó de las de Attalo y de su persona por medio de Acateo y Parmenión, y finalmente de todos aquellos á quienes acusaba la voz común

de haber contribuído á la muerte de Philipo, sin que entre todos exceptuase de ella á otro que á Alexandro Lincestes, por haberle asistido en su asunción á la corona y haber sido el que primero le saludó rey; persuadido á que por medio de la severidad con que procedía en la venganza de la muerte de Philipo, aseguraba el trono y la vida, y conseguía desvanecer la voz que corría de haber sido cómplice en la muerte de su padre. A cuya sospecha dieron ocasión los continuos disgustos y quejas que tuvieron Philipo y Alexandro, y también á que se dijese había acriminado los agravios de Pausanias para obligarle á cometer aquella maldad, animándole á su ejecución con un verso de cierta tragedia *en donde Medea amenaza á sus competidoras, á Jasón, y á los que la habían casado con él, de comprenderlos en una misma ruina.* Por lo cual hizo cuanto pudo por eximirse de la nota de este delito, atribuyéndosele á los persas en una respuesta que dió á cierta carta de Darío, donde le acusa *de haber comprado á precio de oro asesinos que ejecutasen la muerte de su padre.*

Finalmente, para librarse mejor de ella, resolvió poco antes de su muerte fabricar un magnífico templo en honor de Philipo; á cuya ejecución atendieron poco sus sucesores, por más que lo dejó encargado en su testamento, y prevenida entre otras muchas cosas la disposición y el orden que se había de guardar en ella.

CAPÍTULO XI.

Entra en Thesalia y redúcela á su obediencia. Nómbranle los griegos por su general, cuya junta hace se tenga en Corinto. Visita al filósofo Diógenes. Su expedición á la Thesalia y anuncios de su grandeza.

Conociendo Alexandro cuánto le importaba para pasar á ejecución los designios á que le estimulaba su espíritu conservar el dominio de la Grecia, que su padre había adquirido, movió con la mayor presteza que pudo su ejército hácia Thesalia, por donde rompió improvisadamente. Algunos thesalos, habiendo levantado el ánimo y las esperanzas á novedades, se habían apoderado de los pasos del Tempe y cerrado el camino por donde se viene de Macedonia, cuyas dos regiones dividen la una de la otra los dos famosos montes Olympo y Osa. Pasa el río Peneo por sus vegas, cuya prodigiosa amenidad hace tan hermosa y grata esta región, que ha merecido solemnes sacrificios. Corre á la sombra de las deliciosas florestas que guarnecen de una y otra parte sus riberas, y aun que bastantemente ruidosa su corriente, el armonioso canto de los pájaros que en crecido número pueblan continuamente aquellos árboles, impide que se perciba.

Ofrécese una senda estrecha, cuya latitud es de cinco mil pasos, por la cual apenas puede pasar un caballo cargado, y cuya entrada son bastantes á resistir á cualquiera que la intente diez hombres armados. Pero Alexandro, habiendo tomado el camino por donde se creía que eran las rocas más inaccesibles, y hécholas cortar por el lado del monte Osa en forma de escalones, entró por él. Quedaron tan amedrentados todos los habitado-

res de su presteza y diligencia, que sin haber persona alguna que se le opusiese, le entregaron á un tiempo los dominios de toda aquella región, los lugares y rentas, según las condiciones con que los gozaba Philipo; si bien concedió á la ciudad de Phithia quedase libre de todas cargas por ser patria de Aquiles, de quien se creía descendiente, y á cuyo héroe decía había elegido por camarada y guía para la expedición de la Persia.

De Thesalia pasó á las Termópilas, á la junta que entonces se tenía en ellas de toda la Grecia, á quien llamaban Pylaica; y después de haberle declarado por decreto de los amphyctiones por general de los griegos, en lugar de su padre, confirmó á los de Ambracia la libertad que habían recuperado poco antes, echando de su ciudad una guarnición de macedones, y les aseguró se la hubiera concedido voluntariamente aunque no la hubiesen adquirido. Habiendo después dado orden para que se acercase su ejército á Tebas, y vencido el orgullo y pertinacia de los beocianos y atenienses, los cuales se oponían con más especialidad á sus empresas, dió orden á los diputados de los griegos para que pasasen á verle á Corinto, donde habiéndose confirmado de común consentimiento el decreto de los amphyctiones, quedó reconocido por general de todos los griegos en lugar de Philipo y resueltas las tropas que habían de pasar á hacer la guerra á Persia. Hallábase en Craneo, arrabal de Corinto, donde había un bosque de cipreses, Diógenes, filósofo cínico; el cual prefiriendo á las riquezas el reposo y la libertad del ánimo, había elegido una pobreza voluntaria.

Deseando Alexandro tratarle, salió á pasearse cierto día al bosque, donde habiendo visto á este filósofo, y permitídole pidiese cuanto gustase, con la seguridad de que se lo concedería, *le suplicó sólo se apartase un poco, y no le quitase el sol.* Cuya inesperada respuesta, así

como le fué de gusto, también de admiración, al experimentar en el desengaño de aquel filósofo el desprecio que hacía de su elevada fortuna, en la cual no tuvo que apetecer. Y así es fama que dijo á los que se hallaban con él: *Que á no ser Alexandro, quisiera ser Diógenes.* La grandeza de ánimo de este príncipe y su superior talento no dejaban de manifestarle los peligros á que por sus desordenadas pasiones se precipitan y pierden los hombres; pero teníale tan preocupado la ambición y el deseo de reinar, que no le daba lugar á que reconociese con utilidad propia cuánto más cómodo es carecer de lo supérfluo que gozar de lo necesario.

Pasó del Peloponeso á Delphos á consultar á Apolo sobre el suceso de la guerra que emprendía; pero habiéndole enviado á decir la sacerdotisa que no era permitido hacerlo hasta que pasasen algunos días, se fué á ella y la sacó por fuerza para el templo, en cuyo camino, viendo que la obstinación del rey había derogado la costumbre, exclamó con estas voces: *Invencible eres, hijo mío.* Alejandro la detuvo, diciéndola: *Que él admitía por anuncio sus palabras y que no pretendía inquirir más del oráculo.* Reducidas con esta felicidad á sosiego aquellas inquietudes, volvió á su reino, donde se aplicó con suma actividad á vengar el desprecio que se hacía de Macedonia. Finalmente, teniendo prontos todos sus aprestos, partió de Amphipolis al principio de la primavera para hacer la guerra á los pueblos libres de la Tracia, y llegó en diez días cerca del monte Emo.

Habíase apoderado crecido número de tracios de la cumbre de la montaña para impedir el paso, y cerrado su campo con carros en forma de trincheras y terraplenes para resistir á los enemigos si llegasen á acometerles. Alexandro, reconociendo el designio y destreza del enemigo, ordenó á su gente se abriese para hacer paso á los carros luego que intentasen avanzarlos y

que se postrasen en tierra y se cubriesen con sus escudos, uniéndose los unos con los otros á manera de galápagos en caso de que los disparasen repentinamente. Con cuya diligencia quedó frustrada la astucia de los enemigos; porque la mayor parte de aquellos carros pasó por el lugar que les hicieron abriéndose, sin ocasionar tampoco daño alguno el peso de los que pasaban por encima de los soldados que estaban en tierra, respecto de evitarle sus escudos, ayudados de la velocidad con que corrían. A cuyo próvido reparo se debió quedase solo en amago el aparato de tan peligrosa tempestad.

Entonces los macedones, libres del temor en que se habían visto, testificando á gritos su regocijo, marcharon contra los bárbaros; y los flecheros, partiendo del ala derecha, cargaron con las saetas sobre los que estaban más avanzados. No se puso en duda la victoria luego que la gente de Alexandro pudo combatir á pie firme; rechazaron fácilmente un enemigo que, á modo de decir, se hallaba desnudo ó ligeramente armado. Pero lo mismo que ocasionó la pérdida de los bárbaros les facilitó mucho su fuga, porque libres del peso de las armas pudieron salvarse más cómodamente por ciertos lugares desconocidos á los enemigos. Murieron mil quinientos, librando á los demás la fuga. Tomóse infinito número de niños y mujeres; y la presa, respecto de la calidad de los lugares, fué de bastante consideración. Abierto de esta suerte el paso del monte Emo, penetró el ejército por lo más interior de la Tracia.

Ofrecióse en aquel territorio un bosque consagrado á Baco, de gran veneración en todos tiempos. Sacrificando en él Alexandro, según el estilo de los bárbaros, y habiendo derramado alguna porción de vino sobre el altar, salió una gran llama de él que discurriendo por la altura del templo se levantó desde ella hasta el cielo;

prodigio que se tuvo por anuncio de que la gloria de este príncipe no tendría otros límites que la extensión del universo, y en cuya confirmación se refirió otro. Tiene la Tracia, llamada Odrysa, un monte con el nombre de Libethre, y una ciudad del mismo, á quien hizo famosa el nacimiento de Orpheo. Vino, pues, á ella el rey á asegurarse de lo que le decían los que le afirmaban haber visto sudar la estatua de este héroe, sumamente venerada allí. Este prodigio puso á todos en alguna inquietud; pero Aristandro les aseguró del recelo, declarando que miraba al rey y que era testimonio de que costaría algún día á los poetas, hijos de las Musas, sudor y desvelo representar sus gloriosas acciones. Cuando Alexandro bajó á las tierras de los triballos, pueblos fuertes y valerosos que habitan de la otra parte del monte Emo, Syrmo, su rey, se había retirado á Pauce, isla de la Istria, noticioso mucho tiempo antes de la expedición de Alexandro. Defendióse allí por medio de aquel río cuanto no le permitieron lo hiciese por el de las armas la edad y el sexo. Hallábase Alexandro con muy pocos bajeles, demás de que le era muy difícil llegarse á esta isla, por estar impenetrable la orilla y fortificada de las rocas. El enemigo, que estaba fuerte, resistía con pequeño trabajo la entrada. Por tanto, se retiraron los macedones sin haber hecho fruto alguno, contentos con la victoria que habían obtenido algunos días antes de los triballos, en cuya batalla dejaron muertos más de tres mil de su ejército, sin otra pérdida que la de cincuenta hombres de sus tropas.

CAPÍTULO XII.

Su viaje á las tierras de los getas. Recibe embajadores de Alemania. Excusa hacerles guerra. Los príncipes de Iliria se sublevan contra él. Vese en peligro, del cual se libra por medio de una estratagema.

Después de haber acometido vanamente Alexandro al rey Syrmo, volvió sus armas contra los getas, que habían puesto en batalla de la otra parte del río cuatro mil caballos y diez mil infantes. A cuya empresa le movió, no tanto el interés de la guerra, cuanto el deseo de la gloria y el de poder blasonar de haber pasado el más caudaloso río de la Europa, á pesar de las naciones de mayor valor que embarazaban su tránsito. Hizo, pues, poner en los bajeles que tenía cuanta caballería pudo caber en ellos; en barcas su infantería, de que tenía gran número, y que el resto pasase en odres. Habiéndolo hecho los macedones de noche, y embarazando los crecidos trigos que había en la ribera adonde llegaron el que pudiesen descubrirlos, absortos los getas de su inopinado acometimiento, apenas pudieron reparar la primera carga de la caballería; y así luego que llegó Nicanor con el batallón de los macedones, á quien llamaban *falange*, compuesto de ocho mil infantes, se pusieron en fuga tomando el camino de la ciudad, distante del río cuatro millas. Poco después de haber llegado Alexandro, condujeron precipitadamente sus mujeres y sus hijos; y habiendo cargado sus caballos de lo que pudieron llevar, dejaron todo lo demás para el vencedor.

El rey mandó que los convoyasen Meleagro y Philipo, y después de haber hecho arrasar la ciudad y con-

sagrar altares sobre la ribera á Júpiter, á Hércules y al mismo Istro, por haberle sido propicio en el tránsito, hizo el mismo día volver á pasar su ejército de la otra parte, habiendo obtenido esta victoria sin la costa de alguna sangre. Llegáronle después los embajadores de los pueblos vecinos y del rey Syrmo con grandes presentes, compuestos de lo más estimable que gozaban; así como también los de los alemanes que habitan desde las fuentes de Istro hasta las tierras que miran al golfo Adriático, porque Istro tiene su nacimiento en Alemania, cuyos moradores le llaman Danubio. Alexandro, habiendo admirado el extraordinario vigor de sus cuerpos, les preguntó *cuál era lo que más temían del mundo,* creyendo que ponderasen su formidable poder y confesasen su temor; pero ellos, bien lejos de hacerlo, le respondieron: *Que sólo temían cayese el cielo sobre ellos, aunque no por esto dejaban de hacer considerable estimación de los grandes héroes.*

Admirado el rey de su respuesta, que no esperaba, quedó algún tanto enmudecido; y habiendo dicho que los alemanes eran pueblos soberbios, hizo á ruego suyo alianza con ellos: concedió la paz al rey Syrmo y á los demás pueblos; y contento con la gloria que había adquirido en esta expedición, volvió todos sus pensamientos á la guerra de Persia, donde esperaba con menor trabajo y riesgo conseguir mayor fruto de sus fatigas. Para cuya empresa le avivaron más los celos de Alexandro, su tío, el cual, habiéndose retirado de la guerra de Italia, *quejándose de la desigualdad que había entre su fortuna y la de su sobrino, se dejó decir que él había combatido en Italia con hombres, pero el rey de Macedonia sólo había peleado con mujeres.* Para asegurar Alexandro más la Tracia, sacó de ella á todos los príncipes y señores que le parecieron capaces de alterarla por su crédito y valor, y los llevó consigo debajo del pretexto de honrarlos

y de tenerlos por sus camaradas en la expedición de la Persia, quitando por este medio todas las cabezas á los sediciosos é imposibilitándoles sin ellos de que intentasen novedades.

Volviéndose á Macedonia por las tierras de los agrianos y de los peonienses, le llegó la noticia de los movimientos de Iliria. Habiendo usurpado cierto carbonero llamado Bardilis, desde las humildades de esta bajeza, el título de rey, y constituídose dueño de muchas naciones en esta comarca, causó grandes hostilidades á los macedones, hasta que vencido en una batalla por Philipo y derrotado enteramente en otra que repitió con mayores esfuerzos, quedó reducido por último debajo de la obediencia del vencedor. Muerto algunos años después este príncipe en edad de noventa, su hijo llamado Clito, juzgando haber llegado el tiempo de recuperar su libertad mientras Alexandro se ocupaba en una guerra de la otra parte de Istria contra naciones tan poderosas, obligó á sus pueblos á que tomasen las armas, é hizo alianza con Glacias, rey de los ilirios, llamados saulancios.

Los autariates, que es otra nación, habían resuelto acometer en el camino á los macedones, pero Langaro, rey de los agrianos, el cual era amigo de Alexandro, le pidió permiso para reprimir aquellos pueblos, ofreciendo suscitarles en sus mismas tierras tan peligrosas inquietudes, que esperaba obligarles á que dejasen bien apriesa las que causaban á los macedones. Estimó el rey el afecto de este juvenil príncipe, y se le remuneró con muchas mercedes, ofreciendo casarle con Cyna, su hermana, á quien había tenido su padre en una mujer de Iliria, y dado en matrimonio á Amithas. Cumplió Agriano su palabra á Alexandro, ejecutando lo que le había prometido; pero sobreviniéndole al mismo tiempo una enfermedad de que murió poco después, le privó

del premio ofrecido. Reducidos de esta suerte los autarianos al cumplimiento de su obligación, sin la costa del combate, que no fué necesario, se pasó á Pelión, ciudad de Desarecia, sobre el río Eordaico. Mostraron los enemigos alguna apariencia de querer combatir, porque salieron de sus guarniciones con ímpetu capaz de llegar prontamente á las manos; pero antes que lo pudiesen hacer, se retiraron, apoderándose de los bosques, de los caminos y de los lugares que tuvieron por más seguros. Ofreciósele á los macedones en esto el horroroso espectáculo de tres jóvenes y tres doncellas postradas en tierra y muertas, con tres carneros negros, cuya sangre y cuerpos estaban mezclados confusamente. Habíanlos sacrificado los bárbaros á los dioses con sacrílega devoción para que inspirasen valor en su gente cuando combatiese; pero el dios, vengador de esta maldad, les infundió cobardía en vez del esfuerzo que solicitaban.

El rey, habiéndolos retirado hasta su ciudad, resolvió embarazarles la salida, para cuyo fin dispuso se hiciese un muro por de fuera; mas habiendo sobrevenido la mañana siguiente Glaucias con grandes tropas de taulancios, le quitó la esperanza de tomar esta ciudad, obligándole á procurar los medios de retirarse seguramente. En el ínterin, reconociendo Alexandro el peligro que corría Philotas, enviado al forraje con las bestias del campo y una escolta de caballería, por haber sabido que Glaucias se habia apoderado de algunas colinas que circundaban la campaña, y que atendía á no malograr ocasión alguna que se le ofreciese; habiendo dejado en el campo una parte del ejército contra las salidas de los sitiados, partió prontamente con el resto de sus tropas, y después de haber amedrentado á los ilirios, libró á los suyos del riesgo, pero no pudo evitar los grandes embarazos que en su marcha encontró;

porque de una parte el río, y de otra las rocas, estrechan el camino de suerte que apenas podían marchar en muchos lugares de frente cuatro hombres armados; á que se añadía el haber prevenido Clito y Glaucias en las montañas compañías de ballesteros y de honderos con un grueso de gente bien armada.

Sin embargo, el rey, que había puesto delante de las alas de su falange doscientos caballeros, les ordenó que levantasen sus lanzas, que poco después las bajasen hacia los enemigos, como si pretendiesen cargarlos, y que luego volviesen tan aprisa al uno como al otro lado.

Mientras mantenía con esta estratagema suspensos los enemigos, atendía á su falange, á quien unas veces hacía avanzar aceleradamente, otras la volvía á juntar en un cuerpo, y últimamente, habiéndola ordenado en forma triangular, hizo que acometiese contra los ilirios, que estaban á mano siniestra. Quedaron tan absortos de la prontitud y destreza de los macedones, que abandonaron las montañas de que estaban apoderados y huyeron hacia la ciudad. Habían quedado pocos en la cumbre de la montaña, por donde el ejército de los macedones subió; desalojólos de ella Alexandro y tomó el lugar de los agrianos y de los ballesteros para dar desde él algún socorro á la falange, á quien había mandado pasase al río.

Advertidos de esto los enemigos, tomaron luego el camino hacia las montañas, para acometer la retaguardia, con la cual había de pasar Alexandro cuando lo hubiesen hecho de la otra parte del río los que estaban bien armados; pero el rey, sin alterarse de verlos venir, sostuvo valerosamente sus acometimientos; y habiendo dado al mismo tiempo la falange un gran grito, como en señal de volver á pasar el río para socorrer á su príncipe, infundió miedo y pavor en el enemigo. Por

otra parte el rey, anteviendo lo que podía suceder, había dado orden á los primeros que pasaron para que se pusiesen en batalla luego que se viesen de la otra parte, y extendiesen cuanto les fuese posible el ala izquierda, que estaba cerca del río y de los enemigos, á fin de que pareciese más numerosa de lo que era. A cuya providencia debieron que los taulantos, creyendo que todo el ejército cargaba sobre ellos, se retirasen por algún espacio, y que aprovechándose de él Alexandro encaminase prontamente los suyos hacia el río, donde no bien hubo llegado cuando le pasó de los primeros; pero porque los enemigos, que volvieron á su puesto, oprimían á los últimos que le pasaban, los esparció por medio de algunas máquinas que hizo enderezar de la otra parte del río, con las cuales se podían arrojar piedras de lejos, disparándoles también los que habían entrado en el río dardos desde el medio de las aguas.

Tres días después de haberse retirado Alexandro, le vinieron á dar noticia de que, cual si se hubiese puesto en fuga, los enemigos, libres de la inquietud y del temor, discurrían por una y otra parte, sin orden y sin recelo alguno; que su campo estaba sin trincheras, sin terraplenes, sin cuerpo de guardia y sin centinelas; con cuyo aviso, habiendo llevado consigo los ballesteros, los agrianos y las tropas de Macedonia, mandadas por Pérdicas y Ceno, pasó de noche el río, y marchó con diligencia hacia los enemigos, después de haber dado orden á lo restante de su ejército para que le siguiese; pero sin esperar á tenerle junto, envió delante su gente armada á la ligera, y él mismo con los demás la siguió inmediatamente para acometer á los enemigos desarmados y medio dormidos. Hizo grande estrago en en ellos, tomó muchos prisioneros, y siguiólos hasta los montes Taulancios.

Salvóse Clito de esta rota, y acogióse á la ciudad de Pelión, á quien poco después, ó porque desconfiase de su fortaleza ó del valor de su gente, la hizo poner fuego, y se encaminó, como en destierro, á las tierras de los taulancios.

CAPÍTULO XIII.

Altéranse los griegos con la falsa noticia de su muerte. Diligencias de Demóstenes contra Alexandro. Toma y destrucción de la ciudad de Tebas.

En tanto la noticia que se esparció por toda la Grecia de la muerte de Alexandro y de su derrota en las tierras de los triballos, volvió á suscitar el ánimo y las esperanzas de los enemigos de Macedonia; siendo cierto que las mayores infelicidades que sobrevienen en los humanos sucesos proceden de la firmeza con que nos persuadimos, en lo que deseamos, á la más ligera noticia que se nos ofrece, como si la imprudente y pertinaz credulidad añadiese fuerza á la verdad ó pudiese convertir en ella lo falso. Ni faltó quien asegurase se había hallado á la muerte del rey, mostrando, para granjear más crédito á lo que decía, las heridas que había sacado del combate. Esta voz, recibida y divulgada en Tebas con gusto, dió principio á la fatalidad última de aquella ciudad; porque algunos de los que Philipo desterró, como hemos referido, alentados con ella, y siguiendo por cabezas á Phenix y á Prothites, dieron muerte á los capitanes macedones que mandaban en Cadmea, ciudadela de esta ciudad, los cuales salieron sin el menor recelo de lo que les esperaba; y concurriendo en impetuoso tumulto los ciudadanos, debajo del especioso pretexto de poner en libertad la patria, sitiaron la guarnición y la cerraron con un doble terraplén y foso para que no les pudiesen entrar víveres ni socorro. Despacharon después embajadores á las ciudades griegas, pidiéndoles *no abandonasen á un pueblo que se esforzaba á recobrar la libertad, que tan indignamente se le había usurpado.*

Y Demóstenes, movido del antiguo odio que tenía contra los macedones, persuadió al pueblo de Atenas á que enviase socorro á los tebanos, pero no lo consiguió, porque los atenienses, amedrentados con la presurosa vuelta de Alexandro, tuvieron por más conveniente reservar su resolución hasta después del suceso y disposición de la fortuna. Sin embargo, Demóstenes no dejó por su parte de socorrer á los tebanos, á quienes envió cantidad de armas, las cuales sirvieron á los que Philipo había despojado de sus bienes contra la guarnición de la ciudadela de Cadmea. Por otra parte, los peloponeses se habían juntado en crecido número en el istmo, y aunque Antipatro, á quien había dejado Alexandro por gobernador de Macedonia en su ausencia, les envió á pedir no contraviniesen á la común resolución de toda la Grecia, con los que eran declarados enemigos de Alexandro, no dejaron de tener algunas conferencias con los embajadores de los tebanos; pero aunque los soldados estaban compadecidos de su calamidad, Astilo, su general, arcade de nación, interpuso, dilaciones, no tanto por lo difícil de la empresa cuanto porque esperaba satisfacer su codicia vendiendo sus socorros á precio proporcionado á la necesidad en que se hallaban de ellos los tebanos.

Pedíales diez talentos, y no pudiendo dárselos, compraron por medio de ellos, los que seguían la facción de los macedones, el que no les asistiese en perjuicio suyo dejando así burladas las esperanzas que los tebanos habían puesto en los arcades. Sin embargo, la diligencia de Demóstenes, ayudada del dinero, consiguió que las demás tropas del Peloponeso no pasasen á declararse contra ellos; para cuyo fin, y el de suscitar por todas partes nuevos estorbos á Alexandro, se decía le habían enviado los persas trescientos talentos.

Advertido de todo este príncipe, hizo marchar su

ejército con la mayor diligencia; le hizo pasar cerca de Exordea, de Elimiotis, y de las rocas Stympheas y Paryeas; y siete días después de haber partido de Pelión llegó á Pellene, en la Tesalia, de donde en seis se puso en la Beocia y luego en Onchesto, seis millas distante de Tebas. En tanto los tebanos, enteramente ignorantes de esto, hacían sus prevenciones con más valor que prudencia, y tanto más lejos de persuadirse á que viniese Alexandro, cuanto á lo sumo le hacían entonces á él y á sus tropas en Pyles, creyendo sería el otro Alexandro, hijo de Europa, que mandaba un ejército.

Campó el rey cerca del templo de Yolas, delante de la puerta Pretíde, con resolución de darles tiempo para su arrepentimiento; pero en vez de manifestarle y solicitar su clemencia, hicieron luego una salida contra los cuerpos de guardia de los macedones; dieron á algunos, echaron á otros de su puesto y se alargaron hasta el campo, pero fueron rechazados por algunas tropas armadas á la ligera que envió el rey contra ellos.

La mañana siguiente, queriendo Alexandro socorrer á los suyos que estaban encerrados en la ciudadela, hizo acercar su ejército á las puertas por donde se va á Ática, en cuyo paraje esperó la reducción de los tebanos, á quienes ofreció el perdón si arrepentidos le solicitaban; pero faltando la autoridad y poder en la ciudad á los que deseaban la paz, por habérsela usurpado los que se restituyeron á ella de sus destierros, y fueron llamados, los cuales desesperando de la clemencia del rey, si los macedones se apoderaban de Tebas, quisieron quedar antes sepultados entre las ruinas de su patria que comprar al precio de sus vidas su conservación y permanencia; á cuya resolución indujeron á algunos grandes de Beocia que llevaron á su partido. Pero en lo que más acabaron de manifestar su cegue-

dad é imprudencia, fué en la respuesta que dieron á Alexandro, cuando habiéndoles pedido *los autores de aquella revolución, para que con el castigo de dos personas, quedase purgado el delito de la ciudad*, tuvieron atrevimiento de pedirle á Philotas y Antipatro, sus mayores favorecidos, y á publicar *que todos los que quisiesen defender la libertad de la Grecia con el gran rey y los tebanos contra el tirano de los griegos, acudiesen á Tebas.*

Sin embargo, no fué acometida por orden de Alexandro, sino que (como dice Ptolomeo, porque algunos lo refieren de otra suerte) Pérdicas, que defendía aquel lugar del campo que miraba á la trinchera con que los enemigos habían cerrado la ciudadela, los atacó sin esperar la señal; de suerte que habiendo forzado sus defensas, llegó á las manos con ellos, y su ejemplo obligó á Amynthas, que no estaba lejos de él, á que hiciese lo mismo con la gente que mandaba: y al mismo tiempo Alexandro, que temía á los suyos, hizo marchar todas sus tropas; *y habiendo ordenado á los soldados armados á la ligera que diesen y acudiesen al socorro de sus compañeros*, quedó en lo largo de la trinchera.

El combate fué porfiado y sangriento. Pérdicas, queriendo entrar dentro de la trinchera, fué herido y se hallaron precisados á sacarle de la refriega, donde murió gran número de ballesteros cretenses, con Eurybotas, su capitán; lo cual fué causa de que los tebanos apretasen de más cerca á los macedones, que amedrentados huían hacia Alexandro. Pero al punto que este príncipe vió venir en desorden y desbandados á los enemigos, empezó á acometerlos en batalla con su falange; y mudándose la fortuna del combate, los obligó inmediatamente á huir con tan gran precipitación, que aun no se acordaron de cerrar las puertas por donde habían entrado en la ciudad; con que dieron lugar para que en el ínterin hiciesen una salida á los barrios que estaban

sujetos á ella los que se hallaban en la ciudadela. De esta suerte fué tomada la más noble de las ciudades de la Grecia en el mismo día que se puso el sitio.

Ejecutó en ella el furor de los vencedores todo género de crueldades, dando indiferentemente muerte, así á hombres como á mujeres, sin perdonar aun á los niños; pero esta inhumanidad procedió más del odio que había concitado en los phocenses, en los platenses, orchomenios y tespienses la vecindad y el poder de los tebanos que la indignación de los macedones, pues no pasaron éstos de los límites que prescribe el derecho de la guerra. Finalmente, habiendo cesado la mortandad, después de haberla padecido más de seis mil, se tomaron los prisioneros y se vendieron hasta el número de treinta y seis mil personas libres. Clitarcho refiere que importó cuatrocientos cuarenta talentos todo el botín; aunque otros afirman que esta cantidad se sacó sólo de la venta de los prisioneros. Alexandro dió por recibidos los cien talentos que los tesalos debían á los tebanos. Fueron pocos los que dejaron de cooperar á esta guerra, y sólo ellos, los sacerdotes y los que habían manifestado su afecto al rey y á Philipo, los que se libraron de la servidumbre, entre cuyo número se hizo lugar Timoclea, por medio de la varonil acción que obró en honor de su crédito y con que vinculó á la posteridad, plausible y gloriosa su memoria.

Cierto capitán de caballos de las tropas de Tracia que militaban en el ejército de Alexandro, después de haber violado la honestidad de esta mujer, la procuró obligar con amenazas á que le declarase dónde había ocultado sus riquezas. Ella, más afligida por la pérdida de su honor que por la de éstas, tomando ocasión de la codicia del bárbaro para la satisfacción de su agravio, le mostró un pozo, é hizo creer que dentro de él tenía todas sus joyas y alhajas. Acercándose el bárbaro á él

y mirando su profundidad con la aplicación á que le estimulaba su codicia, cuando más descuidado le reconoció, le arrojó dentro de un empellón, donde viendo que hacía esfuerzos para volver á salir, le cargó de tan gran número de piedras que le dejó muerto.

Los soldados de la compañía del capitán difunto prendieron á Timoclea y la llevaron ante la presencia del rey para que la mandase dar el castigo que juzgaban merecía. Habiéndola preguntado el rey quién era y la culpa que había cometido: *Soy hermana,* respondió ella con voz entera y semblante resuelto y seguro, *soy hermana de aquel general de los tebanos, llamado Theagenes, que murió defendiendo la libertad de la Grecia. He muerto á un ladrón por vengar la injuria que hizo á mi honestidad. Si gustas de que satisfaga con mi castigo esta acción, advierte que á quien hace aprecio del pundonor, estima en muy poco la vida habiéndole perdido; y que por más que se me acelere la muerte, me parecerá que llega tarde si logro la fortuna de padecerla en obsequio de mi honor y de mi patria.* Habiendo oído Alexandro á Timoclea, la concedió la razón que había tenido para ejecutar la muerte, declarando que no permitía se violase la pureza de las mujeres libres: y después de haber alabado su acción, la dió libertad, concediéndola también, en atención suya, á todos sus parientes y permiso para que se retirasen donde quisiesen.

Perdonó también á todos los descendientes de Píndaro, en memoria de aquel poeta que alabó en sus versos á Alexandro, su abuelo, prohibiendo que se quemase su casa; porque no sólo apreció la virtud presente, sino respetó también la memoria de los grandes varones, honrando con beneficio de su descendencia, en cuya prueba, después de haber vencido á Darío, hizo merced de una parte de su botín á los crotoniates, en gratificación del socorro que dieron á Salamina, en-

viando una galera, debajo del mando de Phayllo, cuando la guerra de Jerjes; en cuya ocasión tuvieron por inevitable su ruina todas las demás colonias de la Grecia, honrando también con grandes dádivas á los platenses, por haber dado sus antepasados sus tierras á los griegos que se hallaron en la batalla contra Mardonio.

CAPÍTULO XIV.

Presagios de la ruina de esta ciudad. Alexandro concede la paz á los atenienses por pasar la guerra á los persas.

Fueron muchos los presagios que declararon la desolación y ruina de los tebanos; porque tres meses antes que Alexandro llegase á ella, se vió en el templo de Ceres, llamado Thesmophoros, una tela de araña negra, la cual se había manifestado blanca en ocasión de la batalla de Llevetres, á cuya victoria debió la ciudad de Tebas la grandeza y felicidad á que se elevó. Pocos días antes de la llegada de los macedones cayeron las estatuas que estaban en la gran plaza de esta ciudad, oyéndose un horrible bramido, que arrojó de sí el lago que está cercano á Oncheste, y la fuente de Dirce manó sangre, en vez de agua; prodigios todos sin duda bastantes á amedrentar aquellos obstinados ánimos, si su presunción y soberbia no los empeñase nuevamente á ser instrumentos de la entera destrucción de un pueblo destinado á este sangriento infortunio; porque confiados los tebanos en la gloria y reputación de sus predecesores, cuyas costumbres y disciplina habían perdido ellos, y prometiéndose la misma fortuna, aunque sin iguales virtudes, la apresuraron, exponiéndose sin ningún recelo con poco más de diez mil hombres contra un ejército compuesto de treinta mil infantes y tres mil caballos, toda gente veterana, y que había obtenido tan grandes victorias.

Luego que Alexandro se apoderó de Tebas, confirió en la junta de los aliados el castigo que se debía dar á aquella ciudad. Componíase ésta de gran número de phocenses y beocianos, á quienes las antiguas discor-

dias que habían tenido con Tebas, no podían dejar de persuadir á su entera ruina, sin la cual no les parecía quedaba satisfecho su odio, ni seguros ellos, si Tebas subsistía. Determinóse, pues, que se demoliesen los muros y los edificios, y que se repartiesen sus tierras entre los vencedores, á voluntad del rey.

De esta suerte aquella ilustre ciudad, que en un solo día (por decirlo así) llegó en medio de la Grecia al último colmo de felicidad y grandeza, y que podía vanagloriarse de haber producido, no solamente esclarecidos varones, sino también dioses, pereció en otro, después de haber florecido por espacio de casi ochocientos años, habiendo corrido tantos desde el Oráculo de los cuervos; porque, expelidos antiguamente los de Beocia por los tracios y por los pelagianos, tuvieron por respuesta del Oráculo: *Que pasados cuatro siglos volverían á su patria, y que durante éstos permaneciesen en el lugar donde viesen unos cuervos blancos.* Habiendo arribado á Tesalia, cerca de la ciudad de Arne, tomaron asiento donde vieron unos cuervos blancos que los muchachos habían hecho con yeso. Fué, pues, arruinada la ciudad de Tebas á son de flauta, como lo había sido Atenas por Lisandro sesenta años antes.

Sin embargo, mandó Alexandro que se preservasen los templos y los demás lugares sagrados, poniendo gran cuidado en que ni del descuido ni de la codicia les resultase daño alguno. A cuya reverencia le obligaba, de más del gran respeto que tenía á los dioses, el haber participado poco antes de la tempestad que sobrevino á algunos soldados intentando robar el templo de los fabirores á la entrada de la ciudad; los cuales quedaron consumidos por los rayos que arrojó sobre ellos.

Tampoco permitió se llegasen á las estatuas erigidas á los dioses y á los hombres ilustres en los lugares pú-

blicos, debajo de cuyas vestiduras se refiere que muchos habitadores ocultaron mientras duró el despojo sus riquezas, y que éstas se hallaron veinte años después cuando Casandro, hijo de Antipatro, reedificó á Tebas, más que por la compasión á que movían los fugitivos de esta ciudad (como creen algunos), por oscurecer en alguna manera con esta acción la gloria de Alexandro, á quien aborreció siempre. Pero aunque reparó las murallas de esta ciudad, no restableció ni las costumbres ni la antigua fortuna. Conque no sólo no quedó en estado de florecer como antes, pero ni aun asegurada de la variedad de infortunios que padeció, y sin que pudiese nunca hasta nuestros tiempos pasar, ni en la forma ni en la apariencia de una mediana ciudad.

También se refiere que Alexandro se arrepintió después de haberla arruinado, porque conoció que con su desolación había arrancado un ojo á la Grecia. A lo menos es sin duda que atribuyó la muerte de Clito, y la pertinacia y desaliento con que rehusaron los macedones continuar la conquista de la India á castigo de Baco, por haberle destruído su patria; así como también á él otros la muerte de este príncipe, procedida de un exceso en el vino.

Ejecutado esto, envió á decir á los atenienses *que le entregasen los oradores que continuamente los persuadian y alentaban á conspirar contra los macedones; porque de no hacerlo, experimentaría su atrevimiento igual castigo al que se había ejecutado en los tebanos.* Habiendo Phoción, de quien hacía gran veneración el pueblo por la integridad de su vida, manifestado *que no era justo irritar á un príncipe mozo y vencedor*, *y exhortado á los que reparaban en el peligro á que, en generosa imitación de las hijas de Lee y de Hyacintha, debían sacrificar sus vidas por la conservación de su patria*, Demóstenes, á quien con especialidad pedía Alexandro,

se levantó y dijo: *Que se engañaban si creian preservarse del peligro que amenazaba á todos con la rendición de algunos; y que tuviesen por cierto que los macedones pedian astutos, con especialidad aquellos cuyo valor y virtud les eran contrarios y odiosos, para poder, ausentes los protectores de la libertad pública, entrar en la ciudad, desamparada de todo socorro, no de otra suerte que los lobos en un rebaño de ganado cuando está sin perros que le guarden.*

Mal podía esperar Demóstenes de su proceder con los macedones gracia alguna de ellos. Persuadió, después de la muerte de Philipo, que se edificase una capilla en honor de Pausanias, que se diesen gracias á los dioses y que se ejecutase todo cuanto se acostumbra en un regocijo público. Llamó á Alexandro unas veces niño y otras Margites, para denotar que era un príncipe sin juicio ni gobierno; y, ganado por el oro de los persas, fué hacha encendida ó trompeta de todas las guerras que los griegos emprendieron contra Alexandro y contra Philipo, solicitando descubiertamente á Attalo, el mayor enemigo de Alexandro, para que le declarase la guerra; á cuyo fin le prometió la alianza y el socorro delos atenienses.

Por otra parte, no le había ofendido con menores deservicios y ultrajes la ciudad de Atenas; pues hizo derribar todas las estatuas de Philipo, y que la materia de ellas sirviese á empleos viles y bajos; así como el pueblo, el cual, mudable y poco atento á lo venidero, cometió con el desafuero que suele, á persuasión de algunos sediciosos, todas las indignidades de que es capaz.

Pero entre cuanto obraron los atenienses con desprecio y soberbia, nada llegó á sentir tanto Alexandro como el afecto que mostraron á los tebanos habiendo admitido en su ciudad á todos los que pudieron salvarse de las ruinas de su patria contra orden expresa suya, y, testificado, con gran dolor de su pérdida, que, en ma-

yor crédito de la tristeza pública, transfirieron la solemnidad de las fiestas que todos los años celebraban con particular devoción en honor de Baco. Sin embargo, ocupando todo su ánimo el deseo de la guerra de Persia, tuvo por mejor perdonar á los griegos los agravios que le habían hecho que continuar en la venganza; por lo cual, habiéndole pedido Demades, de quien hizo gran estimación Philipo, en nombre de la ciudad perdón, se le concedió, con calidad que Demóstenes, Licurgo y todos los demás que había pedido fuesen retenidos, y sólo saliese desterrado Caridemo; el cual, habiéndose pasado á los persas, les fué por algunos años de considerable provecho, hasta que por último dió ocasión su demasiada libertad á Darío para que le mandase quitar la vida.

Abandonaron también otros atenienses de consideración la ciudad por el odio que tenían al rey, y se retiraron á los estados enemigos, donde no dieron poco que hacer á los macedones.

Concluídas estas cosas no quedó en la Grecia quien se atreviese á fiar en sus fuerzas, viendo la ruina de los tebanos, cuyos soldados, armados de pesadas armas, estaban en tan gran reputación hasta entonces, ni quien asegurase las fortificaciones de ciudad alguna habiendo experimentado la pérdida de Leocadia, cuyos habitadores, soberbios por la situación de su ciudad y por la cantidad de víveres de que habían hecho provisión para tolerar un largo sitio, rindió el rey por hambre; porque, después de haberse apoderado de todas las plazas cercanas, dejó que se retirasen los habitantes á Leocadia, cuya multitud, aumentándose más cada día, consumió tan grandes provisiones.

En esta sazón le llegaron embajadores del Peloponeso á dar la enhorabuena de las victorias que había obtenido de los bárbaros y de haber castigado la insolencia y

temeridad de algunos griegos. Los arcades, que habían empezado á hacer algunos movimientos por dar socorro á los tebanos, le aseguraron *haber condenado á muerte á los que habían sido autores de aquel desvarío.* Los eleos le representaron que, *habiendo entendido eran gratos á Alejandro los que estaban desterrados, los habían restituído en obsequio suyo.* Y los etolos se disculparon con que no era mucho que entre tan grandes alteraciones como había padecido la Grecia hubiesen incurrido ellos en alguna.

Pero los megarenses provocaron á risa al rey y á los que le asistían con tan nuevo género de honor como el que le manifestaron diciéndole: *Que en crédito y remuneración del afecto que tenía á los griegos y de los crecidos beneficios que reconocían á su grandeza le habían concedido por orden del pueblo el derecho de ciudadano en Megara;* demostración que admitió gustoso Alejandro cuando supo *que sólo se había hecho con Hércules.* Manifestó á todos los demás el anhelo con que deseaba el reposo y conservación de la Grecia, y que, esperando que en adelante se abstendría de fomentar novedades y perturbaciones, les perdonaba los delitos pasados; pero hallándose poco seguro de los espartanos, restituyó á Messana los hijos de Phillas, que estaban desterrados. Dió á Cherón á Pellene, ciudad de los aqueos, y puso personas de su confianza en Sicyone y en las demás ciudades del Peloponeso que observasen más inmediatamente el proceder y los intentos de los lacedemonios.

Empleó en la perfección de tan considerables disposiciones pocos meses, en los cuales puso fin á una guerra tan formidable con menos trabajo que el que pudiera haber costado otra de muy inferior consecuencia, confesando haber debido esta victoria á su diligencia; pues preguntándole cómo pudo sujetar la Grecia, respondió que *no dejando nada para el día siguiente.*

LIBRO SEGUNDO.

CAPÍTULO PRIMERO.

Noticia del dominio de los persas hasta el tiempo de Alexandro. Desprécianle los persas, y poco después le temen. Dispónense á la guerra. Singularidades del monte Ida. Diversas hazañas de Alexandro.

Hallábase por este tiempo rey de los persas Darío, elevado al trono poco antes de la muerte de Philipo por la destreza y disposición de cierto eunuco, llamado Bagoas, el cual, muerto Ocho y Arses su hijo, y extinguida toda la estirpe real, no pudiendo asegurar en sí la corona, procuró ponerla en quien, obligado de tan considerable beneficio, se le remunerase, dándole estimación y manejo en el gobierno. Ni el concepto que tenían de Darío los pueblos repugnaba la colocación de esta fortuna, ni su parentesco en la casa real atrasaba el logro de ella, porque Ostanes, tío de Ocho, era padre de Arsanes, y Arsanes de Codmando, cuyo nombre tuvo Darío mientras fué persona privada, hasta que, colocado en el trono de Cyro, le mudó en el de Darío, siguiendo el estilo de los persas.

Su presteza militar, su valor y virtud habían dado largas experiencias para que se tuviese de él el apreciable concepto en que estaba, habiendo vencido en desafío al más esforzado de los enemigos, que retó al que

lo fuese del partido contrario, mientras Ocho hacía la guerra á los caducios. Fué, según el orden de los reyes desde Cyro, fundador de este imperio, el décimo, porque Ocho sucedió á Artaxerxes, su padre; Artaxerxes á Darío, á quien Artaxerxes, hijo de Xerxes, dejó el reino, y Xerxes le recibió de Darío, su padre. Darío fué hijo de Hystaspes, el cual, extinguida en Cambises la casa de Cyro, empuñó el cetro, quitándosele á los magos por medio de una conspiración de siete grandes señores de la Persia.

Permaneció glorioso el imperio de los persas en el reinado de estos príncipes casi por el espacio de doscientos treinta años, en cuanto aquella nación, que en sus valerosos principios ignoraba las delicias, combatía por la libertad, por la gloria y por el poder. Pero después que empezó á despreciarla, y creyendo haber alcanzado la recompensa de su virtud, también á perder el vigor y las fuerzas, conservándose más que por ellas por el crédito de su poder, que le habían adquirido sus antecesores, y poniendo toda su esperanza en la grandeza de sus riquezas, con quienes no experimentó más felices sucesos contra los griegos que con sus armas. Por último, viendo cuán inútiles eran los medios del oro solos contra la fuerza de Alexandro, y que hallándose destituídos de todos los socorros extraños, debía oponerse por sí á poder tan formidable, les precisó la necesidad á hacer algunos esfuerzos, los cuales fueron también inútiles, pues teniéndolos tan abatidos sus delicias y flaquezas, no pudieron oponerse al ímpetu de su decadente fortuna; pero como de la manera que es poderosa la necesidad á despertar el espíritu y valor, lo es también la abundancia y riquezas á originar la viciosa superfluidad y la afeminada flaqueza, luego que supieron la muerte de Philipo, cuya felicidad y disposiciones los había tenido amedrentados, em-

pezaron á perder el temor y á despreciar el nombre y la juventud de Alexandro, juzgando se tendría por feliz si le dejaban pasar libremente por las murallas de Pelle.

Mas cuando se dilató á ellos la fama de su valor y de sus victorias, no dejó de causarles cuidado este juvenil príncipe, á quien habían despreciado antes, pues pasaron á hacer con la mayor aplicación todas las prevenciones que pedía tan dilatada y cruel guerra. Habían reconocido en las batallas antecedentes cuán inútiles eran para resistir á los europeos los soldados asiáticos, y así despacharon á la Grecia personas que alistasen cincuenta mil hombres, de la más vigorosa juventud, con orden de que los mandase Memnón Rhodio, cuya fidelidad y valor habían experimentado en muchas ocasiones, dándosela también para que se apoderase de Cyrico, y que desde allí pasase á largas jornadas por la parte de Phrigia, que confina con Troas, y llegase al monte Ida, el cual acredita bien en lo natural de su sitio el nombre que tiene, que es el que imponían los antiguos á todos los lugares á quienes hace umbrosos la espesura de los árboles.

Descuéllase este monte con elevación mayor que todos los que miran hacia el Helesponto, en el cual se ofrece una caverna, á quien han granjeado gran veneración y crédito las fábulas, las cuales refieren fué en ella donde Paris reconoció la hermosura de las tres diosas y pronunció el juicio que hizo de ella, cuando expuesto por orden de su padre subió al monte Ida. A que añaden que este monte fué patria de los ideos dáctilos, los cuales debieron á la instrucción de Cibeles ser los primeros que descubrieron el uso del hierro y manifestaron al mundo este metal; por quien no sin razón se puede dudar si fué mayor el beneficio que para alivio de su preciso trabajo hallaron en él los hombres, que el

perjuicio que padecen sus vidas de los vehementes instrumentos que de él forma su mismo furor. Refiere también otra maravilla de este monte, cual es: *Que los vientos que corren en la parte inferior de él cuando se acerca la canícula son tan impetuosos como tranquilo el aire en su cumbre, que aun siendo muy de noche se ve allí el sol, no en forma de globo, sino esparcido en amplísima latitud, que después de haber abrasado una y otra parte del monte, cómo dividido en muchas porciones de fuego, se va uniendo poco á poco; que cuando el día se acerca no queda de más tamaño que el que pueden contener dos yugadas de tierra, y que poco después vuelve á tomar su forma ordinaria y á seguir su regular curso.* Tengo por cierto que se manifiesta este falso milagro cuando la imagen, aunque imperfecta, del sol, levantándose, se extiende por el aire, que está estrechado con el hielo de la noche y no agitado de los vientos, hasta que disipándose por la fuerza del calor deja ver libremente aquel astro en su estado ordinario; porque luego que se serena el aire penetran fácilmente los rayos, embarazando el hacerlo con tanta actividad mientras está constreñido, y que, como recibidos en un espejo, los extiende y dilata con aumento de la luz.

Corre el territorio de Cysico sobre las faldas del monte Ida hacia la Propóntide, cuya ciudad está fundada en medio de una mediana isla que confina con la tierra firme por medio de dos puentes. No pasó á esta empresa Alexandro hasta algo después, hallándose en la mar mientras esta jornada de Memnón; el cual, aunque acometió inopinadamente á Cysico, se defendieron y le rechazaron con tan gran valor los habitadores, que, habiendo podido tomar la ciudad, se contentó con robar sólo el territorio, en que hizo considerable presa. No se descuidaban tampoco por su parte los capitanes macedones, porque Parmenión tomó la ciudad de Grynio en la Eolia y redujo á servidumbre á todos los ha-

bitadores, y habiendo pasado el Gayco puso sitio á Pinate, ciudad rica é importante por los dos puertos que tiene para recibir tropas de la Europa; pero la llegada de Memnón le obligó á que le levantase. Calas, que hacía la guerra en Troas con corto número de macedones y tropas mercenarias, presentó la batalla á los persas, si bien, reconociendo la inferioridad de éstas al crecido número de los enemigos, se retiró á Rheteo.

CAPÍTULO II.

Manifiesta Alexandro que es preciso hacer guerra á los persas.

En tanto Alexandro, habiendo vuelto á Macedonia, después de haber proveído lo que convenía en las cosas de la Grecia, tuvo consejo con sus más familiares para conferir lo que se debía ejecutar y huir antes de dar principio á una guerra de esta consecuencia. Antipatro y Parmenión, que por sus años y autoridad eran más atendidos, le representaron: *Que no debía exponer con su persona el bien universal de todos á la incertidumbre de la fortuna, sino esperar á que tuviese sucesión, con la cual, asegurada la paz y la esperanza del Estado, podría loablemente solicitar su acrecentamiento.* Y á la verdad no había quedado persona alguna de la sangre de Philipo que fuese digna de la corona, porque los hijos de Cleopatra eran muertos por orden de Olympias, y Arideo desautorizaría el trono por su poco talento y juicio y por el mal crédito de su madre. Pero el rey, que llevaba con impaciencia el reposo, y sólo apetecía la guerra y el honor que esperaba adquirir de la victoria, «verdaderamente (les dice) que vosotros, como varones buenos y amantes de la patria os desveláis justamente por el bien de ella. Que la empresa sea ardua, ¿quién podrá negarlo? Ni tampoco que si después de haber dado principio á ella, la condena el suceso, no habrá arrepentimiento que sea suficiente á reparar su yerro. Por tanto, antes de desplegar las velas debemos premeditar si nos estará mejor empeñarnos en esta jornada ó quedarnos en el puerto, porque entregados una vez á los vientos y á las ondas, ya nuestro curso depende de su arbitrio é incons-

tancia, por lo cual no llevo mal que vuestro dictamen se oponga al mío; antes por el contrario, estimo vuestra libertad y os ruego la conservéis y votéis con ella en cuanto os propusiere; siendo cierto que ningunos ministros son más merecedores del título de amigos de su rey como los que anteponen en lo que le representan á su benevolencia y gracia su interés y gloria, y que no aconsejan sino engañan los que persuaden lo que por sí no obrarían.

»Por lo que mira á mis intereses, haciéndoos partícipes de mis designios, debo aseguraros que nada me parece puede ser de mayor perjuicio á su prosperidad como la lentitud y retardación. ¿Será justo que después de haber reprimido los bárbaros, vecinos de Macedonia, y sosegado todas las inquietudes de los griegos, dejemos perder en la ociosidad y el reposo un ejército tan formidable, ó será más razón que pase á las opulentas tierras del Asia, poseídas en otro tiempo de su esperanza y esperadas el día de hoy de su anhelo á gozar en el despojo de los persas el premio de los trabajos que por tan dilatado tiempo ha tolerado en el reinado de mi padre y tres años después en el mío? El dominio de Darío está aún en sus principios, y la muerte de Bagoas, á quien debe la corona, da bastante ocasión á los suyos para que le tengan por ingrato y cruel; vicios ambos suficientes á entibiar el amor y la obediencia de los vasallos más leales á sus príncipes, y á concitar contra ellos su odio.

»¿Mantendrémonos, por ventura, en sosiego, dando tiempo á que Darío establezca enteramente sus fuerzas y su poder, y á que después de haber compuesto las cosas internas de su reino dirija sus armas contra Macedonia? Son grandes las recompensas que logra la diligencia y la prontitud, de quienes gozarán nuestros nemigos si permanecemos quietos; y no menores las

consecuencias que resultan de las primeras impresiones que en semejantes ocasiones se hacen en los ánimos, y éstas las logra en favor suyo quien se anticipa. Porque á la verdad, no se adquiere en la quietud la honra ni el crédito de esforzados y valerosos; antes por el contrario, se tiene por más fuerte el que hace la guerra que el que se halla obligado á sufrirla. Pero ¿con cuánto riesgo de mi reputación y de mi gloria burlaré yo la esperanza de los que en la juventud que me hallo me han juzgado por digno del honor que no alcanzó mi padre, en medio de sus grandes virtudes y del merecido crédito que logró por ellas, sino poco tiempo antes de su muerte? Siendo cierto que la junta de los griegos no nos ha concedido el mando para que, entregados en Macedonia al reposo y á los deleites, nos olvidemos de las antiguas y nuevas injurias que ha padecido la Grecia, sino para que, castigando el atrevimiento y desprecio de haberlas causado, quede con la más cumplida satisfacción.

»¿Qué diré de las naciones griegas que, derramadas por el Asia, padecen la servidumbre insoportable de los bárbaros que los oprimen? No os repetiré la ternura de los ruegos ni la eficacia de las razones con que Delio Ephesio ha abogado en su causa, pues no podéis dejar de tenerlos presentes. Luego que vieron nuestras banderas, atropellando valerosamente por todos los peligros, las siguieron y se expusieron á ellos á favor de sus protectores contra sus inicuos é inhumanos señores; pero ¿cómo, olvidando nuestro valor y la flaqueza de nuestros enemigos, detenemos la consideración á estos socorros contra pueblos tan afeminados, que de vencerlos será mayor la afrenta que la gloria que nos resulte, si con lentitud lo hacemos? Habiendo pasado al Asia en tiempo de nuestros padres corto número de lacedemonios, fué vana la resistencia que le hizo consi-

derable número de enemigos. No pudieron evitar éstos que entrase á sangre y fuego por Phrisia, por Libia y por Paphlagonia; pues siempre que intentaron oponerse á su esfuerzo, quedaron deshechos, y tomando aquellos á su salvo en su sangre y en sus vidas la satisfacción que deseaban, hasta que por último, llamado Agesilao, por los tumultos que se levantaran en la Grecia, les dió tiempo para que se recobrasen del terror en que habían quedado. Algunos años antes, retirándose de lo más interior de la Persia cerca de diez mil griegos, sin provisiones y sin capitanes, abrieron por medio de los filos de su acero camino para volverse á su patria entre naciones tan enemigas; y aunque en diferentes reencuentros procuró estorbárselo aquel numeroso ejército con que el rey de Persia acababa de disputar el reino contra Cyro su hermano y de quedar vencedor, en todos le desordenaron y pusieron en fuga. Pues ¿cómo nosotros, á quienes obedece toda la Grecia, sujeta por tantas victorias como las que habemos obtenido, habiendo triunfado en varias batallas de sus más célebres pueblos, de quien se compone gran parte de nuestras tropas, tememos al Asia, cuando no ha podido evitar las considerables pérdidas que la ha ocasionado la menor parte de los que hemos vencido?»

Hicieron tan grandes impresiones estas razones, y otras que añadió, á los de su consejo, que se conformaron todos con su dictamen, y con especialidad Parmenión; el cual, en medio de haber insistido más en que se difiriese la guerra, fué quien con mayor eficacia persuadió á Alexandro á que diese brevemente principio á ella. Con que atendiéndose sólo á esta expedición, hizo un sacrificio á Júpiter Olympo, cerca de la ciudad de Dio en Macedonia, dispuesto por Archelao, que reinó después de Pérdicas, hijo de Alexandro: mandó que hiciesen por nueve días los juegos escénicos en honor de

las nueve Musas, y celebrados éstos, tuvo un espléndido banquete en tienda dispuesta magníficamente para este fin, con mesa de cien cubiertos, en que comió con sus camaradas, con sus capitanes y con los embajadores de las ciudades. Ordenó también que se distribuyesen por todo el ejército víctimas, y que se hiciesen cuantos regocijos pudiesen contribuir á la celebridad de aquel día, destinado al regocijo público, y fuesen felices auspicios de la guerra que se emprendía.

CAPÍTULO III.

Pasa á Persia con su ejército. Deja á Antipatro por gobernador en Macedonia. Da todo su patrimonio, sin reservar para sí más que la esperanza. Llega en veinte días á las riberas del Helesponto. Descripción de las tierras cercanas á él.

Dispuestas enteramente sus tropas, pasó Alexandro al Asia al principio de la primavera con un ejército más considerable por el valor que por el número. Conducía Parmenión treinta mil infantes, entre quienes había trece mil macedones, cinco mil soldados mercenarios, componiéndose el resto de los que habían enviado los aliados para esta guerra. Los ilirios, los tracios y los triballos seguían estas tropas hasta en número de cinco mil hombres, y sin ellos mil flecheros agrianos. Philotas gobernaba la caballería, compuesta de mil ochocientos caballos, y Calas la de Thesalia; de la Grecia sólo habían venido seiscientos caballos, cuyo mando dió Alexandro á Erigio, á cuyo frente estaba Casandro con novecientos corredores tracios y peonienses.

No dificultó Alexandro acometer con este ejército, sin más víveres que los precisos para veinte días, contra multitud infinita de bárbaros, fiándose en el valor de su gente, acostumbrada á obtener victorias, con quienes se mostraban por su esfuerzo y experiencias invencibles á todo género de enemigos, por grandes y numerosos que fuesen; pero ordenó antes á Antipatro, á quien dejó gobernando á Macedonia con doce mil infantes y mil quinientos caballos, que hiciese levas en la Europa para renovar sus tropas, y tener siempre gente pronta que reparase las pérdidas que podían causar en su ejército los combates ó las enfermedades. Antes de

desembarcarse distribuyó entre sus camaradas cuanto podía darles, sin perjuicio de su gloria y de la majestad del imperio, y sólo reservó para sí la esperanza, como lo dió á entender, excusándose Pérdicas de admitir las mercedes que le hizo; pues preguntándole éste *qué dejaba para sí, si lo daba todo*, le respondió que la *esperanza;* á que Pérdicas le replicó inmediatamente: *que también tendrían parte en ella, pues peleaban debajo de sus banderas;* pero fueron pocos los que le imitaron, y de ellos ninguno. Preguntándole *dónde tenía sus tesoros*, respondió con razón *que en sus amigos*.

Y á la verdad, no era desacordada la distribución que hacía de sus riquezas; pues librando al riesgo sus más considerables intereses, las adquiría con ventajosas creces si quedaba vencedor, y si vencido, enajenado también de aquéllas.

Con estas magnánimas liberalidades aumentó el valor de los suyos, tuvo más pronta y dispuesta su obediencia y se concilió su amor, á cuyo impulso solicitaban con el mayor anhelo la grandeza de su fortuna. Pero desapropiado de las tierras, de las heredades y de las rentas, cuyos productos no eran cobrables en algún tiempo, se halló muy cercano á quedar reducido á la última necesidad, no habiendo separado más que alguna porción de dinero para los gastos de la guerra, la cual por corta se administró mejor. Porque muerto Philipo sólo se hallaron en su erario 500 talentos de plata en moneda, que era el valor de sus deudas, y alguna corta porción de vasos de oro y de plata; pues aunque es cierto que debió el reino de Macedonia á este príncipe la grandeza y el poder en que estaba, y que se descubrieron en su tiempo ciertas minas de oro cerca de la ciudad de Crenides, á quienes hizo llamar de su nombre Philípicas, las cuales le valían todos los años 1.000 talentos, también lo es que consumió su erario, así por

su liberalidad como por las continuas guerras que mantuvo y por los considerables gastos que hizo para restablecer y reparar la Macedonia, la cual se hallaba en suma pobreza al principio de su reinado, y él nada rico por sí; pues se refiere que, aun ocupando el trono, siempre que iba á acostarse hacía poner debajo de la almohada una copa de oro que tenía del peso de casi cincuenta dracmas.

Su hijo, pues, en medio de haber aumentado los empeños de su padre con el que nuevamente hizo de 800 talentos, de quienes apenas le había quedado la décima parte, mantuvo la guerra contra el rey de Persia, debajo de cuya cabecera le ponían mientras dormía 5.000 talentos de oro, y debajo de cuyos pies 3 000 de plata.

Refiérese que Alexandro partió á son de la flauta de Thimoteo, con sumo gusto de todos sus soldados, los cuales se prometían como en seguro botín las riquezas de los bárbaros contra quienes marchaban. Y así, habiendo entrado en Strymón por un lago donde estaban sus bajeles, á quienes los naturales llaman Cercinite, del nombre de una montaña vecina, pasó primero á Amphipoli, y de allí á la entrada del Strymón, á quien habiendo atravesado tomó á vista del monte el camino que va á Abdera y á Maronea, con ánimo de seguir siempre la ribera para socorrer sus bajeles, que se andaban tierra á tierra por si los persas, hallándose señores del mar, intentasen acometerlos. A la verdad la armada de Alexandro era inferior á la de los enemigos, los cuales la tenían muy numerosa de bajeles de Chipre y de Phenicia, y con la ventaja que les daba su grande experiencia en las cosas marítimas; porque aunque Macedonia había poco antes procurado apoderarse del dominio del mar, nunca pudo aumentar sus velas, respecto de la escasez y reserva con que se las ministraban los aliados, no habiéndola contribuído los atenienses más que con

veinte á persuasión de sus oradores; los cuales les representaron *se aseguraban así del riesgo de que se convirtiesen contra ellos mismos.*

De estos lugares se encaminó al río Hebro, y habiéndolo pasado sin dificultad entró en Petica, región de la Tracia, de donde, después de haber pasado otro río, á quien llaman Melane, llegó á los veinte días de haber partido de Macedonia á la ciudad de Sestón, que mira al Helesponto, y cuya fundación es en los últimos términos de la tierra firme, donde separa un estrecho de mar á Asia de Europa; porque la Macedonia unida á Tracia tocara con Asia por medio de dos puentes que se extienden hácia el Oriente si el mar no la dividiese. Está el Helesponto al lado derecho, y más adelante el Bósphoro de Tracia, el cual separa á Byzancio de Calcedonia la Propóntide, comprendida en estos estrechos; empieza á dilatarse hasta Bitinia, y después la Phrigia y la Lydia á mayor distancia del mar. Descúbrense corriendo más adelante regiones de admirable fertilidad, á quienes habitan pueblos ricos. Ocupan las que miran á la Thracia y á la Grecia los Helespontos, y las más distantes los troyanos, bien conocidos por sus infortunios. Debajo de ellos se extienden á lo largo de las fronteras de la Lydia la Eolia y la Jonia, luego la Caria, que unida á la Dórida y cercada la mayor parte del mar, tiene por de dentro no menor circuito. Ofrécense no distantes de estas tierras islas famosas: Lesbos, Chío, Samos, Rhodas y otras muchas á quienes hicieron célebres los monumentos de los griegos; cuyos colonias, enviadas antiguamente de la Grecia, y de quienes se conservaban algunas aún entonces, se habían apoderado y mantenido dueños de aquellas tierras hasta que, habiéndolas sujetado los reyes de Persia y sus sátrapas, quedó convertida en servidumbre su antigua libertad.

Luego que Alexandro llegó á Sexto envió la mayor

parte de sus tropas á Abydo de la otra parte de la ribera debajo del mando de Parmenión; y habiéndolas reformado con sesenta bajeles de guerra y otros muchos de carga, pasó con el resto á Eleunte, consagrado á Protesilao, cuyo sepulcro está debajo de un pequeño collado de hermosos olmos, y de tan extraña particularidad como la que se observa en las hojas que brotan sus ramos; pues conservando su verdor todas, sólo le pierden y caen marchitas luego que nacen las que miran á la parte de Troya, como en memoria de la funesta aventura de este héroe que pasó al Asia con los griegos en lo más florido de su edad y fué la primera víctima de los troyanos. Hízole Alexandro sacrificios funerales, y pidióle *permitiese su entrada con más felices auspicios que los que él había tenido en la suya.*

Pasó de allí con cincuenta naos largas á Sigeo, y vió aquel puerto á quien hizo célebre la flota que arribó al de los griegos en ocasión de la guerra de Troya. Surcando ya por medio de las ondas del Helesponto, siendo él mismo piloto de la nao que le conducía, sacrificó al toro, á Neptuno y á las Nereidas, y arrojó al mar como por ofrenda á los dioses marinos el vaso de oro con que había sacrificado. Luego que arribó al puerto disparó un dardo á la ribera y saltó á tierra el primero, *poniendo á los dioses por testigos de que no pretendía apoderarse del Asia sino por medio de una justa guerra.* Erigió después altares en honor de Júpiter defensor de Minerva y de Hércules, ordenando también que se levantasen en el lugar donde había descendido á tierra y en el estrecho de donde se había apartado de la Europa.

CAPITULO IV.

Honra el sepulcro de Aquiles. Su marcha al Asia. Toma gran número de ciudades. Consejo de los sátrapas. Orgullo de Darío.

De esta suerte tomó su marcha por los campos, donde aún se conservaban vestigios de la antigua ciudad de Troya. Observando atentamente en ellos las memorias de tan heroicas obras, le ofreció uno de sus habitadores la lira de Paris, á cuya promesa respondió con desprecio, *manifestando el poco caso que hacía de un flaco, vil instrumento de delicias, y la estimación con que admitía la lira de Aquiles, con cuya armoniosa cadencia hacía resonar las alabanzas de los grandes héroes con la misma mano que obraba las ilustres acciones con que los excedía.*

Fué tan grande el aprecio que mostró de Aquiles, de quien se gloriaba descender, que corrió desnudo con todos sus favorecidos alrededor de su sepulcro, le ungió y puso una corona. A cuya imitación coronó también Ephestión el sepulcro de Patroclo, por acreditar que lograba en la gracia de Alexandro el mismo lugar que en el de Aquiles, fué una, *la felicidad de haber logrado mientras vivió un fiel y verdadero amigo, y después de su muerte tan excelente poeta que celebrase sus esclarecidas acciones.*

Hizo también sacrificios á los demás héroes cuyos sepulcros vió en esta comarca. Sacrificó á Príamo en el altar de Júpiter Hercio, ya fuese por aplacar sus manes habiéndole muerto Pyrrho, hijo de Aquiles, ó ya por parentesco que creía tener con los troyanos por el casamiento de Neoptolomeo con Andrómaça, viuda de Héctor.

Finalmente, hizo con particular devoción sacrificio á Minerva, en cuyo templo colgó sus armas y tomó otras, las cuales fué fama *que se conservaban desde el tiempo de la guerra de Troya. Hacíalas llevar á sus armeros delante de su persona como dádiva divina para sujetar el Asia*, y se refiere *que se las puso cuando combatió cerca del Gránico contra* los sátrapas. Porque demás de preciarse de tener siempre las mejores y de poner gran cuidado en su aseo, fué mayor el que le debió la conservación de éstas.

Usaba de un pequeño escudo resplandeciente, de un morrión ejecutado por Teóphilo, y, aunque de hierro, de tan gran primor que se equivocaba con la más fina plata. Adornábanle crecidas plumas de hermosa blancura, dispuestas en forma de penacho; la cota era de una tela reducida á muchas dobleces; el collar de hierro, pero cubierto de riquísima variedad de piedras, y la espada de un temple sin igual, cuyo precio aumentaba su ligereza y facilidad para el manejo; sobre cuyas armas solía ponerse cierto género de hábito militar, á que en aquel tiempo llamaban *sayo siciliano.* Pero de muchas de ellas no usó hasta algunos años después, porque la cota de que se ha hecho memoria se halló entre los despojos de la batalla que presentó á Darío cerca de la ciudad de Isto, y la espada fué dádiva del rey de los citreos, así como de los rhodios la cota de armas, que Helicón, famoso y celebrado artífice entre los antiguos, hizo con incomparable artificio.

Hame parecido referir aquí tales menudencias en imitación de los antiguos historiadores, los cuales no desdeñaron hacerlas lugar en sus historias, pareciéndoles no dejan de producir algún fruto ni de servir en cierta manera de satisfacción reducir á memoria las palabras y acciones de los príncipes, las cuales no deben omitirse por ligeras que sean. Lo cierto es que en los siguientes se conservaron por muchos años con gran veneración

las armas de Alexandro, y que las respetó de tal suerte el tiempo, que un general de los romanos después de haber sujetado los reinos y las regiones del Ponto tuvo por el mayor ornamento de su triunfo la cota de armas de este príncipe, y que otro, habiendo hecho fabricar una puente sobre el mar á imitación de Darío y de Jerjes, hizo gran vanidad de adornarse de la cota de Alexandro.

Del templo de Minerva tomó el camino á Arisbas, donde estaban acampados los macedones que había enviado antes debajo del mando de Parmenión. El día siguiente, habiendo pasado á vista de Percote y de Lampsico, siguió la ribera del río Praccio, cuyo nacimiento tiene en el monte Ida, desde donde corre entre las tierras de Lampsico y de Aydo, y desde allí torciendo algo hacia el Setentrión desciende á la Propóntide. De esta suerte, habiendo dejado atrás á Colonas, ciudad de los lampsacenos situada á bastante distancia de la mar, y después de haber recibido todas estas ciudades debajo de su obediencia y perdonado á los lampsacenos despachó á Panegoro para que recibiese la ciudad de los priapenos, cuyos habitadores estaban prontos á entregarla. En tanto Amyntas, hijo de Arabeo, pasó á reconocer el campo con cuatro compañías de caballos, entre las cuales iba una de los apolloniares, que mandaba Sócrates, por haberse entendido que los enemigos se hallaban cerca y con intento de llegar á las manos.

Persuadíales Memnón, capitán entre ellos del primer crédito en el arte militar, *á que se retirasen después de haber talado y destruído los campos y dejádolos en estado de que no pudiesen aprovecharse de sus frutos los enemigos, á que pusiesen fuego en las ciudades y villas, á que por todas partes quedase árida y desierta la tierra, con cuyo fin les representaba la falta de víveres con que se hallaba el ejército de Macedonia, su imposibilidad de mantenerse un mes sino de robos y*

pillaje, y que si se les quitaban las ocasiones de hacerlo se retirarían á muy breve tiempo, logrando ellos por medio de tan corta pérdida la libertad de toda el Asia. Que aunque no podía negar que este remedio era riguroso, tampoco que, siendo tan inminente y considerable el peligro de que estaban amenazados, pedía la prudencia se tolerasen los menores daños á precio de evitar los mayores, no de otra suerte que lo hace el diestro médico cuando reconociendo en un cuerpo humano el riesgo de que se dilate á todo él desde la parte infecta el daño, le procura atajar por medio del hierro. Que esta resolución no era nueva en los persas, pues la había practicado el rey Darío en su tiempo talando los mismos campos y ciudades con el fin de imposibilitar la retirada á los scythas intentando la misma empresa. Que considerasen el evidente peligro á que exponían el todo de sus cosas presentando la batalla, porque arrojados los persas de aquella región quedaría inmediatamente Alexandro dueño de todo, y si vencedores ellos sin aumento ni ganancia alguna. Que temiesen la falange macedónica, contra cuyo formidable esfuerzo sería inútil la resistencia de su infantería, aunque tan superior á ella en el número. Que á esto se les llegaban crecidas ventajas que para la victoria les daba la presencia de su rey, á cuya vista son doblados los alientos con que animados de la esperanza é inflamados del honor y de la gloria combaten los soldados, de cuyos poderosos impulsos se hallaban destituídos los persas sin la asistencia de Darío; y finalmente, que no pudiendo ponerse en duda ser más conveniente hacer la guerra en dominios extraños que en los propios, lograrían esta ventaja si admitiendo su consejo la pasaban á Macedonia. No fué grato este dictamen á los demás capitanes, los cuales decían *que cuanto era conveniente á los intereses de Memnón Rhodio, el cual aseguraba con la duración de la guerra los grandes cargos, honores y rentas de que le había colmado el rey, de tanta más ignominia y riesgo á los persas abandonar los pueblos que se habían fiado de ellos y contravenir á las órdenes que tenían del rey.*

El cual, sabida la partida de Alexandro de Macedonia, escribió á todos sus capitanes ordenándoles que á azotes acordasen á aquel hijo de Philipo su edad y estado, le pusiesen en mayor desprecio de su temeridad una vestidura de color de púrpura, y en castigo de ella en prisiones con una cadena al cuello; que echasen á pique todos sus bajeles y marineros y que retirasen á los más interiores lugares del Mar Rojo sus soldados. Tan ciego y seguro del futuro suceso le tenía su soberbia, y tan olvidado de su naturaleza y de la instabilidad de las cosas humanas, blasonando arrogante descender de Júpiter, más que por el origen y nombre de los persas, que deduce de la antigua fábula de Perseo, hijo suyo, por la grandeza y poder en que se hallaba, con el cual presumía igualarse. Había escrito poco antes á los atenienses con no menor orgullo y jactancia, manifestándoles el disgusto con que estaba de que hubiesen preferido la amistad de los macedones á la suya y destituyéndolos de la esperanza de sus socorros y asistencias por más que las solicitasen.

CAPITULO V.

Ardid de Alexandro para ganar á Memnón, capitán de los persas. Falso prodigio con que anima á sus soldados. Pasa el Gránico. Rompe á los persas y premia á los suyos, así muertos como vivos.

Continuando en el ínterin Alexandro su marcha, llegó á unas tierras de que el rey de Persia había hecho merced á Memnón. Luego que lo supo dió orden para que no se hiciese daño alguno en las casas, en los habitadores ni en los frutos, que aún se conservaban en los campos; procurando por medio de esta artificiosa blandura poner en sospecha á aquel capitán con los enemigos, entre quienes era el único que merecía este nombre y á quien como tal deseaba llevarle á sí. Admirados algunos de los suyos de que usase de esta benignidad con el mayor enemigo de los macedones, le dijeron *que ofrecían no causarle hostilidad alguna de las que lleva consigo la guerra mientras no le tuviesen en su poder; pero que haciéndole prisionero le habían de dar muerte.* Bien lejos de conformarse Alexandro con ellos, les respondió *que más conveniente sería obligarle con beneficios y hacer de un enemigo un amigo, que sabría serlo con la misma virtud y valor que mostraba entonces á favor de los persas.*

Llegando á los campos de Adrastea, por quienes pasa con suma rapidez el Gránico, le trajeron algunos soldados de los que había enviado con Hegeloco á reconocer el campo noticia de que estaban los persas en forma de batalla de la otra parte del río. Detúvose algún tiempo para conferir con sus capitanes el modo de pasarle, y

habiéndolos juntado, fué la mayor parte de sentir *que era muy temeraria empresa la de intentar pasar un río tan rápido y profundo, cuya ribera hacían igualmente impenetrable sus caudalosas ondas que el formidable ejército que se ofrecía á su opósito, compuesto de numerosa caballería é infantería.* Ni faltaron algunos que advirtieron *estaban en el mes Decio, que corresponde al de Junio, el cual entre los atenienses había sido siempre infeliz á cuantos emprendieron en él algún designio.*

Aunque despreciaba Alexandro el peligro, no le dejó de dar algún cuidado esta superstición, sabiendo la poderosa impresión que hace un vano escrúpulo de religión en genios rudos é ignorantes; y así, deseoso de asegurar aquellos amedrentados ánimos, dió orden para que de allí en adelante se llamase este infausto mes como el precedente, Artemisio; y á Aristandro, el cual sacrificaba entonces, para que *formase con cierto licor, en la mano con que había de tomar las entrañas de la víctima, letras al revés que declarasen concedían los dioses á Alexandro la victoria, para que impresas éstas en el hígado caliente de la víctima se pudiesen leer al derecho.* Ejecutado así, y divulgado por el ejército este prodigio, fueron tan grandes los alientos y esperanzas que cobraron todos, que decían á gritos no tenian que temer habiendo reconocido tan visibles testimonios de la protección de los dioses.

Persuadida así la gente de Alexandro con este ardid á la felicidad del futuro suceso, se apresuraban á obtener la victoria, que creían ya suya. Y si bien procuró Parmenión que difiriese el rey el tránsito al día siguiente, por haberse pasado la mayor parte de aquél, tuvo por mejor no malograr el ardor que reconocía en sus tropas, á quienes hizo pasar inmediatamente, respondiendo á Parmenión *que se sonrojarian las hondas del Helesponto si después de haberlas surcado los detenian las aguas de tan corto arroyo.*

Pasaron, pues, con el rey, á pesar de su rapidez, trece compañías de caballería, si bien antes de tomar tierra firme y de poner en ordenanza la gente, que mientras el tránsito la había perdido, les apretó vivamente por todas partes la caballería de los persas. Los cuales, despreciando el consejo de Memnón por haber declarado Arsitas, sátrapa de la Phrigia, no se consentiría se quemase la menor cabaña de la jurisdicción de su gobierno; y seguido éste de todos, resolvieron pelear, con cuyo fin se habían acampado en la ribera del Gránico con cien mil infantes y veinte mil caballos, teniendo por cierto les serviría de trinchera este río, y que por su medio cerrarían con su facilidad el paso á Alexandro, dejando burlados los intentos de su entrada en el Asia; y así luego que tuvieron noticia de su venida, dispusieron su caballería, en que consistían sus mayores fuerzas, en este orden: Memnón con sus hijos, y Arsanes, persa, se oponían al ala derecha de los macedones, en la cual estaba el rey, porque la siniestra la había encomendado á Parmenión. Arsites se hallaba por la misma parte que Memnón con la caballería auxiliar de los paphlagones; Spitridates, yerno del rey, en la retaguardia; el sátrapa de la Phrigia y Jonia, acompañado de Rhesaces, su hermano, mandaba la caballería de los hircanos.

Dos mil medos y bactrianos seguían á Rheomithres en el batallón de la parte diestra. Phatnaces, hermano de la reina; Arbupales, Artaxerxes, nieto de Darío, y Mythrobarzanes, gobernador de Capadocia, tenían el mando de la batalla; así como Niphates, Pennates, con Arsaces y Athycias el de la caballería de varias naciones.

Estas tropas, pues, que por el número y por la calidad del lugar eran las más fuertes, apretaban reciamente al enemigo; el combate y el peligro eran grandes y

especialmente por la parte en que estaba el rey, contra quien cargaban todos, respecto de señalarse más en las armas, en las acciones y en las órdenes que daba.

Tocóle por la falta del arnés un dardo en el mayor ardor del combate, aunque no le penetró, pero acometido al mismo tiempo por Rhesaces y por Spitridates, ambos de los más valerosos capitanes enemigos, se halló en peligro de perder la vida. Porque después de haber roto la lanza en la coraza de Spitridates, metiendo mano á la espada un hermano de este capitán, descargó tan gran golpe de cimitarra, que le derribó la cimera del morrión y una parte del penacho, penetrando el corte hasta los cabellos; y sin duda hubiera asegundado otro á que se disponía por la rotura del morrión que descubría parte de la cabeza de Alexandro, á no haberlo embarazado Clito; el cual, viendo el peligro en que se hallaba el rey, partió colérico, y de un golpe de hacha derribó el brazo y la cimitarra de aquel bárbaro, á cuyo tiempo cayó muerto Spitridates á manos de Alexandro.

Sin embargo, no descaecieron en el esfuerzo los persas, hasta que huyó la caballería atemorizada con la pérdida de sus capitanes y con la cercanía de la falange de los macedones, la cual había pasado ya el río. No fué más feliz la resistencia que hizo su infantería, porque asegurada en la caballería, á quien juzgaba por suficiente para que triunfase de los enemigos, atendía, más que al peligro, al robo y á la presa; con que embargados de la turbación y del susto á que los redujo tan inesperado suceso, sirvieron al ejército de Alexandro, más que de opósito, de mortandad y estrago. Con todo, las tropas extranjeras que mandaba Omares, paradas de una eminencia, se defendieron esforzadamente, no habiendo podido rendirlas ni reducirlas á admitir condiciones algunas. Por lo cual costó más sangre y

pérdida á los macedones este combate que el de la caballería. En el cual el mismo rey, que estaba al frente de los suyos, se vió en tan gran peligro, como el de caer muerto debajo de él su caballo de una estocada que le atravesó de parte á parte.

Finalmente, irritado Alexandro de que se le disputase por tan dilatado espacio la victoria, los cercó con la caballería y con la falange, é hizo en ellos tan gran destrozo, que sólo se libraron de él dos mil que se rindieron. Murieron de los enemigos entre todos veinte mil infantes y dos mil caballos, reduciéndose al mismo número el de los prisioneros, de quienes se salvaron pocos; y de los capitanes, por medio de la fuga, sólo Memnón, Arsaces, Rheomithres y Atizias; todos los demás rindieron gloriosamente la vida al rigor de las heridas; y Arsitas, luego que llegó á Phrigia, avergonzado y arrepentido de haber sido causa de este estrago, se dió muerte con sus propias manos.

De la parte de Alexandro fueron pocos los que quedaron en este combate, porque de la infantería no pasaron de treinta, y de caballería de setenta y cinco, aunque los más esforzados de sus tropas. Para que conociese, pues, el mundo que en una y otra fortuna premiaba la virtud y el valor con los honores y mercedes que le son debidos, enriqueció á los suyos con el despojo de los persas: ordenó se hiciesen magníficos funerales á los muertos, que se enterrasen con sus armas y con los demás ornamentos militares; y dió por libres á sus padres y á sus hijos todo género de tributos. Hizo curar los heridos con particular cuidado; visitábalos de tienda en tienda, sin defraudar de esta honra aun al más desvalido: consolaba á unos con mercedes y honraba á otros con alabanzas y ofertas; cuya humanidad y clemencia le granjeó la obediencia y el amor de todos, y que con generoso reconocimiento expusiesen en lo venidero á

porfía sus vidas en obsequio y servicio de un rey cuya atención y desvelo no permitía que viviesen los suyos necesitados, ni que muertos quedasen sin honra. Hízola muy particular á la memoria de veinticinco soldados de á caballo, los cuales combatiendo valerosamente en un puesto desigual, fueron oprimidos de la muchedumbre de los persas, mandando se perpetuase en estatuas de bronce, sin permitir fuesen de otra mano que de la de Lysipo, el más primoroso artífice que entonces se conocía, las cuales se fijaron en Dio, ciudad de Macedonia, de donde muchos años después las trasladó á Roma Quinto Metello, habiendo arruinado aquel reino.

Debióse la mayor gloria de esta victoria al rey, el cual ordenó con gran destreza sus tropas, á quienes, observado el terreno, las condujo torcidas por el río, para que no pudiesen cargar en ellas los persas luego que tomasen tierra; y reconociéndolas turbadas y perdidas de ánimo, las infundió nuevos espíritus al aliento de las persuasiones con que les exhortó *á que acometiesen á los enemigos con el mismo valor de que habían dado tantas experiencias hasta entonces.* Ni obró menos que en los suyos el eficaz esfuerzo de su espíritu y de su voz, en los enemigos la diestra valentía de su brazo, á cuya vibrada lanza rindieron muchos la vida, y muchos á los acerados cortes de su espada; siendo los primeros que abrieron el camino á la fuga los que lo fueron á acometerle. Su resolución, cuanto antes pareció arrojada y temeraria, tanto la acreditó después el suceso de advertida y conveniente; porque habiendo de combatir los suyos contra un enemigo nuevo y tan ventajoso en el número, quiso contrapesar esta desigualdad fortaleciéndolos con la poderosa arma de la desesperación, para que cerrándoles el río el camino de la fuga, fuese la victoria el único recurso á la esperanza de su remedio. Señaláronse también este día, con gloria suya, los

tesalos, en quienes consistía toda la fuerza de la caballería, sin que en los demás faltase alguno al cumplimiento de su obligación, si bien con grandes ventajas la caballería, á quien se debió enteramente la victoria, habiendo retrocedido la infantería.

Por lo que miraba á los enemigos, mandó también Alexandro dar sepultura á los señores más principales entre los persas, y á todos los griegos que servían á sueldo suyo; pero que los prisioneros pasasen á Macedonia, por haber contravenido á la común resolución de los griegos, empleando sus armas en servicio de los bárbaros contra su patria, de cuya orden exceptuó á los tebanos, á quienes llevó, más que el propio gusto, la necesidad de verse sin tierras en que hacer asiento y retirada, por la pérdida y destrucción de su ciudad.

Ejecutado esto, envió al templo de Minerva, en Atenas, trescientos escudos que hizo escoger de los despojos de la batalla, con esta inscripción: *Alexandro, hijo de Philipo, y todos los griegos, excepto los lacedemonios, han obtenido este triunfo de los bárbaros del Asia*. En cuya acción miró á asegurar para otras ocasiones el afecto de los griegos haciéndoles partícipes de esta gloria, y á castigar á los lacedemonios excluyéndolos del honor de ella por el atrevimiento y desacato de separarse del campo de la Grecia. Ni le permitió el amor y atención que tuvo á su madre siempre dejase de darla parte de la presa, de que la envió casi todos los vasos de oro y plata, todos los paños de púrpura y cuanto le pareció digno de su persona.

CAPÍTULO VI.

Su acción de gracias á la diosa Minerva. Recibe muchos pueblos debajo de su obediencia, sin imponerles nuevos tributos. Entrégasele la ciudad de Sardis. Descubre las solicitudes de Demóstenes contra su persona. Procura ganar á Phoción. Toma á Epheso, donde forma República, y hace lo mismo en las demas ciudades. Su grande estimación á Apeles.

Habiendo vuelto Alexandro después de esta batalla á Troya, dió gracias á la diosa de haberle favorecido en guerra tan peligrosa con la felicidad de sus presagios, y fortalecido con el resguardo y defensa de sus armas. Lo cierto es que cuando pasó el Helesponto y llegó á Troya, como hemos referido, halló una estatua á caballo de Ariobarzanes, sátrapa antiguo de Persia, derribada, y que atribuyendo Aristrando á misterioso prodigio lo que pudo ser casual accidente, predijo de él á Alejandro muy ilustre victoria de un combate de caballería, *mayormente si peleaba no lejos de la Phrygia, y que moriría á sus manos un gran cabo de los enemigos.* Y que no fué contrario al anuncio del adivino el suceso, antes bien confirmación de él la muerte de Spithridates. En cuyo reconocimiento dispuso con gran cuidado las ofrendas y presentes para aquel templo, é hizo á Troya ciudad, aunque entonces sólo conservaba la apariencia de una corta villa; pero para que correspondiese á este autorizado título la suntuosidad y magnificencia de sus edificios, fió este cuidado de personas de su confianza, á cuyo fin la dió por libre de todo género de tributos. Y advirtiendo la cortedad del templo de la diosa y de su

culto, resolvió, en reverencia de la santidad del lugar, que se labrase uno de la magnitud y ostentación que pedía. Cuyos intentos atrasaron por entonces los de sus grandes empresas, é imposibilitó después su muerte y el descuido de sus sucesores.

Abrió, pues, esta victoria tan enteramente el paso á Alexandro para el mayor progreso de sus conquistas en Asia por la parte del Euphrates y del monte Tauro, que absortos los pueblos de tan inopinado suceso, habiendo perdido todas sus tropas y enteramente sus capitanes, no discurrían ya otro recurso para la esperanza de su remedio que la benignidad del vencedor, procurando merecérsela con la prontitud de su rendimiento y obediencia. Hizo merced á Calas, que conducía á los tesalos, del gobierno de la Phrygia, á quien dejó Arsitas sin defensa con su voluntaria muerte. Descendió la mayor parte de los que habitaban las montañas y se entregaron con cuanto poseían al rey, el cual los admitió á su protección y volvió á enviar á sus casas; perdonó á los zelitas, por estar asegurado de que, á pesar suyo, les obligaron los persas á tomar las armas contra él, sin pretender de todos estos pueblos más tributo que el que solían pagar á Darío, cuyo estilo observó tan inviolablemente con las demás naciones del Asia, á quienes redujo, como quien sabía cuánto más expuesto está siempre al odio el dominio extraño, por suave que sea, que el natural, y que es intolerable cuando se aumentan con nuevas imposiciones las antiguas cargas. Cuyo conocimiento le obligó á responder á los que le persuadían podía imponer mayores tributos á tan vasto imperio: *Que no tenía por buen jardinero al que arrancaba de raíz las plantas cuyas hojas sólo se debían cortar.*

Luego que supo que los persas tenían guarnición en Dascyleo envió á Parmenión, al cual, retirada ésta con la noticia de la llegada de los macedones, le recibieron

en ella sin la menor dificultad sus habitadores. Tomó Alexandro la vuelta de Sardis, capital de todas las demás ciudades, á quienes los reyes de Persia habían puesto debajo de la jurisdicción de los gobernadores de las provincias vecinas al mar, hallándose distante de ella setenta estadios. Mithrenes, de quien Darío había fiado la ciudadela, le salió á recibir con los principales de la ciudad, y compró, á precio del dinero que en aquélla se guardaba y entregó, la libertad de una y otra. Habiéndolos admitido benignamente, pasó hacia el río Hermo, que dista de Sardis casi veinte estadios, donde acampado, envió luego á Amyntas, hijo de Andromene, á que se apoderase de una fortaleza situada sobre una montaña, cuya entrada era por todas partes difícil, y capaz de que resistiesen fácilmente los que la ocupaban las mayores fuerzas, aun cuando no se hallase tan bien asegurada, como lo estaba, de una prodigiosa muralla y de tres fortificaciones. Regocijándose, pues, el rey de la felicidad de su fortuna, y de habérsele reducido sin la costa del dilatado sitio que temía, resolvió, entre las grandezas que ideaba su magnanimidad, hacer labrar en este lugar un templo á Júpiter Olímpico; y discurriendo en su más conveniente situación, sobrevino tan recia tempestad, que llenada de agua gran parte de la fortaleza en que tuvieron antiguamente su palacio los reyes de Lidia, quedó persuadido á que habían manifestado con lo misterioso de este suceso los dioses era voluntad suya que la situación del templo fuese en aquel lugar.

Hizo después merced del gobierno de la fortaleza con algunas tropas de argivos á Pausanias, uno de sus más favorecidos, y envió el resto de las de los aliados con Calas y Alexandro, hijo de Europa, al gobierno de Memnón. Puso á Asandro, hijo de Philotas, en la Lidia, con urisdicción que se extendía hasta las fronteras del go·

bierno de Spithridates, y dió toda la caballería que creyó necesaria, con algunas compañías armadas ligeramente. Conservó á los lidios sus leyes y privilegios; y reconociendo la veneración de los de Sardis á Diana, á quien llamaban *Coloenes*, concedió al templo el derecho del asilo. Hizo considerables honras á Mithrenes, á quien por entonces dejó cerca de su persona con grande estimación y esperanza de que les llevase á los demás su ejemplo, á cuyo fin le dió después el gobierno de Armenia.

Habiendo hallado en la fortaleza de Sardis ciertos papeles, de quienes constaban las excesivas sumas que habían empleado los sátrapas para obligar á los griegos á que tomasen las armas contra los macedones, vió también en ellos las porciones de plata y oro que habían enviado á Demóstenes, cuyas cartas estaban entre ellos. Pero tuvo por más conveniente disimular esta queja que pudiera hacer contra los atenienses hallándose en paz con ellos, y procurar con la mayor presteza y diligencia asegurar á Atenas su obediencia contra la elocuencia de Demóstenes, por recelar turbase con sus alteraciones la quietud de toda la Grecia. Ninguno le pareció más proporcionado al logro de este intento que Phoción, cuya inculpable vida era sin igual, y cuya virtud hacía honrosa su pobreza. Estimábale de tal suerte, no sólo por lo necesario que le juzgaba en su servicio, sino por lo que se granjeaba la integridad y rectitud de sus costumbres, que en medio de haber quedado tan soberbio, después de la rota de Darío, que no se dignaba de poner en las cartas que escribía la palabra *Salud*, concedió algunas veces esta honra á Antipatro y á Phoción.

Hízole Alexandro merced de cien talentos, y la de que eligiese una de estas cuatro ciudades del Asia: Chío, Elea, Alisasa y Gergetho, entre quienes ponen algunos á Patara en lugar de la última. Pero no admitió alguna

de estas honras su moderación, contentándose sólo, porque no pareciese que soberbio hacía menos aprecio del que debía á la generosidad de tan gran príncipe, con pedirle la libertad de Echecratides, sofista, de Anthenedoro Imbrio, de Demarato y Sparton, rhodios; los cuales quedaron prisioneros en la ciudadela de Sardis. Pero esto no acaeció sino después. Tomó entonces la vuelta de Efeso, á quien había desamparado la guarnición á la fama de la rota de los persas, retirándose á dos galeras de efesios, y con ellos Amintas, hijo de Antioco, el cual se ausentó de Macedonia sin más causa que la de temer al rey y creer le tuviese igual aborrecimiento al que profesaba él, midiendo por su genio el del Príncipe.

Al cuarto día de haber partido Alexandro de Sardis, hizo su entrada en Efeso, restituyó á ella á los que se hallaban desterrados por la autoridad de pocos, hizo donación de la ciudad al pueblo y redujo su gobierno al de República. Gozoso el pueblo de la libertad que por tan dilatado tiempo había deseado, pidió se castigase á los que llevaron allí á Memnón, á los que robaron el templo de Diana, á los que quitaron la estatua de Philipo, y que se derribase el monumento que se erigió en la plaza á Heropitho como á libertador de la ciudad. En cuya ejecución sacaron violentamente del templo, donde se habían acogido, á Pelagón, á Sirphax su hermano y á sus primos, los cuales murieron apedreados, y sin duda se hubiera extendido á más el furor de la multitud, á no haberlo prohibido Alexandro y mandádoles remitiesen al olvido sus quejas y venganzas; excusando por este medio á los más poderosos y ricos de la ciudad los desacatos y peligros que hubieran padecido su autoridad y bienes estando expuestos, con el pretexto de un delito cierto ó supuesto, al desenfrenado odio y avaricia del pueblo.

Habiendo despachado en tanto los magnesios y tra-

lianos, embajadores, al rey, ofreciéndole su obediencia, dió orden á Parmenión para que pasase con cinco mil infantes y doscientos caballos á admitirlos, y á Alcimale para que partiese con iguales tropas á los contornos de las ciudades de Eolia y Ionia, que estaban en la obediencia de los persas; mandó á uno y á otro que después de aquellos gobiernos, los pocos que le tenían, estableciesen el estado popular en todas, por haber reconocido que sin más causa que la de asegurarse del recelo en que los puso la inclinación que le mostraban aquéllos, habían puesto en ellos tiranos que los mantuviesen en opresión y servidumbre.

Detúvose algunos días Alexandro en Efeso para desahogar el ánimo de las continuas fatigas á que lo aplicaba: era en él su mayor divertimiento asistir de ordinario al obrador de Apeles, á quién solo permitió le retratase, por el gran primor con que lo hacía. Llegó á merecerle tan singular afecto este insigne pintor, que viéndole el rey rendido á la hermosura de Pancasta, natural de Larisa (ciudad de las mejores de Tesalia), una de sus primeras concubinas, y entre todas, á quien con mayor fineza amaba Alexandro, no menos que por su extremada belleza por haber sido el primer empleo de su cariño, desistió de su amor entregándosela. Aunque es fama que habiendo tratado Alexandro, mientras estuvo en la oficina de Apeles, de aquel arte con tan corto conocimiento que se vió precisado éste á interrumpirle con cierto donaire picante, no me he de persuadir á que faltase al decoro y veneración que debía á la grandeza de tal rey un pintor tan poco inadvertido como Apeles; fuera de que habiendo aprendido Alexandro en su juventud las artes liberales, y no pudiendo dejar de tener bastante noticia de aquélla, no es creíble que lo que dijese acerca de él fuese tan desacertado que obligase á Apeles á aquel desacato. Siendo, sin duda,

más verosímil lo que refieren otros, y es: haberle sucedido esto con cierto sacerdote de los que asistían al templo consagrado á Diana en aquella ciudad, y llamaban Megabizos, á quien afirman, dijo, *que así como hasta entonces su silencio y el oro y la púrpura de sus vestiduras le habían granjeado crédito con los ignorantes, luego que le oyeron sus desaciertos despreciábanle por ellos, aun los mismos aprendices.*

Reedificaban entonces los efesios con grande aplicación y dispendio el famoso templo de Diana, en quien hizo considerable estrago la voracidad del fuego, que (como dejamos dicho) introdujo en él el frenético furor de Erostrato. Favoreció Alexandro su celo contribuyendo cuanto pudo á su prosecución y brevedad, para la cual le aplicó los tributos que antes pagaban á los persas y confirmó el derecho del asilo, el cual supo habían conservado antiguamente Baco y Hércules, y concedió á este lugar un estadio más de circuito para su extensión.

Habiendo algunos años después reducido enteramente á su obediencia el Asia, solicitó de los efesios pusiesen, acabado el templo, en la inscripción de él su nombre, ofreciendo pagaría en remuneración de este honor todos los gastos que habían hecho en su reedificación, y que se obligaría á contribuir al artífice con cuanto fuese necesario para este efecto. Hallábanse bien lejos los efesios de complacerle en tal intento; si bien, considerando el peligro á que se exponían de negárselo sin alguna excusa decente, recurrió la destreza del embajador que eligieron para responderle, al medio de la lisonja, sabiendo cuán poderosa era en este príncipe y la facilidad con que se dejaba llevar de ella. Y así le representó *cuán impropio sería de la soberanía y divinidad en que se hallaba, que ofreciese á los dioses con quienes se igualaba, lo que reverentes les consagraban solos los hombres,*

por la suma distancia que reconocían de su naturaleza mortal á la divina de aquéllos. Tal fué la contienda que excitó entre tan gran rey y esta ciudad el deseo de gloria; si bien la obtuvieron los efesios, desestimando la reintegración de tan considerables sumas á precio de lograrla y de no enajenar la inscripción de este templo, cuyos crecidos gastos en su reedificación se pueden colegir de la suma á que les llegó sólo una pintura que le dedicaron, pues pagaron por ella veinte talentos de oro. Representaba á Alexandro con un rayo en la mano, en cuya ejecución usó Apeles de tan inimitable artificio, que sólo empleó en ella cuatro colores, para que con esta singularidad saliese más digna de la admiración de los primeros artífices en aquella profesión.

CAPÍTULO VII.

Ordénasele en sueños que edifique una ciudad á los smirnos. Intenta cortar el istmo que está entre Claromene y Theos. Junta á Claromene con la tierra firme. Sitia y toma á Mileto y concede libertad á los habitadores. Prodigio acaecido en el templo intentando robarle unos soldados. Inclinación de un delfín á un niño.

Advirtiendo Alexandro en un sueño restituyese á los smirnos á su antiguo esplendor, lo hizo por este mismo tiempo después de haber habitado éstos de villa en villa por espacio de cuatrocientos años, desde la destrucción de la antigua Smirna por las armas de los lidios, hasta entonces que dispuso su nueva fundación, casi á veinte estadios del lugar donde estaba situada la antigua ciudad. Solía divertirse con el ejercicio de la caza cuando la gravedad de los negocios le permitía algunas treguas. Rendido, pues, cierto dia de la fatiga de ella, y embargado del sueño á las faldas del monte Pago, le pareció que la diosa Némesis, cuyo templo estaba á corta distancia de allí, *le ordenaba edificase una ciudad en el mismo lugar y la diese por habitadores á los smirnos.* Confirmó esta declaración la respuesta que consultándole dió el oráculo de Apolo Clario á los smirnos, á quienes ofreció *tendría feliz suceso la mudanza de su habitación*. Con que se levantaron por orden del rey los cimientos para la nueva ciudad, de cuya última perfección se llevó Antígono la gloria, habiendo pasado por merced de Alexandro algunos años después al gobierno de Lydia, Phrygia y de otras regiones vecinas. Habitan los claro-

menios el golfo de Smirna, hacia la parte en que estrechándose más la tierra queda á manera de península, uniendo al continente las tierras que corren casi sesenta estadios al mar. Ofrécese en la opuesta ribera del istmo Theos, que mira de frente á los claromenios, y á lo último de la Península la ciudad de Erythra, bien célebre aún en este tiempo por la singular virtud de aquellas ilustres mujeres que predijeron los futuros sucesos. Descubre por todas partes el mar la elevada eminencia del monte de Minas, cercano á esta ciudad, el cual, mirando á la isla de Chío y declinando poco á poco, termina en un llano á corta distancia de la situación de los claromenios.

Habiendo observado Alexandro la naturaleza y disposición de este paraje, resolvió cortarle, y separarle de al tierra firme, para cerrar á Erythra y Minas con el mar, y unir uno y otro golfo. Refiérese fué ésta la única ocasión en que no correspondió el suceso á los intentos de este príncipe, y que quiso manifestar en ella la fortuna, que habiéndole favorecido en todos los demás designios, no era gloria suya que Alexandro emprendiese lo que por inútil é infructuoso no se la pudiese dar dignamente, fuera de que estaba recibido como punto de religión no ser concedido á algún mortal mudar la fortuna y disposición que dió la naturaleza á la tierra, confirmándolos en este concepto el continuado malogro con que quedaron siempre burlados semejantes intentos. Sin embargo, juntó á Claremonia con la tierra firme por medio de un dique de dos estadios, porque antiguamente los claremonienses la habían convertido en una isla, temerosos de los persas; pero llevándole la atención mayores empresas, dejó al cuidado de los gobernadores que puso en aquellos lugares la perfección de este trabajo; y después de haber hecho grandes y suntuosos sacrificios en honor

de la diosa y ejercitado sus tropas, tomó al día siguiente la vuelta de Mileto, llevando consigo la caballería de los tracios, y cuatro compañías de caballos de sus más favorecidos, entre quienes iba la real con su infantería, movido de la esperanza que Hegesistrato, capitán de la guarnición, le había dado de que se le entregaría la ciudad, aunque por entonces le salió vana, respecto de que habiendo entendido no estaba lejos la armada de los persas, mudaron de resolución sus habitadores, animándose á conservarla en la devoción de Darío.

Hallábase bien abastecida de víveres y de todo lo necesario para resistir un sitio, por medio del considerable número de gente de guerra que tenía, por haber dejado Memnón, cuando se retiró á ella después de la batalla, muchos de los suyos y fortificado la guarnición. Habiendo llegado allí Alexandro con su ejército en ordenanza y sin algún estruendo, tomó la ciudad que ellos llamaban de fuera y habían desamparado los habitadores y los soldados, retirándose á la de dentro por no dividir sus fuerzas, esperanzados en la brevedad del socorro; pero habiendo arribado la armada de los lacedemonios, mandada por Nicanor, el cual se apoderó inmediatamente de la isla de Lades, que está sobre Mileto, quedó burlada su esperanza, mayormente cuando pasando debajo del promontorio de Micale entró en el mismo puerto de los milesios. No la hizo resistencia alguna la de los bárbaros, en medio de hallarse superior á la de Nicanor en el número de la gente y de los bajeles, pues se componía de cuatrocientos y aquélla sólo de ciento sesenta.

Destituídos, pues, los milesios de la esperanza del socorro á vista de aquel desengaño, despacharon á Glaucipo, persona de la primera suposición en la ciudad, para que en nombre suyo pidiese á Alexandro permitiese que la ciudad y puerto de Mileto fuesen comu-

nes á macedones y persas; pero sólo pudo conseguir del rey la áspera respuesta de que *no había pasado al Asia para esperar los dominios que le quisiesen dar, sino para hacer distribución de ellos á su arbitrio; y que así se resolviesen ó á fiar de él el mejor logro de su fortuna, ó á disponerse á disputarle con las armas al día siguiente.* Habiendo elegido lo último, resistieron valerosamente los primeros asaltos de los macedones, de quienes quedaron muertos algunos, y entre ellos dos hijos de Helanica, ama que había sido de Alexandro y hermana de Clito, el cual libró (como dejamos dicho) al rey, con grande gloria suya, del peligro que corría su vida; pero encendidos éstos de la cólera y del despique, habiendo apretado con sus máquinas y derribado gran parte de las murallas de la ciudad, se disponían á entrarla, á tiempo que reconociendo los enemigos en el puerto los bajeles de los macedones, y teniéndose por perdidos, se arrojó al mar una parte de ellos sobre sus escudos para pasar á nado á una pequeña isla cercana á la ciudad; cuyo intento les salió vano, así á ellos como á los demás, que, apoderados de las barcas, procuraban librarse en ellas, por haberlos cogido los enemigos á la entrada del puerto.

Tomada así esta ciudad, envió Alexandro contra los que se habían amparado de la isla, para que no gozasen largo tiempo de la seguridad que en ella habían buscado, ciertos bajeles, en quienes hizo llevar escalas con que pudiesen subir los soldados por entre las rotas orillas de aquella isla como por las murallas de cualquiera ciudad enemiga; si bien, habiendo reconocido la resolución en que estaban los mercenarios griegos que se habían retirado á ella de defenderse hasta el último trance, en medio de no pasar de trescientos, compadecido y obligado del generoso valor con que se exponían á perder sus vidas en defensa de los que se habían valido de ellos, los perdonó y mandó sirviesen debajo de

sus banderas. Redujo á servidumbre á todos los bárbaros que se hallaron en Mileto, en cuyo honor concedió libertad á los milesios que habían quedado en la ciudad, atento á la gloria que mereció en lo antiguo, no menos que por la opulencia y grandeza con que floreció, por haber enviado á los mares vecinos más de setenta colonias, y haberla ilustrado sus ciudadanos con los crecidos premios que obtuvieron en los combates sagrados que estilaban los griegos, reputando este género de victorias por las más honrosas que podía alcanzar la virtud. Pero burlándose Alexandro al ver tantas estatuas, preguntó *que adónde tuvieron las manos y los brazos aquellos grandes varones que representaban, cuando toleraron impusiesen los persas sobre sus cervices el yugo de la servidumbre.* Porque como este esclarecido príncipe, llevado de su natural inclinación al manejo de las armas, aplicaba todo su esfuerzo al uso de la guerra, le parecía cosa indigna que debiendo emplearse el valor, la agilidad y fuerzas en ella, le malograsen, ejercitándole en la diversión y regocijo del ocioso vulgo.

Entrando en el ínterin á saco la ciudad la gente de guerra, respecto de haberla tomado por interpresa, llegaron al templo de Ceres ciertos soldados, á quienes, intentando robarle, dejó repentinamente ciegos el activo resplandor de una llama que salió de lo más interior del templo. Halló también Alexandro en esta ciudad algunos monumentos de sus predecesores, y entre ellos una fuente, á quien llaman los milesios de Aquiles, cuyas aguas se mantienen saladas en su nacimiento, y dilatadas en arroyos se vuelven dulces. Refiérese que Aquiles se lavó en ella, después de haber roto á Strambelo, hijo de Telamón, que pasaba en socorro de los lesbios. Tenían los milesios un oráculo de Apolo de Didymeo, no menos célebre que por la opulencia de sus riquezas por el crédito que le habían granjeado sus

respuestas. En él, pues, es fama que consultando Seleuco, cuyo poder y riquezas fueron grandes después de Alexandro, sobre su vuelta á Macedonia, le fué respondido *que habiendo pedido licencia á Europa, abrazase á Asia.*

Coronó todos estos prodigios la singularidad de uno, que justamente llevó la admiración del rey, á cuyo curioso ingenio era grato el hallazgo y conocimiento de cualquier maravilla. Este fué haber descubierto en la ciudad de Yuso, situada en una isla cerca de Mileto, cierto niño, á cuya inclinación estaba tan sujeto un delfín, que distinguiendo con particular instinto su voz, iba á él siempre que le llamaba, y recibiéndole en sus espaldas le llevaba adonde le ordenaba; de lo que infiriendo Alexandro era grato este niño al dios Neptuno, le hizo gran sacerdote suyo.

CAPÍTULO VIII.

Obliga Alexandro á los bajeles enemigos á que se retiren. Licencia su armada, y las razones que tiene para ello. Entra en Caria, donde toma muchas ciudades. Restablece á la princesa Ada con su reino, con cuya acción adquiere el afecto de los pueblos.

De esta suerte se hizo señor de Mileto, en medio de ocupar todavía el mar la considerable armada de los persas; los cuales, confiados en la multitud de sus bajeles y en su marítima experiencia, en que hacía grandes ventajas á los enemigos, procuraban al combate á los lacedemonios, presentándose con gran arrogancia delante del puerto de la ciudad, donde hizo entrar aquellos bajeles el rey; el cual envió á Philotas con la caballería y tres cohortes de infantería al promontorio de Micale, para que se opusiese á los de los enemigos, que estaban ancorados allí, estorbase el desembarco y el que se proveyesen de agua, leña y lo demás de que necesitasen; cuya providencia puso en tan gran confiicto á los bárbaros, dejándolos en el mismo lugar como imposibilitados de saltar en tierra y de hacer las provisiones necesarias, que se hallaron precisados, habiendo tenido consejo sobre ello, á tomar la vuelta de Samos, de donde bien abastecidos de víveres volvieron á presentarse en batalla delante del puerto de Mileto.

En tanto, habiendo reconocido cinco bajeles de persas en un puerto situado entre aquella corta isla (de quien hicimos poco ha memoria) y el lugar donde la armada de los macedones se hallaba ancorada, muchos

bajeles enemigos, y discurriendo estaría ausente y divertida en otro empleo la mayor parte de la gente de mar, por cuyo descuido les sería fácil apoderarse de ellos hallándolos vacíos, partieron á velas llenas á ellos, como si tuviesen segura la presa. Pero habiendo el rey introducido con la mayor presteza en diez galeras toda la gente que se halló más pronta, la mandó que se presentase con ellas delante de los enemigos; y si bien los persas, atemorizados del número de estos barcos y de cosa tan inesperada como verse acometidos de los mismos á quienes creyeron descuidados, y como á tales rendidos, se pusieron en fuga, no dejaron de apresarles los macedones uno de los bajeles en que iban los jacios, librándose por más veleros, entre el resto de la armada, los demás; los cuales se retiraron á Mileto sin haber ejecutado nada de cuanto habían intentado.

Advertido, pues, Alexandro del peligro en que vió su armada y del poco fruto que podía sacar de ella siendo tan inferior á la de los enemigos, y los considerables gastos que era preciso hiciese para mantenerla, resolvió volverla á enviar y quedarse con algunos bajeles para conducir las máquinas de que usaba en los sitios de las ciudades. No fué de este dictamen Parmenión, el cual teniendo por más conveniente llegar á medir las fuerzas con el enemigo en un combate naval, representó al rey que serían considerables las consecuencias que se seguirían á sus armas si quedaban vencedores en él los macedones, y por el contrario, de cortísima importancia las que lograrían los persas si los vencían, pues se quedaban tan señores del mar como antes lo estaban, y sin poder adelantar por esto nada en tierra respecto de la resistencia que hallarían en las tropas macedonas que defendían las riberas, mucho más esforzadas que las suyas. A cuyo fin y el de inclinar al rey á aquella resolución le ofreció ser el primero

que exponiendo al peligro su persona lo ejecutase con los bajeles que le diese.

Ni la autoridad de Parmenión ni las razones en que se fundaba su parecer, confirmado por el feliz presagio que pocos días antes se había advertido en la detención de una águila á espaldas del ejército sobre la orilla del mar, fueron bastantes para que se redujese á él Alexandro, el cual bien lejos de hacerlo manifestó cuánto se engañaba Parmenión en persuadirse pudiese nunca ser conveniente oponerse, con tan corto número de bajeles compuesto de gente inexperta, á la considerable armada de los enemigos, asistida de prácticos soldados. Que aunque se hallaba bien asegurado del valor de los suyos, no era bastante por sí solo éste á dar la victoria en las batallas marítimas, en quienes tenía más parte para evitar los riesgos ó convertirlos en beneficio propio la variedad de los vientos y de las ondas que la destreza de los pilotos y la diligencia de los marineros. Que la fama y disposición de los enemigos ofrecía considerables ventajas á los persas, contra quienes quedarían vanos é inútiles los esfuerzos de los macedones, respecto de ser tan fácil á los bárbaros librarse de ellos sin riesgo como alcanzar sin gran fatiga la victoria. En cuyo caso se les seguirían muy infelices consecuencias, porque siendo natural á los hombres prometerse en todas las cosas igual suceso á la esperanza ó el temor que concibieron al intentarlas, lo era también que toda el Asia, viendo en los principios de la guerra perdidos á sus enemigos, recuperase sus desmayados alientos. «Y para que no se dude que este es común sentir de toda el Asia, ¿quién me podrá asegurar (decía) que los griegos me guardarán su fe si llegan á persuadirse á que hemos perdido aquella felicidad que, si confesamos verdad, sólo respetan en nosotros? No dudo de cuán favorable consideración sea á mi fortuna el haberse mani-

festado detrás de mi armada esa águila, que admito por presagio de feliz suceso; pero este mismo dichoso anuncio nos manifiesta que la victoria que obtuviéremos de la armada enemiga será desde tierra, porque ese pájaro que nos predijo la victoria no se detuvo sobre los bajeles, sí sobre la ribera, mostrándonos tan igualmente le suceso de la batalla como el lugar en que habíamos de darla; fuera de que si reducimos á nuestra obediencia, como hemos empezado, las ciudades maritimas, se disminuirá por sí misma bien aprisa la armada de los persas, no teniendo nuevos socorros, víveres ni puertos adonde surgir, cuyas conveniencias si faltan á los enemigos por vuestra disposición y valor quedarán, aunque hoy se hallen más poderosos, en el mar deshechos y próxima á cumplirse la predicción de aquella lámina de bronce que poco ha arrojó de sí inundándose una fuente de Lidia, y en quien hallamos grabados ciertos caracteres que declaran cuán cercano está el fin del imperio de los persas.»

Licenció, pues, su armada y dejó á sus capitanes el cargo de sujetar el Ponto y sus comarcas, y siguiendo su intento pasó en persona á Caria, donde supo se había retirado considerable número de enemigos. Esperanzólos la ciudad de Halicarnaso por la fortaleza de su situación y de dos buenas ciudadelas en que podrían sus murallas detener cual poderosa trinchera el impetuoso torrente con que venía Alexandro. Pero aún más se fundaba su confianza en el crédito de Memnón, cuya vigilancia y cuidado disponía con próvido acuerdo, cuanto juzgó necesario para la vigorosa resistencia de un largo sitio, por haberle dado Darío algunos días el gobierno de toda la costa del mar y de la armada. Fué causa de esto el que habiendo reconocido Memnón no bastaban ni las considerables ventajas que hacía en la disciplina militar á todos los capitanes de la Persia, ni las expe-

riencias que había dado de su fidelidad para que, purgadas las sospechas en que ponía á los persas, mirarle como á griego y como á quien se hizo un tiempo tan gran lugar en la corte de Macedonia, perdiendo el recelo con que vivían de que pudiese algún día tener inteligencia en ella, correspondiesen á sus grandes merecimientos las mercedes del rey, le envió á sus hijos y mujer, más que por solicitarlos á su abrigo el resguardo con que pretextó esta acción, por asegurar su confianza por medio de estas prendas.

Habiendo, pues, entrado Alexandro en Caria, redujo en breve espacio todas las ciudades que estaban entre Mileto y Halicarnaso por habitar la mayor parte de ellas los griegos, á quienes acostumbraba conceder sus leyes y privilegios, protestándoles había pasado al Asia sólo por ponerla en libertad; pero bien aprisa granjeó en los bárbaros no menor afecto la urbanidad con que trató á Ada, princesa de la real sangre, la cual pasando por aquella comarca el rey, le visitó y pidió la admitiese debajo de su protección y la restableciese en su reino. Tuvo Hecatomno, rey de Caria, tres hijos y dos hijas: el mayor, llamado Mausoleo, casó con Artemisa, y la menor con su hermano Hidrieo. Artemisa, pues, hermana y mujer de Mausoleo, le había sucedido en el reino siguiendo la costumbre de él, donde es permitido á los hermanos casarse con las hermanas para que igualmente gocen del dominio. Pero muerta ésta del excesivo dolor de haber perdido á su marido Hidrieo, que la sucedió y murió sin hijos, dejó el imperio á Ada, á quien se le usurpó Pexodoro, que era el único que había quedado de los hijos de Hecatomno. Y aunque con la muerte de éste debiera haber recuperado la corona, no se lo permitió Orontabates, gran señor de la Persia, á quien había elegido por yerno suyo Pexodoro con el fin de asegurarse mejor por medio de sus fuerzas en la pose-

sión de un reino que violentamente había usurpado, por haberse apoderado de él luego que murió el suegro, presuponiendo que le pertenecía como dote de su mujer.

Habiéndose, pues, quejado Ada á Alexandro de aquel agravio, y dádole la fortaleza de Alindes, consiguió de él permiso para que le llamase hijo suyo y que la ofreciese concurrir á su restablecimiento al trono, como se lo cumplió después de haber tomado á Halicarnaso, haciendo que la obedeciese y reconociese la Caria por su reina. Con cuya generosa acción, la cual divulgó la fama por toda aquella comarca, granjeó la inclinacion y obediencia de muchas ciudades, facilitando ésta el poseer la mayor parte de ellas parientes ó confederados de Ada, los cuales enviaron luego al punto al rey por medio de embajadores coronas de oro, protestándole *quedarían gustosos debajo de su protección y poder para ejecutar con la mayor fidelidad sus órdenes.* Mientras pasaba esto, disponía cuidadosamente Ada deliciosas viandas, primorosos dulces y cuantos géneros de regalos comestibles pudo discurrir; los cuales envió á Alejandro con los cocineros y reposteros más excelentes que allí se conocían, creyendo le sería grato obsequio divertirle á su vuelta de las fatigas de la guerra con las delicias del Asia. Pero aquel prudente príncipe, no ignorando cuán poco oportunos son á quien se ocupa en tan generosos empleos el desordenado apetito á los manjares y el vicioso trato de las mujeres, agradeciendo su afecto la mandó decir *que Leonidas, su ayo, le dió en uno de sus documentos que le debió en su juventud mejores cocineros que los que ella le enviaba, advirtiéndole que el mejor medio para comer con gusto era madrugar y andar, y el de cenar con apetito hacer una moderada comida.*

CAPÍTULO IX.

Pone sitio á Halicarnaso. Intenta en vano apoderarse de la ciudad de Minda. Salida de los de Halicarnaso para estorbar sus trabajos. Temeridad de los soldados, de que se origina un gran combate. Talento y moderación de Memnón, capitán de los persas.

Reducida de esta suerte casi toda la Caria á la obediencia de Alexandro, la resistía Halicarnaso, capital del reino, confiado en la fuerte guarnición con que se hallaba; por lo cual, persuadido el rey á que aquel sitio duraría algún tiempo, hizo traer sus bajeles, vituallas y las máquinas que eran necesarias para atacarla, con cuyo fin dispuso su infantería á cinco estadios de la ciudad. Batiendo después las murallas, cerca de la puerta que va á Mylasa, hicieron los sitiados una repentina salida que resistieron los macedones; los cuales, habiendo muerto á algunos, hicieron volver sin gran dificultad á los demás.

Pocos días después, esperando Alexandro tomar por inteligencia á Minda, pasó á ella de noche con una parte de sus tropas; mas viendo que ninguno de la ciudad se declaraba á favorecer su intento, y que no correspondía el suceso á lo que le había ofrecido, hizo acercar sus soldados de pesadas armas, á quienes dió orden para que minasen el muro por no haber traido escalas ni máquinas, respecto de no llevar intento de ponerla sitio; pero aunque derribaron una torre no abrieron brecha para poder entrar en la ciudad, respecto de haber caído de tal suerte, que sus ruinas resguardaban aquella par-

te de la muralla que cubría estando en pie. A que se llegaba la valerosa resistencia con que se defendían los sitiados, mayormente habiéndoles llegado al mismo tiempo el socorro que de Halicarnaso les envió Memnón, noticioso del peligro en que se hallaba aquella ciudad, que acabó de imposibilitar los intentos de los macedones.

Vuelto Alexandro al campo, delante de Halicarnaso, determinó inmediatamente hacer llenar un foso de treinta codos de largo y de quince de profundidad, el cual habían ahondado los enemigos delante de la ciudad, para cuyo fin, y el de que pudiesen conducir los soldados sin ningún peligro la tierra y lo que era necesario á llenarle, mandó disponer tres tortugas. Finalmente, estándolo, hizo el rey acercar las torres y máquinas para batir las murallas, y habiendo abierto con ellas una brecha razonable, hicieron los macedones grandes esfuerzos para entrar en la ciudad, aunque con poco fruto, respecto de la valerosa oposición con que animados de la presencia de sus cabos y del crecido número de gente con que se hallaban los sitiados, á quienes era fácil el remudarse, á proporción de ellos, los resistieron. Por lo cual se empleó todo aquel día en diversos combates; á cuya fatiga, juzgando Memnón rendidos á los enemigos, por haber advertido en sus guardas más negligencia de la que acostumbraban, salió de la ciudad de noche con buen número de sus tropas, y puso fuego en los trabajos y en las máquinas.

Acudiendo prestamente los macedones á apagarle, y procurando impedírselo animosamente los enemigos, se trabó un combate bastante sangriento; porque aunque los macedones eran superiores á los enemigos en el valor y en la tolerancia de los peligros, inferiorísimos en el número y en el aparato de los persas, á cuyas flechas y todo género de tiros, arrojados desde las murallas por las máquinas, estaban expuestos, sin po-

der vengarse de las heridas que recibían, en cuanto no les era permitido pelear á distancia de la ciudad.

Era en tanto horrible el clamor de una y otra parte: animaban unos á su gente é injuriaban otros á sus enemigos; llegándose á esto los gemidos de los heridos y de los que morían; los cuales, entre las tinieblas de la noche, lo llenabán todo de espanto y horror, que aumentaba el vocerío confuso de la muchedumbre, la cual, mientras los demás combatían, se ocupaba en reparar los muros que habían roto las máquinas. Finalmente, prevaleciendo el valor de los macedones, obligó á los enemigos á que se retirasen dentro de sus murallas, después de haber muerto cerca de setenta, entre quienes fué uno Neoptolomeo (el cual se había amparado de Darío con Aminthas, su hermano) sin más pérdida que la de seis hombres, aunque los heridos fueron cerca de trescientos, respecto de que habiendo sido el combate de noche, no podían preservarse de los tiros, que no veían y que recibían al acaso.

Algunos días después dió bien ligero accidente ocasión para un reencuentro considerable; el cual empezó por dos soldados de las tropas que Pérdicas tenía á su cargo. Alojaban ambos juntos; y cierto día, después de haber bebido, introducida conversación, para quien tomaron sus valerosas acciones por asunto, como de ordinario sucede entre soldados de espíritu, pasaron á disputar cuál de ellos excedía al otro en fuerzas y valor, y á concluirla, diciendo uno á su compañero: *¿Para qué reducimos á palabras tan gloriosa disputa? Hoy no se trata aquí de averiguar cuál es la mejor lengua, sino cuál es el mejor brazo. La ocasión no puede ser más oportuna; ella decidirá mejor nuestra diferencia, y si es mayor tu valor que el mío.*

Encendidos, no menos que de la emulación del vino, tomaron sus armas y partieron juntos á las murallas de

la parte de la ciudadela de Milasa. Conmovidos de su temeridad salieron de la ciudad algunos, á quienes, bien lejos de huir aquellos arrojados mozos, esperaron con espada en mano, disparando dardos contra los que se retiraban. Mal pudiera su osadía mantenerse por sí sola, sin el castigo á que se había expuesto, ni resistir largo espacio combate en quien era tan ventajoso el número de los enemigos como el lugar desde donde peleaban, si reconociendo primero algunos de sus compañeros el peligro y después otros, no los hubiesen socorrido; á cuyo ejemplo hacían lo mismo los de la ciudad, saliendo de ella á proporción de los que veían acudir de parte de los macedones. Eran tan varios los sucesos como las fuerzas; las cuales, superiores unas veces é inferiores otras, dejaban ya vencedores á los macedones y ya á los enemigos, hasta que acercándose Alexandro con los que le asistían, atemorizados los enemigos de su presencia, se retiraron luego al punto á la ciudad, adonde estuvieron muy próximos á entrar los macedones, siguiéndoles respecto del descuido y corta defensa que habían dejado por aquella parte, habiendo llevado á todos á las murallas la curiosidad de aquel suceso. Habían derribado dos torres con sus muros las violentas baterías de los arietes macedones; y la tercera, movida ya y abierta, quedaba incapaz de resistir á los minadores; pero no pudieron aprovecharse de la oportunidad que por este medio se les ofrecía para entrar en la ciudad, por pelearse tumultuariamente y no estar junto ni en orden de batalla el ejército.

Y si bien los griegos los daban por rotos y afirmaban que como tales les habían cedido la victoria, sin querer enviar por los muertos para enterrarlos, tuvo Alexandro por mejor pedir los suyos y hacer treguas con el enemigo, que dejarlos abandonados y sin sepultura; pero hallándose allí Ephialtes y Trasibulo, atenienses,

en servicio de los persas, con más odio á los macedones que atención á la piedad común, lo contradijeron, alegando que por ser los mayores enemigos que tenía la Persia, no se los debían conceder; si bien fué de contrario sentir Memnón, el cual les representó cuán indigno era de su estilo y de las costumbres de los griegos negar la sepultura á los enemigos que habían vencido; pues las fuerzas y las armas sólo se debían esgrimir contra los que tenían á la vista vivos y se les resistían, sin que se extendiesen sus iras á ejercitar su rigor con baldones y ultrajes en los que por muertos se hallaban tan incapaces de ofenderlos como de merecérselos.

Tal fué el sentir de Memnón, cuya moderación resplandeció entre las demás virtudes que ilustraban su persona, acreditada en todas las acciones de su vida, en cuyo curso nunca tuvo por lícito á ningún hombre de obligaciones vencer á su enemigo con las injustas armas del agravio y la injuria que ofrece la ceguedad de la pasión, sino con las generosas que ministra la razón, en el valor, la fuerza y la prudencia. Y así se refiere que advirtiendo hablaba con desprecio de Alexandro uno de sus soldados, le dió con la lanza, diciéndole que no le pagaba su sueldo para que dijese mal de Alexandro, sino para que pelease bien contra él.

CAPITULO X.

Otra salida de los de Halicarnaso. Son rechazados. Ponen fuego á su ciudad. Abandónanla, y retíranse á dos ciudadelas, á quienes toma poco después Alexandro.

Atentos cuanto les era posible los sitiados á su seguridad, trabajaban en el ínterin en levantar por dentro otra muralla de ladrillo que pudiese suplir la falta de la que les habían derribado; si bien no era en línea recta, como aquélla, sino en la misma forma que tiene la luna cuando está en creciente, la cual, concluída en breve, respecto del crecido número de gente que trabajaba en ella, empezó al día siguiente á padecer las baterías enemigas, por haberle parecido á Alexandro tendría cuanto más reciente tanto mayor facilidad de arruinarla. Mientras se ocupaban en esto los macedones, hicieron los sitiados otra salida de la ciudad, sin lograr con ella más fruto que el de quemarles algunos reparos que los cubrían y parte de una torre de madera, por haber estorbado Philotas y Halanico, á cuyo cuidado estaba el de las máquinas, pasase adelante la llama, y mucho más Alexandro, que habiendo acudido al peligro, atemorizó de tal suerte á los enemigos su presencia, que dejando el fuego, y áun algunos sus mismas armas, volvieron con precipitada fuga á la ciudad, desde donde, mejorados de lugar y favorecidos de él, se defendieron más fácilmente; fuera de que estando el muro hecho en la forma y disposición que dejamos dicho, podían desde él cargar de flechas á los enemigos, no sólo de frente sino también de flanco y por cualquier parte donde acometiesen.

Sin embargo, viéndose cada día más apretados, y discurriendo que Alexandro no se retiraría sin haberse apoderado de la ciudad, tuvieron consejo los capitanes persas sobre lo que debían resolver. Hallábase allí Ephialtes, á quien se le igualaban pocos en lo vigoroso del cuerpo y en lo esforzado del ánimo. Este, pues, habiendo ponderado las penalidades y trabajos de un dilatado sitio, les manifestó no debían esperar á que consumidas lentamente sus fuerzas, les precisase la necesidad á rendir la ciudad á discreción del vencedor, sino hacer mientras las tenían una salida con los más escogidos soldados que estaban entonces á sueldo suyo, y llegar á las manos con el enemigo. Que esta resolución, aunque á los primeros visos parecía temeraria, esperaba los desengañase con su ejecución el suceso, pues hallándose bien ajenos de ella los enemigos y consecuentemente desprevenidos, podrían deshacerlos sin gran dificultad.

No se opuso Memnón al sentir de Ephialtes, porque si bien no acostumbraba preferir las resoluciones arriesgadas á los consejos prudentes y seguros, hallándose destituídos de socorro y con el riesgo tan inevitable como próximo, le pareció era aquel uno de los casos en quienes se debía librar al suceso el desengaño de lo que en tan gran peligro podía obrar un capitán, á quien parece movía superior inspiración á hacer experiencia de los últimos recursos. Por tanto, habiendo escogido Ephialtes dos mil hombres de las tropas mercenarias, hizo disponer mil hachas encendidas, y les ordenó estuviesen prontos y armados desde el amanecer para tomar sus órdenes.

Ocupábase en el ínterin Alexandro, desde que empezó á rayar el día, en hacer acercar sus máquinas al nuevo muro de ladrillo; á cuyo tiempo, abierta inopinadamente una puerta de la ciudad por orden de Ephial-

tes, y dividida en dos porciones su gente, mandó á una de ellas saliese con hachas encendidas en la mano, á quien, habiéndolo hecho, siguió inmediatamente con el resto, en forma de batalla, para embarazar á los enemigos apagasen el fuego de las máquinas.

Entendido Alexandro de todo, ordenó prontamente á los suyos en batalla; dispuso el socorro que era necesario enviar á una y otra parte, compuesto de soldados escogidos y algunas tropas que fuesen á extinguir el fuego, y partió él mismo contra Ephialtes; el cual, dejando por su fortaleza y valor muertos, á los acerados filos de su espada, cuantos le hacían rostro, animaba á los suyos con la voz, con las acciones y aún más con su ejemplo. No trabajaban poco en el ínterin á los enemigos los sitiados desde una torre de cien codos de altura que habían hecho sobre sus murallas, de donde los cargaban fácilmente, por medio de sus máquinas, de saetas y piedras; á cuyo tiempo, saliendo improvisadamente por otra parte de la ciudad llamada Triphylón un trozo de gente á orden de Memnón, ocasionó tan gran tumulto en el campo de los macedones, que el mismo rey se halló en duda de lo que debía hacer.

Pero su grandeza de ánimo, la destreza con que proporcionaba á los peligros sus órdenes, y la prontitud con que la fortuna le favorecía con sus socorros cuando más necesitado estaba de ellos, vencía los mayores riesgos. Por lo cual fueron rechazados, no sin gran mortandad, los que pusieron fuego á las máquinas, de la gente que las guardaba y de la que envió el rey en su socorro; y reparados por la parte que había cargado Memnón los esfuerzos con que los acometía, por Ptolomeo, hijo de Philipo, capitán de los guardias de corps, asistido de las cohortes de Timandro, de Addeo y de su propia compañía, quedaron por último gloriosamente vencedores los macedones, aunque con pérdida de Pto-

lomeo, Addeo y Clenarco, capitanes de los ballesteros, y de cerca de cuarenta hombres de su gente; habiendo puesto en tan precipitada fuga á los enemigos, preocupados del miedo y del pavor, qüe llegando en confuso y desordenado tropel á la puente que habían hecho para pasar el foso, muchos, solicitando salvarse, rendida ésta al grave peso, se precipitaron con ella. A vista de cuyo suceso se arrojaron los demás que habían quedado detrás al foso, donde fueron ahogados unos por su misma gente, y muertos otros á los tiros de los dardos que disparaban sobre ellos los macedones desde arriba, sin muchos que, habiéndose librado de este tumulto, hallaron la muerte á las mismas puertas de su ciudad, respecto de que no menos atemorízados los de dentro las cerraron aceleradamente, abandonando gran parte de los suyos, recelosos de que á vueltas de ellos entrasen confusamente dentro los enemigos.

En tanto, Ephialtes, no menos formidable con la desesperación que con la esperanza, combatía tan valerosamente contra las tropas del rey, que hubiera puesto en duda la victoria si los soldados viejos de Macedonia, reconociendo el peligro de los suyos, no hubiesen acudido á ellos. Manteníanse éstos en el campo, exentos de las cargas y ejercicios de la guerra y sin pelear, hasta que lo pedía la última necesidad, aunque no por esto dejaban de tirar sueldo como los demás y de participar de los premios y provechos de la milicia, habiendo merecido esta honra por medio de las ilustres acciones que habían obrado en servicio de Alexandro y de los reyes sus antecesores. Partieron, pues, éstos con presteza al mismo tiempo hacia el primer escuadrón, á quien mandaba Atharias, luego que vieron que atemorizada su gente del peligro retrocedía y que procuraba algún lugar donde retirarse; restablecieron el combate é hicieron que los demás recobrasen sus perdidos

alientos, dándoles en rostro con la flaqueza y desmayo; cuya emulación entre unos y otros esforzó á todos, mudándose bien aprisa el semblante y la forma del suceso.

Quedaron muertos en esta refriega Ephialtes y sus más valerosos soldados; los demás volvieron rechazados á la ciudad, donde entraron en su seguimiento muchos macedones, en cuya ocasión la pudieran haber tomado por fuerza, si no hubiese mandado el rey inmediatamente tocar á retirarse, ya fuese porque quiso conservarla, ó ya porque estando en su última declinación el día, temiese la noche y las emboscadas que, aprovechándose de su oscuridad, podían disponerle en los lugares ocultos y desconocidos. Consumidas en este combate las mejores fuerzas de los sitiados, confirió Memnón en consejo que tuvo con Orontovates y los demás capitanes lo que debía ejecutar. La resolución de él fué quemar aquella noche la torre de madera, el arsenal en que estaban las armas, é introducir fuego á las casas más cercanas á la muralla. Ejecutóse así, y prendiendo luego las llamas del arsenal y de la torre impelidas del viento, se aumentó y dilató por todas partes el incendio; á cuyo tiempo hicieron pasar los capitanes la mejor parte de los habitadores y de la gente de guerra á una fortaleza situada en cierta isla, y el resto á otra ciudadela llamada Salmacide, cuyo nombre tomó de una célebre fuente cercana á ella, y la muchedumbre, con lo más precioso de la ciudad, á la isla de Cos.

En tanto Alexandro, habiendo sabido por los tránsfugas, y reconocido por sí mismo lo que se había ejecutado en Halicarnaso, mandó á los suyos, en medio de ser de noche, entrasen dentro y pasasen á cuchillo á todos los que hallasen empleados en ponerla fuego, y perdonasen á los que se les rindiesen. Observando el día siguiente las dos fortalezas de quienes los persas y los soldados mercenarios se habían amparado, y juzgando costaría

algunos días su rendición, y que ni ésta ni la capital de aquel pueblo merecían su detención y que consumiese el tiempo que podía emplear con mayor fruto en otras empresas, hizo arrasar la ciudad, y dejó al cuidado de Ptolomeo la toma de aquellas fortalezas, cercadas todas de fosos y de murallas, y el de la seguridad de la Caria, con tres mil hombres extranjeros y doscientos caballos.

Correspondió Ptolomeo á la confianza del rey con felicidad; porque juntas después sus tropas con las de Asander, gobernador de la Lidia, deshizo á Orontovates en batalla, y tomaron los macedones las dos fortalezas, en cuyo sitio les obstinó la cólera y el despique de la misma dilación. En tanto el rey, volviendo el ánimo á Phrigia y á las provincias cercanas, envió á Parmenión á Sardis con las compañías de caballos de sus favorecidos, las tropas de caballería auxiliares y los tesalos (cuyo mando tenía Alexandro Lincestes) con intento de entrar en Phrigia y de tener prestos los víveres en el país enemigo para el ejército que había de seguirles; á cuyo fin hizo llevar consigo carretas y todo lo necesario para conducir las provisiones.

Habiendo entendido poco después que muchos macedones, los cuales se habían casado poco antes de esta expedición, llevaban con impaciencia el carecer de la vista y compañía de sus mujeres, dió orden para que los condujesen Cenón y Meleagro, á quienes por la misma razón sería no menos apacible que á los demás la jornada; con cuya benigna acción aumentó el amor de la gente de guerra, obligándola á que experimentando la atendía (y no negaba el consuelo de que pudiese tal vez dar vuelta á su patria) se expusiese con mayor prontitud á los peligros de más distantes empresas. Mandó también á los cabos, que en el ínterin que estaban en Macedonia hiciesen las más numerosas levas

de infantería y de caballería que les fuese posible, y que la trajesen al principio de la primavera con los que habían de volver. Y reconociendo que su ejército se empezaba á corromper con las viciosas delicias del Asia, cuyas torpezas tenían contaminados á muchos de su campo, hizo que se descubriesen cuidadosamente todos los que se hallaban manchados de tan abominable vicio; y que separados de los demás estos impúdicos, fuesen llevados á una corta isla del golfo de Cerámico; la cual participó también de su infamia, quedando en memoria de su destierro con el nombre de Cinedópolis.

CAPÍTULO XI.

Honra Alexandro una estatua de Theodecto. Manda castigar á Lincestes, que conspira contra él. Presagio con que descubre esta traición. Trata bien á los judíos. Adora el nombre del verdadero Dios. Ve en Jerusalén los libros de los Profetas. Hace ofrendas en el templo.

Ejecutado esto, y perseverando en el intento de reducir debajo de su obediencia toda la parte del mar, para que la armada de los enemigos quedase inútil, se apoderó de Hiparnes, la cual le entregaron los soldados mercenarios que estaban en la ciudadela. Después de lo cual se encaminó á Lycia, donde habiendo hecho alianza con los telmisenses y pasado el Xanto, recibió en su protección la ciudad que tiene el nombre del río Pinata y Patara, que son las mejores de esta comarca, sin otras muchas plazas de corta consideración; y reconociendo que las cosas estaban con bastante tranquilidad, pasó á Milias, porción de la gran Phrigia, á quien los reyes de Persia habían aplicado á Lycia. Mientras las recibió en su obediencia, vinieron á solicitar su amistad los embajadores de los phaselitas, y le presentaron una corona de oro; á cuyo tiempo llegaron con el mismo intento otros de la baja Lycia; por lo cual envió delante algunos de sus capitanes para que se entregasen de las plazas de los phaselitas y de los lycios, y pocos días después pasó en persona á Phaselis.

Tenían sitiada entonces una plaza fuerte en las tierras de su dominio que habían fundado y fortificado los pisidas, los cuales incomodaban de la otra parte los pueblos vecinos. Tomóse fácilmente con la llegada de

Alexandro; el cual, por no permitirle el rigor del invierno y la impenetrable aspereza de los caminos que continuase su marcha, se detuvo algunos días con los phaselitas, dando en ellos á su espíritu y á su ejército parte del reposo que necesitaban sus continuadas fatigas. Habiendo tenido uno de ellos festín con sus favorecidos, salió después de cenar á la plaza de aquella ciudad, en la cual habían erigido sus habitadores una estatua á Teodecto; danzó alrededor de ella y la adornó de muchas coronas de flores en memoria de la afectuosa amistad que contrajo con él cuando oía la doctrina de Aristóteles; pero le interrumpió estos regocijos la noticia que estando en ellos le llegó de Parmenión, el cual le participaba que habiendo hecho prisionero á un persa llamado Asisines, había averiguado que pasaba, aunque con pretexto de buscar á Aticies, con orden secreta de Darío, para que solicitase verse con Alexandro Lincestes y le ofreciese, en nombre suyo, el reino de Macedonia y mil talentos por que cumpliese lo que tenían tratado y resuelto.

Habíase conferido entre él y el tránsfuga Amintas el cruel atentado de dar muerte al rey, tomando á su cuidado la ejecución de ella. Y si bien se le perdonó el delito, procurando obligarle á la enmienda con crecidas honras, por las cuales debiera hallarse con sumo reconocimiento al rey, preocupado su ánimo del ardiente reinar, juzgaba le era todo permitido á precio de abrir camino para el trono.

Habiéndose, pues, propuesto esto en el consejo, los más celosos criados del rey le culparon, no sólo la facilidad de haber perdonado tan grave delito, sino la de haberle colmado de honras y mercedes y la de haberle dado el gobierno de su más escogida caballería. ¿Cuál será (decían) en lo venidero leal, si demás del perdón se confieren, en vez del severo castigo que merece el parricidio,

como premios de él el favor, los más autorizados cargos y mejores gobiernos? Que era preciso enmendar con prontitud lo que con excesiva clemencia se había errado, para que no pudiese entender el delincuente que estaba descubierto su delito, se evitase el riesgo de que introdujese novedades en los ligeros ánimos de Tesalia. Y que así no se debía despreciar aquel peligro, por ser el más grave que podía ofrecerse, ni malograr los presagios de los dioses, los cuales advertían visiblemente al rey se guardase de traiciones.

Aludiendo al prodigio que le acaeció mientras se halló al sitio de Halicarnaso, de cuya dilatada y penosa fatiga, rendido cierto día, á la mitad de él, al sueño, sobrevino allí una garza (ave bastantemente conocida en los presagios), la cual permaneció por largo espacio volando con gran estrépito alrededor de su cabecera, inclinándose ya á una y ya á otra parte de su lecho, y cantando con más vigor y confusión de la que acostumbra. No despertó enteramente al ruido Alexandro; si bien, insistiendo en él y en sus tornos la garza, la apartó con la mano; pero en vez de irritarse con aquella acción, tomó asiento en su misma cabeza, repitiendo aún con mayor sonido su canto, sin cesar en él ni querer separarse de ella, por más que la despedía de sí el rey, hasta que despertó del todo; cuyo prodigio atribuyó Aristandro á que corría riesgo la vida del rey por traición de alguno de sus validos, pero que ésta se descubriría; manifestando lo infería así de la propiedad de aquella ave, la cual es naturalmente inclinada á los hombres, y entre todas la más parlera.

En esta consideración, pues, y en la de conformar con la declaración del adivino lo que se le avisaba de Asisines, á que coadyuvaba también la prevención que en sus cartas le hacía su madre para que no se fiase de él; teniendo por cierto el delito, envió verbalmente con

persona de toda fidelidad á Parmenión orden de lo que había de ejecutar, no habiendo querido fuese por escrito, respecto del riesgo que pudiera tener de ser descubierta, hallándose Lincestes en Phrigia con Parmenión. Fué Amphotero, hermano de Cratero, de quien se valió; el cual, vestido á la moda Phrigia, pasó secretamente á verse con Parmenión, llevando en su compañía por guías algunos pergenses, prácticos del camino.

Puso luego en prisión á Lincestes Parmenión, cuya muerte, si bien se difirió atendiendo á la decencia y decoro de su casa, se le dió tres años después, así como á Philotas y á los demás delincuentes del propio delito. No fué sola esta experiencia la que tuvo para poder conocer estaba al cuidado de los dioses la seguridad de su vida, pues sin ella se le ofreció otra, habiendo partido de Phaselis en crédito de su protección. Había enviado por las montañas á la ciudad de los persegios una parte de su ejército, á quién siguió, conduciendo lo restante de él por una estrecha senda entre el monte Climax y el mar de Pamphilia, cuando estaba en tranquilidad, que es pocas veces en el invierno.

Temiendo, pues, más que otro algún peligro el de la tardanza, hacía pasar su ejército por aquel trabajoso paraje con la misma prontitud y ardor que por el camino más cómodo y seguro; pero embravecido el mar, el viento de Mediodía que corría entonces inundó con sus aguas la ribera y el camino, acumulándolas las crecidas lluvias que, como suele cuando corre, ocasionó. Con todo, habiendo llegado allí Alexandro, se levantó inmediatamente el de Septentrión, el cual serenando el cielo facilitó que volviesen las aguas al mar y que quedase desembarazado de ellas el camino á los macedones, si bien necesitaron de todo un día para pasar por aquellos desconocidos pantanos, cuyas aguas llegaban á cubrir el medio cuerpo de los soldados.

Tal era la confianza con que despreciando Alexandro los peligros se arrojaba á ellos; la cual, aunque se debe atribuir á efecto de su generoso valor, no se puede dejar de confesar le fortalecían en ella los repetidos prodigios y presagios, de quienes pudo conocer le tenía destinado el cielo para tan gloriosas y considerables empresas; pues sin otras se refiere que antes de salir de Macedonia se le ofreció en sueños un hombre cuyo respetuoso y venerable aspecto era superior al de los demás mortales, el cual le intimó *le siguiese al Asia á arruinar y destruir á los persas;* y que esgrimiendo sus armas contra Fenicia cierto sacerdote de los judíos, que llevaba delante de sí, á quien le fué revelada la visión, le hizo memoria de ella. Había intimidado, mientras tenía puesto sitio á Tyro, á los reyes y pueblos vecinos se le rindiesen y mandado hiciesen levas; negáronse á esto y á aceptar su amistad los judíos que habitaban en Jerusalén, célebre y famosa ciudad, con pretexto de la alianza que tenían con Darío. Irritado el rey de su orgulloso desprecio, hizo marchar sus tropas á la Judea, á cuyo camino, temerosos de su indignación le salieron á encontrar los moradores de Jerusalén para solicitar su clemencia, llevando consigo á sus mujeres y á sus hijos por obligarle más á que los perdonase.

Iban primero los sacerdotes revestidos de ropas de lino, á quienes seguía el pueblo vestido de blanco, cuya confusa muchedumbre conducía Jadmo, sumo sacerdote, entonces revestido de los ornamentos pontificales. Admirado el rey de tan majestuosa pompa, se arrojó del caballo al tiempo de acercársele, adelantándose solo á recibirla; y después de haber adorado con profunda reverencia el nombre de Dios, grabado en una lámina de oro de la mitra del sumo sacerdote, le saludó y trató respetuosamente. Dejó esta inesperada acción

tan absortos á los que le acompañaban como regocijados á los judíos; los cuales convertido en esperanza su temor, y prometiéndose no sólo el perdón que solicitaban, sino hacerse también en breve dueños de su gracia, le rodearon, mezclando entre loores y regocijos sus votos.

No sucedió así á los señores sirios, que émulos y declarados enemigos suyos, los seguían, esperando satisfacer con su castigo sus antiguos odios, pues quedaron igualmente admirados que confusos, sin acertar á distinguir si era verdad, ilusión ó sueño lo que veían. Aun á los mismos macedones causó tan gran extrañeza esta novedad, que acercándose Parmenión á Alexandro se tomó la licencia de preguntarle por qué hacía aquella honra á religión tan extraña, admitiendo á su gracia nación tan vil, con agravio considerable de su grandeza. Pero dejándole satisfecho con la participación del sueño que había tenido, entró en la ciudad y en el prodigioso templo de Jerusalén, donde sacrificó á Dios en la misma forma que lo hacían los judíos, y le consagró ofrendas.

Vió los libros sagrados de aquel pueblo, entre cuyas profecías declaraba distintamente una: se rendiría á los macedones la ciudad de Tyro, y que serían sojuzgados los persas por un griego. Y creyendo era él por quien se debía entender ésta, concedió á los judíos permiso para que pudiesen vivir en sus leyes y costumbres dentro y fuera de la ciudad; y para que, pues no labraban las tierras sino de siete en siete años, sólo contribuyesen con los tributos cuando las cultivasen.

Admirado con razón de la natural fertilidad de aquellas tierras (las cuales entre la grande abundancia de frutos con que exceden á las demás pingües, son las únicas que producen el aceite de bálsamo), dejó por gobernador de aquellas regiones á Andrómaco,

á quien después de haber rendido á Tyro y Gaza, dieron cruel muerte los samaritanos, perpetuos enemigos de los judíos; cuyo suceso, aunque sobrevino fuera del tiempo de que se trata, se toca por ofrecerle la ocasión.

CAPÍTULO XII.

Rompe á los bárbaros que pretenden atajarle los pasos. Resuelve Memnón pasar la guerra á Macedonia, para cuyo intento halla favorable disposición en los aliados de los macedones; pero en tan felices principios muere de peste.

Habiendo pasado Alexandro el estrecho inmediato al mar de Pamphilia y partido de Perges, le salieron al camino con embajada de los aspendios los primeros señores de la ciudad, en cuyo nombre le ofrecieron cincuenta talentos para la paga de los soldados y los caballos con que servían al rey de los persas, porque no les pusiese guarnición. Tomó desde allí la marcha hácia los sidetas, que habitan cerca del río Melas, y deducen su origen de los cumeos de Eolia, si bien bárbaros en el idioma; habiendo perdido el griego, no ya por el transcurso del tiempo, como acontece, sino por haber olvidado sus antecesores (como decían) inmediatamente á su llegada á aquellas tierras su lengua natural, y usado de otra tan extraña como inaudita.

Luego que se apoderó de Side, capital de Pamphilia, tomó el camino de Hilio, cuya natural fortaleza, aumentada con la guarnición de soldados extranjeros, le obligó á que diese la vuelta á la ciudad de los aspendios, conmovido de la noticia que tuvo de haberse sublevado; los cuales, atemorizados del acelerado arribo de los macedones, abandonaron sus casas y se retiraron á la ciudadela. Con lo cual, apoderado Alexandro de la ciudad, á quien halló desierta, alojó al pie de la ciudadela, desde donde obligó á los sitiados por medio de

las crueles baterías de sus diestros ingenieros á que se le rindiesen con las mismas condiciones con que se le habían entregado antes. Nada podía ser de mayor perjuicio á la prosecución dichosa de las empresas de este príncipe que el que se le interrumpiese el dilatado sitio de alguna plaza fuerte, si bien para asegurarse de su inquietud hizo que se le entregasen los más principales ciudadanos: que exhibiesen doblada porción de dinero que la que habían dado antes; que estuviesen á orden del gobernador que les nombró; que contribuyesen á los macedones con el tributo anual, y que compareciesen en juicio á litigar el derecho que tenían á las tierras de quienes habían despojado á los vecinos, y á satisfacer el cargo que se les hacía de esta usurpación. Lo cual concluído, volvió á tomar su marcha hacia la ciudad de los pergensios, de donde se encaminó á Phrigia. Hallábase necesitado á pasar, para llegar á ella, por ciertos estrechos que hay entre dos montes cerca de Thelmiso, ciudad de los pisidas, tan inmediatos el uno al otro que casi es indistinta la separación que los forma, ofreciendo en disposición de puertas sus extremidades, las cuales sobre su natural aspereza les hacía más impenetrables el haberse apoderado de ellas crecido número de bárbaros armados para resistir su entrada.

Reconociéndolo así el rey, y previniendo lo que sucedió después, dió orden de que alojasen sus tropas inmediatamente á ella. A vista de cuya detención, teniéndose por seguros los thelmisienses, por atribuirla á medroso efecto del peligro, y pareciéndoles lo quedaban aquellos lugares con medianas fuerzas, se retiró la mayor parte de ellos á la ciudad; de cuya oportuna ocasión aprovechándose el rey, hizo luego marchar sus flecheros y honderos, y los más ligeros que se hallaron entre su gente de pesadas armas, contra los bárbaros,

á quienes habiendo echado de allí, pasó á formar su campo delante de la ciudad. Dió en él audiencia á los embajadores de los selgencios; los cuales le ofrecieron, en odio antiguo de los thelmisienses, sus vecinos, aunque unos y otros deducen de un mismo pueblo su origen, su alianza y socorros. Admitiólos con benigna gratitud, y pareciéndole no malograr el sitio de una plaza, encaminó su ejército á la ciudad de Salago, fuerte por la naturaleza de su situación, y no menos por el vigoroso presidio de jóvenes que la defendía; pues aunque todos los pisidas son belicosos y valientes, están tenidos en mayor crédito de tales los salgalasenses. Por lo cual, en medio de haberles llegado tropas de Thelmiso, con quien tenían confederación, haciéndo más confianza de su gente que de sus murallas, la pusieron en batalla sobre un monte cercano, desde donde favorecidos de la ventaja del sitio, se opusieron con felicidad á las tropas ligeras que había enviado delante Alexandro, si bien los agrianos, animados de la asistencia de la falange de Macedonia ya cercana y de la presencia del rey, á quien vieron delante de sus banderas, los apretaron vigorosamente.

Trabajaron sin duda considerablemente en llegarle á penetrar, á pesar de la oposición del monte; pero hallándose una vez en la cumbre de él, les fué fácil, por la llanura é igualdad del terreno, desalojar la muchedumbre que la ocupaba. En cuya refriega quedaron de la parte de los macedones muertos Cleandro y más de veinte soldados, y de la de los bárbaros pasaron de quinientos, habiéndose salvado los demás por medio de la fuga; pero el rey siguiéndolos, asistido de las tropas de pesadas armas, con la mayor presteza que le fué posible se apoderó con igual esfuerzo de su ciudad, desde donde, después de haber intimado la guerra á todas las plazas fuertes de Pisidia, rindió unas con la

fuerza de sus armas, y otras con algunas condiciones que las concedió. Luego que ocupó á Thelmiso la hizo arrasar, en castigo de la tenacidad de sus moradores, quitó la libertad al pueblo, y algunos años después la dió á Celene con otras ciudades de Pisidia. Después de lo cual y de haber reducido y pacificado aquellas rudas y bárbaras naciones, tomó la vuelta de Phrigia por la parte donde se ofrece el lago Ascanio, cuyas aguas tienen la virtud de congelarse en sal por sí mismas, excusando á los naturales la diligencia de buscarla.

Mientras pasaba esto, discurriendo Memnón en transferir la guerra á Macedonia y Grecia para estorbar con alguna diversión el presuroso curso de las empresas de Alexandro; cuyas triunfantes armas se acercaban ya al Asia, había juntado todas sus fuerzas, de quienes habiendo librado con él todas sus esperanzas Darío, obligado del valor y destreza con que mantuvo el prolijo sitio de Halicarnaso, oponiéndose á los vigorosos esfuerzos del vencedor, le había dado el mando absoluto, con muy considerables sumas de oro para los gastos de la guerra.

Teniendo, pues, dispuesta su gente en el mayor número que le fué posible y embarcada en trescientos bajeles, se hizo al mar con esta armada, después de haber premeditado y prevenido cuanto pudiera ser favorable y contrario á tan considerable empresa. Apoderóse de todos los lugares que se hallaban con corta guarnición, entre quienes era uno Lampsico, y cargó en las islas, á quienes no podían socorrer los macedones por estar, aunque de una y otra parte dueños de la tierra firme, faltos de bajeles con que hacerlo. Favoreció mucho los intentos de este ilustre general la desunión que había en todos; porque si bien mantenía la mayor parte el partido de Alexandro, á quien reconocían su libertad, había muchos que habiendo debido su grandeza

al dominio de los persas, posponiendo á sus privados intereses la conservación y libertad de la República, y el que fuesen común el poder y mando, deseaban, á precio de recuperarle, ver restituidos al dominio á sus antiguos dueños. Con este fin admitieron Atenágoras y Apolonides en la isla de Chío, donde tenían la primera suposición, á Memnón, después de haber hecho partícipes de su intento á Phisino y Megario, que seguían su partido.

Teniéndola, pues, Memnón al de Darío, la puso guarnición; y habiendo dejado el gobierno de la ciudad á Polonide, y á los de su facción, pasó á Lesbos, á Antisa, á Pyrra y á Eresa, de quienes se apoderó fácilmente. Restituyó al tirano Aristónico á Methymnea, y redujo toda la isla, excepto Mitylene, á quien por más que la apretó con largo y vigoroso sitio no pudo rendir; porque habiendo cercado la ciudad por todas partes y el puerto con bajeles por cuantos lugares le parecieron oportunos á embarazarla el socorro, le sobrevino la muerte, ocasionada de la peste, con tan considerable daño de los persas como malogro de las grandes esperanzas que había concebido Darío de su elevado talento, de su valerosa resolución y de sus largas experiencias.

Hallándose próximo á rendir su espíritu, nombró en su cargo á Pharnabaces, hijo de su hermana y de Artabazo, para que le ejerciese en el ínterin que le proveía Darío con la noticia de su fallecimiento. Pharnabaces, habiendo dividido entre él y Antophrates, general de la armada, los distintos cargos de aquel sitio, redujo á tan grande aprieto á los sitiados, que se hallaron obligados á rendirse, con las condiciones de que saliese libre la guarnición, de que derribasen las columnas en que estaban grabados los artículos de la alianza que habían ajustado con Alejandro, y de que hecho el jura-

mento de fidelidad á Darío, restituirían á su ciudad la mitad de los desterrados. A cuyos tratados no correspondieron los persas con la observancia que debían por haber introducido guarnición en la ciudad (cuyo gobierno dieron á Licomenes Rhodio, así como el dominio á Diógenes, uno de los desterrados, en premio de haber mantenido su partido) por haberse apoderado de toda la plata, oro y riquezas de los particulares, y por haber impuesto en la ciudad tributo general.

QUINTO CURCIO.

LIBRO TERCERO.

CAPÍTULO PRIMERO.

Apodérase Alexandro de la ciudad y fortaleza de Celene. Entra en la capital de Phrigia, donde habiendo cortado el nudo gordiano, resuelve pasar en busca de Darío.

Habiendo en tanto despachado Alexandro al Peloponeso á Creandro con porción de dinero por que hiciese levas de gente, y dado las órdenes convenientes para las disposiciones de Lycia y de Pamphilia, partió á acampar delante de los muros de Celene, por medio de cuya ciudad pasaba en aquel tiempo el río Marcyas, á quien hicieron célebre las fabulosas ficciones de los griegos. Deduce su origen de la elevada cumbre de un monte, desde donde descendiendo con ruidoso ímpetu á una roca, dilata por lo llano sus purísimas aguas, regando con ellas los campos cercanos y conservándolas siempre sin mezcla de otras. Su color, semejante al del mar cuando se ofrece en serenidad, dió ocasión á los poetas para fingir *que las ninfas enamoradas del río hacían su mo-*

rada en aquella roca. Conserva su nombre mientras corre dentro de los muros; pero luego que sale de las fortificaciones, aumentadas sus ondas y su impetuoso raudal, le muda en el de Lyco.

Habiendo abandonado sus habitadores la ciudad, entró en ella el rey, de donde pasó á acometer la fortaleza á que se habían retirado, enviando delante un heraldo para que les notificase se rindiesen, y que de no hacerlo no esperasen gracia alguna. Pusieron los sitiados al heraldo sobre una torre de crecida magnitud, y habiendo hecho que reconociese su altura le encargaron dijese á Alexandro *no había llegado á conocer lo que era aquella fortaleza como ellos, que sabiendo cuán impenetrable era, estaban resueltos á exponerse á todo lance y á perecer antes que faltar á la constante fidelidad que debían á su dueño.* Pero viéndose acometidos y que la necesidad los estrechaba cada día más, pidieron tregua de sesenta días, ofreciendo rendirse si cumplidos éstos no les había llegado socorro, como lo ejecutaron el día señalado por haberles faltado.

Llegaron después embajadores de Atenas pidiendo les concediese los ciudadanos que les hicieron prisioneros en la jornada de Gránico. A que respondió que despacharía no sólo éstos sino también á sus ciudades á los demás griegos luego que pusiese fin á la guerra de Persia. Deseaba con impaciencia acercarse á Darío, y teniendo noticia de que aún no había pasado el Euphrates, juntas sus tropas con resolución de hacer la guerra con todas sus fuerzas, sin exceptuar algunas de empresa tan peligrosa, dispuso su marcha por Phrigia, cuyas poblaciones se componen más de villas que de ciudades y cuya capital es Gordio, antigua y famosa corte del rey Midas, situada sobre la ribera del río Sangario, á igual distancia del mar Póntico que del de Cilicia. Créese es este el más angosto paraje de toda el Asia, en

el cual estrechando ambos mares por una y otra parte, la tierra queda á manera de puente, uniendo con la tierra firme esta provincia, á quien circundándola casi enteramente las aguas la dejan en forma de isla, sin que se ofrezca entre los dos mares más que esta corta porción de tierra que los divida.

Habiéndose apoderado el rey de la ciudad, entró en el templo de Júpiter, donde vió el carro de Gordio, padre de Midas, el cual sólo se diferenciaba de los demás en la singularidad del yugo, cuyas ligaduras se componían de repetidos nudos, tan mezclados y unidos entre sí los unos con los otros, que no se les podían descubrir los cabos. Supo de los habitadores *estaba prometido por anuncio del oráculo el imperio del Asia á quien acertase á desatar aquella inexplicable unión.* Con cuya noticia, inflamado Alexandro del deseo de que se cumpliese en él la predicción, se aplicó á procurarlo. Hallábanse presentes muchos phrigios y macedones, tan temerosos los unos de que le desatase como cuidadosos los otros del peligro á que se exponía si no lo consiguiese, cuyo recelo aumentaba en éstos la impenetrable dificultad que ofrecía el industrioso artificio de los nudos, en quienes no se podía descubrir ni el principio ni el fin de ellos. Con todo, hallándose ya empeñado el rey en aquel intento, y teniendo por infausto presagio no lograrle, habiendo hecho algunos esfuerzos inútiles, *poco importa* (dijo) *el modo de desatarle.* Y cortando de una cuchillada todas las correas, ó burló la predicción del oráculo ó la cumplió.

Resuelto, pues, á dar la batalla á Darío en cualquiera parte donde le hallase, y deseando asegurar las plazas que dejaba atrás, dió á Amphotero el gobierno de la armada que estaba á la parte del Helesponto y á Hegeloco el mando de las demás tropas, con orden de echar las guarniciones enemigas de Lesbos, de Chío y de Cos,

para cuyos gastos les libró 500 talentos, é igual cantidad á Antipatro y á los que había dejado en defensa de las ciudades de Grecia; ordenando á los aliados que en cumplimiento de los tratados contribuyesen con cierto número de bajeles para la seguridad del Helesponto. No tenía aún noticia de la muerte de Memnón, cuyo capitán era entre todos los de Darío quien únicamente le daba cuidado, por conocer no podían hacerle oposición los demás faltando él. Había llegado ya hasta la ciudad de Ancyra, donde habiendo hecho la reseña de su ejército entró en Paphlagonia, frontera de los enetos, y de quienes, según el sentir de algunos, traen los venecianos su origen; cuya región, habiéndole dado la obediencia, y en seguridad de ella rehenes, logró quedar exenta de tributos como lo estuvo en tiempo de los persas. Puso en ella á Cales por gobernador, y llevando consigo las reclutas que acababan de llegar de Macedonia, se encaminó á Capadocia.

CAPÍTULO II.

Pasa muestra el ejército de los persas, y Charidemo, ateniense, es condenado á muerte, por haber dicho, aunque con orden de Darío, libremente su sentir.

En el ínterin Darío, habiendo tenido noticia de la muerte de Memnón, y recibido con ella el sentimiento que merecía pérdida tan considerable, sin fiar de otro alguno sus esperanzas, resolvió mandar por sí su ejército, por hallarse poco satisfecho de sus cabos, habiendo experimentado el descuido de muchos y la infelicidad de todos. Formó su campo en lo llano de Babilonia, y para animar más á su gente, quiso ver juntas todas sus fuerzas, á cuyo fin, siguiendo el ejemplo de Xerxes, dispuso una circunvalación que pudiese contener diez mil hombres en batalla, donde pasaron muestras sus tropas. Tardaron en entrar en este distrito, según estaban alistadas, desde que salió el sol hasta que puesto le sucedió la noche, y de él se fueron dilatando por las campañas de Mesopotamia, donde se vió una innumerable multitud de infantería y de caballería, la cual parecía aún mayor de lo que era.

Componíase la infantería de doscientos y cincuenta mil hombres, entre quienes había setenta mil persas, cincuenta mil medos, diez mil barcanos, armados de hachas de dos cortes y de abreviados escudos, casi á manera de rodelas; cuarenta mil armenios é igual número de berbices, armados de picas ó palos endurecidos al fuego; ocho mil hombres del mar Caspio y dos mil de las regiones menos belicosas del Asia, con treinta mil

griegos, jóvenes valerosos todos, á quienes tenía a sueldo suyo Darío; no habiendo permitido el tiempo se juntasen los bactrianos, los sogdianos y los indios y los demás pueblos que habitan hacia el mar Rojo, cuyos nombres aún le eran desconocidos. La caballería consistía en treinta mil caballos persas, diez mil medos y dos mil barcanos, armados no de otra suerte que la infantería; siete mil armenios, casi el mismo número de los hircanos, tan buenos soldados como los puede haber en aquellos pueblos; dos mil berbices, doscientos del mar Caspio y cuatro mil que se recogieron de diversas partes, con quien hacían en todo más de sesenta mil caballos; finalmente, de nada estaba menos falto que de muchedumbre de soldados; y si bien, gozoso de verla, le lisonjeaban con ella á porfía sus sátrapas la esperanza, y conforme á su natural adulación, volviéndose hacia Charidemo, ateniense, varón de gran práctica é inteligencia en la milicia, y declarado enemigo de Alexandro por haberle hecho desterrar de Atenas, le preguntó si le parecían bastantes fuerzas aquellas para triunfar de su enemigo.

Charidemo, no midiendo su respuesta con el estado presente de su fortuna ni con el peligro que corre quien aja en algo la vanidad y soberbia de los poderosos, le dió esta:

«Posible es, señor, que te disguste mi verdad; pero si la omito ahora, de nada servirá decírtela después. Ese soberbio aparato de guerra, ese portentoso número de hombres, con cuyas levas dejas agotado el Oriente, compuesto todo de pompa y magnificencia tal que aun la imaginación no pudo prevenir lo que la vista admira, podrá ser formidable á tus vecinos, pues todo consiste en oro y púrpura. No empero al espantoso ejército de los macedones, el cual, despreciando tan vana como inútil ostentación, sólo aplica su cuidadosa

vigilancia á formar con destreza sus batallones, y á resguardarse lo mejor que le es posible, cubriéndose con sus escudos y picas. Su falange es un cuerpo de infantería que combate á pie firme, y se mantiene tan cerrado en sus puestos, que los hombres y las armas son como una impenetrable valla. Hallándose tan diestros y prontos á las órdenes de sus cabos, que á la menor señal los verás seguir sus banderas, guardar sus puestos, y cumplir con todos los ejercicios y empleos militares. Atienden cuidadosos á lo que se les ordena, y cuando conviene volver á una y otra parte, doblar los puestos, y hacer frente á todas, lo saben ejecutar los soldados con no menor destreza que los mismos capitanes. Y para que te desengañes del corto aprecio que les debe el oro y la plata, sabe que esta disciplina no la han aprendido en otra escuela que en la de la pobreza, y que se mantienen aún hoy en ella. Si les molesta el hambre, cualquier mantenimiento los satisface; si la fatiga del trabajo los rinde, en la tierra hallan su lecho, sin que jamás los coja el día sino en pie. ¿Crees, por ventura, tú que la caballería de Tesalia, la de los acarnanes y la de los etolos, pueblos invencibles y fortalecidos de todo género de armas, pueden resistirse á tiros de honda y á palos endurecidos al fuego sus puntas? Son precisas para su opósito iguales fuerzas á las suyas, las cuales se han de solicitar en sus mismas tierras. Envía allá todo ese oro y esa inútil plata y las hallarás.»

Era Darío de natural blando y moderado; pero como de ordinario pervierte al mejor la prosperidad, disgustado de la verdad, mandó llevar al suplicio á Charidemo, sin atender al celo con que aquel ingenuo varón le aconsejó lo mejor que supo y entendió, ni á la indemnidad que debía guardarle habiéndole admitido á su protección. Pero Charidemo, no cediendo aún entonces de

su natural libertad, con voz más entera: «Espero (le dice) que muy en breve satisfaga mi muerte al mismo contra quien te he dado tan saludable consejo, disponiéndote las penas que mereces por haberle despreciado; y que tú, en quien la soberanía y el poder ha ocasionado tan repentina mudanza, sirvas de ejemplo que acredite á la posteridad cuán inútiles son en los hombres las más excelentes prendas con que los adornó la naturaleza, cuando, ciegos á los resplandores de su fortuna, dejándose llevar de su prosperidad, se precipitan á los mayores riesgos.» Expresando esto en altas voces, le cortaron la cabeza los que tenían la orden. De lo cual, aunque tarde, se arrepintió el rey; y reconociendo ser verdad lo que le había dicho, le mandó dar sepultura.

CAPÍTULO III.

Pompa de los reyes de Persia cuando salen á campaña. Descripción de las tropas de Alexandro.

Ordenó después á Thimondas, hijo de Mentor, joven activo é intrépido, que se entregase de todos los soldados extranjeros que servían debajo del mando de Pharnabazo, con intento de valerse de ellos en esta guerra, por ser en quienes más esperaba, y proveyó en Pharnabazo el puesto que Memnón tenía. Pero demás de la fatiga en que le ponía el peligroso estado de su imperio, le afligían no menos las imágenes que se le ofrecían en sueños de la infelicidad que le amenazaba, ó ya fuesen efecto de la misma congoja, ó ya infausto presagio del futuro suceso. Parecíale que veía los reales de los macedones llenos de grandes resplandores de fuego; que poco después se le acercaba Alexandro, en el mismo traje en que le saludaron á él rey los persas cuando llegó al trono; y que habiéndose paseado á caballo por la ciudad de Babilonia, improvisadamente desaparecieron á un tiempo él y el caballo.

Fueron varios los juicios de los adivinos sobre su verdadera interpretación. Tenían unos por feliz agüero que el rey hubiese visto abrasarse el real de los macedones, y á Alexandro, depuestas sus reales vestiduras, á la moda persiana y en traje de persona privada. Y otros, por infausto presagio aquella gran llama del campo de los macedones, la cual atribuían á anuncio del esplendor de la futura gloria de Alexandro; y su aparición en el mismo traje con que se halló Darío cuando le reconocieron por su rey, á seguro testimonio de que poseería

el imperio del Asia. En cuya comprobación hicieron (como de ordinario sucede á los que temen) memoria de todos los antiguos presagios que lo habían prevenido, y entre otros del de los caldeos; los cuales, luego que mudó Darío en el principio de su reinado la vaina de su cimitarra y la puso al uso griego, pronosticaron de aquella novedad en las armas que el imperio de los persas pasaría á aquellos cuyo estilo había infelizmente imitado. Sin embargo, asegurado el rey de su sueño, por dar mayor crédito á la favorable interpretación de los primeros, ordenó que se esparciese por el pueblo y que se adelantasen sus tropas hacia el Eufrates.

Era costumbre antigua de los persas no poner en marcha su ejército hasta haber descubierto sus rayos el sol, con cuyas resplandecientes luces, ilustrado el día, se daba la señal por medio de una trompeta en la tienda real, donde expuesta sobre ella la imagen del sol, colocada entre cristales, marchaba en este orden. Llevaban primero sobre unas andas de plata el fuego que llamaban sagrado, á quien seguían los magos cantando himnos al estilo de su patria, acompañados de trescientos sesenta y cinco jóvenes, en correspondencia de los días del año, vestidos de ropas de púrpura. Después un carro, consagrado á Júpiter, conducido de dos caballos blancos, y tras él uno de extraordinaria grandeza, á quien llamaban el sol, y los que los seguían con vestiduras blancas y una baqueta de oro en la mano. No lejos diez carros, esculpidos de gran cantidad de figuras de oro y plata, seguidos de un cuerpo de caballería, compuesto de doce naciones, diferentes en armas y en costumbres, y éste de diez mil de los que llaman los persas inmortales; los cuales, adornados de collares de oro, ropas de tela de oro, y ciertos sayos de crecidas mangas, cubiertos de pedrería, excedían en suntuosidad á todos losdemás bárbaros.

A treinta pasos de distancia iban quince mil primos del rey, cuya turba, compuesta de adornos poco menos que mujeriles, sobresalía más en la profanidad de éstos que en la hermosura de sus armas. Llevaban poco después de ellos los que llamaban doryphoros la real vestidura delante del carro del rey, en quien se ofrecía con la majestuosa pompa que pudiera en un trono. Hermoseaban y enriquecían este carro imágenes de dioses de oro y plata, en medio de cuyo yugo, cubierto todo de pedrería, sobresalían dos estatuas de un codo de altura, que representaban á Nino y á Belo, entre quienes se interponía un águila de oro en el ademán y acción de desplegar las alas para tomar su vuelo. Nada, empero, igualaba á la magnificencia del rey. Adornaba su persona un sayo de púrpura, cuajado de plata, sobre quien llevaba una dilatada ropa resplandeciente con el oro y la pedrería de que estaba cuajada, y sobrepuestos en ella dos halcones de oro, reclinándoseel uno sobre el otro, dándose entre sí con los picos. Ceñíala femenilmente una banda, de quien pendía su cimitarra, cuya vaina cubría preciosa pedrería; y la tiara azul, insignia real, á quien llaman *cidaris* los persas, que llevaba en la cabeza, una faja de púrpura mezclada de blanco. Ocupaban sus lados doscientos parientes suyos, de los más cercanos, seguidos de diez mil hombres, con picas guarnecidas de plata y de oro en las puntas, y de retaguardia treinta mil infantes. Después de los cuales llevaban á la mano cuatrocientos caballos del rey. A distancia de un estadio iba Sisigambis, madre de Darío, en un ostentoso carro, así como en otro su mujer, y detrás todas las damas de ambas reinas á caballo. Seguíanlas quince grandes carros, á quienes llamaban *armamaxes*, y en quienes iban los hijos del rey, las personas á cuyo cuidado estaba su educación y gran cantidad de eunucos, los cuales lograban estimación entre

aquellos pueblos. Procedían luego con real aparato trescientas sesenta concubinas, seguidas de seiscientos machos y trescientos camellos, que llevaban la plata del rey, con escolta de ballesteros. Después las princesas y las mujeres de los que ejercían los puestos de la corona y de los mayores señores de la corte; luego gran muchedumbre de aguadores, leñadores y mozos del ejército, y á lo último algunas compañías, armadas ligeramente, con sus capitanes, los cuales cuidaban de reunir las tropas y hacer que anduviesen.

Tal era el ejército de Darío, bien diverso en todo de los macedones, en el cual se veían hombres y caballos resplandecientes, no con el oro ni con los suntuosos adornos y variedad de colores que aliñaban el traje, sino con el bruñido acero y pulido bronce. Tropas siempre prontas á marchar, á acampar y á combatir; ni cargadas del bagaje, ni embarazadas de gente inútil; obedientes, no sólo á la señal, sino al menor ademán de sus cabos; abastecidas siempre de víveres, y siempre dispuestas á alojar en cualesquiera parajes; por lo cual no le faltaron el día del combate soldados á Alexandro y sí á Darío; el cual, habiéndose empeñado inconsideradamente en ciertos lugares estrechos, no pudo pelear en medio de la innumerable muchedumbre con que dió principio á la batalla, sino con igual número al corto que en su enemigo había despreciado.

CAPÍTULO IV.

Apodérase Alexandro en muy buena coyuntura del paso de la Cilicia, que había abandonado Arsanes, capitán de Darío.

En tanto, Alexandro, después de haber dado el gobierno de Capadocia á Abistamenes, se encaminó hacia Cilicia, á cuya región (llamada el Campo de Cyro, por haber acampado en él aquel príncipe cuando marchó á Lydia contra Creso) llegó. Dista de allí sólo cincuenta estadios el paso de Cilicia, el cual es un estrecho, á quien sus habitadores llaman Pyles, y cuya natural situación parece imita las fortificaciones que le labra el artificio de los hombres.

Teniendo presente Arsanes, gobernador de la provincia, el consejo que dió Memnón al principio de la guerra, aunque sin proporcionarle con la constitución presente, resolvió, como lo hizo, arruinar la Cilicia, abrasando y destruyendo cuanto pudiera servir al uso de los hombres, para que no se aprovechasen los enemigos de aquellas tierras, cuya conservación tenía por difícil; como si no le hubiera sido más conveniente ocupar con poderosas tropas el estrecho y la cumbre de la montaña que predomina el camino por donde los macedones entraron, desde la cual podía, sin la menor pérdida, embarazar el paso ó deshacerlos, que retirarse, dejando tan corta porción de gente á las entradas, después de haber ejecutado por sí la destrucción que debiera haber impedido al enemigo, y dado con ella ocasión á las moderadas tropas que quedaban para que, creyéndose vencidas, se retirasen también (como lo hi-

cieron) sin esperar al enemigo, de quien menores fuerzas que las de Arsanes habrían bastado á defender aquel puesto, respecto de la constitución de Cilicia; la cual, cerrada con una dilatada cadena de rudos é inaccesibles montes, que descollándose por aquella parte del mar á manera de arco ó media luna se extienden en punta hasta la otra ribera, tiene detrás de ellos, en los más retirados lugares, tres pasos sumamente estrechos y cuya entrada es tan difícil como imposible llegar á Cilicia sino por alguno de ellos. Saliendo hacia el mar, se ofrecen á la falda de ellos prodigiosas vegas, á quienes riegan infinitos arroyos y dos ríos, Pyramo el uno y Cydno el otro, célebres ambos, si bien éste no tanto por lo caudaloso de sus aguas cuanto por la hermosura de ellas; las cuales, descendiendo con suavidad apacible de su origen á llano y limpio suelo, se difunden por él sumamente frías, respecto de la frescura que las participa la sombra de sus riberas, sin que interrumpa ni altere nunca el torrente de otro río su tranquilo curso y pureza.

Había consumido el tiempo en aquella región muchos monumentos que fueron célebre asunto de los poetas, si bien no dejaban de ofrecer en ella los lugares en que estuvieron situadas las ciudades de Lyrneso y Thebe, la caverna de Thyphón, el famoso bosque de Corycio, donde se coge el azafrán, y otros de quienes sólo ha quedado la fama que tuvieron en lo antiguo. Entró, pues, Alexandro por este paso, que ellos llaman Pyle, y después de haber reconocido la situación de los lugares, dijo *que jamás había admirado tanto como entonces su buena fortuna, confesando pudieran haberle deshecho fácilmente á tiros de piedras.* Porque además de ser éste un desfiladero por donde apenas podían marchar de frente cuatro hombres armados, correspondía la eminencia al camino, el cual no sólo era estrecho, sino también roto en muchos

lugares por los golpes del impetuoso torrente que se precipita de los montes. Sin embargo, hizo que se adelantase la caballería ligera de los tracios á reconocer aquellos estrechos, por si en ellos se ocultaba alguna emboscada, y envió una tropa de ballesteros para que se apoderase de la cumbre del monte, con orden de que llevasen la flecha sobre el arco, no ya en forma de marcha, sino de combate.

Con esta orden hizo pasar todo su ejército hasta la ciudad de Tarso, donde llegó al mismo tiempo que los persas empezaban á encender el fuego para que no pudiese aprovecharse el enemigo de la presa de tan opulenta ciudad. Pero sobreviniendo Parmenión, á quien el rey había enviado á toda diligencia con algunas tropas de infantería á embarazar el incendio, y viendo que los bárbaros se habían puesto en fuga á la fama de su venida, se entró en ella.

CAPÍTULO V.

Sobrevino á Alexandro una enfermedad de cuidado por haberse bañado fuera de tiempo en el río Cydno.

Corre por en medio de la ciudad de Tarso el río Cydno, de quien acabamos de hacer memoria, cuyos calores se igualan á los crecidos que pueden padecerse en las más ardientes regiones. Habiendo llegado Alexandro á ella en lo más riguroso del verano y del día, cubierto de sudor y polvo, y deseando refrigerar en la hermosa claridad y frescura de aquellas aguas la ardiente fatiga del camino, resolvió bañarse en ellas sin reparar en el peligro á que se exponía hallándose en tan opuesta disposición á semejante intento; con cuyo fin y el de acreditar con los suyos en la moderación de sus adornos su modestia, no rehusó desnudarse á vista de todo su ejército; pero no bien hubo entrado en el río, cuando embargándole recio frío le arrebató castodo el natural calor, dejándole tan privado de sentidos, que retirándole á su tienda tuvieron por cercano el fin de su vida los suyos.

La confusión y el clamor que ocasionó este accidente en todo el campo fué cual pudiera si hubiese muerto: deshechos en lágrimas, se lamentaban de que se les malograse en lo mejor de sus prosperidades y de sus conquistas el mayor rey que vió el mundo, no en el riguroso furor de una batalla ó de un asalto, sino en la apacible serenidad de un río. Ponderaban que Darío se hallaba cerca y victorioso aun antes de ver al enemigo, y precisados ellos á volver fugitivos por donde habían

ido triunfantes. Que estando tan igualmente destruído todo el país, así para ellos como para los enemigos, y habiendo de penetrar tantos y tan dilatados desiertos, bastaba el hambre por sí sola á deshacerlos, aun cuando faltase quien los oprimiese. «¿Quién será (decían) el que nos conduzca en la fuga en que pudiera librarse toda la esperanza de nuestro remedio? ¿Quién el que se atreva á suceder á Alexandro? Y cuando seamos tan felices que lleguemos al Helesponto, ¿quién nos facilitará embarcaciones en que le pasemos?» Y convertida su compasión por lo que miraba á la persona del rey, y olvidados ya de su infelicidad, prorrumpían en lamentables gemidos, quejándose de que se les quitase y arrebatase de entre las manos, en la flor de su juventud y en el mayor vigor de espíritu, á su rey y á su camarada.

Sin embargo, cobrando Alexandro espíritu y volviendo poco á poco en sí, conoció á los que le rodeaban y dió muestras de que se había disminuído la fuerza de la enfermedad sólo en que empezaba á sentirla. Era, empero, mayor la dolencia que le afligía el ánimo que la que le oprimía el cuerpo; porque sabiendo llegaría Darío dentro de cinco días, no cesaba de lamentarse de su destino por haberle entregado atado de pies y manos á su enemigo, usurpándole tan ilustre victoria y reduciéndole á poner fin á su vida en una tienda con muerte tan indigna de su persona como ajena de la gloria que se había prometido. Sobre lo cual, habiendo hecho entrar allí á sus confidentes y á sus médicos, les dijo: «Bien reconocéis, ¡oh amigos! el estado á que me veo reducido; en el cual parece que oigo el estruendo de las armas enemigas y que me veo ya provocado del mismo contra quien he traído la guerra. Sin duda alguna Darío se aconsejó con mi fortuna cuando me escribió cartas tan soberbias como las que recibí; pero en vano si es permitido curarme por mi dictamen, según el cual

no pide el estado de mis intereses remedios lentos ni médicos tímidos y tardos, pues importándome más una muerte pronta que una larga convalecencia, no busco tanto remedio para vivir cuanta disposición para poder pelear.»

Esta impaciente temeridad del rey puso en cuidado á todos, y obligó á algunos á suplicarle que no aumentase con la precipitación el peligro; que se pusiese en manos de los médicos, los cuales, no sin razón, procedían remisos en la aplicación de remedios extraordinarios, habiendo solicitado Darío corromper la fidelidad de sus domésticos y publicado que daría mil talentos á quien quitase la vida á Alexandro; á vista de lo cual no se persuadían hubiese quien temerariamente se atreviese á intentar alguno que pudiese hacerle sospechoso.

CAPITULO VI.

Recupera su salud por medio de Philipo, docto y fiel médico, á quien todo el ejército da grandes gracias.

Hallábase entre los grandes médicos que siguieron al rey desde Macedonia uno llamado Philipo, natural de Arcania, el cual le había servido desde sus tiernos años y le amaba como á su rey y como á quien había criado. Este, pues, emprendió curarle con remedio que no siendo violento esperaba de él prolijo y favorable efecto. Y si bien ninguno asistió á él, le abrazó quien más debía temerle, que era el rey; el cual no teniendo otro anhelo que el de hallarse al combate, cuya victoria le parecía aseguraba como pudiese asistir en él al frente de los suyos, posponía los mayores riesgos á precio de lograrlo, llevando no sin grande impaciencia, la dilación de tres días que eran necesarios para preparar el medicamento. Hallóle entre estos desabrimientos una carta de Parmenión (cuya fidelidad á su persona tenía bien acreditada) en la cual le pedía no fiase su salud de Philipo, por haberle corrompido Darío ofreciéndole mil talentos y á su hermana por mujer suya. Fácilmente se deja entender la conturbación y perplejidad en que le dejaría su contenido: revolvía en su ánimo cuanto le representaba el temor y la esperanza. «¿Tomaré yo (decía entre sí) medicina cuyo veneno quitándome la vida dé ocasión á que se atribuya á arrojo mío mi muerte? ¿Infamaré á mi médico, ó me dejaré oprimir en una tienda? Pero no; quiero antes morir á manos de ajena maldad que á las de mi propia desconfianza.»

Combatido de tan varios pensamientos, no quiso fiar de nadie el contenido de la carta, que ocultó debajo de la almohada; y subsistiendo dos días en sus desabridas inquietudes, entrando al tercero en su cámara el médico con la medicina, tomó el rey con una mano la carta y con la otra la bebida; y habiendo pasado ésta sin el menor recelo, dió aquélla á Philipo para que la levese, sin quitar mientras lo hacía los ojos de él, por si podía descubrir en su rostro algunas señas de lo que ocultaba el ánimo; pero habiendola leído Philipo, manifestó más indignación que miedo, y arrojándola dijo al rey: «Aunque siempre, señor, ha dependido mi vida de la tuya, nunca tanto como hoy, que en tu salud consiste la justificación del parricidio de que se me acusa, y en su averiguación la seguridad de la mía. La única merced que te pido es, que deponiendo el cuidado que pueden haberte ocasionado los vanos avisos que te han dado tus criados, sin duda con más celo que discreción y oportunidad, des reposo al ánimo y lugar á la medicina para que pueda obrar.»

Asegurado, gustoso y esperanzado el rey con tan constante aseveración, «Bien creo, ¡oh Philipo! (le dijo) que aunque os fuese permitido hacer elección entre todas las pruebas de mi confianza, de la que con mayor testimonio os certificase de ella, excusarais la presente. Ninguna, empero, podíais hallar que más os asegurase de ella, pues habéis visto que despreciando la noticia que tuve en descrédito de vuestra fidelidad, no he rehusado tomar la bebida que me habéis dado, de cuyo efecto me tiene tan igualmente cuidadoso lo que en él interesáis como lo que á mí me importa.» Y dicho esto, le dió, en testimonio de su confianza, su mano derecha.

Sin embargo, empezando la fuerza del medicamento á obrar, causó en él tan rigurosos accidentes, que confirmaban de cierta la noticia de Parmenión: porque

perdida la voz, le sobrevino tan terrible síncope que casi le faltaron los pulsos y á todos la esperanza de su vida; pero Philipo, sin omitir nada de cuanto era consecuente á su oficio y podía contribuir á su alivio, reconociendo que volvía algo en sí, le procuró divertir con cuanto pudiera serle grato, hablándole unas veces de su madre y hermanas y otras de la gloriosa victoria, que para coronar sus triunfos se le ofrecía tan inmediata. Finalmente, habiéndose dilatado y esparcido el medicamento por todas las venas y partes del cuerpo, empezó primero el espíritu y después el cuerpo á recuperar su vigor, con tanta mayor presteza de la que se esperaba, cuanto al tercer día se dejó ver de su ejército; el cual no miraba con más gusto al mismo Alexandro que á Philipo, á quien todos llegaban, cual pudieran á algún dios, á darle gracias por haberles asegurado la vida de su príncipe; porque si bien era natural en aquellos pueblos el amoroso respeto con que atendían á sus reyes, tanto más excesivo el que se concilió Alexandro en ellos, cuanto experimentando que aun sus más temerarias resoluciones las convertía en mayor felicidad y gloria suya la fortuna, no acababan de persuadirse á que dejase de ser sin especial asistencia de los dioses nada de cuanto intentaba; pero lo que aumentaba más glorioso esplendor á sus acciones y mayor admiración con ellas, eran las considerables empresas que había obtenido en tan tiernos años; su grande aplicación á todos los ejercicios que podían facilitarle la agilidad del cuerpo, su modestia en el vestirse sin diferencia de los demás, y su pronta y proporcionada disposición á todo género de empleos militares; prendas que aunque parecen de cortísima consideración en las cosas de la guerra, son de suma importancia entre los soldados, en quienes por ellas (ó ya las debiese á la naturaleza, ó ya al arte) se granjeó tan grande amor como respeto.

CAPITULO VII.

Viéndose Alexandro sano, resuelve acometer á Darío. Manda dar muerte á Sisene por sospechar de él alguna conspiración, á que dió motivo su negligencia

Habiendo tenido noticia Darío de la enfermedad de Alexandro, se adelantó con la mayor presteza que le fué posible y permitía tan considerable ejército como el suyo hacia el Euphrates, si bien no le pudieron pasar sus tropas antes de cinco días, á pesar de haber hecho levantar muchos puentes para la prisa que daba por ganar á Cicilia. En tanto, Alexandro, recuperadas sus fuerzas, se encaminó á la ciudad del Sol; y habiéndola tomado, puso guarnición en la fortaleza y condenó á la ciudad en doscientos talentos por haber seguido la facción de Darío. Y cumplidos los votos que había hecho por su salud, permitió por algunos días juegos en honor de Esculapio y de Minerva, queriendo mostrar con estos regocijos el desprecio que hacía de los bárbaros. Asistiendo á ellos, le llegaron noticias de Halicarnaso de haber deshecho los suyos á los persas y de quedar reducidos á su obediencia los mindios y caunios, con otros muchos pueblos de aquella parte.

Concluídos los juegos levantó su campo; y habiendo pasado el río Pyramo por una puente que mandó hacer, llegó á la ciudad de Malón, en quien se alojó una parte del ejército, y lo restante en Castabalo, donde le salió al encuentro Parmenión, á quien había enviado para que reconociese la tierra y el camino que va á Isón. Habíalo ejecutado así Parmenión, apoderándose de al-

gunos lugares estrechos, en quienes puestas algunas tropas para su defensa tomó aquella ciudad, abandonada de sus habitadores; y penetrando por lo más interior del país, echó de las montañas á los que se habían fortificado en ellas; despues de lo cual y de haber asegurado los pasos, volvía á participárselo; con que estándolo el rey de que los tenía libres, se entró con su ejército en Isón, donde se confirió sobre si se habían de esperar allí las reclutas que venían á grandes jornadas de Macedonia, ó pasar adelante. Parmenión fué de dictamen de que no podía haber elegido lugar más cómodo para dar la batalla que aquél, respecto de que no permitiendo por su estrechez gran número de gente, quedaban iguales las fuerzas de ambos reyes; por cuya suma inferioridad en las suyas debían evitar cuanto les fuese posible las campañas y llanuras, en quienes se hallarían cercados por todas partes, y oprimidos de la crecida muchedumbre de los bárbaros, de quienes debían temer quedar vencidos, no ya por su valor, sino por el propio cansancio, no hallándose, como ellos, con sobrada gente para remudar la que estuviese fatigada. Cuyas razones, persuadiendo fácilmente á todos, quedó resuelto se esperase á Darío en aquellas montañas.

Hallábase en el ejército del rey un persa, llamado Sisene, el cual, enviado en tiempo de Philipo por el gobernador de Egipto á Macedonia, quedó tan obligado de las honras y beneficios que se le hicieron, que dejó su propia patria por quedar en aquel reino, desde donde siguió á Alejandro al Asia, logrando ser uno de los primeros en su confianza. Este, pues, habiendo recibido por medio de cierto soldado cretense una carta cerrada, con sello que no conocía, la cual era de Nabarzanes, sátrapa de Darío, en que le persuadía obrase alguna acción digna de su ilustre nacimiento y de la gran-

deza de su valor, para hacerse por ella el lugar que merecía en la gracia del rey.

Solicitó muchas veces, en cumplimiento de su fidelidad é inocencia, ocasión de mostrársela á Alexandro; pero hallándose en todas ocupado en las disposiciones de la guerra, lo difirió, esperando alguna más oportuna; cuya retardación fué causa de que se le tuviese por cómplice en la pretendida traición; porque habiendo dado con ella lugar á que llegase la carta á manos de Alexandro, leída por él, y cerrada nuevamente con sello desconocido, ordenó, para examinar la fidelidad de Sisene, que se le volviese cautelosamente; pero dejando éste pasar muchos días, acabó con su descuido de confirmar la sospecha; por la cual fué muerto á manos de los soldados cretenses en el mismo ejército, y sin duda por orden de Alexandro.

CAPÍTULO VIII.

Consejo y resolución de Darío antes de la batalla. Consternación del ejército de los persas y presagio de su rota.

Había llegado ya al campo Thimondas con los soldados griegos que le entregó Pharnabaces, en quienes tenía puesta Darío toda su esperanza. Procura, en cuanto podía esta gente, persuadirle á que retrocediese y volviese á tomar las espaciosas campañas de Mesopotamia, ó que á lo menos, en caso de no abrazar tan importante consejo, dividiese aquellas innumerables tropas, y no expusiese á un revés de la fortuna todas sus fuerzas. No asentía tan mal Darío á este dictamen, como los principales de su corte, los cuales, suponiendo como decían que aquella infiel y venal nación le proponía dividiese sus tropas, no con otro fin que el de poder más facilmente, hallándose éstas separadas, entregar al enemigo las que estaban á su cargo; le proponían, por más seguro, que los embistiese con todo el ejército, y dejase con su mortandad un ejemplo memorable del castigo de su traición. Pero Darío, con cuyo blando natural y piadosa intención no se conformaba esta violencia, bien lejos de convenir con su dictamen, les manifestó no incurriría nunca en acción tan indigna de sí como la de tratar de aquella suerte á los que estaban á sueldo suyo y le habían seguido debajo de su fe; porque haciéndolo, ¿quiénes serán (decía) los extranjeros que quieran fiarse de ella, acordándose de que hemos teñido nuestras manos en la sangre de tantos y tan valerosos soldados? Que jamás había visto fuese

la vida precio de un consejo poco conveniente; pues si el darle trajese semejante peligro, nadie se atrevería á expresar su dictamen; y últimamente, que aun ellos mismos, estando en consejo, se hallaban entre sí discordes en los votos, no teniéndose siempre por más celosos los que eran del mejor. En cuya confirmación envió á decir á los griegos «quedaba agradecido á su afectuosa demostración; pero que no se conformaba con retroceder, así porque era entregar de conocido su reino al enemigo, como porque consistiendo en la reputación el todo de la guerra, no era fácil persuadir al mundo dejaba de ser fuga el hacerlo. Que aun menos razón había para pensar en dilatar la guerra, hallándose con el invierno tan próximo, y sin los víveres que necesitaba tan numeroso ejército en un país á quien tenían igualmente asolado los suyos que los enemigos; ni en dividir sus tropas, violando la costumbre de sus predecesores, los cuales expusieron siempre á una batalla sola todas sus fuerzas. Que aquel rey, terror poco antes del mundo, cuya orgullosa soberbia fué insufrible, apenas tuvo aviso de su venida, cuando, convirtiendo en cordura su temeridad, se abrigó en las concavidades de las montañas, no de otra suerte que de las breñas los animales medrosos al menor ruido de los pasajeros, entreteniendo y engañando la esperanza de sus soldados con su fingida dolencia; pero que no por esto dilataría el combate, pues le acometería en las mismas grutas donde vilmente se había refugiado.» Palabras á la verdad magníficas, si hubiesen correspondido á verificarlas los efectos.

Habiendo, pues, enviado á Damasco su plata y sus más preciosas alhajas, debajo de una ligera escolta, marchó hácia la Cilicia con el grueso de su ejército, en cuyo seguimiento, según el estilo de aquella nación, iban su madre y su mujer con las princesas y su tierno

hijo. Refiérese que una misma noche llegaron Alexandro á aquel estrecho paso de Siria y Darío al otro, á quien llaman Pilas Amánicas. No pusieron duda los persas en la fuga de los macedones, hallando abandonada la ciudad de Iso, en cuya creencia los confirmó el haber encontrado algunos soldados, á quienes no permitieron seguir el ejército sus heridas y enfermedades. Mandó Darío, á persuasión de los grandes de su corte, naturalmente crueles é inhumanos, que los cortasen las orejas y las manos, y que los pasasen por todo su campo, para que reconociendo bien sus fuerzas, pudiesen dar entera noticia de ellas á Alexandro.

Levantados, pues, sus reales, pasó el río Pinaro para cargar por las espaldas en los que él creía fugitivos; pero habiendo llegado al campo de los macedones aquellos míseros soldados, y dádole noticia de que se encaminaba Dar o á toda diligencia hacia ellos, no acaba ban de darles crédito; por lo cual envió el rey espías para que desde las regiones marítimas reconociesen si venía él en persona ó sólo alguno de sus generales con alguna parte de sus tropas, con quienes era posible que se hubiesen equivocado aquellos soldados, teniéndolas por todo el ejército; pero volviendo éstas, se empezó á descubrir una multitud espantosa de hombres, y tan crecidos fuegos por la campaña, que no parecía sino un incendio toda ella, respecto de la dilatadísima extensión que ocupaba, así el ejército por su copiosísima numerosidad y mala ordenanza, como el bagaje cuando acampaba.

Habiendo ordenado Alexandro su campo en el mismo lugar donde se hallaba, y prohibido que saliese alguno fuera de él, le fortificó de fosos y palizadas con increíble gusto, al ver se le cumplía el deseo que había tenido de combatir en aquellos lugares estrechos, si bien, como de ordinario sucede en todas las cosas donde es

tanto lo que se aventura, no dejó de convertirse en cuidado su seguridad. Temía por una parte, no sin razón, á la misma fortuna, á quien siempre había reconocido favorable, y de cuya inconstancia tenía tantas experiencias cuantos eran los mismos beneficios que de ella había recibido; considerándose en víspera de quedar ó el más triunfante, ó el más infeliz príncipe del mundo. Alentábalo empero por otra parte el creer mayores los premios que los peligros, y que si la victoria era incierta, segura una honrada y gloriosa muerte. Y así, después de haber dado orden á sus soldados para que se previniesen y estuviesen prontos á la tercera vigilia de la noche, subió á la cumbre de un monte, donde, haciendo encender grandes fuegos, sacrificó, según el estilo de su patria, á los dioses defensores de aquellos lugares.

Había dado por tres veces la señal la trompeta, y sus tropas, dispuestas ya á marchar, teniendo orden de apresurar el paso, llegaron al romper el día á los puestos que habían de ocupar. En tanto, sabiendo por los corredores que Darío no estaba más distante de allí que lo de treinta estadios, hizo el rey alto, y habiéndose armado, puso sus tropas en orden de batalla.

Casi al mismo tiempo tuvo Darío por los amedrentados paisanos noticia de la marcha de Alexandro; la cual, cuanto le fué á él increíble, por no esperar tuviesen atrevimiento de buscarle cuando los seguía como á fugitivos, tanto de considerable terror á su ejército, cuya disposición era más de marcha que de combate. Toman, pues, arrebatada y desordenadamente las armas, aumentando el pavor la misma precipitación de los que se aceleraban á ellas. Suben unos á la eminencia del monte para reconocer las tropas del enemigo, y enfrenan otros sus caballos, siendo tal el desorden en que había puesto la confusión, que apenas se hallaba quien mandase.

Había resuelto Darío desde el principio ocupar la cumbre de un monte con alguna porción de su ejército y poner hacia aquella parte del mar, que cubría el ala de su ejército, algunas tropas para coger en medio al enemigo y que de todas partes fuese oprimido, y enviado veinte mil hombres y algunas compañías de flecheros, con orden de que pasasen el río Píndaro, que estaba en medio de ambos ejércitos, y se opusiesen á los macedones, ó cuando no pudiesen conseguirlo se retirasen á los montes, y disponiendo alguna emboscada cargasen al enemigo por las espaldas; pero más poderosa la fortuna que toda la providencia de este príncipe, se burló de sus órdenes, imposibilitando en unos con el miedo su ejecución, y haciéndola inútil en otros; porque en llegando á debilitarse los miembros que sustentan el cuerpo, es preciso que éste se rinda y caiga oprimido de su mismo peso.

CAPÍTULO IX.

Fuerzas y comparación de uno y otro ejército.

El orden y disposición del ejército de Darío era en esta forma: Tenía el ala derecha Nabarzanes con la caballería y veinte mil hombres entre flecheros y honderos, en la cual estaba Thimondas con treinta mil infantes mercenarios de Grecia, la flor sin duda del ejército y en nada inferiores á la falange macedónica. Gobernaba la siniestra Aristómenes, natural de Tesalia, con veinte mil bárbaros, en cuyo socorro los seguían las naciones más belicosas. Iba el rey en la misma ala, en la cual había de pelear, rodeado de su guardia ordinaria, compuesta de tres mil hombres escogidos, y de un cuerpo de cuarenta mil infantes, á quien seguía la caballería de los hircanos y de los medos, y á ésta la de los demás pueblos, mezclados indiferentemente en el ala derecha y siniestra del ejército, cuya vanguardia ocupaban seis mil hombres entre honderos y flecheros. Finalmente, no había espacio en la estrechez de aquellos lugares donde se pudiese alojar, que no le ocupasen las tropas de su ejército, cuyas dos alas se extendían, una hasta la montaña y otra hasta el mar, en medio de quienes estaban la madre y mujer de Darío con crecido número de mujeres.

Tal era la disposición del ejército de los persas, á cuyo opósito plantó Alexandro á la frente del suyo la falange en que consistía la mayor fuerza de los macedones; al ala derecha á Nicánor, hijo de Parmenión, reforzado de Cenón, de Pérdicas y de Meleagro, con Pto-

lomeo y Amintas, todos al frente de las tropas que mandaban; y á la siniestra, que miraba hacia el mar, á Parmenión y á Cratero, con orden que obedeciese á aquél. Distribuyó en las dos alas la caballería; puso en la de la derecha la de los macedones y tesalos, y en la siniestra la del Peloponeso, y delante algunas compañías de honderos y flecheros, fortificados de la caballería ligera de los tracios y cretenses. Opuso á las tropas que Darío había enviado sobre el monte á los agrianos, recién llegados de la Grecia, encargando á Parmenión se extendiese hacia el mar lo más que pudiese para que quedasen apartados de las rocas, de que se habían apoderado los bárbaros, si bien éstos, no teniendo ánimo para acometer á los que iban á ellos, ni para cargar por las espaldas á los que pasaban delante, amedrentados sólo de ver á los honderos, se pusieron en fuga, lo cual aseguró á Alexandro el flanco de su ejército, por donde temió siempre recibir algún daño de lo alto. Marchaban sólo treinta y dos soldados por fila, respecto de no permitir la estrechez del lugar el que se dilatasen más, aunque poco después se fueron extendiendo sus batallones y tuvieron espacio bastante para aumentar las filas de la infantería y para que la caballería ocupase las alas del ejército.

CAPÍTULO X.

Oración de Alexandro á sus soldados.

Hallábanse ya los dos ejércitos á vista el uno del otro, aunque á mayor distancia que de un tiro de saeta, cuando empezaron primero á sentirse por su desordenada marcha y descompasados gritos los persas, á quienes correspondieron inmediatamente los macedones con los suyos, excesivos en el estruendo, aunque ellos inferiores en el número, respecto de que rebatiendo en aquellos montes y resonando en aquellas espaciosas selvas multiplicaban éstas, como de ordinario sucede con todas las que reciben su sonido, volviéndolas con mayor ruido y estruendo.

Marchaba Alexandro al frente de su ejército, á cuyos soldados hacía señas con la mano para que caminasen á moderado paso y no se fatigasen de suerte que les faltase el aliento en la primera fuga; y puesto á caballo y recorriendo sus escuadrones, esforzaba con diverso estilo á todos, proporcionando al genio y espíritu de cada nación las palabras que más pudieran persuadirlos.

Acordaba á los macedones las innumerables batallas que habían obtenido en tantas guerras de la Europa, para sojuzgar el Asia y las últimas partes del Oriente, á quienes los habían llevado, más que su persuasión, su propio gusto y antiguo valor. Que siendo los libertadores del mundo y habiendo dilatado sus victorias más allá de los límites que prescribieron Hércules y Baco, no sólo debían imponer el yugo á los persas, sino á to-

dos los demás pueblos del mundo. Que los bactrianos y los indos obedecerían á los macedones, y que lo que entonces veían, era de cortísima consideración respecto del todo, de que los haría señores sola una victoria. Que no siempre habían de permanecer entre las rocas de Iliria y de Thracia, haciendo una guerra estéril é ingrata, pues esperaba fuesen los despojos de todo el Oriente premio de su valor y de sus fatigas, y que apenas necesitarían sacar la espada contra aquella muchedumbre fluctuante ya en su miedo, á quien podrían derribar sólo á los golpes de sus escudos. Sobre cuyas persuasiones invocaba á su padre Philipo, vencedor de los atenienses, representando á los suyos la Beocia poco antes sujeta y la más célebre de sus ciudades destruída y arruinada por los fundamentos; mostrándoles unas veces la jornada del Gránico, y otras el considerable número de ciudades que había ganado, ó por fuerza ó por convenio, y finalmente, la gran cantidad de provincias que dejaban sujetas á su obediencia. Pasando después hacia los griegos, les hacía memoria de cómo aquellos pueblos eran sus antiguos enemigos, y de quienes había recibido la Grecia tan considerables daños, como primero Darío y después Jerjes con insoportable orgullo les habían impuesto en mayor prueba de una infame servidumbre tributos hasta en la tierra y en el agua. Que este último inundó su patria, tanto de hombres como de animales, agotando los ríos y consumiendo cuanto la naturaleza produce para el alimento de los hombres; y últimamente, que habían saqueado sus ciudades quemando los templos de los dioses y violado todo género de lugares, así divinos como humanos.

Enderezándose después hacia los ilirios y los tracios, gente acostumbrada á vivir de la rapiña, los hacía que contemplasen el ejército de los enemigos, resplandecien-

te todo con el oro y la púrpura y ménos cargado de armas para el combate que de materia para la presa y el despojo; persuadiéndoles á que, pues eran hombres, fuesen á ellos y arrebatasen de aquellas mujeres cuantos adornos se ofrecían en ellas, y permutasen sus montañas, cubiertas siempre de nieves y hielos, por aquellas hermosas llanuras y ricas campañas de la Persia.

CAPÍTULO XI.

Batalla sangrienta en que mueren de parte de los persas cien mil infantes y diez mil caballos, entregándose á la fuga el resto del ejército. Queda Alexandro señor del campo, en que hace una considerable presa.

Habiendo llegado á tiro de saeta, cargó furiosamente la caballería de los persas en el ala izquierda del enemigo, con la cual deseaba Darío combatir, por saber que la mayor fuerza del ejército de los macedones consistía en su falange. Empezábase también á embestir el ala derecha de Alexandro; el cual al punto que lo reconoció, dejados sobre la montaña sólo dos escuadrones, pasó los demás con la mayor diligencia á lo más peligroso del combate; y destacando de sus escuadras la caballería de los tesalos, dió orden á quien los mandaba que, conduciéndolos secretamente por detrás de sus batallones, se juntase con Parmenión y ejecutase sus órdenes.

Aunque se hallaban por todas partes rodeados de los persas, se defendían valerosamente; pero estando tan juntos los unos con los otros, ó no podían expedir sus armas, ó si arrojaban algunas, al punto se encontraban en el aire unas con otras, é impidiendo su violencia, caían en tierra sin hacer efecto alguno, ó era tan débil el golpe como corto, ó ninguno el daño que causaban. Con que hallándose precisados á combatir tan de cerca, echaron todos mano á las espadas, con quienes fué grande el estrago; porque estaban tan inmediatos ambos ejércitos, que se tiraban cuerpo á cuerpo hiriéndose unos á otros en los rostros. No era permitido enton-

ces, ni al cobarde ni al perezoso, que dejase de obrar, pues peleando á pie firme y cuerpo á cuerpo, como en un combate singular, no podían dejar su puesto si no hacían otro con la muerte de su enemigo; y entonces adelantando sólo un paso, fatigados y cansados, encontraban otro contrario de refresco, sin ser concedido á los heridos, como de ordinario sucede, que se les pudiese retirar de la batalla, respecto de tener por frente el enemigo y á los suyos por las espaldas; que ambos se lo impedían igualmente.

Cumplió por su parte Alexandro á un tiempo con las obligaciones de soldado y capitán, procurando con ardiente anhelo lograr la gloria de dar por su mano muerte á Darío; el cual, descubriéndose de todas partes sobre un carro, era objeto de tan poderoso incentivo en los suyos para su defensa como en los enemigos para su muerte. Entonces Oxatres, su hermano, viendo cuán vivamente le apretaba Alexandro, se puso delante de su carro con la caballería que mandaba, señalándose entre todos tan igualmente su valor como su gallarda disposición y resplandecientes armas, y no menos su ferocidad contra todos y su piedad con poquísimos, pues combatiendo contra los que obstinadamente le resistían, dió muerte á muchos y obligó á otros á que se pusiesen en fuga. Animados empero los macedones con la presencia de su rey, y enardecidos unos y otros, rompieron aquel escuadrón, haciendo en él tan cruel estrago, que en brevísimo espacio se llenó todo de horror y de sangre.

Veíanse alrededor del carro de Darío muchos grandes señores y capitanes postrados en aquel suelo sobre sus propios rostros, en la misma postura que combatiendo á vista de su rey habían caído, traspasados todos sus cuerpos de las heridas, entre quienes se reconocían Atizyes, Rheomithres y Sabaces, gobernador de

Egipto, los cuales habían mandado en tres ocasiones grandes ejércitos; rodeados de innumerable infantería y caballería de menor grado, amontonados los unos sobre los otros. De la parte de los macedones fueron pocos los muertos, y éstos de los que cargaron con mayor furia en el primer combate, entre quienes salió herido ligeramente Menandro de una cuchillada en el muslo derecho. En tanto, los caballos que conducían el carro de Darío, oprimidos de los crecidos golpes que recibían y enfurecidos del dolor de sus heridas, empezaron á enarbolarse y á sacudir el yugo con tal violencia, que corrió gran riesgo de ser volcado el príncipe; el cual, temiendo caer en manos del enemigo, se arrojó á tierra y puso en uno de los caballos que le seguían, despojándose ignominiosamente de todas las insignias reales, para evitar pudiesen descubrirle por ellas en la fuga. Encomendáronse á ella inmediatamente todos, y arrojando las armas que habían tomado antes para su defensa, se salvaron como pudieron. Tan amedrentados los tenía el miedo, que desconfiaban hasta de sus mismos reparos y socorros.

La caballería que Parmenión había destacado seguía á toda diligencia á los fugitivos, que desde la frente habían ido á dar á aquel lugar. Y si bien apretaban vigorosamente los bárbaros en el ala derecha á la caballería de los tesalos, habiendo desbaratado uno de sus escuadrones, haciendo éstos un caracol, volvieron valerosamente á la carga, y hallando á los persas en el desorden que los tenía la confianza de la victoria, los rompieron é hicieron en ellos considerable mortandad, respecto de que siendo tan difícil á los caballos como á los jinetes persas revolver á una y otra parte, por la gran pesadez con que iban armados, y fácil á los tesalos el manejar por su destreza y ligereza los suyos á todas manos, les ganaban la grupa, los daban muerte ó los

hacían prisioneros. Alexandro, noticioso de tan feliz suceso, no habiéndose atrevido antes á seguir á los bárbaros, viéndose por todas partes victorioso, fué inmediatamente con la mayor presteza en su seguimiento.

No llevaba consigo más de mil caballos, y sin embargo, era grande el estrago que hacía en los enemigos. ¿Pero quién en el calor de una victoria, ni en el desmayo de una derrota, puede numerar los hombres? Ahuyentaba de sí, cual pudiera á un rebaño de ganado, á aquella desordenada turba á quien el mismo pavor que la precipitaba á la fuga le era de estorbo á la misma fuga.

Sin embargo, los griegos que iban á sueldo de Darío debajo del mando de Amintas, uno de los capitanes de Alexandro antes, y entonces del partido contrario, se habían retirado, no como fugitivos, sino haciendo honrosa resistencia.

No así los bárbaros, los cuales, tomando bien diversas derrotas, siguieron unos el camino derecho de Persia y ganaron otros los bosques, las montañas y las grutas, habiendo sido pocos los que volvieron al campo. De esta suerte quedó dueño de él el vencedor; y habiéndole saqueado los soldados, le hallaron lleno de riquezas, de cantidad de oro y de plata, más para la ostentación de una vana magnificencia que para los gastos de una guerra; y cargando mayor porción de la que podían llevar, dejaban cubiertos los caminos de lo menos estimable que su avaricia había despreciado.

Llegaban ya hacia donde se hallaban las mujeres, á quienes arrebataban con tanta mayor violencia sus joyas y sus adornos, cuanto es esto lo que ellas más apetecen, sin que perdonasen á su honestidad y decoro, violado por su desenfrenada liviandad y apetito. No se oían en todo el campo sino clamores, llantos y gemidos, según era la infelicidad á que cada uno se hallaba redu-

cido, no habiendo quedado ningún género de daño ni de vituperio que no practicase indistintamente en todo sexo y edad la desenfrenada crueldad y violencia. Nada, empero, acreditó tanto el vano y débil poder de la fortuna como ver que los mismos que habían dispuesto la tienda de Darío con el mayor aparato y superfluidad que pudo prevenirse, guardasen pocas horas después todas aquellas riquezas, como para su antiguo dueño, para Alexandro; siendo lo que únicamente perdonaron los soldados, por ser costumbre recibir al vencedor en la tienda del vencido.

En el ínterin, la madre y la mujer de Darío, hechas prisioneras, se llevaban los ojos y los corazones de todos, venerable aquélla por su edad y por la majestad de su persona, y ésta por su hermosura; la cual, en medio de todas sus aflicciones, no había padecido mudanza, ni perdido nada de su belleza. Traía en los brazos á su hijo, cuya tierna edad no pasaba de seis años, nacido en la esperanza de aquella gran fortuna que su padre acababa de perder. Veíanse también dos adultas princesas recostadas sobre el regazo de su anciana abuela, deshechas en lágrimas y consumidas de la congoja, lamentando no tanto su propio infortunio y la miseria cuanto el de aquélla. Rodeábalas crecido número de señoras, las cuales, olvidadas de su antiguo decoro, de su compostura y belleza, rasgadas sus vestiduras y mesándose los cabellos, llamaban aquellas princesas, cuanto antes con propio título entonces con impropio nombre, *sus reinas y sus señoras*. Olvidando, en fin, su propia miseria, sólo procuraban saber de Darío, hacia qué parte había combatido, y cuál había sido en tan gran peligro el suceso de su fortuna, sin tenerse por prisioneras como él viviese; pero aquel infeliz príncipe, mudando de rato en rato de caballos, le había alejado á crecida distancia la fuga.

Murieron en esta batalla, de parte de los persas cien mil infantes y diez mil caballos; de la de Alexandro sólo quedaron quinientos cuatro heridos, y muertos treinta y dos infantes y ciento cincuenta caballos. Con tan corta pérdida adquirió tan gran victoria.

CAPÍTULO XII.

Consuela con real generosidad á la madre y mujer de Darío y á las demás princesas en la pérdida del rey, á quien creían muerto.

Cansado el rey de seguir á Darío, viendo que la noche se acercaba y que no le podía hallar, se volvió al campo de los enemigos, á quien su gente acababa de robar, y mandó disponer un convite á los grandes de su corte, no embarazándole asistiese á él su herida, respecto de ser muy superficial; pero no bien se hubieron sentado á la mesa, cuando oyeron en la tienda inmediata un espantoso ruido, mezclado de tales gemidos, que llenando de pavor toda la campaña, obligaron á los que hacían guarda delante del alojamiento del rey á que corriesen á las armas, temiendo aquel rumor principio de mayor tumulto. Causaban este estruendoso alboroto la madre y mujer de Darío y las demás señoras prisioneras; las cuales teniendo á su príncipe por muerto, le lloraban á su bárbara usanza con crecidos sollozos y lamentables suspiros. Hallándose cierto eunuco delante de la tienda de Darío, vió su manto en manos de un soldado, que acaso se encontró poco después de habérsele quitado el rey por no ser conocido, como dejamos dicho; y creyendo le había recogido por muerte suya, las aseguró por noticia cierta lo que fué errado juicio suyo.

Refiérese que noticioso Alexandro de la ocasión de su ternura, compadecido igualmente de ella que de la desgracia de Darío, prorrumpió en lágrimas, y que

mandó á Mithrenes, el cual entregó la ciudad de Sardeo y sabía la lengua pérsica, que pasase á consolarlas; pero que considerando podría renovar su indignación y dolor la vista de aquel traidor, envió á Leonato, uno de los primeros señores de su corte, con orden de que las asegurase vivía el príncipe á quien lloraban por muerto. Leonato, habiendo llevado consigo algunos soldados, se encaminó á la tienda de aquellas princesas, á cuyos criados mandó las avisasen estaba allí de parte de su rey; pero éstos, discurriendo al ver hombres armados que era llegado el fin de sus reinas, corren dentro diciendo en altas y tristes voces *que aquella gente venía á darlas muerte.* En cuyo funesto trance, no sabiendo aquellas infelices princesas á qué resolverse, ni atreviéndose á responderle, dejaban á la discreción del vencedor lo que quisiese obrar.

Finalmente, Leonato, después de haber esperado largo tiempo, viendo que nadie parecía, dejó sus soldados á la puerta y entró en la tienda, atemorizando más el verle entrar sin que alguno le condujese. Postradas, pues, á sus pies, le piden que antes que las quite la vida las permita sepultar el cuerpo de Darío á usanza de su patria, ofreciéndose á morir gustosas habiendo cumplido con aquella última obligación que debían á su rey. Asegurólas Leonato de su recelo, haciéndolas saber era vivo Darío, y que su rey estaba tan lejos de ocasionarlas el menor disgusto, como pronto á atenderlas y tratarlas con la decencia y decoro que correspondía á su grandeza y soberanía. Con lo cual Sisigambis, volviendo á recobrar el perdido aliento, permitió que Leonato la ayudase á levantar. El día siguiente, haciendo Alexandro enterrar á sus difuntos soldados, concedió el mismo honor á los cadáveres de los más ilustres persas, y á la madre de Darío permiso para que pudiese mandarlo hacer conforme á su estilo con

todos los que gustase; pero aquella prudente princesa, admitiendo el favor del rey, sólo se valió de él para dar sepultura á algunos de sus más inmediatos parientes, con la moderación que pedía el estado presente de su fortuna y sin el ostentoso aparato que estilan los persas en semejantes casos, por prevenir no sería bien visto de los enemigos que excediese de la templanza con que ellos habían hecho aquella función.

Habiendo, pues, cumplido Alexandro con todas aquellas obligaciones de piedad, envió á avisar á las reinas que pasaba á visitarlas, y haciendo retirar á todos los que le acompañaban entró en la tienda solo con Ephestión. Era valido suyo, y habiéndose criado juntos, tan dueño de su confianza y de su afecto, que no había persona que se atreviese á hablarle con la libertad que él; si bien lo hacía con tal cordura, que más parecía permisión del rey que licencia suya. Eran de una misma edad; pero de tanto mejor disposición y gentileza Ephestión, que teniéndole por rey aquellas princesas, le saludaron y reverenciaron como á tal. Advertidas empero de su equivocación por algunos eunucos cautivos, se arrojó Sisigambis á los pies de Alexandro, dando por disculpa de su yerro el ser la vez primera que le veía. A cuyo tiempo, levantándola el rey y tratándola con el título de madre suya la dijo: *Que no le había padecido, por ser Ephestión otro Alexandro.*

Verdaderamente que si hubiese conservado este príncipe hasta el fin de su vida igual moderación de ánimo á la que usó entonces, avasallando el orgullo y la cólera, de cuyos vicios predominado tiñó indignamente en medio de los festines sus manos en la sangre de sus más fieles amigos, y dió precipitada muerte á aquellos grandes varones á quienes debía parte de sus victorias, que le reputaría aún por más feliz y glorioso de lo que se mostró cuando después de haber sojuzgado con tan

esclarecidas victorias todas las naciones que se dilatan desde el Helesponto hasta el Océano, imitó el triunfo de Baco. No habiendo empero preocupado aun entonces su espíritu la fortuna, respecto de estar en sus principios, usó de ella con moderación y prudencia, hasta que creciendo después, y faltándole fuerzas para soportar su grandeza, quedó oprimido de ella. Lo cierto es que en aquellos primeros años excedió en benignidad y continencia á todos sus predecesores.

Vivió con las hijas de Darío, princesas de admirable hermosura, como si hubiesen sido sus hermanas, estando tan lejos de hacer experiencia de la honestidad de la reina, cuya belleza era la mayor que entonces se conocía, que puso sumo cuidado en evitar cuanto fucse de su desagrado. Finalmente, la atención, benignidad y decoro con que las trató fué tal, que de cuantas conveniencias tenían antes, ninguna pudieron echar menos entonces, sino la confianza, la cual nunca se tiene del enemigo, por humano y cortés que sea su tratamiento. Hizo también que se entregasen á las señoras todas sus joyas, su recámara y bagaje, á cuyas urbanas demostraciones, reconocida Sisigambis, «mereces, señor, (le dijo) que nosotras hagamos por ti los mismos votos que hacíamos por nuestro Darío, pues experimento que no sólo le excedes en la felicidad, sino también en la justicia y en las demás virtudes. Tú me llamas madre, y me honras con el título de reina, cuando me confieso sierva tuya, reconociendo tan dulce el yugo de tu imperio, que aun la memoria de mi pasada felicidad no basta á hacerme desabrido el estado de mi presente fortuna, porque es tan gloriosa tu generosidad, que estando á tu arbitrio el disponer de nosotras, has querido antes darnos repetidos testimonios de tu clemencia, que del rigor, que fuera tan indigno de ti.»

Animólas el rey en su aflicción, y tomando en brazos

al hijo de Darío, sín extrañarle aquel tierno infante, le echó los suyos, dejando al rey tan suspenso de su constancia, que vuelto después á Ephestión, «¡Cuánto me holgara (le dijo) de que Darío tuviese alguna parte de esta docilidad!»

Después de lo cual, y de haber salido de la tienda y consagrado tres altares en la ribera del rio Pinaro, uno á Júpiter, otro á Hércules y otro á Minerva, pasó á Siria, enviando delante á Parmenión á Damasco, donde estaba el tesoro de Darío.

CAPÍTULO XIII.

Entrega el gobernador de Damasco á Parmenión los tesoros de Darío é infinita nobleza.

Continuando Parmenión su marcha á Damasco supo en el camino que iba delante de él uno de los sátrapas del rey, y temiendo, respecto de la poca gente que llevaba, que le acometiese, resolvió esperar mayor refuerzo. En cuyo ínterin le llevaron los corredores cierto hombre llamado Mardo, quien encontraron, el cual dió á Parmenión unas cartas que el gobernador de Damasco escribía á Alexandro, añadiendo de palabra *que su señor pondría en manos del rey toda la plata y los muebles de Darío.* Abriólas Parmenión para asegurarse más de él; y viendo pedía en ellas á Alexandro *le enviase prontamente uno de sus capitanes con alguna gente*, volvió á despachar á Mardo, el cual, escapándose de las guardas que llevaba, llegó á Damasco antes del día. Puso este accidente en cuidado á Parmenión, el cual, temiendo alguna emboscada, no se atrevía á aventurarse sin guía por aquel desconocido país. Con todo, fiándose en la buena fortuna de su dueño, hizo buscar algunos paisanos, que mostraron el camino y pusieron al cuarto día en la ciudad, cuyo gobernador, recelando no se hubiese dado crédito á sus cartas, habiendo mostrado á los suyos no se tenía por seguro en aquella plaza, hizo al romper del día poner en la puerta falsa todo el dinero del rey, á quien los persas llaman gaza, y lo más precioso que tenía á su cuidado; y afectando en lo exte

rior que huía, para poner en salvo aquel tesoro, se disponía á entregarle al enemigo.

Saliendo, pues, de la ciudad, le seguían millares de hombres y de mujeres, las cuales movían á compasión á todos, si no á aquel en quien se habían fiado; pues por lograr mayor recompensa llevaba á los enemigos una presa, que no ignoraba era más preciosa que todo el oro del mundo, pues se componía de las mujeres y los hijos de los sátrapas de Darío y de los mayores señores de la Persia, entre quienes se hallaban los embajadores de las ciudades griegas, cuya guarda había dejado Darío, como en fortaleza segura, al cuidado de este traidor.

Llamaban los persas gambas á los ganapanes que lleban á cuestas todo género de carga. Estos, pues, no pudiendo tolerar el frío que ocasionaban las grandes nieves que repentinamente sobrevinieron, echando mano de aquellas preciosas ropas de oro y púrpura que llevaban con la plata del rey, se las pusieron, sin que se atreviese alguno á embarazárselo, para que no faltase en el lamentable estado de la fortuna de Darío la ignominiosa circunstancia de que tuviese osadía la parte más vil del vulgo á profanar los adornos de su real persona.

Pareció aquella turba á Parmenión grueso capaz de no despreciarlo; y así, habiendo puesto en orden de batalla á su gente, y animándola con breves palabras, como pudiera si hubiese de combatir, la mandó que avanzase á galope y que con acelerado ímpetu cargase en ella; pero no les dieron lugar á que lo hiciesen los que conducían aquellas cargas, pues atemorizados á vista suya las arrojaron y se entregaron á la fuga, haciendo lo mismo los soldados que iban de escolta, á quienes afectó imitar el mismo gobernador, mostrándose igualmente atemorizado para encubrir mejor su traición.

Veíanse riquezas inmensas en aquel campo, esparcidas por una y otra parte: todo el oro y plata destinado para la paga de tan numeroso ejército, las soberbias recámaras de aquellos grandes señores y señoras, vasos de oro, frenos de lo mismo, tiendas magníficas y carros. Espectáculo á la verdad lastimoso, y suficiente á compadecer á los mismos que se cebaban en la presa, si bastase el más lastimoso á detener el ímpetu de una desenfrenada avaricia; porque cuanto por espacio de muchos siglos habían atesorado en continuada prosperidad tantos reyes, cuyo precio era inestimable, tanto se veía expuesto allí al peligro, cuyos ricos despojos arrebataban unos de entre las breñas y otros de en medio del lodo y de los cenagales, no habiendo manos para robar tan copioso botín.

Habían ya dado alcance los que partieron en seguimiento de los que se anticiparon á la fuga, entre quienes hicieron prisioneras infinitas mujeres, las cuales traían en brazos á sus tiernos hijos, y con ellas tres adultas princesas, hijas del rey Ocho, antecesor de Darío, reducidas por la instabilidad de la fortuna desde la elevada grandeza del padre al abatido estado de una gran pobreza, que acabó de hacer más infeliz este último revés de la fortuna. Hallábase en aquella tropa la misma viuda de Ocho; la hija de Oxathres, hermana de Darío; la mujer de Artabazo, una de las mayores señoras del reino, y su hijo Ilioneo; la mujer é hijas de Pharnabazo, general de todas las demás costas; tres hijas de Mentor; la mujer y el hijo del esclarecido capitán Memnón, sin que apenas hubiese casa ilustre en toda la Persia que no tuviese parte en esta calamidad, de quien no se libraron algunos de los más ilustres lacedemonios y atenienses, pues fueron también prisioneros de éstos Aristogitón, Drópides é Iphícrates, y de los lacedemonios Pausippo, Onomastótides, Mónimo y Calicrátides.

La plata que se halló en moneda importó dos mil sesenta talentos, y la labrada quinientos, sin la cual y los prisioneros que dejamos referidos, lo quedaron también treinta mil personas, habiéndose tomado siete mil bestias cargadas de bagaje. No permitiendo, empero, los dioses quedase sin castigo el autor de tan considerable desolación, dispusieron fuese el precio de ella su vida, la cual rindió sus últimos alientos á los acerados filos de la espada de uno de los cómplices, que conservando aún (á lo que juzgo) algún respeto á la majestad del príncipe, aunque reducido á tan lastimoso estado, habiendo cortado la cabeza á aquel traidor, la llevó á Darío, á quien en medio de su infortunio no dejó de serle de algún consuelo ver castigada su maldad, y experimentar que no todos sus vasallos habían olvidado la fidelidad y veneración que le debían.

LIBRO CUARTO.

CAPÍTULO PRIMERO.

Responde Alexandro con real magnanimidad á las orgullosas cartas de Darío. Da el reino de los sidonios á Abdolomino, descendiente de reyes, y aunque sumamente pobre, de magnánimo corazón. Muerte de Amintas, que había dejado el partido de Alexandro, á mano de los persas, y muchos capitanes de Darío, en muchos lugares, á las de los macedones.

Darío, que poco antes se había visto con un ejército tan numeroso y florido, habiendo salido á la batalla elevado en un carro, más en apariencia de triunfo que en disposición de combate, huía por aquellas campañas, cuando antes cubiertas de infinito número de sus tropas, tanto entonces desiertas y solas. Caminó á bien acelerado paso aquel infeliz príncipe toda la noche con cortísimo acompañamiento, respecto de no haber tomado todos la misma derrota, y de no poderlo hacer los que le seguían, por la frecuencia con que remudaba caballos. Llegó, en fin, á Unca, donde fué recibido de cuatro mil griegos, con quienes se encaminó hacia el Eufrates, creyendo que sólo tendría por suyo lo que con la presteza ocupase primero. En el ínterin, habiendo hecho Parmenión entrar todo el botín en Damasco, tuvo orden del rey para que se entregase de él y pusiese en

custodia á los prisioneros, y noticia de haberle hecho merced del gobierno de Siria, á quien llaman Cele.

No bien reducidos los sirios en medio de tantas rotas, llevaban con sumo desabrimiento el yugo de aquella nueva servidumbre; pero escarmentados del castigo que se hizo en ellos, se contuvieron en su deber. Rindióse también la isla de Arado; y si bien Stratón, rey entonces, conservaba aún las ciudades marítimas y otros muchos lugares distantes del mar, los entregó después á Alexandro; el cual habiéndole admitido debajo de su fe, marchó hacia la ciudad de Maratho. Recibió en ella una carta de Darío, escrita con tan soberbios términos, que quedó bien ofendido de ellos; pero aún más de que usando en ella del título de rey no se le pusiese.

Decíale, más con imperios de quien manda, que con sumisiones de quien pide: «Que le restituyese á su madre, á su mujer y á sus hijos, por cuyo rescate le entregaría cuanto dinero bastase á satisfacer á toda Macedonia; y que por lo que miraba al reino le disputarían, si gustase, cuerpo á cuerpo en igual combate. Pero que si se hallaba aún capaz de admitir consejo, le persuadía se contentase con el de sus antecesores, sin insultar ajenos dominios, en cuyo caso admitiría por lo venidero su amistad y alianza, la cual conservaría con inviolable fe.» Respondióle Alexandro en estos términos: «El rey Alexandro á Darío: Darío, rey antiguo de Persia, y cuyo nombre tomasteis, derrotó en su tiempo á los griegos que habitaban las riberas del Helesponto y arruinó con todo género de hostilidades á los jonios, antiguas colonias nuestras, y habiendo pasado el mar con un poderoso ejército, introdujo la guerra en lo más interior de la Macedonia y de la Grecia. A cuyo ejemplo pasó después de él Jerjes con espantosa multitud de bárbaros á presentarnos la guerra; y habiendo quedado vencido en una batalla naval y precisado á reti-

rarse, como lo hizo, dejó á Mardonio en la Grecia para que saquease nuestras ciudades y desolase nuestras campañas. Y ¿quién ignora que Philipo, mi padre, fué asesinado por los que sobornaron con largas promesas los vuestros? Porque los persas emprenden guerras impías, y hallándose con las armas en la mano, en vez de esgrimirlas con generoso espíritu contra los enemigos venciéndolos con ellas, procuran comprar sus vidas al precio que por ellas imponen, como se ha visto en vos mismo, que sin embargo de hallaros con tan poderoso ejército, habéis ofrecido á un asesino mil talentos por mi muerte. Con que no siendo yo quien hace la guerra, sino quien sólo se defiende, y la justificación de los dioses quien mira por la causa á quien asiste ésta, han favorecido mis armas, concediéndome el que haya reducido gran parte del Asia á mi obediencia y que os haya roto y vencido enteramente en tan cumplida batalla. Y si bien no debía concederos nada de cuanto me pedís, por haber faltado á todas las razones de una buena guerra, os doy palabra de que si venís de la manera á que está obligado quien pide, os entregaré sin rescate alguno á vuestra madre, á vuestra mujer y á vuestros hijos, para que conozcáis que así como sé vencer, también obligar á los vencidos. Y si acaso receláis poneros en mis manos, os concederé salvoconducto para que lo podáis hacer seguramente. Pero no puedo dejar de advertiros que cuando me escribáis otra vez, os acordéis de que escribís á un rey, y rey vuestro.»

Despachó con esta carta á Tersippo, y tomó él la vuelta de Fenicia, donde habiendo admitido á su obediencia la ciudad de Biblos, pasó después á la de Sidón, célebre por su antigüedad y por la fama de sus fundadores. Habiéndose rendido al rey Stratón, más que de voluntad suya, precisado de las amenazas de sus habitadores, respecto de seguir el partido de Darío, quedó

privado del reino, el cual, confiriéndole Ephestión, por el permiso que tenía del rey para hacerla al más digno de los sidonios, á dos esclarecidos jóvenes hermanos en cuya casa posaba, se excusaron de admitirle, dando por razón no podían condescender á ello sin contravenir á las leyes de aquel reino, las cuales ordenaban que ninguno pudiese ocupar el trono que no fuese de la real sangre. Admirado Ephestión de aquella heroica moderación con que despreciaban lo que con tan crecido anhelo procuran los demás hombres por medio del hierro y del fuego, exclamó en altas voces: «¡Oh generosas almas! ¡Oh magnánimos corazones! Vosotros sois los primeros que con loable desengaño habéis conocido cuánto más glorioso es rehusar un reino que poseerle. Dadme, empero, alguno de la estirpe real, en quien viva siempre presente, cuando se halle colocado en el trono, la memoria de que os deba la corona que le ciñeréis.»

Reconociendo entonces ellos la desmesurada ambición con que muchos grandes señores de aquel reino aspiraban al trono, y las serviles indignidades con que á precio de conseguirlo obsequiaban á los favorecidos de Alexandro, le declararon: «Era, entre cuantos conocían, el más merecedor de la corona Abdolomino, descendiente, aunque remoto, de la real estirpe, y á quien la suma pobreza le precisaba á mantener la vida del jornal que adquiría con su trabajo en un jardín, fuera de la ciudad.» Habíale reducido, como á otros muchos, su gran bondad á aquella miseria, en la cual, atento á su trabajo, no había oído el estruendo de las armas que tenían alterada toda el Asia. Y así, tomando aquellos dos jóvenes hermanos las insignias y ornamentos reales, partieron en busca de Abdolomino, á quien hallaron arrancando las viciosas hierbas de su jardín. Habiéndole saludado ambos, le dijo uno de ellos: «Depón esos inmundos andrajos para adornarte de estas reales

vestiduras, y la trabajosa asquerosidad en que has envejecido: ten real ánimo y acredita tu constancia y virtud en igual grado á la elevada fortuna de que te has hecho merecedor. No, empero, olvides cuando ocupando el real trono te veas árbitro soberano de la vida y muerte de todos tus ciudadanos, el estado en que te hemos hallado, ni que tu honrada y virtuosa pobreza es la que hoy se corona.»

Pareció á Abdolomino sueño lo que le pasaba, y así les preguntó si no se avergonzaban de burlarse de él. Cuya incredulidad y tardanza en ejecutar lo que le ordenaban, les obligó, bien á pesar suyo, á lavarle, asearle y ponerle una vestidura de púrpura, recamada de oro. Después de lo cual y de haberle asegurado, debajo de grandes juramentos, no se burlaban de él, le condujeron á palacio.

Dilatóse al punto por toda la ciudad, como de ordinario sucede, la noticia de esta novedad, la cual, cuanto á unos fué grata, tanto á otros de considerable disgusto, y con especialidad á los grandes y poderosos, cuya indignación prorrumpió ante los validos de Alexandro en grandes baldones y ultrajes de su bajeza y miseria. Ordenó el rey le llevasen á su presencia, y habiéndole advertido por algún rato con bastante cuidado, le dijo: «Aunque el aspecto de tu persona no desmiente tu noble é ilustre origen, deseo saber cuál ha sido la paciencia con que has tolerado tu calamidad y miseria.» «Permitan los dioses, señor (le respondió), que pueda llevar con tan grande ánimo y constancia la fortuna presente. Estas manos han satisfecho mis deseos, no deseando nada de cuanto me ha faltado.» Habiendo hecho el rey por esta respuesta el alto concepto que merecía la virtud de aquel varón, no sólo le concedió los bienes muebles de Stratón, sino gran parte de la presa de los persas,

acrecentando su estado con una de las regiones vecinas.

Mientras pasaba esto, llegó á Tripol Amintas (que, como hemos referido, había dejado el partido de Alexandro) con cuatro mil griegos, que le siguieron después de la derrota. Habiéndose embarcado en aquel puerto pasó á Chipre, donde, juzgando por el estado presente de las cosas sería tan dueño de cuanto se apoderase como pudiera si con justo título lo poseyese, determinó asaltar á Egipto, y declarado enemigo de ambos reyes, estar pronto á ejecutar lo que con la mudanza y variedad de los accidentes reconociese ser más conforme á sus intereses. Con cuyo fin, y el de animar á los soldados esperanzándolos en el interés de tan rica conquista, les hizo saber había muerto Sabaces, gobernador de Egipto, en la batalla; lo atenuadas que se hallaban las guarniciones de los persas, los cuales estaban sin cabo, y que habiendo aborrecido siempre los egipcios á los gobernadores, los recibirían á ellos, antes como autores de su libertad que como á enemigos. Que la necesidad les precisaba á intentarlo todo; y que habiendo malogrado la fortuna sus primeras esperanzas, debían fiar más de las futuras que de las presentes. A cuyas persuasiones movidos, declararon á una voz que todos estaban prontos á ejecutar lo que dispusiese. Y así, teniendo Amintas por más conveniente valerse de aquel ardor que dar tiempo á que se resfriase, entró en el puerto de Pelusa, como si le hubiese enviado delante Darío; y habiendo tomado la ciudad, hizo pasar sus tropas hasta Memphis. Los egipcios, pueblo ligero y más fácil á alterarse que á obrar acción alguna de consideración, movidos á la fama de su venida, saliendo de sus ciudades y villas, conspiraron generalmente todos para echar de os presidios las guarniciones de los persas, los cuales,

aunque en alguna manera quedaron amedrentados de aquella novedad, no perdida del todo la esperanza de poder defender á Egipto. Pero habiéndolos roto Amintas en batalla, y obligádoles á que se retirasen dentro de la misma ciudad de Memphis, puso sitio á ésta y envió sus tropas á forrajear por aquellas campañas, como si se hallasen abandonadas y no tuviesen enemigo de quien temer.

Mazares, aunque reconoció á su gente perdida de ánimo después de aquella infeliz rota, manifestándoles que los enemigos, ciegos con el feliz suceso de la victoria, se habían entregado enteramente al descuido y esparcido por todas partes, los esforzó cuanto le fué posible á que hiciesen una salida, y á que en ella procurasen resarcir la reciente pérdida. Correspondió á la prudencia del consejo la felicidad del suceso, pues sin excepción de alguno, fueron muertos todos con su capitán; quedando por este medio vengados ambos reyes de quien había sido tan infiel al que le había amparado como traidor, al que como á su dueño debía guardar lealtad, y él con el castigo que merecía de uno y otro.

Los sátrapas de Darío que quedaron de la jornada de Iso, habiendo juntado toda la gente que se libró con ellos y alistado alguna juventud en la Paphlagonia y en la Capadocia, intentaban recuperar la Lidia, de quien era gobernador Antígono, capitán de Alexandro; á quien en medio de haber enviado al rey algunas tropas de sus mismas guarniciones, le dieron tan poco cuidado los bárbaros, que no excusó presentarles la batalla, en la cual no se mostró menos favorable que en las demás la fortuna, pues en tres combates que tuvieron en diversos lugares quedaron rotos enteramente los persas, á cuyo tiempo derrotó la armada de los macedones, que venía de Grecia, á Aristodemo, enviado

de Ario, para que recuperase la costa del Helesponto. y echó á pique sus bajeles.

Por otra parte Pharnabazo, general de los persas, habiendo recogido el dinero que pudo de los milesios y puesto guarnición en la ciudad de Chío, pasó con cien naves hacia la isla de Andro, y de allí á Syphno, y habiéndolas asegurado las condenó á una cantidad de dinero. Esta cruel guerra encendida por dos reyes los mayores de la Europa y del Asia, para apurar cuál de ellos quedaría señor del universo, dilató sus llamas hasta Grecia y Creta, porque Agis, rey de los lacedemonios, habiendo llegado á juntar ocho mil griegos, que fugitivos de la Cilicia se habian retirado á su patria, hacía guerra á Antipatro, gobernador de Macedonia; y los cretenses, siguiendo indiferentemente unos un partido y otros otro, se hallaban cargados de guarniciones ó macedonas ó espartanas; si bien habiendo inclinado los ojos la fortuna á una sola querella, de cuyo suceso pendía la decisión de todas las diferencias del resto del mundo, los demás movimientos fueron de cortísima consideración.

CAPITULO II.

Pone Alexandro sitio á los tirios por no haberle querido admitir.

Sujeta enteramente Siria y Fenicia al poder de los macedones, sin que de toda ésta les quedase otra ciudad que no lo estuviese que Tiro, plantó el rey su campo en cierto lugar, á quien separa de aquélla sólo un corto brazo de mar. Parecióles á sus habitadores que hallándose aquella ciudad tan poderosa y celebrada por la primera de ambas provincias, sería más conforme á su reputación solicitar la alianza de Alexandro que sujetarse á su imperio. Con cuyo fin despacharon embajadores que le presentasen una corona de oro y llevasen en gran abundancia víveres y todo género de refresco. Admitió con gratitud el rey aquélla demostración, y habiendo tratado con gran benignidad á los embajadores, les dió á entender deseaba, en cumplimiento del precepto del oráculo, hacer sacrificio á Hércules, á quien con más especialidad que á los demás dioses veneraban los tirios, y de quien los reyes de Macedonia creían descender. Respondiéronle que en cierto lugar, llamado la antigua Tiro, fuera de la ciudad, había otro templo consagrado á Hércules, donde le podría hacer. No pudiendo Alexandro reprimir su indignacion, en medio de su natural blandura les dijo colérico que si por hallarse en una isla despreciaban su ejército, esperaba mostrarles bien á prisa que estaban en tierra firme, y entrar, á pesar suyo, á fuego y sangre en su ciudad.

Despachados con esta respuesta los embajadores, no bastó ni ella ni las persuasiones con que procuraron sus

aliados reducirlos á que abriesen las puertas á aquel conquistador, á quien se le habían sujetado Siria y Fenicia, para que dejasen sus ciudadanos resolverse á tolerar el sitio, fiados en la fortaleza de su situación, entre cuya ciudad y la tierra firme se interpone un estrecho de mar de cuatro estadios de latitud, el cual, expuesto al viento africano, que de ordinario levanta allí terribles tormentas, era el mayor obstáculo al intento que los macedones tenían de jnntar la isla á la tierra firme, respecto de que no pudiendo llevar á ella sin gran dificultad, aun estando el mar en tranquilidad y bonanza, material alguno, parecía tanto más imposible estando en borrasca, cuanto entonces, aun los reunidos, quedan reducidos á estrago por los repetidos embates del reflujo, sin que pueda haber máquina, por firme que sea, á quien no destruyan las aguas que se introducen por las junturas de lo labrado é inunden y abran las crecidísimas olas que levanta la impetuosa violencia del viento.

A cuya gran dificultad se añadía la de estar rodeados los muros y las torres por todas partes del mar, sumamente profundo allí, por cuya causa le sería imposible arrimar las escalas, ni batirlas, si éstas y los instrumentos para hacerlo no se asestaban á alguna distancia sobre las mismas naos; impidiendo también el muro que salía de hacia el mar que á pie firme se pudiese atacar de cerca; no sirviendo de menor atraso la falta de bajeles con que estaba el rey y la facilidad con que podrían desde la ciudad rechazarlos (aun cuando los tuviese) si se llegasen á ella tiros de flechas, no pudiendo hacer efecto alguno de las máquinas que se armasen sobre ellas respecto de la agitación de las ondas. A cuyas impenetrables dificultades se llegó cierto accidente que aumentó la confianza de los tirios é inflamó más sus ánimos á la defensa. Este fué haber en-

viado los cartagineses embajadores á Tiro para hacer, á la manera de su patria, el sacrificio que repetían todos los años en reconocimiento de haber fundado á Cartago los tirios, á quienes honraban como á padres suyos. Estos, pues, esforzándolos á la vigorosa resistencia de aquel sitio, les ofrecieron pronto socorro, siéndoles fácil dársele hallándose entonces Cartago señora del mar.

Con que resueltos á defenderse hasta el último trance, se distribuyeron por las torres y los muros las máquinas é instrumentos de guerra, se armó la juventud y se les señalaron sus tiendas á los ingenieros, de que había grande abundancia en la ciudad, donde no se oía sino el estruendo y las disposiciones para la guerra. Hallábanse algunos garfios de hierro, á quienes llamaban arpagones, así como cuervos á ciertos instrumentos hechos para asir las máquinas de los enemigos, sin infinita diversidad de armas defensivas y ofensivas. Introducído el hierro en muchas fraguas para forjar las armas, se refiere que al encenderlas el fuego, se veía correr por debajo de las llamas arroyos de sangre, cuyo prodigio interpretaron los tirios á favor suyo; así como Aristandro, el más docto de los adivinos que entonces se hallaban, á presagio de la ruina de la ciudad, cuando absorto y suspenso el rey del que había acaecido en su ejército partiendo un pan, del que brotaron algunas gotas de sangre, le aseguró del cuidado declarando que si la sangre corría por de fuera, sería infausto agüero para los macedones; pero que saliendo de él lo era para la ciudad contra quien intentaban poner sitio.

Sin embargo, considerando Alexandro que su armada se hallaba distante de allí, y lo que podría atrasar las demás empresas la dilación de aquel sitio, les ofreció la paz, por medio de enviados, á quienes contra el

derecho de las gentes dieron muerte y arrojaron desde los muros al mar. A vista de cuya sangrienta ignominia, no teniendo lugar la duda en la determinación del sitio, se dedicó Alexandro con el mayor ardor á él. Siendo empero preciso hacer antes el muelle que había de unir la ciudad á la tierra firme, desalentaba tanto á los soldados el ver la profundidad del agua, que pareciéndoles imposible llenarle sino milagrosamente: «¿Qué desmesuradas piedras (decían), ni qué crecidos árboles bastarán á conseguir lo que apenas podrán acabar infinitas legiones de gentes? Y que estando allí el mar en continua alteración, cuanto más se estrechase el paso entre la tierra firme y la isla, tanto más furiosas serían las borrascas.» Con todo, Alexandro, conociendo el genio de sus soldados, y no ignorando los medios de inclinar sus ánimos á aquella empresa, les hizo creer se le había aparecido en sueños Hércules, y que extendiéndole la mano y abriéndole las puertas le introducía en la ciudad. Después de lo cual y de haber ponderado la cruel atrocidad que habían cometido en sus enviados los enemigos, el desacato con que habían violado el derecho de gentes y cómo era aquella ciudad la que únicamente se había atrevido á interrumpir el curso de sus victorias, ordenó á los capitanes esforzasen á sus soldados y evitasen los corrillos y murmullos. Con cuya providencia, reconociendo en favorable disposición las cosas, dió principio á la obra, para quien se aprovecharon de las piedras que aún se conservan entre las ruinas de la antigua ciudad de Tiro y de las maderas que suministró el monte Líbano, de quien cortaron cuantas fueron necesarias para las fábricas de navíos y torres.

Llegaba ya la obra á una considerable altura, si bien no igualaba con el agua, y cuanto más iba desviándose el muelle de la ribera hacia el mar, tanto más se hundía.

por la inmensa profundidad; de cuya oportunidad se aprovechaban los tirios para arrimarse en sus chalupas y escarnecer y burlar á los macedones, á quienes decían veían, no sin gran gusto, á aquellos conquistadores, tan celebrados en el mundo, llevar á sus hombros, no de otra suerte que las bestias, los materiales para la fábrica; preguntándoles, en mayor ignominia suya, si por ventura era Alexandro más poderoso que Neptuno. Si bien estos ultrajes sólo servían de más estímulo para la presteza de los soldados, los cuales consiguieron por último, á fuerza de su continuada fatiga, que el muelle saliese ya fuera del agua, y que poco á poco se fuese extendiendo y aumentando por todas partes hasta tocar con la ciudad. Descubriendo los sitiados la magnitud de la obra, que hasta entonces se la había ocultado el mar, iban con esquifes á reconocer el muelle, no enteramente perfeccionado, y cercándole molestaban á los que se ocupaban en hacerle. Herían, sin daño suyo, á muchos de los macedones, los cuales, no pudiendo estorbar que se acercasen y retirasen á sus esquifes libremente, se hallaron precisados á suspender la obra por acudir á su defensa. Reconociendo esto Alexandro, dió orden para que con diversos reparos se evitase el daño de los obreros y se levantasen dos torres de madera sobre el muelle, con el fin de que se pudiese desde ellas embarazar á los enemigos el que se acercasen. Los cuales, armando por otra parte sus esquifes y arrimándolos á la ribera en parte donde no podían ser vistos de los enemigos, desembarcaron su gente y dieron muerte á algunos soldados que conducían la piedra, así como también en el monte Líbano los villanos árabes á cerca de treinta de los macedones que hallaron por allí desordenados, sin otros á quienes hicieron prisioneros.

CAPÍTULO III.

Hacen célebre y famoso el sitio de Tiro los dudosos acontecimientos de la guerra.

Estas pérdidas, si bien ligeras, y el deseo de que no se juzgase podía ser solo el sitio de una ciudad asunto capaz á ocupar todo su cuidado, sin darle lugar á otras empresas, obligaron á Alexandro á que, dejándole al de Cratero y de Pérdicas, se encaminase con un ejército volante á Arabia.

Habiendo elegido los tirios, mientras estaba ausente, la mayor nao que tenían, y llenado su popa de arena y piedras para que levantase la proa, bien carenada de betún y azufre la echaron al mar, desde donde, surcando á velas llenas, llegó con acelerado curso cerca del muelle, á cuyo tiempo pegaron fuego á la proa y se pasaron á las chalupas que habían llevado para este efecto. Encendióse inmediatamente el bajel, cuyas llamas, antes que pudiesen acudir á evitar el estrago los macedones, prendieron en las torres y en las demás obras que estaban sobre el muelle. En cuyo ínterin, para aumentar aquel incendio, arrojaban desde las chalupas, los que habían pasado á ellas, dardos encendidos, trapos ardiendo y cuanto les pareció capaz de alimentar el fuego, el cual, corriendo hasta lo alto de las torres con suma voracidad, hizo considerable estrago en los que halló en ellas, de los cuales perecieron unos miserablemente á su rigor, y se precipitaron otros, depuestas y abandonadas sus armas, al mar, donde viéndolos nadar los tirios, y queriéndolos antes cautivos que muer-

tos, los herían y maltrataban con saetas y palos, hasta que, imposibilitados de defenderse, los metían en sus esquifes.

No fué sólo el fuego causa de tan considerable estrago; también tuvo gran parte en él la deshecha borrasca que sobrevino, á cuya recia impetuosidad, impelidas las ondas, azotaban en aquella reciente fábrica con tan cruel violencia, que desunidas las junturas, y entrando por ellas las olas, empezaron á caer las piedras y la mitad de la obra. Con que roto aquel cúmulo de ellas, sobre quien se reunía la tierra, se precipitó á lo profundo del mar todo el reciente edificio, sin que hallase Alexandro cuando volvió de Arabia algún vestigio de él, á cuyo tiempo se atribuían (como de ordinario sucede en semejantes contratiempos) unos á otros la culpa de aquel infortunio, pudiendo con más razon quejarse todos de la furiosa crueldad del mar.

Habiendo dado principio el rey á otro nuevo muelle, quiso que así como el antecedente estaba de lado contra el viento, le mirase de frente éste, á quien defendían las demás obras, las cuales quedaban como ocultas debajo de él, y que tuviese mayor extensión, que preservase las torres (fabricadas en medio) de los tiros de las flechas. Arrojaban, pues, con este fin al mar árboles enteros, cargados de sus ramas, á quienes cubrían de piedras, sobre las cuales plantaban otros, y sobre éstos un suelo de tierra y piedra que los cubría, y á él nuevos árboles, continuando de esta suerte aquella extraña fábrica, hasta que aumentada, quedó trabada y tan firmemente unida como pudiera si se hubiese fundado sobre sólidos cimientos.

No se descuidaban por su parte los sitiados, los cuales hacían cuanto les era posible por embarazar la prosecución del trabajo, á que les ayudaban no poco algunos que, nadando entre dos aguas, llegaban al muelle

sin ser sentidos de los enemigos, y tirando hacia sí á gran fuerza con garfios de las ramas que salían por fuera de la obra, llevaban éstas tras sí cuanto tenían encima y dejaban arruinada gran parte de ella. Con que no siendo difícil desviar los troncos sobre quienes cargaba el peso, aligerados ya, llegando á faltar aquel fundamento, y sucediendo lo mismo á los demás, quedaba enteramente arruinado todo. Por lo cual, hallándose Alexandro disgustado y dudoso en la resolución de continuar ó levantar el sitio, le llegó de Chipre una armada y Cleandro con las tropas griegas, que había poco antes pasado por el mar al Asia, que unos y otros bajeles componían una de ciento ochenta velas. Dividióla en dos alas y embarcándose en la galera real, tomó la derecha y dió la siniestra á Pnytágoras, rey de Chipre, y á Cratero.

No se atrevieron los tirios, aunque tan poderosos en el mar, á presentar la batalla: opusiéronse sí sólo al enemigo con sus galeras abrigadas de sus muros. Pero no por esto dejó el rey de acometerlas y echarlas á pique todas, y de arrimarse el día siguiente con su armada á los muros, á quienes batió por todas partes con las máquinas y con los arietes. Repararon inmediatamente los sitiados sus brechas y empezaron al mismo tiempo otro muro detrás del primero, para poderse defender desde él si se arruinase aquél. Sin embargo, cercados por todas partes respecto de llegar ya, en medio de los embarazos que pusieron, el muelle á tiro de saeta y de rodearle los muros la armada enemiga, eran á un mismo tiempo trabajados, así por mar como por tierra. A que se llegaba la disposición en que habían ordenado sus galeras de cuatro órdenes de macedones, los cuales uniendo unas con otras sus proas, habían cubierto todo el espacio que se interponía entre las popas de maderos trabados y unidos con tal firmeza que servían de

puentes, sobre quienes se plantaban los soldados. Dispuestas en esta forma las galeras, bogaron á fuerza de remos hacia la ciudad cargando desde cubierto á los que defendían la muralla, respecto de servir las proas de parapeto.

Mediada la noche, ordenó se extendiesen en esta forma alrededor de las murallas, con ánimo de dar un asalto general; á vista de lo cual, desesperados ya los tirios y sin saber qué hacerse, se empezó á cubrir repentinamente el cielo de nubes, que usurpaban aun aquella corta luz que suelen permitir en medio de su obscuridad las tinieblas. Alterado el mar se empezó poco á poco á embravecer, formando al fin las ondas, impelidas de la impetuosa violencia del viento, horrible tormenta. Chocaban tan furiosamente las galeras unas con otras, que rotos los cables y maderos que los unían, y precipitados al fondo, arrastraban tras sí con espantoso fracaso los hombres; no siendo posible gobernar las galeras unidas unas con otras en tan furiosa tormenta, en la cual el soldado embarazaba al marinero, y el marinero al soldado; y como de ordinario sucede en semejantes accidentes, el más experimentado y diestro obedecía al menos experto, porque los patronos, acostumbrados á mandar siempre, despavoridos entonces con el miedo de la muerte, sólo atendían á obedecer. Sin embargo, cedió por último el mar á los constantes esfuerzos de los remeros, los cuales parecía le arrebataban á viva fuerza las galeras, que por último, aunque muy maltratadas, tomaron la ribera.

Arribaron en el mismo dia á Tiro treinta embajadores de Cartago, más para dar esfuerzo que socorro á los tirios, con quienes se excusaron de no traerle, respecto de estar los cartagineses en guerras dentro de su misma patria, en quien se hallaban precisados á pelear no menos que por la conservación de su reino por la

defensa de sus vidas. Siendo cierto que los siracusanos, los cuales saqueaban y robaban entonces con poderoso ejército todo el Africa, se habían acampado muy cerca de los muros de Cartago; no perdiendo empero los tirios el ánimo, en medio de ver frustradas sus mayores esperanzas, enviaron sus mujeres y sus tiernos hijos á Cartago, esperando, aseguradas sus más queridas prendas, poder con mayor firmeza y constancia resistir los infortunios que les sobreviniesen. Con todo, refiriendo en junta general cierto ciudadano cómo se le había aparecido en sueños Apolo, á quien adoraban con especial culto, y mostrado que abandonaba la ciudad, y que el muelle de los macedones, quedando en seco, se había convertido en bosque; preocupados del miedo (en medio de no ser el autor de gran fe), inclinados á creer lo peor, aprisionaron la estatua de Apolo con una cadena de oro, la cual clavaron en el altar de Hércules, á quien estaba dedicada la ciudad, juzgando detenerle por medio suyo. Habían llevado allí desde Siracusa los cartagineses (tan cuidadosos siempre de exornar é ilustrar á Tiro con las presas y despojos de las ciudades que habían adquirido, como á la misma ciudad de Cartago) aquel simulacro, á quien colocaron en el mismo lugar donde reconocían su origen. Proponían algunos que se restableciese un sacrificio, desusado ya después de muchos siglos, y que no sé que pudiese ser acepto á los dioses. Reducíase éste á consagrar á Saturno un niño de la primera nobleza, cuya sacrílega costumbre, recibida de sus fundadores y observada en Cartago hasta su destrucción, sin duda que se habría renovado entonces allí y cometido superstición tan bestial como opuesta á la naturaleza, á no haberlo embarazado la madurez y prudencia de los que por más ancianos conservaban en Tiro la primera autoridad.

Hallándose, pues, los tirios en aquel conflicto, en el

cual suele mostrarse la necesidad más industriosa que el arte, dispusieron, demás de los instrumentos ordinarios, cierto género de invenciones, con que poder defenderse y ofender á los enemigos. Contra quienes para incomodar las galeras que se acercaban á los muros, unían ancoradas de cuatro brazos, hoces y manos de hierro á grandes vigas, las cuales (dispuestas sus máquinas en forma de arcos) ponían en lugar de flechas y las disparaban á los enemigos, cuyos maderos quebrantaban á unos, y cuyas áncoras y hoces, las cuales, clavadas en ellos, quedaban pendientes, despedazaban á otros, causando considerable daño en las galeras. No contenta con esto su industria, pasó á hacer ciertos escudos de alambre, los cuales introducidos en la fragua los sacaban de ella hechos ascua, y llenándolos de arena ó de lodo hirviendo los arrojaban prontamente desde la muralla á los enemigos, á quienes era tanto más sensible este género de tormento, cuando pasándoles la arena ardiendo la cota y penetrándoles hasta la carne, los abrasaba, sin que pudiesen echarla de sí; hallándose precisados para conseguirlo á arrojar las armas y á rasgar sus vestidos, en cuyo caso quedaban más expuestos á los golpes de los enemigos, los cuales con las áncoras, con las hoces y con las manos de hierro clavadas á las vigas arrebataban á sí á muchos de ellos.

CAPÍTULO IV.

Apodérase por último Alexandro de Tiro, en quien hace considerable estrago su ejército.

Disgustado Alexandro de que la vigorosa resistencia de un sitio le dilatase su tránsito á Egipto, interrumpiéndole infelizmente el acelerado curso con que había corrido todo el Asia y malográndole la prosecución dichosa de mayores empresas, resolvió abandonar el sitio. Contrapesado empero con el descrédito de partirse sin haber conseguido designio en que se había empeñado, la corta probabilidad que veía de adelantarle, y haciendo mayor impresión que otras consideraciones en su ánimo el reparo de su reputación, la cual había contribuído aún más que sus armas al acrecentamiento de su gloria, y de no dejar en Tiro un testimonio de su mengua y de que podía ser vencido, resolvió hacer el último esfuerzo con mayor número de navíos, en quienes puso lo más escogido de sus tropas.

Mientras se disponía á su ejecución, se dejó ver acaso sobre las aguas una ballena de extraordinaria magnitud, la cual acercándose al muelle de los macedones, batiendo en él las alas y levantando aquella formidable corpulencia se dejó ver mejor de ambos ejércitos. Después de lo cual, sumergiéndose desde lo alto del muelle al mar, y ocultándose unas veces en él, y saliendo otras casi toda fuera del agua, se volvió á dejar ver por último, no lejos de las murallas de la ciudad, cuyo espectáculo fué de tan igual regocijo á los tirios como á los macedones. Decían éstos les había descubierto la balle-

na el camino por donde habían de dirigir su obra; y aquéllos, que indignado Neptuno de la temeridad de Alexandro, había enviado aquel monstruo por mensajero de su venganza, la cual esperaban lograr bien aprisa con la ruina de todo aquel trabajo. Lo cierto es que los dejó tan gustosos aquel presagio, que lo celebraron toda la noche con festines y banquetes, de quienes salieron tan embriagados que al descubrirse el sol, embarcándose en sus bajeles, á quienes habían coronado con guirnaldas de flores, anticipaban los regocijos de esta victoria; en tan gran confianza los dejó aquel agüero.

En el ínterin el rey había ordenado su armada delante de la obra que miraba á Egipto, y dejado sólo treinta bajeles al opósito del puerto de Sidón, de los cuales tomaron dos los tirios, cuya presa ocasionó gran terror en los demás, hasta que oyendo Alexandro los gritos de los suyos, hizo volver su armada hacia la parte del ruido, donde, como la más ligera, llegó primero que las otras la *Real*, compuesta de cinco órdenes de remos. Luego que la vieron los tirios enviaron dos galeras suyas á que la embistiesen. Bogaba la *Real* contra una de ellas, á quien tomó, sin embargo de haber recibido un gran golpe del choque de su espolón; y si bien la que había quedado libre se apresuraba furiosa para acometerla por el otro costado, abordando una de las galeras del rey de tres órdenes de remos, fué tan terrible el choque que descargó en ella, que arrojó al patrón de lo alto de la popa al mar; á cuyo tiempo, sobreviniendo muchas galeras macedonas y el mismo rey, recuperada, no sin trabajo, la galera que se les había tomado, se retiraron los tirios hacia la ciudad con toda la armada.

Siguiólos el rey; y aunque no pudo entrar en el puerto, respecto de impedírselo las innumerables flechas que

le arrojaban desde los muros, apresó ó echó á pique casi todos los bajeles. Pasado esto, concedió Alexandro á sus tropas dos días de descanso, después de los cuales, y de haber hecho que su armada y las máquinas se acercasen al muro, subió á una torre de suma altura, con tan grande y generoso ánimo como peligro de su persona, respecto de que, reconociéndole inmediatamente por sus reales insignias y por la riqueza de sus armas, fué el blanco de las flechas de los enemigos. Desde ella obró acciones dignas de sí y de que las advirtiesen todos; dió muerte á lanzadas á muchos que defendían la muralla, y, acercándose más á ésta, derribó dentro de la ciudad á cuchilladas á unos, y precipitó al mar á golpes de su escudo á otros, respecto de llegar casi al mismo muro la torre desde donde combatía.

Ya sus principales defensas, desmoronadas á los repetidos é impetuosos golpes de los arietes, caían en tierra; ya la armada había ganado el puerto, y ya los macedones estaban apoderados de las torres que desampararon los enemigos; los cuales, acometidos por todas partes de tantos peligros, huían unos á los templos, implorando el socorro de los dioses y se encerraban otros en sus casas, donde (por no esperarla de los vencedores) se daban ellos mismos la muerte; arrojándose otros sobre los mismos enemigos, resueltos á vender á buen precio sus vidas: la mayor parte, subiéndose á los techos, arrojaba en los enemigos piedras y cuanto hallaban para ofenderlos. Mandó el rey que, *preservados los que se habían refugiado á los templos, fuesen todos los demás muertos y sus casas abrasadas.* Cuya orden en medio de haberse publicado, no bastó á obligar á ninguno de cuantos traían armas á que se rindiese á recurrir á los templos; los cuales llenaba crecido número de mujeres y de niños únicamente, así como ocupaban los umbra-

les de sus casas los más ancianos, esperando la hora de sacrificar sus vidas al furor de los soldados.

Si bien los sidonios que se hallaban en el ejército de Alexandro, y habían entrado en la ciudad casi al mismo tiempo que los vencedores, en reconocimiento de la afinidad que suponían tener con los tirios, por creer, igualmente que su ciudad de Sidón, la de Tiro, fundación de Agenor, libraron á muchos, á quienes embarcaron ocultamente en sus bajeles y los pasaron á Sidón, por cuyo oficioso engaño se preservaron de la saña del vencedor hasta quince mil; pudiéndose inferir cuál sería la mortandad y el estrago, de haberse hallado dentro de las murallas de la ciudad seis mil despedazados. En medio de lo cual, no habiéndose templado aún la indignación del rey, ofreció á los vencedores un espectáculo horrible y cruel aun á sus mismos ojos. Componíase éste de dos mil hombres, á quienes, habiendo satisfecho y apurádoseles la rabia con la mortandad hecha en los enemigos, hizo ahorcar y fijar á orillas del mar. Perdonó empero á los embajadores de los cartagineses, aunque declarándoles la guerra, que por entonces difería respecto de la ocurrencia presente de las cosas.

De esta suerte se hizo Alexandro dueño de la ciudad de Tiro después de siete meses de sitio. Su antiguo origen y las frecuentes variedades de su fortuna la han hecho célebre á la posteridad. Fundóla Agenor, y fué por largo tiempo, no sólo señora del mar vecino, sino de todos los demás que penetraron sus proas. Y si hemos de dar crédito á la fama, los tirios fueron los primeros que inventaron las letras ó que enseñaron el uso de ellas. Lo que no tiene duda es que sus colonias se dilataron casi por todo el universo: á Cartago en África, á Tebas en la Beocia, y á Cádiz en las riberas del Océano; y que, ó por haber tenido, como creo, tan grande jurisdicción en el mar, y navegado con tanta frecuencia

por tan desconocidas tierras á las demás naciones, eligieron lugares cómodos para que pudiese poblar una parte de su lozana juventud, muy aumentada entonces; ó como algunos quieren, porque, trabajados los habitadores de los recios temblores de tierra á que esta isla se halla sujeta, se vieron precisados á buscar por medio de las armas nuevas tierras y diversas costumbres. Consumida, pues, con varios infortunios, y renaciendo siempre de sus mismas ruinas, goza el día de hoy de la felicidad de una dilatada paz, con cuyo beneficio vuelven á florecer los estados, y del más seguro reposo, debajo de la protección dichosa del imperio romano,

CAPÍTULO V.

Escribe Darío á Alexandro con más urbanos términos sobre la paz, cuyas condiciones desprecia. Presentan los griegos á Alexandro una corona de oro. Reduce debajo de su obediencia muchas provincias por medio de sus capitanes.

Casi al mismo tiempo recibió Alexandro otra carta de Dario en que ya le trataba como á rey; ofrecíale en casamiento á su hija Statira, y en dote cuanto se contiene entre el Helesponto y el río Halis, sin reservar más que las tierras que miran al Oriente. Pedíale que, en caso de no admitir estos ofrecimientos, se acordase de la inestabilidad de la fortuna y de que cuanto más colmados se hallan de felicidad los hombres, tanto más expuestos están á la envidia, que concita ésta contra ellos. Representábale cuánto temía que no de otra suerte que los pájaros, á quienes elevaba su natural ligereza á las nubes, se dejase llevar del viento de una desmesurada y loca ambición, á que de ordinario se hallan sujetos los ardores juveniles, no habiendo acción más difícil que la de saberse gobernar en la edad que tenía, con la gran fortuna que gozaba. Que advirtiese que en medio de las pérdidas recibidas le quedaban aún fragmentos de su naufragio; que no siempre había de hallarse encerrado y oprimido entre las rocas, pues era preciso que alguna vez saliese á espacioso campo, donde no podía dejar de avergonzar á Alexandro el corto número de sus soldados. Que aún tenía que pasar el Euphrates, el Tigris, el Areges y el Hidaspes, cuyos ríos eran como antemurales de su imperio. Y que aun cuando los pa-

sase felizmente, debía considerar el tiempo que consumiría en penetrar la Media, la Hircania, la Bactria y los Indos del Océano, el que le costaría sujetar á los sogdianos y á los arachosios, pueblos cuyos nombres apenas eran conocidos, y á tantas naciones confinantes con el Cáucaso y con el Tanais. En cuyas vastas provincias (necesitando aún para pasar seguramente por ellas de largos años) se envejecería en sólo hacerlo. Y últimamente, que dejase de llamarle, porque si iba á él, sería para ruina suya.

Respondióle Alexandro que no podía dejar de extrañar ofreciese lo que no tenía, y que dividiese (como pudiera si lo poseyese) lo que enteramente había perdido; pues le prometía la Lydia, la Jonia, la Eolia y toda la costa del Helesponto, habiendo sido premios de sus victorias, cuando por vencedor debía él darle la ley y recibirla Darío como vencido. Que si sólo él ignoraba cuál de los dos era el dueño, se lo enseñaría en una batalla. Que cuando pasó el mar no limitó sus empresas á la Licia ó á la Lydia, cuyas conquistas serían á la verdad muy corta recompensa de tan gran aparato, pues se dilataban á Persépolis y á reducir debajo de su obediencia la Bactria, la Ecbatana y los últimos términos del Oriente. Que tuviese por cierto que á cualquiera parte que huyese le había de seguir, y que así no pensase acobardar con sus ríos á quien había surcado tan dilatados mares.

Esta fué la sustancia de lo que ambos reyes se escribieron. En tanto los rhodios, franqueando las puertas de su ciudad á los vencedores, se la entregaron á Alexandro, el cual había dado antes el gobierno de la Silicia á Sócrates, y á Philotas el de todas aquellas tierras que se ofrecen en los contornos de Tiro. Dejó Parmenión á Andrómaco el de Siria, llamada Cele, por seguir al rey, el cual, habiendo ordenado á Ephestión,

general de la armada, costease por la Phenicia, tomó con todas sus tropas la vuelta de la ciudad de Gaza. Hallándose próximo el día que los griegos tienen destinado para la solemnidad de los juegos ísthmicos, á quienes concurre indecible muchedumbre del pueblo, determinaron en él los griegos, naturalmente lisonjeros é inclinados á acomodarse al tiempo, enviar doce embajadores al rey con una corona de oro, en testimonio y reconocimiento de las gloriosas victorias que había obtenido en beneficio de la salud y libertad de la Grecia; siendo así que habiendo dado poco antes oídos á cierto vago rumor, estuvieron pendientes del suceso de la guerra para no separarse de la parte á que viesen se inclinaba la fortuna.

No sólo rendía el rey á su obediencia las ciudades que la rehusaban, sino también sus gobernadores, esclarecidos capitanes, hacían por su parte admirables progresos. Apodérase Calas de Paphlagonia, y Balacro, después de haber roto á Idarma, sátrapa de Darío, de la ciudad de Mileto; redujeron Amphotero y Hegeloco, con una armada de ciento sesenta velas, á la obediencia de Alexandro todas las islas que están entre el Acaya y el Asia, y se apoderaron de Tenedos, donde fueron llamados de sus habitadores. Resolvieron hacer lo mismo de Chío, pero habiendo preso Pharnabazo, pretor de Darío, á los principales de la facción de los macedones, dejó la ciudad, aunque sin la guarnición que necesitaba, al cuidado de Apolonides y de Athanágoras, que seguían su partido. No por esto desistieron del sitio los capitanes de Alexandro, fiados más en el afecto de los habitadores que en sus propias fuerzas, cuya confianza no les salió vana, pues habiéndose movido cierto digusto entre Apolónides y los capitanes de la guarnición, les facilitó el desorden que causó el que se apoderasen de la ciudad. En la cual, habiendo derri-

bado las puertas los que tenían inteligencia con los macedones, hicieron entrar á Amphotero y á Hegelo con sus tropas, y juntándose á ellos, después de haber muerto la guarnición, se apoderaron de Pharnabazo, de Apolónides y de Athánagoras y los entregaron á los vencedores, así como también doce galeras de tres órdenes con sus remos y soldados, treinta navíos con algunos vasos de corsarios y tres mil griegos que estaban á sueldo de los persas. Reclutáronse con los soldados las compañías, y habiendo castigado los piratas, pusieron en las galeras del rey á todos los forzados.

Sobreviniendo acaso allí á la primer vigilia de la noche Aristónico, tirano de Methímeneos, se presentó, ignorante de lo que pasaba en Chío, con algunas fragatas á la boca del puerto, é hizo saber á las guardas que iba á ver á Pharnabazo. Respondiéronle éstas estaba recogido, y que por entonces no lo podía hacer, pero que pues era amigo suyo entrase en el puerto y que al día siguiente le vería. Ejecutólo así Aristónico, á quien siguieron diez bergantines de piratas, pero apenas lo hubieron hecho cuando cerraron las guardas el puerto y los hicieron á todos prisioneros, sin que pudiese alguno ponerse en defensa. Pasaron desde allí los macedones á Mitilene, á quien Carés Ateniense había tomado poco antes, hallándose en ella con dos mil persas; pero no siendo bastantes fuerzas éstas para mantener un sitio, rindió la ciudad, capitulando habían de salir libres, y se retiró á Imbros; los vencedores perdonaron á los ciudadanos.

CAPÍTULO VI.

Mientras Darío se dispone para la guerra toma Alexandro la ciudad de Gaza y castiga gravemente á Batis, su gobernador.

Habiendo perdido Darío las esperanzas de la paz, que había creído alcanzar por medio de sus cartas y de sus embajadores, volvió á juntar todas sus fuerzas y se dispuso para la guerra, con cuyo fin ordenó á sus capitanes hiciesen la masa del ejército en Babilonia, y á Beso, sátrapa de la Bactria, que alistando al mayor número de gente que le fuese posible la condujese allí. Tienen los bactrianos entre todas aquellas naciones el primer crédito de soldados y demás bárbaros, así por no haber participado de la delicadeza de los persas, como porque en imitación de los escitas, vecinos suyos, pueblos sumamente belicosos y que sólo viven de las rapiñas, se hallaban siempre en armas. Llevando empero mal Beso la superioridad de otro, dió sobrada ocasión para que el rey quedase poco seguro de su fidelidad, levantando el ánimo á las esperanzas del reino, á que no podía dejar de aspirar sino por medio de alguna traición.

En tanto Alexandro hacía todas las diligencias posibles por saber el paraje á que se había encaminado Darío, aunque sin ningún fruto respecto de la inviolable observancia con que los persas conservan ocultas las resoluciones de sus príncipes, cuyo secreto no son poderosas á romperle ni las mayores promesas ni las más rigurosas amenazas, y cuya infracción se castiga por antigua ley del reino con graves penas. Por lo cual en-

tre ellos se tiene por incapaz de que se le fíe cosa de importancia al que no sabe callar, por contravenir á lo que parece quiso la naturaleza fuese lo más fácil de observar en el hombre. Alexandro, pues, no pudiendo penetrar alguna de las operaciones del enemigo, puso sitio á Gaza, en quien se hallaba por gobernador Batis, cabo de tan gran valor como fidelidad á su rey, el cual con cortísimas fuerzas defendía una plaza que necesitaba de considerable presidio.

El rey, después de haber reconocido su situación, ordenó que se hiciesen secretamente unos conductos debajo de tierra, á que ayudaba el territorio, respecto de arrojar por allí el mar vecino gran cantidad de arena mezclada con tierra, sin piedras ni peñascos que dificultasen el ahondar, y que éstos fuesen por parte que no pudiesen ser advertidos del enemigo, con cuyo fin hizo acercar las máquinas hacia la ciudad como para asaltarla. Dificultando empero mucho lo penoso del camino el transporte de las torres, cuyas ruedas encallándose en aquellos crecidos arenales, donde ni podían dar vuelta ni caminar sin grandes vaivenes, ocasionaban que se rompiesen los entablados y que quedasen heridos en este ataque muchos soldados sin poderse defender, no costándoles menos trabajo el retirar sus máquinas que el que les tuvo el conducirlas.

Por lo cual, habiendo mandado el rey tocar á retirar, ordenó el día siguiente á sus soldados que cercasen la ciudad; antes de lo cual, sacrificando al amanecer á los dioses, según el estilo de su patria, é implorando su socorro, un cuervo, que acaso volaba sobre el altar, dejó caer en la cabeza de Alexandro un terrón, que inmediatamente se deshizo todo, y pasándose luego á la torre más próxima, en la cual, dada toda de betún y de azufre, se embadurnó de suerte las alas de uno y otro, que fué fácil el cogerle. Pareció el caso á todos digno

de consultarle con los adivinos, y no menos á Alexandro, cuyo genio no repugnaba semejantes supersticiones. Aristandro, pues, que era quien tenía el primer crédito entre los adivinos, respondió: Que tomaría Alexandro la plaza, pero que corría riesgo de ser herido, y que así, le aconsejaba dejase pasar aquel día sin intentar nada. Por lo cual el rey, aunque llevaba con gran impaciencia atrasase una ciudad sólo su tránsito á Egipto, tuvo por bien conformarse con el adivino y ordenar que se retirasen sus tropas; á vista de lo cual, cobrando mayor ánimo los sitiados, hicieron una salida para cargar al enemigo por las espaldas, juzgando aprovecharse de la ocasión, si bien no mantuvieron la escaramuza tàn vigorosamente como la habían empezado, porque al punto que vieron les hacían rostro los macedones empezaron á aflojar.

Habían llegado ya los gritos de los combatientes á oídos de Alexandro, el cual, despreciando el peligro de que estaba amenazado, habiéndose armado de su coraza, á instancia de sus validos, contra lo que acostumbraba, partió aceleradamente á ponerse al frente de sus banderas. Apenas fué descubierto, cuando cierto árabe, soldado de Darío, emprendió una acción de mayor osadía que la que correspondía á su nacimiento; éste, habiendo ocultado un puñal debajo de su escudo, y arrojándose á los pies del rey, como si se le rindiese, después de haberle hecho levantar, y dado orden para que fuese recibido en sus tropas, pasando el bárbaro diestramente el puñal á la mano derecha, le tiró á la cabeza del rey, de cuyo golpe pudo librarse torciéndola algo; pero no el bárbaro de la prontitud con que castigó su desacato, cortándole de una cuchillada la mano que le había errado, creyendo haberse preservado por este medio del peligro de que estaba amenazado. Siendo empero, á lo que juzgo, inevitable nuestro destino, se ve-

rificó poco después la predicción del sueño, pues combatiendo entre los primeros fué herido de una flecha, que pasándole el arnés le penetró la espalda, de donde sacándosela Philipo, su médico, arrojó gran cantidad de sangre, no sin admiración de todos respecto de no poder reconocer, por impedirlo las corazas, la parte por donde había entrado la saeta.

El rey, sin alterarse ni mudar de semblante, mandó que se restañase la sangre, y que se le vendase la llaga, y de esta suerte, ó disimulando el dolor, ó venciéndole, se mantuvo por largo espacio delante de sus escuadrones; pero volviendo á correr con mayor abundancia la sangre que en virtud de la curación se le había detenido, y empezándosele á inflamar la llaga, que hasta entonces no le había ocasionado grandes dolores, por no haber llegado á enfriarse la sangre, no pudiendo ya mantenerse en pie, le retiraron los suyos á su real. Con cuya acción, teniéndole Batis por muerto, se retiró como victorioso y triunfante á la ciudad. Mas el rey, sin esperar á asegurarse enteramente de la herida, hizo levantar una plataforma que igualase con las murallas, y que con repetidas minas procurasen arruinarlas. Aumentaron también los sitiados por su parte nuevas fortificaciones en el muro antiguo, si bien no llegando á igualar con las torres que se levantaron sobre la plataforma, cuya altura predominaba la ciudad, eran desde ella bastantemente molestados de las saetas y flechas enemigas. Con todo, nada igualaba al que recibían con las minas, las cuales, derribando el muro, facilitaron con sus ruinas la entrada á los soldados.

Hallóse de los primeros en el asalto el rey, á quien, adelantándose inadvertidamente, le alcanzó una pedrada en la pierna que se la dejó bastantemente lastimada; si bien afirmándose en su dardo, en medio de no tener aún cerrada la otra herida, no dejó de combatir de los

primeros, colérico de haber recibido en este sitio dos. Cargado Batis de heridas, después de haber hecho una gloriosa resistencia, quedó abandonado de los suyos; mas no por esto dejó de mantenerse con el mismo valor que mostró desde el principio y de conservar sus armas teñidas todas en su sangre y en la de sus enemigos, hasta que, oprimido de todas partes y sin querer rendirse, le tomaron en brazos y se lo llevaron al rey. El cual, olvidado de la generosa magnanimidad con que había aplaudido hasta allí, aun en sus enemigos, su valor é ilustres acciones, y preocupado de la ira y del deseo de la venganza, con semblante de alegría indigno de sí, «¡Morirás, oh Batis, (le dice) no como lo has deseado, porque antes has de padecer cuantos tormentos puede inventar contra un prisionero la más cruel venganza!» Pero él, mirando al rey con tan constante como airado semblante, no dió respuesta alguna á sus amenazas, de que más indignado el rey, á grandes voces, «Mirad (les dice á los suyos) la arrogancia y obstinación con que calla. ¿Habéis por ventura visto que haya inclinado la rodilla, ni hecho alguna demostración de rendido? Pero yo venceré tan tenaz silencio, ó cuando no pueda le interrumpiré con su llanto y con sus gemidos.»

Finalmente, pasando á rabia la ira, y empezando á convertir con la nueva fortuna en bárbaras y extrañas sus loables y antiguas costumbres, le mandó (conservando aún algunos vitales alientos) agujerear los talones, por donde, introducidas unas correas, fué amarrado á un carro y arrastrado por unos caballos alrededor de la ciudad, con tan gran gusto como vanagloria del rey, por imitar en aquel cruel combate á Aquiles, de quien se suponía descendiente.

Quedaron en aquel combate, entre árabes y persas, cerca de diez mil, cuya victoria compraron á precio de

no poca sangre los macedones, y cuyo sitio fué célebre, no tanto por la defensa de la plaza cuanto por las heridas del rey, el cual deseando sumamente pasar á Egipto, despachó á Amintas á Macedonia con diez galeras para que hiciesen levas de soldados, porque si bien había obtenido tan considerables victorias y logrado felizmente cuanto había intentado, no dejándole de consumir sus fuerzas, fiaba más de los soldados de su nación que de los que levantaba en los dominios que acababa de conquistar.

CAPÍTULO VII.

Pasa Alexandro á visitar el templo de Júpiter Ammón, á cuyo oráculo hace varias preguntas.

Los egipcios, á quienes había muchos años que les era molesta la grandeza de los persas por su avaricia y orgullo, á la fama de la venida de Alexandro empezaron á sacudir el yugo que les tenían impuesto, no siendo extraño que entonces lo hiciesen cuando habían recibido poco antes á brazos abiertos los tránsfugas y al traidor Amintas. Y creyendo pasaría el rey por Pelusio, concurrió en él gran muchedumbre de pueblo; pero tomando otro camino, llegó á los siete días de haber partido de Gaza á aquella comarca de Egipto, llamada el día de hoy el Campo de Alexandro, de donde habiendo enviado casi toda la infantería hacia Pelusio, se embarcó en el Nilo con lo mejor de sus tropas. Quedaron los persas tan atemorizados con el levantamiento de los de Egipto, que no le esperaron. Aún no había llegado á Memphis cuando Mazaces, gobernador de aquella ciudad, habiendo pasado el río Orio, le entregó ochocientos talentos y todos los muebles de Darío.

Pasó de Memphis por el mismo río á las últimas partes de Egipto, y después de haber dispuesto todas las cosas, sin ignorar en nada las antiguas costumbres de aquellos pueblos, resolvió visitar el oráculo de Ammón. Era ésta una jornada sumamente trabajosa, aun á quien la hiciese con menos tropas y sin el mucho aparato que llevaba Alexandro, por la gran sequedad que padece aquella región, tan poco favorecida del cielo

como de la tierra. Compónese toda de esterilísimos arenales, los cuales, heridos de los rayos del sol, de suma actividad y eficacia allí, quedan tan abrasados que queman las plantas de los que los huellan. No son solos la sequedad y el ardor con quienes se lucha en este camino; también causa considerable fatiga la misma arena, cuya crecida profundidad es tan grande, que hundiéndose á cada paso en ella los pies, no se sacan sin gran trabajo.

Representaban los egipcios todas esas dificultades á Alejandro, aumentándoselas aún más de lo que eran; pero él, inflamado del ardiente deseo de visitar el templo de Júpiter, á quien creía ó quería que se creyese por padre suyo, no satisfecho de la colmada grandeza á que en lo humano se había elevado, atropellando por ellas, se embarcó con los que gustó que le acompañasen y descendió por el río á la laguna Mareotis, donde le llevaron los embajadores de los cirenenses algunos presentes, pidiéndole la paz y que se sirviese de entrar en sus ciudades; admitiólos, y habiendo hecho alianza con ellos prosiguió su camino. Parecióles tolerable la primera y segunda jornada, por no haber entrado aún en medio de aquellos dilatados y espantosos desiertos, aunque caminaban por una tierra estéril y seca; pero cuando se hallaron en sus vastas campañas, cubiertas de montes excesivos de arena, dilataban por ellas (como pudieran por un inmenso piélago) la vista hacia todas partes por si divisaban alguna tierra. Ninguna empero se le ofrecía en quien se descubriese árbol ni señal alguna de menor cultivo; hasta la misma agua que llevaban los camellos en odres se había consumido, sin haber una gota en aquel arenoso territorio. Llegábase á esto el intensísimo ardor del sol, que lo abrasaba todo, y de quien partícipe el aire, no permitía aún la respiración sin la fatiga de alguna congoja.

En medio, pues, de este conflicto, ó acaso por especial favor de los dioses, improvisamente se cubrió el cielo de nubes, que dilatándose por todo él ocultaron el sol, con gran beneficio y alivio del ejército, aunque falto de agua, si bien habiendo descargado crecida lluvia hicieron todos provisión, hallándose algunos tan sedientos, que sin esperar otras vasijas en que recoger las aguas, abiertas las bocas las recibían como caían en ellas.

Cuatro días gastaron en pasar aquellos desiertos y llegar al sitio del oráculo, en cuyas cercanías vieron gran cantidad de cuervos que volaban delante de las primeras banderas del ejército, abatiéndose unas veces cuando éste caminaba á paso lento, y adelantándose otras como para servirle de guía hasta que llegó al templo del dios. Donde es digno de admiración que constituído en medio de una vasta soledad, le cerquen tan umbrosos bosques que apenas puedan penetrar por su espesura los rayos del sol; riéganlos y fecúndanlos muchas fuentes de agua dulce, haciendo tan apacible aquel sitio la benigna templanza del aire, que en él es todo el año continuada primavera.

Los que le habitan por la parte que mira al Oriente confinan con la Ethiopía, y los que le pueblan por la que está al Mediodía, con los árabes, llamados trogloditas, cuyas tierras se extienden al mar Rojo. A la parte del Occidente moran otros ethiopes llamados scenitos, y á la del Septentrión los nasamones, gente acostumbrada á insultar con correrías las costas de la gran Siria y enriquecerse con las presas que en ellas hacen, respecto de que teniéndolas sitiadas y gran conocimiento de todas las plazas, se apoderan fácilmente cuando el mar se retira de las embarcaciones que quedan en seco.

Los moradores de este impenetrable territorio, llamados ammonios, habitan en cabañas separadas unas

de otras, y tienen en la mitad del bosque la fortaleza cercada de tres órdenes de murallas. Dentro de la primera está el palacio que fué de los antiguos reyes; en la segunda los cuartos de sus mujeres, de sus hijos y de sus concubinas, y también el del oráculo del dios, y en la última los arqueros y las demás guardas del rey. Ofrécese otra floresta de Ammón, en medio de la cual corre una fuente, á cuya agua llaman del sol. Está al amanecer tibia, y fría á medio día, desde cuyo extremo pasa á calentarse á proporción del curso de la tarde, hasta que llega á media noche á hervir, y desde ésta empieza á disminuir su calor conforme se va acercando el día, en cuya alternación continúa siempre.

No observa el simulacro del dios que adoran en este templo la misma forma con que suelen los pintores y escultores representar á los demás dioses; compónense de esmeraldas y de otras piedras preciosas, y desde la cabeza hasta el ombligo guarda la de un carnero. Llevan á él los sacerdotes cuando le consultan un navichuelo dorado, guarnecido de muchos vasos de plata pendientes de ambos lados. Síguelos grande acompañamiento de mujeres y de doncellas cantando ciertas canciones groseras á su usanza, por medio de quienes creen merecer propicio á Júpiter y obtener de él con claridad y certeza las respuestas que solicitan.

Habiéndose adelantado el rey al templo, le llamó su hijo el más antiguo de los sacerdotes, asegurándole le concedía este honor Júpiter su padre. Respondióle Alexandro, olvidado de su naturaleza, que le admitía y reconocía por tal; y pasando á preguntarle si le tenía destinado para dueño del universo. Tan preocupado el sacerdote de la lisonja como el rey de la vanidad, le aseguró que sí. Solicitando después saber de él si habían sido castigados todos los que fueron cómplices de la muerte de su padre. Mostrando escandalizarse el sa-

cerdote, le dijo que su padre era inmortal, y que todos los asesinos de Philipo habían satisfecho las penas de su delito, añadiendo que permanecería invencible hasta que pasase á ocupar el lugar que tenía destinado entre los dioses. Habiendo concluído con su sacrificio, hecho magníficas ofrendas al dios y considerables mercedes á los sacerdotes, permitió que consultasen también al oráculo los primeros señores de su corte, los cuales sólo se contentaron con preguntarle si les aconsejaba hiciesen honores divinos á su rey. A que respondió el sacerdote sería muy acepto á Júpiter venerasen como á Dios á príncipe tan invencible.

Verdaderamente que aun á quien hubiere juzgado más favorable del oráculo no puede dejar por falsas imposturas todas estas respuestas, ni de reconocer cuánto más indignos quedan los hombres de la gloria á que aspiran cuando enajenados de sí con la prosperidad que gozan, la procuran con semejante anhelo y locura, como le sucedió á Alexandro, el cual, pensando hacer más glorioso su nombre con la divinidad del título de hijo de Júpiter, no sólo permitió se lo llamasen, sino lo mandó con orden expresa, oscureciendo la fama que le habían granjeado sus esclarecidas empresas por los mismos medios con quienes creyó acrecentarla. Los macedones, que aunque sujetos por largo curso de años á monárquico imperio, mantenían alguna apariencia más de libertad que los otros pueblos, en vez de oponerse á aquel delirio, asintieron á él con mayor indiscreción de la que convenía á la reputación de su príncipe y suya. De esto empero trataremos en su lugar, por concluir aquí lo que nos resta.

CAPÍTULO VIII.

Fundación de Alexandría en Egipto y diversas expediciones de Alexandro.

Habiendo llegado Alexandro, de vuelta del templo de Júpiter Ammón, á las lagunas Mareotides, cercanas á la isla de Pharo, y observada la situación del lugar, resolvió dar principio en aquella isla á la fábrica de una ciudad; pero pareciéndole muy corta para la grandeza que deseaba tuviese, eligió el sitio donde yace hoy Alexandría, la cual tomó el nombre de su fundador. Abrazó todo el espacio que hay entre las lagunas y el mar, y dejando delineada una muralla de ochenta estadios, y al cuidado de los suyos su fábrica, partió para Memphis. El deseo con que se hallaba (aunque loable, poco oportuno y menos razonable) de ver á Egipto y á Ethiopía, y de reconocer las maravillas de la antigüedad, el famoso palacio de Memnón y de Tythón, le llevaron casi de la otra parte de los términos del sol; pero no permitiéndole tan inútiles jornadas las disposiciones de la próxima guerra, la cual era preciso que fuese más cruel y sangrienta que lo había sido hasta allí, dió el gobierno de Egipto á Eschilo Rhodio y á Pseucetes Macedón, con cuatro mil hombres de guerra para que los pusiesen de guarnición en las plazas, y dejó treinta galeras en Polemón para defender las entradas del Nilo.

Nombró poco después á Apolonio por gobernador de la parte de Africa que está contigua á Egipto, y á Clemones para que cobrase los tributos de aquellas dos provincias; y habiendo ordenado á las ciudades cerca·

nas que pasasen á habitar á Alexandría, la llenó en breve tiempo de infinita muchedumbre de pueblo.

Refiérese que al tiempo que se disponía el diseño de las murallas que se habían de hacer, sobrevino gran cantidad de pájaros, los cuales se comieron todo el engrudo que se había prevenido para él, cuyo accidente, aunque atribuyeron muchos á infeliz presagio para la ciudad, le declararon por muy favorable los adivinos, asegurando denotaba que vendrían á socorrerse á ella de todas partes, y que alimentaría muchas provincias y naciones.

Mientras el rey hacía su jornada por el río, deseoso de seguirle Héctor, hijo de Parmenión, el cual se hallaba en lo mejor de su juventud y muy en la gracia de Alexandro, se entró en su bajel, que llevando más carga de la que debiera, se fué á pique con todos los que iban en él. Disputó aquel joven por largo espacio su vida con las ondas, por el gran estorbo que le eran los vestidos, habiéndosele enredado, para que pudiese nadar; con todo, ganó á esfuerzos de su industria y pujanza la ribera; pero llegando á ella muy desfallecido, y queriendo recuperar el aliento que el temor y el peligro le habían, no sin gran violencia, embargado, no habiendo allí persona alguna que pudiese socorrerle, por haberse librado los demás en la ribera contraria, rindió por último el espíritu. Sintió el rey su pérdida con el extremo que acreditaron sus demostraciones y las magníficas exequias que mandó hacerle, luego que fué descubierto su cuerpo, cuyo disgusto aumentó la noticia de la muerte de Andrómaco, gobernador de Siria, á quien los samaritanos quemaron vivo; de cuya maldad irritado Alexandro partió contra ellos á toda diligencia; pero habiéndole entregado los cómplices luego que llegó, y hecho que se ejecutase en ellos el castigo que merecían, proveyó en Memnón aquel gobierno.

Expuso también los tiranos, y entre otros los de Methynes, Aristónico y Chrissolao, al furor de los pueblos á quienes habían oprimido y muerto, después de haber ejecutado en ellos todo género de tormentos, en venganza de los ultrajes que les hicieron. Dió después audiencia á los embajadores de Atenas, de Rodas y de Chío.

Manifestáronle los atenienses su regocijo por la victoria que hábía obtenido, pidiéndole diese permiso para que los prisioneros griegos volviesen á sus ciudades, y quejáronse los rhodios de sus guarniciones. Condescendió á los ruegos de todos, y atendiendo á la fidelidad con que se habían señalado en servicio suyo los de Mitileno, les volvió sus rehenes, aumentó sus límites y les hizo merced de grandes tierras. Aseguró con las mayores demostraciones de honra y gratitud á los reyes de Chipre la que le mereció la fineza de haber preferido su amistad á la de Darío, y la de haberle socorrido en el sitio de Tiro. Después de lo cual envió á Amphotero con una escuadra en socorro de la isla de Creta y de las muchas plazas que tenían sitiadas los persas y algunos piratas, órdenándole se aplicase primero á limpiar el mar de los corsarios que aprovechándose de la oportunidad que les ofrecía el empeño y guerra de ambos reyes infestaban aquellas costas. Ejecutado esto, ofreció un vaso de treinta piezas de oro á Hércules Tirio, y partiendo en seguimiento de Darío tomó su marcha hacia el Euphrates.

CAPÍTULO IX.

Llega Darío á Arbela y bien á pesar suyo pasa Alexandro el Euphrates y el Tigris.

Noticioso Darío de la partida de su enemigo de Egipto á Africa, se hallaba dudoso en la resolución de mantenerse en la comarca de Mesopotamia ó de pasar en persona á las provincias más retiradas de su reino para animar á la guerra á aquellos distantes pueblos á quienes con corto fruto solicitaban sus capitanes. Asegurado, empero, por personas dignas de crédito de que la determinación de Alexandro era de seguirle con todas sus fuerzas á cualquier lugar donde se encaminase, y conociendo lo importante de la empresa y el valor de su enemigo, dió para que se juntasen en Babilonia todas las tropas que esperaba. Estábanlo ya los bactrianos, los escitas y los judíos, con otras naciones que no se habían hallado en la última batalla; si bien componiéndose su ejército de tanto mayor número que el que tuvo en Cilicia, faltaban á muchos armas, por quienes se hacían las más vivas diligencias.

La gente de á caballo iba toda cubierta de planchas de hierro unas sobre otras y enjaezados de lo mismo sus caballos, así como prevenidos de espada y rodela los que hasta entonces no habían llevado más armas que los dardos. Distribuyéronse muchas cuerdas de caballos entre la infantería para que los domasen y se aumentase con ellas la caballería, mucho más crecida que antes. Llevaba doscientos carros armados de hoces, en quienes tenían puesta toda su confianza aquellas nacio-

nes y asegurado el mayor terror del enemigo. Salían de lo alto del timón cierto género de lanzas de hierro en punta, y por ambas partes de él tres cortantes espadas fijadas en el yugo, así como entre los rayos de las ruedas muchos dardos cuyas puntas salían fuera, y en el cerco muchas hoces, hacia arriba unas y hacia abajo otras, para que cuando oprimidos partiesen los caballos, ocasionasen considerable estrago en cuanto encontrasen.

Con tal ejército, ordenado en esta forma, partió de Babilonia. Tenía el Tigris á la mano derecha, á la siniestra el Euphrates y todas las campañas de Mesopotamia cubiertas de sus tropas. Habiendo, pues, pasado el Tigris, noticioso de que el enemigo se hallaba cercano, hizo adelantar á Satropates, coronel de la caballería, con mil caballos escogidos, y dió seis mil á Maceo, gobernador de la provincia, para que embarazase el paso del río y asolase y quemase todo el territorio por donde había de pasar Alexandro, á quien creyendo sin más prevenciones para la subsistencia de su ejército que las que robaba, esperaba vencerle por medio del hambre, en que se engañaba, por lo bien abastecido que se hallaba de todo género de víveres que así por tierra como por el Tigris le llevaban. Llegó, pues, á la villa de Arbela, á quien hizo célebre después su ruina, y habiendo dejado en ella la mayor parte de las municiones y del bagaje, mandó hacer un puente sobre el río Lyco, por quien pasó su ejército en cinco días, como lo había hecho antes por el Euphrates. Después de lo cual y de haberse alejado casi ochenta estadios, acampó á la orilla del río Bumado, cuyo terreno no podía ser más cómodo, así para ordenar en batalla su ejército, como para las escaramuzas de la caballería y para poder descubrir por todas partes los movimientos del enemigo, por no ofrecerse en todo él breña ni matorral alguno.

que lo embarazase, habiendo hecho allanar é igualár lo que no lo estaba.

No acababa Alexandro de dar crédito á los que le aseguraban lo numeroso de aquellas tropas, hasta que empezó de lejos á divisarlas, por parecerle imposible que le hubiesen quedado tantas cuantas bastasen á formar aquel numerosísimo ejército, después de una rota tan considerable como la que había tenido; pero despreciando con su invencible valor á quien cedían los mayores peligros aquella chusma, mal convalecida de su miedo, llegó en once días de marcha á alojar sobre el Euphrates, donde habiendo mandado levantar puentes, hizo que pasase primero su caballería, á quien siguió su falange, sin que se atreviese á estorbárselo Maceo, en medio de haberle enviado Darío antes con seis mil caballos para que lo hiciese. Habiendo, pues, permitido algunos días á sus soldados, no tanto para que en ellos se entregasen al reposo, cuanto para que recuperasen sus alientos, partió en seguimiento de Darío, recelando no se retirase á lo más remoto de su reino, y le obligase á seguirle por la esterilidad de aquellos desiertos en quienes era preciso le faltase cuanto necesitaba para mantener su ejército.

Llegó, pues, en cuatro días al Tigris, á quien pasó junto á Arbela, en cuyo territorio permanecía aún por la otra parte del río el humo del incendio que habia introducido Maceo, con tan universal ruina como la que pudiera causar el mismo enemigo. Era tan sumamente espeso, que impidiendo el que se viese el camino, puso á Alexandro en recelo de que fuese prevención para alguna emboscada, cuya sospecha le obligó á hacer alto; pero habiéndole asegurado sus corredores no tenía que temer, envió á reconocer el vado del río, cuyas aguas llegaban á la entrada á los ijares de los caballos y hasta los cuellos en medio de él. Es el más rápido é

impetuoso de todos los ríos del Oriente, así por hacer más caudalosa y violenta su corriente los raudales de otros, como por las muchas piedras que tiene; causa por la cual le pusieron los persas el nombre de Tigris, en cuya lengua significa la flecha. Habiendo, pues, dispuesto la infantería en medio de dos alas de caballería, llegaron hasta la orilla del agua, sin gran dificultad, llevando las armas en las cabezas. Pasó Alexandro á pie entre la infantería, y fué el que primero ganó la orilla contraria, desde donde no pudiendo valerse de la voz por el riesgo de no ser entendido, les mostraba con la mano el vado á los soldados; los cuales, así por las piedras en que resbalaban como por la impetuosidad de la corriente que los arrebataba, apenas podían sostenerse sin gran trabajo.

Mayor, empero, era el de los que conducían sus bagajes, pues no bastando á valerse á sí, libres de todo embarazo y pudiendo hacerlo menos con aquel estorbo, los impelía lo rápido de la corriente, cuyo riesgo procuraban evitar arrojando las cargas, las cuales fluctuando por una y otra parte del río, eran causa de que muchos cayesen y de que solicitando cada uno recobrar lo que reconocía suyo, fuese aún mayor la fatiga y el peligro que entre sí se ocasionaban unos y otro que el que les causaba el río. Mandábales el rey en altas voces que salvasen sólo las armas y abandonasen lo demás; pero ni su consejo ni sus órdenes podían percibir: tan grande era el ruido, tanto el alboroto. Pasaron, finalmente, por donde el río con menos rápido curso descubre el vado, sin otra pérdida que la de un poco de bagaje, siendo cierto que si entonces hubiesen cargado en aquel ejército los enemigos, le habrían derrotado enteramente; pero la continuada felicidad del rey separó de allí á los enemigos, defraudándoles los triunfos de tan considerable victoria, para que pudiese pasar aquel

río con la misma dicha que había pasado el Gránico á vista de innumerable muchedumbre de infantería y caballería que le esperaba en la ribera, y vencido crecido número de enemigos en las rocas de Cilicia, la cual pudo disculpar la osadía con que se arrojaban á los peligros, y hacer que asegurados de la continuada prosperidad que experimentaban, se atribuyese más que á temeridad á confianza su excesivo ardor.

Maceo, emperó, que como queda dicho, pudiera haberlos roto con facilidad, si al tiempo que pasaban desordenadamente el río hubiese cargado en ellos, contento con enviar delante mil caballos, contra cuyo corto número, reconocido y despreciado por el rey, despachó á toda diligencia á Aristón, coronel de la caballería peoniana, para que los acometiese, no llegó hasta que se habían puesto en marcha. Fué, sin duda, famoso aquel combate en que se señaló con ilustres acciones el valor de Aristón, el cual enderezándose al sátrapa que mandaba la caballería de los persas, le pasó la lanza por el gaznate, siguiéndole como á fugitivo por en medio de los enemigos le derribó del caballo, y habiéndole cortado, á pesar de su resistencia, la cabeza y vuelto á unirse con las demás tropas, la ofreció con gran gloria suya á los pies del rey.

CAPÍTULO X.

Amedrenta y turba á los soldados de Alexandro un eclipse de luna, pero él los asegura y esfuerza por medio de los adivinos de Egipto. Pone en fuga á los persas que asolaban y destruían por todas partes. Muere la mujer de Darío, prisionera, de la tristeza, y llora Alexandro su desgracia. Sospechas, sentimiento y votos de Darío.

Habiendo acampado el rey allí dos días, ordenó al siguiente estuviesen prontos todos á la marcha; pero empezando la luna á la primer vigilia de la noche, hallándose el cielo claro y sereno, á perder el esplendor de su natural belleza y á manifestarse poco después manchada y como teñida en sangre, quedando por último cubierta y obscurecida del todo su luz, causó en el ejército tan religiosa conmoción aquel improviso accidente (sobreviniendo en ocasión de estar para darse tan sangrienta batalla y cuyo suceso tenía á todos en bastante cuidado), que pasando á desmesurado pavor, prorrumpían los soldados, preocupados de él, en altas y desconsoladas voces, diciendo «que el cielo les manifestaba con señales visibles su ira, y que contra la voluntad de los dioses, y á pesar de la suya, los llevaban á los últimos términos de la tierra; que los ríos se oponían á su tránsito, que los astros les negaban su acostumbrada luz, y que no veían sino desiertos y soledades; y últimamente, que por complacer la ambición de un hombre solo, derramaban tantos su sangre; y hombre tal, que desdeñando su patria, negaba á su padre y pretendía se le venerase como á Dios.»

Pasaron estas murmuraciones á una declarada sedición, de la cual noticioso Alexandro, cuya grandeza de ánimo no era capaz de alterarla ningún accidente, hizo llamar á su presencia á los cabos de su ejército y á los adivinos egipcios, los cuales tenían el primer crédito en la facultad astrológica, y habiendo ido á ella, los mandó que declarasen el juicio que hacían de aquel eclipse. No ignorando éstos que los cuerpos celestes tienen sus revoluciones y sus períodos, y que el eclipse de la luna le ocasiona la sombra de la tierra, que interpuesta entre ella y el sol la obscurece, reservando en sí este conocimiento, se contentaron con declarar al vulgo que el sol denotaba á los griegos, y la luna á los persas; y que ningún eclipse de ésta dejó nunca de serles infausto presagio de alguna calamidad. En cuya confirmación alegaron los muchos ejemplos antiguos de los reyes de Persia, á quienes con semejantes señales anunciaron los dioses el infeliz suceso de sus combates. Con lo cual, no habiendo medio más eficaz para refrenar la barbaridad popular, la cual por desenfrenada é inconstante que se halle, si llega á estar tocada de alguna vana sombra de religión obedece mejor á los adivinos que á sus generales.

Luego que se divulgó la respuesta de los egipcios entre las tropas, recuperaron su esperanza y su valor. De cuya favorable disposición valiéndose el rey, movió á la segunda vigilia los reales. Tenía á mano derecha el Tigris y á la izquierda las montañas, á quienes llaman Gordianas, y habiéndole llevado sus corredores al romper del día noticia de que se acercaba el ejército de Darío, ordenado el suyo, se puso al frente de él. Si bien se averiguó después eran sólo mil caballos que iban al descubierto, á quienes tuvieron por cuerpo de ejército, como de ordinario sucede á los que van á reconocer el campo; los cuales, no pudiendo descubrir

nada cierto, aseguran como tal lo que les representa su miedo. Asegurado, empero, el rey del número de aquella caballería, cargó en ella y la obligó á retirar; dió muerte á algunos que iban mal montados; hizo prisioneros á otros, y poco después que se adelantasen algunos caballos, así para que adquiriesen noticias del enemigo como para que extinguiesen el fuego que habían introducido en las villas los bárbaros, los cuales huyendo le dejaron puesto en los techos de las casas y en el trigo que tenían recogido en las campañas, si bien no habiéndole dado tiempo para que prendiese, y causado sólo el daño en la parte á que le aplicaron, pudieron aprovecharse, luego que le extinguieron, del trigo y de casi todo lo demás que hallaron en gran abundancia.

Esta desolación del enemigo sirvió á los soldados de mayor incentivo para que le siguiesen y se apresurasen á evitar la destrucción y estrago que á vista suya hacía el fuego que introducía en cuanto se le ofrecía. Si bien en aquella ocasión hizo la necesidad cuanto podía haber obrado la razón, porque Maceo, que antes de verse seguido de los enemigos quemaba y destruía á su beneplácito las villas, contento entonces con asegurar su vida dejó enteras muchas á los vencedores.

En tanto el rey, noticioso de que Darío estaba de la otra parte, á tan corta distancia como de cincuenta estadios, y cogiéndole este aviso en paraje bien abastecido, se detuvo allí cuatro días. Después de los cuales, llegando á sus manos ciertas cartas de Darío, por medio de quienes solicitaba de los soldados griegos le diesen muerte, y estando tan asegurado de la fidelidad de éstos como de la lealtad de los macedones, se halló dudoso en si resolvería leerlas en junta plena ó no. Consultándolo empero con Parmenión, le disuadió de ello, representándole cuán peligroso era hacer partícipes á

los soldados de semejantes intentos; pues para cometer una maldad bastaba cualquiera, no habiendo alguna de quien no fuese capaz la avaricia.

Conforme con tan prudente dictamen, hizo marchar su ejército, en cuyo camino se le ofreció uno de los eunucos de la mujer de Darío, el cual le llevaba la noticia de dejarla tan en el último peligro de su vida, que aseguraba sería muy posible la hubiese ya perdido. Habían postrado á aquella infeliz princesa la fatiga de prolijo y penoso camino y los continuos y considerables disgustos del ánimo, de suerte que desfallecida á su rigor cayó en los brazos de su suegra y de sus hijas, rindiendo poco después el espíritu, de que casi al mismo tiempo tuvo aviso Alexandro. El cual, no menos sentido que si se le hubiese muerto su madre, deshecho en lágrimas, como pudiera hacerlo Darío, pasó á la tienda de Sisigambis, á quien halló junto al cuerpo de la nuera difunta.

Allí fué donde se renovó su dolor al ver aquella venerable princesa postrada por tierra, lamentando en aquella última infelicidad todas las demás que le renovaba, y á las hijas de Darío, en la flor de su juvenil edad, recostadas sobre su regazo, acompañándola á sentir con igual ternura tan sensible pérdida, en la cual le eran de considerable alivio, aunque no esperasen de ella en su dolor todo el que necesitaban. Tenía delante de sus ojos á su nieto, cuya tierna edad movía á tanta mayor compasión, cuanto que siendo el más lastimado en el considerable golpe de aquella calamidad, era quien menos la sentía.

Derramaba Alexandro en medio de los suyos copiosísimas lágrimas, y se hallaba más necesitado de recibirle que de ministrar algún consuelo. Pasó todo el día sin probar alimento alguno, y dispuso que se le hiciesen á aquella princesa las reales y suntuosas exequias

que acostumbran los persas en semejantes casos. Por cuya heroica acción merece, aun hoy, los loores que son debidos á su gloriosa memoria, y que vinculada á los venideros siglos la de benignidad y moderación tan generosa, se celebre en ellos con repetidas aclamaciones. Vióla sólo en ocasión de visitar á su suegra cuando quedaron ambas prisioneras; y entonces su peregrina hermosura, más que de incentivo á sus menos decorosos deseos, sirvió de crédito á su loable continencia y de esplendor á su gloria.

Aprovechándose uno de los eunucos de la reina, llamado Tyriotes, de la ocasión que le facilitó el desorden y confusión en que había puesto á todos aquella lástima, tuvo forma de salir por cierta salida con quien no se guardaba el cuidado que con las demás, respecto de no estar de la parte que miraba al enemigo, y de llegar al campo de Darío. Fué allí recibido de las guardas, desde donde, rasgadas sus vestiduras y anegado en su llanto, pasó á la tienda del rey, el cual no bien le hubo visto cuando combatido de tan crecidos como varios temores, aun no acabando de resolverse á lo que más debía recelar, le dijo: «Bien infiero, amigo, de la tristeza de tu semblante y de lo desmedido de tus acciones que vienes á darme noticia de algún considerable infortunio. Ruégote, empero, que sin que te detenga la aflicción en que me ves, me la refieras sin disfraz ni embarazo, porque habiendo aprendido ya en la escuela de mis desdichas á ser infeliz, podrá ser que (como suele á los que lo son) me sirva de algún consuelo saber hasta dónde llega la adversidad de mi suerte. ¿Vienes acaso á darme (como sospecho y no acabo de acertar á pronunciar temeroso) noticia de algún desacato cometido en las prendas que más adoro, el cual habrá sido para ellas y será para mí más sensible que los mayores tormentos del mundo?» «Tan contrario á eso es, señor de

respondió Tyriotes), que entre todos los obsequios que tributan á sus soberanos los vasallos, no ha habido alguno de que no haya usado con ellas el vencedor; pero la reina, tu esposa, acaba de rendir á la Parca los últimos alientos de su vida.»

No bien lo hubo articulado, cuando no se oían por todo el campo sino lastimosos gemidos y espantosos y extraños gritos, y cuando persuadido Darío á que sin duda habría muerto resistiendo alguna violencia contra su honestidad y decoro, traspasado del dolor y fuera de sí prorrumpió con desmedidos gritos en estas voces: «¿En qué te he ofendido, Alexandro, ó qué agravio he ocasionado á los tuyos para que tomes de mí tan cruel venganza? Tú me aborreces, tú me persigues sin haberte dado la menor causa para ello. Pero aun cuando te la hubiese ofrecido, ¿es bastante alguna para que, profanando el sagrado de las mujeres, háyas faltado al respeto que se les debe?» Aseguróle Tyriotes con repetidos juramentos, poniendo á los dioses de su patria por testigos, de que la había atendido Alexandro con la veneración que debía á su decoro y su soberanía, y llorado su muerte con gran ternura y con tan vivas demostraciones de dolor como pudiera él siendo su esposo. Pero aumentando aquel enamorado infeliz príncipe con esta noticia á las sospechas de la ofensa de Alexandro los celos del agravio de su esposa, no pudiendo persuadirse á que tan tiernos y excesivos sentimientos por una cautiva dejasen de proceder de recíprocos cariños, habiendo despedido á todos los que se hallaban con él y quedado solo con el eunuco, le dijo, no vertiendo ya lágrimas, exhalando, sí, suspiros: «Advierte, oh Tyriotes, que ya no es tiempo de mentirme, y que si no me confiesas la verdad te la harán declarar los tormentos; pero sin que quieras exponerte á tanto rigor, te ruego que si acaso te ha quedado algún amor,

algún respeto á tu reina, me digas si Alexandro, como mozo y como vencedor, ha intentado lo que deseo saber y mi honra y mi vergüenza no me permiten decir.»

Ofreciéndose Tyriotes voluntariamente á los tormentos, en crédito de su verdad, le volvió á asegurar con mayores juramentos, invocando nuevamente á los dioses por testigos, de que no había procedido acción menos loable y decorosa. Con lo cual, dando, por último, crédito á las aseveraciones del eunuco, se cubrió el rostro, y restituído al llanto permaneció en él por largo espacio; después del cual, existiendo las lágrimas y levantando la ropa sobre la cabeza y al cielo las manos hizo esta deprecación: «Dioses protectores de la corona de los persas, ruégoos que os dignéis restablecerme en mi trono. Y que en caso de que por vuestros altos juicios no lo permitan vuestros soberanos decretos ni mi infeliz destino, os sirváis de que el imperio del Asia no recaiga en otro dueño que en el que sabe ser tan justo enemigo como benigno y moderado vencedor.»

CAPÍTULO XI.

Pide Darío por tercera vez la paz sin fruto y niégasela también Alexandro, persuadiéndole á que se rinda ó haga la guerra.

Aunque Darío había procurado, sin ningún fruto, por dos ocasiones la paz, y desengañado de ella vuelto sus pensamientos á la guerra, vencido y obligado de la benignidad del enemigo, le envió diez de sus más inmediatos y autorizados parientes para que por tercera vez la solicitasen y le propusiesen nuevas condiciones que la facilitasen. Convocó Alexandro su consejo, y habiendo hecho entrar en él al más anciano de los embajadores, dijo éste así: «No le precisan á Darío, señor, ni la fuerza, ni la necesidad á que solicite la paz, y sin embargo te la pide hoy tercera vez, obligado de tu justificación y clemencia. Has tratado hasta aquí á su madre, á su mujer y á sus hijos con tan grande urbanidad, que no ha sentido su cautiverio, sólo sí su ausencia. Has mirado por el honor de sus hijas con no menor atención y decoro que si fueses su padre, y has honrado á su madre con el título de reina, conservándola en la misma ostentación y grandeza que mantenía antes de su desgracia. Reconozco en tu rostro igual tristeza á la que dejamos en el de Darío, cuando partimos de su presencia, si bien con la diferencia de que aquél llora á su esposa muerta y tú á tu enemiga difunta, cuyas exequias han interrumpido el curso de tus progresos. ¿Qué hay, pues, que admirar que quien se halla obligado de generosidad tanta solicite la paz de un príncipe á quien se le reconoce con tan colmados beneficios? ¿Y

sobre qué es la guerra cuando faltando los odios y la enemistad cesa el motivo para ella? Dejábate antes todas las provincias que se dilatan hasta el río Halis y terminan en la Lidia; hoy empero te ofrece en matrimonio á su hija con cuantos dominios contienen el Helesponto y el Euphrates, hallándose pronto á entregarte en mayor testimonio y seguridad de su fe y amistad la amada prenda de su hijo Ocho, como le devuelvas á su madre y á sus dos hijas, por cuyo rescate te pide admitas treinta mil talentos de oro.

Si no tuviese tan acreditada tu prudencia y moderación, no me atrevería á decirte debes en la coyuntura presente no sólo conceder la paz sino desearla. Advierte lo que dejas atrás, lo que falta por conquistar, y que es tan grave como peligroso peso el de un gran imperio, é inconsiderado arrojo emprender más de lo que se puede conservar. Reconócelo en la crecida grandeza de esos navíos, cuya desproporción impide el que se rijan y gobiernen. Y qué sé yo si la misma excesiva grandeza de Darío ha sido principal causa de sus considerables pérdidas, por lo difícil que es el acertar á mantenerla; pues hay cosas tanto más fáciles de adquirír que de conservar, cuanto tienen mayor prontitud nuestras manos á robar que disposición nuestra cordura á retener. Aun la misma muerte de la mujer de Darío puede servir de advertencia y persuasión á tu templanza, pues te ha defraudado su pérdida las ocasiones de que se ejercite la generosa virtud de tu clemencia.»

Oído el embajador lo hizo salir Alexandro de su tienda, y deseando saber el dictamen de los de su consejo. les ordenó se le propusiesen. Permaneciendo empero todos por largo espacio sin atreverse á manifestarle, por no haber podido descubrir la voluntad del rey, interrumpiendo Parmenión aquel silencio, representó: «Que desde Damasco había votado se admitiese el res-

cate de aquellos prisioneros, así porque sería considerable la porción que se sacaría de ellos, como porque faltando la ocasión para el cuidado de su guarda, se ocuparían en más digno empleo de su valor los soldados que se malograban en aquél. Y que entonces se volvía á confirmar en el mismo sentir, con tanta mayor firmeza cuanto reconocía no debía ponerse el rey en marcha sin haberse desembarazado primero del penoso estorbo que causaban al ejército una anciana reina y dos juveniles princesas y admitido los treinta mil talentos de oro que se le ofrecían. Que considerase que sin sacar la espada quedaba por medio de un tratado dueño de los más prodigiosos reinos del mundo, y tanto más glorioso cuanto ningún príncipe antes de él llegó á poseer aquella vasta extensión que contienen el Istro y el Euphrates; después de cuya posesión juzgaba le sería más conveniente restituirse á Macedonia que alargarse á la Bactria y la India.»

Quedó tan disgustado Alexandro del voto de Parmenión, que no bien le hubo acabado cuando prorrumpió diciendo: «También yo preferiría el oro á la gloria si fuese Parmenión; pero hallándome Alexandro no puede tener lugar el recelo de que llegue á estado de pobre, pues si no me engaño soy rey y no mercader, ni tengo nada que vender y mucho menos mi fortuna. Si se juzga por conveniente que los prisioneros se restituyan, mucho más loable y honroso será hacerlo sin rescate alguno que entregarlos por el vil precio del dinero.»

Y volviendo inmediatamente á hacer entrar al embajador le dió esta respuesta: «Diréis á vuestro dueño que los agradecimientos son superfluos entre los que se hacen guerra, y que si yo he usado de alguna clemencia y urbanidad con los suyos lo he hecho por lo que me debo á mí y no por afecto alguno que le tenga á él. Mi genio no es de oprimir á los afligidos, ni pueden ser

empleo de mi valor prisioneros y mujeres; peleo sólo con los que se hallan con las armas en las manos y están en estado de defenderse. Si Darío hubiese solicitado de mí la paz por los medios que corresponden á una sincera intención y segura fe, podría ser que me detuviese á pensar lo que en tal caso debía obrar; pero no habiendo cesado de solicitar por medio de sus cartas y de sus ofertas y dádivas con mis soldados que me fuesen traidores, y con mis validos que me diesen muerte, estoy resuelto á buscarle á todo trance, no ya como á enemigo, sino como á atosigador y asesino.

Por lo que mira á las condiciones que me proponéis, son tales que si las admitiese quedaría él más vencedor que yo. Decís que me ofrece cuanto está de la otra parte del Euphrates; pero deseo que me digáis: ¿quién es hoy dueño de esto? Parece que aún me juzgáis de esta otra, y respecto de este error que no he pasado los límites del gran dote que me ofrece y que tanto ponderáis; cuando con sus armas me desapropie de la posesión de estos dominios, entonces confesaré dádiva suya lo que hoy reconozco trofeo de mi valor. Con la misma liberalidad me promete una de sus hijas en dote, como si ignorase yo la tenía destinada para empleo de alguno de sus vasallos, á cuya excesiva honra y á la que me hace en preferirme para yerno suyo, parangonándome con Maceo, no puedo dejar de vivir reconocido. Volved y decid á Darío que cuanto ha perdido y conserva ha de ser objeto de una batalla, con cuyo suceso decidirá la fortuna nuestras contiendas, declarándole á él ó á mí por dueño de ambos reinos. Que no me ha traído al Asia la codicia de los presentes, sino la magnánima generosidad con que acostumbro hacerlos; y que si depuesta la vana soberbia con que pretende igualárseme, se contiene en los límites de la inferioridad, podrá ser que le permita lo que me pide; pero que advierta, en caso de

repugnarla ufano y altivo, que así como no pueden ilustrar el mundo sin considerable ruina suya dos soles, tampoco regir sin igual riesgo dos dueños tan vastos reinos como son los de ambos. Y que en esta atención elija ó rendirse hoy ó combatir mañana, sin prometerse mejor suceso que los que ha experimentado hasta aquí.»

Oída por el embajador su resolución, le dió las gracias, porque hallándose en ánimo de continuar la guerra no le entretuviese con la esperanza de la paz, y le pidió por favor le permitiese volver cuanto antes á participar á su rey su determinación para que se dispusiese al combate. Habiéndoselo concedido y llegado á la presencia de Darío, le hizo sabedor de la prontitud con que le presentaría la batalla Alexandro.

CAPÍTULO XII.

Atemorízanse los macedones viendo en batalla el ejército de los persas; pero por último, llegando á ellos, toman alegres las armas.

Informado Darío por sus embajadores de la resolución de su enemigo, envió á Maceo con tres mil caballos para que se apoderase de los pasos donde habían de llegar los enemigos. Alexandro, habiendo hecho las últimas honras á la mujer de Darío, y dejando en su campo aquel gravoso acompañamiento con algunas tropas, partió en busca del enemigo, llevando dispuesta su infantería en dos cuerpos y cubierta por ambas partes de la caballería, á quien seguía el bagaje. Deseoso de saber de Darío, hizo adelantar á Menidas con la caballería de los scitas para que solicitase inquirir noticias del paraje en que se hallaba; pero habiendo sabido en el camino que Maceo estaba á corta distancia, y no atreviéndose á pasar más adelante, se volvió sin más aviso que el de que había oído crecido estruendo de hombres y ruidoso relincho de caballos, habiéndole sucedido lo mismo á Maceo, pues luego que descubrió de lejos á los corredores de Menidas retrocedió para hacer partícipe de la marcha del enemigo á Darío, el cual, deseando dar la batalla en campo raso, mandó á su gente tomase las armas y la ordenó en forma de batalla.

Ocupaba la punta del ala izquierda la caballería de Susa, con los dahos, los arachosios y algunos bactrianos, que hacían en todos casi seis mil caballos. Marchaban después cien carros armados de hoces, y tras ellos

Bezo al frente de tres mil caballos bactrianos y de dos mil masagetas que cerraban estas tropas: seguíalas la infantería, compuesta de muchas naciones, alistada cada una debajo de sus banderas. Conducían Ariobarzanes y Orobates á los persas con los mardos y sogdianos en dos cuerpos separados que mandaba el príncipe Orsines, descendiente de los siete persas y de Ciro, el más esclarecido de sus reyes. Seguíanlos muchos pueblos, apenas conocidos de lo restante del ejército, y Phradates después con las bandas caspianas y cincuenta carros de guerra; después los indos y todas las demás naciones vecinas del mar Rojo, que servían más para aparente terror que para seguro socorro. Iban después otros cincuenta carros armados de hoces con las tropas extranjeras y los armenios de la Baja Armenia, seguidos de los babilonios, de los belites, de los habitadores de los montes Coseores y de los Gortuas, pueblos de la Eubea, los cuales aunque militaron antiguamente debajo de las banderas de los medos, habían degenerado ya enteramente de la virtud de sus antecesores. Juntáronseles los phrigios, los cataones, y finalmente, cerraban todas aquellas tropas los que habitaban las tierras que poseen el día de hoy los parthos que pasaron de la Scitia. Esta era la ordenanza del ala izquierda.

En la derecha estaban por una parte los armenios de la Mayor Armenia con los caducios, luego los capadocios, los sirios y los medos, que llevaban también cincuenta carros armados de hoces, llegando á componerse todo el ejército de cuarenta y cinco mil caballos y doscientos mil infantes; los cuales, dispuestos en este orden, se adelantaron diez estadios, y habiéndoles mandado hacer alto, pasaron toda la noche con las armas en la mano, en cuyo ínterin fué tan extraño el pavor que improvisadamente se difundió por todo el campo

de Alexandro, sin haberse podido saber la ocasión, que preocupados todos de un oculto horror empezaron á temblar. Veíanse en el aire resplandores semejantes á las exhalaciones ardientes que en las noches del estío levanta el calor, las cuales, dilatándose á bastante distancia del ejército de Darío, las tuvieron por fuegos de su campo, creyendo que por negligencia habían caído en sus cuerpos de guarda. Siendo cierto que si Maceo, que guardaba el paso, los hubiese cargado á este tiempo los habría derrotado; pero manteniéndose sin hacer el menor movimiento sobre una eminencia que había ocupado, se contentó con que no le acometiesen. Reconociendo Alexandro el desmayo de sus tropas, mandó hacer alto y que dejasen las armas; y habiéndolas asegurado de que hallándose el enemigo á bastante distancia faltaba el motivo para su desasosiego, hizo se entregasen al reposo; con lo cual, restituídos por último á sus primeros alientos, volvieron á tomar animosos las armas; si bien Alexandro tuvo por más conveniente que llegar á esgrimirlas con el enemigo, acampar por entonces en aquel lugar y atrincherarse bien en él.

El día siguiente, Maceo, que estaba alojado con alguna caballería escogida sobre una altura desde donde se veía el campo de los macedones, ó ya fuese miedo ó ya haber ido solo á descubrirle, se volvió hacia Darío. Ocuparon inmediatamente los macedones aquel puesto que les era de gran comodidad por descubrir desde él muy á gusto suyo el campo de batalla y observar la ordenanza del enemigo; pero la niebla que levantaba por todas partes la humedad de los montes, aunque no impedía la vista del ejército, sí el que se pudiesen reconocer distintamente los escuadrones, los batallones y su ordenanza. Había inundado toda la llanura aquella espantosa y considerable muchedumbre, cuyo estruendoso rumor aturdía aun á los que cogía más distantes. Entonces el rey, em-

pezando á perder algo de su acostumbrada seguridad tan natural á su gran corazón, pesaba con el de Parmenión su dictamen, si bien tarde, porque hallándose tan adelantadas las cosas, no era ya tiempo de premeditar, sino de vencer ó de morir; conturbábale el crecido número de enemigos tan excesivamente superior al de sus tropas, si bien, haciendo mayor impresión que él en su ánimo la experiencia de las continuadas y prodigiosas acciones que había obrado y de las innumerables naciones que había vencido con aquel corto ejército, prevalecía en él al desaliento la esperanza. Y así, receloso de que no se aumentase con la tardanza la desesperación de los suyos, resolvió presentar luego la batalla. Con cuyo fin, encubriendo su desasosiego, hizo que se pusiese la caballería mercenaria de los peonienses delante de su falange, ordenada (como he dicho) en dos cuerpos cubiertos de la caballería. Ya había disipado la hermosa luz del sol aquella niebla, y descubierto distantemente toda la ordenanza del campo enemigo, cuando los macedones, ó impelidos de su animosidad ó disgustados de la dilación á guisa de combatientes, levantaron el grito, á que correspondieron los persas con tan espantosos alaridos, que llenaron de ellos las selvas y los valles circunvecinos. No era posible contener á los macedones, los cuales, impacientes de llegar á las manos con los enemigos, se arrojaban al combate; pero teniendo el rey por más conveniente fortificarse aun en aquella eminencia, mandó hacer en ella algunas trincheras, las cuales acabadas se retiró á su tienda, desde donde descubría sin ningún estorbo todo el ejército del enemigo.

CAPÍTULO XIII.

Opónese Alexandro al voto de Parmenión y de Pelipercón, que era de que se combatiese de noche: y después de haberse entregado por algún rato al reposo, anima á los suyos al combate.

Representábanle entonces á Alexandro sus mismos ojos con bien distintas señas la gravedad del peligro en que se había empeñado, los cabos que por una y otra parte rodeaban los escuadrones animando las tropas y dando orden á todo, el ruido de los soldados y de los capitanes, el sonido de las trompetas y el resplandor que cual naturales y activas luces despedían las armas, eran cosas que aunque de ninguna importancia en sí todas, le tenían en continuo desasosiego el espíritu, ya conturbado, vacilante y cuidadoso del suceso de tan importante jornada. Por lo cual, ó no sabiendo á qué resolverse ó deseando saber el ánimo y dictamen de los suyos, juntó su consejo para que en él se confiriese lo que más convenía determinar,

El voto de Parmenión, cuyas largas experiencias y consumado talento le habían granjeado el primer crédito entre todos los demás generales, fué de que aquella empresa se llevase más por los términos de un oportuno improviso acometimiento que por los regulares de un combate descubierto. Representaba que cuanto sería fácil romper á aquella numerosíma muchedumbre, compuesta de tantas naciones, cuyas costumbres, genios y lenguajes eran sumamente distintos, acometiéndola desprevenida entre la obscuridad de la noche y la quietud del profundo sueño, en quien les impediría el

mismo pavor, aumentado en sus tinieblas, la reunión y ordenanza, tanto más aventurado y peligroso el suceso si el combate fuese de día, á cuya claridad podrían atemorizar á los macedones los feroces aspectos de los scitas y bactrianos, sus erizadas barbas y dilatados cabellos y la grosera y disforme estatura de sus cuerpos; accidentes todos que, si bien no aumentan las fuerzas ni menos la ocasión para el temor, suelen hacer aún mayor impresión en los ánimos de los soldados que las que con más razón pueden causarle. Que debía considerarse el conocido riesgo á que se exponía su corto ejército por la facilidad con que le oprimiría por todas partes tan inmensa muchedumbre, y que no era lo mismo haber peleado entre las inaccesibles rocas é impenetrables lugares de Cilicia, que haber de hacerlo en campaña rasa y descubierta.

Conformes los votos de los más generales con éste, fué tanto lo que se inclinó á él Pelipercón, que protestó en el suyo pendía de su ejecución la victoria. Pero el rey, vuelto á él y mirándole con sañudo semblante porque pudiendo haber escarmentado de la aspereza con que había tratado á Parmenión le repetía nuevo motivo para su desagrado: «Vosotros me persuadís (les dice) á que use de las mismas cautelas y ardides de que se valen los ladroncillos rateros, cuya destreza consiste en la supercheria y el engaño. Hállome, empero, tanto más lejos de permitir que la ausencia de Darío, la ventaja del sitio ni el logro de una victoria debida al favor de la noche desdoren y disminuyan mi gloria, cuanto mi voluntad y última resolución es de combatir en medio del día, para poder en el menos dichoso suceso quejarme antes de mi desgracia que avergonzarme en el más feliz con la misma victoria. Fuera de que estoy cierto de que los bárbaros se mantienen á todas horas con las armas en la mano y con tan gran vigilancia, que no es

fácil acometerlos desprevenidos; por lo cual os mando que os dispongáis para la batalla.» Después de cuyos generosos estímulos les permitió algún tiempo para el reposo.

Darío, empero, juzgando que el enemigo ejecutaría lo que Parmenión había persuadido, ordenó estuviesen prontos los cabos, que gran parte del ejército se mantuviese con las armas y que se doblasen las guardas. Y recorriendo en persona, asistido de los principales cabos, su campo (de quien despedían los crecidos fuegos, que en él había grandes resplandores), visitaba sus tropas, puestas ya en arma, invocando al sol, á quien llaman Mithres, y al fuego eterno y sagrado, para que inspirasen en sus soldados los valerosos alientos que correspondían á su antigua gloria y á la generosa virtud de sus predecesores. Decía que (en cuanto era permitido á la cortedad humana penetrar los presagios del cielo) las reservadas y selectas disposiciones de los dioses daban á conocer los tenían propicios, habiendo experimentado antes el repentino pavor de los macedones; los cuales, vagando por diversas partes de su campo, habían arrojado las armas. Que esperaba tomasen los dioses tutelares del imperio de los persas venganza de aquellos desatinados, cuyo cabo lo era aún más que ellos; pues no de otra suerte que las fieras, dejándose llevar de la codicia de la presa, se arrojaba incauto al peligro que le tenían dispuesto.

No era menor la vigilancia y desvelo con que se hallaban los macedones, los cuales permanecieron también en arma toda la noche: el mismo Alexandro, no habiendo llegado nunca á verse tan sobresaltado, hizo llamar á Aristandro, por cuyo medio recurrió á los dioses con votos y ruegos. Revestido, pues, aquel sacerdote de una ropa blanca, con la verbena en la mano y cubierta la cabeza, procedía delante del rey, pidiendo con él

socorro á Júpiter, á Minerva y á la Victoria. Cuyo sacrificio, concluído con las precisas ceremonias, se retiró el rey á su tienda á procurar algún reposo en lo que le quedaba de la noche. Pero asaltándole unas veces el cuidado de si cargaría con todas sus fuerzas desde lo alto de la colina en el ala derecha del enemigo, ó si le acometería por el frente, y otras el de si lo haría por el ala izquierda, no pudo conseguirlo hasta que quedó por último rendido de las fatigas del ánimo á un profundo sueño.

Había ya desplegado el día completamente su luz, y con ella aumentádose el desasosiego de los cabos, que se hallaban á la entrada de la tienda de Alexandro; los cuales, no acabando de ponderar el gran silencio en que estaba, aumentaban la extrañeza con la memoria de lo que habían experimentado en otras ocasiones de igual peligro, en quienes el mismo rey era el primero que los llamaba y que reprendía á los negligentes y perezosos; no pudiendo en aquélla hacer juicio seguro para la causa de él, y de entregarse con tal sosiego al sueño al tiempo que estaba para darse batalla, de cuyo suceso pendía el todo de sus intereses. Sin embargo, no atreviéndose ninguna de sus guardas á entrar dentro, y acercándose la hora del combate, para el cual ni los soldados se podían armar ni poner en ordenanza sin que se lo mandase, habiendo esperado Parmenión largo espacio, dió orden á los soldados para que comiesen; y reconociendo no admitía mayor dilación la urgencia entró en su cámara, donde le llamó muchas veces. Pero no bastando todas para que despertase, se vió precisado á mecerle y á decirle á grandes voces: «Advierte, señor, que ya está muy adelantado el día; el enemigo en batalla, que marcha hacia nosotros, y que tu gente espera aún tus órdenes. ¿Dónde está tu invencible valor? ¿Dónde aquella cuidadosa vigilancia con que solías des-

pertar á tus guardas?» A cuyos desmedidos gritos, habiendo vuelto Alexandro con sereno semblante, y asegurado á Parmenión no se había entregado con tanta quietud al reposo á no haberse asegurado de la inquietud que le alteraba, mandó tocar al arma.

No cesando, empero, Parmenión de admirar la tranquila serenidad del rey y su descuido, «No te extrañes (le dijo), pues cuanto te confieso me tenía cuidadoso la desolación que antes hacía Darío en todo, tanto más sosegado hoy, habiendo resuelto presentarme la batalla; á vista de lo cual ¿qué puedo temer, logrando cumplidos mis deseos? Y... pero yo me declararé más á su tiempo. Pónganse en tanto todos debajo de sus banderas, que yo os seguiré y pasaré á daros mis órdenes.» No acostumbraba á armarse sino raras veces; y estas más á ruego de los suyos que á persuasiones del temor y á intimaciones del peligro. Hízolo, empero, entonces; y habiendo salido fuera de la tienda, y causado tan gran regocijo en los soldados su presencia, y el gusto y resolución que mostró, que teniéndolo por feliz agüero de la victoria la suponían como segura.

Hizo derribar las trincheras, sacó fuera sus tropas y las puso en batalla.

Tomó la gente de á caballo de la compañía del rey, cuyo capitán era Clito, la punta del ala derecha con los escuadrones de Philotas, á cuya parte estaban todos los cuerpos de caballería, cerrando con el último Meleagro. Iba después la falange, y tras ella Argiráspiles, debajo del mando de Nicanor, hijo de Parmenión, seguido de las tropas de Ceno; después los orestes y los lincestes, pueblos belicosos, y á lo último Pelipercón, que conducía en ausencia de Amintas, su coronel, las banderas extranjeras. Entre cuyas tropas estaban los balatros, nuevos aliados, á quienes mandaba Philago. Este era el orden que guardaba el ala derecha de Alexandro.

A la izquierda estaba la caballería del Peloponeso, conducida por Cratero con la de los aqueos, locrenses y maleonenses, y por última banda la gente de armas de Tesalia, mandada por Philipo. La infantería iba cubierta de la caballería; pero para impedir que fuese oprimida por la muchedumbre tenía otra segunda línea, donde estaba un poderoso cuerpo de reserva, y en las alas caballería, no de frente, sino de flanco, para hacer rostro de aquella parte si los acometiesen por detrás.

En esta segunda línea estaban los agrianos, que mandaba Attalo, con los arqueros de Creta. Y para que de todas partes quedase bien resguardada la ordenanza, hizo que los últimos escuadrones volviesen las espaldas á los primeros. Allí estaban los ilirios, los extranjeros mercenarios y los tracios, armados á la ligera; y por último, en tal orden aquel ejército, que los últimos podían para evitar la carga torcer los rostros y hacer frente hacia todos lados, no estando la vanguardia más fortificada que los flancos, ni los flancos que la retaguardia.

Dispuestas así las cosas, ordenó que si los bárbaros disparasen estrepitosamente sus carros, llenos de hoces, manteniéndose en ordenanza se abriesen para dejarlos pasar, con cuya prevención no podrían, dándoles lugar para que lo hiciesen, causar daño alguno; pero que si por el contrario fuesen á ellos sin ruido, que entonces diesen grandes gritos para espantar los caballos y los hiriesen por una y otra parte. Mandó también á los que tenían las alas que las extendiesen cuanto les fuese posible, aunque sin enflaquecer mucho el cuerpo de batalla, para evitar que los cogiese en medio la muchedumbre. Dejó el bagaje y los prisioneros, entre quienes estaban la madre y las hijas de Darío, en una eminencia no distante del campo de batalla, con cortas

guardas. Mandaba el ala izquierda, según lo hacía siempre, Parmenión, y el rey la derecha.

Aún no estaban á tiro de saeta cuando cierto fugitivo del campo de Darío, llamado Boin, llegó á toda diligencia á participar á Alexandro cómo Darío había hecho ocultar en el territorio por donde esperaba pasase su caballería gran cantidad de abrojos de hierro, y poner al mismo tiempo ciertas señales para que evitase llegar á él la suya. Asegurado el rey de la noticia hizo partícipes de ella á sus capitanes, á quienes mandó que pasando de uno en uno á sus soldados, respecto de no permitir entonces hacerlo de otra suerte, así el crecido número de gente como el gran ruido que causaban ambos ejércitos, los advirtiesen se apartasen del lugar donde reconociesen aquellas señales.

CAPÍTULO XIV.

Oración de Alexandro á los griegos y de Darío á los persas.

En tanto Alexandro, puesto á caballo y recorriendo por una y otra parte de su ejército sus escuadrones, animaba con su esforzada presencia y con la eficacia de sus razones á sus capitanes y á los que tenía más inmediatos á su persona, representándoles «que después de haber corrido tantas y tan dilatadas regiones y vencido tan considerables peligros con la esperanza de la victoria, la cual les obligaba nuevamente á esgrimir sus aceros en aquella batalla, no les quedaba otro que vencer, logrados con ella sus triunfos. Que el Gránico y los montes de Cilicia, por quienes su invencible valor les había abierto el paso de Siria y Egipto, de quienes se habían apoderado con inesperada presteza, eran eficaces estímulos para el acrecentamiento de su gloria, como seguras prendas para el logro de la victoria. Que no pensasen que habían de pelear con enemigos nuevos, sino con los que habiendo librado en la última rota por medio de ignominiosa fuga sus vidas, volvían forzados á exponerlas al mismo peligro. Que había tres días que rendidos, no menos que al peso de sus armas á la opresión del miedo, permanecían en aquel puesto, sin que en ellos los hubiesen remudado. Que no era necesaria mayor prueba de la desesperación en que se hallaban que el ver abrasaban ellos mismos sus ciudades y asolaban sus campos, confesando que cuanto dejaban atrás era de sus enemigos. Que los vanos y rumbosos nombres de aquellas desconocidas naciones, de quienes se

componía gran parte de su ejército, pudieran causar terror á otros que ignorasen de cuán corta importancia es para los que pelean saber quiénes eran los que llamaban scitas y quiénes caducios. No, empero, para los macedones, los cuales se hallaban con tanto mayor motivo para despreciarlas, siendo tan desconocidas, cuanto sabían qne la fama de las naciones belicosas se extendía á las demás siempre, y que aquellas miserables, arrebatadas á violento impulso de sus cavernas, no llevaban al combate nada formidable, sino lo espantoso de los nombres. Que la reputación y crédito de los macedones, la cual les había granjeado su generoso valor y gloriosas conquistas, era tan notoria al mundo, que apenas habría en él lugar, por retirado que fuese, á quien no hubiese llegado su noticia. Que considerasen las desordenadas escuadras de aquella confusa turba, entre quienes se hallaban unos sin más armas que la de un dardo, y que la de alguna honda otros, siendo pocos los que las tenían justas y cumplidas; por lo cual, aunque era más numeroso en hombres el ejército enemigo, muy superior en soldados el suyo. Que no les pedía peleasen valerosamente si no los estimulaba primero á hacerlo su ejemplo. Que les ofrecía combatir al frente de sus banderas, esperando ilustrar su persona de tantos ornamentos cuantas fuesen las heridas que recibiese. Que no ignoraban era el único que dejaba de participar del común botín del ejército, y que todos los frutos de la victoria los empleaba en beneficio suyo y conservación de su amor. Y últimamente, que á no estar asegurado de que se hallaba con tan valerosos soldados, les habría representado cuán imposibilitados se hallaban de recurrir á la fuga: porque después de haber penetrado tan dilatadas provincias y dejado atrás tantos y tan caudalosos ríos y tan inaccesibles montes, estaban incapaces de retroceder y de volver á su patria si no

abrían el camino para ella con las puntas de sus espadas. De esta suerte animó á los cabos y soldados que tenía cerca de sí.

En tanto Darío llevaba el ala izquierda de su ejército, rodeado de su nobleza y de la flor de su caballería é infantería, burlándose del corto número de enemigos y creyendo que estando extendidas las alas de su ejército se hallaría desguarnecido el cuerpo de batalla; si bien desde el carro en que estaba, volviendo los ojos y las manos hacia todos los que le rodeaban les habló en esta sustancia:

«Nosotros, que poco ha éramos señores de todas aquellas tierras que baña el Océano de una parte y que contiene el Helesponto de otra, nos hallamos reducidos y necesitados á pelear hoy, no ya por la gloria sino por la vida, y lo que más es que la vida, por la libertad. Este es el día fatal que ha de establecer ó arruinar el mayor imperio que vió jamás el mundo. En el Gránico sólo combatimos con la menor parte de nuestras fuerzas; después de la pérdida que tuvimos en la Cilicia nos podía servir la Siria de retirada; teníamos aún el Tigris y el Euphrates, poderosos baluartes ambos de este reino; pero ya hemos llegado á estado tal, que si perdemos el terreno que pisamos no nos queda donde huir. La dilación de la guerra ha consumido cuanto dejamos atrás. No tienen ya las ciudades habitadores, ni labradores los campos; hasta vuestras mujeres y vuestros hijos nos vienen siguiendo, que será otra santa presa para el enemigo si no libramos prendas tan amadas por medio de una honrosa victoria. Por lo que á mí toca, he procurado cumplir con cuanto he juzgado de mi obligación; he juntado tan numeroso ejército que apenas estas vastas y dilatadas campañas son capaces á contenerle en sí; hele proveído de armas y de caballos; he dispuesto que no falten municiones y bastimento á tan

considerable muchedumbre, y he elegido finalmente lugar capaz de ponerla en orden de batalla. Lo demás pende de vosotros; tened ánimo: hacedle de quedar vencedores burlándoos del crédito y reputación de los enemigos, arma bien débil para soldados degenerosos espíritus, y estad ciertos que lo que habéis tenido por virtud y valentía en ellos, sólo es una precipitada temeridad, que no bien ha exhalado el ardor de su bizarría cuando se apaga y consume, no de otra suerte que se debilitan y descaecen los animales luego que han vertido su veneno.

»Estasllanuras nos muestran el corto número que nos ocultaron los montes de Cilicia. Mirad cuán distantemente se reconocen sus ordenanzas; reparad en la extensión de sus alas y advertid en lo desamparado de su cuerpo de batalla; partid, pues, contra aquellos á quienes han puesto en retaguardia de espaldas á nosotros, como en anuncio de que nos las vuelven disponiéndose á la fuga. ¡Por los dioses que, aun sin que usemos de los carros armados de hoces, bastan sólo las uñas de los caballos para desbaratarlos y romperlos! Con cuya victoria, si la obtenemos, quedará todo por nosotros y concluída la batalla, sin recurso alguno los enemigos á la fuga por hallarse encerrados entre el Tigris y el Euphrates. A que se añade que aun lo que antes contribuyó á hacerlos vencedores, convertido en mayor gravamen y perjuicio suyo, será medio de que hoy queden vencidos; porque hallándonos con un ejército ligero y fácil de mover, y teniendo ellos el suyo tan cargado de la presa, embarazado de nuestros despojos, le podremos deshacer fácilmente, logrando á un tiempo la causa y el fruto de la victoria. Pero si acaso pudiere en alguno de vosotros hacer mayor impresión que la eficacia de estas razones el crédito de aquella gente, advierta que hoy existen las armas de los macedones, no

sus personas; porque habiéndose derramado tanta sangre de ambas partes, por corta que haya sido la que se ha vertido de la suya es más considerable siempre la menor pérdida en un corto ejército que la más crecida en uno poderoso. Y Alexandro, por invencible que parezca á los cobardes, no es más que un hombre solo; y si queréis creerme, un desatinado, y á quien hasta aquí ha hecho más dichoso nuestro pavor que su virtud; pero no pudiendo tener larga subsistencia la próspera fortuna donde no interviene á conservarla la razón y la prudencia, por más que se haya declarado ésta á favor suyo, no dudéis que desabrida y cansada de su continuada temeridad lo desampare y abandone. Fuera de que sus favores son tan poco seguros, y tan inestables y expuestas á repetidas variedades y mudanzas las felicidades humanas, que podemos esperar las padezcan las suyas.

»¿Y qué sabemos si los dioses han permitido que el imperio de los persas, á quien han elevado al mayor cúmulo de gloria por espacio de doscientos treinta años, padezca ahora este golpe, no para destruirle sino para conmoverle y acordarnos por este medio de la inestabilidad de las cosas humanas, de que tan olvidados vivimos en las grandes prosperidades? No ha muchos años que por nuestro gusto hicimos guerra á los griegos en sus dominios; hoy que nos la han traído á los nuestros es preciso que los arrojemos de ellos. De lo cual podéis reconocer cuán recíprocamente estamos expuestos todos á las mudanzas y reveses de la fortuna, y que es imposible que ni los persas ni los griegos lleguen á conseguir la monarquía á que aspiran dos tan poderosos concurrentes; pero aun cuando no nos alentase la esperanza, nos debe obligar la necesidad á que, no pudiendo estar peores de lo que nos hallamos, hagamos el último esfuerzo para nuestra defensa.

»Mi madre, mis dos hijas y mi hijo Ocho, esperanza de este imperio, lloran su infeliz cautiverio; aquellos renuevos de mi casa, aquellos grandes señores en cuyas venas purpurea real sangre que los ilustra, aquellso esclarecidos capitanes, algo menos que reyes, unos y otros se ven esclavos, y la mayor parte de mí mismo no está en mí, y si la que me ha quedado no se asegurase en vosotros, quedaría enteramente cautivo. Ea, pues, valerosos soldados, librad á mi madre y á mis hijos de las prisiones, ya que mi esposa (¡ay de mí!) la he perdido en ellas. Recobradme aquellas caras prendas por quienes no rehuso perder la vida. Suponed que juntas todas, después de haber implorado el socorro de los dioses patrios recurren á vuestra fidelidad pidiéndoos vuestra compasión y socorro, y que os intiman las libréis de tan infeliz miseria. ¿Creéis por ventura que su dolor le ocasiona la sujeción con que viven al arbitrio y gracia del enemigo, y el verse esclavas de quienes no se dignarían ser reinas? Pero ya veo á los enemigos que se adelantan, y cuanto más se acercan tanto mayor es lo que se me ofrece que deciros para infundir más coraje en vuestros ánimos.

»Ruégoos, pues, por nuestros dioses tutelares, por el fuego eterno que va delante de nosotros en esos altares, por el sol que nace en los confines de mi reino, y por la inmortal memoria de Ciro, el cual habiendo conquistado este imperio de los medos y de los lidios fué el primero que le trasfirió á los persas, libréis del último y eterno ultraje el nombre y la nación de los persas. Marchad, pues, alegres y confiados en la victoria, para que aumentada con los triunfos de ella la gloria que os dejaron vuestros predecesores, pase á vuestros descendientes. De vuestro valor pende el día de hoy vuestra libertad, vuestra salud y toda la esperanza y el remedio de la patria. El medio de evitar la muerte

es despreciarla; el que la teme la encuentra. Por lo que mira á mi persona, aunque me veis en este carro no estoy en él tanto por observar la costumbre de este reino cuanto por dejarme ver mejor de todos; haced lo que en mí viereis y seguid el ejemplo que os diere, que es cuanto os pido.»

CAPITULO XV.

Descripción de la sangrienta batalla que se dieron los dos ejércitos cerca de Arbela. Vencedor Alexandro, sigue á Darío vencido y roto.

Deseoso Alexandro de evitar los lugares de las emboscadas que Bión le había mostrado, y de encontrar á Darío, que llevaba el ala izquierda de su batalla, salía siempre hacia la mano derecha, cuya diligencia hacía también Darío por llegar á él, habiendo ordenado á Beso que cargase en el ala derecha de Alexandro con la caballería de los masagetas. Tenía delante de sí sus carros armados de hoces, á quienes hizo partir contra los enemigos luego que se les dió la señal; soltáronlos á toda rienda los que los gobernaban, para que con la celeridad fuese mayor el daño que hiciesen en ellos, no dándoles lugar á que pudiesen evitarle. Quedaban muertos, unos al violento impulso de las lanzas que salían del timón y despedazados otros al de las hoces que pendían de una y otra parte de los carros, cuyo estrago obligó á los macedones á que cediendo á él se retirasen, no ya con ordenanza, sino cual pudieran en declarada rota, con precipitada fuga.

Advirtiéndola Maceo, aumentó su terror cargando también en ellos y enviando mil caballos á saquear los alojamientos de los enemigos; á cuya diligencia esperaba que reconociendo sus prisioneros, á quienes tenían en el mismo cuartel, cercana su gente, rotas las prisiones, se librasen. Si bien previniendo el fin Parmenión, que mandaba el ala izquierda, participó con la mayor

presteza que pudo al rey por medio de Polydamas el peligro en que estaba y lo que gustaba hiciese. Pero habiéndole oído Alexandro, «Id (le respondió) y decid á Parmenión que si ganamos la victoria, no sólo recuperaremos lo que es nuestro, sino quedaremos también dueños de cuanto posee el enemigo; que no enflaquezca el cuerpo de la batalla ni cuide del bagaje, sino de pelear con el ardor que debe hacerlo por la gloria de Alexandro y de Philipo.»

En el ínterin los bárbaros saquearon el campo, dieron muerte á muchos de las guardas, y los prisioneros, rotas sus prisiones y armados de cuanto encontraban, cogiendo á los macedones en medio, cargaban en ellos, y persuadidos á que habría sido igualmente feliz el suceso, y que victoriosos los persas se entregaban ya á la presa, participaron á Sisigambis había obtenido Darío la batalla, hecho considerable mortandad en los enemigos y apoderádose del bagaje; pero conservándose aquella prudente princesa, por más que procuraron alegrarla los prisioneros con tan favorables noticias, en el mismo estado en que la hallaron, y no pudiendo sacarla alguna palabra, ni hacerla mudar de semblante, recelosa quizá de disgustar á la fortuna con su anticipado regocijo, apenas acertaban á distinguir cuál era lo que más deseaba.

En tanto Ménidas, general de la caballería de los macedones, habiendo procurado con algunas tropas, aunque cortas, recuperar el bagaje, ó ya fuese por arbitrio propio ó ya fuese por orden de Alexandro, no pudiendo tolerar el furor de los cadúcios y de los scitas, apenas intentó el combate cuando se vió precisado á retirarse hacia el rey, sin otro fruto que el de haber sido antes testigo de la pérdida del bagaje que recuperador de él. Con cuyo suceso disgustado Alexandro, ya se arrepentía de su primera orden, aunque temiendo justamente

no divirtiese á los soldados del combate el deseo de cobrar su bagaje, envió á toda diligencia á Arietes, capitán de los piqueros, á quienes llamaban *sarisophores*, contra los scitas. En cuyo ínterin los carros, que habían roto las primeras filas, llegaron hasta la falange; pero los macedones abriendo con grande animosidad su batallón y dividiéndole en dos, como se les había ordenado, los cogieron en medio, donde, cruzadas las picas, herían por una y otra parte los caballos, y cercando después los carros derribaban á los que iban en ellos.

Fué tan grande el estrago, que no se veían sino cuerpos muertos; los caballos amedrentados y doloridos de las heridas no se dejaban regir, y precipitados de la violencia del castigo con que se les procuraba obligar á ello volcaban carreteros y carros, y los heridos, sin poderse detener por su pavor, ni adelantarse por su debilidad, arrastraban tras sí á los muertos. Con todo, algunos carros que pudieron llegar hasta la retaguardia hicieron gran destrozo en los miserables que encontraron, cuyos despedazados miembros, esparcidos por una y otra parte, no bastaron á obligarlos á que depusiesen las armas mientras permaneciendo calientes las heridas no llegaban á sentir la actividad de los dolores, hasta que desangrados del todo espiraban en sus mismos puestos.

A cuyo tiempo, habiendo muerto Aretes al capitán de los scitas que robaban el bagaje, fué grande el terror que infundió en ellos esta pérdida. Si bien el esfuerzo de los bactrianos, á quienes Darío envió para abrigarlos, mejoró bien aprisa el combate, porque derribando del primer choque á algunos macedones, y haciendo huir á otros, que se retiraron hacia donde estaba el rey, fué tan grande el regocijo con que celebraron los persas este suceso, que levantando el grito, no de otra suerte que si se hallasen vencedores, cargaron con gran furia en

el enemigo, á quien creían enteramente deshecho. Pero advirtiendo Alexandro aquel desorden, habiendo reprendido y confortado á los medrosos rehizo por sí solo el combate y obligó á los suyos á que, recuperados sus alientos á los esfuerzos de su persuasión, volviesen á la carga.

Y reconociendo disminuída el ala izquierda de los persas, por faltar en ella los bactrianos, á quienes había llevado á los alojamientos la codicia de la presa, asaltó aquellas filas, las rompió é hizo en ellas considerable estrago. A cuyo tiempo, creyendo cogerle en medio mientras combatía, le acometieron por las espaldas; y sin duda que le hubieran puesto en gran peligro si la caballería de los agrianos, sobreviniendo allí á toda diligencia, no hubiese cargado en los bárbaros que le habían embestido y los hubiesen obligado á volver contra ellos; en cuya ocasión fué mucho mayor el número de los muertos de la parte de los persas, aunque de una y otra igual el de los heridos. Tenia Alexandro al enemigo por el frente y por las espaldas, si bien á los que le acometían por éstas daban bien que hacer los agrianos y los bactrianos, aunque vueltos ya del robo no podían recobrar sus filas. Había muchas tropas que separadas de su grueso peleaban donde se les ofrecía hacerlo.

Ambos reyes, á cortísima distancia ya el uno del otro, inflamaban á los suyos al combate; Darío en un carro y á caballo Alexandro, rodeados ambos de sus más escogidas tropas, las cuales atentas sólo á librar á sus reyes, despreciaban generosamente sus vidas, no pudiendo lograrlas sin las suyas, á cuyo precio y el de morir á su vista se tenían por felices. Si bien era mayor el riesgo en los que estaban más inmediatos á sus personas, por ser allí donde de una y otra parte anhelaban todos obtener la gloria de dar por su mano muerte al

rey enemigo. Pero fuese ilusión ó hecho cierto, es sin duda que los que se hallaban al lado de Alexandro aseguraron haber visto volar apacible á un águila sobre su cabeza, sin que la alterase ni espantase el ruido de las armas, ni los gemidos de los que morían, que permaneció por largo espacio alrededor de su caballo, como suspendida en el aire; y que mostrando Aristandro revestido de una ropa blanca, con un ramo de laurel que tenía en la mano, como seguro anuncio de la victoria, á los soldados que combatían, aquel pájaro, los infundió tan grande ánimo y confianza, que los que se hallaban poco antes amedrentados volvieron entonces á la carga con increíble ardor y gusto. Fué empero mayor cuando traspasado de una lanzada el que conducía el carro de Darío, é iba sentado delante de su persona, le tuvieron, así ellos como los persas, por el rey. Con cuya persuasión fueron tan espantosos sus gritos y lamentos que pusieron en desorden todo el ejército, aunque hasta entonces combatía con igual esfuerzo que el del enemigo. Los parientes de Darío, que estaban á mano izquierda, abandonando el carro, se pusieron en fuga, si bien los que se hallaban á la derecha le recibieron en medio.

Refiérese que habiendo sacado aquel príncipe su cimitarra, estuvo en duda si evitaría la ignominia de la fuga con una honrosa muerte, y que reconociendo desde su carro que aún mantenían los suyos el combate, tuvo por indigna acción la de abandonarlos; aunque mientras fluctuaba entre la esperanza y la desesperación empezaron los persas á retroceder poco á poco y á desamparar sus filas. Alexandro, habiendo mudado de caballo, después de haber fatigado muchos, no cesaba de dar muerte á los que le resistían y á los que huían. Finalmente, no siendo ya combate aquél, sino destrozo y mortandad, se vió necesitado Darío á volver su carro

y á entregarse como los demás á la fuga. Cargaban los vencedores por las espaldas á los fugitivos, pero impidiéndoles la vista una espesísima nube de polvo que levantaba el crecido tropel de los caballos, procedían con errantes pasos, como pudieran en la más obscura noche, sin poder unirse por otro medio que por el del sonido de alguna voz conocida que se oía, así como de rato en rato el estallido de los azotes con que castigaban á los caballos que conducían los carros, seña única que había quedado á los fugitivos.

CAPÍTULO XVI.

Vese Alexandro en peligro y líbrale de él su gran valor. Obtienen finalmente los macedones una cumplida victoria y obligan al resto de los persas á que se libre por medio de la fuga con muy considerable pérdida de gente.

Manteníase empero con variedad de sucesos, así de una como de otra parte, el ala izquierda, que mandaba Parmenión, porque habiendo cargado allí Maceo con toda su caballería y cogido á los macedones por el flanco, los empezó á estrechar tan reciamente por todas partes con la multitud de sus tropas, que se vió necesitado Parmenión á enviar á decir á Alexandro á toda diligencia el estado en que se hallaba, y que si prontamente no le socorría, le sería imposible evitar la fuga de su gente. Aunque se había alejado á alguna considerable distancia el rey, en seguimiento de los fugitivos, le obligó aquella desabrida noticia á que atendiendo antes al peligro de los suyos que á la prosecución de sus triunfos, volviese en su socorro, no sin gran irritación de que le malograse aquel accidente la victoria, y de que hubiese tenido más fortuna Darío en huir que él en seguirle. Si bien habiendo sabido en el ínterin Maceo el rompimiento de Darío, quedó tan aturdido de su infelicidad, que en medio de la ventaja con que combatía empezó á decaer del ardor con que apretaba al enemigo ya desordenado.

No podía Parmenión penetrar la ocasión de aquel repentino desaliento, aunque aprovechándose, como diestro capitán, de él, hizo cargar allí la caballería de los

tesalos, á quienes les dijo: «¿No veis cómo aquéllos que poco ha nos resistían con tan grande ferocidad, se retiran preocupados de un repentino pavor? No es otra la ocasión que haber ganado nuestro rey la victoria para sí y para nosotros. Los persas se hallan rotos y toda la campaña cubierta de sus cadáveres. ¿Qué esperáis después? ¿Detiéneos acaso el no juzgaros con bastante espíritu para cargar en los que huyen?» Con cuya exhortación persuadidos á lo que les decía, y convirtiendo en esperanzas y ardimiento su desmayo, dieron de espuelas á los caballos y acometieron con increíble furia al enemigo, que si bien hasta entonces se había retirado con moderado paso, ya lo hacía con bien acelerado movimiento y sin que faltase á confirmar su fuga sino el volver las espaldas. Sin embargo Parmenión, ignorando el suceso que había tenido el rey en el ala derecha, y no resolviéndose á seguirlos, dió tiempo á que se pudiese librar Maceo; el cual habiendo pasado el Tigris por extraviado y seguro camino, entró en Babilonia con las tristes reliquias de aquel infeliz ejército.

Darío, acompañado de pocos, llegó al río Lico, y habiéndole pasado, se halló dudoso en si rompería el puente, respecto de seguirle el enemigo; pero considerando que haciéndolo dejaba expuestos á merced suya infinitos millares de los suyos, que aún no habían llegado, lo excusó, protestando al partirse quería antes dar paso á los que iban en su alcance que negársele á los que se salvaban; y después de haber corrido dilatadísima porción de tierra, llegó á Arbela. ¿Qué entendimiento, empero, ni qué palabras serían suficientes á comprender y expresar la inmensa variedad de accidentes con que se burlaba de unos y otros la fortuna? Tan diversos géneros de muertes, la rota y fuga de los vencidos, el estrago y horror de tan sangrienta batalla, en la cual, ó ya se mire á lo general ó ya á lo particular de

ella, no parece sino que quiso reducir al suceso de un día cuantos accidentes puede producir un siglo. Huían unos por los caminos más cortos y más fáciles que hallaban, y ganaban otros los bosques y los senderos más desconocidos á los vencedores. Asombraba ver la caballería é infantería armados unos, desarmados otros, sanos, enfermos y heridos, mezclados confusamente todos, sin cabeza, sin gobierno, en desorden y confusión espantosa.

Los que no podían seguir, por el impedimento de sus heridas, á los demás, quedaban abandonados de sus compañeros con lágrimas y lamentos recíprocos; pero cediendo en éstos la piedad al miedo, convertían en seguridad propia el cuidado ajeno. Con todo, nada los atormentaba más que la sed que les ocasionaban las heridas y la fatiga. Veíase infinidad de gente abalanzada á aquellos arroyos beber con ansia sin igual de sus turbias aguas, las cuales mezcladas en muchos de gran porción de tierra que pasaba entre ellas, los dejaban tan hinchados, impedidos y embargados sus miembros, que sobreviniendo el enemigo no podía moverlos sin nuevas heridas. Algunos, á quienes no permitía el aprieto y multitud que cargaba en ellos llegar á los arroyos más inmediatos, pasaban á buscar los más distantes, donde cogían el agua que descubrían, por corta que fuese, sin perdonar los más retirados, ni charco, por seco, enjuto ó turbio, á quien su sed no le acometiese. No era menos digno de compasión el oir por los caminos cercanos á los lugares los clamores de las mujeres y de los viejos, los cuales con acentos lúgubres llamaban aún á Darío su señor y su rey.

Había llegado ya Alexandro, después de haber detenido el precipitado curso con que corrían los suyos en seguimiento de los fugitivos (como hemos referido), al río Lico, cuyo puente se llenó de tan gran multitud, que

acometidos unos del enemigo se precipitaban al agua, y cargados otros de sus armas y fatigados del combate y de la fuga perecieron miserablemente. No sólo el puente rebosaba tropas, sino también el río, sobre cuyas ondas corrían impetuosamente amontonadas unas en otras; porque apoderado una vez el pavor de los ánimos, no rehusan, por evitar la causa de su primer horror, arrojarse á los mayores peligros, teniéndolos todos por menores. Instado Alexandro de los suyos que no dejase ir al enemigo tan libremente y sin castigo, se excusó de complacerlos manifestándoles que sus armas habían ya perdido el corte; que sus brazos se hallaban cansados, debilitados sus cuerpos y cercana la noche. Pero no era esta la causa, sino el cuidado en que le tenía el ala izquierda de su batalla, á quien juzgaban aún combatiendo, y la resolución en que estaba de volver á socorrerla, si bien le sacaron de él las noticias que antes de partir de allí le trajeron de la victoria obtenida por Parmenión ciertos caballeros á quienes despachó con ellas; pero no acabando de tener fin los peligros de la batalla, le sobrevino al tiempo de recoger sus tropas uno, aún de mayor consideración que cuantos se le ofrecieron en aquel día; porque seguido de pocos que regocijándose de la victoria se retiraban en desorden, creyendo quedaban los enemigos rotos ó muertos, dió sin pensar en un grueso de caballería, el cual, aunque suspendió al principio su curso, reconociendo el corto número de los macedones, cargó en ellos.

Púsose el rey al frente de su bandera, disimulando más que despreciando el peligro; pero la fortuna que nunca le faltó necesitado, tampoco entonces, porque acometido del campo enemigo, con más deseo de gloria que consideración, castigó su atrevido denuedo derribándole de un bote de lanza, con la cual dejó muerto al que combatía más inmediato á él, y á otros muchos que

le seguían, á cuyo tiempo cargaron los suyos en los persas, que aunque amedrentados de tan infeliz principio, no dejaron de defenderse con igual resolución y valor al que mostraron ambos ejércitos en lo más recio de la batalla. Finalmente, reconociendo los bárbaros que la noche les era más oportuna á la fuga que al combate, se entregaron desbandados por diversas partes á ella. Con que libre el rey de tan inesperado peligro, recogió sus tropas sin pérdida alguna.

Murieron en esta batalla, según el cómputo que pudo hacer el vencedor, cuarenta mil persas y trescientos macedones; cuya victoria es sin duda que la debió Alexandro, antes que á su fortuna, á su valor y destreza, porque además de que no se pudo atribuir á la ventaja del lugar, como la antecedente, dispuso su ejército con admirable ordenanza, peleó con suma prontitud y despreció con gran acuerdo y madurez la pérdida de los alojamientos y del bagaje, reconociendo que toda la importancia y el peligro pendía del suceso de la batalla, en la cual, aunque dudoso de él, ostentándose vencedor, puso en desorden al enemigo, le derrotó, y lo que parece increíble en un espíritu tan vehemente, siguió á los fugitivos con más cordura que ardor. Siendo cierto que si dejándose llevar de él no se hubiese abstenido con aquella madurez, ó habría quedado por culpa suya vencido del resto del ejército enemigo, que hacía aún rostro, ó no habría debido á su propio valor la victoria. Y últimamente, que si le hubiese atemorizado aquel grueso de caballería que inesperadamente encontró y cargó en él, se hallaría necesitado ó á entregarse vergonzosamente á la fuga ó perder infelizmente la vida; pero no por esto se deben defraudar á los cabos los merecidos loores que les granjeó su generoso valor, y las gloriosas heridas que como seguro testimonio de él recibieron en el combate, de quien salió herido Ephestión en

un brazo de un bote de lanza, así como casi muertos Pérdicas, Ceno y Ménidas de los tiros de las saetas; y á la verdad, si se ha de hacer el juicio que se debe de aquel rey y de aquellos capitanes, es preciso confesar que tan gran rey fué digno de tan ilustres capitanes, y tan ilustres capitanes merecedores de rey tan esclarecido.

FIN DEL TOMO PRIMERO.

ÍNDICE DEL TOMO PRIMERO.

LIBRO SEGUNDO.

Págs.

LIBRO TERCERO.

BIBLIOTECA CLÁSICA
TOMO CVIII

QUINTO CURCIO

DE LA VIDA Y ACCIONES
DE
ALEXANDRO EL GRANDE

TRADUCIDO POR

D. MATEO IBÁÑEZ DE SEGOVIA Y ORELLANA

TOMO II

MADRID
LIBRERÍA DE PERLADO, PÁEZ Y C.ª
(Sucesores de Hernando)
Calle del Arenal, núm. 11.
1914

QUINTO CURCIO

DE LA VIDA Y ACCIONES

DE ALEXANDRO EL GRANDE

BIBLIOTECA CLÁSICA

TOMO CVIII

DE LA VIDA Y ACCIONES

DE

ALEXANDRO EL GRANDE

POR

QUINTO CURCIO RUFO

TRADUCIDO
DE LA LENGUA LATINA EN LA ESPAÑOLA
POR

D. MATEO IBÁÑEZ DE SEGOVIA Y ORELLANA

MARQUÉS DE CORPA
CABALLERO DE LA ORDEN DE CALATRAVA

TOMO II

MADRID
LIBRERÍA DE PERLADO, PÁEZ Y C.ª
Sucesores de Hernando.
Calle del Arenal, núm. 11.

1914

Imp., de Perlado, Páez y C.ª, Sucesores de Hernando, Quintana, 33.

DE LA VIDA Y ACCIONES

DE

ALEXANDRO EL GRANDE.

LIBRO QUINTO.

CAPITULO PRIMERO.

Habiendo entrado Darío en la Media, se apodera Alexandro de Arbela y de Babilonia, cuya grandeza, situación y viciosas costumbres de sus habitadores se describen.

Si hubiese de referir según el orden del tiempo todos los sucesos que acaecieron en este intermedio, así en Grecia como en Iliria y en Tracia, debajo de los auspicios y por las órdenes de Alexandro, sería preciso interrumpir el hilo de los del Asia; y así, para evitarlo, he tenido por mejor continuarlos hasta el fin y muerte de Darío, sin omitir alguno, para que se reconozcan en la historia con la misma serie que se ejecutaron; á cuyo fin empezaré por las consecuencias y resultas de la batalla.

Llegó Darío mediada la noche á Arbela, donde la fortuna había llevado gran parte de sus tropas y de sus

capitanes; y habiéndolos juntado, les dijo: «Que no dudaba pasaría Alexandro á apoderarse de las mejores ciudades y de aquellas hermosas y fértiles campañas, ni tampoco que él y sus soldados, más atentos al robo y á la presa que se les ofrecía por todas partes (único recurso en que libraban ellos en su infelicidad su remedio) que á otro designio les darían tiempo de asegurar retirada y de ocupar los desiertos con un campo volante; que las últimas provincias de su reino se hallaban enteras y podría fácilmente volver á alistar en ellas un nuevo ejército; que aquella codiciosísima nación iba á apoderarse de sus tesoros y á saciar su continuada sed en el oro que esperaba recuperar después; que la experiencia le había enseñado de cuán molesto gravamen y carga era aquel ostentoso aparato y copioso número de eunucos y concubinas, y que hallándose precisado Alexandro á llevarle, no podía dejar de pelear con inferiores ventajas á las que hasta entonces había tenido para quedar vencedor.

Pareció á todos este razonamiento de gran desesperación y que dejando expuesta al poder del enemigo la riquísima ciudad de Babilonia, apoderado de ella le sería fácil hacerse dueño de la de Susa y de las más principales del Imperio, como premio de sus fatigas y principal asunto de sus empresas; pero continuando en él, les manifestó que en las grandes calamidades no debía detenerse la consideración á la aparente ostentación de las cosas, sino á la solidez y urgencia de ellas; que las batallas se adquirían por medio del hierro y no por el del oro, á fuerza de hombres y no de edificios; que todo se rendía á los que se hallaban con las armas en la mano, y que con ellas recuperaron sus predecesores, después de bien infelices principios, sus pérdidas, restableciéndose á su antigua grandeza. Con cuyas razones, ó fortalecidos sus ánimos ó precisados de su obedien-

cia antes que de ellas, entraron en su compañía por los confines de la Media.

Rindió pocos días después Alexandro á Arbela, en cuya ciudad halló gran cantidad de muebles de la corona, ricas y preciosas alhajas, con cuatro mil talentos y todas las riquezas del ejército, que (como queda dicho) se habían juntado allí; si bien, precisándole á desalojar á toda diligencia de ella el suyo la peste, que empezaba á picar, ocasionada de la infección de los cuerpos muertos de que estaba cubierto todo el campo, tomó su marcha por aquellas llanuras, dejando á mano derecha la Arabia, región feliz por los perfumes y gomas odoríferas que produce. Refiérese que es tan grande la fertilidad de aquellas tierras, que se contienen entre el Tigris y el Euphrates, que no permite apacienten en ella los ganados sin riesgo de que los ahogue la demasiada gordura que les causa su abundancia, la cual procede de la humedad que participan á aquel territorio las avenidas de ambos ríos. Tienen su nacimiento en los montes de Armenia, desde donde tomando su curso dividen sus aguas el uno del otro, aumentando á proporción de él su separación, la cual en donde más es de dos mil quinientos estadios, según aseguran los que la han medido, si bien, entrando en las tierras de los medos y gordianos, se vuelven poco á poco á unir más en proporción siempre de lo que se alejan.

Donde más llegan á estrecharse es en Mesopotamia, llamada así porque la cierran de ambas partes; desde la cual, corriendo por las tierras de Babilonia, se dilatan hasta descargar en el mar Rojo. Llegó el rey en cuatro días á la ciudad de Menfis, donde se ofrece en una caverna aquella fuente, á quien ha hecho tan célebre el betún que de ella emana en tan gran abundancia, que se tiene por cierto se labraron con él los muros de Babilonia, una de las maravillas del mundo. Luego que el

rey tomó el camino de aquella ciudad, salió con sus hijos á entregársele y ofrecérsela Maceo, el cual se había retirado á ella después de la batalla de Arbela; cuya rendición celebró Alexandro con gran gusto, así por el gravoso y dilatado sitio, de que se excusaba y era preciso para apoderarse de plaza de tan gran consecuencia y tan abastecida de todo lo necesario á una larga resistencia, como porque se la entregase persona de su gran suposición y valor bien acreditado en las ilustres acciones que obró en aquella última batalla y cuyo ejemplo esperaba siguiesen otros muchos. Admitiólos con singulares demostraciones de gratitud, si bien no quiso dejar de entrar en la ciudad, como pudiera á declarado combate, en forma de batalla y marchando al frente de su ejército. Coronaba infinita multitud de gente los muros de aquella ciudad, en medio de haber salido la mayor parte de sus habitadores á recibirle, impacientes ya de que se les dilatase el ver á su nuevo príncipe, entre cuya muchedumbre, Bagophanes, gobernador de la fortaleza y guarda del tesoro, deseoso de mostrarse no menos afecto que Maceo, hizo sembrar los caminos de flores y levantar por ambas partes altares de plata, que respiraban, además del incienso, todo género de olores.

Llevaba los presentes que había de dar al rey, que se componían de pieles de animales, de gran cantidad de caballos, leones y leopardos en sus jaulas. Seguíanle después los magos entonando himnos á su usanza; y á éstos los caldeos y con ellos los adivinos y los músicos de Babilonia, tocando todos diversos instrumentos. Acostumbran éstos cantar las alabanzas del rey, así como los caldeos observar el movimiento de los astros y las regulares mudanzas del tiempo. Iba á lo último la caballería babilónica, con tan ostentoso aparato que excedía á la mayor magnificencia. Hizo el rey que siguiese el pueblo á su infantería, y rodeado de sus guar-

das entró sobre un carro en la ciudad y después en palacio en forma de triunfo, donde al día siguiente mandó manifestar los muebles y la plata de Darío. Pero la hermosura y ornamento de aquella ciudad se llevaba justamente, no sólo los ojos del rey sino los de todos, á repararla y advertirla. Fundóla Semiramis, ó como creen muchos Belo, cuyo palacio existe aún; contienen sus muros de ladrillo, unido con betún, treinta y dos pies de largo, sobre quienes pueden pasar dos carros á cuatro caballos sin embarazarse el uno al otro. Su altura es de cincuenta codos, la de sus torres de diez pies más, y toda su circunvalación de trescientos sesenta y ocho estadios, de quienes se refiere salía á uno por día á los obreros. Distan de los muros las casas (en bastante separación unas de otras, por el riesgo del fuego, á lo que discurro) dos yugadas de tierra, y no ocupan en la ciudad más espacio y extensión que el de ochenta estadios. Todo lo restante de ella lo labran y siembran para aprovecharse de los frutos que recogen en ocasión de algún sitio.

Pasa por medio el Euphrates, cuyas riberas son de desmesurada magnitud, rodeadas de profundas cavernas labradas de ladrillo y en lugar de mezcla de aquel betún, las cuales sirven de receptáculo al río, que saliendo de sus márgenes con rápida violencia, es sin duda que llevaría tras sí los edificios, á no hallar en aquellos lugares subterráneos donde descargar parte de su gran avenida. Une las dos partes de la ciudad un puente de piedra que dilatándose de una á otra ribera ha merecido también, por la suntuosidad de su fábrica, que se le coloque en el número de las maravillas del Oriente, respecto de que llevando tras sí el Euphates tan gran cantidad de cieno, no se puede sin gran dificultad y trabajo esguazar y descubrir tierra firme y sólida sobre que echar los cimientos, á que se añade

que los bancos de arena que con el curso del tiempo se forman junto á los arcos de él, embarazando la corriente, la hacen tanto más rápida y caudalosa cuanto ha estado detenida y opresa.

Circundan también sus aguas el castillo, cuyo circuito es de veinte estadios, así como de treinta pies los cimientos de sus torres y de ochenta su altura. Ocupan su eminencia vistosos y floridos jardines, cuya hermosura y singularidad dió ocasión á que los supusiesen por milagrosos en sus fábulas los griegos. Iguálanse en la altura con los muros y hácelos sumamente apacibles y deliciosos la gran sombra y frescura que los ocasiona la crecida corpulencia y rectitud de sus árboles. Las columnas que sustentan aquella garbosa máquina son de piedra, sobre quienes cargan grandes azoteas labradas de piedra en cuadro, las cuales reciben en sí la tierra, á quien riegan bombas y acueductos secretos, fertilizándola, de suerte que produce árboles de tan desmesurada grandeza, que llegan á comprender sus raíces ocho codos en ancho y á dilatarse hasta cincuenta su altura, hallándose tan cargados de frutos como pudieran estarlo en el más natural y abundante territorio. Y si bien no se preservan del estrago del tiempo ni las fábricas en que interviene la industria de los hombres ni las obras que produce la naturaleza, se ha conservado ésta sin detrimento alguno en medio de hallarse oprimida de las dilatadas raíces de tantos árboles y del grave peso de tan inmensa máquina. Fúndase sobre veinte dilatadas y fuertes murallas, á distancia de once pies la una de la otra, cuya fábrica advertida de lejos ofrece la representación de dilatados y montuosos bosques.

Es fama que reinando antiguamente en Babilonia cierto rey de Siria, hizo labrar aquellos jardines, movido de las instancias con que le persuadió su esposa (a

cuyos cariciosos halagos vivía rendido) imitase en ellos por medío de tan raro artificio los primores de la naturaleza, para que así pudiese gozar, sin salir de la ciudad, de los recreos y diversiones del campo, á que tenía singular inclinación.

Detúvose el rey en aquella ciudad más tiempo del que solía en otras, donde padeció mayor perjuicio que en alguna la disciplina militar, por lo que excede á todas en la suma corrupción de las costumbres y en los grandes incentivos y disposiciones que tiene para desordenados y torpes deleites. Toleran en ella los padres que sus hijas hagan con los huéspedes mercancía de su honestidad, no siendo menos liberales de la de sus mujeres los maridos. El mayor divertimiento de los reyes y sátrapas de Persia es el de los festines, en quienes introducen licenciosos y deshonestos juegos, no teniendo otros los babilonios que el de la embriaguez, á que son muy dados, y á los demás desórdenes consecuentes á ella. Muéstranse en sus banquetes las mujeres al principio con modestia; pero luego que empiezan á quitarse, primero sus exteriores vestiduras y después las más internas, deponiendo también con ellas su honestidad (sea dicho sin ofensa de castas orejas) quedan en carnes. En cuyo torpe y deshonesto espectáculo no se ofrecen sólo las mujeres públicas, sino también las que están reputadas por de mayor recato y honestidad, con sus hijas; que unas y otras, así como sus padres, tienen tan horrible prostitución por una de las acciones más urbanas.

Entre estos vituperables y licenciosos recreos se ocupó por espacio de treinta y cuatro días aquel victorioso ejército del Asia, el cual es sin duda que se hubiera hallado bien debilitado al fin de ellos para la continuación de sus conquistas á haber tenido enemigo en su opósito. Si bien las reclutas que de tiempo en tiempo le lle-

gaban hacía menos sensible aquellos desórdenes, porque Amintas, hijo de Andrómene, había llevado seis mil infantes y quinientos caballos macedones, enviados por Antipatro, con seiscientos caballos tracios y tres mil quinientos infantes de su misma nación, sin que entrasen en este número cuatro mil hombres pagados que iban del Peloponeso con trescientos sesenta caballos.

Enviaba también el mismo Amintas para la Guarda de Corps del rey cincuenta jovenes, hijos de los primeros señores de Macedonia, los cuales sirven á la mesa de los reyes, les llevan los caballos cuando salen en alguna facción, los acompañan cuando van á caza y hacen todos los días guarda á la puerta de su cámara, por cuyos primeros grados llegan á los mayores empleos del reino, cuales son los generalatos de los ejércitos y los gobiernos de las provincias. El rey, habiendo dejado á Agathón en el castillo de Babilonia con setecientos macedones y trescientos soldados extranjeros, dió el gobierno de la ciudad y de toda la región á Menete y á Apolodoro, á quienes dejó dos mil infantes y mil talentos con orden de que hiciesen reclutas. Hizo á Maceo sátrapa de Babilonia y mandó á Bagophanes, el cual le entregó la fortaleza, que le siguiese. Dió la Armenia al traidor Mithrene, que le hizo dueño de la ciudad de Sardis y de la plata de Babilonia, y entregó á cada caballero macedón seiscientos dineros, quinientos á los extranjeros y doscientos á cada infante, demás de la paga ordinaria.

CAPÍTULO II.

Propone premios á los soldados para obligarlos á huir de la ociosidad. Recibe la ciudad de Susa con los tesoros del rey de Persia y consuela á Sisigambis.

Dispuestas así aquellas cosas, entró en la provincia de Satrapene, cuya fertilidad y abundancia en todo género de frutos fué causa de que se detuviese en ella algo más; si bien receloso de que no enflaqueciesen la ociosidad y los deleites los generosos alientos de sus tropas, propuso premios para los que más se señalasen en los ejercicios de valor y agilidad, y nombró personas que con desinterés y justificación declarasen los que los mereciesen. Fueron éstos ocho, á quienes hizo merced de otros tantos regimientos que formó, compuesto cada uno de ellos de mil hombres, á los cuales llamaron *chiliarchos*, no habiendo pasado hasta entonces ninguno de quinientos, ni llegado tampoco á ser premio del valor. Fué grande el concurso de soldados que llevó á sí aquel ilustre espectáculo, al cual no sólo iban á ser testigos de lo que obrasen unos y otros, sino también jueces de los mismos jueces, y á reconocer si se distribuían los premios en atención al mérito ó al favor. Dióse el primero al anciano Adarchias, á cuyo esfuerzo y diligencia se debió en el sitio de Halicarnaso volviese á él la juventud que le había abandonado y que repitiese con mayor esfuerzo que hasta entonces los ataques. Tuvo Antígenes el segundo, Philotas Angheo el tercero, Amintas el cuarto, el quinto Antígono, Lincestes Amintas el sexto, Theodoro el séptimo, y el último Hellanico.

Mejoró la milicia, quitando, no sin grande utilidad de ella, muchas cosas introducidas por sus predecesores, en quienes había reconocido inconvenientes. Ordenó que la caballería, separada hasta entonces por naciones, y debajo de la trompeta y de las órdenes del cabo de la suya cada una, quedase reducida toda á un cuerpo y á la obediencia de los oficiales que puso en ella. Que así como hasta entonces se daba la señal de la marcha por medio de la trompeta (cuyo sonido impedía muchas veces el ruidoso estruendo del ejército al de campar), se diese allí con un estandarte levantado en su tienda de suerte que pudiese ser visto de todo el ejército. Y finalmente, que se tuviese de noche por señal el fuego y de día el humo. Hallándose cerca de Susa Abulites, gobernador de la provincia, ó ya fuese por dictamen propio ó por orden de Darío, y con el fin de entretener á Alexandro por medio de la presa, envió á su hijo á recibirle y á ofrecerle la ciudad. Halló en el rey grata acogida aquel mancebo, el cual le condujo hasta el río Choaspes, cuyas aguas son muy celebradas por su delgadez. Salió á encontrarle allí Abulites con presentes dignos de tan gran rey, entre quienes llevaba dromedarios de suma velocidad y doce elefantes, que habiéndolos hecho traer Dario de la India para amedrentar á los macedones, sólo sirvieron de hacer más celebrados sus triunfos y trofeos. Asi se burla la fortuna de los intentos y disposiciones de los hombres. Habiendo entrado en la ciudad, halló en el erario inmensas sumas en moneda y cincuenta mil talentos de plata en barras. Estaban recogidas en él cuantas riquezas habían adquirido por espacio de muchos siglos tantos reyes para sus descendientes (juzgando se dilatase á largas duraciones su posteridad), todas las cuales pasaron en la brevedad de una hora á otro dueño.

Ocupó después el trono de los reyes de Persia, cuya

silla, siendo más alta de lo que requería su estatura, y no llegando con los pies á la tarima, fué preciso que un paje suyo le pusiese una mesa en que estrivarse, que acaso se le ofreció allí. A cuyo tiempo advirtiendo Alexandro en las lágrimas de cierto eunuco que había sido de Darío, y preguntándole la causa de ellas, le respondió que habiendo comido en aquella mesa, sobre quien tenía los pies, su rey, no podía sin gran ternura verla profanada. Con cuya noticia, corrido Alexandro de haber violado los dioses del hospedaje, iba á mandarla quitar, como lo hubiera hecho á no habérselo estorbado Philotas representándole debía tener por feliz agüero hollar mesa en que su enemigo había comido.

Deseando pasar de allí á Persia, dejó á Arquelao por gobernador de la ciudad de Susa, con guarnición de tres mil hombres, y á Xenóphilo por capitán de la fortaleza, en cuyo presidio mandó quedasen los soldados más viejos que hubiese entre los macedones. Puso al cuidado de Calícatres la guarda de los tesoros y en el gobierno de Susa á Abutiles, en cuya ciudad dejó á la madre y á las hijas de Darío; y habiéndole llegado de Macedonia gran cantidad de ropas de púrpura y riquísimos vestidos á la usanza de su patria, no le permitió el cariño con que estimaba, cual pudiera á su madre, á Sisigambis, dejase de enviárselos con los que los habían hecho, para que si gustaba (como mandó se lo dijesen) de que sus nietas aprendiesen á hacerlos, tuviesen quien las enseñase. Cuya demostración y recado la fué de tan gran disgusto, como lo mostraron las copiosas lágrimas que derramó al oirle, por no haber entre las señoras de Persia ejercicio más sensible ni más ignominioso que el de trabajar en lana. Si bien advertido Alexandro del yerro en que había incurrido, tuvo por preciso pasar á su tienda á disculparse de él y á consolarla, como lo hizo diciéndola: «Esta ropa que trai-

go puesta, madre mía, no sólo es dádiva de mis hermanas sino obra de sus manos, porque en mi patria aun las princesas no desdeñan divertirse en estos ejercicios. Si el estilo de ella pudo hacer incurriese, poco noticioso del de la tuya, en demostración alguna de tu desagrado, no debes atribuir á ofensa tuya lo que sólo ha sido ignorancia mía. Mi respeto á tu real persona no ha excusado ninguna que haya entendido puede, sin oponerse al estilo de tu reino, contribuir á tu obsequio. Advertido de que en ella se tiene por especie de desacato se siente delante de su madre el hijo sin permisión suya, he procurado cuidadoso no contravenir á atención tan debida, excusando el hacerlo mientras tus preceptos no me han obligado obediente á ello. No ignoras la irreverente repugnancia con que me he opuesto á tus corteses excesos y á que hayan tenido lugar las instancias de postrarte á mis pies, ni tampoco que por última y mayor prueba de mi amor y veneración te he dado el dulce nombre de madre, que sólo le es debido á Olimpias, á quien reconozco el sér.

CAPÍTULO III.

Después de haber vencido Alexandro la región de los uxiores concede libertad á Madates, su gobernador, y á todos los rendidos y prisioneros, eximiéndolos de todo género de tributos. Intenta entrar en la Persia, pero oblígale Ariobarzanes á que se retire.

Habiendo dejado el rey con tan urbanos y corteses términos satisfecha á Sisigambis, pasó á la ribera del Tigris, á quien los naturales llaman Pasitigris. Tiene su origen en los montes Uxiores, desde donde, descendiendo con impetuoso curso por espacio de mil estadios entre rocas y precipicios á la campaña, se dilata con más apacible curso por ella, hasta que aumentado queda capaz de que por él se navegue, y después de haber corrido seiscientos estadios de un territorio fértil entra suavemente en el Golfo Pérsico.

Pasó, pues, Alexandro el río con nueve mil infantes y tres mil caballos, así de agrianos como de griegos mercenarios, y llegó á la región de los uxiores. Está cercana á los Susos y se dilata hasta la frontera de la Persia, sin que entre ésta y aquéllos haya más que un corto estrecho de por medio. Era gobernador de aquella provincia Madates, el cual, bien lejos de acomodarse al tiempo y fortuna del vencedor, estaba resuelto á conservar la fidelidad que debía á su rey y á resistir á los enemigos hasta el último peligro. Ofreciendo al rey algunas personas prácticas de la tierra conducir por cierta vereda breve y secreta hasta el mismo frente de los enemigos alguna porción de gente que les diese arma-

da á la ligera, tuvo por bien hacerlo y ordenarlos siguiesen, luego que se pusiese el sol, mil quinientos soldados pagados y casi mil agrianos mandados por Taurón.

Y habiendo levantado él su ejército á la tercera vigilia con el menor ruido que pudo, ocupó al amanecer los pasos de las montañas, y dispuestas mantas de guerra y terraplenes con que se cubriesen los que conducían las máquinas y las torres, puso sitio á la ciudad. No ofreciéndose empero en todos aquellos parajes sino peñascos y precipicios, en quienes se herían y maltrataban los soldados, más tenían que vencer en la situación del lugar que en los enemigos; pero sin embargo, no cedieron á la dificultad hallándose allí el rey, el cual les preguntaba si no se corrían de detenerse delante de una mala bicoca después de haber rendido tan ilustres ciudades. Mientras les decía esto cargaban en él tantos tiros disparados de lejos, que les fué preciso á los suyos, no pudiendo vencerle sus ruegos á que se retirase, juntar sus escudos y cubrirle con ellos.

Finalmente, descubriéndose Taurón con su gente sobre la fortaleza empezaron los bárbaros á perder el ánimo y los macedones á reiterar sus esfuerzos, hasta que cogiendo al enemigo por ambas partes se hicieron señores de la plaza. Quedaron pocos que fuesen testigos de la resolución, porque muchos se encomendaron á la fuga, y los que no lo hicieron se retiraron á la fortaleza, de donde habiendo enviado treinta diputados al rey pidiéndole perdón, tuvieron la desabrida respuesta de que no le esperasen. Con cuya amenaza atemorizados libraron su remedio en la intercesión de Sisigambis, á quien (asegurados de lo que podían con el rey sus ruegos por lo que la amaba, y de que ésta no se negaría tampoco á los suyos por el cercano parentesco de Madates y Darío, con cuya sobrina estaba casado) despacharon un expreso por vereda desconocida del enemigo, suplicándola se

sirviese templar con su autoridad la indignación del rey. No atreviéndose empero por entonces Sisigambis á hacerlo, les respondió que considerasen cuán ajeno era de su fortuna pedir por otros, y cuán propio de su atención no abusar de la clemencia del vencedor y acordarse antes de que era cautiva que de que había sido reina. Si bien dejándose por último vencer de sus instancias, escribió á Alexandro suplicándole se sirviese dispensarla la petición que le hacía para que usase de su acostumbrada clemencia con aquellos infelices, ó á lo menos con un pariente suyo, no ya su enemigo, sino quien postrado á sus pies la solicitaba rendido.

Bien acreditó entonces el rey su moderación y benignidad, pues no sólo perdonó á Madates y á todos los prisioneros y rendidos, sino hizo también que se les guardasen sus privilegios, que no se entrase á saco la ciudad y que se les permitiese labrar sus campos sin el gravamen de alguna imposición ni tributos. ¿Qué más pudiera haber conseguido de su hijo si fuese el vencedor?

Sujetos, pues, los uxiores los redujo debajo del gobierno de Susa, y habiendo dado una parte de su ejército á Parmenión, con orden de que le llevase por las llanuras, pasó con las tropas restantes, armadas á la ligera, los montes que se extienden hasta la Persia, de donde, después de haber asolado toda aquella región, llegó al quinto día al paso de Susa, á quien los naturales llaman Pilas Susidas.

Había ocupado Ariobarzanes con veinticinco mil infantes aquellos peñascos desgajados y rotos por todas partes y alojado á los bárbaros en sus eminencias, á poca más distancia que la de un tiro de dardo, desde la cual, fingiéndose medrosos, esperaban empeñar á Alexandro en aquellos estrechos; pero viendo que se adelantaba despreciándolos, empezaron á desgajar desde la

cumbre del monte piedras de desmesurado tamaño, las cuales, aumentada la violencia del primer impulso al de los repetidos golpes que daban en aquellos peñascos que precipitándose encontraban, hacían considerable estrago, no ya en uno ú otro soldado, sino en compañías enteras, acrecentándole los tiros de las hondas y las flechas que de todas partes los cargaban. En cuyo eminente riesgo no desesperaba tanto á aquellos valientes soldados el perder la vida cuanto el que oprimidos y cercados á manera de bestias en aquella hoyada, se hallasen tan imposibilitados de vengar su muerte. Por lo cual, pasando á rabia la ira, cogían los peñascos que les arrojaban, y levantándolos unos sobre otros no había esfuerzo que no hiciesen por trepar y llegar á los enemigos. Pero hallándose sin alguna firmeza, con el mismo movimiento y diligencia que ponían para subir por ellos los derribaban sobre sí. Conque no sabían ya qué hacerse ni qué recurso buscar, no siéndolo el cubrirse con sus escudos respecto de las grandes peñas que desgajaban sobre ellos los bárbaros.

Era en el rey aún mayor el dolor y la ignominia por haber expuesto tan inconsideradamente su ejército á aquel peligro llevándole entre aquellas rocas. Había hasta entonces quedado siempre invencible, no había experimentado empresa alguna que hubiese dejado de corresponder menos feliz á ella el suceso. Había entrado por los estrechísimos pasos de la Cilicia sin el menor contratiempo y descubierto en el mar nuevo rumbo para pasar á Pamphilia; pero otra ya allí su fortuna, no le permitía más recurso que el de volverse por donde había ido. Por lo cual habiendo dado orden para tocar á retirar, y á su gente para marchar cerrada y cubierta con los escudos, salieron de aquellos peligrosísimos lugares retrocediendo treinta estadios.

CAPITULO IV.

Muéstrale cierto prisionero un camino desconocido por medio del cual llegó á combate con los persas; en él deja roto su ejército y muerto á Ariobarzanes.

Habiendo plantado en lugar abierto por todas partes los alojamientos, no sólo quiso saber el dictamen de los suyos sobre lo que debía deliberar, sino también lo que, según sus pronósticos, le advertían los adivinos: tan dado era á la superstición. ¿Qué podría, empero, predecirle entonces Aristandro, aunque estuviese reputado por oráculo entre los demás profesores de aquella facultad? Considerándolo así, y que no era tiempo de recurrir á los sacrificios, hizo llamar algunos naturales del país, los cuales ofrecieron conducirle á la Media por camino fácil y seguro aunque de gran rodeo. Pero llevando mal el dejar sin sepultura á sus soldados, por ser entre los macedones una de las primeras obligaciones militares la de enterrar los difuntos, hizo llevar á su presencia á todos los prisioneros que había hecho poco antes.

Hallábase entre ellos uno bien experto en la lengua griega y pérsica, el cual le representó el yerro que cometía en querer introducir en la Persia su ejército por los montes: que sólo se ofrecía un camino por los bosques para llegar á ella, pero tan estrecho que apenas permitía lugar para que pudiese pasar por él una persona respecto de la demasiada espesura de los árboles y de la frondosidad de sus ramas, las cuales enlazadas y entretejidas unas en otras negaban más extensión:

que la Persia quedaba de la otra parte cerrada y ceñida de montes, cuya longitud era de seiscientos estadios y su latitud de ciento setenta: que éstos se extendían después del Cáucaso hasta el mar Rojo, el cual hacía donde terminaban á manera de fortaleza, que también lo cerraba: que á la falda de aquellos montes se descubría una dilatada y espaciosa campaña, sumamente fértil y poblada de ciudades y villas, por quienes corría el río Araxes, á quienes hacían caudalosísimos los raudales de otro, hasta que se juntaba con el Medo, el cual, aunque inferior á él, volviendo á la parte del Mediodía, entraba en el mar: que no había alguno que fertilizase tanto como éste las tierras por donde corría, las cuales vestía de flores y hierbas sumamente crecidas y espesas: que sus riberas se hallaban tan pobladas por ambas partes de plátanos y de álamos, que al que las miraba de lejos no parecían sino que ellas y los montes vecinos hacían un continuado bosque, por correr por allí aquel río cubierto de los árboles, estrechísimo y profundo, y por conservar siempre las márgenes que le guarnecen, adornadas de verdes y frondosas hojas, la humedad de que participan: que aquel era el lugar más saludable de toda el Asia y donde con mayor benignidad y templanza corría el aire, respecto de la larga extension con que se dilataban los montes, por una parte cubiertos todos de árboles cuya umbrosa frescura templaba los ardores del sol, y por otra de los templados vapores de que hacía partícipe á la tierra el mar.

Habiendo referido el prisionero todas estas particularidades al rey, le preguntó si las sabía por haberlas observado ó por habérselas referido otro. Respondióle que habiendo sido pastor de aquellos montes no había senda ni vereda que se ocultase á su noticia, y que por dos veces le habían hecho prisionero, una en Licia los persas y otra los suyos. Cuyas palabras acordándole las de-

la predicción que tuvo del oráculo cuando consultándole sobre su jornada le respondió que un licio le conduciría á la Persia, le hizo mayores promesas que las que permitía su humilde nacimiento, le mandó armar á la usanza macedónica, y le dijo después que le mostrase en buena hora el camino, con el seguro de que se esforzaría á pasarle con algunas ligeras tropas por áspero é impenetrable que fuese, si ya no era que presumiese no podía Alexandro, por aumentar su gloria y perpetuar su fama, ir por donde había apacentado un pastor.

Insistiendo empero éste en ponderar la dificultad del camino, mayormente para gente armada, «Yo respondo por todos los que me siguen (le dijo el rey) que ninguno rehusará ir por donde tú nos llevases.» Y encomendando á Cratero la guardia del campo con la infantería, que mandaba las tropas de Meleagro y mil arqueros á caballo, le ordenó dejase el campo en la misma forma que estaba é hiciese grandes fuegos en él, para que á vista de ellos se asegurasen los bárbaros de que subsistía allí su persona, y que en caso de que Ariobarzanes, noticioso de su marcha, pasase con alguna parte de sus tropas á impedirle el paso, que cargase entonces en él para divertirle y obligarle á que se retirase por la parte más peligrosa. Pero que si por el contrario superaba á los bárbaros y se apoderaba de los estrechos, que no recelase entrar á la primera arma en el camino donde habían sido rechazados el día antes, pues atrayendo él á sí todas las fuerzas del enemigo, quedaría desamparado y seguro.

Mandó después á los soldados que le habían de seguir y estaban armados á la ligera que llevasen víveres para tres días, y á la tercera vigilia partió con el mayor silencio que pudo, tomando los rodeos por donde le llevaba la guía. Pero demás de estar éstos impenetrables y tan resbaladizas las rocas que apenas se podía

poner con alguna firmeza la planta en ellas, eran tan crecidas las nieves que el viento había acumulado allí, que cayendo y hundiéndose los soldados como en profundos fosos, llevaban tras sí á los compañeros que procuraban sacarlos. Llegábase á esto el horror de la noche, lo desconocido del país y la incierta fidelidad del guía, cuyas cosas aumentaban todas el pavor y no menos la consideración de que si se engañase á sus guardas perecían cual brutos todos en aquel estrecho y la de que la vida del rey y las suyas pendían de la fe de un cautivo. Sin embargo, fueron tantos los esfuerzos que hicieron que ganaron la cumbre del monte, á cuya mano derecha se ofrecía un camino que iba hacia donde se hallaba Ariobarzanes.

Viéndose allí el rey, envió delante á Philotas, á Ceno, á Amintas y á Polipercón, que mandaba las tropas, armados ligeramente con orden, respecto de ir mezclada la infantería con la caballería, de que marchasen por lugares abundantes de pastos y á paso lento. Diéronseles por guías algunos prisioneros, y él con su compañía y sus guardas subió, no sin increíble trabajo, por una bien áspera senda, aunque muy distante del cuerpo de los enemigos.

Hallábase ya el día á la mitad de su curso, y la gente tan fatigada del cansancio y tan necesitada de algún reposo, que faltándole igual porción de camino á la que había pasado, aunque de menor molestia y aspereza, se le concedió el rey hasta la segunda vigilia de la noche, á cuya hora, volviendo á tomar su marcha, pasó lo restante de él sin alguna dificultad.

Si bien había profundizado de tal suerte el curso de las aguas por aquella parte, donde dilatándose las faldas del monte descienden á las llanuras, que dejó hechos crecidos fosos, cubiertos por las ramas de los árboles, las cuales enlazadas unas con otras formaban como

una impenetrable y dilatada valla, cerrando tan enteramente el paso, que á vista de su imposibilidad no pudieron reprimir los soldados las lágrimas, siéndoles aún más sensible y horroroso que toda la obscuridad de la noche, en la cual si acaso brillaba á hurto de sus tinieblas alguna estrella, les usurpaba su luz la interposición de la espesura de los árboles, haciéndola más pavorosa la impetuosa violencia del viento que corría, cuyo estruendo, aumentado por la agitación de las ramas, que incesante y reciamente daban unas con otras, apenas permitía á los soldados que uno á otro se pudiesen entender.

Finalmente, amaneciendo el día deseado, al declarar su luz empezó á disipar el horror en que lo había envuelto todo la medrosa confusión de la noche, y á mostrar que sin gran rodeo se podían evitar aquellos fosos y caminar ya cualquiera sin necesitar de guía. Subieron, pues, á la cumbre, de donde habiendo descubierto el cuerpo de guardia de los enemigos cargaron improvisamente en ellos por las espaldas, haciendo tal mortandad en los pocos que intentaron resistirlos, que obligaron, aun á los que no se habían ofrecido al peligro, embargados del gran pavor en que los ponían los gritos que por una parte oían de los que morían y los medrosos semblantes que por otra parte veían de los que se retiraban fugitivos al grueso de su ejército, á que también lo hiciesen ellos antes de intentar el combate.

Acudió Cratero á aquel ruido y se apoderó del estrecho, que no pudieron ganar el día antes, y cargando por otro Philotas, con Amintas, Ceno y Polipercón, acabó de romper á los bárbaros, que por todas partes veían resplandecer las armas de los macedones. Si bien, aunque oprimidos por tantas, acreditaron en su valerosa defensa cuán poderosa suele ser aun en los cobardes la necesidad, y que muchas veces la misma deses-

peración, con los alientos que infunde, abre camino á la esperanza; porque desarmados hicieron rostro á los que no lo estaban, y aprovechándose de su fortaleza y pujanza dieron con ellos en tierra y á muchos muerte con sus propias armas.

En tanto Ariobarzanes, acompañado de cerca de cuarenta caballos y de cinco mil infantes, atravesó por en medio de los batallones enemigos, no sin gran estrago de éstos y de los suyos. Iba con intento de entrar en Persépolis, cabeza de la provincia; pero cerrándole las puertas la guarnición y siguiéndole vivamente el enemigo, se halló precisado á volver al combate, donde él y toda su gente rindieron valerosamente sus vidas. Cratero, dando priesa á sus tropas, pasó á juntarse con el rey.

CAPITULO V.

Pasando Alexandro á Persépolis pone en libertad cuatro mil prisioneros griegos.

Acampaba aún Alexandro en el mismo lugar donde había deshecho á los bárbaros, porque aunque su entera derrota le aseguraba de la victoria, lo quebrado del territorio y el peligro de los continuados y profundos fosos le obligaban á marchar cautelosamente y á desconfiar aún más de los caminos que de los enemigos. Recibió antes de su partida carta de Thiridiates, en que le avisaba cómo intentaban los de Persépolis, á la fama de su venida, robar los tesoros de Darío, cuya guarda estaba á su cuidado; y que pues pasado el río Araxes era llano y fácil todo lo demás del camino, acelerase su llegada para que le hiciese dueño de ellos. Entre las grandes virtudes de aquel príncipe tengo por la más loable la de su diligencia y prontitud, la cual mostró bien en aquella ocasión, en la cual, habiendo dejado su infantería, caminó toda la noche con su caballería, fatigada de tan dilatado viaje, y llegó al rayar del alba á la orilla del río, donde mandó demoler ciertas villas cercanas á él y levantar con sus materiales un puente de madera sobre pilares de piedra, el cual se acabó en brevísimo tiempo.

Llegaban ya cerca de la ciudad cuando salió al encuentro del rey una bien lastimosa tropa, memorable ejemplo de la humana miseria y de lo veleidosa que es la fortuna. Componíase dicha tropa de cerca de cuatro mil griegos, prisioneros de guerra, á quienes habían

afligido los persas con diversos géneros de tormentos, cortando á unos las manos, los pies á otros y á otros las narices y las orejas, é impresos á fuego en los rostros de todos ciertos caracteres bárbaros, los guardaban como objeto de risa, para que sirviesen á la solemnidad de sus juegos y aumentasen el crédito de su crueldad. Estos infelices, habiendo resuelto ponerse á vista del rey, pudieron hacerlo sin que se atreviesen á estorbárselo los persas, respecto de no darles aliento para ello el decadente estado de su fortuna. Parecían más fantasmas que hombres, por no haberles quedado otra seña que denotase lo eran sino la voz. Fueron más copiosas las lágrimas que atraían á los ojos de los que los miraban que las que ellos mismos vertían. Porque á la verdad, ¿qué más lastimoso ni más extraño espectáculo que el de ver tanta gente atormentada de aquella suerte, aunque por diversos medios, en un mismo infortunio, sin que apenas se pudiese diferenciar entre ellos el más miserable?

Habiendo prorrumpido y expresado á grandes voces todos que en fin ya Júpiter, vengador de la Grecia, había abierto los ojos, no hubo quien no se interesase en su infelicidad, mirando como suya la injuria, y Alexandro, después de enjugadas las lágrimas, que no pudo reprimir al verlos, los exhortó á que se animasen, y asegurándoles que volverían á ver su patria y á sus mujeres, pasó desde allí á campar á dos estadios de la ciudad. En tanto aquellos miserables se retiraron á conferir lo que pedirían al rey, hallándose empero divididos los dictámenes, porque unos querían la retirada al Asia y otros la restitución á sus casas. Es fama que uno de ellos, llamado Euthimón Cymeo, les habló en esta sustancia:

«Nosotros que poco ha, avergonzándonos de salir de las tinieblas y prisiones que nos sepultaban, no nos atrevíamos á pedir socorro que nos librase de las cala-

midades que padecíamos, ahora que le tenemos seguro deseamos pasar á manifestar á la Grecia como hermoso espectáculo el horrible estado en que nos hallamos, de quien no sé si será mayor el disgusto que la afrenta que recibamos. El medio mejor de tolerar la miseria es ocultarla, por no haber patria tan dulce para las adversidades como la soledad y el olvido de la felicidad pasada. ¡Oh qué mal conoce el corazón humano quien fía de su compasión el alivio de su miseria, ignorando la facilidad con que enjugan los hombres las lágrimas que su ternura les ocasiona! Difícilmente se ama lo que es de gravamen, por lo mal que se aviene siempre el continuo clamor del infeliz con la ordinaria insolencia y orgullo del dichoso; por lo cual, atentos los que lo son á su fortuna, olvidan la ajena miseria. ¿Qué mayor prueba de esta verdad que la que experimentamos en nosotros mismos, pues habiendo sido hasta aquí conformes compañeros todos en la miseria, ya empezamos á desunirnos y á disgustarnos unos de otros? ¿Pero qué hay que admirar de que los dichosos busquen siempre á los que lo son? Ruégoos, pues, que como muertos ya para el mundo, busquemos sólo algún rincón donde ocultar estas feas y disformes cicatrices que nos han quedado.

»¡Considerad con el gusto que nos recibirán nuestras mujeres, cuando habiéndonos desposado con ellas en nuestros juveniles años, nos vuelvan á ver de esta suerte, y con el que nos reconocerán por padres suyos nuestros hijos, y por hermanos nuestros hermanos, habiendo perdido lo mejor de nosotros en las prisiones y en las calamidades de la servidumbre! ¿Cuál de nosotros empero podrá hacer tan dilatado viaje? Lejos de la Europa, cerca de los últimos términos del Oriente, viejos, débiles, quebrantados y estropeada la mayor parte de nuestros miembros, ¿podremos por ventura sufrir los

trabajos que no sin gran dificultad toleró un ejército triunfante?

»Finalmente, ó hemos de dejar ó hemos de llevar con nosotros á nuestros tiernos hijos y á nuestras amadas mujeres, á quienes buscó nuestra necesidad y nos ofreció la fortuna para alivio de nuestra miseria. Si las llevamos, tened por cierto que no habrá quien al vernos llegar con ellas no nos desconozca y desampare. Dejar, pues, prendas tan seguras por ir á buscar otras que quizá no hallaremos, ni es justo ni puede ser nunca conveniente. Por lo cual no hallo otro recurso en nuestras miserias é infelicidades que el de que nos ocultemos y acabemos nuestra vida entre los que están acostumbrados á verlas.»

Tal fué el sentir de Euthymón, al cual se opuso Theeteto, ateniense, diciendo: «Que ninguna persona en quien tuviese algún lugar la piedad desestimaría á los suyos por aquellos lastimosos defectos con que se hallaban, y más cuando no eran naturales, sino procedidos de la crueldad de los enemigos: que bien los merecía todos quien no los miraba como inevitables accidentes de la fortuna, sino como precisos motivos para la ignominia: que el juzgar tan mal del natural y propiedades de los hombres y desconfiar de su compasión era indicio de ánimo poco seguro y menos dispuesto á practicarla: que los dioses les ofrecían más de lo que pudieran desear sus mujeres, sus hijos y cuanto hace en los hombres despreciable la muerte y estimable la vida: que bastante tiempo la habían tenido oprimida en infeliz miseria, para no procurar salir de aquel infame cautiverio á respirar en su patria otro aire, á ver con otro resplandor el sol y con diferente serenidad que en aquellas funestas regiones la claridad y luz de los días: que considerasen cuán dulce y gustoso les sería volver á usar de sus antiguos trajes, de sus leyes, de sus sa-

crificios y de su lengua, cuyas cosas eran todas apetecidas aun de los mismos bárbaros: que mucho más infelices quedarían si habiéndolos privado de ellas por tan largo tiempo la tirana opresión en que habían estado, las malograban voluntariamente cuando se les ofrecían: que por lo que miraba á él, su resolución era no perder la ocasión que le facilitaba la clemencia del príncipe: que si entre ellos había algunos á quienes detenía el amor de sus mujeres y de sus hijos, tristes frutos de su servidumbre, que se quedasen en buen hora, pero que no impidiesen su jornada á los que, libres de aquellas ligaduras, sólo apetecían y anhelaban la restitución á su patria.»

Hubo pocos á quienes fuese grato este dictamen, porque dejándose llevar la mayor parte de la costumbre, más poderosa que la misma naturaleza, determinaron pedir al rey les señalase una región en que habitar, y que pasasen á suplicárselo, en nombre de todos, cien personas que eligieron entre ellos. El rey, juzgando solicitaban les cumpliese lo que les había ofrecido, les dijo: «Ya he mandado que se os dé el carruaje que necesitareis para vuestro viaje y mil dineros á cada uno, y estad ciertos de que atenderé á que, habiendo llegado á Grecia, os recuperéis de vuestro infortunio y no tengáis que envidiar ajenas dichas.»

Apenas hubo acabado las últimas palabras, cuando bien lejos de acreditar en lo festivo de sus semblantes el regocijo con que esperaba el rey admitiesen aquellas honras, vertiendo copiosas lágrimas y manteniéndose con los ojos clavados en tierra y sin atreverse á articular palabra alguna, demostraban así su disgusto. No pudiendo empero alcanzar Alexandro la causa para él, se la representó Euthimón repitiéndole la sustancia de las razones con que los había disuadido de la jornada, y habiendo quedado no menos compade-

cido de ellas el rey que de su miseria, mandó dar á cada uno mil dineros y diez vestidos y gran cantidad de ganado mayor y menor y de trigo para que sembrasen y labrasen las tierras de que les había hecho merced.

CAPÍTULO VI.

Después de haber robado á Persépolis, ciudad rica, llega á la Persia y sujeta á los mardos.

Habiendo juntado al día siguiente el rey sus cabos, es manifestó cuánto más infausta que otra alguna ciudad había sido para los griegos la de Persépolis, antigua silla de los reyes de Persia y cabeza del imperio: que de ella salió el espantoso diluvio de ejércitos con que inundaron la Grecia los persas, y que de ella llevaron primero Darío y después Xerxes la hacha de la más detestable guerra que asoló la Europa; por lo cual se hallaban obligados á tomar con su destrucción venganza de tantas ofensas, consagrando su ruina á los manes de sus antecesores.» Pero habiéndola dejado abandonada sus habitadores, los cuales se retiraron por diversas partes adonde condujo á cada uno su miedo, pudo el rey sin embarazo ni dilación alguna entrar en ella con su falange.

Aunque había tomado por fuerza ó por convenio muchas ciudades de increíble opulencia, ninguna empero que pudiese compararse en tesoros á ésta, en la cual habían recogido los bárbaros las mayores riquezas de Persia. Ofrecíase el oro y la plata á rimeros, y en abundancia imponderable los preciosos muebles, las inestimables presas y los ricos vestidos, los cuales más que al uso servían á ostentosa y soberbia profanidad, y entonces á ocasionar disgustos en los mismos vencedores, quienes, no entregando distintamente como antes su codicia al robo, respecto de la abundancia, sólo se ce-

baba ésta en lo más precioso y exquisito, mirando no ya como compañero sino como á enemigo al que quedaba dueño de la mejor presa, con la cual solían llegar á las manos; rasgaban las vestiduras de púrpura y los ornamentos reales, tirando unos y otros de ellas por llevárselas, y hacían pedazos á golpes de hacha vasos de inestimable precio, sin reservar de tan universal destrozo aun las estatuas de oro y plata de los dioses, las cuales quedaban, como cuanto se les ofrecía, reducidas á menudos pedazos.

Y no satisfecha su avaricia en el saco de tan desgraciada ciudad, se extendía también su crueldad á ofrecer horribles espectáculos; porque el soldado, hallándose tan cargado de bienes y no sabiendo qué hacerse, quitaba la vida á sus más humildes prisioneros, sin perdonar á los que con su anticipado rescate eran dignos de mayor compasión. Cuya inhumanidad obligaba á muchos á que se anticipasen ellos mismos á dársela por sí, precipitándose unos, adornados de sus más ricas vestiduras, con sus mujeres y sus hijos, desde las murallas, y abrasándose otros con todas sus familias en el fuego, que á gran prisa habían introducido en sus casas, para no dejar que hacer á los enemigos. Cansado el rey de tan horrible mortandad mandó que cesasen en ella, prohibiéndoles profanasen el decoro y honestidad de las mujeres y que tocasen á los adornos que llevaban consigo.

Hácese increíble la suma que se refiere importó la presa; pero ó hemos de dudar de todo lo demás ó persuadirnos á que llegó el tesoro de aquella ciudad á ciento veinte mil talentos, los cuales mandó reservar el rey para los gastos de la guerra, y que se trajesen allí de Susa y Babilonia camellos y otros animales de acarreo para que los condujesen, aumentándolos después con seis mil talentos que importó la presa de Per-

sagede, cuya ciudad fundó Ciro y rindió Gobares, su gobernador, á Alexandro, el cual dió á Nicártides el mando de la fortaleza de Persépolis y de tres mil macedones que dejó en ella; conservó á Tirídates, atento á haberle entregado los tesoros, en el mismo empleo que tenía, y habiendo dejado allí gran parte de su ejército con el bagaje debajo del mando de Parmenión y de Cratero, y tomando mil caballos y algunas compañías de infantería entró en lo interior de la Persia al principio del invierno, sin que hubiesen bastado sus continuas lluvias y rigurosa destemplanza á interrumpir la continuación de su marcha.

Llegó mediante ella á cierta región donde son tan inmensas como perpetuas les nieves y hielos de que se halla cubierta, cuyo horror amedrentaba tanto á los soldados, rendidos á la opresión de tan repetidas fatigas al ver aquellas espantosas soledades en quienes no se descubría rastro alguno del menor cultivo, que temerosos de que les faltase aun la luz del cielo deseaban con indecible ansia volverse. Advirtiendo el rey su desmayo, y teniendo por mejor animarlos con su ejemplo que darse por entendido de su desaliento, se arrojó del caballo en que iba á tierra y marchó por en medio de las nieves, á vista de cuya demostración hicieron lo mismo primero los mayores señores de su corte, después los capitanes y últimamente los soldados; y habiendo vencido la impenetrable aspereza de unos bosques, de quienes no pensaron salir, llegaron á descubrir algunas cortas señas de trabajo humano y tal ó cual errante rebaño que pacía por allí. Cuyos pastores, teniéndose por seguros en aquellas esparcidas cabañas en que habitaban al resguardo de tan inaccesible territorio, no bien hubieron visto al enemigo, cuando, dando muerte á los que no podían seguirlos, se acogieron á los montes más retirados y de mayores nieves. Si bien domesticada después

poco á poco su fiereza con la comunicación y trato de los prisioneros que llevaban consigo los macedones, se rindieron al rey, el cual los trató con benignidad y blandura; y habiendo asolado la campaña de la Persia y reducido á su dominio muchas villas y aldeas, pasó hacia los mardos, nación belicosísima y bien diversa en el modo de vida y de costumbres de los demás persas.

Recógense en compañía de sus mujeres y de sus hijos en las cavernas que labran en las mismas montañas, y aliméntanse sólo de sus ganados ó de animales silvestres. Vense en las mujeres, contra la natural debilidad de su sexo, no menos feroces aspectos que en los hombres, erizados sus cabellos y sin que se dilaten á más que la rodilla sus vestiduras; ciñe sus frentes una honda que sirviendo de desaliñado adorno á sus cabezas sirve también de arma á su brazo. Habiendo empleado el rey treinta días en rendir á su obediencia á aquellos pueblos con la misma fortuna que á los demás, se volvió á Persépolis, donde repartió considerables preseas entre los grandes de su corte y los demás oficiales y soldados de su ejército, con proporcional merecimiento de cada uno, sin que hubiese reservado casi nada de la presea que se hizo en aquella ciudad, que sin duda fué la más rica que se vió jamás.

CAPITULO VII.

Hace Alexandro quemar el palacio de los reyes de Persia, á persuasión de Thais y de los cortesanos que seguían el ejército, y resuelve seguir á Darío.

Pero todas las grandes prendas de aquel príncipe; su excelente natural, en que absolutamente excedió á los demás reyes del mundo; su invencible valor, acreditado en tantos y tan varios peligros; su destreza en la disposición de las empresas y su prontitud en la ejecución de ellas; su fe con los rendidos; su clemencia con los prisioneros, y finalmente su gran moderación en los permitidos divertimientos, las obscureció con el torpe vicio del vino en el mayor ardor de sus conquistas. Cuando su enemigo y concurrente al imperio armaba con la mayor aplicación poderosísimo ejército, y cuando los pueblos nuevamente conquistados sólo atendían á sacudir de sus cervices el yugo que en ellas había impuesto, pasaba él los días en desordenados banquetes y licenciosos festines, á quienes hacía concurrir algunas mujeres, no ya las que por su modestia y honestidad se conciliaban atención y respeto, sino las que por su disolución se habían tomado en el ejército más licencia de la que convenía. Era entre todas la que más sobresalía una llamada Thais: ésta, con el auxilio de su buena cara, no rehusó decir al rey, en ocasión que le pareció más eficaz á la consecución de su intento, que no se le podía ofrecer ninguna mejor de obligar á los griegos y granjear su amor que la presente si mandaba quemar el palacio de los reyes de Persia, satisfacción que

esperaban de su rectitud todos los que tenían reciente la memoria de las ofensas que habían recibido sus ciudades de los bárbaros, cuya crueldad había pasado hasta abrasarlas.

Tal era el consejo de una embriagada ramera; el cual no bien le hubo pronunciado, cuando sin advertir en la importancia del caso le aplaudieron los convidados y el rey; á quien fué tanto más grato, cuanto con precipitado ardor dijo: «¿Y por qué no quemaremos también la ciudad para vengar la Grecia?» Embargados todos del vino se levantaron de la mesa y con desatinado furor pusieron fuego en aquella ciudad, por cuya conservación habían mirado aun hallándose con las armas en la mano. Fué el rey quien primero le introdujo en el palacio, siguiéronle luego los convidados, después los oficiales y últimamente las concubinas.

Casi todas las maderas de su fábrica eran de cedro; y habiendo prendido en ellas, á brevísimo espacio se dilataron tanto por todo él sus llamas, que advirtiéndolas el ejército que estaba acampado á bastante distancia de allí, y juzgando las hubiese causado algún descuido, partieron aceleradamente los soldados á extinguirlas. Pero habiendo llegado á la entrada del palacio, y reconocido era el mismo rey quien encendía el fuego, arrojaron el agua que llevaban y ayudaron á introducir la leña y los demás materiales que juzgaron proporcionados á alimentarle.

Tal fué el destino de aquella ciudad, ojo del Oriente, silla de su imperio, y adonde antiguamente acudieron infinitas naciones á proveerse de leyes para regirse y gobernarse; patria de tantos reyes, único terror de la Grecia, y quien habiendo dispuesto una armada de mil velas y juntado á ella los formidables ejércitos de que fué inundada el Asia, cubrió el mar de bajeles, allanó los montes y los hizo navegables, sin que en tantos si-

glos como los que corrieron después de su ruina pudiese nunca repararse de ella; porque aunque conservan hoy los parthos algunas ciudades que poseyeron los reyes de Macedonia, no hubieran quedado vestigios de ésta si el río Araxe, que dista veinte estadios de los muros, según creen los naturales, más por conjeturas que con fundamento seguro, no los ofreciese.

Corridos los macedones de que hubiese destruído tan esclarecida ciudad su rey teniéndole fuera de sí la violencia del vino, divulgaron para honestar tan ignominiosa acción lo había ejecutado con premeditada deliberación, por haber tenido por conveniente arruinarla de aquella suerte.

Lo que no tiene duda es que el rey, libre de la embriaguez, se arrepintió, y que dijo en altas voces «que habrían logrado mejor satisfacción los griegos si le hubiesen visto los persas sobre el trono de Xerxes.» Hizo al siguiente dar al Licio 50 talentos por haberle conducido á Persia, de donde pasó á la región de Media; y habiendo encontrado en ella las reclutas que le enviaban de Cilicia, compuestas de cinco mil infantes y mil caballos y mandadas por Platón, ateniense, resolvió con aquel refuerzo seguir á Darío.

CAPÍTULO VIII.

Oración de Darío á los suyos exhortándolos á la batalla.

Había llegado ya Darío á Ecbatana, corte de la Media que poseen hoy los parthos y donde tenían sus reyes el verano, y determinado pasar desde ella á Bactria; pero recelando le alcanzase su enemigo, mudó de dictamen y de derrotero; porque si bien se hallaba de él á distancia de mil y quinientos estadios, no asegurándole la mayor de la celeridad de aquel príncipe, tuvo por mejor disponerse para la batalla que para la fuga. Habíanle quedado treinta mil infantes, y entre éstos cuatro mil griegos, cuya fidelidad tenía bien experimentada; además de ellos, cuatro mil honderos ó gente de arco y tres mil y trescientos caballos, casi todos bactrianos, á quienes mandaba Beso, sátrapa de Bactria. Apartado, pues, á corta distancia del camino real, mandó pasar delante el bagaje, y habiendo juntado sus cabos y los primeros oficiales les hizo este razonamiento:

«Si me hubiese empeñado la fortuna con gente sin espíritu, y que atenta á la conservación de su vida, por ignominiosa que fuese, la prefería á una gloriosa muerte, tendría por mejor callar que malograr el tiempo en palabras inútiles. Hallándome, empero, con más pruebas de vuestro valor y de vuestra fidelidad de las que quisiera, debo antes procurar ser merecedor de tan estimables amigos que dudar si sois los mismos que hasta aquí habéis sido.

»Desamparado de tantos millares de hombres como componían mi ejército, sólo vosotros me habéis acom-

pañado en mi infortunio, cuya fidelidad y constancia me persuade únicamente á que aún soy rey. Señorean ahora mis ciudades los traidores tránsfugas, no porque el enemigo los juzgue dignos de este honor, sino por granjear con semejantes premios vuestra obediencia. Pero vosotros, más atentos á vuestro pundonor y lealtad que á vuestras conveniencias, habéis preferido á la próspera fortuna del vencedor mi infeliz suerte, haciéndoos con tan loable acción dignos de que os la premien los dioses; y no dudéis que os la remuneren cuando yo no pueda, ni que deje de dilatarse á la más remota posteridad la fama de vuestras alabanzas; no pudiendo haber ninguna, por ingrata que sea, que no las ensalce y sublime hasta donde pide vuestro merecimiento. Cuya confianza me esforzará aun cuando se librase todo mi remedio en la fuga, de quien aun el nombre me es horroroso á hacer rostro al enemigo teniéndoos á mi lado. Porque ¿hasta cuándo he de vivir desterrado en medio de mis estados? ¿Hasta cuándo fugitivo por los rincones de mi imperio de un rey extraño y advenedizo, cuando aún me hallo en estado de hacer una nueva experiencia de mi fortuna y de recobrar lo perdido, ó de acabar de perder gloriosamente con la vida cuanto me ha quedado?

»Si no es ya que me sea más honroso ofrecerme al arbitrio y discreción del vencedor, y quedar, á ejemplo de Maceo y de Mitrenes, satisfecho con obtener de él alguna provincia, condescendiendo con el deseo que ha tenido de hacerme antes objeto de su vanidad que de sus iras. Pero no permitan los dioses que ninguno pueda llegar á desposeerme ó á darme la diadema que ciño, ni que conservando algún aliento pierda este imperio, sino que sea uno mismo su fin y el de mi vida. Si vosotros os halláis con el mismo ánimo y en la misma resolución, me prometo vuestra libertad y que no os veáis

precisados á sufrir el fastidioso gesto de los macedones ni su soberbio aspecto. De vuestros bríos depende la gloriosa venganza de vuestros ultrajes y el fin dichoso de todos vuestros infortunios.

»En mí tenéis un vivo ejemplo de la inestabilidad de la fortuna para poder esperar de ella mudanza en la que nos aflige. Pero aun cuando se halle desamparada la justificación de nuestras armas del socorro de los dioses, no podrá faltar nunca á tan generosos corazones como los vuestros el recurso de una honrosa muerte. Ruégoos, pues, amados amigos míos, y exhórtoos por la gloria de vuestros antecesores y por el crédito con que poseyeron el imperio de todo el Oriente; por las cenizas de tantos esclarecidos varones, de quienes fué tributaria Macedonia; por tantas armadas como surcaron á la Grecia; por tantos erigidos trofeos y por tantos obtenidos despojos, que con ánimo digno de vosotros y de la gloria de nuestra nación os dispongáis al combate y á sufrir con igual constancia que las adversidades pasadas cuantas os ofreciere nuevamente la fortuna: que por lo que á mí toca, estoy resuelto á perpetuar mi fama, ó con una esclarecida victoria ó con una gloriosa batalla.»

CAPÍTULO IX.

Varios pareceres de los grandes. Alteración y tumulto, ocasionado de la traición que Narbazanes y Beso habían tramado.

Había llenado, mientras Darío hacía este razonamiento, de tan grande horror los corazones y ánimos de todos la imagen del próximo peligro, que apenas dejó á alguno arbitrio para discurrir ni aliento para articular. Si bien Artabazo, antiguo confidente suyo, y que como dejamos dicho estuvo en la corte de Philipo, interrumpió aquella suspensión diciendo: «Aquí nos hallamos adornados de nuestras más ricas vestiduras y de nuestras mejores armas para asistir al rey en el combate, resueltos á vencer, como lo esperamos, ó á morir, como no excusaremos.»

Repitieron casi lo mismo todos los demás. Pero Nabarzanes, que asistía á aquel consejo, tenía tramada entre él y Beso una de las mayores maldades que pueden ejecutarse, y de quien hasta entonces no había entre los persas ejemplar de haberse conocido. Era ésta aprisionar al rey (lo cual podrían conseguir fácilmente por medio de las tropas que mandaba uno y otro) con intento, ó de entregársele vivo á Alexandro si los siguiese, y granjear su benevolencia por medio tan grato, ó de apoderarse del reino si pudiese escapársele, y renovar la guerra después de haber muerto á Darío.

Con el fin, pues, de tan horrible maldad, la cual había algún tiempo que maquinaban, y el de abrir camino á su ejecución y logro, dijo Nabarzanes así al rey:

«No dudo, señor, que mi dictamen á los primeros vi-

sos sea poco grato á tus oídos; pero en las enfermedades destituídas de remedio es donde el médico aplica los más extraordinarios y violentos; y en la deshecha tormenta, cuando el diestro piloto por librar lo que más importa arroja al mar alguna parte de lo que conduce. No se dirige mi consejo á persuadirte aventures nada de cuanto hoy posees, sino que asegures la conservación de tu persona y de tu imperio. Habiéndote mostrado la experiencia con tan continuadas infelicidades cuán á favor de nuestros enemigos se han declarado los dioses y con cuánta pertinacia persigue á los persas la fortuna, no hallo otro recurso á nuestras desdichas que el de renovar la guerra debajo de nuevos y más felices auspicios.

»Pon las riendas del gobierno en manos de otro que sólo en apariencia conserve el título de rey lo que tardare en dejar al Asia libre de los enemigos que la afligen, para que quedándolo, y volviéndote vencedor este sagrado depósito, puedas seguro restituirte al trono, no con la brevedad que debemos esperar de las presentes disposiciones. Porque aún la Bactria se halla entera y los indos y los sagues sólo esperan tus órdenes, sin tantos pueblos y tantos millares de hombres aptos, así para la caballería como para la infantería, que podemos decir seguramente son aún mayores las fuerzas con que te hallas que las que has perdido. ¿Pues qué es lo que nos obliga á que tan sin necesidad aceleremos nuestra ruina?

»De grandes corazones es sin duda despreciar la muerte; no, empero, aborrecer la vida: antes, sí, suele ser de espíritus cobardes y á quienes es fastidioso el trabajo abandonarla por huirle, malogrando cuantos medios procura solícito y diligente el valor para su conservación y seguridad. Porque siendo la muerte el fin de todas las cosas, basta exponerse con generosa re-

solución á ella, sin anticiparse presurosamente á buscarla. En cuya consideración si nos retiramos á Bactria, que es hoy el más seguro refugio que se nos ofrece, debemos ceder al tiempo y declarar por rey á Beso, gobernador de aquella provincia; el cual, reducido todo á estado tranquilo y pacífico, te restituirá como á legitimo príncipe el imperio que depositares en él.»

No debe admirar que irritado Darío de tan atrevido razonamiento prorrumpiese, aun sin penetrar toda la maldad que disfrazaba, en algunas demostraciones de su justa indignación; y dejándose llevar de ella, «¿Parece (le dijo), oh desleal vasallo y malvado hombre, que ya es tiempo de que declares tu traición sin el recelo de algún riesgo?» Y echando mano á su cimitarra iba á darle muerte, como lo hubiera hecho á no haberse puesto de por medio Beso y los bactrianos con semblantes doloridos en lo aparente, aunque con ánimo de aprisionarle si intentase pasar á más, y suplicándole se templase. Con lo cual pudo escaparse Nabarzanes, á quien siguió inmediatamente Beso; y habiendo separado del grueso las tropas que mandaban, tuvieron entre sí consejo secreto. En cuyo ínterin, discurriendo Artabazo con Darío del estado de sus cosas, procuró templarle. Y después de haberle persuadido repetidas veces á que se acomodase al tiempo, le suplicó se sirviese perdonar ó la ignorancia ó la locura de los que por último debía mirar como á suyos. Que considerase tenía á la vista á Alexandro, que aun cuando se hallase con sus fuerzas enteras era un poderoso enemigo; y lo que sería de su persona si llegasen á desampararle los pocos que le seguian.

Persuadido no sin dificultad Darío á tan útil consejo, desistió de la resolución en que estaba de campar, por lo alterados que reconoció los ánimos de todos, y se retiró á su tienda con igual tristeza que desesperación.

Era imponderable el desorden y desunión de aquel

ejército, en todo el cual no había ninguno que mandase ni atendiese al bien común como hasta entonces. Patrón, coronel de los griegos, les mandó que tomasen las armas y estuviesen prontos para ejecutar lo que se les ordenase. Los persas se hallaban retirados á una parte y Beso á otra con sus bactrianos, procurando ganar á aquéllos y llevarlos á Bactria, cuya opulenta provincia les exageraba, representándoles estaba entera, y los peligros á que quedaban expuestos si permanecían allí. Pero atentos los persas á la fidelidad que debían á su príncipe, le respondieron uniformes que sería gran maldad desamparar al rey. En tanto Artabazo hacía el oficio de general, visitaba las tiendas de los persas y los exhortaba unas veces como general y otras como soldado particular, manifestándoles la seguridad con que estaba de su obediencia; después de lo cual pasó á la tienda de Darío, á quien no sin grandes instancias hizo comer y persuadió á que mostrase igual valor al que correspondía á su grandeza.

CAPÍTULO X.

Cruel determinación de Beso y de Nabarzanes sobre entregar á Darío ó darle muerte. Tiénenla oculta por extraños medios.

Pero Beso y Nabarzanes, en cuyos pérfidos pechos ardía la ambición de dominar, resolvieron poner en ejecución su intento. Y si bien no dejaban de prevenir cuán difícil les sería llegar al trono mientras viviese Darío, por la grande veneración con que atendían aquellos pueblos á sus príncipes, respetando aun en su más decadente fortuna el nombre y la sombra de la majestad y los vestigios de su antigua gloria; la oportunidad y opulencia de la provincia que mandaban, poderosa en hombres y armas; no inferior en su extensión á las mayores del Oriente, respecto de contener la tercera parte del Asia, y tan abundante entonces de juventud, que sólo de ella podían sacar igual ejército al que habían perdido, los tenía tan confiados, que no sólo despreciaban á su príncipe, sino también á Alexandro; esperando que si llegaban á hacerse señores de ella, hallarían medios para restablecer el imperio y poder de los persas.

Finalmente, después de haber discurrido largo tiempo sobre lo que debían ejecutar, resolvieron apoderarse del rey por medio de los bactrianos, que tenían entonces á su devoción, y habiéndolo conseguido participar á Alexandro se le conservaban vivo. Que en caso de que le disgustase su traición, que era lo que más temían, darle muerte y retirarse con sus tropas á Bactria.

No podían, empero, apoderarse fácilmente de la persona del rey por medio de alguna violencia, respecto

del crecido número de persas entre quienes se hallaba, los cuales no era creíble le abandonasen, ni tampoco los griegos, cuya fidelidad temían aún más. Con que les fué preciso fiar del artificio lo que no podían esperar de la fuerza.

Mostráronse arrepentidos de su retirada, dando por disculpa de ella al rey el haber temido su indignación, y solicitaron al mismo tiempo secretamente llevar á su devoción á los persas y ganar la voluntad de los soldados, unas veces con la esperanza y otras con el temor, representándoles el riesgo á que los exponían y cuán en breve perecerían debajo de las ruinas de un imperio decadente y próximo á su ruina; cuando teniendo abierta la Bactria podían asegurarse en ella y satisfacerse á manos llenas de sus riquezas, mucho más excesivas de lo que imaginaban.

Mientras pasaba esto, buscó Artabazo, ó por orden del rey ó de motivo propio, á Beso y á Nabarzanes, á quienes aseguró había depuesto Darío su enojo y restituídolos á su gracia. Ellos, afectando entre fingidas lágrimas algunas disculpas, que sirviesen de crédito á la inocencia que procuraban persuadir, pidieron á Artabazo que patrocinase su causa é intercediese por ellos.

Habiéndose pasado en esto la noche, se ofreció Nabarzanes al romper del día inmediato en la tienda del rey con los bactrianos, ocultando la maldad que le llevaba con el aparente pretexto de asistir al cumplimiento de su empleo; y Darío, dada la señal para la marcha, tomó como acostumbraba su carro. Entonces Nabarzanes y los demás cómplices, postrados en tierra, tuvieron corazón para venerar obsequiosos al que en breves horas habían de reducir á prisiones, y derramar en testimonio de su arrepentimiento algunas lágrimas. Tan fácil y dispuesto está el corazón humano á la doblez y disimulación.

Añadieron á ellas tan humildes é incesantes ruegos, que no sólo persuadieron á aquel príncipe, por su natural blandura fácil á ser engañado, á que diese entero crédito á sus fingimientos, sino le obligaron también á que enternecido vertiese algunas lágrimas. Pero ni éstas ni la consideración de hombre y rey, contra quien conspiraban traidoramente, fueron bastantes á templar su inhumana crueldad. Darío, pues, juzgándose fuera del peligro que le esperaba, sólo atendía á librarse de Alexandro como del único enemigo á quien temía.

CAPITULO XI.

Descubre Darío los intentos de los traidores. Rehusa el socorro de los griegos que tenía presente, y declara quiere morir antes, si gustan de ello los suyos, que desacreditarlos.

Mejor informado Patrón mandó á su gente, que de ordinario iba con el bagaje, que tomase sus armas y estuviese pronta á ejecutar sus órdenes. Seguía el carro del rey, esperando ocasión de hablarle por hallarse noticioso de la conjuración de Beso; el cual sospechándolo no se apartaba de él, más que por acompañarle por asegurar su persona. Pero no pudiendo por algún tiempo conseguirlo Patrón, y habiéndole interrumpido en las que intentó declararse, vacilante entre la fidelidad y el temor, fió de sus ojos lo que no se atrevía á articular su voz, hasta que advirtiendo el rey en el cuidado con que le solicitaba atento, le preguntó por medio de uno de sus eunucos, llamado Bubace, si tenía algo que decirle. Respondióle que sí; pero que deseaba fuese á solas. Con lo cual, habiéndole llamado el rey sin intérprete, respecto de entender la lengua griega, le dijo Patrón así: «De cincuenta mil griegos que éramos, señor, hemos quedado en el corto número que ves; pero dispuestos todos á seguir la fortuna que corrieres con la misma fidelidad que te hemos servido en tu mayor prosperidad y gloria. Cualquiera retirada que elijas será nuestra patria, sin que pueda separarnos de tu servicio accidente alguno. En esta suposición, señor, me veo precisado á suplicarte, por la misma lealtad que has experimentado tantas veces en nosotros, pases á

nuestra tienda tu cuartel y fíes la seguridad de tu real persona de nuestro cuidado.

»Advierte que ya para nosotros se acabó la Grecia, que la Bactria no nos es recurso y que toda nuestra esperanza se libra en ti; y ojalá permitiesen los dioses consistiese también la de todos los tuyos para que te atendiesen con mayor amor. Baste, empero, señor, sin que me explique más, decirte que siendo extranjero y de donde soy no me atreviera á pedirte la guarda de tu real persona á no verla tan arriesgada en otra que la nuestra.»

Aunque ignoraba Beso la lengua griega, el remordimiento de su conciencia no dejaba de ponerle en algún recelo de que le hubiese descubierto Patrón, cuya sospecha confirmó con la evidencia cierto intérprete, que habiéndose hallado no lejos pudo escuchar cuanto dijo al rey y participárselo. Pero Darío, habiéndole oído con sereno semblante, le preguntó lo que le obligaba á aquel recelo. Patrón, reconociendo que ya no era tiempo de malograrle, le dijo: «Beso y Nabarzanes conspiran, señor, á tu ruina: tu imperio y tu vida se hallan tan próximos al último peligro, que hoy verá el mundo ó el fin de ella ó el de los parricidas.»

Verdaderamente que Patrón quedó merecedor de inmortal gloria por haber atendido con tan loable vigilancia á preservar al rey de aquel riesgo, y que á vista de este suceso son dignos de risa los que se persuaden de que las cosas humanas se obran acaso y sólo por arbitrio de la fortuna; cuando es cierto, á lo que juzgo, que gobierna soberana y altísima Providencia el universo, y que por oculta unión y trabazón de causas secretas y determinadas mucho tiempo antes, se rigen todas las cosas con su regular orden, hasta que se cumple el fin y destino de cada una. Respondióle Darío: «Que aunque se hallaba con bastante satisfacción de la

fidelidad de los griegos, no se resolvería nunca á desacreditar la de los suyos separándose de ellos, porque le sería mucho más sensible que su desacato el darles ocasión para él. Y que así tenía por mejor quedar expuesto entre los suyos á los ultrajes que quisiese hacer en él la fortuna, que librar en los extraños su seguridad; pues llegando á juzgarles suyos por indigno de que viviese, moriría siempre tarde por presto que lo hiciese.» Patrón desesperando de la vida del rey se volvió hacia sus tropas, resuelto antes á morir que á desampararle.

CAPÍTULO XII.

Apodérase Beso de Darío después de haberle engañado con fingidas lágrimas y cautelosas palabras; y habiéndole aprisionado con cadenas de oro, le hace poner en un carro tan indigno de la majestad de su persona como si hubiese olvidado iba en él tan gran príncipe.

Aunque había resuelto Beso con impetuoso ardor dar luego muerte á Darío, difirió hasta la noche siguiente la ejecución de sus alevosos intentos, temeroso de no hallar en Alexandro perdón á su delito si no se le entregaba vivo. Pasó en el ínterin á dar las gracias á Darío «de que se hubiese desembarazado con tan gran destreza de los artificiosos engaños de aquel traidor, á quien eran de tan poderoso incentivo las riquezas de Alexandro para que pretendiese hacerle presente de la cabeza de su rey. Que no se admiraba de que un mercenario que exponía su vida al vil precio del dinero hiciese mercancía de la ajena, ni de que hallándose sin prenda alguna de hijos ni de hacienda, desterrado del mundo, y por último, enemigo de ambos partidos, se vendiese á quien más caro le comprase.» A cuyas expresiones añadió otras en prueba de su justificación, poniendo por testigos de su inocencia á los dioses.

Admitióselas Darío con demostraciones de que se las creía; porque aunque no dudaba de la noticia de los griegos, el estado de las cosas, en el cual le era no menos peligrosa la traición que la desconfianza, le obligaba á conformarse con él. Componíanse de treinta mil los que por la ligereza de sus ánimos se hallaban dis

puestos a cualquier maldad, y Patrón de sólo cuatro mil; á quienes si cometía la guarda de su persona, agraviando la fidelidad de los persas, daba en alguna manera ocasión para que pareciese menos culpable el parricidio. Por lo cual quiso antes exponerse á él, habiendo de morir, que dejar el menor motivo para que pretextasen tan enorme maldad. Sin embargo, respondió á Beso «que la justificación de Alexandro no era menos notoria que su valor, y que se hallarían engañados los que esperaban de él premiase su infidelidad, pues ninguno tomaría más severa satisfacción de ella que él.»

Acercábase ya la noche, y si bien los persas, desarmados según costumbre, iban á forrajear á las aldeas vecinas, los bactrianos se mantuvieron por orden de Beso con las armas en la mano. En tanto Darío hizo llamar á Artabazo, y habiéndole referido lo que le había participado Patrón, fué del mismo sentir en cuanto á que librase su seguridad del cuidado de los griegos, asegurándole que los persas le seguirían luego que entendiesen su peligro. Pero no pudiendo huir su destino, incapaz ya de admitir consejo ni de tener más arbitrio que el que necesitaba para poder dar el último vale á Artabazo, único consuelo suyo en aquel infortunio, le abrazó, y bañado en sus lágrimas y en las de aquel fino amigo se asió tan estrechamente de él, que necesitó hacer éste algún esfuerzo para separarse; á cuyo tiempo, cubriéndose Darío el rostro por no aumentar su dolor viéndole partir anegado en su llanto, se arrojó en tierra impelido de su desesperación. A vista de lo cual las guardas de su persona, más atentas á su propio peligro que á exponerse como debieran á los mayores en obsequio y seguridad de su rey, y juzgándose incapaces de resistir á los conjurados, como si ya les acometiesen, le desampararon, sin que quedase en su tienda más que algunos eunucos, á quienes detuvo el no saber dónde huir.

Hízolos también salir de ella; y habiendo quedado solo se mantuvo por algun tiempo combatido de varias imaginaciones, hasta que por último, disgustado también de la misma soledad que había solicitado como alivio, mandó llamar á Bubace, á quien dijo: «Bastantemente has acreditado hasta este lance tú y tus compañeros la fidelidad que me debéis: id y libraos, que yo esperaré aquí el fin de mi vida.» Y volviéndose á él le añadió: «Y no extrañes no me la quite yo mismo; pues sólo dejo de hacerlo porque quede otro, y no yo, reo de esta maldad.» A cuyas lastimosas expresiones prorrumpió el eunuco en tiernos y crecidos gemidos, primero en la tienda y después en el campo, donde rasgadas sus vestiduras y deshechos en funestas lágrimas concurrieron todos á lamentar la miseria de su dueño, cuyos tristes y ruidosos clamores llegando al cuartel de los persas los pusieron en gran confusión, no atreviéndose á tomar las armas temerosos de que los cargasen los bactrianos, ni á subsistir allí sin hacer algo en obsequio de su rey para evitar la ignominia de haberle desamparado tan vergonzosamente.

Todo era desorden y confusión en aquel ejército, ya sin cabeza y sin dueño. La gente de Beso y Nabarzanes, persuadida á que no podía ser otra la causa de tan universal llanto que la muerte de Darío, pasó á decirles se la había dado él á sí mismo. Con cuya noticia partieron aceleradamente, asistidos de los demás cómplices, y llegaron á su tienda, donde habiéndose asegurado de que era vivo, dieron orden para que le prendiesen y le asegurasen con cadenas.

Tal fué el fatal destino de aquel gran rey, de aquel poderoso monarca, que habiéndose visto poco antes en un ostentoso y soberbio carro, árbitro soberano de tantos pueblos como los que reverentes tributaban á la majestad de su persona no inferiores adoraciones que

las que ofrecían á Dios, se halló repentinamente oprimido, no ya por extraño poder enemigo, sino por la cruel alevosía de sus propios vasallos, esclavo de sus esclavos y arrojado en un vil carro cubierto de groseras pieles.

Su plata y sus muebles quedaron como por derecho de guerra expuestos al pillaje, en cuyo execrable botín habiéndose satisfecho la codicia de los traidores, empezaron á retirarse.

Artabazo tomó la marcha con los que habían quedado en la obediencia, y las tropas de los griegos hacia las tierras de los parthos, creyéndose allí más seguros que en compañía de los parricidas; pero los persas, movidos de las promesas de Beso, y no sabiendo á qué resolverse, se juntaron á los bactrianos, con quienes los reunieron tres días después. Sin embargo, los traidores, porque no se dijese dejaban de hacer á su rey los honores que debían, ó, lo más cierto, porque no quedase escarnio de que no se valiese la fortuna en desprecio y ultraje de aquel príncipe, le aprisionaron con cadena de oro, y temiendo fuese conocido por sus reales insignias, hicieron cubrir todo el carro en que iba de groseras pieles, y que le llevasen personas á quienes fuese desconocido, para evitar le mostrasen á los que preguntasen por él y que á lo largo le siguiesen algunas guardas.

CAPÍTULO XIII.

Sabiendo Alexandro la infelicidad á que se hallaba reducido Darío, marcha contra el ejército de los persas; pero Beso y los demás parricidas, temiendo sus armas y la presencia del vencedor, dejan á Darío cargado de muchas heridas y se entregan á la fuga.

Sabedor Alexandro de que Darío había partido de Ecbatana, dejó el camino de la Media que había llevado hasta entonces, y le siguió á acelerado paso. Luego que llegó á la ciudad de Tabás, que está en los últimos términos de Paretacene, le participaron algunos tránsfugas que huía aceleradamente á la Bactria; pero mejor informado después Bagystanes, babilonio, supo no se hallaba preso, aunque muy próximo á estarlo ó á perder la vida. Con cuya noticia llamó á toda prisa á sus cabos, á quienes dijo: «La última y mayor empresa que nos falta por ejecutar, si bien la más fácil de cuantas hemos obtenido, se nos ofrece. Darío se halla á corta distancia de aquí abandonado ó muerto por los suyos. No ignoráis que en su persona consiste el complemento de nuestras victorias. Por lo cual es preciso que procuremos no se nos escape; partamos, pues, con prontitud para que tan estimable presa sea premio de nuestra diligencia.» Conformes todos en poner en ejecución su gusto, respondieron á una voz que estaban prontos á seguirle, sin que los detuviese ni el trabajo ni el peligro.

Llevólos, pues, no á paso de marcha de guerra, sino á carrera abierta, sin permitirles por la noche el des-

canso que pedía la fatiga del día, hasta que después de haber caminado quinientos estadios, llegaron, por último, á la aldea donde Beso hizo prisionero á Darío. Habíase quedado allí Melón, intérprete de aquél infeliz príncipe, por haber caído malo; el cual embargado de la presteza de Alexandro y fingiendo se había detenido allí para rendirle su obediencia, le participó todo lo sucedido. Siendo, empero, preciso permitir algún rato de descanso á aquellas tropas, después de tan largas jornadas, se ocupó el rey mientras le lograban en reformar los seis mil caballos escogidos que tenía de trescientos hombres, á quienes llamaban *Dimarchas*, los cuales armados pesadamente, aunque marchaban á caballo, combatían á pie cuando el lugar y la ocasión lo requería.

En esta disposición le hallaron Orsillo y Mithracenes, los cuales habiendo abandonado el partido de Beso y detestado su traición, iban á ofrecérsele. Refiriéronle que los persas se hallaban á quinientos estadios de allí por el camino ordinario, pero que ellos le conducirían por otro más corto.

Recibiólos el rey con gran gusto y admitiéndolos por guías, partió al anochecer con una parte de la caballería ligera, ordenando á su falange que le siguiese con la mayor presteza que le fuese posible. Marchaba en forma de batalla y con tal ordenanza, que aunque llevaba á galope su gente, podían juntarse siempre que la ocasión lo pidiese los primeros á los últimos. Habiendo caminado, pues, en esta disposición trescientos estadios, encontró á Brocubelo, hijo de Maceo, gobernador que había sido de Siria; el cual, yendo también á rendírsele, le aseguró que Beso sólo estaba á doscientos estadios de él, y que desordenado su ejército marchaba sin el menor recelo; que le parecía era su intento tomar la derrota de Hircania, pero que si se apresuraba

le cogería sin duda desprevenido, y que Darío aún vivía.

Fué esta noticia de tanto mayor estímulo para la continuación de su marcha, cuanto dando de espuelas á los caballos partieron á toda rienda. Percibían ya el ruido de la de los enemigos, pero no podían verse respecto de impedírselo la demasiada polvareda que levantaban: por lo cual fué preciso hacer alto mientras se apagaba. Llegaron á verse los dos campos, á cuyo punto se retiraron los bárbaros, aunque con tan grandes ventajas, que pudieran haber esperado muy á favor suyo el suceso, si como tuvo Beso atrevimiento para cometer el parricidio, hubiese tenido valor para dar la batalla; porque además de la superioridad de sus fuerzas á las del enemigo, no podía dejar de serles de considerable ventaja el pelear frescos y descansados con los que llegaban rendidos y fatigados del camino. Pero el nombre y la reputación de Alexandro, que en la guerra es de suma importancia, los atemorizó de suerte que se entregaron á la fuga.

Beso y los demás cómplices, habiendo esperado á Darío, le persuadieron á que se pusiese á caballo para librarse de caer en manos de su enemigo; pero él, bien lejos de hacerlo, les respondió que los dioses estaban prontos á vengarle, é implorando la fe de Alexandro, se opuso á seguir á los parricidas, los cuales irritados de su repugnancia enderezaron contra él sus dardos, y habiéndole cargado de heridas, hecho lo mismo en los caballos que le conducían, para impedir que pasase más adelante, y dado muerte á dos esclavos que acompañaban al rey, se separaron después de tan detestable maldad para dejar en diversas partes vestigios de su fuga y engañar por este medio al enemigo si quisiese seguirlos, ú obligarle á dividir por muchas partes sus fuerzas.

Nabarzanes se encaminó hacia Hircania y Beso hacia Bactria, seguido de poca gente de á caballo.

Los bárbaros, abandonados de sus cabos, se dividieron por una y otra parte, según los guiaba su miedo ó su esperanza, sin que hubiese más que quinientos caballos que se uniesen, aunque dudosos en si les estaría mejor hacer resistencia ó ponerse en fuga. El rey habiendo advertido el pavor de los enemigos, hizo adelantar á Nicanor con una parte de la caballería para cortarlos, y él con el resto los cargó. Quedaron sobre el campo más de tres mil, que se pusieron en defensa, y los demás sin llegar á ellos, por haber mandado el rey que cesase la mortandad, fueron ahuyentados á manera de bestias.

No hubo entre todos los prisioneros alguno que diese noticia del carro de Darío, de cuya fuga no se pudo descubrir el menor rastro, por más diligencias que se hicieron.

Apresurábase Alexandro de suerte que apenas pudieron seguirle tres mil caballos; las tropas enteras de los fugitivos caían en manos de los que le seguían á paso más lento. Siendo á la verdad cosa bien extraña que hubiese más prisioneros que gente para hacerlos, y que los tuviese tan enajenados de sí su pavor é infelicidad, que no conociesen la muchedumbre de los suyos y el corto número de los enemigos para oponerse á ellos.

En tanto los caballos que conducían el carro de Darío, no habiendo quien los condujese, dejaron el camino real, y después de haber andado cuatro estadios á la contingencia, rendidos del calor y de sus heridas, hicieron alto. Estaba cerca de allí una fuente, donde llevado Politastro, macedón, por los del país á templar en ella su sed, advirtiendo, estando bebiendo del agua que había recogido en su celada, en los caballos que morían

de las heridas, de que estaban traspasados, y admirándose de que fuesen antes heridos que robados, acercándose más, reconoció en un grosero carro cubierto de pieles á Darío, cargado de muchas heridas y ya en los últimos trances de la vida, si bien conservando aún algún corto aliento.

Llegóse á él con uno de sus prisioneros para que le sirviese de intérprete, á quien habiendo conocido Darío por el lenguaje que era persa, le dijo: «Que en aquel deplorable estado á que le había reducido su fortuna le quedaba á lo menos el consuelo de hablar con quien le entendiese y de no malograr sus últimas expresiones. Pidióle dijese á Alexandro que moría deudor de sus beneficios, y tanto más reconocido á ellos cuanto no se los había merecido por servicio alguno: que le daba infinitas gracias por la suma benignidad con que, bien lejos de parecer enemigo, había tratado á su madre, á su mujer y á sus hijos, habiéndolos conservado no sólo la vida sino también el mismo decoro y grandeza que mantuvieron en su primera fortuna, cuando sus más cercanos parientes y amigos, siéndoles deudores de la vida y de los muchos reinos de que les hizo merced, desconocidos á tan crecidas honras, le habían privado con torpe ingratitud de uno y otro: que pedía á los dioses prosperasen sus armas, haciéndole monarca del universo; y por lo que miraba al execrable parricidio de Beso, cometido en su real persona, esperaba de su justificación que no interesándose menos que su gloria su propia seguridad en el ejemplar castigo de ella, á que se hallaba tanto más obligado cuanto era causa común de todos los reyes, dejase en la severidad y rigor de él bastante motivo al mundo para el escarmiento. Finalmente, faltándole ya el aliento para proseguir, pidió de beber, y habiendo tomado un poco de agua fresca que le llevó Polistrato, «¡Oh, tú, cual

quiera que seas, bienhechor mío! (le dice) la última de mis desdichas es hallarme imposibilitado de gratificarte este servicio que de ti he recibido; pero espero que te lo remunere Alexandro, y á Alexandro los dioses la benignidad y clemencia que ha usado con los míos. La única prenda que me ha quedado de mi real fe y afecto es esta mano derecha, ruégote que se la des por mí.»

Y diciendo esto tomó la de Polistrato y rindió el espíritu. Cuyas cosas referidas á Alexandro le obligaron á que pasase inmediatamente allá, donde al ver el cuerpo de Darío prorrumpió en tiernas y copiosas lágrimas, lamentándose del infortunio de aquel príncipe y del infeliz é indigno fin de su gloria. Desdobló su manto, púsole sobre el cuerpo, y habiéndole hecho embalsamar y adornar con regia pompa, se lo envió á Sisigambis para que le hiciese enterrar á usanza de los persas y poner en el real sepulcro de sus antecesores.

LIBRO SEXTO.

CAPÍTULO PRIMERO.

Descripción de la batalla entre lacedemonios y macedones. Vencedor Alexandro, concede la paz á los griegos, que se habían sublevado en su ausencia.

No gozaban de mayor tranquilidad Grecia y Macedonia mientras pasaba esto en Asia. Reinaba en Lacedemonia Agis, hijo de Archidamo, que dando socorro á los tarentinos fué muerto el mismo día que Philipo venció á los atenienses cerca de Cheronea. Este príncipe, pues, movido de la emulación en que le ponían la virtud y gloria de Alexandro, exhortaba á sus pueblos á que no tolerasen que la Grecia padeciese más tiempo en ignominiosa servidumbre la tirana opresión de los macedones, porque si no se prevenían con tiempo, caería sobre sus cervices el mismo yugo. Y que así debían, pues se hallaban con fuerzas suficientes para resistirlos, hacer los mayores esfuerzos por preservarse de igual peligro, sin esperar á que enteramente deshechos se hallasen imposibilitados á conservar la libertad contra potencia tan formidable.

Inducidos por este medio los ánimos, sólo esperaban ocasión oportuna de tomar las armas, y habiéndosela

ofrecido la felicidad de las de Memnón, se juntaron con él. Y si bien sobrevino la muerte de este capitán muy en los principios de sus empresas, no por ella descaecieron del valor con que se habían declarado, antes bien Agis pasó á verse con Pharnabazo y Autophradate, de quienes obtuvo treinta talentos de plata y diez bajeles, que envió á Agesilao su hermano para que pasase á Creta, cuyos habitadores se hallaban divididos por seguir unos el partido de los lacedemonios y otros el de los macedones, y despachó embajadores á Darío pidiéndole mayor porción de dinero y más bajeles para la guerra, cuyo socorro, en vez de atrasarle la derrota que padecieron los persas cerca de la ciudad de Iso, se le facilitó, porque siguiendo Alexandro á Darío y obligándole á retirar á sus más remotas y distantes regiones, pasó á la Grecia todo el crecido número de soldados que se había salvado de aquella batalla, de cuya gente tomó Agis ocho mil, que pagó del dinero de los persas, con los cuales, unidos á sus tropas, pudo volver á recuperar, como lo hizo, la mayor parte de las ciudades de Creta. Y habiendo Memnón, á quien envió Alexandro á Tracia, obligado á que se sublevasen aquellos bárbaros, para cuyo reparo llegó allí Antipatro con ejército que llevó de Macedonia, aprovechándose los lacedemonios de aquella ocasión, ganaron á su partido todo el Peloponeso, menos algunas ciudades de corta importancia, juntaron un ejército de veinte mil infantes y de dos mil caballos é hicieron general de él á Agis.

De lo cual noticioso Antipatro volvió con gran presteza á la Grecia, después de haber acomodado lo mejor que pudo las cosas de Tracia. Asistiéronle con su socorro los amigos y aliados de Alexandro, con el cual y las tropas auxiliares que había juntado llegaba su ejército, hecha la reseña, á cuarenta mil combatientes. Porque aunque del Peloponeso le habían ido muchas,

no le pareció seguro fiarse de ellas, si bien les estimó su afecto y la demostración de haber pasado á ofrecerse contra los lacedemonios en obsequio de Alexandro, á quien les ofreció representar su fineza para que se la remunerase á su tiempo. Pero respecto de no necesitar por entonces de más tropas que las que tenía, les pidió se volviesen á su patria con el seguro de que habían cumplido con la obligación de su alianza. Después de lo cual despachó al rey repetidos correos avisándole de los movimientos de la Grecia, los cuales le hallaron cerca de Bactria.

Pero no por esto dejó Antipatro de dar la batalla, en la cual decidió la victoria la rota de Agis, que fué muerto en Arcadia. En cuyo ínterin, hallándose Alexandro antes que llegasen los avisos de Antipatro con algunos recelos de las inquietudes de los lacedemonios, había dado desde allí, en medio de hallarse tan distante de Macedonia y de Grecia, cuanta providencia le fué posible. Porque ordenó á Amphotero que pasase al Peloponeso con bajeles de Chipre y de Phenicia, y á Menete que hiciese llevar hacia el mar tres mil talentos para poder proveer de más cerca á Antipatro de cuanto dinero necesitase, por temer las perjudiciales consecuencias que podían resultar de esta guerra. Si bien noticioso después de la victoria y comparando esta expedición con las que había obrado por sí, dijo que aquella batalla había sido sólo de ratoncillos.

Fueron felices á los lacedemonios los principios de esta guerra, en los cuales obtuvieron victoria de los de Antipatro, cerca de Corrhago, cuya fama llevó á su alianza á cuantos tenían pendientes del suceso su determinación, sin que entre todas las ciudades de los eleos y de los acheos hubiese otra que Pellene que desdeñase su alianza, y Megalópolis en la Arcadia, la cual se mantuvo firme en el partido de Macedonia por la

memoria que conservaba de Philipo, de quien recibió considerables beneficios. Aunque habiéndose hallado bien apretada de un vigoroso sitio, es sin duda que se hubiera rendido á no haber acudido Antipatro á su socorro. Acampó á no larga distancia de los enemigos, y habiendo reconocido estaba más fuerte que ellos, así en el número de las tropas como en lo demás, resolvió presentar luego la batalla.

No la rehusaron los lacedemonios, si bien trabado el combate se les declaró muy contrario el suceso. Porque aunque confiados en la disposición del lugar en que se había de pelear, despreciaban la ventaja que les hacía el número de la gente el enemigo, esperando no la podría lograr allí con ningún fruto, respecto de su estrechez; habiendo llegado á las manos, hallaron en su resistencia á los macedones con no menor esfuerzo al con que los acometieron; lo cual fué causa de que se derramase mucha sangre de ambas partes.

Pero socorrióles Antipatro frecuentemente á los suyos con gente de refresco, que sustituyese el lugar de los heridos; y no siendo fácil á los lacedemonios el hacerlo, se hallaron necesitados á retroceder. Agis viendo en derrota á su gente, se entró en medio de la refriega, y haciendo gran estrago en cuantos se le oponían, obligó á retirar á muchos enemigos.

Pusiéronse en fuga los macedones, que poco antes se mostraron victoriosos, dejándose cargar sin resistencia hasta que habiendo sacado á lo llano á los enemigos que con ardor les seguían, y ganado un lugar donde pudieron hacerse firmes, restablecieron el combate. Señalábase entre todos los lacedemonios el rey, así por sus armas como por la gentil disposición de su persona, y aún más por la grandeza de su espíritu, en que es sin duda que ninguno le excedió. Tirábanle de lejos y de cerca, y de todas partes recibía en su escudo muchas

cuchilladas y evitaba no pocas con su destreza, hasta que herido de un bote de lanza en un muslo, de que arrojó gran porción de sangre, y faltándole las fuerzas para continuar el combate en que aún insistía, le sacaron de él los suyos sobre los escudos, no sin los crecidísimos dolores que le causaba en las heridas el movimiento.

Mas los lacedemonios bien lejos de desmayar á vista de aquel golpe, apoderados de un puesto ventajoso y cerrados en sus escuadrones, resistieron la carga que dieron en ellos. No hay memoria de combate más sangriento y cruel. Habían llegado á las manos dos de los más belicosos pueblos del mundo con iguales fuerzas, alentados unos de su antigua gloria y esforzados otros de la grandeza que gozaban; peleaban aquéllos por la libertad y éstos por el imperio; faltaba á unos la cabeza y á otros el terreno, y aumentaba en todos la esperanza y el temor la diversidad de sucesos con que parece gustó la fortuna de ver disputar en solo un día la victoria á tan valerosos hombres.

El campo de batalla era tan estrecho que no pudiendo pelear sino una parte de sus tropas, las demás servían de testigos y de esforzar desde el paraje donde se hallaba con las voces y con las acciones á sus compañeros. Finalmente, fatigados los lacedemonios del gran calor y pudiendo apenas sostener las armas, las cuales se les deslizaban con el copioso sudor, empezaron á desmayar y á retirarse por último para tener campo más abierto á la fuga si el enemigo los oprimiese.

Cargábalos furiosamente el ejército vencedor, y habiendo pasado todo el espacio que habían ocupado mientras duró el combate, seguía vivamente á Agis, el cual viendo su ejército deshecho, y sobre él á los enemigos, mandó á los suyos que le pusiesen en tierra; y habiendo hecho prueba consigo de si sus miembros co

rrespondían aún á la generosidad de su ánimo, sintiéndose sumamente desfallecido, se puso por sí mismo de rodillas y cubriéndose prestamente con la celada y el escudo, manejando una pica, desafiaba en aquel estado á los más valientes á que llegasen á despojarle de sus armas. Ninguno, empero, se atrevió á acercársele, aunque desde lejos le disparaban gran cantidad de dardos, que rebatía contra el enemigo, hasta que por último, penetrado el desnudo pecho del bote de una lanza que por sí mismo se la sacó él, y no pudiendo subsistir ya más tiempo, afirmado en su escudo rindió sobre sus mismas armas el espíritu.

Murieron en aquella batalla de la parte de los lacedemonios cinco mil trescientos sesenta, y de la de los macedones no pasaron de trescientos; pero apenas hubo quien saliese de ella sin herida. Cuya victoria, no sólo fué causa de la ruina del poder de Esparta y de sus aliados, sino tambien de que cuantos, librada su esperanza en el suceso de ella, sólo aguardaban su fin para declararse, la perdiesen. No lo ignoraba Antipatro, ni tampoco que muchos que iban á él procurando acreditar su regocijo le fingían; pero deseando poner fin á la guerra, le pareció preciso dejarse engañar. Y si bien la felicidad de aquel gran suceso le tenía con el gusto que era consecuente á él respecto de la envidia que le ocasionaría y los riesgos de que serían causa las ilustres acciones que para obtenerle había obrado, las cuales excedian de la esfera general, no dejaban de tenerle en bastante inquietud, como quien también sabía que aunque Alexandro gustaba de ver vencidos á sus enemigos, era tanto lo que sentía lo quedasen por medio de Antipatro, cuya gloria le parecía disminuía mucho la suya, que no podía disimularlo.

Atento, pues, aquel diestro político á este riesgo, no se atrevió á disponer por sí de nada de la victoria; con-

vocó á los Estados generales de la Grecia para deliberar con su acuerdo lo que pareciese más conveniente. No pidieron en aquella junta otra cosa los lacedemonios sino que se les permitiese enviar una embajada al rey, el cual no puso dificultad en perdonarlos, con excepción de los autores de la revuelta, á quienes hizo castigar. Determinóse también en ella que los megalopolitanos, cuya ciudad estuvo sitiada, pagasen á los acheos y á los etolos ciento veinte talentos.

Este fin tuvo aquella guerra, la cual se extinguió con la misma presteza que se encendió y antes que Darío quedase deshecho en la batalla de Arbela.

CAPÍTULO II.

Invencible Alexandro en la guerra, se deja vencer en la ociosidad de las delicias. Corre voz en el ejército de que había recordado de aquel adormecimiento.

Pero Alexandro, á quien hasta entonces había sido más molesto el descanso que las mayores fatigas de la guerra, no hubo bien empezado á gustar de él, cuando se entregó á los deleites; de suerte que no habiendo podido ser vencido de las armas de los persas, lo quedó de sus vicios. No pasaba ya los días y las noches sino en desordenados banquetes, en licenciosos juegos, en mujeriles festines y en torpes embriagueces. Con cuyos vituperables excesos y el de haber imitado en todo los estilos y costumbres de los persas, teniéndolos por mejores que los de su patria, dejó tan disgustados á los suyos, que ya no le miraban como á dueño, sino como á enemigo, no pudiendo tolerar los que se hallaban acostumbrados á una rigurosa disciplina á un moderado y vulgar alimento que satisficiese las necesidades de la vida, que los corrompiese con aquellas disoluciones y los habituase á las costumbres de los vencidos. De esto se originaron las frecuentes conspiraciones contra su persona, los peligrosos motines en sus tropas y la desenfrenada libertad con que hablaban de él, siguiéndose también las precipitadas violencias, las mal fundadas sospechas, los temores y lo demás que diremos.

Pasando, pues, los días y las noches en los banquetes y no pudiendo ser siempre los manjares su único divertimiento, le alternaba con diversos géneros de

juegos y pasatiempos; y no contento con los farsantes y músicos que había hecho llevar de Grecia, hacía cantar á las mujeres cautivas canciones á su usanza, que eran tan extrañas como desapacibles á los oídos de los que no estaban habituados á oirlas.

Había entre las demás una cuya tristeza era más excesiva que la de todas é igual á la gran repugnancia y vergüenza que mostraba de ser vista entre las otras y cuya singular belleza hacían parecer mayor los efectos de su honestidad y recato; á cuya instancia, manteniéndose con los ojos bajos, hacía cuanto le era posible por ocultar su rostro.

Parecióle al rey que no era aquella mujer de esfera vulgar, ni capaz de hallarse en tan licenciosos festines, y habiéndola preguntado quién era, respondióle ella que nieta de Ocho, rey de Persia, nacida de una hija suya que casó con Histapes, pariente de Darío y general de un poderoso ejército. Conservando aún aquel príncipe algunas reliquias de sus primeras virtudes, atendió compasivo á su desgracia y á la real estirpe de quien descendía y la puso en libertad, la restituyó todos sus bienes é hizo se buscase á su marido para volvérsela. Cuyo suceso fué causa de que mandase al día siguiente á Ephestión pusiese á todos los prisioneros en palacio, donde habiendo reconocido la calidad de cada uno se separaron de las comunes á las personas de la primera esfera, de la cual se hallaron diez, y entre ellos á Oxatres, hermano de Darío, no menos ilustre por sus merecimientos que por la grandeza y representación de su hermano, y á cierto gran señor persa, llamado Oridates, el cual estando condenado á muerte por Darío, permanecía aún en las prisiones; libróle de ellas el rey y dióle el gobierno de la Media, y admitió al hermano de Darío al número de sus confidentes, haciéndole los honores de que era digno por su real nacimiento.

Importó la última presa veintiséis mil talentos, de los cuales se repartieron doce entre los soldados, habiéndose descubierto igual porción de los prisioneros por los mismos que los guardaban.

Pasó desde allí Alexandro á la región de los parthos, pueblos desconocidos entonces, pero hoy cabeza de todas las naciones que están de aquella parte del Tigris y del Eufrates y se extienden hasta el mar Rojo.

Ocupan aquellas hermosas y fértiles llanuras los escitas, formidables aún hoy á sus vecinos. Tienen tierras en Asia y en Europa. Los que habitan sobre el Bósforo pertenecen al Asia; pero los demás, llamados europeos, tocando á la parte izquierda de la Tracia, confinan con el Boristhenes y corriendo en derechura se dilatan hasta el Tanais.

Pasa aquel río entre Europa y Asia, y es cierto que los parthos, que reconocen por fundadores á los escitas, no salieron del Bósforo, sino de la Europa.

Ofrecíase en aquel tiempo allí una ciudad muy célebre, fundación de los griegos, y cuyo nombre era Hecatompilos; detúvose en ella Alexandro algunos días y dió orden para que se recogiese en ella de todas partes la más considerable porción de víveres que se hallase. Dando en ellos ocasión la ociosidad, como suele, á algún soldado deseoso de novedades para que esparciese la falsa voz de que el rey, contento con lo que había obrado, tenía resuelto volverse á Macedonia; fué tan grande la conmoción que causó en el ejército, divulgada por todo él, sin que se pudiese averiguar su autor, y tal la impresión que hizo en los soldados, los cuales corrían como insensatos á sus tiendas á recoger cada uno su bagaje, que no parecía sino que se había dado la señal para desalojar. Buscaban unos aceleradamente á sus camaradas y cargaban otros sus carros, cuyo tumulto, dilatándose por todo el campo, llegó á oídos del rey.

Dió ocasión á aquella falsa voz el haber licenciado las tropas griegas y concedido seis mil dineros á cada caballero, con lo cual tuvieron los macedones por concluída enteramente la guerra.

El rey, cuyo designio era dilatar sus conquistas á la India y á los últimos términos del Oriente, habiendo llamado á su tienda á los principales cabos de su ejército, se lastimó con ellos, no sin lágrimas, de que le precisasen á interrumpir á la mitad de él el curso de sus gloriosas conquistas y á volverse á su patria, vencido más que victorioso. Decíales que aquella ignominia no le procedía de la flaqueza de sus soldados, sino de la envidia de los dioses, los cuales se habían conspirado á infundir en sus valerosos corazones el deseo de la patria para quitarle los medios de que volviese prestamente con mayor honra y reputación á ella. A cuyas expresiones, movidos todos, le ofrecieron su sangre y sus vidas, asegurándole de la prontitud con que los hallaría dispuestos á cuanto les ordenase, por difícil y arduo que fuese, é igualmente la de los soldados, á quienes le manifestaron sería bien procurase inducirlos á sus intentos con la blandura de sus palabras proporcionadas á su genio, pues tenía experiencia de cuán poderosas y eficaces eran en sus ánimos, los cuales jamás se vieron tristes ni caídos alentándoles él, sino con la misma alegría y marcial ardor con que se presentaba él al combate. Prometióles que lo haría, si bien les pidió que dispusiesen por su parte los ánimos; y después de haber proveído en lo que juzgó por necesario para aquella acción, juntó su ejército y le habló de esta manera.

CAPÍTULO III.

Oración de Alexandro á sus soldados exhortándolos á concluir la guerra comenzada en Asia.

«No me admiro ¡oh soldados! que si consideráis las grandes empresas que hemos ejecutado, os halléis satisfechos de gloria y que no busquéis ya sino sólo el descanso. No entrando en número los ilirios, los tribalos, la Beocia, la Tracia, los espartanos, los acheos, el Peloponeso, todos los cuales he sujetado, á unos por mi persona y á otros por medio de mis generales y debajo de mis auspicios, ni tampoco el Helesponto, donde ha tenido principio la guerra, hemos preservado á los jonios y eolos de una cruel servidumbre.

»Hallámonos señores de Catia, de Lidia, de Capadocia, de Phrigia, de Paphlagonia, de Pamphilia, de Pifidia, de Cilicia, de Tiro, de Fenicia, de Armenia, de la Persia, de los medos y de los parthos, cuyo crecido número de provincias, entre quienes no sé si respecto de él he olvidado alguna, excediendo, á lo que juzgo, aun al de las ciudades que poseen otros, me obligaría á poner fin á mis conquistas si me hallase asegurado de que lo quedaban entre pueblos vencidos con tanta prontitud, y á restituir, ¡oh soldados!, aunque fuese á pesar vuestro, á la protección de mis domésticos dioses, al amor de mi madre y de mis hermanas y á la compañía de mis ciudadanos, para gozar en el centro de mi patria de la gloria que con vosotros he adquirido; porque allí es donde nos esperan los más dulces frutos de nuestras victorias, el gusto de vuestros hijos, de vuestras

mujeres y de las que os dieron al mundo, la paz, el reposo y la posesión segura de cuanto hemos comprado al precio de nuestra sangre.

»Pero en un imperio totalmente nuevo, y en quien no podemos decir con certeza que estábamos seguramente establecidos, y antes tanto más lejos de haberlo conseguido cuanto permanecen aún muchas cabezas rebeldes que repugnan el yugo, es preciso, ¡oh soldados! tiempo para reprimirlos y una suave y dulce comunicación que poco á poco temple y ablande la fiereza natural de sus ánimos. Aun las cosas insensibles necesitan de él para que las suavice y disponga á que reciban la ley que la naturaleza les impuso, como ordinariamente lo experimentáis en los frutos de la tierra, los cuales no llegan á su perfecta sazón sino por medio suyo. ¿Juzgáis, por ventura, que tantos pueblos acostumbrados á otro dominio, y con quienes no tienen conformidad alguna nuestra religión, nuestras costumbres ni nuestra lengua, han quedado sujetos al tiempo mismo que vencidos? Pues creéis mal, porque el contenerse en nuestra obediencia lo debemos á nuestras armas, no á su voluntad.

»Mientras estáis presentes os temen, pero ausentes serán vuestros enemigos. Siendo lo cierto que nos es preciso hacer con ellos lo que con las fieras, en quienes obrando el tiempo lo que no se pudo esperar de su natural, las deja domésticas y mansas. Hasta aquí he discurrido como si ya fuésemos enteramente dueños de cuanto poseía Darío. Pero aún se halla Nabarzanes apoderado de la Hircania, y el parricida Beso, no contento con ocupar la Bactria, nos amenaza. Los sogdianos, los dahos, los masagetas, los saces y los indos no reconocen dominio. No bien habremos vuelto las espaldas cuando estos pueblos se declararán contra nosotros, siendo todos de una nación, nosotros extraños, y natu-

ral que apetezcan más el señorío en los propios, aunque sea menos suave, que en los ajenos. Por lo cual es preciso que, ó perdamos lo adquirido ó que adquiramos lo que nos falta que ganar; apartando, á imitación del médico que para conseguir la salud de un cuerpo humano procura evacuarle de todos los malos humores, cuanto puede ser nocivo á nuestro imperio.

»Muchas veces una pequeña chispa no advertida ha originado considerable incendio. Nunca es seguro despreciar lo más leve en el enemigo, porque del descuido nace la disminución propia con que crece su diligencia aumentando sus bríos y poder. Aun el mismo Darío no llegó por derecho sucesivo al real trono de Ciro sino porque en él le colocó el crédito de Bagoas, de que podéis inferir el corto trabajo que habrá costado á Beso apoderarse de un reino abandonado. Verdaderamente ¡oh soldados! que sería grande ignominia nuestra que le hubiésemos vencido para dar sus estados á uno de sus vasallos, el cual después de haber cometido el mayor de los delitos en la persona de su rey al tiempo que le ofrecían su socorro los extraños, y que nosotros, aunque le hacíamos guerra, le hubiéramos perdonado sin duda vencedores, le redujo cual cautivo á prisiones, y por último le dió muerte, para defraudarnos la gloria de haberle librado de ella. ¿Y este monstruo queréis que reine? ¿Y consentiréis que esto se sufra?

»Por lo que á mí toca, es cierto que no sosegaré hasta ver que pendiente de una horca satisface á todos los reyes y pueblos del mundo las penas de su perfidia. Si inmediatamente á nuestra partida nos llegasen á decir que saqueaba las ciudades de la Grecia y del Helesponto, ¿con qué gusto escucharíais que aquel malvado se hiciese dueño de los premios de vuestras victorias y conquistas? En cuyo caso no dudo que coléricos tomaríais las armas y que no las depondríais hasta dejar castigada su

orgullosa osadía. ¿Pues cuánto mejor es oprimirle ahora que se halla preocupado del horror de su delito y fuera de sí? No necesitamos de más tiempo que el de cuatro días para el camino. Pues qué, ¿detendrá tan corto espacio en lo mejor de sus conquistas á los que han pasado tantas y tan crecidas nieves, á los que han vadeado tan caudalosos ríos, y á los que han penetrado las elevadas cumbres de tan inmensos montes; mayormente no teniéndose ya mares cuyas crecidas olas nos impidan el paso, ni estrechos que nos le cierren, pues se nos ofrece todo tan llano y fácil para la victoria, que parece podemos tenerla por segura?

»Sólo cinco ó seis parricidas y otros tantos vagabundos son los que nos han quedado por extinguir. ¡Con qué esclarecida acción ilustraréis vuestra gloria y coronaréis todas las demás eternizándolas al mundo si vengáis la muerte de vuestro enemigo y manifestáis que extinguido con su vida vuestro odio no permite semejantes maldades vuestra generosidad! A cuyo intento no prevenís cuán obedientes y obsequiosos encontraréis á los persas, reconociendo éstos la justificación con que emprendéis las guerras, y que vuestras iras no miran á su nación, sí sólo á castigar el delito de Beso.»

CAPÍTULO IV.

Descripción de Zioberis, admirable río. Ofrece Alexandro á Nabarzanes el perdón que solicita por medio de su carta de seguridad, y hallándose cercano al mar Caspio admite á su gracia á los capitanes de Darío.

Fué oída esta oración con tan grande aplauso de los soldados, que todos á porfía dijeron en altas voces que los llevase adonde fuese servido. Aprovechándose el rey de aquel ardor, pasó á las tierras de los parthos y llegó en tres días á la frontera de Hircania. Dejó á Cratero con las tropas que mandaba y con las de Amintas, reforzadas de seiscientos caballos é igual número de arqueros para asegurar á los parthos de las correrías de los bárbaros. Dió orden á Erigio para que condujese el bagaje por la llanura con corta escolta, y viéndose adelantado él quinientos cincuenta estadios acampó en un valle que está á la entrada de Hircania. Ofrécese allí un bosque de crecidas y espesísimas arboledas bañado de infinitos arroyos, que descendiendo de las rocas vecinas fertilizan todo aquel valle.

Nace de las faldas de aquellos montes el río Zioberis, el cual corre por espacio de tres estadios sin disminución alguna, hasta que rompiéndose su raudal en una roca se divide en dos brazos iguales. Desde allí, haciéndose más rápido y siempre más impetuoso por el encuentro de las peñas que halla en el camino, se precipita debajo de tierra, donde corre manteniéndose oculto toda la extensión de trescientos estadios. Vuelve después como á renacer de otro origen y á hacer nueva y más

espaciosa canal que la primera, respecto de tener trece estadios de largo, hasta que habiéndose reducido á más estrechas márgenes entra por último en otro río llamado Rhidaje. Aseguran los naturales que cuanto se introduce en la caverna donde el Zioberis se oculta, que es la más cercana á su origen, vuelve á salir por la que desemboca en el río, como lo comprobaron algunas personas, á quienes habiendo hecho Alexandro entrar allí dos toros que envió para la averiguación, aseguraron haberlos visto salir por el desembocadero.

Habiéndose detenido allí cuatro días para que refrescase su ejército, recibió una carta de Nabarzanes, cómplice en el delito de Beso, en la que le decía que nunca miró con odio á Darío, á quien siempre había representado lo que juzgó de su servicio, exponiendo su vida al riesgo de perderla por haberlo hecho con celo y claridad. Pero que habiendo resuelto aquel príncipe contra toda razón fiar de extrañas tropas la guarda de su persona, en desdoro y descrédito de la fidelidad que los de su nación habían conservado inviolablemente á sus reyes por espacio de doscientos treinta años, y reconociendo próxima su ruina, tomó el consejo que le ofreció la necesidad presente, siguiendo en esto al mismo Darío; el cual habiendo muerto á Bagoas se justificó con el pueblo, dando por disculpa la de haberlo ejecutado porque conspiraba contra su vida. Que siendo esta la cosa más apreciada de los mortales, el deseo de conservarla le había reducido á aquellos términos. Porque protestaba haber ejecutado en esto, no lo que quisiera, sino lo que no pudo excusar necesitado. Que en las calamidades públicas á cualquiera le era permitido mirar por sí y procurar asegurarse. Y que en esta atención si le mandaba fuese á ponerse á sus pies lo haría, sin el menor recelo de que faltase tan gran rey á su palabra; y tanto más asegurado cuanto sabía no era capaz de en-

gañar á los dioses quien lo era. Pero que si no le juzgaba digno de concederle esta honra no le faltarían en su destierro lugares donde retirarse; pues para los hombres de valor era patria suya cualquiera que eligiesen.

No hallando Alexandro dificultad para concederle su palabra, á usanza de los persas, le envió á decir que podría ir seguramente. Sin embargo, hizo que marchase su ejército en buen orden á cuatro frentes y de rato en rato se enviasen corredores á reconocer los pasos.

La caballería ligera iba á la vanguardia, seguía la falange, luego el resto de la infantería y detrás el bagaje. Conteníase el rey entre sus guardas por el recelo en que le ponía la condición belicosa de aquellos pueblos y la calidad de la tierra, cuyas entradas son sumamente ásperas. Porque todo es un continuo valle abierto y espacioso hasta el mar Caspio, desde donde se dilatan por ambas partes montes en forma de dos grandes brazos, los cuales cierran aquel espacio y torciéndose hacen un seno á manera de media luna. Los cercetas, mosinios y chalybes quedan á la izquierda, y de la otra parte los leucosirios y los campos de las Amazonas: miran éstos al Septentrión y aquéllos al Occidente.

El mar Caspio, cuyas aguas son más dulces que las de los otros mares, cría serpientes de prodigiosa magnitud y pescados de bien diverso color que los ordinarios. Algunos le llaman mar de Hircania y otros Caspio, y no falta quien crea que las lagunas Meótides entran en él, á cuya mezcla de aguas atribuyen el que sean menos saladas aquéllas que las de los demás mares. El viento de Septentrión le embravece horriblemente, dilatando tanto sus ondas, que anegan una extensísima porción de tierra; pero luego que cesa éste se retraen á sus límites con la misma impetuosidad que salieron, dejando la tierra en su primera faz.

Otros han juzgado que no es el mar Caspio, sino el de

la India, que cae en la Hircania, desde cuya más elevada parte va descendiendo poco á poco y dilatándose, como hemos dicho, en un perpetuo valle.

Adelantóse de allí el rey veinte estadios por lugares casi inaccesibles, sobre quienes había una selva, cuyos caminos eran tan quebrados por los muchos arroyos y avenidas que los inundan, que fué preciso detenerse en algunas partes. Pero no ofreciéndose enemigo alguno pasó sin peligro, y por último llegó á mejor comarca; la cual, además de abundar en aquel tiempo en todo género de granos, goza siempre de excelentes viñas y manzanas. Puéblanla muy espesos árboles, entre quienes son los más comunes á la manera de las encinas, cuyas hojas amanecen cargadas de miel, si bien es preciso recogerla antes que salga el sol, porque si no, se derrite inmediatamente aquel delicado rocío al menor calor que participa. Habiendo pasado el rey treinta estadios más adelante, le salió al camino Phrataphernes y se le rindió con los que le habían acompañado en la fuga después de la muerte de Darío. Recibiólos á todos benignamente, y después de haber entrado en la ciudad de Arnas llegaron á ella también Cratero y Erigio, llevándole á Phradates, gobernador de los tapuroros; el cual experimentó en el rey tan grandes honras, que su ejemplo movió á muchos á procurar merecérselas iguales con la misma demostración. Dió después el gobierno de Hircania á Menapis, que desterrado en tiempo de Ocho pasó á ampararse de Philipo, y conservó en el de los tapuroros á Phradates.

CAPITULO V.

Habiendo recibido Alexandro á Artabazo con grandes muestras de afecto, perdona á los griegos que habían socorrido á Darío, y después de haber vencido á los mardos condesciende con el ruego de la reina de las Amazonas.

Después de haber atravesado toda la Hircania llegó á su presencia Artabazo (de cuya gran fidelidad á Darío hemos tratado), con algunos parientes de aquel infeliz príncipe, con sus hijos y buena tropa de soldados griegos. Al acercarse á él le tomó el rey la mano y le hizo muchas caricias, en memoria de la amistad que tuvo con el rey Philipo, su padre, debajo de cuya protección se mantuvo mientras duró la persecución de Ocho, pero aún más por la fidelidad que guardó á su príncipe en medio de los considerables favores que recibió de Philipo. Reconocido aquel venerable anciano á las honrosas demostraciones de Alexandro, le dijo que rogaba al cielo por la larga duración y felicidad de su imperio y porque colmase de las mayores dichas á su persona, á quien no podía dejar de manifestar que cuanto era grande el gusto con que celebraba la dicha de ponerse á sus pies, tanto el sinsabor que recibía de hallarse por su crecida edad imposibilitado de gozar por mucho tiempo de su benignidad.

Era ésta de noventa y cinco años; llevaba consigo nueve jóvenes, hijos suyos, de gentil disposición y habidos todos en una misma madre. Ofreciólos al rey, pidiendo á los dioses les concediese vida en cuanto fuese de provecho á su servicio. Aunque caminaba Alexan-

dro de ordinario á pie por aquellos campos, atendiendo á que su ejemplo no obligase á aquel anciano á hacerlo con tan grande incomodidad, mandó prevenir caballos para él y Artabazo. Y después de haber acampado hizo llamar á los griegos que había llevado éste consigo, los cuales le respondieron: «Que si no se les concedía también salvoconducto á los lacedemonios, pensarían en lo que habían de ejecutar.»

Eran éstos los embajadores de Lacedemonia enviados á Darío, que después de su derrota se habían juntado con los griegos que tenía á sueldo suyo. No quiso concedérsele el rey ni darles prenda alguna. Mandóles, sí, que compareciesen ante él, y que entonces resolvería lo que tuviese por bien. Con cuya respuesta confusos, é inclinados unas veces á un dictamen y otras á otro, determinaron por último obedecerle; si bien Demócrates, ateniense, opuesto siempre á la grandeza de los macedones, desesperando de su vida, se dió por sí mismo muerte.

Los demás se rindieron á discreción, como lo habían resuelto. Eran mil quinientos soldados y noventa embajadores. Reclutó con aquéllos el rey sus compañías é hizo volver á sus tierras á los demás, excepto los lacedemonios, á quienes mandó poner debajo de buenas guardas.

Los mardos, pueblo vecino á Hircania, gente brutal y acostumbrada á la rapiña, fueron los únicos que, mostrando disgusto de obedecerle, ni le enviaron embajadores ni presentes. De cuyo desacato, indignado el rey, y no pudiendo tolerar que hubiese nación que le pusiese en duda el renombre de invencible, dejó el bagaje con gente que le guardase y volvió contra ellos acompañado de sus mejores tropas.

Marchó toda la noche, y al romper el día se dejó ver de sus enemigos.

Redújose esta facción más á tumulto que á combate; porque arrojados los bárbaros de las colinas que habían ocupado, y puestos en fuga, se tomaron las aldeas vecinas, abandonadas de sus habitadores.

Con todo, no pudo entrarse en lo interior del país sin gran fatiga del ejército, respecto de componerse todo de montañas y florestas inaccesibles, y de tener no menos impenetrables las llanuras el extraño modo con que las fortificaban; porque plantaban árboles muy cerca unos de otros, cuyas ramas, doblándolas con la mano cuando estaban tiernas, y torciéndolas después por la punta, las volvían á plantar y fijar en tierra, de donde brotando como de otra raíz nuevos y más vigorosos troncos, no dejaban crecer á aquellos á quienes la naturaleza producía con mayor facilidad, si no los entretejían unos en otros de suerte que cuando se hallaban cargados de ramas y de hojas cubrían toda la campaña y quedaban en forma de redes ocultas que embarazaban el paso. No había otra forma de abrirle que la de cortar los árboles; pero era obra de gran trabajo, porque sus troncos llenos de nudos resistían al hierro, y sus ramos desnudos y encorvados en forma de arco, obedeciendo al golpe le dejaban inútil; fuera de que los naturales, acostumbrados á correr por aquellas breñas, no de otra suerte que las mismas fieras, resguardados entre los mismos bosques, herían desde ellos á su salvo en los enemigos.

El rey, cercándolos á manera de cazador, los echó de sus fuertes, dando muerte á muchos, y envió después soldados para que cercasen el bosque, con orden de que entrasen dentro á la menor abertura que se les ofreciese. Pero como inexpertos en la tierra, desmandada la mayor parte fué prisionera, y con ellos el caballo Bucéfalo, á quien estimaba Alexandro en más que todos los del mundo. No consentía éste que le montase otro

que no fuese Alexandro, ante quien se ponía de rodillas siempre que reconocía se llegaba á él, para que lo hiciese, con tan grande instinto, que no parecía sino que sabía á quién llevaba sobre sí.

El rey, más irritado de lo que era justo, hizo que con la mayor diligencia se buscase el caballo y que se les notificase los pasaría á todos á cuchillo si no se le volvían. Con cuyas amenazas quedaron tan amedrentados los bárbaros, que le enviaron el caballo y algunos presentes, á pesar suyo Pero no habiendo bastado á templarle aquella demostración, hizo cortar el bosque y conducir allí gran cantidad de tierra de los montes, para que cubiertas de ella las llanuras impedidas de las ramas, quedase unido é igual todo el camino.

Viendo, pues, los bárbaros adelantada la obra, y desesperando de poder resistir más largo tiempo, se rindieron con todo el pueblo y dieron rehenes, los cuales mandó el rey se entregasen á Phradates; y habiendo gastado cinco días en esta expedición, se volvió á su campo, desde donde después de haber hecho más excesivas mercedes á Artabazo de las que había recibido de Darío, le envió á su casa.

No bien había llegado á la ciudad de Hircania, corte en otro tiempo de Darío, cuando pasó á ponerse á sus pies Nabarzanes con el seguro de su real palabra. Llevóle magníficos presentes, y entre otros rendidos al eunuco Bagoas, cuya singular belleza le hizo tan querido de Darío como lo fué poco después de Alexandro; el cual, más por su intercesión que por otro motivo, perdonó á Nabarzanes.

Habitan, como queda dicho, hacia las fronteras de Hircania, en las riberas del río Themedoon y en las campañas de Themicira, las Amazonas; mandaba su reina Thalestres cuanto se contiene entre el río Phasis y el monte Cáucaso. Esta princesa, pues, movida del ar-

diente deseo de ver á Alexandro, salió de sus estados por conseguirlo; y habiendo llegadc cerca de su campo le envió á decir: «Que una reina iba á visitarle llevada del ansia de conocerle, y que se hallaba á corta distancia de allí.» Respondióla el rey que sería bien recibida; dejó el acompañamiento y pasó á su presencia con solas trescientas mujeres; y luego que le vió se arrojó del caballo, llevando dos lanzas en la mano derecha.

No cubren con las vestiduras todo su cuerpo, pues del lado siniestro traen descubierto el seno y oculto lo demás, si bien la falda, recogida en un nudo, no pasa de la rodilla. Cauterizan el pecho del diestro lado porque no las embarace á afirmar el arco y á disparar las flechas, reservando en el otro el alimento de las hijas.

Miraba Thalestres al rey sin alguna extrañeza; y observándole cuidadosa no hallaba que correspondiese su disposición á la fama de sus hazañas, porque los bárbaros sólo confieren su veneración á la majestuosa gentileza del cuerpo, juzgando que no puede ser capaz de grandes empresas quien no está dotado de ésta y de una singular belleza.

Habiéndola preguntado el rey qué tenía que pedirle, confesó sin rodeos no había sido otro el fin de su jornada que el de lograr hijos suyos, no juzgándose indigna de dar herederos á su imperio. Que si paría hija la llevaría consigo, y si infante se le dejaría. Preguntóla si gustaría de ir á la guerra con él. Y ella, dando por disculpa para no seguirle la de no haber dejado persona para el gobierno de su reino, se excusó de hacerlo, insistiendo con tan gran pertinacia y ardor en que la cumpliese su liviano antojo, mucho más encendida en él que el rey, que le obligó á que se detuviese allí algunos días, y que de ellos concediese trece á su ilícita comunicación. Cumplidos los cuales se volvió ella á su reino, y Alexandro á la provincia de los parthos,

CAPÍTULO VI.

Ofédense los macedones del modo de vivir de Alexandro, el cual, por evitar algún motín, se dispone á hacer la guerra contra Beso. Empiézala por una estratagema y sigue primero á Satibarzanes por haber dejado su partido. Echa de las montañas á los bárbaros y toma la ciudad de Artacacna.

Allí fué donde el rey, depuesto el embozo, dejó correr á rienda suelta sus apetitos, convirtiendo en soberbia y lascivia la moderación y continencia que tan admirable habían hecho hasta entonces su persona por la suma dificultad con que se ven unidas ambas virtudes en una gran fortuna. Empezó á despreciar las costumbres de su patria, deponiendo su loable disciplina, su moderación en el vestir y el regular orden de vida de los reyes de Macedonia, cuya observancia juzgaba ya indigna de su grandeza, y siguió el fausto de los reyes de Persia, cuya orgullosa pompa se atrevía á querer competir con la gloria de los mismos dioses.

Gustó de que los vencedores de tantas naciones se postrasen á sus pies, á quienes acostumbró á ejercicios viles y bajos, tratándolos como á esclavos. Ciñó su frente de una diadema de púrpura, mezclada de blanco, como la había traído Darío, y púsose la ropa persiana, sin advertir de cuán infausto presagio suele ser para el vencedor tomar el traje del vencido. Y si bien para dar algún honesto color á sus pervertidas acciones solía decir que se adornaba con los despojos de sus enemigos, lo peor era que se habituaba también á sus costumbres, y que la soberbia del traje y la del ánimo corrían uni-

formes. Los despachos que hacía para la Europa los signaba con su sello, pero con el de Darío los que eran para el Asia; manifestando en esto cuán difícil es que una cabeza sola pueda mantener dos coronas.

Obligó también á sus capitanes, á sus favorecidos y á los grandes de su corte á que entrasen en la moda persiana, y aunque la miraban con grande aversión, ninguno se atrevió á oponerse á su gusto. Había hecho un serrallo de su palacio y llenádole de trescientas sesenta concubinas, número igual al que tuvo Darío, con gran número de eunucos prostituídos á todo género de deshonestidades y disoluciones.

Los antiguos soldados de Philipo, nuevos en la práctica de tan torpes deleites, detestando de ellos, se lamentaban de la corrupción de que había inficionado la costumbre de los suyos el contagio de los bárbaros, diciendo á una voz todo el ejército que con la victoria habían perdido más que ganado; que con mucha mayor razón se podían llamar vencidos, habiendo tomado de aquella suerte los usos y costumbres de sus esclavos; y finalmente, que todo el fruto de su dilatada ausencia se reduciría á volver á sus casas en el traje de los bárbaros, con la ignominia de ver que posponiéndolos Alexandro, hacía mayor aprecio de la compañía de los vencidos que de la de los vencedores, y más vanidad que de ser rey de Macedonia de ostentarse sátrapa de Darío.

No ignoraba aquel príncipe el disgusto de los de su corte y de su ejército, á quienes procuró contentar á precio de mercedes y de dispendios. Pero como por excesivo que sea con el que se compre la servidumbre, nunca puede ser grato á los hombres de generosos espíritus, temeroso de que pasase á mayores demostraciones le pareció conveniente evitarlo empleándolos en alguna facción. Para lo cual le ofreció buena ocasión el atrevimiento de Beso, el cual, adornado de las reales

insignias, se había hecho llamar Artaxerxes y juntar los escitas y los demás pueblos del Tanais.

Trajo la noticia al rey Satibarzanes, á quien, recibido gratamente, confirmó en el gobierno de la provincia que tenía antes. Pero respecto de hallarse el ejército tan cargado de despojos y de inútiles tropas que apenas se podía mover, hizo poner en medio de la plaza pública primero su bagaje y después el de sus soldados, y habiendo mandado reservar lo más necesario, dió orden para que llevasen uno y otro en carros á un gran campo. Hallándose pendientes todos de su determinación, mandó por último que se retirasen de allí los caballos, y habiendo puesto fuego á su bagaje, dió orden para que se ejecutase lo mismo en todos los demás. Veíase quemar aquellos ricos despojos en el fuego que los mismos dueños encendían, los cuales le habían apagado tantas veces por robarlos enteros á los enemigos, sin que entre todos hubiese alguno que se atreviese á mostrar el menor sentimiento porque se malograse el precio de su sangre viendo consumidas por las mismas llamas las riquezas del rey. El cual habiendo templado su dolor con un breve razonamiento y dejádolos más desembarazados y prontos para todos sus ejercicios, y más gustoso de hallarse en estado de conservar su disciplina que sentidos de haber perdido sus bienes, tomó su marcha hacia la Bactria; pero la inopinada muerte que sobrevino de Nicanor, hijo de Parmenión, ocasionó tal tristeza en todo el ejército, y especialmente en el rey, que sin duda se hubiera detenido á asistir á sus exequias, á no estorbárselo la falta de los víveres, si bien dejó á Philotas con dos mil seiscientos hombres para que las hiciese á su hermano, y prosiguió su marcha contra Beso.

Tuvo en el camino noticias de Bactria de que iba para él con ejército, resuelto á presentarle la batalla, y

de cómo Satibarzanes, á quien había confirmado en el gobierno de los arioros, se había sublevado inmediatamente. Sobre lo cual, aunque quisiera llegar primero á las manos con aquél, pareciéndole más conveniente deshacer antes á éste, marchó á gran diligencia, y habiendo caminado toda aquella noche, llevando consigo infantería ligera y caballería, le cogió desprevenido.

Lo más que pudo hacer Satibarzanes fué juntar dos mil caballos y huir hacia la Bactria, á vista de lo cual se retiró el resto de sus tropas á los montes vecinos.

Había allí una peña rota y precipitosa por la parte del Occidente, aunque por la del Oriente era menos áspera y cubierta toda de arboledas y de fuentes, cuyas aguas corrían en gran abundancia. Contenía su circuito treinta y dos estadios y su cumbre una llanura llena de praderías, en donde alojaron los bárbaros la gente inhábil para el combate, atrincherando la demás, que se componía de trece mil hombres, con los troncos de los árboles y los peñascos en los pasos más impenetrables.

Dejó el rey á Cratero para que los bloquease y partió en seguimiento de Satibarzanes, hasta que entendiendo que se hallaba bien distante se volvió al sitio de la montaña, donde mandó limpiar y derribar cuanto le estorbaba la entrada. Pero no encontrando sino precipicios y rotos peñascos, parecía delirio querer oponerse á la naturaleza. Sin embargo, el rey, cuyo invencible ánimo se encendía más en el deseo de allanar las mayores dificultades, reconociendo cuán imposible era pasar adelante y cuán peligroso volver atrás, revolvía su imaginación todo género de arbitrios, despreciando, como de ordinario sucede, á quien se halla irresoluble, unas veces unos y otras otros, hasta que favoreciéndole la fortuna en su mayor perplejidad, dispuso lo que no pudo prevenir el discurso.

Levantóse por la parte de Occidente recio viento, á tiempo que los soldados, con el fin de abrir algún camino por entre las rocas, habían cortado gran cantidad de leña, la cual había secado el sol. Aprovechándose el rey de ella mandó hacer grandes haces y que puestos unos sobre otros llegasen á igualar con la altura de la montaña. Ejecutado así, hizo introducir en ellos gran cantidad de fuego, el cual, prendiendo al punto, y comunicándose á los bosques inmediatos, arrojaba sus llamas el viento hasta los mismos rostros de los bárbaros, con tan denso humo que les quitaba á un tiempo la vista y la respiración; probaban éstos á huir para evitar el último peligro por donde estuviese menos encendido el fuego; pero librándose de las llamas daban en los enemigos, y perecían todos con diferentes géneros de tormentos. Precipitábanse unos por las rocas, caían otros en aquellos espantosos incendios, y fallecían otros de las armas enemigas, siendo pocos los que llegaban vivos á sus manos, y aun éstos medio quemados.

Volvió desde allí el rey adonde había dejado á Cratero, el cual tenía sitiada á Artacacna, y sólo esperaba su venida para que tuviese, como era justo, la gloria de su rendición. Hizo, pues, Alexandro adelantar sus baterías, de quienes atemorizados los bárbaros, puestas las manos sobre los muros, le pidieron que emplease sus iras contra Satibarzanes, autor de aquella revuelta, y no en ellos, que imploraban su clemencia y se rendían á su discreción. No sólo los perdonó el rey, sino los dejó también en posesión de sus bienes.

Encontró al salir de allí sus reclutas. Llevábale Zoilo quinientos caballos griegos y enviábale Antipatro tres mil de Iliria. Fueron con Philipo ciento treinta hombres de armas de Tesalia y de la Lidia, dos mil seiscientos soldados extranjeros y trescientos caballos

de la misma nación que mandaba Andrómaco. Con este refuerzo entró en las tierras de los drangas, pueblo guerrero y de quien era sátrapa Barzaentes, el cual, temeroso del castigo que merecía por cómplice de la maldad de Beso, se había pasado fugitivo á la India.

CAPÍTULO VII.

Dymno descubre á Nicómaco la conspiración que se disponía contra Alexandro, por medio de Cebalino, su hermano, lo cual es causa de que Dymno se dé muerte por sus mismas manos.

Había nueve días que el ejército acampaba, cuando el rey, aunque invencible siempre á todas las fuerzas extrañas, empezaba á ser asaltado de domésticas asechanzas. Dymno, mal satisfecho del gobierno y enamorado de un mancebo cuyo nombre era Nicómaco, se fué á él demudado y le hizo saber que tenía un negocio de la mayor gravedad y consecuencia que comunicarle; y sacándole á un templo, le pidió por su recíproco amor y por las prendas que había en ambos corazones, que jurase de guardarle secreto en lo que le fiase. Nicómaco, no previniendo que pudiese ser cosa que le precisase á revelarla contraviniendo al juramento, condescendió con su instancia, jurando por los dioses que estaban presentes de guardársele. Entonces Dymno le declaró que estaba dispuesta una conspiración contra la persona del rey, en la cual entraba él con las personas de mayor valor y representación del ejército, y que se pondría en ejecución dentro de tres días.

No bien le hubo escuchado Nicómaco, cuando le protestó que no le había prometido su fe para concurrir á un parricidio, ni podía creer que hubiese juramento que le obligase á encubrir maldad tan detestable. Sobre lo cual Dymno, perdido de miedo, le abrazó pidiéndole con lágrimas que entrase en la conjuración ó que á lo menos cuando lo rehusase no fuese traidor á

un amigo que no pudo haberle dado mayor testimonio de su afecto que el de fiar de él su vida. Pero insistiendo en detestar su designio, procuró atemorizarle asegurándole sería él por quien empezarían los conjurados la ejecución. A cuyas amenazas, añadiendo injurias, le llamaba algunas veces cobarde y otras pérfido, y de aquí pasaba á hacerle excesivas promesas, sin reservar de ellas un reino: efectos todos del crecido horror en que tenía su ánimo el de tan gran maldad. Finalmente, sacando la espada y enderezándola á la garganta de aquel mancebo, y volviéndola después á la suya, rogándole y amenazándole á un tiempo, fué tanto lo que hizo, que le obligó á que le prometiese que no sólo le guardaría secreto, sino que entráría también en la conjuración.

Pero manteniendo siempre Nicómaco su ánimo en el primer intento, después de haberle ponderado, á fin de asegurarle mejor, lo que podía con él su amor, para quien no había imposible, le preguntó quiénes eran los que entraban en empresa de tan gran consecuencia, manifestándole importaba mucho quedar noticioso de ellos. Dymno, fuera de sí del gusto, no sabía con qué estimarle ni cómo alabarle la generosa resolución de unirse á las más ilustres personas de la corte, á un Demetrio, capitán de las guardas del rey; á un Peucolao, á un Nicanor, á quienes añadió á Aphebeto, á Loceo, á Dioxeno, á Aschipolis y á Amintas. Con lo cual, habiéndose separado Nicómaco, pasó inmediatamente á participar á su hermano, cuyo nombre era Cebalino, cuanto había entendido.

Tuvieron por conveniente que Nicómaco quedase en la tienda donde se hallaban, para evitar que viéndole en palacio, donde no acostumbraba ir, entrasen los conjurados en alguna sospecha, y que Cebalino fuese, como lo hizo. Pero no pudiendo pasar de cierta pieza

por no tener más entrada, esperó á que saliese alguno que le introdujese á la en que se hallaba el rey.

Habíanse acaso ido todos, y quedado, no se supo por qué causa, sólo con él Philotas, hijo de Parmenión; llegándose á él Cebalino con demudado semblante, le refirió lo que había sabido de su hermano y pidió lo pusiese luego en noticia del rey. Philotas, habiendo loado su fidelidad, volvió á ver á Alexandro, con quien aunque estuvo dilatado espacio tratando de materias bien diversas, no le dijo nada de lo que Cebalino le había revelado.

Cogiéndole por la noche Cebalino á la salida, y preguntándole si había hecho lo que le pidió, le respondió con aspereza que no, por no haber podido hablar al rey, y pasó de largo. Al día siguiente él esperó al entrar en palacio, donde le pidió con el mayor encarecimiento se acordase de lo que le había comunicado el día antes; aseguróle lo tenía bien en cuidado, y sin embargo no le habló tampoco entonces de ello al rey. Con lo cual, entrando Cebalino en desconfianza, y reconociendo cuán peligrosa era la detención, partió en busca de cierto caballero llamado Metrón, á cuyo cuidado estaba el de la provisión de las armas del ejército, y le descubrió toda la maldad. Metrón, habiéndole hecho ocultar en la pieza de las armas, fué inmediatamente á dar cuenta al rey, que estaba bañándose. El cual, después de haber enviado arqueros de su guarda para que al punto prendiesen á Dymno y se le llevasen allí, entró donde se había ocultado Cebalino.

No bien le hubo visto aquel mancebo, cuando con demostraciones de gran regocijo, «Ahora sí, señor (le dice), que te veo fuera de peligro, reconociendo á los dioses el beneficio de haberte librado de tus enemigos.» Habiéndole informado muy por menor de lo que había pasado, le preguntó Alexandro cuánto tiempo había que sa-

bía lo que le participaba; y confesándole que tres días, persuadido el rey á que no pudiera haberlo dilatado tanto si no se hallase cómplice en el delito, le mandó poner en prisiones. Pero descargándose Cebalino á gritos diciendo que desde el mismo punto que tuvo la noticia se la participó á Philotas, para que le diese cuenta, como podría saberlo de él; procurando asegurarse más en lo que le refería, volvió á hacerle ratificar en ello, á que protestando siempre Cebalino ser cierto lo que había afirmado, exclamó al cielo quejándose con lágrimas de la ingratitud de una persona á quien había querido tanto.

En el ínterin Dymno, previniendo lo que podía quererle el rey, se atravesó la espada por el cuerpo, y embarazándole las guardas el que acabase de quitarse la vida, le llevaron á palacio. Preguntóle en él el rey qué causa le había dado para que tuviese á Philotas por más digno que á Alexandro del reino de Macedonia; pero estaba ya tal, que habiendo perdido el habla, volviendo la cabeza á otra parte, después de un profundo suspiro rindió el espíritu.

Hizo el rey llamar á Philotas, á quien dijo: «Cebalino se halla merecedor de la muerte si por espacio de dos días ha tenido oculta una conspiración hecha contra mí; pero él se descarga con vos de este delito, é insiste en que no bien lo hubo sabido, cuando os dió parte. Verdaderamente que cuanto mayor es el lugar que ocupáis en mi gracia, tanto más culpable y sospechoso os hace vuestro silencio; pero es más justo que se crea éste antes de Cebalino que de Philotas. El juicio está á vuestro favor si á lo menos podéis negar lo que no debéis cometer.» Respondió Philotas con voz pronta y ánimo sosegado, si es que las interioridades de éste pueden colegirse seguramente por las exteriores demostraciones del semblante, que era cierto haberle referido Cebalino

alguna palabras dichas á Nicómaco por un mozo distraído; pero que juzgándolas por su autor indignas del menor crédito, las había despreciado por no exponerse á la risa del mundo, si como presumió llegase á parar todo en haberlas originado alguna diferencia poco honesta entre dos sujetos tan viles. Pero que, sin embargo, habiéndose muerto Dymno, no estaba la materia en estado de dejar de apurarla; sobre que echándose á los pies del rey, le suplicó emplease antes su benignidad en perdonarle los desaciertos de la vida pasada, que aquel yerro de que se le argüía; pues sólo le había cometido en callar, hallándose muy lejos de haber pensado en cosa que pudiese ser de su desacierto.

No es fácil afirmar si le dió crédito el rey ó si disimuló su indignación; lo cierto es que en muestra de su desenojo le dió la mano, y que le dijo le era más creíble que hubiese despreciado el aviso que no que se le hubiese ocultado.

CAPÍTULO VIII.

Philotas, hijo de Parmenión, á quien se tenía por autor de esta conspiración ó por gran parte de ella, es preso á instancia de los favorecidos de Alexandro y llevado á palacio cubierta la cabeza.

Sin embargo, habiendo tenido Alexandro consejo con sus más confidentes, entre quienes fué llamado Philotas á él, mandó que le llevasen allí á Nicómaco, el cual repitió por su orden cuanto había referido á su hermano.

Era Cratero uno de los favorecidos de Alexandro, y por esto mayor émulo de la grandeza de Philotas; y no ignorando que por la repetida jactancia con que se vanagloriaba de sus empresas y servicios había desabrido algo al rey, el cual, aunque no le tuviese entonces por culpado, le juzgó siempre por de genio peligroso, y que no podía ofrecérsele ocasión más oportuna para destruir á su enemigo, haciendo del celoso, á fin de encubrir mejor su odio, habló al rey en estos términos: «Pluguiese á los dioses, señor, que desde el principio de este negocio le hubieras consultado con nosotros, para que cuando quisieras perdonar á Philotas te persuadiésemos á que tolerases, antes que fuese desconocido é ingrato á las obligaciones á que te es deudor, que el que amenazándole con el peligro de la vida, le hubieses dado ocasión para que pensase más en el riesgo de que se había librado que en el beneficio que había recibido de ti concediéndosela. De esta suerte quedará siempre con libertad para maquinar contra ti, y no sé

si tú te hallarás siempre en estado de perdonarle; porque no es creíble que la benignidad mude un corazón en quien hubo capacidad para concebir parricidio tan execrable. No ignora que los que para librarse de los rigores de la justicia han necesitado de toda tu clemencia, no tienen ya que esperar; pero doy que movido de su arrepentimiento ó vencido de tu piedad quiera aquietarse: ¿te persuades á que Parmenión, general de tan considerable ejército como el que manda, de tan envejecida autoridad entre los soldados, y cuya grandeza no es inferior á la tuya, querrá reducirse á reconocerte la deuda de la vida de su hijo? Hay cierta especie de beneficios que más que gratos nos son odiosos, y uno de ellos es el que impone la costosa obligación de confesar hemos sido merecedores de la muerte, de que siempre nos avergonzamos; á cuya causa procurará que se entienda antes le has hecho agravio que gracia. Por tanto, señor, no puedo dejar de decirte que corre gran peligro tu vida, ni de pedirte que te dispongas á preservarla de él; pues aunque nos hallamos aún con muchos enemigos á quienes sojuzgar, como tú te asegures de los domésticos, no tienes que recelar de los extraños.»

Este fué el sentir de Cratero, con quien todos se conformaron, teniendo por sin duda que si Philotas no fuese autor, ó á lo menos cómplice, no procedería con el silencio que usó; porque ¿qué hombre hubiera (decían ellos) de algún pundonor, aunque de cortísimo discurso, no ya de la esfera de Philotas, sino del estado popular, que habiendo recibido una noticia de tan gran importancia no hubiese, á ejemplo del mismo Cebalino, partido luego á hacer partícipe de ella al rey? Y el hijo de Parmenión, el general de la caballería, y de quien el rey fiaba sus mayores secretos, ¿se excusaba con que no había dado el rey oídos á su plática, para entretener á Cebalino y embarazarle que se valiese de

otro medio? Nicómaco, en medio de su juramento, no vió la hora de descargar su conciencia, y Philotas, habiendo estado todo un día con el rey, no se dignó en tan largo espacio y entre tantas palabras, quizá inútiles las más, de expresar las pocas que pedía un negocio en que no le iba menos que la vida. Pero si eran mozos poco dignos de crédito los que le refirieron esto, ¿para qué fué entretenerlos los dos días, como si los hubiera creído? ¿Por qué, si no daba asenso á ello, no despedía á Cebalino? Que los particulares desprecien el peligro que mira á ellos, mostrando corazón y no dejándose llevar ligeramente del sobresalto, está bien; pero cuando se interesa la vida del príncipe, es preciso temerlo todo y creerlo, sin desestimar aun lo más inverosímil. Finalmente, todos concluyeron con que le pusieran á cuestion de tormento para obligarle á confesar los cómplices.

El rey, encomendándoles el secreto, los despidió, y porque no se pudiese sospechar aquella deliberación hizo publicar la marcha para el día siguiente. Convidó también á Philotas á que comiese con él, siendo la última que lo hizo aquel infeliz favorecido, con el cual tuvo el rey valor para comer y mantenerle familiar conversación, acabándole de condenar.

A la segunda vigilia Ephestión, Cratero, Ceno y Erigio, habiendo hecho encender hachas, entraron con poco acompañamiento secretamente en palacio, adonde iban también Pérdicas y Leonato, los cuales dieron orden á los que estaban de guarda delante del alojamiento del rey para que se mantuviesen toda la noche con las armas. Habíase distribuído también la caballería por todos los caminos, á fin de evitar el que ninguno llevase la noticia á Parmenión, que mandaba en la Media con un poderoso ejército.

Llevó en el ínterin Attarras á palacio trescientos

hombres armados y diez alguaciles, á cada uno de los cuales seguían diez arqueros, que fueron distribuídos en diversos cuarteles para prender á los demás conjurados. Attarras, enviado con los trescientos soldados contra Philotas, escogió de ellos cincuenta de los más briosos para derribar la puerta, después de haber mandado á los demás que cercasen la casa para que no pudiesen escapárseles por parte alguna; pero ya fuese seguridad de conciencia, ó ya haberle rendido la fatiga, se hallaba entregado al sueño cuando Attarras le aprisionó; y habiendo despertado de él, al ponerle las esposas en las manos exclamó á gritos: «¡Ah, señor! ¡El odio rabioso de mis enemigos ha prevalecido á tu benignidad!» Después de lo cual le cubrieron el rostro y le llevaron á palacio sin que le oyesen otra palabra.

El día siguiente, habiendo tenido orden los macedones de acudir armados al alojamiento del rey, llegaron á hallarse seis mil, y entre ellos gran cantidad de mochileros y vivanderos, de quienes se llenó al punto el palacio. Cubrían las guardas á Philotas, temiendo no fuese visto de los soldados antes que los hablase el rey, por ser antigua costumbre de los macedones que en tiempo de guerra conozca el ejército de los delitos capitales y en tiempo de paz el pueblo; en cuyos casos se hallaba sin arbitrio el rey, si no tenía el consentimiento de uno ú otro. Expúsose, pues, primero el cadáver de Dymno, estando la mayor parte del pueblo ignorante de la causa de su muerte.

CAPÍTULO IX.

Oración de Alexandro á sus soldados, en que se queja de la conspiración de Philotas, á quien habiéndole llevado delante de ellos se dispone á su defensa.

Dejóse después el rey ver de todos, acreditando bien en la tristeza del rostro el dolor del ánimo, acompañado de los de su corte, no menos melancólicos. Esperando todos el fin de tan funesto aparato, se mantuvo el rey por algun rato con los ojos bajos y como fuera de sí, hasta que recobrado por último empezó con estas palabras: «En bien poco ha consistido ¡oh soldados! el no hallarme arrebatado de vuestra vista por la traición de algunos malvados; pero la providencia y misericordia de los dioses me tiene sano, con vida y en vuestra honrada presencia, la cual, cuanto no es más amable que la propia seguridad, tanto me incita con mayor ira al castigo de los parricidas; porque al fin no deseo vivir sino para vosotros, ni nada quiero con mayor anhelo que asegurar el más dulce y único fruto de mi vida en el gusto que recibiré de poder recompensar los servicios de tan valerosos soldados, á quienes lo debo todo.» A cuyas palabras le interrumpieron la continuación los gritos y gemidos de los soldados, que al oirlas se deshacían en lágrimas. «¡Oh, y cuánto mayor será (prosiguió) la conmoción que haré en vuestros ánimos cuando diga los autores de tan execrable atentado! No puedo articularlos sin estremecerme, y como si aún no se hallasen en estado de perdón me embarazo de nombrarlos; pero bien lejos ya de toda cariñosa ternura, conoz-

co que es preciso vencer el sentimiento, alejar la memoria y hacer notorio á todos quiénes son los monstruos que conspiran contra su príncipe, y el medio de encubrir tan horrible delito. Parmenión, en la edad que se halla, tan deudor de las honras que recibió de mi padre como de las que le he colmado y el más antiguo de mis favorecidos, se ha hecho cabeza de tan detestable traición, y por orden suya Philotas, su hijo, ha sobornado á Paucolao, á Demetrio, á ese miserable que habéis ahí arrojado y á otros preocupados del mismo furor para que me quiten la vida.

Levantándose entonces gran murmullo por todas partes, mezclado de indignación y quejas, como sucede de ordinario en la muchedumbre, mayor siempre entre gente de guerra cuando se deja llevar del afecto ó de la cólera, hicieron llevar entonces á Nicómaco, á Cebalino y á Metrón, los cuales depusieron todo lo que habían referido; pero no descubriéndose de su confesión indicio alguno de que tuviese parte Philotas en el delito, templando todos su furor, quedaron en fría suspensión considerando las palabras de los acusadores.

Mas volviendo el rey prestamente á enlazar el hilo de su razonamiento: «¿De qué ánimo juzgáis (les dice) á quien noticioso de materia tan importante la ha tenido oculta, no con otro fin que con el que manifiestamente ha declarado el infeliz de Dymno? Cebalino, haciendo una relación llena de incertidumbre, no temió los tormentos, y Metrón, no atreviéndose á dilatar un momento el dar cuenta, pasó á buscarme hasta el baño, y sólo Philotas ni temió ni creyó. ¡Oh valeroso varón, en cuyo semblante inmutable no hizo impresión alguna la noticia del peligro en que se hallaba tu rey, ni causó la menor alteración novedad de tan grande importancia! ¡Ah soldados, silencio tan culpable no era sin fin determinado! El deseo de reinar precipitó aquel ánimo al

más feo de los delitos. El padre es señor de la Media, y la autoridad que yo he dado al hijo en mis ejércitos le ha adquirido la mayor parte de los cabos, con que hallándose tan poderoso con mis fuerzas se juzgaba ya capaz de aspirar á todo. Puede ser también que me despreciase al verme sin sucesión, pero engañábase en esto, porque teniéndoos yo á vosotros por hijos, por padres y por parientes míos, nunca podía estar sin sucesores mientras vosotros vivieseis.»

Y dicho esto, hizo que se leyese una carta de Parmenión escrita á sus hijos Nicanor y Philotas, el cual, á la verdad, no se ofrecía expresión que pudiese convencerlos de algún mal intento, porque en sustancia sólo se reducía á decirles que mirasen por sí y por los suyos porque de esta suerte conseguirían el fin propuesto. Á que añadió el rey: Que estaba escrita en aquel tenor, para que llegando á manos de los hijos pudiesen entenderla los cómplices, y cayendo en otras no tuviese el riesgo de que penetrasen algo de ella. «Sí, pero diráse (decía él mismo) que Dymno no nombró á Philotas entre los conjurados. No es eso prueba de su inocencia; crédito, sí, de su autoridad tan formidable aun á los que le pudieran destruir que confesando el delito propio no se atrevieron á declarar el suyo. Y por último, nada muestra mejor lo que él es que su misma vida y lo que conmigo ha obrado. Este fué cómplice con Amintas cuando en medio de ser primo hermano mío, conspiró contra mi vida en Macedonia. Este fué quien casó á su hermana con Attalo, mi mortal enemigo. Este quien participándole yo, por cumplir con el cariño que le tuve, la favorable respuesta del oráculo de Júpiter Ammón, no pudo abstenerse del imprudente atrevimiento con que me respondió que me acompañaba en el regocijo de hallarme colocado en el número de los dioses, pero que se compadecía de los que habían de vivir debajo de

quien se creía más que humano. ¿No son estos testimonios seguros de un corazón envejecido en venenoso encono y envidia de mi gloria?

»Pero con todo, ¡oh soldados! he reprimido cuanto me ha sido posible mis justos sentimientos, pareciéndome que rasgaba yo mismo parte de mis entrañas si disminuía alguna de la grandeza de aquellos á quienes había elevado. Mas no trato ya de castigar las palabras que articula la facilidad de la lengua, sí las obras y disposiciones á que han pasado éstas. Las obras digo; pues si me tenéis por persona digna de crédito, Philotas ha sido quien contra mí ha afilado las armas para penetrarme con ellas el pecho. Si á vista de esto le dejo libre, ¿en qué parte estaré seguro? ¿De quién fiaré mi vida? ¿Acogeréme por ventura á la caballería? Mas ¡ay! ¿cómo, si por ser la parte mejor de mi ejército la he puesto debajo de su gobierno? ¿No le he hecho general de ella y de la juventud más noble, fiando de él la vida, la esperanza y la victoria? ¿No he elevado á su padre al mismo colmo de honor, de grandeza y de autoridad en que me habéis puesto? Y finalmente, ¿no le he preferido á todos para el gobierno de la Media, provincia excesivamente superior á las demás en riquezas? ¿No he puesto debajo de su obediencia nuestros mejores ciudadanos y compañeros, para que de donde más esperaba mi seguridad sea de donde más tema mi peligro? ¡Cuánto mayor hubiera sido mi felicidad si hubiese muerto en una refriega, ó quedado en ella antes presa del enemigo que víctima aquí de un ciudadano! Libréme de los peligros que temía, y he caído en los que no debía recelar.

»Vosotros, ¡oh soldados! acostumbráis encargarme muy de ordinario que cuide de mi persona, pero ahora en vosotros está el concederme lo que hasta aquí me habéis persuadido que haga. A vosotros, pues, me acojo asegurándome en vuestros brazos y en vuestras ar-

mas; contra vuestro gusto no quiero la vida; pero si éste es de que la goce, no podré conseguirla mientras no quedare vengado por vosotros.»

Mandó después que llevasen allí á Philotas, el cual iba con las manos ligadas sobre las espaldas y cubierta la cabeza con un vil lienzo. Reconocíase en los semblantes que los que poco antes le habían mirado con irritación, ya entonces, viéndole en aquel estado, se compadecían de su infortunio. Tuviéronle el día antes general de la caballería, no ignorando que se había hallado al real convite y logrando los más especiales favores de su gracia, y repentinamente le advertían delincuente, condenado y en manos del verdugo. Ofrecíaseles también la deplorable fortuna de su padre, aquel gran capitán, aquel personaje ilustre conciudadano suyo, que aun no habiendo enjugado las lágrimas por la pérdida reciente de dos hijos, Héctor y Nicanor, se continuaba su infelicidad hasta hacérsele en ausencia suya al único que le había quedado el proceso destinándole al último castigo. Pero Amintas, uno de los generales del rey, viendo que la junta se inclinaba á piedad, procuró irritarla nuevamente contra Philotas, diciendo que había querido entregarlos á los bárbaros para que quedasen enteramente imposibilitados de volver á su patria y á la vista de sus mujeres y de sus parientes, derramados como cuerpos sin cabeza y sin nombre por aquellas extrañas tierras al escarnio del enemigo.

No fueron estas palabras tan gratas á Alexandro como juzgó Amintas, porque renovando á los soldados la memoria de su patria y de sus mujeres, temía perdiesen el vigor y disposición con que los deseaba para otras empresas.

También Ceno, en medio de hallarse casado con su hermana, prorrumpió aún con mayor violencia que los demás contra él llamándole á grandes voces parricida

del rey, del ejército y de su patria, y tomando una piedra que tenía á los pies para tirarle, deseoso como algunos creen de librarle por este medio del tormento, le detuvo el rey, manifestando no consentiría se pasase á más hasta que hubiese dado sus descargos.

Teniendo, pues, Philotas permisión para hacerlo, ó afligido del remordimiento de su conciencia ó absorto de la grandeza del peligro, se manifestó tan conturbado, que no se atrevía á levantar los ojos ni abrir los labios, derramó copiosas lágrimas, y faltándole las fuerzas cayó en los brazos del que le tenía, el cual enjugándoselas procuró esforzarle. Finalmente, recobrando poco á poco el espíritu y la voz y dando muestras de querer hablar, se anticipó el rey á decirle que allí tenía á los macedones que habían de ser sus jueces, pero que deseaba saber antes si había de hablarles en su lengua nativa. A que le respondió que respecto de hallarse, demás de los macedones, otros muchos que entendían mejor la lengua griega, se valdría de ella, como lo había hecho él al mismo fin. Vuelto entonces el rey á los suyos, «¿No advertís (les dice) cómo aborrece aún su lengua natural, desdeñándose de hacer en ella su defensa? Pero use de la que gustare, como tengáis presente que no le son menos odiosas nuestras costumbres que nuestra lengua.»

Y dicho esto se retiró para que Philotas diese principio á sus descargos, como lo hizo de esta suerte.

CAPÍTULO X.

Defensa de Philotas, en la cual niega enteramente la acusación contra él.

«Tan fácil es á un inocente hallar voces con que hacer su defensa, como difícil á un infeliz contenerse en los límites de la moderación. Esta es la causa de que hallándome por una parte asistido de la seguridad de mi buena conciencia y combatido por otra de mi adversa fortuna, no acierte á conformar la una con la otra, ni acomodarme al tiempo sin ofensa de mi reputación. Falta de aquí el mejor de mis jueces, y no sé á qué atribuir el no haber querido asistir á mi descargo, pues tan igualmente podía absolverme oyéndole, como condenarme sin dejarme con su retiro destituído de la esperanza de que revoque la sentencia que contra mí ha fulminado no estando enteramente informado de mi causa. Pero aunque conozco que la defensa de quien se halla en el estado á que me veo reducido, no sólo será inútil, sino también odiosa, en cuanto pareciere que ésta se dirige, más que al informe, al gravamen del juez que me ha cargado de estas prisiones, no puedo faltarme á mí ni dar ocasión al mundo para que en él se diga que Philotas contribuyó á su ruina.

»No discurro en qué se funde mi culpa cuando ninguno de los acusadores me incluye entre los conjurados; porque ni Nicómaco ha hecho mención alguna de mí, ni Cebalino puede haber sabido más de lo que le participó su hermano, y, sin embargo, me juzga el rey por cabeza de la conjuración. ¿Es creíble que si lo fuese

hubiera dejado de declarárselo Dymno á Nicómaco cuando le preguntó quiénes eran los cómplices, no habiendo omitido medio de que no se valiese para inclinarle á su intento? Ni es prueba tampoco de que quiso perdonarme el haberme pasado en silencio, porque si la confianza de Nicómaco le facilitó que no eximiéndose aun así, se le confesase culpado y que declarase á los demás que lo eran, ¿por qué omitiría á Philotas si lo fuese? Pídoos por gracia, ¡oh compañeros míos! que me digáis: ¿si Cebalino no hubiese gustado de irse á mí y de descubrirme los conjurados, me hallaría necesitado á comparecer aquí el día de hoy á dar mis descargos sin ser acusado? Pero demos caso que Dymno viviese y que quisiese perdonarme, ¿paréceos que todos los demás que confiesan lo que les reveló, callarían por favorecerme lo que miraba á mí?

»La desgracia trae en sí misma bastante malicia, y al delincuente, en lo más riguroso del tormento, le suele ser de alivio ver que otros le padezcan. ¿Es posible que tantos cómplices puestos en él no han de haber dicho la verdad? Ninguno perdona al que merece la muerte, ni á lo que yo juzgo, el que ha de morir gusta de que quede con vida quien se halla igualmente culpado en el delito por que él la pierde. Mas volviendo al único que se me imputa, díceseme que por qué tuve oculta noticia de semejante importancia. Que por qué la oí con tan poca alteración. Señor, en cualquier parte que estuvieres, si erré en esto, ya te confesé mi culpa y tú me la perdonaste, en cuyo testimonio me diste tu real mano, concediéndome la honra de sentarme á tu mesa. Pues si me juzgaste inocente y como tal me diste por absuelto, yo libre estoy. Mantén, señor, tu primera sentencia ó suspende á lo menos el nuevo juicio que has formado, hasta que te halles bien informado de mi proceso. ¿Qué culpa puedo yo haber cometido de tanta

gravedad desde anoche acá que me aparté de tu lado, que haya sido capaz de muerte de esta suerte?

»Hallábame entregado á un profundo sueño, sin tener el menor recelo de la desgracia que me amenazaba, cuando me despertaron de él mis enemigos, cargándome de cadenas. ¿Cómo es creíble que un parricida, y descubierto, pueda dormir con tan gran sosiego? Los delincuentes, hallándose oprimidos del interior remordimiento de la conciencia y combatidos de crueles y furiosas imaginaciones, no sólo viven en un continuo desasosiego después de haber ejecutado la traición, sino desde que la empiezan á maquinar; pero yo dormía tan asegurado de mi inocencia como de tu real palabra, sin prevenir nunca que fuesen más poderosas en ti las violentas influencias de ajena crueldad que las naturales blanduras de tu clemencia. Mas para que no te sirva de gusto el haberme creído, suplícote, señor, que consideres que quien me dió la noticia fué un mozo, el cual, sin probar ni testificar lo que decía, sólo esperaba que yo diese asenso á ello para llenar todo el campo de pavor. Fuera de que no viniendo el mismo Nicómaco á darme el aviso, sino valiéndose de su hermano, se me hacía más inverosímil, persuadiéndome siempre (¡ay infeliz de mí!) á que esto procedería de algún disgusto entre aquellos dos viles amantes, y que para despique de él se habría valido el uno de su hermano, no atreviéndose él á decirme lo que no era verdad. A que se añadió también el temer no se desdijese Cebalino después de haber expuesto injustamente á tan considerable peligro á muchos grandes de la corte. Con que atendiendo á preservar de semejante daño á otros, no acerté á evitarme á mí la ruina en que me veo.

»Dejo, señor, á tu consideración que prevenga el odio que concitaría contra mí en todos aquellos á quienes imputase la culpa que no tenían. Sí, pero dirásme que

Dymno se dió muerte. Pues ¿pude yo prevenirla? No por cierto, ni perjudicarme tampoco ella; porque siendo este el único testimonio que aseguraba creíble la deposición de Cebalino, no la puso aquél en ejecución hasta después de haberme informado éste. Mas ¿es posible que si hubiese tenido parte con Dymno en tan gran traición, que viéndonos descubiertos permanecería dos días sin tomar alguna resolución, no pudiendo haberme sido difícil quitar la vida á Cebalino? Y últimamente, estando descubierto el intento, ¿por qué difería su ejecución? ¿No entré solo al cuarto del rey con la espada en la cinta? ¿Qué esperé que no lo puse por obra? ¿Sería sin duda no atreverme sin Dymno, siendo él cabeza de la conjuración, y yo, Philotas, quien la seguía debajo de su sombra? Yo, que en algún tiempo pensé coronarme rey de Macedonia. Pero para tan grande empresa ¿cuál es de vosotros á quien corrompí con dádivas? ¿Qué cabos, qué oficiales son los que he granjeado con mis cuidadosos halagos y con mis afectadas caricias?

»Hácesme cargo de que me desdeño de hablar la lengua de la patria y de que tengo horror á las costumbres de los macedones. Siendo esto así, ¿cómo se compadece aspirar al reino con menospreciar la lengua y costumbres suyas? No ignoráis que la frecuente y dilatada comunicación que hemos tenido con naciones tan extrañas nos ha hecho perder de mucho tiempo á esta parte el uso de nuestra lengua natural, y que así vencedores como vencidos nos hemos visto precisados á aprender una enteramente nueva. Con que en esto tengo la misma parte de la culpa que la que se imputa de haber sido amigo de Amintas, hijo de Pérdicas, que conspiró contra Alexandro; porque, á la verdad, si lo fué amar al hermano de nuestro rey, no hay duda que me confieso delincuente, y como tal, digno de castigo; pero obligándonos á todos su grandeza y representación

á venerarle y respetarle, ¿es culpa no haber sido adivino? ¿Eslo que mezclen á los inocentes con los culpados por haber sido sus amigos? Si lo es, ¿por qué me han permitido tanto tiempo la vida? Y si no lo es, ¿qué razón hay para darme hoy la muerte?

»Pero escribí que me compadecía de los que habían de vivir debajo del mando de quien se creía hijo de Júpiter. ¡Oh santo y sincero afecto! ¡Oh peligrosa libertad! Tú me engañaste, tú me impediste que por una pusilánime indigna contemplación disfrazase la verdad. Sí, yo lo escribí, confiésolo; mas escribílo al rey, no del rey; porque mi intento no era suscitarle odio, sino preservarle de él. Tuve por más digno de Alexandro el que se contentase con saber era hijo de Júpiter, que el que se vanagloriase tanto de serlo; pero, pues es tan infalible la respuesta del oráculo, á Júpiter pongo por testigo de mi inocencia. Mantenedme en las prisiones hasta que se le haya consultado en causa tan dudosa y para quien no se halla prueba alguna; porque es preciso que habiendo reconocido á nuestro monarca por hijo suyo, no permita quede sin el justo castigo que merece quien conspiró contra su vida; ó si os pareciere más seguro medio el del tormento que el del oráculo, también estoy pronto á padecerle á precio de que se descubra la verdad.

»Está en costumbre que los que se hallan convencidos de majestad ofendida traigan á juicio á sus parientes; pero mis desdichas (¡ay de mí!) me excusan de su observancia, porque dos hermanos que tuve los perdí poco ha, y mi padre, estando ausente, mal puedo hacer que comparezca, ni me atrevería á pedírselo, aun cuando pudiese, juzgándole vosotros por tan delincuente como á mí. Pues no basta que quien se vió poco ha con tan florida descendencia, habiendo quedado sólo con un hijo, único apoyo de su vejez, le pierda, sino que también padezca el mismo infeliz fin que él.

»Es, pues, preciso, carísimo padre mío, que mueras por mi amor y conmigo; yo soy quien te quita la vida; yo quien anticipa el fin de tus días. ¿Para qué me engendraste en tan maligna constelación? ¿Fué acaso para coger de mí estos amargos frutos que te esperan? No sé cuál es más infeliz, mi juventud ó tu vejez; yo muero en el vigor de mi edad, y tú, padre mío, pagarás con tu vida á la naturaleza el débil fruto que te pediría al fin de su regular curso, si aspirase la fortuna con menos adversa influencia. Su memoria me acuerda el ejemplo que en él tuve para proceder tan remiso y temeroso en lo que me comunicó Cebalino.

»Sabía que en cierta ocasión, hallándose noticioso Parmenión de que Philipo tenía intento de dar veneno al rey, le advirtió se guardase de él, porque le tenía ganado Darío para este fin. ¿Mereció mi padre crédito alguno por este aviso? ¿Hízose el menor aprecio de aquella carta? Y á mí mismo ¿cuántas veces me ha sucedido haberse burlado de mí, por haber participado lo que entendía, teniéndome por demasiadamente crédulo? Pues si cuando dimos estos avisos fuimos tenidos por ligeros y fáciles, y cuando callamos otros nos juzgan por sospechosos, desearía á la verdad que se nos advirtiese cómo habíamos de proceder.»

A cuyo tiempo dijo en alta voz uno de los concurrentes: «No conspirando contra sus bienhechores.»

«Eso mejor será que tú, seas quien fueres (replicó Philotas), te lo adviertas á ti; que yo dispuesto estoy á padecer todo género de castigos, si se averiguare que he conspirado; y pues reconozco con semejante desengaño cuán infructuosas han sido mis razones, pongo fin á ellas.»

Con lo cual le volvieron á llevar las guardas á la prisión.

CAPÍTULO XI.

La Junta, animada por cierto Belón, se irrita contra Philotas, el cual poco después, por librarse de los tormentos, declara las circunstancias de una fingida conspiración y muere apedreado con todos los demás á quienes acusa.

Hallábase allí entre los cabos uno llamado Belón, persona de gran valor, y que habiendo envejecido en las armas y corrido de soldado raso todos los grados de la milicia, llegó al puesto que entonces ejercía, capaz sólo de la guerra, y negado, por lo grosero y rústico de sus costumbres, y trato á todo género de urbanidad y cortesanía. Este, llevado de su furibundo natural, viendo que todos callaban, con brutal intrepidez y osadía les representó las repetidas veces que Philotas los había echado de su alojamiento por introducir en él la canalla de esclavos que llevaba consigo: que por los caminos sólo se veían sus carros cargados de oro y plata: que no consentía que ninguno de sus compañeros alojase en su cuartel, antes hacía poner guardas mientras dormía para que no permitiesen acercarse á nadie á su tienda, que con el ruido de las voces le quitase é interrumpiese el sueño: que habiendo sido siempre objeto de sus desprecios y escarnios, llamándolos unas veces groseros y rústicos, y otras frigios, paphlagones, y que habiendo nacido en Macedonia no se corría de tratar á los de su patria por intérprete. ¿Y cómo pretende (decía) que se consulte á Ammón su causa quien le trató de embustero cuando declaró á Alexandro por su hijo? Porque á la verdad había gran causa para temer que el

rey como viese contra sí algún odio, admitiendo el honor que le concedían los dioses: que cuando conspiró contra la vida de su rey y de su bienhechor no se acordó de Júpiter, y que entonces quería tener recurso al oráculo, no con otro fin que el de dar tiempo á que su padre, debajo de cuyo mando estaba la Media y sus grandes tesoros, pudiese disponer sus intereses y ganar por medio de ellos otros malvados que cometiesen el mismo delito: que ellos estaban prontos á enviar al oráculo personas, no para que le consultasen lo que sabían del mismo rey, sino para que le diesen las gracias y cumpliesen los votos que le habían hecho por la salud del mejor príncipe del mundo.

Inflamaron de tal suerte estas invectivas á todos los concurrentes, y con especialidad á las guardas de la persona del rey, que empezaron á decir á gritos éstos que se les dejase despedazar á aquel parricida. Cuyas voces no eran para Philotas, que temía mayores tormentos, de gran disgusto. El rey, habiendo vuelto á la junta, difirió el juicio al día siguiente, ó porque se le diese en la prisión el tormento, ó por quedar más bien informado de todo; y en medio de ser bien tarde, hizo convocar á los grandes de su corte para conferir con ellos la resolución de aquella causa.

El sentir de los más fué de que se le diese muerte á pedradas, según costumbre de los macedones. Pero el de Ephestión, Cratero y Ceno fué de que le diesen tormento; por cuyo dictamen se mandó que llevasen allí á todos los demás. Con lo cual se puso fin á la junta, y estos tres pasaron á poner á cuestión á Philotas.

Llamó el rey inmediatamente á Cratero, y después de haberle dicho en secreto lo que no se pudo saber, se retiró á su cuarto, donde se estuvo toda la noche solo, esperando noticia de lo que resultaba. Los que estaban señalados para el tormento pusieron á vista de Philotas

cuantos instrumentos había inventado hasta entonces la crueldad para estremecer y atemorizar á los hombres, á cuyo espectáculo dijo Philotas voluntariamente: «¿Cómo no acabáis de quitar la vida á quien confiesa ser enemigo del rey y haber intentado darle muerte? ¿Qué necesidad hay de tormento? Yo lo dispuse, yo lo quise.»

Insistiendo Cratero en que ratificase en el tormento lo que sin él había confesado, le vendaron los ojos y le desnudaron, á cuyo tiempo empezó á grandes voces á clamar por el derecho de las gentes y á atestiguar con los dioses de la patria y á implorar su socorro. Por último, inexorables sus enemigos, no hubo tormento que con pretexto de celo y de piedad á su príncipe no le hiciesen padecer como á condenado, vengando en él sus odios particulares. Pero aunque por una parte le martirizaban por el fuego, y por otra con azotes, más á manera de castigo que de tormento, sufrió con gran constancia los dolores, que no se le oyó una voz, un grito ni el menor gemido; pero habiéndosele llegado á hinchar el cuerpo por la inflamación de las llagas, y no pudiendo ya tolerar el rigor de los golpes, que despedazadas las carnes le habían dejado sólo los huesos, prometió decirles lo que deseaban saber como le permitiesen alguna respiración y alivio, para cuyo logro les hizo jurasen antes por la vida de Alexandro que darían orden de que cesasen los tormentos y retirasen los verdugos.

Conseguido lo uno y le otro, dijo á Cratero: «Insinúame lo que quisieres que diga.» Cratero, indignado de verse burlado, volvió á llamar los verdugos; pero Philotas pidió que se le dejase respirar y que él declararía. En el ínterin los primeros de la nobleza, los principales oficiales de su caballería, y especialmente los más cercanos parientes y allegados de Parmenión, noticio-

sos de que se le ponía á Philotas á cuestión de tormento, y temiendo no se cumpliese en ellos la ley de los macedones, la cual ordenaba que en delitos de majestad ofendida muriesen con los condenados también sus parientes, se quitaron unos por sus mismas manos la vida y huyeron otros desbandados á los montes y á los desiertos, llenando todo el campo de pavor, hasta que Alexandro, noticioso de aquel desorden, hizo publicar que perdonaba á los parientes de los culpables.

No es fácil averiguar si Philotas confesó la verdad, ó si por librarse de los tormentos la supuso en lo que dijo, porque al fin se experimenta que en tales casos el mismo dolor padece el que confiesa lo cierto que el que dice lo falso. Lo que él declaró fué así: «No ignoráis (dijo) la estrecha amistad que mi padre tuvo con Hegeoco (hablo del que murió en la última batalla). Este, pues, fué causa de todas mis desgracias, porque desde que el rey mandó que le llamasen hijo de Júpiter no le fué posible tolerarlo. ¿Reconoceremos (decía) por nuestro rey á quien desestima á Philipo por padre suyo? La culpa será nuestra si lo sufrimos. No sólo desprecia á los hombres, sino también á los dioses el que gusta que le tengamos por dios. Hemos perdido á Alexandro y juntamente al rey sujetándonos á los dioses, con quienes se igualaba, como á los hombres, sobre quienes se eleva. ¿Hemos hecho por ventura, al precio de nuestra sangre, rey que nos ultraje y que se desdeñe de comunicar con los mortales? También nosotros podemos, si me creéis y si tenemos espíritu, ser adoptados por los dioses. ¿No fué éste quien habiendo vengado la muerte de Alexandro, su bisabuelo, la de Arquelao y Pérdicas, perdonó á los homicidas de su padre? Esto nos decía Hegeloco cierta noche después de cenar. Con lo cual el día siguiente muy de mañana me llamó mi padre. Reconocíle triste, y advirtióme no más alegre,

porque á la verdad lo que habíamos escuchado no era materia para corto desasosiego. Deseando, pues, averiguar si fué el vino quien le obligó á prorrumpir en lo que dijo, ó efecto de premeditado acuerdo, resolvimos enviar á inquirirlo; y habiéndonos repetido lo mismo, añadió que si nos hallábamos con ánimo de hacernos cabezas de empresa tan prodigiosa, nos seguiría pero que si no le teníamos, no hablaría más de ella. Parecióle á Parmenión que viviendo Darío no era ocasión oportuna para dar muerte á Alexandro, respecto de que en esto más haríamos el negocio del enemigo que el nuestro, y que así mejor era diferirla hasta después de la de Darío, con cuya pérdida toda el Asia y el Oriente sería premio de tal acción. Convencidos en esto, se dieron palabra recíproca de cumplirlo. Pero por lo que mira á Dymno, protesto que no sé nada, y que puede acreditarme de inocente en su atentado lo que acabo de confesar.»

Habiéndole vuelto á poner á cuestión, el mismo Cratero y los demás le hirieron en el rostro y en los ojos con los dardos, hasta que á pura fuerza le obligaron á confesar la culpa que le imputaban. Preguntándole después la forma en que habían dispuesto practicar la conjuración, respondió: que juzgando no volvería el rey tan en breve de Bactria, temeroso de que su padre, hallándose en tan crecida edad como la de setenta años, con tan florido ejército y tan cuantiosas riquezas, legase á faltar, sin cuyo gran poder le sería inútil la muerte del rey, se aceleraba á su ejecución porque no se malograse tan favorable oportunidad. Que en cuanto á lo demás, todo lo había declarado, sin reservar la menor circunstancia; y que si no obstante no se persuadían á que su padre estaba ajeno de estas últimas disposiciones, se hallaba pronto á que le renovasen los tormentos, aunque ya le faltaban fuerzas para tolerarlos.»

Habiendo conferídolo, y conocido que había declarado lo bastante, fueron á participarlo al rey, el cual mandó que hiciesen leer la deposición de Philotas en junta plena el día siguiente, y llevarle á ella, respecto de no haber quedado capaz de moverse por sí. Ratificándose aquel infeliz en todo lo que había depuesto, se hizo llevar á Demetrio, acusado de haber sido cómplice en la conspiracion; pero negábalo con gran valor y firmeza, asegurando con horribles juramentos no le había pasado tal por el pensamiento, é insistiendo en que para mayor prueba de su justificación se le pusiese á cuestión de tormento. Entonces Philotas, extendiendo la vista y mirando cerca de sí á cierto Calis, le pidió que llegase á él. Este, turbado todo y rehusando hacerlo: Pues qué, ¿toleras tú (le dice Philotas) que mienta Demetrio de esta suerte, y que yo vuelva á padecer el tormento?

Quedando Calis mortal, desestimaron los macedones su acusación, creyendo que Philotas la hacía indiferentemente á inocentes y á culpados respecto de no haberse acordado de él en sus declaraciones ni Nicómaco, ni el mismo Philotas; si bien cuando llegó á verse rodeado de los ministros de justicia volvió á afirmar que él y Demetrio entraban en la conjuración. Por lo cual, dada la señal, Philotas, éstos y los demás que nombró Nicómaco fueron muertos á pedradas, según su costumbre.

Verdaderamente que no puede negarse el gran peligro en que se vió, no sólo Alexandro, sino todo su ejército; porque hallándose tan poderosos Parmenión y su hijo y en gran reputación, es cierto que no se le hubiera podido condenar sin que se suscitasen grandes rumores, á no haberlos convencido tan manifiestamente. Demás de que la resolución del tormento fué dudosa y el suceso aventurado; pues en cuanto Philotas negó el delito, pareció injusto y cruel; pero luego que le confesó empezó á faltarle la compasión, aun en sus mismos amigos.

LIBRO SÉPTIMO

CAPÍTULO PRIMERO.

Manda Alexandro dar muerte á Lincestes, convencido del delito de majestad ofendida, y poco después, que se proceda contra Amintas y Simmias, amigos de Philotas. Defienden su inocencia con gran valor y constancia.

Mientras permanecieron vestigios recientes del delito de Philotas, tuvieron por justificado su castigo; pero después que con su muerte les faltó el objeto de su aborrecimiento y de la envidia que les ocasionó su fortuna, se convirtió todo en conmiseración. Causábasela tiernísima el considerar los méritos y la calidad de la persona á quien se había quitado la vida en la flor de su edad, y la crecida de su padre, el cual veía extinguida con tan trágico fin su estirpe en servicio de su príncipe. Lamentando la infelicidad de aquel prudente y diestro capitán, que fué el primero que abrió el paso del Asia, á quien cupo tan gran parte de todos sus peligros y quien mandó siempre una de las alas de su ejército; favorecido de Philipo, y tan fiel á Alexandro, que no se valió de otro para verse libre de Attalo; cuyos largos y señalados servicios considerados no dejaban de suscitar los ánimos á intentos sediciosos. Pero noticioso el rey de

aquellos rumores, le alteraron poco, sabiendo que los vicios que produce la ociosidad los purga fácilmente la ocupación y el trabajo. Por lo cual dió orden para que se juntasen en la plaza de palacio, donde después de ver que había concurrido considerable número de soldados salió á la junta.

Pidió en ella Apharias (no se duda que fuese á persuasión del rey) que se llevase allí á Lincestes Alexandro, á quien acusaban dos testigos de haber intentado mucho tiempo antes que Philotas dar muerte á Alexandro, por cuyo delito había cerca de tres años que estaba preso. Y si bien se hallaba también convencido de haber intervenido con Pausanias en la muerte de Philipo, había quedado por entonces su castigo más diferido que perdonado, por haber sido el primero que dió la obediencia al rey y por la interposición de Antipatro, su suegro, poderosa en aquella ocasión para templar la indignación del príncipe; la cual, aunque adormecida hasta allí, despertó cuando el riesgo presente acordaba el peligro pasado.

Llevóse, pues, á Lincestes de la prisión; y habiéndole ordenado que se defendiese, en medio de haber tenido el largo espacio de tres años para pensar en sus descargos, conturbado y temeroso, sólo dijo algo de lo que había premeditado antes; quedando á lo último tan fuera de sí, que no sólo perdió cuanto tenía pensado alegar, sino también el juicio. Atribuyeron todos aquella alteración más á efecto de su mal segura conciencia que á falta de memoria; y si bien se esforzaba por reducir á ella los miserables trozos de su oración, faltando el sufrimiento en los que tenía cerca de sí, le dieron la muerte á lanzadas. Después de lo cual mandó el rey retirar el cuerpo y que llevasen allí á Amintas y á Simmias, porque Polemón, su hermano menor, se había puesto en fuga luego que supo que se daba tormento á Philotas.

Fueron éstos los más estrechos amigos de aquel infeliz, y á quienes con mayor exceso favoreció, llenándolos de honores y dignidades en virtud de la gracia que gozaba de Alexandro; el cual, acordándose del cuidado que tuvo en conservarlos cerca de sí, no ponía en duda que fuesen partícipes de aquella última conjuración, en cuyo crédito decía: «Que no sólo entonces los juzgaba por sospechosos, pues mucho antes le había advertido repetidamente su madre que se guardase de ellos; pero que remiso en dar crédito á lo peor, había rehusado mandarlos prender, hasta que le precisaron á hacerlo los evidentes indicios con que se halló. Que era notorio cómo el día antes que se descubriese la traición de Philotas tuvieron conferencia secreta con él; sin que dejase duda la fuga de su hermano mientras se le daba el tormento á Philotas, que dió ocasión para ella. Que últimamente, habiendo apartado á sus compañeros, que se hallaban en el cuartel, y ocupado sus lugares, le rodearon por todas partes, debajo del celo y obsequio de asistirle y asegurarle, sin que hubiese precedido motivo alguno para el menor recelo. A vista de lo cual, extrañando el rey que faltando éste se mostrasen tan oficiosos que tomasen á su cuidado el de los otros, advirtió en sus semblantes tan manifiestas señales de su mal seguro ánimo, que le obligaron temeroso á ponerse entre sus guardas. Que además de esto, el día antes de la prisión de Philotas, Antíphanes, á cuyo cuidado estaban las provisiones del ejército, habiendo persuadido á Amintas á que, según estilo, socorriese con caballos á los que habían perdido los suyos, le respondió sumamente colérico: «Que si no desistía de importunarle, se acordaría de él. Que las insolentes conversaciones que tenían contra él á todas horas, eran prueba manifiesta de sus dañados intentos. Que siendo cierto todo esto, no merecían menor castigo que Philotas; y que si no lo era, que se justificasen.»

Después de lo cual, compareciendo Antíphanes y careándose con Amintas, confirmó haberle negado los caballos y las terribles amenazas que le hizo.

Entonces Amintas, habiéndosele dado permiso para que se defendiese, dijo: «Que si no se oponía al gusto del rey le suplicaba mandase quitarle las cadenas mientras hablaba en su defensa.» Concediósela á él y á su hermano; y habiendo pedido que se le volviesen sus armas, mandó el rey que le diesen una lanza, la cual tomó con la mano izquierda; y después de haberse apartado del lugar donde había estado el cuerpo de Alexandro Lincestes, empezó á decir de esta suerte: «Cualquiera que sea, señor, el fin de este suceso y el de nuestro destino, no podremos dejar de confesarnos deudores tuyos si es feliz, ni tampoco dejar de atribuirle á desgracia nuestra si es adverso. Podemos sin el menor perjuicio ni estorbo hacer nuestra defensa, habiéndonos concedido tu benignidad, no sólo permiso para ella, sino también estas honrosas insignias, con las cuales te acompañábamos. A vista de lo cual debemos confiar igualmente en el suceso que en la justificación de nuestra causa; pero permíteme, señor, que satisfaga primero al último cargo que nos has hecho.

»No nos acordamos de haber tenido jamás conversación alguna opuesta al respeto que te es debido; antes bien, diría que ha mucho tiempo que vives superior á la envidia, si no temiese juzgases pretendía ocultar entre afectadas lisonjas los notorios delitos que se nos imputan. Porque si acaso se han dejado decir tus soldados enfermos ó heridos, rendidos de las crecidas fatigas de la guerra ó expuestos á tan continuos peligros, una ú otra palabra algo más licenciosa, bien merecen sus servicios algún perdón, ó que se atribuya antes al natural desabrimiento que traen consigo las calamidades del tiempo que á falta ó defecto de su voluntad. Cuando pa-

decemos, todos somos reos, y cualquiera se adelanta á hablar, sin que todo nuestro amor propio baste á preservarnos á nosotros de nosotros mismos; pues crueles, convertimos las manos contra nuestros propios cuerpos, sin que por esto se pueda decir que nos aborrecemos. En cuya irritación si los hijos reconocen á los padres, apenas podrán éstos atenderlos ni tolerarlos. Donde por el contrario, cuando nos vemos honrados con beneficios, y volvemos favorecidos con crecidos premios y cargados de la presa, ¿quién puede contenerse? ¿Quién disimular el interno regocijo de nuestros ánimos? No admiten jamás moderación ni la cólera ni el gusto de los soldados: todas nuestras pasiones nos arrastran con suma violencia: vituperamos, loamos, movémonos á compasión ó á ira, según es la diversidad de objetos que nos arrebatan.

»Unas veces deseamos pasar á conquistar la India y llegar al Océano, y otras nos llama el amor de la patria, de nuestras mujeres y de nuestros hijos. Pero todos estos pensamientos, todas estas murmuraciones, quedan desvanecidas á la primera seña de la trompeta, á cuyo sonido partimos todos acelerados á nuestros escuadrones, vertiendo en los enemigos cuanto concibió nuestra ira en nuestras tiendas y discurrió nuestro despique. ¡Ojalá hubieran permitido los dioses que los delitos de Philotas se hubiesen limitado sólo á las palabras! Pero volvamos á los principales cargos de la acusación.

»Estoy tan lejos de negar la amistad de Philotas, que confieso haberla buscado y haberme sido muy útil. Mas ¿qué extrañeza te hace que hayamos cortejado á quien poseía casi enteramente tu gracia y era hijo de Parmenión, tu brazo derecho, si no antes tu segunda persona? Pues si he de decir libremente la verdad, tú, señor, tú has sido la causa de nuestro peligro. Porque

¿quién sino tú mismo la dió para que todos los que solicitaban darte gusto acudiesen á él?

»Por medio suyo llegamos á merecer tu benevolencia. Tú le elevaste á tan eminente grado de poder, que teníamos muy justa causa para desear su amistad y temer su indignación. ¿No hemos jurado todos en tus manos, en la forma que nos lo ordenaste, que seríamos amigos de tus amigos y enemigos de tus enemigos? Pues hallándonos precisados á la observancia de tan solemne juramento, ¿cómo podíamos dejar de venerar á un hombre á quien habías hecho árbitro de nuestra fortuna? Verdaderamente que si este fuese delito, pocos se libraron de él. Pero ¿qué digo? ninguno se hallará inocente, porque todos pretendieron ser amigos de Philotas; pero no todos los que lo desearon lo pudieron conseguir. Conque si no distingues sus amigos de los culpados, tampoco podrás hacer diferencias entre sus amigos y los que han deseado serlo. ¿Qué prueba, pues, ó qué indicio hay contra nosotros? ¿Es acaso que el día antes habló familiarmente y en secreto con nosotros? Lo cual sería buena prueba, y contra quien no tuviéramos que descargarnos, si no hubiésemos vivido siempre de esta suerte con él. Pero habiendo ejecutado aquel día lo mismo que los demás, parece que nuestra misma costumbre es crédito de nuestra justificación. Sí; mas la repugnancia en dar los caballos á Antíphanes, no se puede negar que fué la víspera del día que se prendió á Philotas. Si piensa hacernos sospechosos por no haberle querido dar los caballos, ¿cómo podrá excusarse él de haberlos pedido? Porque á la verdad la sospecha es tan igual contra quien los pidió como contra quien los rehusó, si no tiene mejor causa el que niega lo que justamente le toca que el que pretende quitarle al otro lo que no le pertenece.

»No me hallaba, señor, más que con diez caballos, de

los cuales había distribuído ya Antíphanes ocho entre los que habían perdido los suyos. Sólo me habían quedado dos, que este soberbio é injusto hombre quería quitarme por fuerza. ¿Era justo ni posible que yo conviniese en ello sino reduciéndome á pelear á pie en la caballería?

»No niego que como hombre de espíritu resuelto, hablé con libertad al más cobarde del mundo, y cuyo mejor empleo en el ejército no pasa de proveer de ajenos caballos á los que han de pelear. ¿Pero no es gran infelicidad mía hallarme obligado á dar mi descargo á un tiempo á Alexandro y Antíphanes?

»Por lo que mira haberte escrito la reina tu madre que éramos tus enemigos, ¡pluguiese á los dioses que te atendiese con más cuidadosa circunspección y prudencia, y que no hubiese preocupado tu ánimo de imaginaciones vanas y tan sin ningún fundamento! ¿Cómo omitió expresarte la causa de su recelo? ¿Cómo no te nombró el autor ni especificó lo que habíamos hecho ó dicho cuando te escribió cartas llenas de tan grandes recelos? ¡Oh infeliz estado al en que me veo reducido, en el cual es tan peligroso enmudecer como hablar! Pero sea cual fuere el fin de mi suceso, si te he de disgustar, quiero antes hacerlo justificando mi causa que dejando ofendida mi inocencia.

»No ignoras, señor, que lo que voy á decirte es cierto, si gustas de acordarte que cuando me enviaste á Macedonia á levantar tropas, me previniste que en ella había prodigiosos mozos para el uso de las armas, los cuales se ocultaban en el palacio de la reina por librarse del riesgo de la guerra; y que para que no lograsen su intento, me ordenaste prefiriese á todo respeto tu real servicio, trayéndote aquella perezosa juventud. Ejecutélo con mayor puntualidad y celo de lo que me convenía. Trájete á Gorgias, á Hecateo y á Górgota, que te

han hecho señalados servicios. ¿Puede haber mayor injusticia que la de hacerme castigar porque te obedecí, cuando por el contrario mereciera dignamente la muerte? Porque es cierto que la reina tu madre no tiene otra causa para haberse indignado contra nosotros, que la de haber preferido tu servicio á su gusto. Trájete seis mil infantes macedones y seiscientos caballos, de quienes no habiendo mozo alguno que no procurase eximirse de la guerra, es cierto que no me hubiera seguido alguno si me hubiese ablandado algo. No pudiendo, pues, ser otra la causa de su indignación contra nosotros, te hallas, señor, obligado á mitigarla, pues fuiste quien la dió para desabrirla.»

CAPITULO II.

Vuelven á la gracia del rey Amintas y sus hermanos. Envía Alexandro á la Media á Polídamas para que dé muerte á Parmenión, de que se originó algún motín, que se sosegó por último.

Continuando Amintas de esta suerte en su defensa, llegaron á la sazón las personas que se enviaron en seguimiento de su hermano Polemón, que iba fugitivo y le traían aprisionado. No fué posible impedir que la muchedumbre descargase inmediatamente sobre él, según costumbre, gran cantidad de piedras. Pero sin dar muestra de la menor alteración, dijo: «Que no pedía para él gracia alguna, sino que no perjudicase su fuga la inocencia de sus hermanos; y que si no podía justificarla, y en ella había errado, que fué sólo suya la culpa y no de sus hermanos, pues se hallaban bien lejos de ella.» Fuéronle tan favorables estas palabras, que no bien las hubo pronunciado cuando empezaron todos á llorar y á mudarse de tal suerte, que lo que más les había irritado antes, fué entonces lo que más les obligó á compadecerse.

Era éste un joven que hallándose en la flor de sus años y entre sus compañeros, amendrentados todos de ver á Philotas en el tormento, se dejó llevar del pavor de ellos; los cuales, esparcidos por varias partes, le dejaron solo. En cuyo desamparo, dudoso en si volvería ó seguiría la fuga comenzada, le cogieron los que iban en su busca. Deshacíase en lágrimas y maltratábase el rostro; acreditando bien en estas y otras exteriores demostraciones el interno dolor á que le obligaba, no tanto el

de su propio infortunio cuanto el peligro en que había puesto á sus hermanos, el cual movió á piedad á la junta y al mismo rey.

Sólo uno de sus hermanos, cruel é inexorable contra él, y mirándole con enfurecido y airado rostro: «¿Ahora lloras loco (le dice), cuando antes te diste tanta prisa á la fuga, abandonando á tus hermanos por seguir á los que abandonaban á tu rey? Pero ¿adónde y por qué ¡oh infeliz! huías? Mira el estado á que me has reducido, en el cual, condenado á muerte, me es preciso que use de palabras de acusador para justificarme.»

Confesó entonces él cuán gran daño se había hecho á sí, pero que era mayor el perjuicio que había ocasionado á sus hermanos. A vista de lo cual, no pudo la muchedumbre reprimirse ni abstenerse de manifestar en lágrimas y á gritos (ordinario estilo de que se vale cuando favorece á alguno) su compasión. Y así prorrumpieron todos á una voz pidiendo que perdonase á aquellos valerosos varones, que se hallaban inocentes. De cuya favorable ocasión aprovechándose los principales de la corte se levantaron é intercedieron con lágrimas por ellos.

El rey, habiendo mandado que callasen todos, «Yo también (dijo) los perdono á todos tres.» Y enderezándose después á ellos, «sólo deseo (les dijo) que os olvidéis antes del beneficio que de mí habéis recibido que el que os acordéis del peligro en que os habéis visto. Volved á mi gracia con la misma confianza que yo os restituyo á ella, asegurados de que si no quedase desengañado de las sospechas en que me hallaba de vosotros, tendréis muy justa causa para desconfiar de mi disimulación y de que mejor quedáis purgados que sospechosos, no pudiendo ser ninguno absuelto en los delitos capitales sin haber dado primero sus descargos. Y tú, Amintas, perdona á tu hermano para que yo quede con esta

acción persuadido á la seguridad de tu ánimo y á tu fidelidad en mi servicio.»

Licenciada la junta, hizo llamar el rey á Polidamas. Era éste íntimo amigo de Parmenión y el que se hallaba siempre á su lado en todas las batallas; y si bien la seguridad de su conciencia le llevó á palacio libre de todo recelo, luego que vió que el rey dió orden para que trajesen á su presencia á sus hermanos, á quienes por su corta edad no conocía, empezó desde entonces á temer y á pensar más en lo que se podía perjudicar que en lo que podía justificarle.

Habiéndolos conducido los arqueros conforme á la orden que tenían, hizo el rey acercar á Polidamas, cuyo ánimo tenía enteramente perdido, y después de haber hecho salir fuera á todos, le dijo: «La traición de Parmenión nos ha comprendido generalmente á todos, pero con especialidad á vos y á mí, á quienes debajo de la sombra de la amistad nos ha engañado. Hállome obligado á castigarlo, para cuyo fin os he elegido; mirad cuánto fío de vos. En mi poder quedarán vuestros hermanos por prendas que me aseguren en vos el cumplimiento de mis órdenes. Habéis de partir para la Media y dar á mis gobernadores estas cartas escritas de mi propia mano; pero es menester que pongáis tal diligencia en vuestra jornada, que lleguéis allá antes que las voces de lo que ha pasado acá. Mi voluntad es que sea de noche y que el día siguiente ejecutéis lo que contienen vuestras instrucciones. Llevaréis también cartas para Parmenión, una mía y otra de Philotas, cuyo sello tengo, con las cuales creyendo que su hijo le escribe no le causará sospecha alguna el veros.

Libre Polidamas del considerable susto en que había estado, prometió más de lo que se le pedía, y cargado de dádivas y de honras, dejó su propio traje y tomó el de Arabia. Dióle el rey dos árabes que le acompañasen,

cuyas mujeres é hijos retuvo en rehenes. Sin embargo, los desiertos por donde le era preciso pasar, no le permitieron que tardase en el camino menos de once días, al fin de los cuales llegó al lugar destinado; donde antes que se supiese de su arribo, tomó su traje macedónico y á la cuarta vigilia de la noche pasó á la tienda de Cleandro, gobernador de aquella provincia por merced del rey.

Habiendo repartido todas las cartas que llevaba, acordaron él y Cleandro ir juntos al amanecer á casa de Parmenión, donde habían de concurrir los demás cabos, á quienes también escribió el rey. Habíasele ya hecho sabedor á Parmenión de la llegada de Polidamas, con la cual regocijado igualmente por su grande amistad, que impaciente de saber del rey, respecto de faltarle mucho tiempo había noticias suyas, le hacía buscar por todas partes.

Las casas de placer de aquella provincia tienen grandes parques, poblados de crecidos y umbrosos árboles, á quienes riegan hermosas fuentes, que son la recreación de los reyes y de los sátrapas bárbaros. Paseábase Parmenión por uno, en medio de los capitanes que tenían orden de darle muerte, los cuales habían dispuesto ponerlo por ejecución al tiempo que leyese las cartas. Luego que le divisó Polidamas, aunque á distancia, corrió á abrazarle con demostraciones de gran gusto, y habiéndose hecho recíprocos y cariñosos cumplimientos, le dió la carta que Alexandro le escribía. Abriéndola le preguntó lo que hacía el rey, y él le contestó que por la carta lo sabría; después de haberla leído Parmenión, le dijo: «El rey se dispone para marchar contra los arachosios: excelente príncipe por cierto, el cual jamás se entrega al descanso; pero debiera mirar por sí y atender á su quietud después de haber adquirido tan gran gloria.» Tomó inmediatamente la carta

supuesta de Philotas, leíala al parecer con gusto, cuando Cleandro le metió la espada por un costado y por la garganta, cargándole todos los demás de heridas aun después de muerto.

Sus guardas, que se hallaban á la entrada del bosque, viendo el suceso é ignorando la causa, parten aceleradamente al campo, y publicando tan inesperada como sangrienta novedad, mueven las tropas, las cuales, tomando al punto las armas, pasan al parque, donde amenazan arruinar los muros y sacrificar á los manes de su general cuanto encontrasen, si no se les entregaba á Polidamas y á los demás cómplices.

Hizo Cleandro entrar á los más principales oficiales, á quienes leyó las cartas que el rey escribía á los soldados, en las cuales les participaba la conspiración de Parmenión contra su persona y pedía tomasen venganza de él. Luego que se publicó la voluntad del rey, se sosegó aquel motín, si bien no se templó la indignación de los soldados, cuya mayor parte habiéndose retirado pidieron los que quedaron á Cleandro que permitiese á lo menos se les concediese el cuerpo para darle sepultura; rehusólo por algún tiempo, temeroso de disgustar al rey; pero insistiendo en su demanda, les concedió, por evitar todo género de sedición, que sepultasen el cuerpo, después de haber hecho separar la cabeza, que envió á Alexandro.

Tal fué el fin de aquel gran capitán, tan ilustre en la guerra como en la paz, y que sin la asistencia del rey ejecutó por sí muchas gloriosas empresas, no habiendo adquirido Alexandro sin él alguna considerable. Supo dar gusto á un príncipe con quien era tanto más difícil el lograrlo, cuanto habiendo sido sumamente feliz, quería que todas las cosas correspondiesen á su buena fortuna. Hallábase en edad de setenta años, habiéndose ocupado desde su juventud, no sólo en los ejercicios de

capitán, sino también en los de mero soldado. Fué prudente y advertido en sus consejos, y admirable en la ejecución de ellos, querido de los grandes y amado aún más de la gente de guerra. Si todas estas partes le empeñaron en que aspirase á la corona ó sólo le hicieron sospechoso, mal se podrá afirmar, cuando aún estando reciente el suceso y siendo más fácil su averiguación, no se pudo saber con certidumbre si Philotas, rendido á la violencia de los tormentos, confesó la verdad, de que no hubo prueba, ó si supuso cuanto dijo por que se lo suspendiesen.

Alexandro, teniendo por conveniente separar del resto del ejército á los que habían sentido mal de esta suerte, formó de ellos un cuerpo aparte y les dió por cabo á Leonitas, grande amigo en un tiempo de Parmenión. Miraba á todos éstos con aversión, porque deseando penetrar el ánimo de los soldados, y habiendo hecho publicar cierto día que despachaba correo á Macedonia y que podrían escribir los que quisiesen, pues irían con seguridad sus cartas, y héchola todos con libertad y sin prevenir el riesgo á que iban expuestas sus expresiones, en las cuales unos se quejaban á sus amigos de la permanencia de la guerra, y los más asentían bien á ella, pudo ver todas las cartas, así de los que le alababan como las de los que se quejaban de él, por cuya causa castigó á éstos con la ignominia de separarlos de aquéllos, para poderse valer de ellos como de gente de valor, sin el riesgo de que sus licenciosas pláticas hiciesen impresión en los ánimos de los demás, reduciéndolos á sus mismos dictámenes.

Esta resolución, por medio de la cual ponía en desesperación á aquella valerosa juventud, le pudiera ocasionar muy perjudiciales consecuencias, si convirtiendo siempre la fortuna en mayor beneficio suyo los accidentes más expuestos á grandes peligros, no hubiese

continuado en hacerlo también con éste. Porque ningunos le sirvieron mejor que ellos en las guerras siguientes, deseosos de reparar por medio de sus ilustres acciones la ignominia con que se hallaban, reconociendo que éstas serían tanto más señaladas cuanto era corto el número de que se componían.

CAPÍTULO III.

Sujeta Alexandro muchos pueblos y pasa en diez y seis días el Cáucaso con su ejército.

Ejecutadas estas cosas, y habiendo dejado Alexandro un sátrapa á los arianos, hizo publicar su marcha contra los agriaspas, los cuales ya entonces se llamaban evergetas, esto es, bienhechores, por haber alojado y socorrido de víveres al ejército de Ciro, á quien las incomodidades del frío y del hambre habían casi deshecho. A los cinco días de haber llegado á esta comarca tuvo aviso de que Satibarzanes, que había vuelto al partido de Beso, hacía nuevas correrías, para cuyo remedio envió á Carano y á Erigio con Andrónico y Artabazo, seis mil infantes griegos y seiscientos caballos; y habiendo proveído en el mejor gobierno del estado de los evergetas, en que gastó sesenta días, y concedídoles una gruesa suma de plata en remuneración del señalado servicio que hicieron á Ciro, dejándoles por gobernador á Amenides, secretario que fué de Darío, pasó después á sojuzgar á los arachosios, que confinan con el mar Póntico.

Recibió allí el ejército que mandaba Parmenión, compuesto de seis mil macedones, doscientos nobles y seiscientos caballos griegos, que sin duda eran las mejores tropas que tenía el rey, el cual dejó á Memnón por gobernador de los arachosios con cuatro mil infantes y seiscientos caballos para las guarniciones.

Entró después en las tierras de cierto pueblo apenas conocido de sus mismos vecinos por no tener comercio

alguno con los demás hombres. Llámanse sus habitadores parapamisades, gente bruta y tenida por bárbara aun entre los mismos bárbaros, á cuya ferocidad contribuye mucho la aspereza del clima de aquella región, la cual es muy septentrional y casi toda vuelta á la parte más fría; toca hacia el Occidente con la Bactria, y mira al Mediodía al Océano Indico. Habitan en cabañas hechas de ladrillo, del cual son también los techos, respecto de faltarles enteramente la madera. Su estructura es bien ancha por abajo y á proporción del tamaño de los edificios, en los cuales se va estrechando á la con que se levantan, hasta que quedan en forma de navíos, sin que tengan más que una claraboya ó ventana en medio, por donde les entra la luz y sale el humo. Si les quedan algunas cepas de viñas ó algunos árboles que hayan podido resistir á la inclemencia del aire, los cubren de tierra todo lo que dura el mal temporal, hasta que en la primavera los vuelven á poner al sol; pero en el invierno son allí tan crecidas las nieves y tan rigurosos los hielos, que no consienten especie alguna de pájaros ni de animales. Cubre una sombra obscura la faz de la tierra, sin que se diferencie lo que llaman día de lo que es noche más que en una mal distinta luz, con la que apenas puede distinguirse lo que está más inmediato.

Toleró en esta horrible soledad el ejército, destituído de socorro, cuantas calamidades pueden padecerse, el frío, el hambre, el cansancio y la desesperación, porque el rigor de la nieve era tan excesivo que morían en los caminos algunos, perdiendo otros los pies y siendo á muchos de considerable perjuicio á la vista la suma blancura de la nieve. La mayor parte, no pudiendo ya más, se echaban sobre el mismo hielo, donde faltándoles el movimiento les comprimía y embargaba la fuerza del frío de tal suerte los miembros, que no podían

volverse á levantar; pero sus compañeros no los dejaban en aquel entumecimiento, para el cual no había otro remedio que el de obligarlos á marchar, porque entonces el calor natural, excitado con el movimiento, los hacía volver algo en sí. Los que pudieron apoderarse de las cabañas de los bárbaros se repusieron algo, pero la obscuridad era tan grande, que no se conocían las casas sino por el humo. Aquella bárbara gente, no acostumbrada á ver otra en sus tierras, hallándose repentinamente con hombres armados, quedaron tan atemorizados, que les llevaban cuanto tenían en sus cabañas por que les perdonasen las vidas.

El rey, que iba á pie, rodeado de sus tropas, levantaba á los que veía caídos, mantenía á los demás que no podían marchar, acudiendo tan aprisa al frente como en medio y á la retaguardia de su ejército, yendo y volviendo continuamente con increíble desvelo y trabajo. Finalmente, llegando á tierras más fértiles y abundantes de todo género de mantenimientos, repararon en ellas los trabajos que habían padecido y esperaron á los que no habían podido seguirlos.

Pasaron después hacia el monte Cáucaso, que divide el Asia en dos partes, dejando el mar de Cilicia á una y á otra el Caspio, el río Araxe y los desiertos de la Scitia. El monte Tauro, que en altura tiene el segundo lugar, se junta al Cáucaso, y empezando en Capadocia atraviesa la Cilicia y pasa hasta Armenia. Esta es como una continuada cadena de montes, de donde salen casi todos los ríos del Asia, de los cuales unos descargan en el mar Rojo, otros en el Caspio, y otros en el de Hircania ó en el del Ponto.

Pasó el ejército el Cáucaso en diez y siete dias y vió la roca, que tiene diez estadios de circuito y más de cuatro de altura, donde fué aprisionado Prometheo, si da-

mos crédito á los poetas. Eligió el rey una llanura al pie del monte, donde edificó una ciudad, y dejó para que la poblasen siete mil esclavos y todos los soldados inútiles, los cuales la dieron también el nombre de Alexandría.

CAPÍTULO IV.

Procura Beso disponer un festín, en el cual se resuelve la guerra contra Alexandro, y no puede ganar el prudente dictamen de Cobaris. Llega en el ínterin Alexandro á Bactria, donde tiene noticia de la revolución de los griegos y de haber muerto á Satibarzanes en un reencuentro.

Pero Beso, atemorizado de la presteza de Alexandro, despues de haber hecho un sacrificio solemne á los dioses de la patria, juntó á sus amigos y á sus cabos para deliberar sobre las disposiciones de la guerra en pleno convite, á la usanza de aquellos pueblos. Calientes con el vino, empezaron á ponderar sus fuerzas y á despreciar el corto número y la temeridad de los enemigos, especialmente Beso, el cual, altivo y arrogante en las palabras, y confiado en un reino adquirido por medio de la maldad y del parricidio, decía, no en sano acuerdo: que lo que más crédito dió á Alexandro fué la negligencia é impericia de Darío, el cual le hizo rostro en los estrechos de Cilicia, en vez de retirarse á lo interior, para empeñarle insensiblemente en aquellos peligrosos pasos, entre innumerables ríos y montañas, en donde se hubiera hallado tan imposibilitado para la fuga como para el combate: que él estaba resuelto á pasarse á los sogdianos y á oponer como fuerte barrera al enemigo el río Oxo, en el ínterin que le llegaba poderoso socorro de las naciones vecinas: que bien aprisa se verían en su ejército los chorasmios, los dahos, los saces y los indios con los scitas, que habitan de la otra parte del río Tanais, de quienes el menor sobrepu-

jaba en la estatura toda la cabeza al más alto de los macedones. Aplaudieron todos embriagados la resolución, y Beso mandó que le pusiesen alrededor más cantidad de vino, como si fuese su mesa campo de batalla en donde hubiese de romper á Alexandro.

Hallábase en este festín un medo cuyo nombre era Cobaris, famoso más porque profesaba el arte mágico, si puede llamarse arte lo que es pura ilusión y engaño para mover á los ignorantes y pusilánimes, que porque supiese algo de él; pero realmente hombre de capacidad y bondad. Éste, habiendo hecho su exordio manifestando que no ignoraba era más seguro á un criado obedecer lo resuelto que aconsejar por sí, pues en lo primero corría el mismo riesgo que los demás y en lo segundo peligraba solo, le dió Beso la copa que tenía en la mano como en demostración de que le permitía dijese su sentir.

Tomóla Cobaris y continuó así: «Por muchas causas se puede llamar la condición de los mortales infeliz y contraria á su mismo bien, pero por ninguna tanto como por el descuido con que tratamos lo que nos toca y por el desvelo que nos cuesta lo que no nos pertenece. Son las más veces poco seguros los juicios que hacemos sólo por nuestros propios dictámenes, porque unas los tuerce el temor, otras los vicia el deseo y las más los forma totalmente contrarios la ceguedad de nuestro amor propio, al cual llamaría presunción en otro menos cuerdo que tú. La experiencia te habrá mostrado que la mayor parte de los hombres sólo tienen por bueno, cuando no por lo mejor, lo que ellos ejecutan. Es grave y pesada carga la de una corona, y conveniente para que no dé contigo en tierra la que adorna tus sienes llevarla con prudencia, cuya virtud la conserva, al paso que la destruye la furiosa precipitación. En cuya prueba añadió el vulgar proverbio de los

bactrianos, que el perro que ladra no muerde, y que los ríos más profundos son los que menos ruido hacen.» Hame parecido no omitir de la historia este testimonio de la prudencia de los bárbaros tal cual fuese, para que por él se venga en conocimiento de ella.

Tenía suspenso á todo el concurso este discurso esperando el fin de él, cuando declarándose más, dió á Beso un consejo de mayor utilidad que gusto suyo: «Debes suponer (continuó) cercano á la puerta de la real corte en que nos hallamos á un enemigo tan poco descuidado, el cual tengo por cierto que se dejará ver con su ejército antes que tú hagas levantar esta mesa. Tratas de que vengan tropas del Tanais y de cubrirte con los ríos como si no le fuese dado seguirte adonde quiera que huyas. Los caminos son comunes á ambos, pero más seguros al vencedor. Si el miedo te diere alas para salvarte, la esperanza se las dará á él más ligeras para alcanzarte. ¿Cuánto mejor te estará anticiparte á granjear la gracia del más poderoso por medio de tu rendimiento; siendo cierto que de cualquiera suerte que sea el suceso, te será más conveniente ser su rendido que su enemigo? Considera que el reino que hoy tienes no es tuyo, y que te hallas más expuesto á quedar despojado de él. Nunca serás tan verdadero y seguro rey, como cuando te pusiere en la mano el cetro quien puede dártele y quitártele. Este consejo te será provechoso si prontamente le observas, pero inútil si dilatas su ejecución. A un generoso caballo le basta sólo la sombra de la vara para hacerle partir; pero á uno pesado, apenas son suficientes los acicates.»

Era Beso naturalmente colérico; y teniéndole aún más entonces el vino, se arrojó tan precipitadamente contra Cobaris, habiendo desenvainado su cimitarra, que no sin gran dificultad pudieron estorbarle sus amigos que le diese muerte; pero escapándose entre el gran

concurso, pasó á rendir la obediencia á Alexandro. Componíase el ejército de Beso de ocho mil bactrianos, los cuales le obedecieron mientras les duró la esperanza de que los macedones, respecto del rigor de aquel clima, pasarían á la India; pero al punto que supieron que iba Alexandro contra ellos, le abandonaron retirándose todos á sus casas. A vista de lo cual, después de haber pasado el río Oxo con sus amigos y quemado las barcas en que lo había hecho, para evitar que el enemigo se aprovechase de ellas, se encaminó á Sogdiana á hacer nuevas levas.

No hubo bien pasado Alexandro el Cáucaso, como hemos referido, cuando su ejército se vió muy expuesto á perecer por la falta de víveres. Exprimían el zumo de sesama, y se untaban con él, como con el aceite, los miembros. Valía cada cántaro doscientos cuarenta dineros, el de miel trescientos noventa y el de vino trescientos. El trigo era poco ó ninguno, porque le guardaban los bárbaros en profundos fosos que tienen para este fin, á quienes llaman *sirrhos*, hechos con tan grande artificio y cautela, que sólo saben de ellos los que los labran, de suerte que los soldados sólo se alimentan de hierbas y pescados. Pero llegando á faltarles aun éstos, se vieron precisados á dar muerte á los caballos del bagaje para mantenerse de ellos hasta que llegasen á Bactria.

Es bien diferente el territorio de aquella provincia. Hay unos parajes poblados todos de árboles y viñas que producen gran cantidad de frutas y de vinos muy regalados, y otros en quienes la tierra es más fecunda por la abundancia de fuentes de que goza, las cuales contribuyen á aquellos hermosos y dilatados prados que en ella se ofrecen. En las tierras menos pingües siembran el trigo y la cebada, y las demás sirven para pasto de ganado.

Compónese una gran porción de la provincia de arenosas campañas, cuya sequedad las hace inhabitables é infructíferas. Cuando los vientos del mar Póntico corren allí, acumulan toda la arena que estaba esparcida por el campo en tan elevados montes, que á cualquiera que los mira de lejos le parecen unas grandes colinas, sin que dejen rastro de algún camino; por cuya causa, los que pasan por aquellos desiertos se gobiernan de noche, como los navegantes, por los astros, para asegurar el acierto de su derrota. No caminan de día así, porque no se les ofrece rastro ni huella alguna por quien se puedan dirigir, como porque siendo su único norte la luz de las estrellas, apagada ésta con los resplandores del sol, quedan tan incapaces de hacerlo, como expuestos los pasajeros si los coge alguna de estas tempestades, á que los sepulten las arenas. Los lugares fértiles abundan de hombres y caballos. Bactria, ciudad principal de la provincia, está situada á las faldas del monte Parapamiso, por cuyos muros pasa el río Bactro, de quien tomó el nombre la ciudad y provincia.

Mientras se detuvo en ella el rey, le llegó noticia de las rebeliones de los peloponesos y lacedemonios, sin la de haberse sosegado, quedando éstos vencidos y deshechos respecto de empezarse la guerra cuando partieron de la Grecia los que se la llevaron. Cuya desazón le aumentó otra, tanto más sensible, cuanto le cogía de más cerca. Esta fué avisarle iban los scitas, que habitan de la otra parte del Tanais, á toda diligencia en socorro de Beso. A cuyo tiempo le avisaron también del suceso que había tenido Carano y Erigio, que mandaban sus tropas en la provincia de los Arioros. El cual fué haberse dado una batalla entre los macedones y los arioros, cuyo general era Satibarzanes; quien, reconociendo que el combate no se encendía como él quisiera, y que no se declaraba por alguna de las dos partes el suceso,

se ofreció á caballo entre los primeros escuadrones; y después de haberse quitado la celada y mandado cesar los tiros, desafió á todos los que quisiesen combatir cuerpo á cuerpo con él, añadiendo que lo haría con la cabeza descubierta.

No pudo tolerar la arrogancia de aquel bárbaro Erigio, general de los macedones, el cual, aunque cargado de años, no cedía á los más esforzados jóvenes en el vigor del espíritu ni en la robustez del cuerpo. Y así, habiéndose quitado la celada y hecho alarde de sus canas: «Este es el día (le dice) en que manifestaré por medio de una victoria ó de una gloriosa muerte de quién fía sus armas Alexandro.» Y sin decir más, se enderezó para el bárbaro. No parecía sino que se había hecho la señal para que de uno y otro ejército cesasen en el combate, porque á un tiempo se retiraron de ambas partes todos á sus cuarteles, desde los cuales, habiendo dejado libre el campo, atendían al fin de aquel duelo, de quien no sólo dependía la decisión particular de aquellos dos generales, sino también la fortuna de ambos ejércitos.

Enristró primero el bárbaro su lanza, de cuyo golpe se preservó el macedón inclinando algo la cabeza. Pero dando éste de espuelas al caballo, le pasó la garganta con la suya tan violenta y diestramente, que se la sacó por la nuca, derribándole en tierra, donde aún defendiéndose, le hirió segunda vez con ella en el rostro; á cuyo tiempo Satibarzanes, para anticipar su fin, la tomó y ayudó para el golpe á su enemigo. Sus tropas, las cuales le habían seguido más forzadas que voluntarias, viéndole muerto y acordándose de la clemencia de Alexandro, se rindieron á Erigio.

Al rey, aunque regocijado con este suceso, no le tenía sin alguna inquietud la rebelión de los lacedemonios, la cual disimuló con gran constancia diciendo que

buen cuidado habían puesto en no declararse hasta haberle juzgado en lo más interior de la India. Pasó de allí en seguimiento de Beso, en cuyo camino le encontró Erigio, llevando delante de sí los despojos del bárbaro como hermoso y rico ornamento de su victoria.

CAPÍTULO V.

Pasa el ejército de Alexandro con extraña industria el río Oxo. Cogido Beso por medio de cierto ardid y llevado á la presencia del rey, le manda entregar á Oxatres, hermano de Darío, para que le haga poner en cruz.

Después de haber proveído en Ariobarzanes el gobierno de la Bactria y dejado el bagaje y todo el acompañamiento con buena guarda, entró con un campo volante en los desiertos de los sogdianos, donde el ejército marchaba sólo de noche. Era grande la falta que había (como queda dicho) de agua en aquella región, y la imposibilidad de hallarla causaba la sed aun antes que la necesidad. No se descubría una gota en cuatrocientos estadios de territorio, porque es tan excesivo allí en el estío el ardor del sol, que abrasa las arenas y quema los campos como pudiera el fuego. Demás de que elevándose ciertos vapores causados del gran incendio de la tierra, cubren de tal suerte toda su faz, que no parecen aquellas espaciosísimas campañas sino un dilatado mar. Podíase sin embargo caminar de noche respecto de refrigerar los cuerpos la humedad y frescura de la mañana; pero como volvía el calor con el sol, consumía la poca humedad, quemando, no sólo las exterioridades del cuerpo, sino lo más interior de él. Llególes á faltar en medio de su gran sufrimiento, primero el valor y después la tolerancia, no pudiendo ya ni marchar ni detenerse.

Habían hecho algunos, advertidos de los naturales, prevención de agua, la cual templó por algún tiempo su

sed. Pero aumentándose el calor, volvió á encendérsela, de suerte que se hallaron necesitados á darles todo el vino y aceite que había. Bebieron con tan grande gusto, que no prevenían que podrían volver á tener sed, y con tan grande exceso, que quedaron privados é imposibilitados de mantener las armas y de tenerse en pie, con cuyo daño se consolaron los que no tuvieron que beber.

Cercaban al rey combatido de tantos males sus amigos y rogábanle que se acordase ellos, pues sólo su grandeza de ánimo podía en aquellas calamidades ser único remedio de todo el ejército. A cuyo tiempo dos hombres que se habían adelantado á reconocer el campo volvían con dos odres llenos de agua para sus hijos, que se hallaban con las tropas, y se encontraron con el rey; abrió al punto uno de ellos un odre, y llenando un vaso del agua que iba en él se la ofreció. Preguntóle el rey que para quién llevaba el agua; y habiendo sabido que para sus hijos, se la volvió como se la había dado, diciéndole que no podía beberla, no siendo bastante para que participasen de ella todos los soldados; que se la diesen á sus hijos, pues la habían llevado para ellos.

Finalmente, llegó poco antes de ponerse el sol al río Oxo, y respecto de no haberle podido seguir la mayor parte del ejército, mandó hacer grandes fuegos sobre la cumbre de un monte para que los que caminaban con dificultad y trabajo supiesen que no estaban lejos del campo, y á los que habían llegado primero, que recogiesen y llenasen de agua cuantos odres y vasijas hallasen y que las llevasen á sus compañeros.

Perdió en este paraje mucho mayor número de gente que en batalla alguna por el exceso y desorden con que bebieron. Pero él, manteniéndose con su coraza puesta, permaneció en el camino por donde había de venir el ejército sin comer ni beber, ni querer tomar refresco alguno hasta que llegaron todos los que habían quedado

atrás, pasando toda la noche bien desasosegado y con hartas inquietudes.

No tuvo mejor día en el siguiente, faltando barcas y todo género de material de que poder formar un puente, respecto de estar desmantelado y desierto de árbol alguno todo aquel territorio cercano al río. Por lo cual le fué preciso distribuir entre los soldados, como lo ejecutó, gran cantidad de pellejos llenos de paja y de otros géneros secos y ligeros, sobre quienes pasaron el río, poniéndose en batalla los primeros que lo hicieron mientras les seguían los demás. De esta suerte pasó todo el ejército en seis días, y continuado su viaje, recibió nuevas de Sogdiano que se le interrumpieron.

Hallábase Spitamenes, gran confidente de Beso, colmado de honores y beneficios suyos; pero como ningunos son bastantes á domesticar la perfidia, bien que fuese menos odiosa en aquella ocasión, donde parece que todo era permitido contra el homicida de su rey, conspiraba contra él debajo del especioso color de la venganza de Darío, aunque no fuese la maldad de Beso la que aborrecía, sino su fortuna. En cuya consecuencia no hubo bien sabido que Alexandro había pasado el río Oxo, cuando comunicó su intento con Dataphernes y Catenes, para quienes no fueron necesarios grandes ruegos; y llevando consigo ocho mozos de los más robustos, dispusieron así su traición. Fuese Spitamenes á Beso, y llamándole aparte le dijo que había descubierto que Dataphernes y Catenes conspiraban contra él para entregarle vivo á Alexandro, pero que él los había cogido y los tenía presos.

Quedando Beso sumamente obligado á Spitamenes, y como creía lo debía estar, le dió muchas gracias, y colérico y deseoso de la venganza mandó que los llevasen á su presencia. Ellos, fingiendo tener las manos ligadas, se dejaron llevar por sus cómplices á ella. Donde luego

que llegaron, mirándolos Beso con enfurecido y airado semblante se acercaba á ellos como para despedazarlos; pero deponiéndose entonces el disimulo le rodearon, y á pesar de su resistencia le aprisionaron, le arrebataron de la cabeza la tiara y le hicieron pedazos la real ropa de Darío que vestía.

Viéndose de esta suerte Beso, confesó era castigo del cielo, añadiendo que se conocía no habían aborrecido los dioses á Darío cuando le vengaban así, y cuánto amaban á Alexandro, pues disponían que sus mismos enemigos contribuyesen siempre á sus victorias.

No es fácil prevenir lo que hubieran ejecutado los bactrianos, si no les hubiesen persuadido los que le aprisionaron que lo hacían por orden de Alexandro; con lo cual acabaron de amedrentarlos, dejándolos dudosos é inciertos en lo que habían de hacer. Pusiéronle en un caballo y lleváronsele al rey; el cual, mientras pasaba esto, escogió cerca de novecientos soldados que habiendo empleado lo mejor de su vida en la milicia se hallaban por su crecida edad imposibilitados de continuarla; mandó dar á cada uno de la caballería dos talentos, y trece mil dineros á cada infante, y después de haberles pedido se casasen para que pudiesen sus hijos suplir su falta, les concedió licencia de volverse á sus casas. A los demás que le prometieron servir hasta el fin de la guerra, admitió sus ofrecimientos y les dió las gracias por ello.

Antes que llegase Beso á su presencia, pasó á una pequeña ciudad donde habitaban los branchides; esta era una familia de Mileto, á quien Xerxes, volviendo de la Grecia, hizo pasar á Asia por haber robado el templo de Dymeo en lisonja suya, en donde permanecieron. Conservan aún muchas costumbres de su patria; pero degenerando poco á poco con el curso de los años, hablaban ya un lenguaje corrupto y compuesto del griego y

del extraño. Recibieron con grandes demostraciones de gusto á Alexandro, rindiéndosele ellos y su ciudad. Hizo el rey traer allí á los milesios que estaban en su ejército, los cuales tenían odio hereditario á los branchides por su perfidia, y dejó á su discreción el vengar la injuria que antiguamente habían recibido, ó el perdonarlos en consideración á ser uno mismo su origen; pero estando discordes entre sí y no pudiendo conformarse, les dijo que él resolvería por sí lo que tuviese por mejor. El día siguiente, volviendo á su presencia los branchides á saber lo que les ordenaba, los mandó le siguiesen, y habiendo llegado á las puertas de la ciudad, entró dentro con la falange y algunas tropas de caballería, á quienes se les ordenó que luego que fuese dada la señal, saqueasen aquel abrigo de traidores y los pasasen á todos á cuchillo sin excepción de alguno. Con que aquellos infelices indefensos fueron despedazados en las calles y en sus casas, sin que bastase la semejanza de la lengua, los gritos ni los ruegos á embarazar tan sangrienta crueldad. Arrasáronse enteramente los muros, porque no se ofreciese vestigio alguno de ciudad, y no sólo se arrancaron los bosques sagrados, sino también las raíces para que aquel territorio quedase hecho una soledad estéril é infeliz; cuyas crecidas inhumanidades, si se hubiesen ejecutado contra los autores de la traición, pudieran haber pasado por justificada venganza y no por barbaridad intempestiva; pero los descendientes padecieron el castigo que merecieron sus antecesores, aunque nunca vieron á Mileto ni pudieron haberle entregado á Xerxes.

Pasó Alexandro de allí hacia el río Tanais, donde le llevaron á Beso, no sólo aprisionado sino desnudo. Teníale Spitamenes asido de una cadena que traía al cuello, cuyo objeto no pudo determinarse si fué más grato á los bárbaros que á los macedones. Luego que le puso

en la presencia del rey, le dijo Spitamenes: «Para vengarte á ti y Darío (reyes míos), te traigo aquí á este malvado que quitó la vida á su dueño, y le he aprisionado de la misma suerte que lo hizo con él. Resucite Darío, y pues fué indigno de aquel castigo y merecedor de este consuelo, salga del infierno á tenerle con semejante espectáculo.»

Habiendo aplaudido Alexandro la acción de Spitamenes, se volvió á Beso, á quien dijo: «¿Qué rabia tan de tigre se apoderó de tu corazón, pérfido y cruel monstruo, para darte el atrevimiento de aprisionar á tu rey y quitar inhumanamente la vida á tu bienhechor? Pero compraste al precio de un parricida cierto el falso título de rey.» Entonces Beso, no atreviéndose á disculpar su delito, respondió que sólo le había tomado para entregarle el reino, y que si no lo hubiera hecho él, se habría apoderado otro de la corona.

Mandó el rey llamar á Oxatres, hermano de Darío, y le entregó á Beso, para que después de haberle cortado las narices y las orejas, y puesto en cruz, le diesen muerte los bárbaros á tiros de saetas, reservando el cuerpo de los pájaros, para que aun ellos no pudiesen aprovecharse de sus carnes. Encargóse gustoso Oxatres de lo demás, asegurando que por lo que miraba á preservarle de los pájaros, ninguno lo podía hacer mejor que Catenes; de cuya maravillosa destreza en el manejo del arco quiso hacerle sabedor por este medio, siendo tan grande, que no discrepando el tiro del blanco donde ponía la puntería, mataba los pájaros al vuelo. Y si bien esta habilidad la pudo hacer menos estimable la frecuencia con que se ejercitaba, en él se tuvo por tan rara, que le granjeó grande aplauso. Premió el rey á todos los que le habían llevado á Beso, y difirió el castigo de su delito para que le satisficiese con su vida en el mismo lugar donde se la quitó á Darío.

CAPÍTULO VI.

Recibe Alexandro debajo de su obediencia muchas ciudades por medio del afecto de los bárbaros y de los macedones. Funda á Alejandría cerca del río Tanais, cuya ciudad se perfecciona en breve tiempo.

En el ínterin, habiéndose derramado en los forrajes algunos macedones, fueron cargados por los bandoleros que descendieron de los montes, y siendo más los prisioneros que los muertos, se los llevaron consigo volviéndose á sus retiros, en los que estaban más de veinte mil hombres, los cuales peleaban con arcos y hondas. Pasó el rey á sitiarlos, y hallándose de los primeros al ataque, fué herido de una flecha en el hueso de una pierna, donde le quedó la punta del hierro. Afligidos del suceso, le sacaron los macedones del combate, pero no pudieron hacerlo tan ocultamente que dejasen de advertirlo los bárbaros, á quienes hallándose en la eminencia del monte, no se les encubría nada de cuanto pasaba. Enviaron al día siguiente embajadores al rey, el cual los hizo entrar al campo, y quitándose las vendas y cura de su herida, los enseñó la pierna sin manifestarles la gravedad del daño, y habiéndoles permitido que se sentasen, le aseguraron que no les había sido menos sensible á ellos la noticia de su herida que á los mismos macedones, y que si hubiesen podido descubrir al que tuvo el atrevimiento de causársela le habrían enviado, pues era sólo de impíos hacer guerra á los dioses; que vencidos de su incomparable valor ellos y todos los pueblos que le seguían, se le rendían. Habién-

dolos asegurado el rey debajo de su palabra y recobrado los prisioneros, les admitió á su obediencia.

Levantado después el campo se hizo llevar en andas: hubo gran competencia entre los de la caballería y los de la infantería sobre cuáles lo habían de hacer. Alegaban los primeros que les tocaba, respecto de que de ordinario combatía con ellos; y los segundos, que no sino á ellos, por estar en posesión de retirar á sus compañeros cuando se hallaban heridos, quejándose de que en ocasión que se les ofrecía conducir al rey, se les usurpase aquella honra. Hallóse Alexandro embarazado en la resolución de contienda tan reñida de ambas partes, y no pudiendo complacer á los unos sin disgustar á los otros, tomó el medio de mandar que lo hiciesen alternativamente.

Pasó desde allí, en cuatro días, á la ciudad de Maracanda, la cual tiene setenta estadios de circunvalación, aunque el castillo no se contiene dentro de murallas algunas, respecto de ser bastante fuerte por naturaleza. Dejó guarnición en la ciudad é hizo abrasar y arruinar todos los campos. Llególe allí un embajador de los escitas abios, los cuales, en medio de haber conservado siempre su libertad desde la muerte de Ciro, venían entonces á rendirse al imperio de Alexandro. Estaban tenidos por los más justos entre los bárbaros. Jamás hacían guerra si no los obligaba á ello su natural defensa, y la libertad que usaban con moderación no admitía diferencia entre grandes é inferiores. Habiéndolos recibido el rey benignamente, envió á uno de los principales de su corte, llamado Menidas, á los escitas de Europa, para que les intimase no pasasen el Tanais sin su permiso, para que reconociese también sus tierras y juntamente los demás escitas que habitan sobre el Bósforo.

Tenía elegido un lugar muy á propósito para fabricar

una ciudad sobre el Tanais á fin de mantener sujetos, así á los que había reducido á su obediencia, como á los demás de quienes queria hacerse señor; cuyo intento atrasó la revolución de los sogdianos, seguida de los bactrianos. Componíanse sus fuerzas de siete mil caballos á los cuales se habían agregado los demás; y pareciéndole á Alexandro que Spitamenes y Catenes, que fueron los que llevaron á Beso, serían suficientes á restituir aquel pueblo á su obediencia, los despachó á este fin. Pero mal pudieran hacerlo siendo los autores de aquella novedad y quienes debajo de la falsa voz que habían divulgado de que el rey llamaba la caballería bactriana, á quien habían gobernado, para hacer en ella un grande estrago, les suponían que habiéndoseles cometido la ejecución, la habían procurado evitar por no incurrir en tan execrable delito contra su nación, y porque no les era menos horrorosa la crueldad de Alexandro que el parricidio de Beso. Con cuya noticia amedrentados aquellos ánimos, bastante conmovidos ya, se acabaron de resolver á la guerra.

Luego que el rey supo la infidelidad de aquellos dos traidores, dió orden á Cratero para que pusiese sitio á Cirópolis, y pasó él en persona á tomar en la misma región otra ciudad, donde luego que se dió la señal fueron pasados á cuchillo todos los que se hallaban en edad de poder tomar armas, quedando cuanto en ella había por presa del vencedor y arrasada la ciudad, para que contuviese el ejemplo de aquel castigo á los demás en su obligación. Sin embargo, los memacenos, pueblo poderoso, se resolvieron á sufrir el sitio, teniéndole no sólo por más honroso, sino por más seguro. Pero el rey, que deseaba reducirlos por medios blandos, les envió cincuenta caballeros para que les manifestasen la clemencia que le merecían los rendidos y el rigor con que procedía contra los pertinaces. Respondiéronles que no

dudaban de la benignidad ni del poder de Alexandro; pero que, sin embargo, tratasen de retirarse y de levantar sus murallas. Aunque pareciéndoles mejor medio el de la cautela para su alevosía, los recibieron después cortésmente, y habiéndoles dado un banquete de gran abundancia de manjares, quedando oprimidos de ellos y rendidos al sueño, los pasaron á cuchillo á media noche.

Noticioso el rey de tan cruel desacato, é irritado, puso sitio á la ciudad; pero hallándose tan bien fortificada que no era fácil rendirla á los primeros asaltos, dejó á Meleagro y á Pérdicas en él, y con las tropas restantes pasó á juntarse con Cratero, que, como dejamos referido, sitiaba á Cirópolis. Había resuelto perdonar á aquella ciudad en memoria de Ciro, su fundador, cuyas heroicas acciones y las de Semíramis sólo ponderaba como excesivamente superiores á todos aquellos reyes. Pero la obstinación de sus habitadores le irritó de suerte, que habiendo tomado la ciudad la permitió al pillaje, haciéndola arrasar por los fundamentos; después de lo cual, renovándose su justa indignación contra los memacenos, volvió á juntarse con Meleagro y Pérdicas. Jamás se defendió plaza alguna mejor, pues demás de haber perdido Alexandro en ella sus mejores soldados, se vió en gran peligro su persona, porque habiéndole alcanzado á la cabeza una piedra despedida con gran violencia, cayó tan privado de sentido que todo el ejército le lloró por muerto; pero su corazón, que no se rendía con cuanto es capaz de abatir á los más esforzados espíritus, desestimando la herida, apretó con tanto mayor calor en el sitio cuanto aumentaba su natural ardor la ira que le ocasionó aquel accidente. Habiendo, pues, hecho minar el muro, se abrió una gran brecha, por donde entró en la ciudad, la cual fué puesta á saco y arruinada por sus cimientos.

Envió después á Menedemo con tres mil infantes y ochocientos caballos á Maracanda, de donde Spitamenes había echado la guarnición macedona para quedar asegurado dentro, aunque contra el dictamen de los habitadores, los cuales en medio de no aprobar su rebelión, se hallaron precisados en lo exterior á mostrar que asentían á él por no poder estorbarle. En el ínterin el rey volvió á acampar sobre el Tanais, donde cercó de muros todo el espacio que había ocupado su ejército, fundando allí una ciudad de setenta estadios de circunvalación, á quien también puso por nombre Alejandría. Fué tan grande la diligencia que se puso en su fábrica, que en diez y siete días quedó acabada, conociendo en su brevedad el trabajo y esmero con que se emplearon todos á porfía á lo que estaba á su cuidado, y para su población rescató de sus dueños á todos los prisioneros que había, cuya posteridad floreció después entre aquellas naciones por la memoria de Alexandro.

CAPÍTULO VII.

No bien convalecido Alexandro de la herida tiene consejo con los suyos sobre pasar la guerra á los escitas. Declara Aristandro conforme al gusto del rey los presagios que descubre en las entrañas de las víctimas. Queda Menedemo deshecho y muerto con dos mil infantes y trescientos caballos macedones, cuya rota disimula Alexandro astutamente.

Pero el rey de los escitas, que reinaba de la otra parte del Tanais, reconociendo que aquella ciudad edificada en aquel río era un yugo que se imponía sobre su cerviz, envió á su hermano Carthasis con gran número de caballería para demolerla y echar de allí las tropas macedonas. Divide el Tanais á los bactrianos de los escitas de la Europa, así como á ésta de Asia. Por lo que mira á los escitas vecinos de la Tracia, corrèn del Oriente al Septentrión y no confinan con los sármatas, como algunos han creído; son, sí, pàrtes de ellos. Dilatándose después en derechura, se juntan con los que habitan de la otra parte del Istro, y ponen fin á los términos del Asia de la parte de los bactrianos, que de todos los asiáticos son los más septentrionales. No se ofrecen empero en todos aquellos parajes sino profundas selvas y desmesurados desiertos, si bien las tierras que miran al Tanais y á la Bactria están cultivadas como las más pobladas.

Aunque no se hallaba Alexandro con intento de acometer á los escitas, experimentando el atrevimiento con que á vista suya hacían correrías, no le pudo tolerar en medio de tenerle bien fatigado su herida y suma-

mente debilitado el corto alimento que tomaba y los crecidos dolores que padecía en la cabeza. Dábanle aún mayor cuidado que el enemigo la gran concurrencia de contratiempos que se le ofrecían. La revolución de los sogdianos y la de los bactrianos, el desacato de los escitas y el estado en que se hallaba, el cual no le permitía mantenerse en pie ni ponerse á caballo, hablar á sus tropas ni dar las órdenes necesarias. Por cuyo interno y externo impedimento se quejaba de los dioses, lamentando de verse en un lecho, imposibilitado de poder obrar con el ardor y diligencia que no se había defendido otro alguno hasta entonces, y expuesto á peligrar en el concepto de sus mismos soldados, y á que atribuyesen éstos á ficción suya su dolencia. Por lo cual, aunque había dejado de consultar á los adivinos después de haber derrotado á Darío, volvió nuevamente á aquellas supersticiones, llenas todas de imposturas.

Ordenó, pues, á Aristandro, de cuya ciencia hacía grande aprecio, que inquiriese por medio de los sacrificios el suceso y fin de sus empresas. Era costumbre de los adivinos examinar las entrañas de los animales en parte donde no se hallase el rey, á quien participaban después, según lo que habían observado, el presagio que denotaban. En cuyo ínterin llamó á su tienda á Ephestión, á Cratero y á Erigio, con los guardas de su persona, y habiéndoles hecho sentar muy cerca de sí, para no necesitar levantar la voz y exponerse con la fuerza á que se le volviese á abrir la llaga, les habló en estos términos:

«La coyuntura presente no puede ser más contraria á mis intereses, ni más favorable á los de mis enemigos; pero todo cede á la necesidad, mayormente en la guerra, donde no siempre corresponden las ocasiones á la solicitud y deseo con que se apetecen. Los bactrianos han sacudido el yugo que volvíamos á imponerles, pre-

tendiendo á ajenas expensas y sin peligro ni riesgo propio hacer prueba de nuestro valor. No es dudable que si dejamos los escitas, que voluntariamente nos acometen, por volver contra los rebeldes, que nos despreciarán unos y otros. Pero tampoco lo es que si pasamos el Tanais, y con la ruina de aquéllos nos mostramos invencibles, hallaremos vencedores franco el paso á la Europa. Siendo cierto que cualquiera que mide los términos de nuestra gloria con el espacio que hemos de recorrer se engaña, pues sólo un río se nos ofrece por impedimento, vencido el cual se dilatarán nuestras armas por toda la Europa. ¿Tan corta gloria os parece que nos resultará de levantar nuestros trofeos, como en otro mundo, mientras sujetamos el Asia, y unir en brevísimo espacio, por medio de una sola victoria, lo que la naturaleza separó con tan dilatada distancia? Pero por corto que sea el tiempo que nos detuviéremos, nos hallaremos con los escitas sobre nosotros. ¿Somos por ventura solos los que podemos pasar los ríos? Nuestros mismos artificios y las industriosas invenciones de que tan dichosamente nos hemos valido hasta aquí se convertirán contra nosotros; porque la misma guerra enseña aun á los vencidos el arte de la guerra. No ha mucho que pudieron observar el medio de los odres de que nos valimos para pasar el río; y cuando los escitas no acierten á usar de él, los bactrianos se lo enseñarán; fuera de que si hasta aquí se hallan sólo con un ejército, esperan en breve otros. Con que juzgando evitar la guerra la atraeremos á nosotros, y en vez de hacerla ahora como podemos á satisfacción y gusto nuestro, nos la harán entonces á pesar y no sin perjuicio nuestro. Esto es tan cierto que no admite réplica. Lo que sí sólo dudo es que los macedones me permitan que obre como acostumbro, por mí; porque déspués de mi herida no he podido caminar á pie ni á caballo; pero si queréis seguir-

me, véisme aquí sano y con el vigor que basta para tolerar la fatiga de esta empresa, en la cual, si muriere, ¿dónde, ni en qué ocasión lo podré hacer con mayor gloria?»

Habiendo expresado este razonamiento con voz tan débil y decadente que aun los que se hallaron cerca no sin dificultad pudieron entenderle, procuraron todos disuadirle de su intento, y con especialidad Erigio, el cual, no pudiendo reducirle por medio de su autoridad, procuró hacerlo por el de la superstición, que era lo que únicamente le contenía en algún recelo, diciéndole que aun á los mismos dioses desagradaba su empresa, y corría gran peligro si pasaba el río, pues le había asegurado Aristandro (á quien encontró en la tienda del rey) que las señales de las víctimas eran poco favorables.

Turbado y colérico Alexandro al oirle, no menos que del mal anuncio, de que se hubiese descubierto la superstición que había tenido con tan gran secreto, le hizo callar al punto y llamar á Aristandro, á quien dijo: «Suponed que no soy vuestro rey, sino sólo una persona particular; ¿por qué habéis revelado á otro que á mí lo que anunciaba el sacrificio que os pedí hicieseis? Vos habéis participado á Erigio lo que con mayor secreto tenía. Si bien no me persuado á que sea lo que él me ha dicho lo que vos le habéis revelado, sino lo que según su miedo ha interpretado de las víctimas. Por tanto, os intimo con todo el poder y autoridad que tengo en vos que me declaréis cuanto al presente habéis reconocido en las entrañas de los animales, para que no podáis negar nada de lo que habéis dicho.»

Quedó Aristandro tan confuso y embargado del temor, que le faltó la voz, la cual se la recobró el que nuevamente le hizo concebir el riesgo que le pudiera causar la dilación de su respuesta, y así le dijo: «Es cierto,

señor, que declararé, según mi juicio, que te empeñabas en una empresa peligrosa, pero no sin fruto. Asegúrote que no me dan tanto cuidado las señales que por mi ciencia he reconocido, como los temores en que mi amor me pone. Veo mal asegurada tu salud y considero cuántas vidas están pendientes de la tuya; y para decirlo de una vez, recelo que es más tu valor que son tus fuerzas.» Entonces el rey le mandó que volviese á sacrificar, diciéndole que confiase en su buena fortuna y se asegurase de que los dioses no habían limitado su gloria á la conquista del Asia.

Tratando poco después del modo de pasar el Tanais, volvió Aristandro y le aseguró que nunca había visto señales tan favorables: que eran bien diversas de las antecedentes, las cuales á la verdad le habían dado que temer, pero que en éstas no tenía más que desear. Sin embargo, las noticias que recibió poco después interrumpieron el curso de sus continuadas prosperidades.

Dejamos referido que habia enviado á Menedemo para que sitiase á Spitamenes, autor de la revolución de los bactrianos; éste, pues, noticioso de su jornada, le pareció más conveniente que esperarle dentro de sus murallas disponerle una emboscada en el mismo camino por donde había de pasar, con cuyo fin eligió un territorio cubierto todo de bosques, y como tal muy á propósito para el intento. Hizo ocultar en él á los dahos, los cuales acostumbran montar bien armados, dos en un caballo, y arrojarse á tierra en medio de la refriega con tan admirable disposición, unas veces unos y otras otros, que rompen los más vigorosos escuadrones, respecto de ser su ligereza igual á la de los caballos. Habiéndoles mandado Spitamenes que cercasen el bosque, se ofrecieron improvisamente al enemigo por los costados, por el frente y por la espalda.

Menedemo, aunque se vió rodeado por todas partes y

con inferior número de tropas, resistió largo tiempo, diciendo á grandes voces: que pues se hallaban asaltados y empeñados en aquellos lugares, no les quedaba otro recurso que el de morir como hombres de valor y el de vender bien sus vidas. Iba en un generoso caballo, en el cual entraba y salía muchas veces á toda rienda por en medio de los enemigos, en quienes hizo considerable mortandad; pero cargando todos en él, y faltándole la sangre, por la mucha que había derramado de las innumerables heridas que recibió, pidió á uno de sus amigos, cuyo nombre era Hipsides, que se pusiese en su caballo y se salvase; diciendo esto cayó en tierra muerto.

Pudo Hipsides retirarse fácilmente; pero habiendo perdido á su amigo quiso antes morir con él vengándole que librarse con la nota de no haberlo hecho, y así cayó oprimido de las continuadas heridas que recibió después de pelear valerosamente. A vista de lo cual ganaron los que habían quedado de la rota una pequeña eminencia, donde fueron acometidos del enemigo y oprimidos de hambre, la cual les obligó á que se rindiesen. Perdió Alexandro en este encuentro dos mil infantes y trescientos caballos, si bien dispuso con su prudencia que estuviese oculta la noticia de este contratiempo, á cuyo fin prohibió con pena de la vida á los que volvieron de padecerle que le revelasen.

CAPÍTULO VIII.

Mientras se dispone elejército para la guerra llegan embajadores de los escitas, los cuales hacen una admirable oración á Alexandro sobre la paz.

Sin embargo, no pudiendo Alexandro subsistir más tiempo en la disimulación de su cuidadoso sentimiento, se retiró á la tienda que había mandado disponer á orilla del río, donde se mantuvo solo, pensativo y desvelado en lo que debía resolver. Levantaba á todas horas las cubiertas de su pabellón para divisar los fuegos de los enemigos, por si podía reconocer por ellos el número de que se componía su ejército. Luego que rompió el día echó mano de sus corazas y se presentó á la vista de sus soldados, que hasta entonces habían estado privados de ella desde su última herida. Era tan grande la veneración que le tenían, y tal la confianza que hacían de su invencible valor, que con su presencia perdieron todos sus temores, acreditando su gozo en las lágrimas que arrojaba á sus ojos el mismo gusto.

Llegaban todos á besarle la mano y á mostrarle con animosidad y brío al enemigo, contra quien poco antes habían medrosamente rehusado ir. Díjoles Alexandro que haría pasar su falange y caballería en barcas, y en odres á los que iban armados á la ligera. Ni el estado presente de las cosas ni el de su indisposición permitía más razonamiento. Trabajaron los soldados con tan gran vigilancia y presteza en las barcas, que en tres días tuvieron hechas doce mil.

Hallábase todo dispuesto para el río, cuando llegaron

al campo á caballo veinte embajadores de los escitas, según su estilo, pidiendo se les permitiese hablar al rey.

Habiéndolos hecho entrar Alexandro en su tienda, los mandó sentar. Hiciéronlo así, manteniéndose algún tiempo sin quitarle los ojos ni articular palabra; suspensión que sin duda se la causaría, á lo que juzgo, el que regulando ellos, según acostumbran, por la disposición del rostro y gentileza del cuerpo la grandeza del ánimo, hallarían que no correspondía la mediana estatura de Alexandro á lo que de su invencible valor publicaba la fama. Sin embargo, es preciso conceder que los escitas son menos rudos y groseros que los demás bárbaros; pues se refiere que entre ellos hubo algunos que profesaron las letras, en aquella manera que es permitido á la capacidad de los que siguen siempre el manejo y uso de las armas.

Consérvannos hasta hoy las historias la oración que hicieron á Alexandro; la cual, aunque no dudo que parezca extraña y poco conforme á la elegancia de la locución que se practica en siglo tan culto, donde está delicadísimo el gusto de los ingenios, y que como tal se desprecie, tampoco que sea grata la puntualidad que observamos en la historia, la cual nos obliga á referir los sucesos, sin alterar algunos, conforme los hallamos. Lo que sabemos, pues, es que el más anciano de ellos habló á Alexandro en esta sustancia:

«Si la voluntad de los dioses te hubiese concedido la estatura del cuerpo correspondiente á tu desmesurada ambición, toda la redondez del universo sería estrecho ámbito para la magnanimidad de tu corazón: tocarías con una mano el Oriente, dilatarías la otra al Occidente y pretenderías también seguir el curso del Sol hasta averiguar adónde se oculta ó se apaga su hermoso esplendor, sin que se saciase nunca tu inmoderación de aspirar á cuanto no te es posible conseguir. Pasaste de

la Europa al Asia, y del Asia á Europa, desde donde después de haber reducido á tu obediencia á todo el mundo, harás guerra á los ríos, á los bosques y las fieras. Pero qué, ¿ignoras que los más corpulentos árboles, los cuales han necesitado largo tiempo para su aumento, están expuestos al riesgo de verse instantáneamente derribados y arrancados de raíz? No es prudencia atender sólo al fruto que producen, sin considerar su elevación y el peligro de su caída. Advierte que si pretendes penetrar hasta lo más encumbrado, será muy posible que te enredes entre las últimas ramas y caigas en ellas.

»El león, aunque fuerte y generoso, sirve tal vez de alimento á los menores pájaros; y el hierro, en medio de su dureza, de ordinario se ve consumido por el orín. Finalmente, nada hay en la naturaleza que no pueda menoscabarse por lo más débil y al parecer menos vigoroso. ¿Por ventura, nosotros, qué tenemos contigo? Nunca hemos puesto los pies en tus dominios. ¿Es acaso culpa de los que viven en los bosques ignorar quién seas y de dónde vengas? Nosotros no pretendemos obedecer ni mandar á nadie. Y para que entiendas cuáles son los escitas, sabe que hemos recibido del cielo, como rico presente, una yunta de bueyes, una flecha, una lanza y una taza: esto es de lo que usamos, con lo que servimos á nuestros amigos y de lo que nos valemos contra nuestros enemigos.

»Del trigo, que adquirimos por medio de la fatiga de los bueyes, hacemos partícipes á nuestros amigos; de la taza nos servimos para sacrificar en ella el vino á los dioses; de la flecha para dispararla de lejos contra nuestros enemigos, y de la lanza para herirlos de cerca. Con estos instrumentos vencimos primero al rey de Siria, después al de Persia y á los medos, y nos abrimos el camino para Egipto. Mas tú, que blasonas de venir á

exterminar los salteadores, ¿no conoces que eres el mayor ladrón del mundo? Robaste y saqueaste todas las naciones que venciste. Apoderástete de Lidia, invadiste á Siria, á Persia y á Bactria, penetraste hasta la India, y vienes ahora aquí á hurtarnos nuestros ganados; porque no pareciéndote hermosas tus manos sino cuando están llenas, buscas siempre nuevas presas. ¿Qué has de hacer de tan inmensas riquezas, las cuales sólo sirven para aumentar tu sed?

»Tú eres el primero que ha hecho carestía de la abundancia; como si cuanto posees no fuese poderoso incentivo para obligarte á desear con mayor vehemencia lo que no tienes. ¿No adviertes el tiempo que ha que te detienen los bactrianos? Mientras tú los sujetas se rebelarán los sogdianos; y no sacarás otro fruto de la victoria, que el de una semilla para nueva guerra. Porque supongo que seas el mayor y más poderoso príncipe del mundo, ¿tan fácil te parece que es el querer admitir por señor á un extraño?

»Pasarás el Tanais, y reconocerás solamente toda la extensión de nuestras campañas; desearás entonces seguir á los escitas; pero desengáñate desde ahora de que lo consigas, porque nuestra pobreza será siempre más ágil que tu ejército, cargado de los despojos de tantas naciones; y cuando más distantes nos juzgues, nos hallarás dentro de tus mismos alojamientos, pues con la misma velocidad que huimos de nuestros enemigos cargamos en ellos.

»Tengo entendido que entre los griegos pasan por proverbio los desiertos de los escitas. Es cierto que estimamos más éstos y nuestros incultos lugares que vuestras grandes ciudades y fértiles campiñas. ¿Quieres observar un saludable consejo, que en la coyuntura presente es el mejor que puedo darte? Pues advierte que es la fortuna deleznable: tenla bien asida porque no se

te huya; que aun así no podrás detenerla si gusta de dejarte; ó á lo menos ponla freno, para que puedas regirla mejor. Es común sentir de los nuestros que la fortuna no tiene pies, sino manos y alas; y que cuando franquea aquéllas, no permite que se la llegue á tocar en éstas.

»Finalmente, si eres Dios, debes con generosa liberalidad dilatar en los mortales los beneficios, y no usurparles los que gozan; y si eres hombre, tener siempre presente tu humana naturaleza. Porque es gran delirio pensar sólo en lo que nos abstrae de la memoria de nuestro ser. Los que dejares en paz te serán fieles amigos; y porque las más firmes amistades las concilia la igualdad de las personas, y ésta juzgan la tienen entre sí los que no han llegado á medir sus fuerzas; pero no te persuadas á que te sean afectos los que quedaren vencidos, pues nunca hay amistad entre el señor y el esclavo; el cual, en el mayor sosiego de la paz, conserva siempre reciente la memoria de la guerra á quien mira como medio único de sacudir el áspero yugo de su servidumbre.

»En cuanto á la seguridad de nuestra alianza contigo, no es estilo que practicamos los escitas el ofrecerla por medio del juramento; porque no conocemos otro que el de guardarla con firmeza, sin necesitar para ello de jurarla. Quédense para los griegos estos resguardos, las solemnidades de firmar sus contratos y de llamar á los dioses por testigos de sus promesas; que nosotros sólo fundamos nuestra religión en la observancia de nuestra buena fe, persuadidos de que no hará escrúpulo de burlar á los dioses quien no se avergonzare de faltar á su palabra á los hombres, y de que tú no necesitas de amigos cuya fidelidad te sea sospechosa. Quedaremos, pues, por guardas tuyas de la Europa y del Asia; cuyo cuidado, ¿de quién mejor le puedes fiar que de los que

te somos vecinos, así por lo que mira á Macedonia, con quien se dice que confina la Tracia, hasta donde nos dilatamos, como á Bactria, de quien sólo nos separa la extensión del Tanais? Resuelve, pues, lo que tuvieres por mejor. O elegirnos por amigos ó declararnos por enemigos.»

CAPÍTULO IX.

Habiendo despedido el rey á los embajadores, pasa el Tanáis, hace guerra á los scitas, y trata benignamente á los vencidos.

Tal fué la oración del bárbaro, á quien Alexandro respondió en breves palabras: «Que él se valdría de su fortuna y de su consejo: de aquélla, para continuar en la misma confianza que lo había hecho siempre; y de éste, para no emprender nunca temeridad alguna.» Y habiéndolos despedido hizo entrar á su ejército en las barcas dispuestas, y poner en las proas de rodillas á los soldados que iban armados con escudos, para que se preservasen mejor de los tiros de las flechas, y detrás de ellos en pie á los que tenían el cuidado de las máquinas, cubiertos por delante y por los lados de soldados prevenidos de todas armas. Los demás que seguían las máquinas llevaban escudos sobre las cabezas, unidos unos con otros, con quienes defendían á los remeros, armados de coseletes.

Observaron el mismo orden las demás barcas que conducían la gente de á caballo, cuya mayor parte llevaba por la popa de las riendas los caballos, que pasaban nadando, y las barcas á su abrigo, á los que iban sobre los odres llenos de paja. Fué el rey el primero que partió con el suyo, asistido de una tropa escogida, á tomar la ribera contraria; la cual defendían los escitas con su caballería, dispuesta en tan buena forma, que no pudo tomarla.

Causó á los macedones mayor terror que el formidable aspecto de tan poderoso ejército como el que

se les ofreció en orden de batalla sobre la ribera, el riesgo en que se hallaron en medio del río; porque cargando los impetuosos embates de la corriente en los costados de las barcas, impedían á los que las gobernaban el que lo pudiesen hacer, y derribaban á los soldados; los cuales, asiéndose de todo por no caer al agua, estorbaban el uso de los remos, en cuyo desorden y confusión mal podían disparar los dardos los que atendían más que á combatir á no zozobrar.

Todo su remedio le debieron á las máquinas; las cuales arrojaron de sí tan gran cantidad de piedras, que hicieron retroceder á buen paso á los que tanto se habían adelantado. Sin embargo, fué tal la inundación de flechas que dispararon los bárbaros en las barcas, que apenas hubo escudo que no le dejasen reducido á menudos pedazos. Pero luego que los macedones empezaron á tomar tierra, puestos á un tiempo en pie los que iban resguardados de los escudos, y disparando con más firmeza y libertad sus dardos, ninguno dejó de hacer efecto en los enemigos; contra quienes luego que los vieron en desorden y que retiraban sus caballos, saltando en tierra con imponderable gusto, cargaron con sumo ímpetu y ardor unos y otros. En cuya retirada, hallándose pronta la caballería, los siguió hasta acabar de romperlos, mientras que los demás, cubiertos de los escuadrones y de los que combatían, se dispusieron á hacerlo de refresco.

Suplía el rey con su vigoroso espíritu la falta de sus fuerzas: no se le podían percibir las voces con que animaba á los soldados por la debilidad á que le tenía reducido la molestia de la herida, que aún conservaba abierta; pero veían todos el valor con que combatía: cuyo ejemplo estimulaba de tal suerte á los soldados, que haciendo ellos mismos el oficio de cabos se animaban unos á otros y se arrojaban en medio de los enemi-

gos. No pudiendo ya resistir más tiempo los bárbaros los valerosos esfuerzos de los macedones, su presencia ni sus gritos, habiendo enfrenado sus caballos (por ser toda su gente de caballería), se entregaron á rienda suelta á la fuga. Y si bien el rey no se hallaba en estado de fatigarse mucho, no dejó de seguirlos por espacio de ochenta estadios; hasta que faltándole las fuerzas, ordenó á los suyos que continuasen el alcance en cuanto durase el día, y se retiró á su alojamiento, para lograr algún descanso y esperar á sus tropas; las cuales habían pasado más allá de los límites de Baco, á quienes representan ciertas piedras crecidas, á distancia unas de otras, y algunos árboles de gran magnitud, cuyos troncos estaban cubiertos de hiedra; habiéndolos alejado tanto el ardor y ansia de alcanzarlos, que no volvieron hasta mediada la noche al campo, después de haber muerto infinitos enemigos y hecho á muchos más prisioneros, y una presa de mil ochocientos caballos, sin haber tenido más pérdida en aquel combate que la de sesenta caballos y cien infantes, ni haber pasado de mil los heridos.

La fama de esta expedición y de victoria tan oportuna acabó de asegurar en la obediencia de Alexandro el Asia, y de sosegar las inquietudes y alteraciones que en la mayor parte de ella se habían suscitado; porque si hasta antes de su rota estaban en concepto de invencibles los escitas, ya confesaban después de ella todos, que no había nación que no debiese ceder á los macedones, como lo dieron á entender los saces en la demostración de despachar embajadores al rey, ofreciéndole su obediencia, movidos más que de su valor, de la clemencia que usó con los escitas, cuyos prisioneros restituyó sin rescate alguno, mostrando con esta acción que sólo había combatido con nación tan belicosa por emulación de gloria, y no por odio que la tuviese.

Recibió, pues, con gran benignidad á los embajadores de los saces, y nombró á Excipino para que los acompañase; el cual por su florida edad y hermosura, había granjeado la gracia del rey, con no menor valimiento que Ephestión, á quien aunque era igual en la disposición y belleza del cuerpo, no en la gracia y viveza del espíritu. Y habiendo ordenado á Cratero que le siguiese á cortas jornadas con la mayor parte de sus tropas, llegó á la ciudad de Maracanda, de donde advertido de su venida Spitamenes, había salido fugitivo para Bactria.

Desde ella llegó en cuatro días de camino al paraje en que Menedemo había perdido los dos mil infantes y trescientos caballos como dejamos referido, á quienes mandó dar sepultura y que se les hiciesen sus exequias.

Habíase juntado ya Cratero, en cumplimiento de orden que tenía con Alexandro; el cual, deseoso que tuviesen todos parte en el castigo, pues la habían tenido en la rebelión, separó sus tropas y mandó talar la provincia y pasar á cuchillo á todos los que se hallasen en edad de poder tomar las armas.

CAPÍTULO X.

Valor invencible de los nobles sogdianos. Castigo de Beso. El ejército de Alexandro reforzado de nuevas tropas.

Hállase la mayor parte de la región sogdiana desierta, cuya extensión, compuesta toda de vastas soledades, es de ochocientos estadios; dilátase en derechura por un gran territorio á quien baña un río llamado por los naturales Polytimeto. La estrechez de su canal es causa de la rapidez con que corre, hasta que á alguna distancia se oculta debajo de tierra, sin que dé más señas de su curso que las que ofrece el ruido de sus aguas; porque en la tierra, debajo de quien pasa, no se reconoce en medio de ser tan caudaloso gota alguna de agua ni de la menor humedad.

Fueron llevados al rey treinta mancebos de los mayores señores de aquella región, que se hallaron entre los prisioneros, de gentil estatura y admirable disposición; los cuales, sabiendo que los conducían al suplicio por orden de Alexandro, manifestaron en alegres cantares y en danzas y otras demostraciones festivas su gran regocijo. Del cual, admirado el rey al ver que celebrasen con aquel valor y gusto su próximo fin, mandó que los volviesen á su presencia, donde les preguntó por la causa de él, cuando tenían tan cercana su muerte.

Respondiéronle, que así como les sería ésta muy sensible por orden de otro que no fuese él, solemnizaban con gran gusto suyo volverse á sus antecesores, por la de un rey vencedor de todas las naciones, con muerte

tan gloriosa y digna de que la apeteciesen los hombres de mayor valor.

Admirado el rey de aquella grandeza de ánimo, les preguntó si querían la vida con calidad de que no habían de ser más sus enemigos. A que le respondieron, que nunca lo habían sido, pues si le habían acometido, sólo fué por defenderse. Y que si como usó de la violencia para ganarlos, se hubiese valido de blandura, no habrían permitido que les fuese superior en la cortesanía. Preguntóles por último, qué prenda le daban de su fidelidad; y ellos le dijeron, que ninguna más que la misma vida que recibían de su benignidad, la cual tendrían siempre pronta y dispuesta para cuando se la volviese á pedir; cuya palabra cumplieron tan exactamente, que los que se volvieron á sus casas, mantuvieron en inmutable obediencia sus pueblos; y cuatro que puso en la guarda de su persona, le conservaron tan gran fidelidad y amor como cualquiera de los macedones.

Habiendo, pues, dejado en aquella región á Peucolao con tres mil infantes, por no ser necesarias allí mayores fuerzas, pasó á Bactria, de donde hizo llevar á Beso á Ecbatana para que se le diese el último castigo que merecía su delito.

Casi por el último tiempo le llevaron Ptolomeo y Menidas tres mil infantes y mil caballos que habían levantado á sueldo suyo, á quienes se juntaron con tres mil infantes y quinientos caballos que también llevó de Licia cierto Alexandro, é igual número de Syria debajo del mando de Asclepiodoro, sin ocho mil griegos que había enviado Antipatro, entre quienes iban quinientos caballos.

Con tan considerable refuerzo marchó á sosegar las inquietudes y desórdenes de las provincias sublevadas, en quienes habiendo hecho dar muerte á los autores de las rebeliones, llegó en cuatro días al río Oxo; cuyas

aguas corren siempre tan turbias y dañosas, que son incapaces de beberse, respecto de la gran porción de cieno que llevan. Por lo cual se dedicaron los soldados á abrir pozos, aunque sin haber podido hallar por más que habían ahondado agua alguna, cuando se descubrió en la tienda del rey una fuente; la cual, por no haberse reconocido al principio, se divulgó se había aparecido repentinamente; cuya voz no disgustó á Alexandro, ni tampoco que se creyese había sido favor de los dioses.

Pasó después los ríos Ocho y Oxo, y llegó á la ciudad de Marginia, en cuyas cercanías eligió cómodo sitio para fundar seis ciudades, dos hacia el Mediodía y cuatro hacia el Oriente, á corta distancia unas de otras, para que pudiesen más fácilmente ser entre sí socorridas. Levantábanse sobre altas colinas y servían entonces de freno á aquellos pueblos nuevamente conquistados, si bien el día de hoy, olvidados de su origen, obedecen á los que mandaron.

CAPÍTULO XI.

Obliga Alexandro á la ciudad de Piedra á que se rinda, en medio de ser por su situación sumamente fuerte y casi inexpugnable.

Habiendo pacificado Alexandro la mayor parte de aquella región, no le quedaba por reducir más que una gran peña que mantenía Arimaces Sogdiano con treinta mil hombres de guerra y municiones para dos años. Contenía aquel lugar treinta estadios de altura, y ciento cincuenta de circuito. Ofrecíase por todas partes desgajada y rota, sin que pudiese penetrarse su altura sino por una senda muy estrecha y quebrada, en medio de la cual había una gruta cuya entrada era muy estrecha y obscura, aunque cuanto más dentro se llegaba, tanto más se iba ensanchando hasta lo último de ella, donde se ofrecían muy grandes reductos, de los que salían infinitas fuentes, cuyas aguas todas acumuladas formaban un río que corría por entre las rocas.

Habiendo conocido el rey la dificultad del lugar, estuvo en resolución de dejarle; pero deseoso después de superar aun las de la naturaleza, la cual parece le había fortificado contra las fuerzas y poder de los hombres, mudó de dictamen, si bien antes de empeñarse en aquel sitio, envió á Cophas, hijo de Artabazo, á los bárbaros para persuadirles á que se rindiesen; á cuya instancia respondió Arimaces, confiado en su fortaleza, con gran arrogancia, preguntando por último si Alexandro que lo podía todo podía tambien volarla. Con lo cual quedó tan irritado el rey, que sin dilación alguna juntó sus cabos para ponderarles la insolencia con que

el bárbaro se burlaba de ellos, dándoles á entender que no tenían alas; pero que bien aprisa le haría conocer que los macedones cuando querían se transformaban en pájaros; para cuyo fin, dió orden de que se escogiesen trescientos hombres de los más robustos y ágiles de sus tropas, y que fuesen si pudiese ser montañeses, que en otras ocasiones hubiesen conducido ganado por lugares ásperos.

Luego que los trajeron á su presencia con todas las calidades que los había pedido, les dijo, después de haberlos reconocido uno á uno: «Con vosotros, ¡oh valerosos jóvenes, compañeros míos!, rendí las plazas que hasta entonces habían tenido por impenetrables todos; penetré los montes á quienes cubren continuamente las nieves, pasé los ríos, corté los estrechos de Cilicia, resistí el insoportable frío de la India. Conocéisme, y conózcoos. Esa peña que veis no tiene más que una entrada, la cual guardan los bárbaros, descuidando en lo demás. No tienen centinela àlguna sino por la parte que mira á nuestro campo. No dudo que si os aplicáis cuidadosamente á buscar alguna senda por quien se pueda penetrar á la altura de la peña, que la halléis, pues no ha producido la naturaleza nada tan inaccesible que no pueda vencerlo el valor y virtud de los hombres. Inventando una empresa de quien los demás desesperaron, quedaremos señores del Asia. Penetrad animosamente á la cima y hacedme desde ella, luego que la hubiereis ganado, señal con un lienzo blanco, que yo os prometo no dejar de atraer á mí al enemigo con mis tropas, desembarazándoos de él. Al primero quc llegare á lo alto de la peña, ofrezco por premio de esta acción diez talentos, uno menos al segundo, y á esta proporción á los demás hasta el décimo. Espero, que más que el interés, os animará la honra y el deseo de darme gusto.»

Oyeron al rey con tan grande entusiasmo, que ya se suponían sobre la peña, y despedidos de él, se previnieron de muchas cuñas de hierro para fijarlas en las piedras, de muchas hebillas, y de muy grandes cordeles. Y habiendo cercado el rey el monte con ellos, les dió orden de entrar á la segunda vigilia de la noche, por la parte que parecía menos áspera, pidiendo á los dioses los condujesen felizmente.

Proveyéronse de víveres para dos días, y no llevando más armas que su espada y lanza, empezaron á subir. Hacíanlo al principio por sus pies; pero cuando era necesario trepar, se asían unos de las piedras que alcanzaban y subían por sí mismos, otros por las cuñas de hierro que fijaban en forma de escalones, y otros sostenidos de las cuerdas que les echaban los primeros, ó de las que arrojadas por ellos solían asirse en algún risco; en cuyo penoso trabajo gastaron el día entre el susto y la fatiga.

Quedábales empero que vencer lo más áspero, y no parecía sino que cuanto más penetraban por llegar á su altura, tanto más crecía; á cuyo desconsuelo se les llegaba el horrible espectáculo de los compañeros que se precipitaban, y la consideración de lo expuestos que estaban á padecer el mismo riesgo. Sin embargo, cediendo todas las dificultades á su perseverancia, ganaron la cumbre de la peña; pero tan rendidos de fatiga, que embargados del sueño, á que ayudaba la noche, se echaron por aquel áspero suelo, depuesto el cuidado del peligro en que estaban y sin que despertasen de aquel profundo sueño hasta el día siguiente, que dilatando la vista por todas partes sin poder descubrir el lugar adonde se ocultaba tan numerosa gente, vieron por último el humo que salía de la gruta donde estaban los enemigos; con lo cual, habiendo hecho la señal conforme se lo había ordenado el rey, y reuniéndose,

hallaron treinta y dos menos, que habían muerto al subir.

El rey, en quien no era menor que el deseo de obtener aquella empresa el cuidado en que estaba del suceso de aquellos mancebos á quienes había expuesto á tan conocido riesgo, se mantuvo todo el día en pie sin quitar la vista de la peña y sin haber querido retirarse á descansar hasta que fué muy de noche. Fué el primero que á la mañana del día siguiente alcanzó á ver la señal, y si bien no acababa de asegurarse de ella, receloso de que no se equivocasen sus ojos y fuese aquella blancura que veía efecto de la claridad que causaba el alba en el nacimiento del día y no la que deseaba, aumentada la luz de éste, acabó de confirmarse en ella; con lo cual, habiendo mandado llamar á Cophas, que era de quien se había valido para averiguar la voluntad de los bárbaros, le envió nuevamente para que los exhortase á que mirasen mejor lo que resolvían, y para que en caso de que los hallase obstinados les mostrase á los que tenían á sus espaldas sobre la cumbre.

Hizo Cophas lo que pudo por reducir á Arimaces á que se rindiese, representándole que obligaría al rey si desistía de detenerle en la expugnación de una peña, atrasando la prosecución de las grandes empresas que le llamaban; pero el bárbaro se hallaba tanto más lejos de persuadirse á sus instancias cuanto le respondió con palabras de mayor aspereza y soberbia, intimándole que se volviese.

Entonces Cophas, tomándole de la mano, le pidió que saliese con él fuera de la gruta, y habiéndolo hecho el bárbaro y mostrándole los macedones alojados en la cumbre, le dijo burlándose con razón de su orgullo, que los soldados de Alexandro tenían alas; á cuyo tiempo, resonando por todas partes las tropas del campo de los macedones, y los gritos que en testimonio de su alegría

y de la seguridad de la victoria esparcía por todo el ejército, accidentes que aunque tan vanos por sí, todos, como muchos que suceden en la guerra, amedrentaron de suerte á los bárbaros, que los enajenaron de la razón para que sin considerar en el corto número de los que ocupaban la eminencia, llamasen inmediatamente á Cophas, que los había puesto en aquel terror, y despachasen en su compañía treinta personas de las más principales de entre ellos, para que ofreciesen la peña, con calidad de que les asegurasen las vidas. Y si bien el rey no dejaba de hallarse receloso de que los bárbaros, reconociendo el corto número de los suyos les precipitasen de la cumbre, confiado por una parte en su fortuna é irritado por otra del atrevimiento de Arimaces, rehusó concederles condición alguna. A vista de cuya resolución, desesperado Arimaces de sus cosas más de lo que pedía el estado de ellas, descendió con sus parientes y la principal nobleza de su gente al campo de Alexandro, el cual los hizo azotar con varas, y despues poner en cruz al pie de la peña.

La muchedumbre de los rendidos se dió á los habitadores de las nuevas ciudades con todo su dinero, y el gobierno de la peña y de toda la provincia confinante á Artabazo.

LIBRO OCTAVO.

CAPÍTULO PRIMERO.

Habiendo sujetado Alexandro á los dahos y á los sogdianos, le ofrecen los escitas en matrimonio la hija de su rey. Mata por sí sólo á un león en cierta caza, y poco después da muerte á Clito en un festín por la gran libertad con que habló de él.

Apoderado Alexandro de aquella peña con mayor crédito que gloria, y pareciéndole conveniente aprovecharse de la ocasión de hallarse esparcidos los enemigos, dividió en tres partes su ejército, de las cuales dió una á Ephestión, otra á Ceno, y reservó para sí la restante; pero no todos los bárbaros siguieron un mismo partido, porque algunos fueron sojuzgados por medio de las armas y la mayor parte se rindió voluntariamente, logrando que se distribuyesen en ellos las ciudades y tierras de los que se mostraron pertinaces.

En tanto los bactrianos que se habían hecho al campo, forrajeaban en los villajes vecinos con ochocientos caballos masagetas; noticioso de ello Attinas, gobernador de la provincia, quiso reprimir su atrevimiento; despreciando más de lo que debiera el número de los que se habían levantado, marchó contra ellos con trescientos caballos; pero los enemigos, ocultándose en un bos-

que que estaba inmediato á una dilatada campiña, dejaron descubierto algún número de gente que separaron de las tropas para que la codicia de la presa los llevase á la emboscada.

Marchando, pues, aquel inconsiderado capitán desordenadamente y sin más cuidado que el de cumplir su deseo, no hubo bien entrado en el bosque, cuando improvisamente fué cargado y derrotado con toda la gente que llevaba.

Pasó inmediatamente aquella noticia á la de Cratero, el cual acudió allí con toda su caballería; pero habiéndose retirado ya los macedones, descargó su cólera en los dahos con muerte de mil hombres, lo cual acabó de poner fin á todos los movimientos de la provincia.

El rey por su parte, habiendo sojuzgado nuevamente á los sogdianos, volvió á Maracanda, donde Berdes, á quien había despachado á los escitas que habitan sobre las riberas del Bósforo, le vino á encontrar con todos sus embajadores Phrataphernes, sátrapa de los corasmios, viendo sojuzgados á los masagetas, y después á los dahos, sus vecinos, le envió también á dar la obediencia.

Pedíanle los scitas que se casase con la hija de su rey, y que si no le juzgaba digno de aquel honor, permitiese á lo menos que los principales de su corte hiciesen alianza con los primeros señores de su nación, ofreciéndole que su mismo rey vendría en persona á verle.

Recibió Alexandro una y otra embajada con demostraciones de gran benignidad, y después de haberse detenido allí algunos días para esperar á Ephestión y á Artabazo, pasó luego que llegaron á Bazaria. En cuya región, su mayor magnificencia consistía en bosques poblados de fieras, para cuyo efecto elegían grandes selvas bañadas de gran cantidad de agua, las cuales

cerraban con murallas guarnecidas de torres, en las que pudieran retirarse los cazadores. Mostraron, entre otros, uno donde hacía más de trescientos años que no se cazaba. Entró en él el rey con todo su ejército, y habiendo hecho que conmoviesen las fieras por todas partes, separándose de las demás un león de rara y desmesurada grandeza, se fué á él; á cuyo tiempo, anticipándose Lisímaco, que reinó después y entonces se hallaba al lado del rey, á dispararle un dardo, le ordenó éste que se retirase, diciéndole que también podía él matar á un león como lo había hecho Lisímaco, porque cazando cierto día este príncipe en Siria, mató Lisimaco un león de prodigiosa grandeza, aunque con la costa de haber sacado una herida en la espalda izquierda, que le penetraba hasta el hueso, la cual le redujo al último peligro: así Alexandro zahiriéndole con ella, lo ejecutó aun mejor que lo dijo, pues no sólo hizo cara á la fiera, sino la dió muerte á la violencia de un golpe. Cuyo suceso, si no me engaño, tengo por cierto que dió ocasión para que se dijese, bien contra toda verdad, que Alexandro expuso á Lisímaco al león.

Aunque este suceso fué tan feliz al rey, con todo, ordenaron los macedones según su estilo, que no fuese en adelante á caza á pie y sin llevar consigo algunos de sus grandes y de sus oficiales. Concluída aquélla, después de haber muerto hasta cuatro mil fieras, dió una comida á todo su ejército en el mismo bosque, desde donde se volvió á Maracanda. Allí, atendiendo á las instancias con que Artabazo solicitaba por su crecida edad que proveyese su gobierno en otro, nombró para él á Clito.

Era éste el que cubrió al rey con su escudo cuando combatió en el Gránico sin ningún reparo en la cabeza; el que cortó la mano á Rhosaces cuando la había levantado para matarle uno de los soldados autiguos de Phi-

lipo, y de los que más se habían señalado en muchas ocasiones; y últimamente, hermano de Helanica, que había criado á Alexandro, á la cual amaba no menos este príncipe que á su propia madre. Por cuyas razones todas, fiaba de él una de las más importantes provincias de su imperio.

Habiéndole, pues, ordenado que partiese al día siguiente, le convidó aquella noche á un festín, en el cual después de haber bebido muy bien el rey, se introdujo á celebrar sus ilustres acciones sin limitarse en sus propias alabanzas, las cuales disgustaron aun á los mismos que no ignoraban eran ciertas. Contuviéronse, sin embargo, los más ancianos hasta que empezó á deslucir los hechos de Philipo y á vanagloriarse de que aquella famosa victoria de Cheronea era debida á él, y que le habían usurpado la gloria de tan esclarecida acción la malignidad y celos de su padre; que en la sedición que sobrevino entre macedones y griegos, levantados á sueldo suyo, debilitado Philipo de la herida que recibió en aquel tumulto, se había postrado por tierra, no habiendo discurrido otro recurso más seguro para salvarse que el de fingirse moribundo, y que entonces le cubrió con su escudo, dando muerte á los que intentaban cargarle; pero que su padre nunca quiso confesarle este beneficio, como disgustándose de deber la vida á su hijo; que en la jornada que hizo contra los ilirios obtuvo solo la victoria sin que Philipo se hallase en ella, ni tuviese más noticia de la rota de sus enemigos que la que le dió en sus cartas; que aquellas acciones eran dignas de alabanza, y no las que habían tenido principio en los samotracios, cuando convenía entrar á fuego y sangre por el Asia; y finalmente, que la grandeza de las suyas excedía de la credulidad de los hombres.

Oía gustosa la juventud estas y otras jactancias, pero

no los ancianos, á los cuales eran intolerables, especialmente las que miraban á deslucir las acciones de Philipo, debajo de cuya mano habían servido tantos años. Por lo cual, entre otros, Clito, que también había bebido bien, volviéndose hacia los que estaban sentados debajo de él, les repitió cierto verso de Eurípides, de suerte que aunque pudo oir el rey los ecos, no percibió sus palabras, cuya sustancia era: «Que fué gran desacuerdo de los griegos haber ordenado que en las inscripciones de los trofeos no se pusiesen más que los nombres de los reyes, porque se les defraudaba la gloria de lo que habían obtenido al precio de su sangre.»

No dudando el rey que en lo que hubiese dicho se mezclase algún donaire picante, preguntó á los que tenía cerca qué había sido. Y no respondiendo nadie, levantó Clito la voz y pasó á referir las acciones y guerras que había tenido Philipo en la Grecia, prefiriéndolas á cuanto se hacía entonces, que fué causa de que se formase una disputa entre mozos y viejos. Y si bien el rey afectó oir con tolerancia cuanto había dicho Clito en disminución de su gloria, le hirió vivamente el corazón. Con todo, hubiera continuado en reprimirse, si Clito hubiese puesto fin á sus desacordadas expresiones; pero continuando, más encendido del vino, con mayor insolencia en ellas, le irritaba más, teniendo osadía de defender á Parmenión y de dejarse decir que la ruina de Tebas había sido empresa de cortísima consideración, comparada con la victoria que Philipo había obtenido de los atenienses.

Finalmente, preocupado no sólo del vino, sino de una obstinada terquedad, dijo haciendo cara al rey: «En caso de ser necesario exponer la vida por tu servicio, ninguno la sacrificará primero que Clito; pero, sin embargo, en el de tratarse de la distribución de los premios, de los cuales eres árbitro, á cualquiera que habla-

re con mayor ultraje de la memoria de tu padre, le juzgarás por más digno de ellos para preferirle en los frutos de la victoria. Hasme dado el gobierno de la región sogdiana, que tantas veces se ha sublevado, y que no sólo es incapaz de contenerla en el sosiego, sino también de sojuzgarla, enviándome entre fieras negadas á domesticarse; pero omitiendo lo que á mí toca, paso á tratar de lo que mira á los demás. Has desatendido enteramente á los soldados de Philipo, poniendo en olvido el señalado servicio que te hizo Atharias, este ilustre varón que ves aquí, cuando fué por sí solo poderoso para que volviese al combate la juventud que amedrentada se había entregado á la fuga, sin cuya diligencia hubiéramos consumido el tiempo en Halicarnaso, subsistiendo aún hoy allí. ¿Cómo habrías podido solo sojuzgar el Asia? ¡Qué bien dijo tu tío, cuando dijo que él había contendido con hombres, y tú con mujeres!»

Entre cuantas grandes libertades oyó á Clito, ninguna le irritó tanto como que hubiese alabado á Parmenión. Sin embargo, disimulando su indignación, se contuvo, contento con mandarle salir de donde estaba, y con decir que si hubiese continuado hablando le habría, sin duda, dado en rostro con que le era deudor de la vida, como de ordinario se vanagloriaba de ello. Pero no acabando Clito de levantarse, se lo pidieron los que estaban cerca de él, y no bastando, pasaron á usar de los medios de la fuerza para sacarle de allí. Por cuya demostración, colérico, sobre embriagado, prorrumpió diciendo á grandes voces: «Que había expuesto su vida al golpe que se descargaba sobre la de Alexandro para asegurarla, y habiéndose pasado la ocasión de tan señalado servicio, le era odiosa la memoria de él.» Y no contento con este atrevimiento, pasó á condenar la muerte de Attalo y á burlarse del oráculo de Júpiter, de quien decía Alexandro que era hijo, vanagloriándose

de haberle dicho más verdad que su padre. Con lo cual el rey, no pudiendo ya más con la ira á que le provocaban tan repetidos insolentes desacatos, y que aun sin los encendidos vapores del vino no pudiera haber reprimido más tiempo, partió colérico, y arrebatando de las manos del primer soldado una lanza, iba á descargar el golpe de ella en Clito, que aún se mantenía en la expresión de su atrevimiento, y lo hubiera ejecutado á no haberse puesto por en medio Ptolomeo y Pérdicas, deteniéndole á pesar de sus esfuerzos, y á no haberle quitado la lanza Leonato y Lisímaco. Sobre que se quejó, diciendo á grandes voces: «Que así como á Darío, le habían aprisionado á él las personas de quienes hacía mayor confianza, é implorando la fidelidad de sus soldados, hizo tocar la trompeta para que tomasen las armas y fuesen en su socorro.»

Entonces Ptolomeo y Pérdicas, echándose á sus pies, le suplicaron que no se dejase llevar de los ímpetus de la ira y que diese lugar al desahogo de ellos, difiriendo al día siguiente su resolución para que fuese más justa y templada. Pero preocupado de ella y sordo á las persuasiones, partió desatinado á palacio, en cuya entrada habiendo quitado al centinela la lanza, se puso en el camino por donde era preciso que pasasen los que habían cenado con él. Habíanse retirado todos, sino era Clito, que salía sin luz; preguntóle el rey quién era, con voz que anunciaba lo que iba á ejecutar; y él, habiéndosele pasado ya la cólera, aunque no á su señor, le respondió llanamente que era Clito, que se retiraba. Apenas lo hubo acabado de pronunciar, cuando le atravesó la lanza, y bañado en su sangre, le dijo: «Ve ahora en busca de Philipo, de Parmenión y de Attalo.»

CAPÍTULO II.

Arrepiéntese Alexandro de haber muerto á Clito. Sus expediciones contra Sisimethres y los tránsfugas bactrianos. Muerte de Philipo, mancebo ilustre y de crédito.

Es preciso confesar que cuanto la naturaleza se esmeró liberal en colmar de beneficios al hombre, tanto se acreditó de cruel con él en haberle dejado tan expuesto por su flaqueza á considerar menos sus acciones antes de obrarlas que después de ejecutadas. Esto sucedió á Alexandro, el cual no bien se halló libre de los vehementes impulsos de la cólera y de los ardientes vapores del vino, cuando conoció el desacierto que había cometido en haber muerto á un hombre que, aunque había abusado de su tolerancia, era digno por sus largos servicios, por su destreza en la disciplina militar y por el señalado de haberle dado la vida á pesar de la afrenta que recibía en confesarlo, de que se lo hubiese disimulado, y la ignominia que le resultaba de haber sido él mismo ministro de su venganza y de haber castigado con tan cruel muerte las licenciosas palabras que debieran atribuirse, más que á efectos de desacato, á la preocupación del vino.

Veía anegado en su sangre, á las puertas de palacio, á quien no hacía muchas horas que honró en su mesa, y á sus guardas separadas de su persona, y tan medrosas que no se atrevían á acercarse; cuyas cosas todas le redujeron á tan desesperados términos, que tuvo impulsos de darse muerte, á que contribuía mucho la soledad. Dejándose, pues, llevar de ellos, sacó la lanza

del cuerpo de Clito, que la tenía aún atravesada, y volviendo la punta contra el suyo, iba á metérsela por el pecho, como lo hubiera ejecutado si advirtiéndolo sus guardas no se lo hubiesen estorbado, aunque con alguna dificultad, y le hubiesen llevado á su tienda; en donde, arrojándose á tierra, prorrumpió en desmedidos gritos, con los que llenó todo el palacio, hiriéndose el rostro y pidiendo á los que le rodeaban que no le dejasen vivir después de haber ejecutado acción tan ignominiosa; en cuyo ruego insistió cuanto duró la noche. Y el día siguiente, discurriendo en si podría haber sido castigo de los dioses el haberle dejado de su mano para que cometiese aquella culpa, se acordó que no había sacrificado á Baco, como lo tenía de costumbre; y que habiendo hecho aquella muerte entre el vino y los manjares, era señal evidente de la indignación de aquel dios.

Pero lo que más aumentaba su dolor, era ver á todos los suyos aturdidos, considerando, que ya ninguno se atrevería á tratar con él, y que todos le huirían, hallándose precisado á vivir solitario, cual fiera temida de todos y de todos temerosa. No bien hubo declarado su luz el día inmediato, cuando ordenó que se le llevase á su tienda el cuerpo de Clito, anegado como estaba en su sangre; á vista de cuyo espectáculo, deshecho en lágrimas, decía: «¿Es esta la recompensa que he dado á quien me alimentó con sus pechos, cuyos dos hijos murieron en el sitio de Mileto en mi servicio y por mi gloria? ¿Es posible que en mi mesa diese muerte á un hermano suyo, que era el único consuelo que le había quedado después de la pérdida de sus hijos? ¿Qué será ahora de aquella pobre infeliz? No le ha quedado otro recurso sino el mío; ¿pero cómo podrá ya verme sin horror? ¿Cómo, pues, me atreveré á volver, homicida de mis amigos y de los que me dieron la vida, adonde no

podré dar la mano á quien me alimentó con sus pechos, sin renovar la memoria de su infortunio?» En cuyas desconsoladas expresiones, viendo los suyos que no cesaban sus lágrimas, hicieron llevar de allí el cuerpo, faltando el cual se mantuvo por tres días solo, oculto y sin permitirse á la comunicación de nadie, hasta que viéndole sus oficiales y guardas tan obstinado en la desesperación, entraron juntos en sus tiendas, donde á fuerza de sus persuasiones y ruegos, le vencieron á que comiese; y para que le fuese menos ignominioso su yerro, declararon por un decreto solemne que Clito había muerto justamente, y que no le hubieran dado sepultura á no haberlo mandado el rey.

El cual, después de haberse detenido dos días en Maracanda para acabar de perder el empacho con que estaba, envió á Ephestión á la Bactria con parte de sus tropas á que dispusiese las provisiones para el invierno; dió el gobierno para que estaba nombrado Clito á Amintas, y él pasó á Xenippa, cuya región confina con Scythia, y estaba muy poblada de viñas, respecto de la crecida fertilidad de la tierra, la cual no sólo mantiene á los naturales, sino á muchos extranjeros. Era esta la retirada de los bactrianos, bandidos que se habían separado de la obediencia de Alexandro, los cuales, arrojados de allí por los naturales, noticiosos de la ida de Alexandro, habían juntado dos mil doscientos hombres, cuya gente era toda de á caballo, alimentada únicamente de los robos, y cuyos brutales espíritus se habían hecho más furiosos con la guerra y con la desesperación del perdón.

Descargaron tan repentina y furiosamente en Amintas, gobernador de Alexandro, que estuvo por largo tiempo dudosa la victoria, hasta que habiendo perdido setecientos de los suyos, de quienes se hicieron prisioneros trescientos, se encomendaron á la fuga, no sin

haberse vengado, por haber muerto ochenta macedones y herido á trescientos cincuenta. Con todo, el rey no dejó de perdonarlos, en medio de habérsele rebelado dos veces; y habiéndoles hecho prestar juramento, pasó con todo su ejército á una provincia llamada Naura, cuyo sátrapa era Sisimetres, el cual tenía dos hijos, habidos en su propia madre, conforme á la costumbre de aquella bárbara tierra, en que se permiten semejantes casamientos.

Este, pues, había levantado dos mil hombres de guerra y fortificado el paso de las montañas, como la única entrada que se ofrecía, cerca de la cual corría un caudaloso río que servía de foso á una quebrada peña que estaba detrás, la cual había cortado por en medio para abrir camino; su entrada era bastante clara respecto de participar de la luz del día; pero lo demás tan obscuro que no se podía dar paso por él sin alguna artificial, y cuya senda estrecha, la cual se dilataba á la campaña, sólo era conocida á los naturales. Y si bien los bárbaros defendían valerosamente aquel estrecho, bastante fuerte por sí, habiendo mandado Alexandro acercar los arietes, empezó á derribar todos los reparos que habían hecho y á romperlos á tiros de hondas y de flechas, y pasando después á ponerse sobre las ruinas se adelantó hacia la peña.

Pensaba alojarse al pie de ella; pero estando de por medio aquel caudaloso río, en donde se juntaban todas las aguas que descendían de lo alto, tuvo por empresa muy difícil agotar abismo tan profundo. Con todo, hizo cortar árboles y juntar gran cantidad de piedras; cuyo trabajo, viéndole los bárbaros, para quienes eran nuevas aquellas obras, tan adelantado en tan corto tiempo, quedaron aturdidos, manifestando que capitularían.

Envióles el rey á Oxatres, que aunque era de su nación seguía el partido de Alexandro, para que los per-

suadiese á que se rindiesen; y en el ínterin, para aumentar su pavor hizo adelantar las torres con las máquinas, que arrojaban gran cantidad de tiros; con cuya diligencia, abandonada la defensa enteramente, ganaron la cumbre de la peña. Oxatres, viendo al sátrapa amedrentado y desesperado de sus cosas, le exhortó á que procurase antes merecer la fe de los macedones que experimentar sus armas, y á que no dilatase con su rendimiento la prosecución de un victorioso ejército que pasaba á la India, y á quien no podía oponerse sin llevar á sí la tempestad que iba á descargar sobre otros. Oíale Sisimetres sin repugnar por sí rendirse; pero su mujer y madre á un tiempo, protestando que quería antes morir, volvió el ánimo del bárbaro y le obligó á dejar el más seguro partido por seguir el más honroso; si bien midiendo después sus fuerzas con las del enemigo, se arrepintió de haberse dejado llevar del temerario consejo de una mujer; y habiendo hecho volver á llamar inmediatamente á Oxatres, le ofreció rendirse, pidiéndole sólo que no dijese al rey la resistencia de su madre, para que pudiese más fácilmente obtener también perdón.

No bien hubo partido Oxatres cuando le siguió él con su mujer y sus hijos y todos los suyos, sin esperar prenda alguna de lo que se le había ofrecido. Mandóle el rey que se volviese á su plaza y que le esperase en ella. Y después de haber sacrificado á Minerva y á la Victoria, le conservó en el gobierno, prometiendo aumentar sus límites si se lo merecía su fidelidad, para cuya mayor seguridad admitió dos hijos suyos que le dió y gustó de que le siguiesen á la guerra. Dejó allí su falange, por adelantarse con su caballería contra los rebeldes; resistieron al principio cuanto les fué posible la aspereza y dificultad del camino; pero gastándose las uñas de los caballos, los cuales se hallaban tan rendi-

dos como las personas, respecto de las largas marchas, hubo muchos que no pudieron seguirle, de que resultó que se fuesen disminuyendo poco á poco las tropas y de que la excesiva fatiga no diese lugar á que le tuviese en su consideración la ignominia de quedarse atrás.

El rey mudaba de ordinario de caballos y seguía incesantemente á los fugitivos, sin que entre todos los mancebos nobles que de ordinario le acompañaban hubiese alguno que lo hiciese entonces, sino fué Philipo, hermano de Lisímaco, cuya edad no pasaba de veinte años y cuyo espíritu se dió bien á conocer en aquella ocasión, porque hallándose á pie siguió el espacio de doscientos estadios (cosa increible) al rey, que iba en tan buenos caballos, sin haber querido tomar el de su hermano, que se le ofreció muchas veces, ni haberse separado de Alexandro, aunque caminaba armado con la coraza y las demás armas.

Habiendo poco después llegado á un bosque donde se le tenía dispuesta cierta emboscada, ejecutó prodigiosas acciones y cubrió al rey, que combatía bien cerca con los enemigos; y después de haberlos obligado á huir, faltándole enteramente aquel gran valor que mantuvo en el calor del combate, y sobreviniéndole un sudor frío que le precisó á arrimarse á un árbol, expiró en los brazos del rey, á quien no fué menos sensible que aquella pérdida la noticia que tuvo de la muerte de Erigio, uno de sus primeros cabos, sucedida poco antes que él se volviese á su campo, donde les mandó hacer soberbios funerales.

CAPÍTULO III.

Manda Alexandro á la mujer de Spitamenes, que le llevó la cabeza de su marido, á quien había muerto, que salga fuera del campo. Venga algunas provincias de los ultrajes y agravios de los gobernadores.

Aunque tenía resuelto el rey acometer á los dahos, por hallarse noticioso que Spitamenes se había retirado allí, le excusó, como en otras muchas ocasiones, de este viaje la fortuna, que nunca dejó de favorecerle, disponiendo lo que deseaba, sin que necesitase de concurrir á ello. Idólatra Spitamenes de su esposa, aunque errante y prófugo, la llevaba siempre consigo, exponiéndola á todo género de peligros; de cuya infeliz vida disgustada ella, procuró reducirle por medio de sus halagüeñas persuasiones á que pusiese fin á sus penosas peregrinaciones, restituyéndose al servicio y obediencia de Alexandro, pues tenía experiencia de su clemencia, y ninguna esperanza de librarse de su celeridad y diligencia. Para cuyo logro indujo á los dos hijos de ambos, ya crecidos, á que tiernos se lo pidiesen, por si el cariño de ellos era más poderoso á ablandarle; añadiendo ella, para dar mayor eficacia á sus ruegos, que Alexandro se hallaba muy próximo; pero el bárbaro, sospechando que su intento era de ofender su amor, esperanza en que podría con el hechizo de su hermosura inclinar la voluntad de aquel príncipe á solicitar sus caricias, celoso é irritado echó mano á su cimitarra para herirla, como lo hubiera hecho á no haberlo estorbado sus hermanos, pero le amenazó de que la daría muerte

si se volvía á poner en su presencia. Y en tanto, para desahogar sus desordenados apetitos, se entregó algunas noches á la comunicación de sus concubinas; si bien fastidiado de ellas, y más encendido en el amor de su esposa, volvió arrepentido y tierno á suavizar con cariñosas satisfacciones el disgusto en que le habían puesto sus destempladas demostraciones, entregándose todo á ella y pidiéndola no le volviese á hablar de lo que había dado ocasión á su desabrimiento, sino que se dispusiese á acompañarle en la fortuna que corriese, pues estaba resuelto á morir antes que rendirse.

Excusóse ella, diciéndole: «Que sólo le había aconsejado lo que había tenido por conveniente. Que habría sido muy posible que no hubiese tenido la prudencia de que no siempre son capaces las mujeres; pero que su intención había sido buena, y que nunca tendría más voluntad que la de su amado esposo.» Persuadido Spitamenes á la dulzura de aquellas expresiones, quiso celebrar el regocijo de su reconciliación, para el cual mandó disponer un banquete, donde bebió con tan grande exceso, que fué necesario llevarle á su cámara medio dormido.

La mujer, viéndole sepultado en un profundo sueño, sacó un cuchillo debajo de sus vestidos y le cortó la cabeza, que dió para que la llevase á un esclavo, cómplice en su furor; y bañada como estaba en sangre, pasó con ella á la tienda de Alexandro, donde le envió á decir: «Que estaba allí para hacerle saber lo que no podía fiar de otro que de él.» Hízola luego entrar el rey á su presencia; en la cual, viéndola teñida en sangre, creyó que iba á quejarse de algún ultraje que había recibido. Pidióla le dijese lo que quería; y ella á él que diese antes orden para que entrase el esclavo que había dejado á la puerta. Las guardas, reconociendo que ocultaba algo debajo de sus vestidos, entraron en alguna sospecha; y

queriendo averiguar lo que era, les mostró aquella cabeza, cuyo rostro estaba tan desfigurado, que apenas se podía por él conocer de quién era.

Noticioso el rey de que llevaba la cabeza de un hombre, salió fuera de su tienda, y supo de él todo lo que había pasado.

Produjo instantáneamente en el ánimo de Alexandro diversos pensamientos este caso. Consideraba por una parte el gran servicio que le había hecho en librarle de un traidor y desertor, que si viviese le daría bastante cuidado; y miraba por otra con horror la crueldad de aquella mujer, que había degollado á su marido, padre de sus hijos, y á quien debía tan grandes obligaciones. Finalmente, prevaleciendo al servicio la enormidad del delito, dió orden para que saliese del ejército, temeroso de que con su ejemplo se introdujesen parricidios entre los griegos, cuyos genios eran blandos y ajenos de aquellas maldades.

Habiendo sabido los dahos la muerte de Spitamenes, aprisionaron á Dataphernes, compañero suyo en la rebelión; y llevándole atado á Alexandro, se le rindieron. Con que libre por aquel medio de los cuidados más urgentes, se aplicó á castigar á los gobernadores, que oprimían los pueblos con sus cohechos y violencias. Hizo, pues, á Phratafernes sátrapa de la Hircania, de los mardos y de los tapuros, con orden de que se apoderase de Phradates, á quien sucedía, y de que se le enviase con buena guarda. Puso á Stasanor en el gobierno de Caricia, que tenía Arsanes; dejó á Ataces la Media, de donde llamó á Oxidates, y dió á Deditamenes el gobierno de Babilonia, que vacó por muerte de Maceo.

CAPÍTULO VI.

Vese en riesgo de perecer todo el ejército de Alexandro con el rigor del frío, caminando á Gabaza. Constancia del rey y su gran humanidad con los soldados sencillos. Su casamiento con Roxanes.

Después de haber puesto en orden todas las cosas, sacó su ejército de las guarniciones, donde habían invernado tres meses, y tomó la derrota para una región llamada Gabaza. Fué sumamente benigno el primer día de marcha; empezó en el segundo á alterarse el tiempo y á pasarse la noche no sin algunas amenazas de tempestad; pero al tercero fueron tan espantosos los relámpagos, que cegaban los ojos y abatían el ánimo de los soldados; los cuales, aturdidos de los incesantes truenos que oían y de los continuos rayos que veían caer delante de sí, ni se atrevían á marchar ni á detenerse, cuando repentinamente vino una crecida lluvia, mezclada de granizo, que corría á manera de un caudaloso río.

Pudieron al principio, cubiertos de las armas, resistirla algo; pero después de haberse mojado éstas, y de hallarse con las manos entumecidas del hielo, quedaron incapaces de mantenerlas y sin saber adónde acogerse, respecto de ir en mayor aumento siempre la tempestad. En cuya incertidumbre, todos los escuadrones se entraban errantes por en medio de los bosques, en quienes rendidos, más que de la fatiga, de la congoja, se arrojaban unos á tierra, sin reparar en los hielos en que había convertido el frío la lluvia, y se arrimaban otros á los árboles, como para morir con menor

disgusto. Y no se engañaban, porque á la falta del movimiento sucedía la del calor natural. Cuya pereza era á la verdad grata á aquellos de cuyos cuerpos se había apoderado la flojedad, los cuales no reparaban en morir á precio de que fuese con algún reposo, porque no sólo continuaba vehemente, sino tenaz, la fuerza del mal, fuera de que la obscuridad de los bosques, aumentada con la tempestad, les usurpaba enteramente la luz, natural consuelo de los afligidos en semejantes calamidades.

Sólo el rey, invencible á tantos contratiempos, recorría sin cesar su ejército de una á otra parte, para infundir espíritu á sus soldados: reunía á los que estaban desordenados, levantaba á los caídos, y mostrábales el humo que salía de las cabañas, esforzándolos á que ganasen las más cercanas. Si bien nada era de tan poderoso incentivo para que mirasen por sí como el considerar la ignominia que les resultaba de abandonar á su rey, á quien veían infatigable resistir á los trabajos á quienes ellos se rendían. Pero la necesidad, que en las adversidades suele ser más poderosa que la razón, les suministró eficacísimo remedio para el frío; porque habiendo cortado gran cantidad de árboles y pegádoles fuego, se dilató éste por el bosque, de tal suerte, que no parecía sino que todo él se abrasaba, y que apenas dejaba lugar para las tropas; con cuyo calor, desentorpecidos los miembros, se fueron poco á poco recobrando los espíritus que había comprimido el frío por todo el cuerpo.

Entraron unos á los alojamientos de los bárbaros, sin que les reservase la necesidad de los más ocultos, y levantaron otros sus tiendas en aquel húmedo suelo, viendo que la tempestad se sosegaba, á cuyo rigor perecieron mil hombres entre soldados y vivanderos. Refiérese que se hallaron algunos arrimados á los troncos de los

árboles, que no sólo parecía que estaban aún vivos, sino que hablaban en la misma postura que los cogió la muerte. También se refiere de un soldado sencillo, macedón, que habiendo vuelto al campo con sus armas, traspasado y casi para fallecer del frío, viéndole Alexandro, dejó el lugar en que estaba sentado calentándose, aunque bien necesitado de no enajenarle, y que después de haberle mandado quitar las armas le hizo poner en él. Que se mantuvo por algún tiempo aquel hombre embargado del frío y privado de sentido, sin poder reconocer dónde estaba ni de quién había recibido aquel beneficio, hasta que recobrados sus espíritus, y viéndose en la silla del rey y junto á su persona, se levantó turbado y confuso. Pero que sosegándole Alexandro, le dijo:

«No temas, amigo; considera sólo cuánto más feliz es la condición de los macedones, siendo yo vuestro rey, que la de los persas. Pues si entre aquéllos es delito digno de muerte el ocupar el asiento de su rey, entre nosotros está tan lejos de observarse este rigor, que antes el haberte sentado tú en él ha sido medio para asegurarte la vida.»

Al día siguiente, habiendo hecho juntar sus cabos, mandó publicar que recompensaría á todos las pérdidas que hubiesen tenido, como lo cumplió; porque Sisimethres le había llevado gran cantidad de bestias de carga, con dos mil camellos y otras muchas recuas de muchos que repartidos por el ejército resarcieron sus pérdidas y satisfacieron el hambre. El rey, después de haber agradecido la atención del sátrapa, dió orden para que hiciesen los soldados provisión de víveres cocidos para seis días, y pasó á las tierras de los saces, donde habiendo corrido y forrajeado, dió á Sisimetres treinta mil cabezas de ganado del botín.

Encaminóse desde allí á una provincia mandada por

Cohortano, sátrapa ilustre, el cual dió la obediencia al rey y le ofreció sus estados. No los admitió Alexandro. Pidióle sólo de tres hijos que tenía, los dos, para que le acompañasen en la guerra; pero él los puso á todos á su servicio.

Habiendo poco después recibido Oxiartes al rey, le tuvo un prodigioso festín, donde hizo ostentación de toda la magnificencia de los bárbaros; para cuya mayor solemnidad mandó llevar á él treinta doncellas de calidad, entre las cuales iba su hija, cuyo nombre era Roxanes, y cuya singular belleza, compuesta de admirables adornos, poco estilados entre los bárbaros, se llevaba los ojos de todos, en medio de ser las demás de bastante hermosura, y con especialidad los del rey; el cual, perdido ya el dominio que tuvo en sus pasiones con los continuos favores de la fortuna, en cuya posesión suele peligrar el más cuerdo si no vive atento á reprimirlas, cuanto se mostró con loable continencia y plausible moderación cuando tuvo en su poder á la mujer é hijas de Darío, con cuyas hermosuras sólo era comparable la de Roxanes, tratándolas con la mesura y circunspección de padre, tanto entonces se dejó rendir del halagüeño hechizo de aquella bárbara belleza, tan inferior á su grandeza y soberanía; pues ciego en su pasión decía: «Que para establecer su imperio era necesario unir á los persas y á los macedones por medio de aquel casamiento; pues sólo él pudiera quitar la afrenta á los vencidos y el orgullo á los vencedores. Que Aquiles, de quien procedía, se desposó con una de sus cautivas; y que á vista de aquel ejemplar, no le parecía que deslustraba su nacimiento ni violaba las leyes de su patria imitando á aquel semidios.»

El padre, fuera de sí con tan inesperada honra, no sabía qué obsequios hacer al rey; el cual, perdido de enamorado, mandó llevar un pan, conforme á la costumbre

de los macedones, entre quienes es la más sagrada prenda de los que se casan; y habiéndole cortado en dos partes iguales, tomó cada uno de los contrayentes la suya, y comieron de ella. Con cuya ceremonia, tengo por sin duda que siendo el pan el más simple alimento del hombre, quisieron enseñar los legisladores á los nuevos maridos con cuán poco debían contentarse.

De esta suerte se casó el rey de Asia y de Europa con una mujer introducida á los regocijos de un festín, para tener de ella un hijo que mandase á los vencedores. Los príncipes de su corte, aunque corridos al ver que entre los desórdenes del banquete hubiese hecho suegro suyo á uno de sus prisioneros, destituídos ya de poder decir desnudamente lo que sentían con el escarmiento en que les tenía el suceso de Clito, no hacían más que aplaudirle, templando los semblantes á aquellos regocijos, y acomodándose á una servil lisonja y contemplación.

CAPITULO V.

Mientras ocupa sus pensamientos sólo en la expedición de la India, se ensoberbece por la malicia de los lisonjeros, y quiere que se le reconozca por hijo de Júpiter; lo cual condena Calisthenes en un discurso grave y juicioso.

Resuelto, pues, á pasar á la India, y desde allí al Océano, para no dejar atrás nada que pudiese oponerse á sus empresas, mandó que de todas las provincias se sacasen treinta mil hombres, que á un tiempo le sirviesen de rehenes y de soldados. Envió en el ínterin á Cratero en seguimiento de Haustanes y de Catenes, que se habían rebelado, y de quienes el primero fué hecho prisionero, y el segundo muerto en el combate. Redujo también á su obediencia Polipercón una región llamada Bubacane. Con que hallándose todo en sosiego, sólo atendía á la guerra de la India, cuya región se reputaba por la más rica del universo, no sólo por la abundancia del oro, sino por la de las perlas y piedras preciosas, de que se adornaban los habitadores con más profusión que gentileza.

Referíase que los escudos de los soldados eran allí de oro y de marfil. Con cuya noticia Alexandro, deseoso de no parecer inferior á ninguno en nada, cuando quería ser en todo superior á todos, mandó guarnecer los suyos de láminas de plata, hacer los frenos de los caballos de oro y enriquecer las corazas, unas de un metal y otras de otro. Y de esta suerte marchó con ciento veinte mil hombres á aquella guerra. Para la cual, estando todo dispuesto, le pareció no diferir más la eje-

cución del intento, que hasta entonces había tenido reservado, de usurpar los divinos honores, á cuyo logro sólo atendía; y no contento con que se le llamase hijo de Júpiter, quiso también que se creyese lo era, como si tuviese el mismo poder que para reprimir las expresiones de la voz, para hacer que concibiesen á su antojo los entendimientos de los hombres, y que postrados en tierra le adorasen los macedones, á usanza de los persas.

No faltaron algunos lisonjeros (perniciosa y fatal peste de los príncipes, y con quien han peligrado más Estados, que con las armas de los enemigos) que aplaudiesen aquel desvarío. Bien es verdad, que en esto estaban excusados los macedones, entre quienes no hubo alguno que hubiese querido relajar en nada las costumbres de su patria; y que todo el daño procedía de los griegos, cuyas pervertidas costumbres deslucían la profesión que hacían de las buenas letras y honestas disciplinas. Había entre otros un natural de Argos, cuyo nombre era Agis, poeta de profesión, y uno de los peores que se conocían; otro llamado Cherilo, y otro Cleón, natural de Sicilia, insigne lisonjero, tanto por genio suyo como por vicio natural de su nación, sin gran cantidad de ellos, de quienes habían purgado sus ciudades los griegos; los cuales lograban mayor crédito y estimación en el aprecio del rey que los mismos príncipes de sangre y que los generales de su ejército. Este género de gente, pues, era la que le sublimaba hasta los mismos cielos, y la que publicaba que Hércules y Baco, Castor y Polux, cederían sus lugares á aquel nuevo dios.

Ordenó una fiesta, é hizo disponer con increíble pompa un festín, para el cual convidó á los primeros señores macedones, griegos y persas; y después de haber dado principio á la comida, se levantó de la mesa y salió fue-

ra de la pieza. Entonces Cleón se introdujo, conforme estaba dispuesto, á tratar de las alabanzas del rey, ponderando primero sus divinas perfecciones, y pasando después á hacer larga memoria de las obligaciones en que los había puesto, decía: Que para desempeño de ellas, no hallaba otro medio, que el de reconocerle por dios, pues no pudiéndose dudar que lo era, le pagaban con tan corto precio como el de dos granos de incienso, todos los beneficios que habían recibido; que en la acción de adorar los persas á sus reyes como á dioses, no sólo procedían piadosos, sino prudentes, porque de la majestad del príncipe dependía la seguridad de sus personas y la del imperio; que ni Hércules ni Baco fueron reconocidos por dioses sino después de haber vencido la envidia de los que vivieron en su tiempo; y que nunca la posteridad creía de los hombres más que lo que su siglo creyó de ellos viviendo; que si ellos mostraban repugnancia, él estaba resuelto á postrarse delante del rey cuando volviese á entrar; pero que era preciso que los demás hiciesen lo mismo, especialmente los sabios, cuyo ejemplo sería tanto más imitado, cuanto era mayor la veneración con que se atendían sus acciones.

Bien se dejaba entender que estas últimas expresiones se enderezaban á Calisthenes, cuya mesura y áspera libertad en el hablar disgustaba al rey, como si sólo él hubiese embarazado á los macedones que le hiciesen aquellos honores, y no tuviesen por sí mismos bastante repugnancia á concedérselos. Aquel filósofo, pues, viendo que todos callaban y que todos le miraban, dijo así:

«Si se hubiese hallado presente el rey á tu discurso, ninguno de nosotros necesitaría de tomar el trabajo de responderte, porque él te mandaría que excusases inducirle á que imitase las costumbres de los bárbaros, y fundar su gloria en lisonjas que concitan el odio de los

hombres y la indignación de los dioses; pero pues está ausente, yo te responderé por él: Que los frutos muy tempranos no son durables, y que con lo mismo que juzgas granjearle divinos honores, es con lo que más se los usurpas; porque para que le crean dios, es necesario tiempo, no habiendo habido ninguno de tantos ilustres héroes que obtuviese sino de la posteridad este reconocimiento.

»Por lo que á mí toca, no le deseo colocado entre los dioses, sino que goce de muy larga vida, y después de eterna gloria. Alguna vez se ve la divinidad en los muertos, jamás empero en los vivos; porque aunque nos alegas el ejemplo de Hércules y de Baco, consagrados á la inmortalidad, ¿debes sin duda creer que para reconocerlos por dioses no es necesario que preceda más ceremonia que la de un festín? Pues sabe que la fama no les ha hecho lugar en el cielo sino después de haber purgado lo que tenían de mortales.

»Verdaderamente ¡oh Cleón! que ni á ti ni á mí nos es dado el hacer dioses; pero convengo en que la divinidad del rey penda de nuestros sufragios; muestra tú tu poder, y pues es más fácil hacer un rey que un dios, veamos cómo le haces. Lo que yo pido á los dioses, Cleón, es que no se ofendan de tu impiedad, y que continúen con la prosperidad que hasta aquí nuestras empresas. Ellos tendrán por bien que nos conservemos con nuestras costumbres; y por lo que á mí toca, jamás me correré de ser macedón, ni de rehusar aprender de los persas el modo con que he de honrar á mi rey; confesaré, sí, siempre que ellos son los vencedores, si es preciso que nos sujetemos á sus leyes y á la observancia de sus estilos.»

Oían gustosos á Calisthenes, mirándole como á protector de la libertad pública, y no sólo se conformaron con su parecer, sino que declararon con firme resolu-

ción, especialmente los más ancianos, que no podían sufrir la mudanza de sus costumbres por las extrañas.

No ignorando el rey nada de cuanto por una y otra parte se habían dicho, por haberlo escuchado todo detrás de una cortina que hizo poner delante de la mesa, envió á decir á Agis y á Cleón que no insistiesen más, y que cuando volviese á entrar se le postrasen los persas á su usanza. Hízolo inmediatamente, fingiendo haberle ocupado negocio de consecuencia; y habiéndole visto los persas, se pusieron de rodillas á adorarle. Iba á su lado Pelipercón, y sintiendo que uno de ellos le tiraba del manto, como para inclinarle á que hiciese lo mismo que ellos, le dijo burlándose que tirase con más fuerza. Oyólo Alexandro, y no pudiendo sufrirlo, le dijo: «Qué, ¿no me adoras? ¿Piensas ser solo tú quien me juzgue digno de risa?» A lo cual, habiéndole respondido Pelipercón que ni el rey era digno de risa, ni él de desprecio, le echó Alexandro en tierra con tan gran violencia, que cayendo sobre su rostro le dijo: «Mira cómo has hecho lo mismo porque te burlabas de los demás;» y mandándole prender después, despidió la junta; si bien pasados algunos días perdonó á Pelipercón, habiéndole tenido en muy estrechas prisiones.

CAPÍTULO VI.

Conspiración contra Alexandro, ocasionada de un agravio hecho á Hermolao. Descúbrese, y aunque Calisthenes está inocente, le incluyen entre los autores de ella.

Manteniendo el rey tanto más viva su indignación contra Calisthenes cuanto era mayor la desconfianza de él con que siempre había vivido, logró próxima y oportuna ocasión para desahogarla. Era costumbre, como dejamos dicho, entre los grandes señores de Macedonia dar sus hijos á los reyes, luego que entraban en edad de quince años, para que los empleasen en ocupaciones poco menos que serviles. Hacían guarda de noche por sus turnos á la puerta de su cámara; introducían á ella por otra diferente las concubinas, y cuando se ponían á caballo tomaban las riendas de mano de los palafreneros y se le llevaban, acompañándolos en la caza y en la guerra. Hallábanse instruídos en las letras y en todo género de ciencias. El mayor honor que lograban era el de sentarse á la mesa del rey y el de que ninguno sino él pudiese castigarlos.

Era entre los macedones éste como un seminario de capitanes y generales, y de quien salieron tantos reyes, á quienes los romanos despojaron de sus estados después de muchos siglos. Sucedió, pues, á uno de estos, llamado Hermolao, matar estando en caza á un jabalí á quien quería tirar el rey, el cual quedó tan irritado de que le hubiese malogrado el intento, que le mandó azotar.

Indignado Hermolao de aquella afrenta, pasó á que-

jarse de ella con Sostrates, uno de sus compañeros y sumamente apasionado suyo. Este, viéndole herido y no hallándose muy satisfecho del rey, le alentó con tal eficacia á la venganza, que habiéndose dado recíproca fe resolvieron matarle; para cuya ejecución no se valieron de gente moza, sino de personas que pudiesen con seguridad y satisfacción acompañarlos á ella. Fueron éstas Nicostrato, Antipatro, Asclepidoro y Philotas, los cuales ganaron también á Anticles, á Elaptonio y á Epimene; pero la empresa era bien difícil de ejecutar, respecto de ser necesario que fuesen todos de guarda la noche que se había de poner por obra, por evitar el riesgo que pudiera seguirse de hallarse en ella otro que no fuese de los que entraban en la conjuración, y de que sirviendo una noche uno y otra otro no era muy fácil mudar el orden de las guardas. Por lo cual fué preciso gastar en esto y en las demás prevenciones necesarias para la ejecución treinta días, al fin de los cuales, llegada la noche en que todos los de la empresa habían de ser de guarda, los cuales se hallaban muy satisfechos de la mutua fidelidad que se habían guardado, y de que era infalible prueba el largo espacio que había corrido sin que en él ni el temor ni la esperanza hubiesen sido poderosos á mudar á alguno (tanta era su grande animosidad contra el rey, ó la lealtad que se guardaban unos á otros), se pusieron en la puerta de la sala donde estaba Alexandro, para que luego que se levantase de la mesa le pudiesen conducir á su cámara; pero su buena fortuna y la grata compañía fueron causa de que se mantuviese gran parte de la noche bebiendo, y también los juegos de que se gastase en ellos otro espacio de ella. De lo cual se hallaban por una parte gustosos los conjurados, considerando la facilidad que tendrían en dar muerte á un hombre embriagado del vino, y temerosos por otra de que se mantuviese en la mesa hasta

que fuese de día, á cuya hora era preciso que los remudasen, sin que los volviese á tocar el turno hasta pasados siete días, espacio capaz de que peligrase entre tantos el secreto; pero acercándose el día se concluyó el festín, con gran gusto de los conjurados al ver se les llegaba la ejecución de su intento, cuando cierta mujer, á lo que se creía fuera de juicio, que solía asistir á palacio y predecir algunos futuros sucesos, se puso delante del rey, ocupando la puerta para impedirle que saliese, y diciéndole á grandes voces y como fuera de sí que volviese á ponerse en la mesa. Él, burlándose, la respondió que era justo seguir el precepto de los dioses; y habiendo vuelto á llamar á sus amigos, renovó el banquete, que duró hasta dos horas de día.

Manteníanse aún allí los conjurados, sin embargo de haberse mudado ya la guarda y de hallarse destituídos de lograr su intento: que tan expuestas están á desvanecerse las esperanzas de las cosas que conciben como seguras los hombres. Acariciólos el rey más de lo que acostumbraba, y mandóles que se fuesen á recoger, pues habían velado toda la noche, y que se diese á cada uno cincuenta sextercios, alabando el celo que habían mostrado á su servicio en haberse mantenido allí, en medio de haber salido de guarda. Con lo cual, malograda tan oportuna ocasión, se fueron todos á sus posadas, esperando la noche en que había de volver á tomarla.

Pero antes de ella, Epimene, ú obligado de las caricias del rey, ó pareciéndole que los dioses se oponían á aquel intento, descubrió la conspiración á su hermano Euriloco, á quien antes no había querido que se le comunicase. Este, escarmentado en el reciente castigo de Philotas, se asió de su hermano y le llevó inmediatamente á palacio, donde habiendo despertado á las guardas las dijo que tenía que hablar al rey en cosa que le importaba no menos que la vida. La deshora á que

iban, las demostraciones de los semblantes, de mal seguro ánimo en uno y de interno dolor en otro, pusieron en tan gran cuidado á Ptolomeo y á Leonato, que estaban de guarda á la puerta de la cámara, qne entraron inmediatamente dentro y despertaron al rey, aún soñoliento de la embriaguez; pero habiendo recobrado poco á poco su razón, les preguntó lo que le querían. Con lo cual Euriloco empezó á decir que los dioses no habían abandonado enteramente su familia, pues habiendo concurrido su hermano al mayor de los delitos, le habían concedido el beneficio de que se arrepintiese; que él iba á descubrir al rey la conspiración hecha contra su persona y que se había dejado de ejecutar la noche antes, y que tenía por cierto que jamás discurriría en los autores de tan detestable designio.

Entonces Epimene fué refiriéndola por su orden y declarándole los cómplices, entre quienes es sin duda que no nombró á Calisthenes como partícipe en aquella deliberación, sino sólo como quien solía dar oídos á las pláticas en que sus discípulos hablan licenciosámente del rey, reprobando sus acciones. A que añadían otros, que quejándose con él Hermolao de haberle hecho el rey azotar, le dijo Calisthenes que debían acordarse de que ya no eran niños, y que no sabían si en esto miraba á consolarlos en sus disgustos ó á incitarlos á la venganza. Habiendo, pues, considerado el rey el gran peligro que había corrido, dió á Euriloco inmediatamente cincuenta talentos y los cuantiosos bienes de cierto Tyridates, volviéndole también á su hermano, movido de los ruegos con que había solicitado su perdón.

Mandó, empero, poner presos á los demás de la conspiración, y con ellos á Calisthenes; y después de haberlos hecho llevar á palacio, se dió toda la noche y el día siguiente al reposo para reparar el desvelo de la antecedente. Tuvo el día inmediato junta general, en que se

hallaron los padres y los parientes de los culpados, bien desconfiados de sus vidas, por comprenderles el castigo, según las leyes de los macedones, que no perdonan á ninguno de la familia de los que lo están en semejantes delitos. Hizo entrar el rey á los conjurados, excepto á Calisthenes, y confesaron éstos cuanto habían tratado; y maldiciéndolos todos, les preguntó el rey por la causa que los había movido á intentar tan gran maldad. Pero no atreviéndose ninguno á responderle, lo hizo Hermolao diciéndole: «Pues lo preguntas como si no lo supieses, sabe que resolvimos darte muerte porque nos tratabas como á esclavos.» A cuyas voces se levantó Sópolis, su padre, llamándole primero «parricida de su rey y de su padre,» y poniéndole después la mano en la boca, dijo: «Que no se debía permitir que prosiguiese aquel desatinado, á quien tenía fuera de sí el horror de su delito.» Con todo, el rey, habiéndole hecho retirar, ordenó á Hermolao que dijese libremente lo que había entendido de su maestro Calisthenes.

CAPITULO VII.

Hermolao hace una invectiva contra Alexandro y prueba que Calisthenes está inocente.

«Valdréme, pues (dijo Hermolao), del permiso que me das para decir cuanto he sabido tan á costa nuestra y por experiencia propia. Cuantos macedones han rendido la vida á manos de tu crueldad, ¿cuál es el que ha dejado de sentir sus efectos, no ya de la hez del vulgo, sino de los más principales entre nosotros? Attalo, Philotas, Parmenión, Lincestes y Clito vivirían sin duda hoy si sólo hubiesen contendido con los enemigos; veríaslos aún en la refriega cubrirte con sus escudos, combatir por tu gloria y dejarse cargar de heridas por adquirirte victorias. ¿Con qué apreciables premios, empero, remuneraste estos grandes servicios? Haciendo que regase el uno con su sangre tu mesa, y que perdiese el otro con muchas muertes una sola vida. Los generales de tu ejército fueron puestos á cuestión de tormento, y sirvieron de espectáculo á los persas, á quienes había vencido Parmenión, sin que se supiese la causa, y por él Attalo, porque tienes la loable costumbre de servirte mutuamente de las manos de los miserables para que ejecuten los castigos, haciendo que éstos, que poco antes fueron ejecutores de la muerte de aquéllos, sean después los que la padezcan de otros.»

Sobrevino entonces gran conmoción en la junta contra Hermolao, cuyo padre iba á pasarle la espada por el cuerpo, que hubiera hecho á no estorbárselo el rey, el cual pidió á todos tuviesen paciencia y escuchasen á

aquel infeliz, que aumentaba con nuevos delitos las penas á que estaba destinado por los pasados; y habiéndolo conseguido, no sin gran dificultad, continuó Hermolao diciendo:

«¡Oh!¡ Cuánto acreditas tu excesiva liberalidad permitiendo que hablemos los tartamudos muchachos, al tiempo mismo que encarcelas la afluente voz de Calisthenes, para que quien sabe decir no pueda hablar! ¿Por qué rehusas que se presente aquí, cuando aun á los que han confesado su delito no niegas que digan lo que se les ofrece en su descargo? Pero ya se deja conocer que es porque temes oir el libre razonamiento de un varón de tan gran entereza como bondad, y cuyo semblante apenas podrás ver sin gran empacho tuyo. Yo, yo soy quien defiendo que está inocente. Aquí se hallan los que conmigo intentaron tan gloriosa empresa; pero ninguno podrá decir que Calisthenes interviniese á ella; y sin embargo, ha mucho tiempo que está destinado á la muerte por el más justo y moderado de todos los reyes.

»Estos son los premios que consiguen los macedones, cuya sangre derramas con larga prodigalidad, como superflua y de ningún valor. Tú llevas tras ti treinta mil machos cargados de oro de la presa de tus enemigos, y tus soldados no vuelven á su patria con otra recompensa de sus fatigas que la de sus heridas. Tolerábamos, empero, todas estas sinrazones mientras no nos pusiste en manos de los bárbaros, y por extraños medios no nos hiciste pasar á los vencedores debajo del yugo de los vencidos.

»Nada te es tan grato como el traje y la disciplina de los persas: y nada de mayor aversión que las costumbres de tu patria. Y así, nosotros hemos pretendido dar muerte al rey de Persia, á quien por desertor y rebelde debemos perseguir por derecho de guerra. Tú has querido que los macedones hayan inclinado la rodilla

delante de ti y que te hayan adorado como á Dios: tú negaste que Philipo era padre tuyo, y sin duda hubieras hecho lo mismo de Júpiter, si hubiese otro dios mayor que él de quien suponerte hijo. ¿Y á vista de esto te extrañas que tantos varones libres y cuerdos no puedan tolerar tu orgullo? ¿Qué podemos, pues, esperar de ti, habiéndonos reducido á estado de morir inocentes, ó, lo que es peor que la misma muerte, de vivir en servidumbre?

»Si hay alguna esperanza de enmienda en ti, confiesa la obligación en que me estás, pues soy el primero que te ha enseñado cómo debes tratar á la gente de bien. Por lo que mira á lo demás, perdona á los que nos tocan y no aumentes con nuevos castigos los tormentos de su vejez, bastantemente martirizada con la pérdida de sus hijos. Cébese en nosotros tu crueldad, y haz que nos despedacen para que logremos con nuestra muerte lo que esperamos conseguir con la tuya.»

Tal fué lo que Hermolao dijo, á todo lo cual respondió Alexandro:

CAPÍTULO VIII.

Respuesta de Alexandro á la invectiva de Hermolao. Castigo de los conjurados y del inocente Calisthenes.

«Nada convence más de falso que mi paciencia cuanto este impostor ha dicho, instruído de su maestro. Si bien pudiera haber excusado, habiendo confesado su delito que lo repitiese, he querido que lo vuelva á hacer delante de vosotros, previniendo usaría en su deposición del mismo furor de que se halló preocupado para intentar darme muerte, cuando debiera venerarme como á padre suyo.

»No ignoráis que hallándome últimamente en caza, cometió el desacato que me obligó á mandarle castigar, conforme al estilo de nuestra patria y á lo que en todos tiempos han practicado los reyes de Macedonia, á quienes nos es concedido, que así como son castigados los pupilos de sus tutores, y de sus maridos las mujeres, lo sean también estos muchachos de orden nuestra por nuestros siervos. Esta, pues, es la gran crueldad que ha experimentado de mí, y la que le ha obligado á intentar vengarla con un parricidio.

»No necesito decirlo yo para que sepáis vosotros la benignidad que uso con los demás que me dejan obrar según la blandura natural de mi genio, ni tampoco de advertiros cuán poco se debe extrañar que Hermolao sienta mal de los castigos de los parricidios, hallándose él merecedor de ellos, y que alabe á Philotas y á Parmenión, cuando en la causa de éstos defiende la suya.

»Por lo que mira á Lincestes, hallándose acusado por

dos testigos de haber maquinado contra mi vida, le perdoné; y aun estando convencido tercera vez del mismo, diferí por dos años su castigo, hasta que me vi precisado de vuestras instancias á no faltar á la justicia.

»Por lo que mira á Attalo, bien os acordáis que, aun antes que me coronase, maquinó mi muerte. Y en cuanto á Clito, pluguiese á los dioses que no me hubiesen provocado tanto á ira sus atrevidas mordacidades; pero bien sabéis vosotros cómo me trató, y que le sufrí; lo que no fuera fácil que tolerase de mí tan largo espacio si lo hubiese yo dicho de él.

»No siempre pende la clemencia de los reyes de su arbitrio: que muchas veces tiene parte en ella el genio é inclinación de los pueblos; porque, en fin, la obediencia de los vasallos es la que hace felices á los príncipes; pero si una vez se les pierde el respeto queriendo mandar los que deben obedecer, ¿qué puede resultar de semejante desorden sino que á una sucedan muchas violencias? ¿Mas qué me admira que me trate de cruel quien no se ha avergonzado de acusarme de avaro?

»No quiero recurrir, para desvanecimiento de este cargo, á la autoridad de ninguno de vosotros, por no hacer odiosa mi liberalidad y ofender vuestra modestia. Pídoos, sí, sólo que dilatéis vuestra vista y vuestra consideración por todo el ejército, en quien reconoceréis como los que antes no tenían más que sus armas, duermen ya sobre lechos de plata, se sirven en sus mesas de vasos de oro, llevan tras sí tropas de esclavos, y se hallan tan cargados de la presa, que no saben qué hacer de ella. Sí; pero dice que á los persas, á quienes hemos vencido, los trato con grandes honras. Es así, no lo niego; pues fuera defraudarme yo mismo la gloria que me resulta de una acción en la cual se acredita más mi moderación.

»Mi ánimo ha sido, y es, manifestar al mundo que no

he venido al Asia á exterminar las naciones ni á dejar desierta la mitad de la tierra, sino á reinar de suerte que los vencidos no miren con disgusto mis victorias. Esto es lo que les obliga á que combatan gustosos con vosotros, y á que derramen su sangre por vuestra gloria; y lo contrario los precisaría á que, impacientes, procurasen sacudir el yugo de nuestro dominio, pues ninguno es durable habiéndole de mantener á fuerza de armas.

»La memoria de los beneficios es quien los conserva eternos, por lo cual es preciso hacerlos partícipes de nuestra clemencia si queremos mantener el Asia; y no nos contentamos sólo con haberla adquirido, pues con su afecto contaremos el más firme y seguro establecimiento de nuestro imperio. Más tenemos, á la verdad, que lo que pudimos haber deseado, y es insaciable avaricia querer también recoger lo que por todas partes se derrama.

»Censúraseme de que introduzco en los macedones las costumbres de los bárbaros. Veo en otras naciones algunas cosas que me parece podemos imitarlas sin avergonzarnos, y que no es posible regir tan gran imperio sin comunicarle algo nuestro y tomar algo suyo; pero es bien digno de risa que Hermolao quiera que yo me oponga á Júpiter, cuando me llama hijo suyo, como si las respuestas de los dioses pendiesen de mi arbitrio. Hame honrado con este título, y el haberle admitido no sé que haya perjudicado nada á mis intereses. ¡Ojalá me creyesen también dios los indios, pues pendiendo en la guerra toda la importancia de ella de la reputación, suele las más veces tener la mentira autorizada la misma fuerza que la verdad desnuda!

»¿Pensaréis vosotros también que el haber hecho enriquecer vuestras armas de plata y oro fué orgullo y soberbia mía? Pues bien lejos de ello, no ha sido otra mi

intención que la de envilecer esos preciosos metales á fuerza de hacerlos comunes, para evitar que los macedones, los cuales se han mostrado en todo invencibles, queden vencidos de ellos. Quiero deslumbrar primero los ojos de aquellos pueblos, en cuyos groseros ánimos sólo hacen impresión los accidentes más viles y despreciables, y desengañarlos después de que no es la plata ni el oro lo que nos mueve, sino la conquista de todo el mundo. Esta gloria nos la quisiste usurpar tú (¡oh homicida traidor!) y reducir á los macedones con la muerte de su rey á la obediencia de los vencidos; y ahora me adviertes que perdone á vuestros padres, cuando fuera más justo que ignoraseis lo que he de ejecutar con ellos, para que murieseis con mayor disgusto, si cabe en tan desalmados hombres sentimiento alguno por los suyos; pero ha algunos años que yo he derogado la ley de que padezcan indiferentemente inocentes y culpados; y así, pueden quedar vuestros parientes asegurados de que los conservaré en los mismos honores que tenían.

»Y por lo que toca á tu Calisthenes, en cuyo concepto sólo tienes alguna estimación porque no eres peor que él, no ignoro que el desear le dé yo audiencia, es con el fin de que me diga en mi presencia, y en la de toda esta junta, las injurias que tú me has dicho; y es cierto, que como á maestro digno de tal discípulo, le hubiera hecho entrar contigo si fuese macedón; pero siendo natural de Olintho, no fuera justo que gozase del mismo privilegio.»

Concluído este razonamiento despidió la junta, é hizo entregar á los culpados á las guardas que eran de la misma compañía, las cuales procurando acreditar por aquel medio su fidelidad para con el rey, los hicieron padecer crueles tormentos antes de darles muerte. Expiró Calisthenes en ellos, aunque sin más culpa que la de no haber querido acomodar su genio áspero y libre

al estilo de la corte, condescendiendo con las lisonjas de los aduladores; por lo cual ninguno de cuantos fueron muertos por orden de Alexandro le suscitó tanto odio en los griegos como éste, pues no contento con quitar la vida á un varón de tan gran bondad y sabiduría, y á quien había estorbado la muerte, cuando despechado se la quiso dar después de la de Clito, le hizo despedazar en los tormentos sin haberle permitido diese sus descargos. De cuya crueldad se arrepintió cuando no tenía remedio.

CAPÍTULO IX.

Hermosa descripción del río Indo. Del Ganges. De Diardene. De la India. De sus habitadores. De sus reyes y de sus sabios.

Más ilustre siempre Alexandro antes de la guerra que después de la victoria, tomó su derrota á la India, poco después de estas muertes, para excusar los murmullos que de ordinario produce la inacción. Mira la India por la mayor parte al Oriente, y es más larga que ancha. Por la del Mediodía se descubren crecidos collados, y por las demás es todo el territorio llano y bañado de famosos ríos, que descendiendo del monte Cáucaso, llegan á aumentar sus ondas, de suerte que quedan navegables. Es el Indo más frío que los demás, y el color de sus aguas con corta diferencia del mismo del mar.

El Ganges caudaloso, aun desde su origen, corre hacia el Mediodía, y se dilata en derechura por la extensión de los montes, hasta que impedido de las rocas vuelve hacia el Oriente, y desaguando en el mar Rojo, inunda parte del territorio, llevando tras sí cantidad de árboles, si bien en donde halla unido é igual el terreno se estanca formando muchas islas. Hácele más caudaloso el Acesines, cerca del mar donde desagua, en cuyo encuentro chocan con gran furia las aguas de uno y otro, respecto de recibirle el Ganges cuando va más rápido, y de repelerle aquél con no menor violencia.

No es tan célebre el Diardene, por correr sólo por últimas partes de la India, si bien cría no sólo cocodrilos, como el Nilo, sino también delfines y otros animalcs desconocidos á las demás naciones.

El Erimanto corre siempre con torcido curso, y queda al fin de él muy disminuído, respecto de dividirle los naturales del territorio por donde pasa en muchos arroyos para regarle. Sin estos hay otros muchos ríos á quienes hace desconocidos su corta extensión.

Las regiones marítimas son molestadas de los vientos de Septentrión, que las hacen estériles; pero las que están cubiertas de los montes, producen hermosos trigos y deliciosos frutos.

Por lo que mira á lo demás, la naturaleza ha dispuesto los tiempos del año de suerte que en el que ellos tiene el del invierno, tenemos nosotros el del verano; y por el contrario, cuando ellos éste, nosotros aquél, sin que se haya podido hasta ahora averiguar la causa.

El color del mar que los circunda es el mismo que los demás, porque el creer rojas sus aguas los ignorantes, no tuvo otro principio que el haber tomado el nombre del rey Erythreo.

Críase allí gran cantidad de lino, de que se visten sus naturales. Las cortezas de los árboles son tiernas, que como en cera se imprime en ellas lo que se escribe. Aprenden allí los pájaros con facilidad á imitar el sonido de las voces humanas, y no se ofrecen animales semejantes á los nuestros si no se llevan. Críanse en aquella región los rinocerontes, aunque no nacen en ella. Los elefantes son más corpulentos y gallardos que los de África, y corresponde á su estatura su fortaleza.

Los ríos, que por el corto caudal de sus aguas corren con apacible curso, quizá para no malograr con la violencia de él lo precioso de sus guijas, resarcen aquél con el oro que llevan sus arenas.

Arroja el mar á sus orillas gran cantidad de perlas y de piedras preciosas en que se funda su mayor riqueza, especialmente después que se transfirieron á las naciones extrañas sus vicios, porque es cierto que en sí no

tienen más estimación los excrementos del mar que la que les ha dado la liviandad de los hombres; cuyos genios participan allí, como en las demás partes del mundo, de la influencia del clima y de la situación de la tierra.

Visten dilatadas ropas de lino que les llegan á los pies; usan para éstos de sandalias, y de cierta especie de turbantes para la cabeza. Aquellos á quienes distinguen de la plebe ó el nacimiento ó los bienes de la fortuna, traen arillos de piedras preciosas en las orejas, y adornados de oro en las manos y en los brazos. Atienden al aliño de sus cabellos, y es más común entre ellos dejárselos crecer que cortárselos. La barba jamás se la quitan, pero no les pasa nunca de la extremidad del rostro, lo restante del cual procuran que esté desembarazado y sin pelo alguno.

La relajación y soberbia de sus reyes, á quien dan el título de esplendidez y magnificencia, comprende la de todas las demás naciones del mundo. Cuando se dejan ver en público, llevan los criados de su casa delante de sus personas incensarios de plata, y perfuman todas las calles por donde han de pasar. Van en una litera de oro, guarnecidas de perlas, cuya colgadura es de lino recamado de oro y de púrpura. Acompáñanla sus guardas, muchas de las cuales llevan ramos de árboles cargados de pájaros, á quienes han enseñado diversos géneros de cantos para que les sirvan de diversión y den algunas treguas en sus más graves cuidados.

Las columnas de su palacio son doradas y enmarañadas de una parra de oro que se dilata por lo largo de ellas, sobre quien se ofrecen á trechos diversas figuras de pájaros de plata matizados de varios colores, que es lo más grato á la vista. Sus puertas están siempre abiertas para todos los que quieren entrar en él; da el rey audiencia á los embajadores, y administra justi-

cia á sus vasallos mientras se peina. Cuando le quitan las sandalias le ungen los pies de preciosos olores. El mayor ejercicio que hace es el de salir á tirar con flechas á las fieras que le tienen prevenidas en el bosque, donde lo hace rodeado de sus concubinas, las cuales mientras se emplea en este ejercicio, se ocupan en cantar y en hacer votos por que la caza sea feliz.

Tienen dos codos de largo las flechas, y se despiden con más violencia que efecto, respecto de que consistiendo en su ligereza toda la fuerza, las deja inútiles el peso que las echan.

Sale á caballo cuando no va lejos, pero si la jornada es dilatada, la hace en un carro, conducido por elefantes cubiertos de caparrones de oro; y para que no falte á tanto desorden y relajación circunstancia alguna, lleva detrás de sí una gran tropa de concubinas en literas de oro. Este acompañamiento es distinto del de la reina, que ni en la pompa ni en la magnificencia le cede. Dispónenle estas mujeres la comida y sírvenle el vino, que beben con gran exceso los indios, y cuando se halla cargado de él y rendido al sueño, le conducen á su cámara, invocando con himnos á su usanza á los dioses nocturnos; pero ¿quién creerá que entre tantos vicios pueda tener algún lugar de estimación la filosofía?

Hay cierto género de hombres groseros y salvajes á quienes llaman sabios, los cuales fundando su mayor gloria en anticiparse la muerte se hacen quemar vivos. Tienen por afrenta esperarla en edad caduca ó entre las penosas fatigas de las enfermedades; por lo cual no hacen estimación alguna de las personas que mueren de vejez, y juzgan que amancillan el fuego de su pira si no se introducen á ella conservando sus vitales espíritus.

Los que habitan en las ciudades y gozan de la sociedad pública, observan los movimientos de los astros,

predicen lo futuro, y creen que ninguno que tiene valor para esperar la muerte se anticipa á dársela.

Por lo que mira á los demás, forman divinidades á su antojo y adoran con especialidad á quienes se les prohibe violar con pena de la vida. Componen sus meses de quince días; pero el año le tienen tan cumplido como el nuestro. Miden el tiempo por el curso de la luna, aunque no como las demás naciones, sino por su entera revolución, respecto de que cuenta un mes después de la luna nueva hasta que está llena, y otro después de estar llena hasta su menguante; de manera que así como las demás naciones hacemos de la creciente y menguante de este planeta sólo un mes, forman ellos dos.

Refiérense sin éstas otras muchas particularidades de aquella región con las que no me ha parecido interrumpir el hilo de esta historia.

CAPÍTULO X.

Sujeta Alexandro con admirable felicidad diversos pueblos de la India, aunque no sin efusión de sangre.

Habiendo llegado Alexandro á los términos de la India, se anticiparon á darle obediencia, diciéndole que era el tercer hijo de Júpiter que había pasado á aquella región; que no habían conocido á Baco ni á Hércules sino por la fama; pero que á él le veían, logrando la dicha de gozar de su presencia. Recibiólos con gran benignidad y mandóles que le acompañasen y guiasen, y reconociendo que no venían otros á hacer la misma demostración, envió á Ephestión y á Pérdicas con una parte de sus tropas para reducir á los que resistiesen su obediencia, para que se alargasen al río Indo y para que mandase pasar á él el ejército; pero reconociendo que era preciso hacer lo mismo por otros ríos, ordenó que éstos fuesen en tal disposición que pudiesen desarmarlos y conducirlos en carros para que sirviesen en todos. Después de lo cual, y de haber mandado á Cratero que le siguiese con la falange, se puso al frente de la caballería y de los que estaban armados más ligeramente, y escaramuzando con los que tuvieron osadía de acometerle, los fué rechazando hasta meterlos en la ciudad.

Habíale alcanzado ya Cratero, y para causar en aquel pueblo, que aún no había experimentado las armas de los macedones, algún terror, mandó poner fuego á las fortificaciones y que los pasasen á todos á cuchillo; pero paseándose á caballo alrededor de los muros fué heri-

do de una flecha, si bien no le embarazó esto para que tomase la ciudad, en cuyos moradores y edificios se hizo considerable estrago. Domada aquella gente de ningún crédito, marchó hacia la ciudad de Nisa y acampó á distancia de sus muros en un bosque que impedía la vista á sus tropas.

Sobrevino en él, llegada la noche, tan gran frío, cual no le habían padecido hasta entonces; pero teniendo la felicidad de hallarse con el remedio tan próximo, cortaron gran cantidad de leña é hicieron con ella muchas hogueras, cuyas centellas se dilataron hasta los sepulcros de los habitadores, compuestos de envejecidos cedros, á los cuales dejó consumido enteramente el fuego á breve rato de haber prendido y extendiéronse por ellos sus llamas. A cuyo tiempo se oyeron los ladridos de los perros de la ciudad y después considerable ruido por los caminos; con lo cual pudieron conocer sus habitadores que el enemigo no se hallaba lejos, y el enemigo que la ciudad estaba cerca.

Reconociendo los sitiados que el rey se adelantaba, probaron á hacer una salida, pero con tan mal suceso, que sobreviniendo gran división entre ellos, unos querían rendirse y otros mantenerse. Noticioso de esto el rey, se contentó con bloquearlos, sin hacerles otro daño, hasta que el cansancio y fatiga del dilatado sitio los obligase á que se rindiesen á discreción.

Decían que había fundado Baco su ciudad, y á la verdad era cierto este origen. Está situada á la falda de un monte, á quien los naturales llaman Merós, y de quien los griegos dedujeron la fábula de que Baco había salido del muslo de Júpiter. Habiéndose informado Alexandro de los naturales de la situación de aquel monte, hizo llevar á él víveres y penetró hasta su cumbre con todo el ejército. Visten sus collados hermosas viñas y hiedras, á quienes guarnecen fecundos arroyos, produ-

ciendo en ellos la tierra gran variedad de árboles frutales, y sin que proceda más sementera que la de haber llevado allí la contingencia algún grano, porción de trigo, sin muchos floridos laureles, cuyas hojas y las de otros árboles cubren las peñas.

Tengo por sin duda que el haberse empleado las tropas en cortar pámpanos y hiedras, haciendo guirnaldas de ellas y corriendo de una á otra parte del bosque, fué, más que divina inspiración, efecto de báquico furor. Resonaban en aquellos montes y valles las voces de tantos millares de hombres como los que adoraban al dios tutelar de aquel bosque, cuyo desorden se empezó sólo por algunos pocos y fué seguido después, como de ordinario sucede, de todos; los cuales, como pudieran en medio de la paz, se extendían sobre la hierba y sobre las enramadas que habían dispuesto. No disgustado el rey de aquel inopinado exceso, mandó disponer suntuosos banquetes por espacio de diez días, en quienes tuvo empleado su ejército en servicio de Baco. A vista de lo cual ¿quién podrá negar que aun la más sublime gloria pende, antes que del merecimiento de la virtud, del capricho de la fortuna? Pues en vez de acometer el enemigo á aquel embriagado ejército, quedó tan amedrentado de su vocería y de sus alaridos, como pudiera, si los hubiese oído, entre el estruendo y manejo de las armas.

Con igual felicidad se preservó también de semejante riesgo, cuando volviendo del Océano se entregó á los mismos desórdenes á vista del enemigo. Pasó desde allí á una región llamada Dedala, á la que habían abandonado sus habitadores, huyendo á aquellas innaccesibles montañas, como lo habían hecho también los de Acadexa, donde entró después. Por lo cual le fué preciso mudar el orden de la guerra y dividir sus tropas en diversas partes; con cuya diligencia quedaron á un

mismo tiempo deshechos, así los que no juzgaban tan inmediato el riesgo, como los que estaban amenazados de él.

Tomó Ptolomeo muchas ciudades, pero de mayor consideración Alexandro, el cual, después de haber reducido todas sus fuerzas, pasó el río Choaspes, dejó á Ceno en el sitio de una rica y populosa ciudad, á quien los naturales llaman Becira, y se encaminó él hacia los Mazagas, por la muerte de cuyo rey, llamado Asacano, sucedida poco antes, mandaba aquella provincia y la ciudad capital su madre Cleophes. Tenía dentro treinta mil infantes, y no parecía sino que la había fortificado á porfía la naturaleza y el arte; porque por la parte que miraba al Oriente la ceñía un río muy rápido, cuyas riberas eran altas y quebradas, y por la que miraba al Occidente y al Mediodía, crecidos peñascos desgajados, al pie de los cuales había cavernas, las cuales aumentadas con el curso del tiempo en abismos, se continuaban con un foso de inmenso trabajo y espantosa profundidad. Tenían los muros treinta y cinco estadios de circunvalación, cuyos cimientos eran de piedra, y cuya altura de ladrillo crudo mezclado con piedras, para que el material más fuerte sustentase al más débil y para que la tierra no fuese invadida de las aguas, y deshecha quedase todo reducido á ruina, tenían en medio gruesas vigas, y en lo alto galerías que cubrían el muro, por las cuales se andaba alrededor.

Habiendo reconocido Alexandro aquellas fortificaciones, y no sabiendo á qué resolverse, por ser imposible llenar las cavernas sino á fuerza de inmensa porción de madera y de piedras, ni tampoco acercar sus máquinas sino por este medio, fué herido en una pantorrilla por una flecha; pero sin hacer más que sacársela, aún no quiso detenerse á atarse un lienzo en la herida, y puesto á caballo continuó en lo que había emprendido.

Con todo, llevando la pierna extendida y descubierta y corrompida la sangre, se le aumentaron los dolores, en medio de los cuales se refiere que dijo: «Que aunque le hacían hijo de Júpiter, conocía era de la misma naturaleza que los demás hombres.» Sin embargo, no por esto se retiró á su campo sin haberlo reconocido todo y dado las órdenes que juzgó por convenientes, en cumplimiento de las cuales, unos demolían las casas que estaban fuera de la ciudad, valiéndose de los materiales para llenar aquellas inmensas profundidades, y otros introducían en ellas troncos de árboles y peñascos enteros, trabajando todos con tan grande ardor, que en nueve días quedó concluida la obra y plantadas sobre ellas las torres.

El rey, sin esperar á asegurarse de la herida, fué á ver el trabajo, y después de haber alabado la diligencia que habían puesto en él sus soldados, hizo adelantar las máquinas, con las cuales se disparó gran cantidad de tiros contra los que defendían las murallas. Pero lo que más terror causó á los bárbaros, no acostumbrados á aquellas invenciones, fué la desmesurada altura de las torres, las cuales viendo que se movían por sí, creían que las gobernaban los dioses, y que los arietes que derribaban los muros y las lanzas arrojadas por los instrumentos de guerra, no podían ser efecto de industria humana. Por lo cual, desesperando de poder defender la ciudad, se retiraron al castillo, desde donde no hallándose más asegurados en él, enviaron embajadores al rey para que le pidiesen perdón. Obtenido éste, salió la reina y se fué para el rey con grande acompañamiento de damas, que le llevaron vino en sacrificio en copas de oro. Iba consigo un hijo que tenía de corta edad, el cual le ofreció al servicio del rey. Fué, no sólo perdonada, sino también restituída á sus estados con el mismo esplendor que había tenido y con todas

las prerrogativas de reina. Cuyo beneficio se creyó debió, más que á la compasión de su desgracia, al atractivo de su hermosura. Lo cierto es, que parió después un hijo, y que le puso por nombre Alejandro (fuese ó no de él).

CAPITULO XI.

Pone sitio Alexandro á Aorno, peña y fortaleza inaccesible, y tómala, habiéndola abandonado los de dentro.

Envió desde allí á Polipercón contra la ciudad de Era, á cuyos habitadores, que habían hecho una desordenada salida, rompió, y cargándolos hasta las mismas puertas de su ciudad, entró mezclado con ellos y se hizo dueño de la plaza. Tomó otras muchas ciudades, cortas y desiertas, por haberse retirado armados sus habitadores á las rocas de Aorno. Era fama que Hércules la había sitiado, y que precisado por un temblor de tierra había levantado el sitio. Hallándose el rey dudoso en el modo de atacarla, por estar fundada sobre una roca quebrada por todas partes, se le ofreció un hombre anciano de la tierra con dos hijos suyos, y le prometió mostrarle camino por donde lo pudiese hacer, como se lo remunerase. Aseguróle le daría ochenta talentos; y habiéndose quedado con un hijo suyo en rehenes, le envió á que cumpliese lo que había ofrecido con algunos soldados armados á la ligera, que le dió, mandados por Mullino, secretario suyo; los cuales quería que ganasen la cumbre por rodeos, sin ser vistos de los enemigos.

No tiene aquella peña, como las demás, las laderas cortas y fáciles para subir a ella; elévase en forma de pirámide, es por abajo anchísima, y cuanto más se levanta, tanto más se va estrechando, hasta que queda á manera de una aguda punta. Pasa altísimo el río Indo por sus faldas, cuyas riberas son por ambas partes as-

perísimas, y de la otra llena de tan crecidos pantanos y cenagales, que era preciso para haber de tomar la plaza terraplenarlos. Si bien ofreciéndose allí un bosque muy á propósito para conseguirlo, le hizo el rey talar, ordenando que se cortasen las ramas de los árboles para que los pudieran conducir más fácilmente, y que sólo echasen los troncos. Cortó el primero él, con cuyo ejemplo, levantando todos el grito, se emplearon en continuar el trabajo que había empezado el rey, con tan grande ardor, que en siete días quedó acabado todo.

Habiendo al mismo tiempo resuelto hacer un ataque, mandó á los arqueros y á los arianos que procurasen subir por aquella impenetrable aspereza, y escogió de su compañía treinta mozos de los más valerosos, á quienes dió por cabo á Caro y á Alexandro, exhortando á éste á que se acordase de su nombre. No era creíble que siendo tan evidente el peligro se pusiese el rey á él. Pero no bien hubo dado la señal la trompeta, cuando aquel príncipe, que no era dueño de su valor, ordenó á sus guardas que le siguiesen, y fué el primero que empezó á trepar por la peña.

No hubo entre los macedones alguno que, dejando sus alojamientos, no le siguiese á aquel evidente riesgo, en que perecieron muchos, cayendo de la peña al río, cuyos crecidos remolinos los sorbían. Espectáculo á la verdad lastimoso, aun á los que no habían corrido igual fortuna. Pero como se hallaban amenazados del mismo riesgo, convertida en miedo la compasión, sólo cuidaban de sí.

Hallábanse ya tan empeñados, que les era preciso ó vencer ó morir, porque los bárbaros descargaban crecidas piedras sobre los que subían; los cuales, asiéndose no sin gran dificultad y trabajo en aquellos resbaladizos lugares, caían precipitados. Sin embargo, Alexandro y Caro, á quienes envió el rey delante con aquellos treinta

mancebos escogidos, habían ganado ya lo alto de la peña y llegado á las manos. Pero ocupando aún el enemigo la cumbre, para un tiro que lograban recibían muchos.

Bien acreditó Alexandro en aquel peligro cuán presente tenía su nombre y el ofrecimiento que había hecho al rey. Pero no bastando el valor adonde faltaba el resguardo, cayó oprimido de inmensos golpes. Viéndole Caro en tierra, y no atendiendo sino á tomar venganza de su muerte, se entró por en medio de los enemigos, en quienes á lanzadas y estocadas hizo considerable mortandad, hasta que no pudiendo resistir solo á tan numerosa muchedumbre, cayó muerto sobre el cuerpo de su amigo.

Sentido el rey, como era justo, de la pérdida de aquellos dos valerosos soldados y de los demás, hizo que tocasen á retirar. Todo su remedio le debieron á la buena ordenanza con que se retiraron; porque los bárbaros, contentos por haberlos rechazado, no los siguieron. Aunque Alexandro, perdida la esperanza de poder ganar la plaza, tenía resuelto levantar el sitio, mostrando quererle continuar, hizo tomar todos los pasos del camino, acercar las torres y que refrescasen los que se hallaban fatigados.

Los indios, viendo su obstinación, dieron á entender también su seguridad; y como en manifestación de haber triunfado del enemigo, tuvieron dos grandes banquetes, celebrando su vencimiento con tambores y timbales á su usanza. Si bien á la tercera noche, habiendo cesado su algazara, causó grande extrañeza el ver toda la peña llena de fuegos, que habían encendido para asegurar su fuga por aquellos despeñaderos. Habiendo enviado el rey á Balacro á reconocerlos, supo que los bárbaros habían abandonado la peña; á cuyo tiempo, haciendo señal á su gente para que levantase el grito,

causó tal pavor en los fugitivos, que creyendo ya sobre sí al enemigo, se precipitaron muchos de lo alto de las peñas, y la mayor parte de ellos estropeados, fueron abandonados de los que pudieron salvarse.

Aunque Alexandro quedó antes vencedor de la plaza que del enemigo, hizo en acción de gracias sacrificio á los dioses, como si hubiese ganado una batalla, y levantó altares sobre la peña á la diosa Minerva y Victoria; á las guías que habían conducido á los soldados armados á la ligera, no dejó de cumplirles puntualmente lo que les ofreció, en medio de no haber ejecutado todo lo que habían prometido, y á Sicocosto dió el gobierno de la peña y de la región.

CAPITULO XII.

Omphis, príncipe poderoso, abandonándose se rinde á Alexandro con su reino, pero consérvale en él. Presentes que se hacen ambos.

Tomó desde allí la vuelta de Ecbolima, si bien noticioso de que cierto Eryce estaba apoderado con veinte mil hombres de guerra de un estrecho que había en el camino, dejó el grueso del ejército á Ceno para que le condujese á cortas jornadas, y habiéndose adelantado con su gente de arco y de honda, puso en desorden á los enemigos y abrió el paso á sus tropas, que le seguían. Los indios, ya fuese por granjear la gracia del vencedor, ó ya por odio que tuviesen á su cabo, le dieron muerte al tiempo que huía, y llevaron su cabeza y sus armas á Alexandro; el cual dió por libre de castigo la acción, si bien no quiso autorizar el ejemplo con la recompensa de ella. Encaminándose desde allí al río Indo, llegó á él en seis días de marcha, donde halló dispuesto por Ephestión cuanto era necesario para pasarle, según se lo había ordenado.

Reinaba en aquella región Omphis, el cual, en cumplimiento del consejo que le dió su padre poco antes de su muerte para que pusiese á la obediencia de Alexandro su estado, le había enviado después de ella embajadores para saber de él, si era de su agrado que tomase posesión del reino, ó que como persona particular esperase su venida. Y si bien el rey le permitió que reinase, tuvo la atención de no usar del dominio que le había concedido. Trató á Ephestión con grande urba-

nidad, é hizo distribuir gratuitamente entre sus tropas todos los granos que necesitaron, aunque no se dejó ver de él, por no quererse fiar sino del rey; á quien salió á recibir luego que supo estaba cercano, con un hermoso ejército, entre cuyos escuadrones llevaba gran cantidad de elefantes, á corta distancia unos de otros, que de lejos no parecían sino castillos.

Túvole al principio Alexandro por enemigo suyo y no por su aliado; y así mandó á su falange que estuviese presta, y á su caballería que se pusiese en filas para combatir; cuando el indio, conociendo su yerro mandó hacer alto á sus tropas y detuvo su caballo. Hizo lo mismo Alexandro, dudoso en si venía como amigo ó como enemigo; pues tan igualmente podía librar su seguridad en su valor que en la fe de aquel príncipe.

Llegaron á hablarse con ánimos amigables, según se pudo inferir por las exteriores demostraciones de los semblantes; pero no pudiendo entenderse uno ni otro, hicieron llevar allí un intérprete indio, por cuyo medio dijo Omphis á Alexandro, que él iba á su presencia con su ejército para poner á su disposición todas sus fuerzas, sin haber querido esperar otra seguridad que la que libraba á su persona y á su reino en un príncipe cuya magnánima generosidad sabía que sólo guerreaba por la gloria, y que nada aborrecía más que el obscurecerla con el lunar de la perfidia.

Obligado Alexandro de la bizarría del bárbaro, le tomó la mano y le restituyó á sus estados. Presentó á Alexandro cincuenta y seis elefantes y otras muchas fieras de prodigiosa magnitud, con tres mil toros, que en aquellas tierras son de grande estimación y muy del gusto de los reyes. Preguntándole Alexandro de qué necesitaría más, de labradores ó de soldados, le respondió: que teniendo guerra con dos reyes, necesitaba más de éstos que de aquéllos.

Eran los dos reyes Abisares y Poro, pero más poderoso Poro. Reinaban ambos de la otra parte de Hydaspes, resueltos á experimentar la fortuna de la guerra contra cualquiera que los acometiese.

Tomó Omphis con el permiso de Alexandro la diadema, y según el estilo de aquella tierra el nombre de Taxites que había tenido su padre, y que era afecto á todos los que sucedían en el reino; y después de haber tratado magníficamente el rey por espacio de tres días, le mostró al cuarto las vituallas que habían consumido las tropas que llevó Ephestión, y le regaló á él y á los principales de su corte con coronas de oro y con ochenta talentos de plata en moneda.

Sumamente agradecido Alexandro de la generosidad de aquel príncipe, le volvió á enviar cuanto le había presentado y además de ello mil talentos del botín, que hacía siempre llevar detrás de sí con una rica vajilla de plata y oro para el servicio de su mesa, gran cantidad de ropas á la moda persiana, y treinta y seis caballos enjaezados de la misma manera que los que él montaba; pero así como aquella liberalidad obligó al bárbaro, ofendió sumamente á los cortesanos de Alexandro, entre los cuales uno, llamado Meleagro, le dijo comiendo con él después de haber bebido bien, que se regocijaba de que por lo menos hubiese hallado entre los indios uno digno de mil talentos. Reprimió el rey su indignación acordándose del disgusto que había tenido por la muerte que dió á Clito, á causa de su gran libertad; pero no dejó de decirle que los envidiosos no eran otros que verdugos de sí mismos.

CAPÍTULO XIII.

Hace Alexandro la guerra al rey Poro á persuasión de Omphis, cuyos principios son dudosos.

Llegáronle al día siguiente embajadores de Abisares, y en conformidad del orden que llevaban, ofrecieron á Alexandro en nombre suyo sus estados, y habiendo tomado y dádose recíproca fe, fueron despedidos. No dudando el rey que se le rendiría fácilmente Poro, movido de la fama de sus gloriosas empresas, despachó á C.eo cares para que le notificase que le pagase tributo y compareciese á hacerle el debido obsequio saliendo á los confines de su reino. Pero bien lejos de ejecutarlo, le respondió el bárbaro que no dejaría de obedecerle en una de las dos cosas que le mandaba, saliendo á recibirle á la frontera, pero que sería con las armas en la mano.

Resuelto Alexandro á pasar al Hydaspes, le llevaron á Barcentes, autor de la revolución de los aracosios, y treinta elefantes que se tomaron con él, cuyo refuerzo no pudo irle á mejor tiempo contra los indios; los cuales fían más de aquellos brutos que de sus armas. Lleváronle también á Gamaxo, rey de gran parte de la India, que se había juntado con Barcentes; y habiendo dejado á uno y á otro con buenas guardas y dado el gobierno de los elefantes á Taxiles, pasó á alojar junto al Hydaspes.

Acampaba Poro en la ribera contraria para impedirle el paso, y tenía puestos de frente ochenta y cinco elefantes de prodigiosa magnitud, y delante de ellos tres-

cientos carros y cerca de treinta mil infantes, entre quienes estaban los arqueros que usaban de aquellas largas flechas de quienes dejamos dicho el poco efecto que causaban por su demasiado peso.

Estaba Poro tan horrible como majestuoso sobre un elefante mayor que los demás; ostentándose, así por la superioridad de su estatura á la regular de los otros, como por sus armas resplandecientes con el oro y la plata que las adornaba. Correspondía á la grandeza del cuerpo la del ánimo, y á uno y otro la capacidad, en cuanto permitía la grosería y rudeza de aquellos pueblos.

Quedaron los macedones no menos atemorizados que del enemigo, del río que habían de pasar; el cual, además de tener cuatro estadios de ancho corría tan sumamente profundo é incapaz de que por parte alguna se le pudiese vadear, y con tan violenta rapidez como si lo hiciese por alguna canal estrecha, causándosele más espantoso sus ruidosas y espumosas olas, las cuales, rotas en muchos lugares, eran testimonio de cuán llenos de peñas estaban; pero nada les era tan pavoroso como la vista de la ribera cubierta de hombres, de caballos y de elefantes. Estaban plantados en ella en forma de torres aquellos horribles animales, á quienes irritaban de propósito para que con sus espantosos gritos causasen mayor asombro en los ánimos del enemigo.

Todas estas cosas juntas tenían reducidos á los macedones á tan desconsolados términos, que en medio de haberse mostrado no menos invencibles que esperanzados en los mayores peligros, desconfiaban de poder vencer con sus débiles barcos la impetuosidad del agua, ni de llegar seguramente á la ribera aun cuando lo consiguiesen.

Había en medio del río muchas islas, las cuales pasaban á nado los indios y los macedones llevando las ar-

mas sobre la cabeza. En ellas tenían algunas escaramuzas á vista de ambos reyes, los cuales á costa de aquel corto peligro podrían prevenir el fin del más importante.

Hallábanse en el ejército de Alexandro dos caballeros mozos, llamados Egesímaco el uno y Nicanor el otro, que habiéndose señalado por su temeridad, y fiándose en la continuada felicidad de su partido, despreciaban todo género de peligros. Estos, pues, eligiendo los más resueltos mancebos y no llevando consigo más armas que la de una lanza, pasaron á nado una isla llena de enemigos. En ella, con más osadía que resguardo, hicieron gran mortandad en los contrarios, después de la cual es sin duda que pudieran haberse retirado gloriosamente si supiese la temeridad cuándo es feliz contenerse; pero esperando con desprecio é insolencia á los demás que iban á tomar venganza de la muerte de sus compañeros, cogidos en medio por una tropa de ellos que nuevamente había pasado nadando, fueron oprimidos de los innumerables dardos que les tiraban de lejos, y los que pensaron en salvarse fueron arrebatados de la corriente ó sorbidos de los remolinos.

Dió crecidos alientos este suceso á Poro, atento desde la ribera á cuanto pasaba, y puso en tan gran perplejidad á Alexandro, que se halló necesitado á usar de algunas estratagemas para engañar al enemigo. Había en aquella ribera una isla de mayor extensión que las otras, muy poblada de árboles y propia á armar en ella una emboscada; tenía también un foso muy profundo cerca de la ribera que ocupaba el rey, donde no sólo se podía ocultar infantería, sino también caballería; y temeroso Alexandro de que los enemigos se valiesen de la comodidad de aquel terreno, mandó á Ptolomeo que con toda su caballería marchase lejos de la isla, y quedando frecuentemente al arma para atemorizar á los enemigos, hiciese demostración de querer pasar el río.

Ejecutólo Ptolomeo algunos días después con tan gran destreza, que obligó á Poro por medio de aquel ardid á que pasase de la otra parte donde había dado á entender intentaba ocuparla. Con que logrado el que los enemigos hubiesen perdido de vista la isla, hizo levantar Alexandro su tienda en frente de su campo y plantar las guardas de su persona alrededor de ella con toda la ostentación que solía usar y se debía á la majestad de tan gran rey. Hizo también á Attalo, que era de la misma edad, y no dejaba de parecérsele en el rostro y en la estatura, mayormente viéndole de lejos, que se pusiese su real vestidura para dar á entender estaba allí él en persona y que no intentaba pasar; y procurar teniendo al enemigo en este engaño entrar en la isla ya mencionada con el resto de sus fuerzas mientras le divertía Ptolomeo con las tropas que había llevado. Y si bien sobreviniendo una tempestad retardó la ejecución de este intento, convirtiendo la fortuna en gran beneficio para este príncipe los mayores obstáculos, le facilitó aun en ella misma el medio de llevar al fin su designio; porque sucediendo á aquel turbión tan impetuosa lluvia que aun los que estaban debajo de cubierto no sin dificultad se preservaban de ella, hallándose precisados los soldados á desamparar sus barcos por asegurarse en tierra, y estando el cielo tan cubierto que negaba casi enteramente su luz para que pudiesen conocerse aun los soldados que se hallaban á corta distancia unos de otros; bien lejos Alexandro de que le amedrentasen aquellas espantosas tinieblas ni el riesgo á que se exponía de pasar un río desconocido, y de ir á dar ciegamente y sin más fin que el de adquirir gloria á tan costoso precio á algún lugar quizá ocupado por los enemigos; juzgando que aquella obscuridad que atemorizaba á los demás le era favorable, dió la señal para que todos entrasen en sus barquichuelos sin hacer ruido, y fué el primero

que mandó botar al agua el en que había de embarcarse.

No descubrieron persona alguna en la ribera donde habían de llegar, porque Poro tenía puesto todo su cuidado en Ptolomeo. Llegaron á la orilla sin más pérdida que la de un barquichuelo, que agitado por las olas dió en una peña; y habiendo hecho Alexandro marchar por filas algunas compañías de escogidas tropas para que tomasen el terreno de mano derecha, ordenó su ejército en forma de batalla.

CAPÍTULO XIV.

Combate sangriento y señalado entre los indios y los macedones. Gran valor de Poro, á quien Alexandro trata con real clemencia.

Empezaba ya á marchar al frente de su ejército, dividido en dos filas, cuando avisaron á Poro que los macedones habían pasado el río y se encaminaban hacia él. Creyó al principio, no de otra suerte que de la que se suelen lisonjear los hombres en sus esperanzas, que se habrían equivocado con Abisares, su aliado, que iba á asistirle en aquella guerra, en cumplimiento de lo que tenían ajustado entre ambos; pero aclarando el tiempo y desengañándole de que no eran sino los enemigos, envió á su hermano Hages con cien carros y cuatro mil caballos para que se opusiese á ellos. Consistía en aquellos carros su mayor fuerza; llevaba cada uno de ellos seis hombres, dos con escudos y otros dos arqueros por ambos lados de él, y los restantes conducían el carro, sin que dejasen de pelear cuando se llegaba á las manos, llevando gran cantidad de dardos, que disparaban contra los enemigos luego que quitaban los frenos á los caballos. Si bien aquel día le sirvió de poquísimo toda esta prevención, porque la gran lluvia que había caído dejó la tierra tan resbaladiza que los caballos no se podían tener, ni moverse los carros, bien pesados por sí y hundidos en aquellos pantanos y cenagales. Por el contrario, Alexandro, hallándose con su ejército listo y desembarazado, los cargaba vigorosamente. Fueron los escitas y los dahos los primeros que lo hicie-

ron, y después Pérdicas, á quien envió para que con la caballería acometiese al ala derecha.

Encendido el combate de una y otra parte los que conducían los carros los soltaron á toda rienda por en medio de la batalla, como el mayor socorro que podían dar á su gente; pero fué igual el daño que causaron en unos y otros; porque si la infantería de los macedones, expuesta á aquella primera furia, fué rota y maltratada de las ruedas y de los caballos, los carros, que se desviaban á lugares resbaladizos y fragosos, volcaban á los que conducían, mientras los caballos de los otros, espantados, corrían de una á otra parte, arrojando á unos á los fosos y á otros al río. Hubo sin embargo algunos macedones que abriéndose lugar por en medio de los enemigos llegaron muy cerca de Poro, el cual cumplía á un tiempo con la obligación de soldado y de capitán. Y habiendo reconocido errantes sus carros por aquellos campos de batalla y sin quien los condujese, distribuyó los elefantes entre los que estaban más cerca de su persona y puso detrás de ellos la infantería y los arqueros, que solían tocar los tambores de que se servían los indios en lugar de trompetas. Si bien acostumbrados ya á aquel sonido los alteró poco su estruendo.

Llevaban al frente de la infantería la estatua de Hércules, que era muy poderoso estímulo para encenderlos en el combate, respecto de tenerse por tan gran infamia entre sus tropas abandonar á los que la llevavaban, como si desamparasen la misma persona de Hércules estando vivo y no volverla de la batalla; por lo cual convirtieron en religión y veneración el miedo que habían concebido del enemigo. Detuvo algo á los macedones el aspecto de los elefantes, y también el del rey, porque puestos aquellos brutos entre los escuadrones y vistos de lejos parecían torres; y Poro, cuya estatura era superior á la de todos los suyos, aún mayor.

respecto de ir en un elefante de excesiva magnitud á los demás.

Alexandro, pues, habiendo observado atentamente á aquel rey y á su ejército dijo: «Que, en fin, había hallado un peligro digno de su valor, habiendo de contender con furiosos brutos y con valerosos hombres.» Y volviéndose á Ceno le dijo: «Cuando haya acometido el ala izquierda de los enemigos con Ptolomeo, Pérdicas y Ephestión, y me vieres empeñado en el combate, carga en el ala derecha; y tú, Antígenes, Leonato y Taurón daréis al mismo tiempo en el frente de la batalla y los cargaréis vivamente. Nuestras largas y fuertes picas en ninguna ocasión nos servirán mejor que empleándolas en esos brutos y en los que los montan. Echad por tierra á éstos y herid en aquéllos, cuyo socorro es bien peligroso, pues igualmente pueden servir que dañar, y más si vuelven furiosos contra sus tropas; porque si una obediencia forzada les obliga á ir contra los enemigos, puede precisarlos á que se conviertan contra los suyos un impetuoso miedo.»

No bien hubo dicho esto cuando dando de espuelas al caballo se puso delante de todos. Tenía abierto ya un batallón de los enemigos, como lo había ideado, cuando empezó Ceno á cargar con gran furia en el ala derecha, y la falange con no menor ímpetu en la batalla de los indios, que quedando enteramente rota hizo Poro adelantar los elefantes por la parte que había entrado la la caballería. Pero no pudieron aquellos pesados é inhábiles brutos igualarse en la velocidad con los caballos, ni tampoco los bárbaros valerse de ninguna suerte de las flechas, respecto de que siendo tan largas y pesadas, les era preciso, para cargar cómodamente el arco, afirmarle contra la tierra, que estando tan resbaladiza estorbaba que hiciesen efecto alguno; fuera de que antes de dispararlas tenían al enemigo sobre sí.

No escuchaban ya en aquella confusión las órdenes del rey, habiéndole usurpado la jurisdicción el miedo, más poderoso entonces que los cabos, los cuales eran tantos cuantas las desordenadas tropas. Querían unos que se reuniesen en cuerpo de batalla, otros que se separasen algunos y que se mantuviesen firmes, y no pocos que se cogiese á los enemigos por las espaldas, sin que nada llegase á ejecución. Si bien Poro con algunos de los suyos, en quienes pudo más la honra que el miedo, hizo rostro á Alexandro, poniendo de frente en la marcha á sus elefantes. Causaron gran terror aquellos brutos por sus horribles gritos, á los que no estaban acostumbrados, ni los caballos, naturalmente recelosos, ni los soldados, cuyos escuadrones pusieron en tal confusión, que los que poco antes se habían visto victoriosos, ya no atendían sino á huir.

Entonces Alexandro hizo adelantar contra aquellos animales la caballería ligera de los agrianos y de los tracios, más propios para las correrías que para combatir á pie firme; los cuales descargaron en los elefantes y en los que iban sobre ellos; á cuyo tiempo la falange, viéndolos vacilantes, empezó á cerrarlos de cerca; pero algunos que los perseguían con demasiado ardor los irritaron de suerte que quedaron despedazados de su furor, y dejando en su estrago ejemplo á los demás para que se abstuviesen de oprimirlos; causándoles mayor terror el ver levantar con sus trompas á los hombres armados y entregárselos á los que iban sobre ellos. Lo cual fué causa de que los macedones procediesen más remisos, y de que huyendo las unas veces y acometiendo otras, permaneciese gran parte del día dudoso el combate, el cual no hubiera tenido fin si no hubiesen cortado las piernas á los elefantes con hachas dispuestas para aquel efecto, y con ciertas espadas cortas, á las que llaman *copidas*, algo corvas y en forma de ho-

ces, con las cuales cortaban sus trompas, sin omitir medio alguno de que no se valiesen para librarse del furor de aquellos animales, á quienes temían más que la misma muerte.

Finalmente, rendidos los elefantes al rigor de sus heridas, no se dejaban ya gobernar; antes, furiosos del dolor de ellas, derribaban amigos y enemigos, y sacudiendo á los que llevaban sobre sí, los despedazaban. Después de lo cual, más mitigado su furor, y siendo mayor el recelo con que quedaban que el daño que causaban, los echaron del campo de batalla á bandadas, como rebaños de ganado.

Viéndose Poro abandonado de la mayor parte de su gente, se mantuvo disparando gran cantidad de dardos, con los que hirió á muchos que le cercaban, siendo el blanco de los tiros de los enemigos. Hallábase ya con nueve heridas que había recibido, así por delante como por detrás, por las cuales habiendo derramado gran porción de sangre, quedó tan debilitado que se le caían los dardos de la mano cuando iba á dispararlos; pero su elefante, que se conservaba aún sin alguna herida, con vengativo instinto hizo grande estrago en los enemigos, en que hubiera continuado, si reconociendo el que le gobernaba el desfallecimiento del rey y que se le caían sus armas por su demasiada debilidad, no le hubiese encaminado á la fuga, en la cual le seguía Alexandro bien de cerca. Pero habiéndole faltado á lo mejor su caballo, que oprimido de innumerables heridas cayó suavemente debajo de él, como temeroso de ofenderle, dió tiempo á Poro, mientras tomaba otro, para que se le adelantase, en cuyo intervalo envió el hermano de Taxiles, rey de los indios, para que *le exhortase se rindiese al vencedor y no aguardase al último lance.* Pero Poro, aunque se sentía tan desfallecido y había derramado la mayor parte de su sangre, vuelto hacia donde

oía aquella voz, que no desconocía, le dijo: «No escucho al hermano de Taxiles, aquel traidor á su patria y á su reino.»

Y tomando un dardo que le había quedado, le disparó contra él con tan gran violencia que le pasó de parte á parte; después de cuyo último testimonio de su valor se entregó á la fuga con mayor diligencia que antes. Pero habiendo recibido también el elefante muchas heridas, y no pudiendo ya marchar, se vió necesitado Poro á detenerse, dejando alguna infantería para que hiciese frente á los enemigos que le seguían.

Habíale alcanzado Alexandro, y viendo su obstinación, dió orden para que hiciesen pedazos á los que no se rindiesen; con lo cual cargaron los suyos á la infantería y al mismo Poro, el cual, gravado de tantas heridas, y haciendo el amago de ir á caer del elefante, creyendo el que le conducía que quería desmontarse de él, le hizo poner de rodillas, como acostumbraba, á cuyo ejemplo ejecutaron lo mismo todos los que estaban cercanos, lo cual fué causa de que así Poro como los demás cayesen en manos de los vencedores.

El rey, creyendo que hubiese muerto, mandó que le despojasen, á cuya orden acudieron todos á quitarle la coraza y los vestidos, estorbándoselo el elefante, que defendiendo á su dueño, arrojó de sí á los que se acercaban y le levantó con su trompa poniéndole sobre sus espaldas; pero habiendo perdido los últimos alientos al rigor de las innumerables heridas que descargaron sobre él, pudieron aprisionar á Poro, á quien pusieron en un caballo, y reconociendo el rey que aún abría los ojos, le dijo movido de compasión: «¡Oh tú, infeliz! ¿qué delirio te indujo á que intentases medir tus fuerzas con las mías, sabiendo el crédito de mis armas, y no pudiendo dudar, por lo que obré con Taxiles, tu vecino, de la clemencia que uso con los rendidos?»

A que él respondió: «Pues deseas saberlo, yo te lo diré con la misma libertad con que me lo preguntas. No creía yo que hubiese en el mundo hombre más valiente que yo, porque conocía mis fuerzas y no había experimentado las tuyas hasta hoy que me ha enseñado el suceso que debo cederte, pero sin tenerme por poco feliz, logrando el segundo lugar después de ti.» Y habiéndole preguntado Alexandro «¿qué tratamiento esperaba le hiciese el vencedor?» Le respondíó: «El mismo que este día te aconseja me des, el cual te lo enseña con bastante desengaño cuán caduca es la felicidad de los hombres.» Cuya advertencia le aprovechó más que el mayor ruego, pues con aquella generosa resolución, en que mostró la corta impresión que hizo en su ánimo el infortunio, movió de tal suerte á piedad el espíritu del rey, que no sólo le perdonó, sino que le colmó de honras.

Mandóle curar de sus heridas con el cuidado que pudiera si hubiese peleado en servicio suyo; y habiendo quedado sano de ellas, contra la esperanza de todos, le admitió al número de sus amigos y le dió pocó después mayor reino que el que había tenido; porque nada se observó en él más natural ni en que mayor cuidado pusiese que en estimar el valor y la verdadera gloria donde la hallaba. Bien es verdad que esta virtud la practicó con menos liberalidad entre sus ciudadanos que entre sus enemigos, por creer que cuanto peligraba su grandeza observándola con aquéllos, quedaría más ilustre haciendo mayores y más famosos á los que había vencido.

LIBRO NOVENO.

CAPITULO PRIMERO.

Pasa Alexandro á la India después de haber vencido á Poro y reducido á su obediencia muchos pueblos y ciudades, cuyas costumbres y estilos se describen.

Gustoso Alexandro de tan memorable victoria, la cual le abría el paso al Oriente, hechos sacrificios al sol, colmó de elogios y de esperanzas á sus soldados para animarlos á la continuación de la guerra. Decíales que todas las fuerzas de los indios habían quedado postradas con sólo un golpe: que lo que les restaba no era más que un continuado botín y un almacén de riquezas: que iban á aquellas famosas regiones adonde reinaba la opulencia y crecían los tesoros, respecto á quienes no estimarían despojos los persas: que acumularían tanto oro, marfil y piedras preciosas, que no sólo llenarían de ellas sus casas, sino también á Macedonia y Grecia.

Estimulados los soldados en la codicia y la gloria, y asegurados de las promesas del rey, las cuales habían visto cumplidas siempre, se ofrecieron animosos á seguirle; y habiéndolos despedido, hizo aprestar una armada para pasar al Océano y dilatarse por los términos del mundo, después de haber corrido toda el Asia. Ha-

bía en las montañas vecinas gran cantidad de madera para la fábrica de los bajeles, pero habiéndola empezado á cortar, se encontraban con serpientes de prodigiosa grandeza y con rinocerontes muy raros en el mundo, y á quienes los naturales de la tierra llaman con otro nombre que este, el cual les pusieron los griegos. El rey, después de haber edificado dos ciudades en ambas riberas del río que había pasado, dió á cada uno de los cabos de su ejército una corona de oro y mil escudos, honrando también á los demás según sus grados y méritos.

Abisares, que poco antes había enviado embajada á Alexandro, volvió á hacerlo nuevamente para asegurarle estaba pronto á ejecutar cuanto le ordenase, como no fuese el que le entregase su persona; porque no pudiendo vivir sin reinar, tampoco reinaría siendo cautivo. Respondióle Alexandro «que si le parecía tan áspero ir á él, que él le buscaría». Y habiendo pasado desde allí el río con Poro, entró en lo más interior de la India, donde halló bosques de casi infinita extensión, poblados de espesísimos árboles de desmesurado tamaño, cuyas ramas por la mayor parte eran como troncos, que redoblándose hasta la tierra volvían á levantarse tan derechas que no parecían ramas, sino nuevos árboles que nacían con propias raíces. Es allí el aire muy sano, así por la frescura de los bosques, la cual templa el ardor del sol, como por la abundancia de agua que baña el territorio, aunque muy inficionado éste de serpientes, cuyas escamas resplandecen como el oro, y cuya mordedura era tan sumamente venenosa que los que la padecían morían al punto, hasta que los naturales hallaron remedio para ello. Marchó después por desiertos hacia el río Hidraotes, contiguo á un umbroso bosque lleno de pavos salvajes y de árboles no conocidos.

Desde allí pasó á apoderarse de una ciudad que es-

taba enfrente, y habiéndola impuesto tributo, se encaminó á otra muy grande, como lo son casi todas las de aquellas regiones, cercada de buenos muros y de una laguna. Saliéronle al encuentro los bárbaros sobre carros unidos unos con otros: llevaban hachas unos, saetas otros y los demás lanzas, y saltando de unos carros á otros se socorrían entre sí. Atemorizó al principio aquel género de combate á los macedones, sintiéndose heridos y sin poderse juntar; pero despreciando después tan mal ordenada tropa, embistieron con tan grande ímpetu los carros (mandando el rey cortar las sogas con que iban atados, para que pudiesen hacerlo más cómodamente) que habiendo perdido ocho mil de los suyos los enemigos, se retiraron á la ciudad. Plantáronse el día siguiente las escalas alrededor de las murallas, y habiéndola dado el asalto se apoderaron de ella. Fueron pocos los que debieron á su demasiada presteza el salvar la vida pasando á nado la laguna, los cuales ponían en gran terror á las ciudades inmediatas, publicando que iba á sus tierras un ejército de los dioses, imposible de que le venciesen los hombres.

Habiendo mandado Alexandro á Pérdicas que devastase aquella región con una parte de sus tropas y dado algunas á Eumenes para que redujese á los bárbaros, pasó con las restantes contra una ciudad adonde se habían retirado los moradores de otras. Enviaron los sitiados diputados al rey para que tratase de ajuste, no dejando por esto de disponerse á su defensa respecto de la división que había entre el pueblo, donde decían unos que no podían hacer nada peor que rendirse, y otros que de ninguna suerte quedaban seguros sino haciéndolo; en cuya contestación, los más advertidos le abrieron las puertas. Y si bien pudo Alexandro irritarse contra los que resolvieron oponérsele, los perdonó á todos, y recibidos rehenes marchó á la ciudad

más inmediata. Iban éstos delante del ejército; y conociéndolos los sitiados desde los muros, pidieron que se abocasen con ellos; y habiéndolo hecho éstos é informádolos de la clemencia y fuerzas de Alexandro, se rindieron á su obediencia con otras muchas ciudades.

Entró después en el reino de Sopites, cuyo pueblo, si creemos á los bárbaros, es muy sabio: gobiérnase con buenas leyes y vive con loables costumbres. No se crían ni se educan allí los hijos conforme á la voluntad de los padres ni de las madres, sino conforme á la de ciertas personas destinadas para ello, las cuales toman á su cuidado la formación y constituciones de sus cuerpos, en quienes si reconocen algún notable defecto les dan muerte. No atienden cuando se casan á la calidad de las familias ni al caudal, sino sólo á la hermosura de las mujeres, la cual hace estimables también á los hijos.

Habíase encerrado aquel rey en la capital de su reino, á la que tenía bloqueada Alexandro; hallándose dudosos los macedones en si la habrían abandonado los habitadores ó si se ocultaban para usar de alguna estratagema, reepecto de no aparecer ni en los muros ni en las torres persona alguna á su defensa; pero abriendo repentínamente las puertas, salió el rey indio con dos hijos suyos, ya crecidos, y se encaminó en busca de Alexandro. Excedía en la estatura y buena disposición á todos los demás bárbaros, y llevaba una ropa de púrpura y oro que le llegaba á los pies, con sandalias de oro cubiertas de pedrería, brazaletes de perlas en los brazos, collares en los hombros y pendientes de las orejas dos perlas de inestimable valor. El cetro era de oro guarnecido de piedras preciosas, el cual dió á Alexandro, ofreciendo su persona, la de sus hijos y su pueblo á su obediencia, y haciendo infinitos votos por su salud y por el acrecentamiento de su imperio.

Hay en aquella región una casta de perros admirables para la caza. Refiérese de ellos que tienen gran antipatía con los leones, y que luego que ven las fieras dejan de ladrar. Deseando, pues, que el rey viese la fuerza y coraje de aquellos animales, hizo Sopites soltar un león de extraordinaria grandeza y dejar con él sólo cuatro perros, que inmediatamente se arrojaron sobre él. Tirando el montero á uno que había hecho presa, como los otros, del muslo, y haciendo fuerza por separarle y no pudiendo conseguir que la soltase, le cortó una pierna; pero no habiendo bastado esto á vencer su obstinación, le cortó otra; y viéndole tan encarnizado que no podía rendirle á que se deshiciese, pasó á hacerle lentamente pequeños pedazos, y sin embargo se dejó matar, manteniendo siempre firmes los dientes en la fiera: tan grande ardor concedió la naturaleza á aquellos animales para la caza.

Confieso que refiero más de lo que creo; pero como no me obligo á asegurar lo que dudo, tampoco excuso repetir lo que he sabido. Habiendo, pues, dejado á Sopites en su reino, pasó hacia el río Hipasis, donde vino á juntársele Ephestión, que había conquistado otra región. Phegelas, rey de aquélla, noticioso de la jornada de Alexandro á ella, ordenó á sus vasallos que atendiesen, según su costumbre, á labrar sus tierras, mientras salía á recibir á Alexandro con presentes y asegurarle de su obediencia.

CAPÍTULO II.

Hallándose Alexandro pronto á acometer á las gangaridas y pharrosios, exhorta con largo razonamiento á sus soldados á la perseverancia, reconociéndolos fatigados y que rehusaban continuar la guerra.

Detúvose el rey allí dos días, y al tercero resolvió pasar el río, aunque era bien difícil hacerlo, así por su anchura como por estar lleno de peñas. Y habiéndose informado de Phegelas de cuanto le pareció conveniente entender, supo que de la otra parte del río tenía que caminar once jornadas por desiertos; después de las cuales estaba el Ganges, el mayor río de todos los de la India: que más adelante habitaban los gangaridas y los pharrosios, cuyo rey era Aggramnes, el cual estaba á la entrada de sus dominios con veinte mil caballos y doscientos mil infantes, fortificado con dos mil carros y tres mil elefantes, que era lo que más terror causaba contra cualquiera que intentase invadirlos. No acabando el rey de dar crédito á esto, preguntó á Poro, que le iba asistiendo, si era cierto. Y él le aseguró que por lo que miraba á las fuerzas del reino, eran las que le había dicho; pero que en lo demás, el que reinaba no sólo no era noble, sino de muy bajo nacimiento, porque su padre había sido barbero, y tan pobre que sólo vivía del jornal que ganaba; pero que sin embargo, aficionada la reina de su buena disposición, le había elevado á la primera dignidad del reino, después de la del rey, á quien aquel malvado dió alevosamente muerte, y se apoderó de sus Estados con el pretexto de la tu-

tela de los hijos: que algunos días después, habiendo quitado también la vida á éstos, tuvo en la reina un hijo, que era el que reinaba entonces, hombre aborrecido y despreciado de sus pueblos, y en quien se reconocía, más que el esplendor de la grandeza en que se veía, la bajeza del nacimiento de su padre.

No le causó pequeña inquietud á Alexandro que le confirmase Poro aquellas noticias, no tanto por los enemigos ni por los elefantes, cuanto por la situación de los lugares y por la impetuosidad de los ríos. Parecíale grande temeridad pasar al fin del mundo en busca de aquellos á quienes retiró y ocultó la naturaleza. Si bien el deseo de gloria y el de dejar inmortal su nombre allanaba las mayores dificultades; pero con todo, no dejaba de recelar que los macedones, que habían pasado por tan dilatadas tierras y envejecido en el manejo de las armas quisiesen seguirle, atropellando por tantos inconvenientes y dificultades como los que se les ofrecían; porque discurría que hallándose colmados de bienes apetecerían más gozar los que poseían que procurar otros exponiendo sus vidas al riesgo de perderlas: que era muy otro el fin suyo que el de sus soldados; pues si habiendo él ideado hacerse dueño del universo, conocía no haber hecho más que dar principio á tan gran empresa, no así aquéllos, los cuales, disgustados ya de tan continuadas guerras, tenían por concluídos sus trabajos y no pensaban sino en recoger pronto el fruto de ellos, tal cual como fuese. Sin embargo, no pudiendo contenerle su ambición, juntas sus tropas, las habló en estos ó semejantes términos:

«No ignoro ¡oh soldados! las astucias de que estos días se han valido los indios para amedrentaros, ponderándoos cuantas dificultades les han parecido capaces para lograrlo; pero tampoco la corta novedad que que os harán semejantes artificios. No de otra suerte

nos encarecían los persas las rocas de Cilicia, las campañas de Mesopotamia y la terribilidad del Tigris y del Euphrates, los cuales pasamos á nado el uno y por puente el otro. Nunca la fama refiere las cosas como son: auméntalas siempre, como hace con nuestra gloria, que aunque adquirida al precio de nuestros merecimientos, es más lo que de ella publica que lo que se proporciona con éstos. ¿Quién de vosotros hubiera creído poco antes resistir el furioso ímpetu de esos brutos, los cuales parecían fuertísimas torres, ni quién pasar el Hidaspes y superar las extrañas é inmensas dificultades de que nos desengañó la experiencia? Mucho tiempo ha que nos hubiéramos retirado del Asia si hubiésemos dado crédito á los quiméricos encarecimientos que han supuesto para rendirnos á ellos y sustraernos de nuestros intentos. ¿Creéis vosotros que hay allí más tropas de elefantes que rebaños de carneros en otras partes? ¿No sabéis que éste es un animal muy raro, difícil de coger y no menos de domesticar, y que con igual falsedad ponderan esa muchedumbre de caballería é infantería? Por lo que mira al río, no es dudable que cuanto más se ensancha será tanto menos difícil de vadear, y que por el contrario, si su corriente fuese estrecha, sería rápido é impenetrable; fuera de que todo el peligro está en la ribera, donde el enemigo nos espera, en la cual, sea estrecha ó ancha, será igual siempre el peligro. Pero aunque todo sea cierto, ¿qué es lo que os atemoriza? ¿Es por ventura la deformidad de los animales, ó la muchedumbre de los enemigos? Si los elefantes, ya hemos visto con cuánta más furia se convirtieron contra los mismos que los condujeron para nuestro daño que la con que nos acometieron, y la facilidad con que redujimos á menudos pedazos su gran corpulencia con nuestras segures y nuestras hachas. ¿Y de qué importancia es que su número sea igual al que tuvo Poro, ó que sea

superior, cuando con herir á uno ó á dos se conseguirá que huyan todos? Fuera de que si apenas pueden gobernarlos siendo pocos, ¿cómo lo podrán hacer siendo tantos? Que sólo servirán para embarazarse unos á otros, sin poderse detener ni huir aquellos pesados disformes cuerpos, de quienes he hecho tan poco aprecio siempre, que no he querido nunca valerme de ellos, aunque los he tenido, por conocer los debe temer más quien se sirve de ellos que los mismos enemigos. Si no es ya que os amedrente aquel gran número de hombres y de caballos, como no acostumbrados á pelear sino con cortas tropas, ni á tener hasta ahora en vuestro opósito tanta muchedumbre. La mayor se rinde al invencible valor de los macedones, de que son testigos el Gránico, la Cilicia, inundada de la sangre de los persas, y Arbela, cuyas campañas se hallan cubiertas de los huesos de los cuerpos que vencimos. ¿Cuándo podréis numerar las legiones de vuestros enemigos, habiendo dejado con vuestras victorias desierta el Asia?

»Muy justo hubiera sido que reparásemos en el corto número de nuestras fuerzas cuando pasamos el Helesponto; no empero hoy, que componen nuestro ejército los scitas, los bactrianos, los sogdianos y los dahos. No porque hago yo grande aprecio de esa turba de bárbaros, pues mi mayor confianza se funda en vosotros y en vuestro valor, que es la más segura prenda de la felicidad de todas mis empresas. Y así, mientras os tuviere conmigo, ni pensaré en mí ni me dará cuidado alguno el ejército de los enemigos. Por lo cual sólo os pido que me asistáis con vuestros ánimos, colmados de ardimiento y de confianza.

»Advertid que no nos hallamos hoy al principio de nuestras empresas y de nuestras fatigas, sino al fin de ellas; y que si no lo estorba nuestra pereza, hemos llegado ya al Océano y adonde tiene su nacimiento el sol,

desde donde volveremos triunfantes á nuestra patria, habiendo puesto por términos de nuestro imperio los últimos límites del mundo. No hagáis lo que los malos ecónomos, que por negligencia suya malogran la cosecha cuando está en estado de que la recojan.

»Mayor es aquí la recompensa que el peligro, pues hemos de combatir con una nación rica y flaca, contra quien os conduzco, más que para que aumentéis vuestra gloria, para que hagáis una considerable presa. Bien merecéis llevar á vuestras casas las riquezas con que este gran mar inunda sus riberas. Sois capaces por vuestro valor de intentarlo todo y de no dejar nada por imposible. Con cuyo conocimiento os pido, por vosotros mismos, por vuestra propia gloria, que excede á toda fuerza humana, y por el afecto recíproco que os tengo y me tenéis, que peleemos á porfía sin que podamos vencernos, y que no desamparéis, hallándoos en vísperas de quedar señores del universo, á vuestro alumno y á vuestro camarada, por no decir á vuestro rey.

»Cuanto he ejecutado hasta aquí, os lo he mandado; esto empero os lo pido como beneficio, advirtiéndoos que es quien os lo ruega quien jamás os ha empeñado en empresa alguna donde no haya sido el primero que se ha expuesto á los peligros, y que os ha cubierto con su escudo y defendido con su espada. No me quitéis de las manos la palma que me habéis puesto en ellas, y con quien, si no me lo estorba la envidia, podré igualarme con Hércules y Baco. Conceded, pues, éstos á mis ruegos y romped ese obstinado silencio. ¿Qué es lo que noto? ¿Dónde están aquellos gritos, ordinarios testimonios de vuestro ánimo? ¿Dónde los alegres semblantes de mis macedones?

»Confiésoos, ¡oh soldados! que no os conozco ya, y que ya me parece que tampoco vosotros me conocéis. Ha mucho que hablo aquí con sordos, y ya me canso de

esforzar alientos perdidos y ánimos que me son contrarios.»

Pero no bastando esto á moverlos á que prorrumpiesen en la menor palabra, y manteniéndose con los ojos bajos:

«No sé de cierto (continuó diciendo) qué causa os puedo haber dado, inadvertido, para que no os dignéis aun de mirarme. ¡Qué es esto! ¿Estoy en algún desierto? ¿Nadie de cuantos me escuchan me responde? Decidme á lo menos que no queréis hacer lo que os pido. ¿Qué es empero lo que os ruego? No es otra cosa que vuestra propia gloria y vuestra propia grandeza la que solicito. ¿Dónde están los que pretendían á porfía llevar á su rey herido? Mas ¡ay! que ya me hallo abandonado, me hallo vencido y entregado á mis enemigos! Pero yo, yo pasaré en adelante, á pesar vuestro, sin vosotros. Dejadme á merced de los ríos y de las fieras, ó dadme en presa á las naciones cuyos nombres solos os atemorizan; que yo hallaré quien me siga después que me hayáis abandonado. No me desampararán los escitas y los bactrianos; los cuales, si poco antes fueron enemigos míos, ahora serán mis soldados; porque en fin, quiero más morir con reputación, que reinar con afrenta y depender de vosotros. Y después, idos á vuestra patria y vanagloriaos en ella de haber abandonado á vuestro rey; que yo no desistiré de mi intento hasta haber obtenido en estas regiones, ó la victoria de que desesperáis, ó una honrosa muerte.»

CAPITULO III.

Responde Ceno por todos á Alexandro, y muere poco después de enfermedad.

No pudo, por más que se esforzó, obligarlos á que se diesen por entendidos de sus exhortaciones, porque esperaban que sus cabos y los principales oficiales le representasen que no dejaban de tenerle el amor que le debían, pero que hallándose traspasados de las heridas y quebrantados de las fatigas, estaban imposibilitados de servirle. En cuya suspensión se mantenían con los ojos en tierra, cuando repentinamente se levantó un murmullo que creciendo poco á poco, prorrumpió en gemidos y lamentos tan desconsolados que el mismo rey, convirtiendo á pesar suyo en compasión su ira, no pudo abstenerse de llorar; finalmente, deshecha toda la junta en lágrimas, y no atreviéndose ninguno á hablar palabra, se àcercó Ceno al tribunal mostrando que quería hacerlo. Y habiendo visto los soldados que se quitaba la celada, prevención precisa para hablar al rey, y pidiéndole que abogase por la causa de todos, empezó á decir de esta suerte:

«¿Es posible, señor, que te persuadas á que pueden caber en nosotros pensamientos tan culpables y tan impíos? Apártenlos de nuestros entendimientos como lo hacen los dioses, y no permitan incurramos nunca en ellos. Hallámonos con la misma voluntad y disposición que nos han tenido siempre para ir adonde nos ordenares para pelear, para exponer nuestras vidas á los peligros en tu servicio, y para adquirirte al precio de nues-

tra sangre inmortal renombre. Y así puedes estar seguro de que si persistes en tus gloriosos intentos, tal cual nos ves, desnudos, sin armas y ya consumidas las fuerzas, te seguiremos ó marcharemos delante de ti como nos lo ordenares; pero si es permitido á tus soldados que te hablen con el profundo respeto que te suplican oigas sus quejas, las cuales salen de lo íntimo de sus corazones, desde donde las arrojan á los labios sus últimas calamidades, escúchalas, señor.

»La grandeza de tus hazañas ¡oh generoso monarca! no sólo ha vencido á tus enemigos, sino rendido también á tus mismos soldados. Hemos obrado en tu servicio cuanto es posible en las humanas fuerzas. Hemos surcado mares y penetrado tierras inmensas, de las que tenemos aún mayor conocimiento que los mismos que las habitan, y habiendo llegado ya á los últimos términos del mundo, te dispones á entrar en otro y á buscar nuevas Indias, desconocidas aun á los mismos indios.

»Quieres sacar de sus cabañas á los que viven entre las serpientes y entre las fieras, para que tus victorias se dilaten más allá de las tierras á que no ilumina el sol. Intento, que si bien es digno de tu valor, excede á nuestras fuerzas; porque cuando éste se aumenta siempre con nuevos espíritus, tanto se extingue nuestro viaje. Vuelve los ojos á estos desfigurados y consumidos rostros y á estos cuerpos horribles con las llagas y cicatrices que los cubren todos. Advierte en nuestras armas, y hallarás consumidos sus cortes.

»Mira nuestros vestidos reducidos á pedazos, y á nosotros, por no tener de qué hacerlos al uso de nuestra patria, necesitados á andar á la moda persiana. Y para decirlo de una vez, vesnos aquí del todo extraños; pero ¿quién hay entre nosotros que conserve alguna coraza? ¿quién algún caballo? Averígüese cuál es el que mantiene algún esclavo y lo que nos ha quedado de su presa·

Somos los vencedores y los que lo hemos conquistado; pero sin embargo, nos vemos más pobres que los mismos vencidos, y no porque lo hayan malogrado nuestras profusiones y desórdenes, sino porque la misma guerra ha consumido los frutos y los instrumentos de la guerra. Y en este estado, señor, quieres exponer tan prodigioso ejército al furor de las fieras, cuyo número convengo en que no sea cual le suponen los bárbaros, si ya no inferimos de su misma falsedad que no es pequeño; pero si has resuelto pasar á las Indias, ¿por qué no tomas antes la derrota hacia el Mediodía, cuyo camino es más corto y de menos desiertos, cuando sojuzgando esta parte ganas el mar que termina la tierra? ¿Para qué necesitas de ir á buscar por rodeos la gloria que tienes á la vista?

»Aquí se nos ofrece también el mar Océano; y si no es que gustes de andar errante por el mundo, ya hemos llegado adonde te conduce la fortuna. No juzgues, señor, que el representarte esto mira á ganar el afecto del ejército que está presente; pues bien lejos de este fin, sólo me ha movido á hacerlo haber tenido por mejor manifestarte á ti la causa de nuestros disgustos que quejarme fuera de tu presencia con mis compañeros de nuestras miserias, creyendo te será menos molesto oir las humildes representaciones de mi respetuoso celo que el inconsiderable llanto y los inadvertidos murmullos de tus tropas.»

No hubo bien acabado de decir, cuando por todas partes se oyó que con descompasados gritos y confusas voces mezcladas de desconsolados gemidos, llamaban al rey su señor y padre; cuyo murmullo sosegado, le hicieron la misma súplica todos los cabos, y con especialidad aquellos cuya edad la autorizaba y daba más decente excusa. Dudoso el rey en la resolución que tomaría, no hallándose en estado de castigar á los suyos ni

en disposición de complacerlos, descendió de su tribunal y se encerró en su tienda, adonde dió orden para que ninguno entrase que no fuese criado de su casa. Mantúvose indignado dos días; y habiéndose dejado ver al tercero, hizo levantar doce altares de piedra cuadrada en memoria de su expedición; ordenando también que se dilatasen los alojamientos de su ejército y que se dejasen allí las camas mayores que las ordinarias, para que aumentadas todas las cosas con aquellas falsas apariencias, admirasen á la posteridad.

Torció desde allí el camino, fué á acampar á orillas del Acesine, donde murió Ceno de enfermedad. Cuya pérdida, si bien la lloró el rey, no pudiendo contenerse dijo que para los cortos días que había de vivir, había sido demasiado dilatada la oración que había hecho, si hubiese de ser sólo él quien volviese á Macedonia.

Estando ya á la vela los bajeles que había mandado fabricar, le llegaron de Tracia seis mil caballos de reclutas conducidos por Memnón, con siete mil infantes que le enviaba Hárpolo y veinticinco mil pares de armas guarnecidas de oro y plata, las cuales repartió entre los soldados, habiendo hecho quemar las viejas. Hallándose, pues, cercano á embarcarse en el Océano con mil velas, compuso á Taxiles y á Poro, reyes de la India, evitando que se renovasen sus antiguas enemistades con la paz, que asentó entre ellos por medio de nueva alianza, dejándolos quietos en sus reinos, después de haber proveído de ellos cuanto fuere necesario para su armada. Fundó también dos ciudades; púsolas por nombre á una Nicea y Bucefálea á otra, en honor del caballo que se le había muerto, llamado Bucéfalo. Y dada orden de que le siguiesen los elefantes y el bagaje por tierra, para que pudiese alojar más cómodamente el ejército, se embarcó por último en el río, por el cual le salía el viaje á cuatrocientos estadios por día.

CAPÍTULO IV.

Habiendo reducido, Alexandro á su obediencia á los sabeos y á otros pueblos, entra en la región de los oxidracas y de los mallos. Pone en fuga á los bárbaros y sitia su ciudad, sin acordarse de la prediccion de Demophoon, adivino.

Pasó de aquella suerte hasta donde el Hidaspes se junta con el Acesines, y desde donde toman su curso hacia la provincia de los sabeos, los cuales se vanagloriaban de que sus antecesores eran del ejército de Hércules, y que habiendo caído enfermos en aquel paraje, continuaron en él su habitación. Vístense de pieles de animales: no llevan más armas que clavas, y aunque muy bastardeados en ellos los estilos de los griegos, no dejaban de conservar muchos vestigios de su origen. Continuando su navegación se adelantó ciento cincuenta estadios, y después de haber forrajeado el país tomó la ciudad capital de él. Habiendo ordenado los bárbaros en batalla cuarenta mil infantes en la ribera para estorbarle el tránsito, y pasado, sin embargo, á vista suya, los puso en fuga, los rechazó en sus muros y tomó por asalto su ciudad, donde fueron pasados á cuchillo los que podían llevar armas y vendidos los demás. Marchó después contra otra ciudad, donde rechazado vigorosamente perdió muchos macedones; si bien reconociendo los habitantes su persistencia y desesperando de su remedio, pusieron fuego á sus casas y se entraron en ellas con sus hijos y sus mujeres. Extinguíanle los enemigos á igual proporción de como le aumentaban ellos. Extraño modo de guerra á la verdad, en el cual se

veía destruir por los habitadores su ciudad y defenderla los enemigos. Tan abominable cosa es la guerra, que trastorna y pervierte aun el orden y las leyes de la naturaleza.

Preservóse del fuego el castillo, en el cual puso guarnición; y entrando en un barquillo le rodeó todo para reconocerle. Sírvenle de foso los tres mayores ríos de la India después del Ganges. Báñale el Indo hacia el Septentrión, y por la parte del Mediodía el Acesines y el Hidaspes. Júntanse con tan gran violencia que causan allí iguales tormentas á las que se experimentan en ancho mar; y respecto de la gran cantidad de cieno y tierra que llevan, sólo dejan un corto estrecho por donde pasan los bajeles, en el cual, batiéndolos las olas por las proas y los costados, quisieron los marineros recoger las velas; pero no pudieron, así por su pavor, como por la gran furia de los ríos. Perecieron á su vista dos bajeles de los mayores que llevaban, y fueron arrojados á tierra sin daño alguno los menores, aunque no más fáciles de gobernarse. El del mismo rey volvió el costado en la corriente, donde estuvo muy á pique de que le sorbiesen los remolinos del agua, los cuales rompieron el timón.

Habíase quitado sus vestiduras para arrojarse al río, donde estaban los suyos dispuestos á recibirle; pero siendo tan igual el riesgo de intentar pasarle á nado como de permanecer varado allí, quedó irresoluto. Hiciéronse cuantos esfuerzos fueron posibles por romper las olas, que por último cedieron al de los remos y á la industria de los marineros, los cuales sacaron al rey de aquellos remolinos, aunque no pudieron salvar el navío ni evitar que encallase en el primer bajo.

Libre Alejandro de aquel peligro, hizo levantar igual número de altares al de los ríos, á quienes habiendo hecho sacrificios en acción de gracias, se adelantó treinta

estadios más y entró en la región de los oxidracas y de los mallos. Hallábanse aquellos pueblos en continuas guerras entre sí; pero habiéndolos unido entonces el interés común, habían juntado hasta ochenta mil infantes mancebos, todos vigorosos, y diez mil caballos con novecientos carros.

Viendo los macedones que cuando creían hallarse fuera de todos los peligros de la guerra, se les ofrecía nuevamente el de contender con la nación más belicosa de las Indias, perdidos de ánimo, empezaron á maquinar inquietudes y sediciones.

Decían que verdaderamente no les habían obligado á que pasasen el Ganges y á ir de la otra parte á hacer frente á tantos millares de hombres y de elefantes, sino para transferir la guerra contra enemigos más feroces, y no para vencerla: que los precisaban á pasar á parajes que hicieron los dioses inaccesibles á los hombres, llevándolos, á pesar suyo, á aquéllos en los que carecían de la vista del sol y de las estrellas, para que le abriesen, al precio de su sangre, camino al Océano: que para que estrenasen las armas que les habían dado, les ofrecían nuevos enemigos en que emplearlas; pero aun cuando los derrotasen y pusiesen en fuga, ¿qué habrían logrado sino espesísimas nieblas, profundísimas tinieblas y eterna noche que cubría la faz de aquel inmenso mar, lleno de espantosos monstruos y de detenidas aguas, donde declinando aun la misma naturaleza parecía como que iba á expirar?

Quedó el rey en gran conflicto, no tanto por él, cuanto por lo que miraba á los suyos; y habiéndolos juntado, les manifestó «que aquellos pueblos á quienes temían tanto, no eran guerreros, y que vencidos ellos, no había quien les impidiese el que, habiendo atravesado por tan dilatados reinos, llegasen al fin del mundo y de sus trabajos: que hallándose atemorizados del Ganges

y de las numerosas naciones que habitaban de la otra parte, por corresponder al amor que los tenía y complacerlos, los libró de ellas tomando otra derrota por donde era igual la gloria y menor el peligro: que ya veían el Océano y empezaron á sentir el aire del mar: que no le usurpasen el lauro á que aspiraba, pasando los límites de Hércules y de Baco: que podían á poca costa adquirir inmortal renombre á su rey; y por último, que á lo menos tuviesen sufrimiento, para que se retirasen de las Indias con honra, y no con fuga.»

Es ordinario en la muchedumbre, y con especialidad entre la gente de guerra, que se aquiete con tan ligeras causas cuales son las que suele tener para alterarse, como se experimentó en esta ocasión, en la cual nunca prorrumpieron con más gusto que entonces los soldados, diciendo en altas voces «que los llevasen en buen hora y que se igualase á los que pretendía imitar». Con cuyas aclamaciones, gustoso el rey, marchó contra los enemigos, que eran los más valientes de las Indias, los cuales se disponían á recibirle con todo género de prevenciones de guerra. Habían elegido un cabo de los oxidracas, persona de gran valor y de larga experiencia, el cual, acampado al pie de la montaña, mandó hacer grandes fuegos por todas partes para que pareciese mayor su muchedumbre, y dar grandes gritos y alaridos á su bárbara usanza, con los que pensaban amedrentar á los macedones.

El rey, alegre y esperanzado, reconociendo la buena disposición de su gente, la mandó al romper el día tomar las armas y ponerse en batalla; pero los bárbaros, preocupados del miedo, ó, lo que es más cierto, poco conformes entre sí, se acogieron prófugos á las montañas, donde los siguió el rey sin ningún fruto y sin haber podido ganar más que el bagaje. Encaminóse desde allí á la ciudad de los oxidracas, donde se habían retira-

do la mayor parte de ellos, aunque fiando más en sus armas y en su valor que en la plaza. Acercábase á ella el rey, cuando se llegó á él cierto adivino á advertirle que desistiese de aquella empresa ó que la defiriese á lo menos, porque corría gran riesgo su vida.

El rey, mirando á Demophoon, que así se llamaba el adivino, le dijo: «Si al tiempo que te ejercitas en reconocer las entrañas de las víctimas llegase alguno á interrumpirte, ¿no recibirías disgusto de ello y tendrías por molesto é importuno á quien lo hiciese?» Y respondiéndole Demophoon que sí, le replicó el rey: «Pues siendo así, ¿cómo no prevenías que hallándome empleado, no ya en examinar las entrañas de los animales, sino en una de las mayores empresas del mundo, nada podía serme de mayor importunidad que un adivino lleno de superstición?» Y diciendo esto hizo plantar las escalas; y tardando con gran disgusto suyo en ejecutarlo, fué el primero que subió al muro, el cual era estrecho, y no tenía, como otros, almenas, sino un simple reparo que le rodeaba para impedir la entrada. Por lo cual el rey, más inmóvil que adelantado, quedó expuesto á los innumerables tiros que descargaban en él desde las torres, los cuales resistía con su escudo. Su gente, aunque no podía subir sin ofrecerse al mismo riesgo, considerando que si no se apresuraba quedaba perdido el rey, atropellando por él, se esforzaron á porfía todos á procurar librarle; á cuyo fin fueron tantos los que cargaron en las escalas, que rotas éstas con el demasiado peso, dejaron al rey sin esperanza de socorro.

CAPITULO V.

Queda herido en la ciudad de los oxidracas, donde se arrojó de un brinco, y después de haber perdido algunos de sus mejores capitanes y tomádose la ciudad, le hallaron los suyos casi muerto y desamparado de todo socorro

Habiendo quedado allí abandonado á vista de todo su ejército, como pudiera si se hallase solo, y teniendo el brazo izquierdo tan rendido de aguantar los golpes que ya no podía resistirlos, le dijeron á grandes voces los suyos desde abajo que no le quedaba otro recurso sino el de dejarse caer, que ellos le recibirían. Con lo cual se resolvió á ejecutar una increíble acción, más digna de atribuirse á efecto de temeridad que de valor.

Saltó en medio de la plaza, llena toda de enemigos, donde no podía esperar sino ser muerto antes que pudiese levantarse y quedar incapaz de defenderse y de tomar venganza de sus enemigos; pero se abalanzó por dicha suya de tal suerte, que cayó de pies y con la espada en la mano, con la cual retiró á los que tenía más inmediatos, habiendo andado tan próvida la fortuna en su defensa, que para que no fuese cogido en medio le ofreció un viejo árbol, cuyas dilatadas y espesas ramas se extendían para cubrirle, y cuyo tronco, sumamente grueso, le sirvió para que se afirmase en él, como lo hizo, reparando por delante con su escudo los tiros que le disparaban. Es bien verdad que lo hacían á distancia, por no atreverse ninguno á acercársele, y que caían más saetas en el árbol que en el escudo. Comba-

tía á favor suyo la fama de su esclarecido nombre, de considerable terror á todos aquellos pueblos, y la desesperación, de eficacísimo estímulo para incitar á los hombres á morir gloriosamente. Con todo, oprimido de tan larga fatiga, se puso de rodillas, á cuyo tiempo, cargándole los bárbaros desatinadamente, los recibió con tal brío como si entonces empezase á resistirlos, descargando tan recias cuchilladas en ellos que derribó á dos por tierra, á vista de lo cual no hubo quien se atreviese á acercársele.

Pero siendo el blanco de todos los dardos, y no pudiendo en aquella postura defenderse sin gran incomodidad, descargó cierto indio en él una flecha de dos codos, de cuyo tamaño son todas las suyas, como dejamos dicho, que le pasó la coraza y llegó á penetrarle bastante en el lado derecho, del cual le salía la sangre en tanta abundancia, que se le cayeron las armas de las manos, quedando como muerto y sin fuerzas aun para sacarse la flecha. Viéndole en aquel estado el que le había herido, partió presuroso y con gran gusto á él para despojarle; pero no bien le hubo sentido, cuando, á lo que juzgo, irritado del oprobio y recobrando sus perdidos alientos, le entró el puñal en un vacío.

Causaron aquellos tres cuerpos tendidos delante de él tal pavor en los enemigos, que no se atrevían sino á mirarlos de lejos, sin hacer otra cosa.

En tanto el rey, deseoso de morir combatiendo, procuraba levantarse con su escudo, y sintiendo que le faltaban las fuerzas se asía de las ramas del árbol para hacer el último esfuerzo; pero no bastando volvió á caer de rodillas, desafiando al más animoso de los enemigos á que combatiese de cerca con él.

Finalmente, Peucestes, habiendo entrado por otra parte, á pesar de los que defendían el muro, se puso al lado del rey, que viéndole no esperaba pudiese ya servir

para librarle la vida, sino para consolarle en su muerte, y hallándose casi para rendir el espíritu, se reclinó sobre su escudo.

Sobrevino algo después Timeo, luego Leonato y después Aristono.

Los indios, luego que entendieron que el rey estaba en la ciudad, acudieron de todas partes allí y cargaron vivamente á los que le defendían; entre los cuales Timeo, después de haber recibido muchas heridas y hecho vigorosa resistencia, cayó muerto. Peucestes, aunque herido de tres tiros de flechas, sólo atendía á cubrir al rey con su escudo; no pudiendo resistir más tiempo por sus heridas, le abandonó por último; y Leonato, rechazando esforzadamente á los bárbaros que le cargaban, le alcanzó tan gran golpe en el cuello que cayó muerto de él á los pies del rey.

Toda la esperanza se libraba en Aristono; pero ¿qué podía hacer un hombre solo y herido contra tanta muchedumbre? En tanto, habiéndose esparcido entre los macedones la voz de que había muerto el rey, cuya noticia, siendo más natural que los atemorizase, les infundió tan grande ánimo, que despreciando el peligro derribaron el muro á golpes de picas y de maderos, y entrando de tropel por la brecha dieron muerte á más indios en la fuga que en la defensa.

No perdonaron edad ni sexo; á cualquiera que encontraban creían que era el que había herido al rey, y así lo sacrificaban todo á su cólera, la cual mitigaban con la sangre y la venganza que tomaban en sus enemigos.

Refieren Clitarco y Timagenes que se halló en esta ocasión Ptolomeo, que reinó después; pero él mismo, de quien no es creíble que quisiese deslucir su gloria, escribe que no estuvo en ella y que le había enviado el rey á otra parte. Tal fué la osadía que hubo para refe-

rir semejante falsedad, ó la crueldad, que no es menor vicio, de los que se emplearon en escribir la historia.

Habiendo llevado á Alexandro á su tienda, los médicos, por no mover la punta de la flecha, que tenía clavada dentro del cuerpo, cortaron diestramente el asta; pero reconociendo después de haberle desnudado que la flecha era dentellada, y que no se le podía sacar sin gran riesgo si no se prolongaba también la herida que podría resultar de hacerlo, y que perdiese considerable porción de sangre, respecto de ser grande el hierro de la flecha y de haber profundizado tanto, que no parecía posible hubiese dejado de lastimar las partes nobles. Por lo cual, desanimado Cristóbulo, uno de los primeros en aquella profesión, á vista de tan gran riesgo, no resolviéndose á ejecutarlo, temeroso de que se convirtiese contra él el daño si no correspondía favorable el suceso, se deshacía en lágrimas, hallándose mortal del susto.

Viéndole el rey de aquella suerte, le preguntó que por qué le tenía padeciendo y no le libraba prontamente de aquellos dolores, aunque fuese con la muerte, estando en su mano el hacerlo; y que si su herida era mortal, por qué temía.

Finalmente Cristóbulo, depuesto el miedo, ó disimulando haberle perdido, le pidió que se dejase tener de alguno mientras le sacaba el hierro, por el gran daño que podría causarle el menor movimiento del cuerpo; pero aseguróle el rey que no era menester, como lo mostró, pues se mantuvo firme y sin hacer movimiento alguno. Prolongada, pues, la herida y sacada la flecha, fué tanta la cantidad de sangre que salió, que no pudiéndola restañar, por más que se procuró, provino al rey un síncope, que le redujo tan á los últimos términos de la vida, que teniéndole ya todos por muerto, le lloraban como á tal con tristes gemidos y desconsola-

dos lamentos. Si bien conseguido por último que se restañase la sangre, fué volviendo poco á poco y empezó á conocer á los que tenía más inmediatos á su persona.

Todo aquel día y la noche siguiente se mantuvo el ejército alrededor de su tienda con las armas en la mano, confesando todos que ninguno vivía sino por él, y sin haberse querido apartar de allí hasta que se aseguraron de que se hallaba mejor y de que empezaba á reposar algo, cuyas felices nuevas llegaron á sus compañeros.

CAPITULO VI.

Pídenle sus amigos que mire por su salud y por la pública, pero respóndeles con gran generosidad, perseverando en el intento de conquistar todo el mundo.

Habiendo gastado siete días en la curación de su herida, que aún no tenía bien cerrada, noticioso de cuánto se aumentaba la falsa voz de su muerte entre los bárbaros, hizo poner juntos dos bajeles, y levantar en medio de ellos su tienda, á vista de todos, para desengañar por aquel medio á los que la habían creído y desvanecer las esperanzas que habían concebido sus enemigos con tan falsa noticia. Y descendiendo por el agua, y apartándose alguna distancia de su armada, para evitar le impidiese el ruido de los remos el sosiego, de que tanto necesitaba, llegó en cuatro días á una región abandonada de sus habitadores; pero tan abundante de granos y de ganados, que le pareció muy á propósito para que refrescasen en ella sus tropas y para que procurase el recuperar su salud.

Era costumbre entre los principales de la corte hacer guarda por la noche delante de la tienda del rey cuando estaba enfermo; y observándose entonces el mismo estilo, entraron dentro de ella todos.

Viéndolos el rey ir juntos, y poniéndole en algún cuidado, les preguntó si se descubrían aún los enemigos. A lo que Cratero, que iba á hablarle por todos, le respondió así: «Persuádete, señor, de que aun cuando tuviésemos á nuestras puertas los enemigos, nos darían tanto cuidado ellos como el que nos cuesta el deseo de

tu conservación, por quien tan poco miras. Conjúrense contra nosotros todas las potencias del mundo, cuantos ejércitos ocupan las tierras y cuantas armadas cubren los mares, y aun las más feroces y desconocidas fieras, que de todos quedaremos invencibles como vivas tú. Pero precipitándote, como lo haces, á tan evidentes riesgos, sin atender á que es consecuente á tu ruina la de todos nosotros, ¿qué dioses nos aseguran que este grande astro de Macedonia, único apoyo suyo, dejará de faltarnos? ¿Quién, muerto tú, querrá ó podrá vivir? Todos hemos llegado hasta aquí conduciéndonos tú, y ninguno espera volver á su patria si no le restituyes tú á ella. Si disputases aún con Darío el imperio de los persas, aunque te veríamos, no sin considerable disgusto, expuesto á los peligros, no lo extrañaríamos; porque cuando son iguales el peligro y el premio es mayor el fruto de la victoria, y mayor también en la adversidad del suceso el consuelo. Pero ¿quién podrá tolerar, no ya de tus soldados, sino aun de las más bárbaras naciones á quienes ha llegado alguna noticia de la fama de Alexandro, que sea una vida como la tuya precio de una mala bicoca?

»Estreméceseme del horror el espíritu cuando vuelvo la consideración á lo que acabamos de ver. Hubiera llegado ya la hora de que se alzasen las más viles manos del mundo con los despojos del mayor príncipe de la tierra, si piadosa la fortuna no nos hubiese librado de tan considerable desdicha. Somos tantos traidores y desertores cuantos aquí estamos, no habiendo podido seguirte.

»Mucha razón tendrás para vituperarnos y notarnos de infames á todos tus soldados, entre los cuales no habrá ninguno que rehuse padecer la pena del delito que no pudimos dejar de cometer; pero pedímoste, señor, por gracia, que no sean estos los medios de que te valgas para

manifestar el desprecio que hicieres de nosotros, sino los de ofrecernos á todo género de peligros, dejándonos estas guerras de tan poca importancia y reputación, y reservando para tu real persona las que se proporcionaren con tu magnánima generosidad y grandeza; porque desluce mucho el esplendor de su gloria quien se emplea en tan abatidos y viles enemigos, y malogra sus ilustres acciones obrándolas donde no pueden resplandecer.»

Dijéronle casi lo mismo Ptolomeo y los demás, suplicándole todos con lágrimas que procediese con más moderación en el insaciable deseo de gloria, de que se hallaba tan colmado, y mirase más por su salud y por la de todos.

Quedó el rey tan gustoso y agradecido de experimentar aquellas demostraciones de afecto, que habiéndolos abrazado á todos uno por uno, los hizo sentar, y levantando algo la voz les dijo:

«Estímoos á cuantos os halláis aquí, que sois los mejores de nuestros ciudadanos y de mis amigos, no sólo la fineza con que preferís hoy mi salud á la vuestra, sino también la que he reconocido en vosotros desde el principio de esta guerra, en la cual no ha habido testimonio que no me hayáis dado de vuestro celo y de vuestro amor; cuya debida gratitud me obliga á confesaros que nunca he apreciado tanto la vida como hoy, que la deseo para gozar más tiempo de vosotros y del fruto de vuestra amistad; pero por lo mismo que conozco cuán grande es el deseo que mostráis de morir por mí, y que no os he merecido, sino con el excesivo valor que me culpáis, me habéis de permitir que os diga que son muy otros vuestros dictámenes que los míos, porque vosotros deseáis gozarme largo tiempo y siempre si fuera posible, y yo no medir mi duración con los años, sino con la eternidad.

»Pudiera haber terminado mi ambición en los límites de Macedonia, y contento con el reino de mis padres, esperar entre ociosidad y delicias una vergonzosa vejez, si es dado á holgazanes y perezosos disponer y dilatar á su arbitrio los términos fatales; pues vemos que cuando con mayor ansia libran toda su falsedad en vivir más, suele sobrevenirles anticipadamente la muerte, pero como no numero por mis años mis victorias, hallo que he vivido mucho, sin olvidar los favores que debo á la fortuna. Habiendo empezado á reinar en Macedonia, me he hecho dueño de la Grecia, he dominado á Tracia y á Iliria, mando á los tribalos y á los mesenios, véome señor de toda el Asia, desde el Helesponto hasta el mar Rojo, y hállome muy próximo á los últimos términos del mundo, desde donde pretendo entrar en otro y hacer de dos imperios uno solo.

»En menos espacio que el de una hora, he pasado del Asia á Europa. ¿Paréceos, pues, justo, que hallándome vencedor de las dos mejores partes del Universo en el nono año de mi reinado y en el vigésimooctavo de mi edad, debo suspender el curso de tan esclarecida carrera, obscureciendo mi gloria, á cuyo aumento se dirigen todos mis deseos? No; no puedo hacerla tal ofensa.

»Cualquiera parte donde yo combata, me parecerá que es teatro del mundo, y que en él me ven todos. Yo haré ilustres los más desconocidos lugares, y franquearé al mundo aquellas regiones que tanto alejó la naturaleza aun del conocimiento de los hombres. En cuya empresa si muriese, ¿dónde podré eternizar mejor mi gloria?

»No soy de linaje capaz de apetecer antes que un inmortal renombre una larga vida. Acordaos de que nos hallamos en una región á la que hicieron célebre las ilustres acciones de una varonil mujer. ¿Qué ciudades no fundó Semíramis? ¿Qué pueblos no redujo debajo de su obediencia y qué magníficas obras no hizo? Aún no

hemos igualado á la gloria de una mujer, y ya nos contentamos con lo que hemos obrado. Favorézcannos los dioses, que lo más nos falta por ejecutar; si bien el medio de llegar al fin, es no desestimar nada por corto ni pequeño, donde se ofrece tanta gloria que adquirir.

»Aseguradme sólo de los peligros y traiciones domésticas, que los riesgos de la guerra no los temo. No ignoráis que Philipo estuvo más seguro en los combates que en los espectáculos públicos del teatro, y que habiéndose librado de las manos de los enemigos, no pudo de las de sus vasallos. Lo mismo sucedió á los demás reyes. Haced memoria de todos, y hallaréis que más fueron los que murieron por los suyos que por los contrarios.

»Esto es lo que os ruego, y pues la ocasión se me ofrece oportuna de declararos lo que ha mucho que premedito, sabed que el mayor fruto que podré lograr de mis fatigas y de mis victorias, será el que coloquéis en el número de los dioses á mi madre Olimpias cuando éstos la saquen del mundo, á cuyo fin haré todo lo posible; pero si muriere antes, acordaos de que os lo he pedido.»

Dicho esto, los despidió y se detuvo allí algunos días.

CAPÍTULO VII.

Sosiégase la rebelión de los griegos en las tierras de los bactrianos. Da Alexandro un banquete á los embajadores de los indios. Sobreviene un disgusto entre Horrata y Dioxioppo, y pára en un duelo, en que riñeron con desiguales armas. Dase algunos días después Dioxioppo muerte, irritado de las calumnias de sus enemigos.

Mientras pasaban estas cosas en las Indias, naciendo algunas discordias entre los soldados griegos que había dejado Alexandro dispuestos por colonias por los contornos de Bactria, pasaron después á la rebelión, no porque viviesen disgustados de Alexandro, sino porque temiesen el castigo. Habiendo muerto algunos de sus compañeros, los que se hallaron más fuertes buscaron en las armas su asilo; y apoderados de la fortaleza de Bactria, la cual estaba con bien débil guarda, llevaron á su partido á los bárbaros.

Era cabeza de él, y quien se había usurpado el título de rey, Athenedoro, no tanto por la ambición de reinar cuanto por volver á su patria con los que por la autoridad de él le seguían. Si bien antes de que pudiese ejecutarlo, entrando en celos de su nueva fortuna cierto griego como él, llamado Bión, le dispuso algunas emboscadas; y habiéndole convidado á comer, le hizo dar muerte por mano de cierto Boxo mauritano.

Juntó al día siguiente todas sus tropas, procurando persuadir á muchos que sabiendo que Athenedoro había querido hacer lo mismo con él, se había anticipado; pero hallándose los más en conoçimiento de la impos-

tura, y quedándolo poco después todos, tomaron las armas con resolución de darle muerte en la primera ocasión que se les presentara. Sin embargo, temerosos los cabos de que pasase adelante el mal, sosegaron á los soldados; pero no bien se vió libre de aquel riesgo Bión, cuando maquinó la muerte de los que le habían preservado de él, aunque con tan infeliz efecto, que descubierta la trama, fueron él y Boxo presos y sentenciados á muerte; resolviendo dársela á éste pronta, y á aquél en el tormento.

Disponiéndole, pues, para él, tomaron repentinamente las armas como desatinados los griegos, sin que pudiese saberse la causa de aquella demostración. A vista de la cual, temerosos los que le llevaban al suplicio, y creyendo que su intento era librarle, le dejaron allí. Donde poniéndose el reo desnudo, como estaba en manos de los griegos, movidos á piedad al verle en aquel miserable estado, le mandaron ir libre. Conque habiéndose librado por dos veces de la muerte, se volvió á su patria con los que abandonaron las colonias que les señaló Alexandro. Esto es cuanto sucedió en Bactria y en las fronteras de Scitia.

En el ínterin los dos pueblos de quien hemos tratado, enviaron embajadores al rey, los cuales eran de prodigiosa gentileza; iban vestidos de ropas de lino bordadas de oro y púrpura, y en carros.

El fin de su jornada miraba á representarle que ellos, sus ciudades y tierras las ponían á su disposición, y que era el primero á quien rendían su libertad; la cual habían conservado inviolablemente por espacio de muchos siglos; que no el temor, sino la disposición de los dioses les obligaba á darle la obediencia, cuando teniendo aún enteras sus fuerzas se ponían debajo de su yugo.

Habiendo el rey tenido consejo sobre esto, los admi-

tió á su obediencia, imponiéndoles el mismo tributo que pagaban á los aracosios, y dióles orden de que previniesen dos mil quinientos caballos, que lo ejecutaron con puntualidad. Después de los cuales mandó disponer un magnífico banquete, y convidó á estos embajadores y á los señores indios que se hallaban allí. Hizo poner cien asientos de oro bien cerca unos de otros, colgar ricas tapicerías de oro y púrpura, y que se ostentasen en aquella ocasión los más exquisitos muebles y cuanto la antigua soberbia de los persas y la moderna delicadeza de los macedones empleaba en la superfluidad, para que se viesen mezclados los vicios de ambas naciones.

Hallábase en aquel festín cierto ateniense, cuyo nombre era Dioxioppo, célebre entre los atletas y muy querido del rey, así por su fuerza como por su destreza; y como en las cortes nunca faltan envidiosos y malignos, no dejaban éstos de provocarle, unas veces con las veras y otras con las burlas, diciendo: qué era lo que el rey quería de aquel grueso animal, el cual no era bueno para nada, pues mientras los demás se exponían á los tiros, él sólo entendía el untarse con aceite y dilatar el pellejo para llenar mejor su vientre. Cuyos oprobios, repetidos por cierto macedón, llamado Horrata, los aumentó embriagado, diciéndole que si tenía valor, le buscase al día siguiente con la espada en la mano; y que si el rey gustaba, sería juez de la temeridad del uno y de la cobardía del otro.

Rióse Dioxioppo de la bravata del soldado, y aceptó el desafío; y al día siguiente el rey, viendo que más irritados solicitaban el reñir y que no podía hacerlos amigos, se lo permitió. Concurrió á aquel espectáculo gran multitud de soldados, entre los cuales estaban los griegos, que favorecían á Dioxioppo.

Presentóse el macedón armado de pies á cabeza; el

escudo de cobre y la media pica, á la que llaman *sarisa*, en la mano izquierda; la lanza en la derecha, y al lado la espada como si hubiese de combatir con muchas personas. Llegó al mismo tiempo Dioxioppo resplandeciente todo su cuerpo del aceite, con una corona en la cabeza, una capa escarlata arrollada en el brazo izquierdo, y una crecida y nueva clava en la derecha. Admiró á todos esta entrada, y no sólo la temeridad, sino la declarada locura de intentar reñir un hombre desnudo con otro tan bien armado. Y así el macedón, teniendo como por seguro el que le daría muerte desde lejos, le enristró la lanza, de cuyo golpe se libró Dioxioppo inclinando un poco el cuerpo; á cuyo tiempo partiendo veloz á él, sin darle lugar á que pasase la *sarisa* de una á otra mano, la partió por medio con su clava. Entonces Horrata, perdidas aquellas dos armas, iba á valerse de la espada; pero más pronto el griego, habiendo llegado á asirse de él le arrojó á tierra de un puntapié, y después de haberle quitado su espada le puso el pie sobre el pescuezo, y alzando la clava iba á descargársela sobre la cabeza, como lo hubiera hecho á no haberlo estorbado el rey.

Disgustó no sólo á los macedones el fin de aquel espectáculo, sino también al mismo Alexandro, por haber sido en presencia de los bárbaros, entre quienes estando en tan gran reputación el valor de los macedones, sentían hubiese quedado aquél expuesto al desprecio y á la risa común. De que nació que diese el rey más crédito del que debiera á las calumnias de los enemigos de Dioxioppo, y que pocos días después éstos, habiendo faltado en cierto festín donde él concurrió una copa de oro que maliciosamente habían ocultado los oficiales, se quejasen al rey como si en efecto no pareciese.

Suele muchas veces la vergüenza perjudicar al inocente y causarla mayor en el que lo está la calumnia

que en el culpado. Así sucedió á Dioxioppo; el cual, reconociendo que todos le miraban como autor del hurto, y no pudiendo tolerar aquella afrenta, se levantó de la mesa, y después de haber escrito al rey, se dió por sí mismo muerte. Mostró gran disgusto de ello Alexandro, mirándolo más como testimonio de generoso despique que como arrepentimiento del delito de que le juzgaba inocente, en cuyo dictamen le confirmó el excesivo gusto que manifestaron sus enemigos del suceso.

CAPÍTULO VIII.

Habiendo recibido Alexandro presentes de los embajadores indios, doma á los sabrazas, musicanos, prestos y otros pueblos. Queda Ptolomeo sano de una venenosa herida con el beneficio de una hierba que vió en un sueño Alexandro.

Volvieron pocos días después con presentes á Alexandro los embajadores á quienes había despedido. Componíanse éstos de trescientos caballos y mil trescientos carros, á cuatro caballos cada uno; algunas ropas de lino, mil escudos á la indiana, cien talentos de hierro blanco, leones y tigres de espantosa grandeza unos y otros domesticados, dilatadísimas pieles de caimanes, y todo género de conchas y escamas de tortuga. Ordenó después el rey á Cratero que llevase el ejército por tierra costeando el río; en que embarcado con el ordinario acompañamiento, tocó en la frontera de los mallos, desde donde pasó á los sabrazas, nación poderosa entre los indios, y que se gobiernan sin rey y á manera de república. Habían levantado hasta setenta mil infantes y seis mil caballos con quinientos carros, y elegido tres valientes generales para que los mandase; pero hallándose aquel país muy lleno de poblaciones pequeñas, y con especialidad las riberas del río, luego que le vieron desde lejos cubierto todo de bajeles, y con tan gran número de hombres y de armas resplandecientes, creyeron, no habiendo visto cosa semejante, que era la armada de los dioses la que iba, ú otro Baco, tan célebre en aquellas regiones.

Uníase á esto los gritos de los soldados, el ruido d.

los remos y las confusas voces con que los marineros se animaban unos á otros, cuyas cosas todas aumentaron su terror de suerte, que vueltos á acelerado paso á su ejército, dijeron á grandes voces que si estaban locos pretendiendo combatir con los dioses; que era imposible numerar los bajeles que conducían innumerables hombres invencibles; infundiendo en todos tan gran miedo, que despacharon embajadores ofreciendo rendirse. Habiendo recibido el rey el homenaje, marchó cuatro días contra otros pueblos, que no se defendieron mejor que sus vecinos, y después de haber fundado una ciudad, á quien puso también por nombre Alexandría, entró en las tierras de los musicanos. Quiso allí oir las quejas de los parapomasides contra Terioltes, á quien les había dejado por gobernador, y juzgar de aquella causa; y hallándole convencido de hurtos y violencias, le condenó á muerte. No así á Oxatres, sátrapa de la Bactria, al cual no sólo le absolvió, sino le aumentó los límites de su gobierno.

Y habiendo reducido después á los musicanos á su obediencia, puso guarnición en su ciudad, y pasó á las tierras de los prestos, otros indios de quienes era rey Oxicano, el cual se había encerrado en la mejor de sus plazas con gran número de gente. Sitióla Alexandro, y habiéndola tomado al tercer día, se retiró aquel príncipe al castillo, desde donde envió embajadores al rey para capitular; pero derribadas dos grandes torres antes que llegasen, entraron los macedones y dieron muerte á aquel príncipe, que combatía en la brecha con pocos de los suyos.

Arrasada la fortaleza y vendidos los prisioneros, entró en los estados del rey Sabo, donde se le rindieron muchas ciudades, habiendo tomado la mayor parte de los conductos subterráneos.

Parecía á los bárbaros, imperitos en el arte militar,

cosa de prodigio ver salir debajo de tierra en medio de su ciudad hombres armados, sin haber reconocido antes rastro alguno de camino que hubiesen hecho. Refiere Clitarco, que fueron muertos en aquella región ochenta mil indios y vendidos muchos prisioneros en almoneda.

Sublеváronse nuevamente los musicanos, y Fitón, enviado á dominarlos, se apoderó de la persona de su príncipe, autor de la rebelión, y se le llevó al rey, el cual le hizo poner en cruz.

Desde allí, volviendo á tomar el río donde le esperaba su armada, llegó al cuarto día á una ciudad del rey Sabo; el cual, aunque se había rendido, oponiéndose los habitadores al nuevo dominio, cerraron las puertas á Alejandro, que despreciando su corto número, envió allí quinientos agrianos con orden de que se acercasen á las murallas y que se retirasen después poco á poco de ellas, para llevar á sí al enemigo, que no dejaría de seguirlos si mostraban huir. Habiendo tenido, pues, una ligera escaramuza y fingido que huían como se les había ordenado, cargaron desatinadamente en su seguimiento los bárbaros, y dieron en la emboscada, donde estaba el mismo rey. En ella no dejaron de defenderse, hasta que habiendo quedado muertos seiscientos y prisioneros mil, de tres mil que eran, se retiraron á los muros; sin embargo, no fué la victoria tan feliz como pareció, por haber envenenado los indios sus espadas; de suerte que ninguno de los heridos escapaba, no pudiendo los médicos alcanzar la causa de aquella malignidad que hacía incurables aun las menores heridas.

Habían creído los bárbaros que el rey, por su denuedo y bizarría no dejaría de participar de ella; pero fué tan feliz, que en medio de haberse hallado en la refriega no salió herido. Entre los que quedaron, el que más cuidado le daba era Ptolomeo; porque aunque la herida que había sacado en el hombro izquierdo no era importan-

te, no estaba el riesgo en ella, sino en la ponzoña. Reconocíale Alexandro por pariente suyo, y teníanle algunos por hijo de Filipo, ó por lo menos de alguna de sus damas, por lo cual lograba el primer lugar después del rey: era valerosísimo, muy estimado en la guerra, y aun más en la paz; enemigo de toda profusión y superfluidad, sumamente liberal y apacible y ajeno del fausto y vanidad que pudiera causarle el esplendor de su nacimiento, cuyas buenas prendas le hicieron tan amado del rey y de todos, que se dudaba de quién lo estaba más.

Fué esta ocasión en la que con mayor fineza le mostraron los macedones su afecto; el cual pareció presagio de su futura grandeza, pues no estuvieron con menor cuidado que el rey, que sentado en su cama, fatigado del combate y de la inquietud en que le tenía el peligro de Ptolomeo, hizo traer allí la suya, para estar cerca de él. No bien se hubo echado en ella, cuando le embargó un profundo sueño, del cual habiendo despertado, dijo: «Que había visto un dragón que llevaba en el gaznate una hierba, que le ofreció como triaca, y eficaz remedio para el veneno y las heridas.» Refirió el color de ella, y aseguró que si la veía la conocería. Con lo cual, buscándose por todas partes y hallándola uno, se la puso en la herida, cuyos dolores se le empezaron á mitigar inmediatamente á Ptolomeo, el cual en breves días quedó bueno.

Los bárbaros, destituídos de su esperanza, se rindieron. Con lo cual pasó Alejandro á Patalia, provincia inmediata, cuyo rey, llamado Meris, se había apoderado de las montañas y abandonado la ciudad, en la cual entró Alejandro después de haber corrido y robado la campaña, donde fué grande la presa que se hizo de ganado y de trigo.

CAPÍTULO IX.

Desea Alexandro sumamente ver el Océano, y lógralo, no sin gran peligro, por la corta experiencia de los marineros y pilotos.

Ejecutado esto, tomó por guías varias personas prácticas en el río, y llegó á una isla situada casi en medio de la canal, donde se vió necesitado á detenerse más tiempo del que quería; porque habiéndosele escapado las guías, le fué preciso buscar otras, y no hallándolas, ni permitiéndole el ansia que tenía de ver el Océano y de dilatar sus conquistas hasta el fin del mundo mayores dilaciones, continuó su viaje, exponiéndose con tan valerosos soldados á merced de un desconocido río. Bogaban, pues, á la contingencia, sin saber qué derrota tomar, cuánto distaba de allí el mar, qué pueblos habitaban aquellas costas, si la entrada del río era navegable, ni de qué bajeles era capaz.

Todo se reducía á conjeturas bien débiles, sin que tuviesen otro consuelo en empresa tan temeraria que el que les ofrecía la continuada felicidad del rey, á quien después de haber caminado cuatrocientos estadios, dijeron los pilotos que empezaban á sentir el aire del mar, y que les parecía que no estaban lejos del Océano; con cuya noticia, sumamente regocijado, animaba á los galeotes á que remasen á toda fuerza, representando á los soldados «que habían llegado ya al deseado fin de sus trabajos; que nada podía resistir á su valor ni aumentar su gloria; que sin más combate ni derramamiento de sangre se hallaban señores del Universo; que aun la

misma naturaleza no podía pasar más adelante, y que bien aprisa verían cosas que sólo eran permitidas á los dioses inmortales.»

Desembarcó sin embargo alguna gente, esperando que tomasen lengua de aquellos rústicos; como en efecto, habiendo hallado á algunos recogidos en cabañas y preguntándoles si estaba lejos de allí el mar, respondieron que nunca habían oído hablar del mar; que sólo sabían que á tres jornadas de allí había una agua amarga, que corrompía el agua dulce. Con cuya expresión, entendiendo que denotaban el mar, sin alcanzar la naturaleza de él, bogaban los marineros con grande alegría, creciendo sus alientos cuanto más se adelantaban á proporción de su esperanza.

Reconocieron al tercer día que el agua del mar empezaba á mezclarse con la del río, y que volvía á subir la marea, que era causa de que descendiesen con mayor dificultad. Por lo cual arribaron á otra isla, situada en medio del agua, donde se emplearon en hacer provisiones sin prevenir lo que les sucedería; pero á las tres horas de haber estado en ella, volviendo el Océano á su estado ordinario, no hizo al principio sino detener el curso del río; pero después, repeliéndole, lo arrojó con mayor impetuosidad de la con que se precipita el torrente de cualquiera desde una eminencia á un valle.

Ignorando los soldados que este era el flujo y reflujo del Océano, creyeron, al verlo crecer repentinamente é inundar los campos, que era manifiesta señal de la indignación de los dioses y del castigo que querían dar á su temeridad. En tanto el mar levantó los navíos y dividió por completo la armada, y aturdidos de tan inopinado accidente los que habían desembarcado, corrieron presurosos para entrar en los bajeles; pero cuanto más se aceleraban en aquel tumulto, tanto menos se adelantaba.

Hacían esfuerzos unos por llegar con garfios á las barcas y estábanse quietos otros, viendo que no se podían valer de los remos. Los que presurosos no habían esperado á sus compañeros, se hallaban imposibilitados de gobernar sus bajeles por sí solos, é incapaces de moverse las galeras, en las cuales había entrado en gran tropel la gente, por estar tan cargadas; donde en unas por poca y en otras por mucha, era igual el desorden.

Decían á grandes voces unos que se detuviesen, otros que anduviesen; con cuyo tropel y confusión, aturdidos los remeros no sabían á quién obedecer. Aun los mismos pilotos eran inútiles en aquella ocasión, en la cual el ruido embarazaba para oir sus órdenes, y el pavor impedía que se ejecutasen. Empezaron, pues, los bajeles á chocar reciamente entre sí y los remos á romperse ó enredarse unos con otros, de suerte que no parecía una armada sola, sino dos que combatían. Daban las popas de los unos contra las proas de los otros, recibiendo de los que tenían detrás el mismo daño que causaban por delante; finalmente, eran tantos los gritos y tantos los baldones de unos y otros, que de las palabras pasaron á las manos.

Ya crecido el mar, había inundado la campaña que estaba alrededor del río, sin que de toda ella se viesen más que algunas eminencias en forma de pequeñas islas, á las cuales llegaron muchos á nado abandonando sus navíos, cuya mayor parte se mantenía en alta mar, quedando encallados ó al través los demás, según era la desigualdad de las aguas. Sobrevínoles aún mayor susto que el primero cuando vieron que lo restante del mar se retiraba con la misma impetuosidad que había crecido, descubriendo las tierras que había sumergido poco antes. Con lo cual, quedando los bajeles en seco, caían unos sobre las proas y otros de costado, veíanse

los campos sembrados del bagaje, de remos rotos y de pedazos de tablas, vestigios todos del naufragio.

Los soldados ni se resolvían á saltar en tierra ni se tenían por seguros á bordo, temerosos de algún accidente peor que los pasados, y sin acabar de persuadirse de los naufragios que veían en tierra ni de que pudiese el mar desembocar en un río. Tampoco discurrían en que hubiese llegado el fin de sus males, porque ignorando que poco después volvería á crecer el mar y que levantaría sus bajeles, esperaban morir de hambre experimentando las últimas calamidades, llegándose á este desconsuelo para acabar de aumentar su horror el haberse descubierto cien monstruos marinos que había dejado el mar, los cuales gateaban alrededor de los bajeles.

Acercábase en tanto la noche, y el rey, no de otra suerte que los demás, sin saber qué hacerse, se hallaba en considerable inquietud; pero como nada era capaz de rendir su espíritu, se mantuvo toda ella en la gavia ó en el combés, para dar sus órdenes y disponer que partiese alguna gente á caballo á la entrada del río y advirtiese cuándo volvía la marea. Hizo también reparar los bajeles maltratados y levantar los caídos, ordenando que estuviesen prontos todos para cuando volviese á crecer el mar.

Pasóse toda la noche en vela y en animar al ejército, hasta que volvieron á toda rienda á avisar los que habían ido á aquel fin, y después de ellos la marea, la cual, dilatándose suavemente, no hizo más que levantar los navíos, é inundando poco después la campaña, dejar en disposición á toda la armada de que pudiese navegar. A vista de cuyo inesperado bien, arrebatados del gusto, así los soldados como la chusma, lo celebraban con crecidos gritos y espantosa algazara. Preguntado, no sin grande admiración, cómo volvía tan de

prisa el mar allí, á qué parte se había retirado el día antes, y cuál era la naturaleza de un elemento tan discorde como sujeto á la revolución de los tiempos. Habiendo conjeturado el rey de lo que había sucedido que la marea volvía después de salido el sol, se quiso anticipar, y haciéndose á media noche á la vela con pocos bajeles y habiendo ganado la boca del río, se entró cuatrocientos estadios dentro del Océano, logrando por último el fin de sus votos y el colmo de sus deseos.

CAPITULO X.

Vuelve del Océano á los términos de los arabitas, gedrosioros y de los indios, donde pelea su ejército con el hambre y la peste, pero da providencia para su remedio. Dispone después, en imitación de Baco, cierto género de triunfo, aunque le ensangrienta con el castigo de Astarpes, sátrapa.

Habiendo después sacrificado á los dioses tutelares del mar, y de aquellas regiones, volvió á juntar su armada; la cual, montando por el río llegó al día siguiente cerca de un lago salado, donde ignorantes muchos de la calidad del agua, se bañaron, pagando la pena de su inadvertencia, por haberles sobrevenido cierta especie de sarna contagiosa, de que inficionaron á sus compañeros, si bien se les quitó untándose con aceite.

Envió desde allí delante á Leonato para que dispusiese algunos pozos en los parajes por donde había de pasar el ejército, respecto de ser sumamente árida la tierra, y estuvo allí el invierno con sus tropas hasta que dió principio la primavera. En cuyo ínterin se ocupó en fundar ciudades y en hacer puertos y arsenales para los navíos.

Mandó después á Nearco y á Onisicrito, bien expertos en las cosas marítimas, que se embarcasen en los mejores bajeles, y que surcando el Océano con la mayor seguridad y cuidado que pudiesen, reconociesen la calidad de él, y se volviesen por el Eufrates ó por el mismo río.

Pasados los grandes fríos, hizo quemar los bajeles inútiles, y conduciendo su ejército por tierra llegó en

nueve días de marcha á las de los gedrosioros, pueblo libre y que después de haber tenido su consejo, se rindió al rey, el cual sólo le pidió víveres.

Desde allí pasó en cinco jornadas al río Arabón, y atravesando grandes desiertos, donde no halló gota de agua, á la región de los horitas. Dió en ella la mayor parte de sus tropas á Ephestión, dividiendo las demás, armadas á la ligera, con Ptolomeo y Leonato; con cuyas tres partes de ejército saquearon á un tiempo á los indios é hicieron considerables presas. Robaba Ptolomeo las regiones marítimas y desolaba la campaña el rey por una parte y Leonato por otra.

Fundó, sin embargo, en ella una ciudad, á la que pobló con los aracosios, y encaminóse después hacia aquellos pueblos marítimos, los cuales tienen considerable porción de país inhabitado, sin conservar comunicación alguna con sus vecinos. Aquella soledad acabó de hacer más groseros sus ingenios naturalmente feroces. Déjanse crecer las uñas y el cabello sin cortársele jamás, edifican sus cabañas de conchas y de otros excrementos del mar, vístense de pieles de bestias salvajes y aliméntanse de pescados que secan al sol y de las ballenas que las tormentas arrojan á aquellas costas.

Los macedones, después de haber consumido allí todas sus provisiones, empezaron á padecer falta de bastimentos, y á pocos días tan grande hambre, que se hallaron precisados de ella á cortar las raíces de los palmares, único árbol que ofrece aquel territorio, y faltándoles aún aquel tenue socorro, á comer los animales de mayor estimación y después los caballos de servicio, quemando aquellos ricos despojos por los que se habían dilatado hasta los términos del mundo, respecto de no tener con qué conducirlos. Sucedió al hambre la peste, ocasionada de los malos alimentos á que no estaban acostumbrados, del trabajo del camino y del disgusto

en que se hallaban, viéndose imposibilitados de marchar y de detenerse sin perecer, por ser preciso si se mantenían morir de hambre, y si intentaban adelantarse que se inflamase más la peste. Por lo cual se hallaba toda la campaña cubierta de muertos, y aún más de moribundos, y sin que pudiesen huir ni los menos enfermos, respecto de la celeridad con que marchaba el ejército, creyendo que cuanto más se adelantase, tanto más se apartaría del peligro y aseguraría su remedio.

Los que se habían quedado en los caminos pedían socorro á grandes voces á conocidos y no conocidos; pero faltaban enteramente carruajes en que conducirlos, pudiendo apenas los soldados llevar sus armas; fuera de que estando próximos á verse en el mismo infeliz estado, cualquiera atendía sólo á librarse del riesgo. Con que, por más que aumentaron los gritos, no pudieron conseguir el socorro que buscaban, porque negando el miedo lugar á la compasión, volvían los más á otra parte los ojos por no mirarlos. A vista de cuya impiedad pedían con mayor aliento á sus compañeros que no los desamparasen por los dioses, por el rey y por las cosas más sagradas; hasta que reconociéndolos sordos á sus ruegos, convertidos éstos en desesperación y rabia, los maldecían, deseándolos igual fin al suyo y semejantes amigos á los que en ellos experimentaban.

Corrido y afligido el rey de ser causa de aquella miseria, envió á mandar á Phrataphermes, sátrapa de los parthos, que le enviase en camellos y dromedarios víveres cocidos, é hizo partícipes también de su necesidad á los gobernadores de las demás provincias, los cuales concurrieron á socorrerla. De suerte que habiendo quedado el ejército libre del hambre, fué últimamente conducido á los confines de Gedrosia, región apacible y abundante, donde se detuvo algunos días para repararse.

Recibió en ella cartas de Leonato, en que le avisaba había peleado y derrotado á ocho mil infantes y cuatrocientos caballos de los horitas; y también de Cratero, el cual le participaba tenía presos á Ocines y Zariaspes, ambos señores persas, por haberles descubierto cierta rebelión que tramaban. Después de lo cual puso en el gobierno de aquella región, en lugar de Memnón, que había muerto pocos días antes de enfermedad, á Sibircio, y se encaminó hacia Carmania, de la cual era sátrapa Aspastes, el cual estaba acusado de haberse querido levantar mientras el rey se hallaba en las Indias. Si bien, habiéndose puesto en su presencia, le hizo buena acogida, y disimulando su desconfianza, le mantuvo en el gobierno hasta averiguar lo cierto.

En el ínterin los gobernadores indios, en cumplimiento de la orden que tenían, le habían enviado de todas las provincias que estaban sujetas á su obediencia gran cantidad de caballos y de animales de estimación, con los que socorrió á los que se hallaban necesitados de ellos, repartiendo entre todos armas tan buenas como las primeras, no habiéndole sido muy difícil, respecto de estar cerca de Persia, entonces no sólo pacífica, sino también abundante de todo. Y deseando cumplir enteramente el intento que siempre había tenido de igualar en todo la gloria de Baco, afectó imitarle, no sólo en las victorias que había obtenido de aquellos pueblos, sino también en la forma de su triunfo, fuese instituído por Baco ó introducido sólo en alguna borrasca, aspirando á ostentarse dios como él. Para cuyo fin hizo llenar de flores y de guirnaldas todos los caminos por donde había de pasar, ordenando pusiesen delante de las puertas de las casas tazas llenas de vino y vasos de desmesurado tamaño.

Mandó después disponer carros capaces de que pudiese estar mucha gente en ellos, á los que hizo cubrir

en forma de tiendas con lienzos blancos unos y con ricos paños otros. Iban primero los familiares del rey con sombreros de flores y guirnaldas. Oíanse por una parte flautas y chirimías y por otra gran variedad de instrumentos. Seguía después de todo el ejército, comiendo y bebiendo con gran exceso en carros más ó menos compuestos, según era la posibilidad de cada uno, llevando pendientes alrededor de ellos sus riquísimas armas. Iba el rey en medio de sus camaradas sobre un carro magnífico, cargado de crecidos frascos y vasos de oro, tan macizos y pesados que rendían al tomarlos.

De esta suerte marchó por espacio de siete días aquel victorioso ejército, empleado en glotonerías y borracheras. ¡Oh, qué considerable hubiera sido el botín que habrían hecho allí los vencidos si les hubiesen quedado algunos alientos para acometer á toda aquella gente anegada en el vino! Sin duda que mil hombres en su sano acuerdo hubieran bastado á rendir y aprisionar en medio de su triunfo á aquel ejército, que después de siete días continuaba en su embriaguez. Pero la fortuna, que es quien pone y da precio y estimación á las cosas, convirtió en gloria suya aun la infamia de sus armas; y así, no sólo su siglo, sino también la posteridad, admiró juntamente que se hubiese ejecutado esto entre pueblos acabados de sujetar y que los bárbaros tuviesen por confianza tal temeridad.

Siguió á aquel grande aparato el verdugo que había de dar muerte á Aspastes, sátrapa, de quien hemos tratado, y en quien se experimentó que ni la lujuria se oponía á la crueldad, ni tampoco la crueldad á la lujuria.

LIBRO DÉCIMO.

CAPITULO PRIMERO.

Quedan perdonados los delitos de Cleandro y de algunos capitanes, y castigados los de otros, aunque más ligeros. Intenta Alexandro pasar á la parte occidental de la Europa. Su liberalidad con los hijos de Abisares, y su crueldad con los de Orsines, sátrapa ilustre.

Llegaron casi al mismo tiempo Cleandro, Sitalces, Agatón y Heracón, los cuales habían muerto á Parmenión por orden del rey, y llevaban consigo cinco mil infantes y mil caballos; pero seguíanlos los diputados de las provincias que habían gobernado, para acusarlos de tan graves delitos, que no parecía creíble que en medio de haber sido tan grato servicio al rey el de la muerte que ejecutaron, bastase á librarles del castigo que por ellos merecían; porque no contentos con haber desolado las familias con sus imposiciones, habían robado hasta los templos y sepulcros, sin perdonar la honestidad de las señoras más ilustres, las cuales lloraban con lágrimas de sangre el desacato de habérsela violado. Con cuya desenfrenada avaricia y libertad habían hecho aquellos brutos odioso y detestable el nombre de los macedones.

Sin embargo, entre todos ninguno igualaba á Cleandro; el cual después de haber forzado á una doncella de calidad, la dió por concubina á sus esclavos. Por lo cual temían muchos de los amigos de Alexandro que pudiese con él, más que la enormidad de los delitos, que era notoria, la clemencia á favor de los reos. Si bien no dejaban de discurrir por otra parte alegres en que sería posible que, pasada la ocasión del servicio, y prevaleciendo el horror de sus recientes atrocidades, convirtiese su indignación contra los que habían sido ministros de su ira, y que se viese cuán poca duración tenía el poder adquirido por malos medios.

El rey, habiendo conocido de la causa, pronunció: «Que habían cometido los acusadores el más grave delito, cual era el de haber desesperado de su vida; pues no podía ser creíble que se hubiesen atrevido á ejecutar semejantes maldades si juzgasen que había de volver de las Indias.» En su consecuencia hizo cargar de cadenas y dar muerte á trescientos soldados que habían sido instrumentos de su ira, y que en el mismo día se ejecutase la de los autores de la rebelión de los persas, que Cratero había llevado.

Vueltos Nearco y Onisicrito, que por orden del rey habían surcado por el Océano lo más adentro que les fué posible, refirieron diversas cosas, unas que oyeron y otras que vieron: «Que en la isla que está á la boca del río, había gran cantidad de oro, y tanta carestía de caballos, que los que se atrevían á pasarlos allí vendían á un talento cada uno. Que estaba aquel mar lleno de ballenas, las cuales surcando por él, según el aumento de la marea, se descubrían sobre el agua tan grandes como las mayores naos. Que cuando seguían la armada las espantaban á fuerza de grandes gritos y de crecido rumor; y que se zambullían en el mar con tan horrible ruido como pudiera causarle éste si se hubiese

sorbido otros tantos bajeles. Que en cuanto á lo que habían oído de los moradores de aquellas costas, era, entre otras cosas, que el mar Rojo no se llamaba así porque fuesen de este color sus aguas, como creen muchos, sino en memoria del rey Erythra, cuyo nombre en griego es lo mismo que *rojo*. Que poco después de la tierra firme había allí una isla llena de palmeras, y que en medio del bosque se ofrecía una columna muy alta, que era el sepulcro del rey Erythra, grabado con caracteres de aquel país; y añadían que de cuantos navíos mercantes habían pasado aquella isla, movidos de la fama del oro, no había vuelto ninguno.»

Deseoso el rey de saber más, les mandó que fuesen costeando la tierra hasta la boca del Eufrates, y que embarcados allí pasasen á Babilonia. Y acumulando intentos á intentos aquel infatigable espíritu, tenía resuelto el haber sujetado toda la región marítima del Oriente, pasar de Siria á Africa para abatir el orgullo de Cartago, á quien miraba como á enemiga, y desde ella, atravesando los desiertos de Numidia, tomar la derrota á Cádiz, donde era fama que estaban las columnas de Hércules; pasar luego á España, á quien los griegos llaman Iberia, del nombre del río Ibero; encaminarse después á los Alpes y á las costas de Italia, desde donde hay corto espacio á Epiro. Con cuyo fin ordenó á los gobernadores de Mesopotamia que hiciesen cortar cantidad de madera en el monte Líbano y que la mandasen pasar á Thapasaco, ciudad de Siria, para la fábrica de las galeras, que habían de ser de siete órdenes de remos, y conducirlas á Babilonia.

Tuvieron orden los reyes de Chipre para que las proveyesen de espolones, de velas y de cuerdas. Hallándose en estas disposiciones llegaron cartas de Poro y de Taxiles, en que le avisaban que Abisares había muerto de enfermedad; así como también Philipo, su

gobernador, violentamente, y quedaban castigados los homicidas. Con cuyas noticias proveyó el gobierno de Philipo en Eudemón, capitán de Tracia, y nombró por sucesor de Abisares en el reino á su hijo.

Llegó desde allí á Persagada, ciudad de Persia, de quien era sátrapa Orsines, descendiente de Ciro, y quien lograba, además de las riquezas que le dejaron sus antecesores, los considerables tesoros que había acumulado en los muchos años que había gozado sus Estados. Púsose en la presencia del rey con gran variedad de presentes, así para él como para sus validos. Componíanse de rebaños de fieras, de carros adornados de plata y oro, de muebles preciosos, de riquísima pedrería, de vasos cincelados de desmesurado tamaño, de ropas de púrpura y de cuatro mil talentos de plata en moneda; pero costóle bien cara esta generosa magnificencia; porque habiendo usado con los principales de esta corte con más exceso del que pudieron desear, y no hecho demostración alguna con el eunuco Bagoas, á quien amaba Alexandro con poco honesto afecto, advertido por algunos de esto, respondió que él obsequiaba á los amigos del rey, pero no á sus concubinas, y que los persas no estilaban usar de los hombres para lo que Alexandro se servía del eunuco. De cuyas palabras noticioso Bagoas aplicó toda la gracia que lograba en la del rey para disponer la ruina de aquel príncipe, cuya sangre era la más esclarecida del Oriente y cuya vida inculpable.

Sobornó algunos testigos de entre los suyos, instruyéndoles en lo que habían de deponer contra él cuando fuese tiempo, y dedicóse en el ínterin á influir en el ánimo del rey, siempre que se quedaba á solas con él, cuantas imposturas pudo discurrir, sin manifestarle la causa de su aborrecimiento, para que lograse mayor crédito su acusación. Y si bien el rey no acababa de persuadirse á

que fuese culpado, no hacía ya la estimación de él que solía.

Disponíase la trama con tan gran secreto, que se hallaba Orsines bien ajeno del peligro que le amenazaba, sin que cesase aquel malvado de imputarle de avaro y de traidor. Finalmente llegó el tiempo de que se viese la inocencia oprimida de la calumnia y necesitada la virtud á rendirse al inevitable destino, porque habiendo mandado Alexandro abrir acaso el sepulcro donde descansaba el cuerpo de Ciro, para hacerle fúnebres honras, creyendo que estuviese lleno de plata y oro, como divulgaban los persas, sólo halló en él un escudo podrido, dos arcos al uso de Scitia y su cimitarra. Puso sobre la urna corona de oro y cubrióla con su manto, admirando mucho que tan grande y esclarecido rey se hubiese enterrado tan pobremente. A lo cual Bagoas, valiéndose de la ocasión para sus malévolos fines, le dijo que no debía extrañar estuviesen los sepulcros de los reyes tan vacíos, cuando rebosaban las casas de los sátrapas tanto oro del que habían sacado de ellos: que nunca había visto aquél, pero que le oyó decir á Darío que estaban dentro de él tres mil talentos. Y que sin duda habrían salido de ellos las profusiones de Orsines, dirigidas á granjear su gracia con lo que tan injustamente habia usurpado.

Teniendo ya inclinado el ánimo del rey con semejantes artificios al logro de sus intentos, hizo entrar á su presencia á los testigos que había prevenido, los cuales por una parte y Bagoas por otra supusieron tan horrendas atrocidades de Orsines, que por último le mandó Alexandro poner preso antes que él tuviese la menor sospecha de acusación alguna; pero no contento el infame eunuco de ser causa de que padeciese aquel inocente la muerte que no merecía, pasó su insolencia á tanto, que llevándole al suplicio le tomó la mano; á

cuya demostración habiendo vuelto á mirar Orsines, le dijo á aquél: «Había oído decir que en otro tiempo reinaron en Asia las mujeres, pero ahora veo la novedad de que mande un eunuco.»

Este fin tuvo el mayor príncipe de Persia, hallándose inocente, y habiendo acreditado en repetidas demostraciones su gran afecto á Alexandro. Ejecutóse también por entonces la muerte de Phradates, acusado de haberse querido alzar con el reino.

Había empezado Alexandro á tener tanta facilidad en condenar á muerte á los hombres como en creer los falsos informes que le hacían. Tan poderosa es la prosperidad en pervertir aun los mejores naturales, y tan raro el hombre que acierta á usar bien de su fortuna. No se había atrevido antes á condenar á Lincestes, aunque resultaba culpado por la deposición de dos testigos: había tolerado que los que lo estaban en delitos de menor consecuencia quedasen, á pesar suyo, absueltos, por haberlos juzgado inocentes los demás, y había hecho merced de los reinos á los enemigos que había vencido; pero degenerando ya de sí, daba, contra su propio dictamen, los reinos á unos y quitaba la vida á otros por condescender con el gusto de un infame.

Llegáronle casi por aquel mismo tiempo cartas de Ceno, en que le participaba todo cuanto había pasado en Europa y Asia mientras sojuzgó las Indias. Decíale que habiendo pasado Zopirio, gobernador de Tracia, á la guerra contra los getas con una poderosa armada, le sobrevino tan furiosa borrasca que perecieron en ella todos; y que noticioso de esta pérdida Seuthes Odrises, había sublevado el pueblo, de suerte que quedaba perdida Tracia y bien trabajosa Grecia.

Asistía por este tiempo á Alexandro, á quien había seguido á persuasión de Taxiles, cierto indio muy célebre entre los sabios de su reino, el cual, profesando una

severa filosofía, había vivido por espacio de ochenta y tres años sin haber padecído en todos ellos la menor dolencia. Habiendo llegado á Persia, y sobreviniéndole un fuerte dolor de vientre, quiso más morir con bien extraño medio que tolerar los grandes dolores que padecía y á que no estaba acostumbrado por la feliz salud que había gozado, y caer en el sensible martirio de las manos de los médicos, exponiéndose al tormento de la multitud de sus remedios. Para cuyo fin pidió al rey que le mandase disponer una hoguera, encargando que no se encendiese hasta que estuviese dentro de ella.

Creyó al principio Alexandro que podría fácilmente disuadirle de tan bárbaro intento; pero no habiendo bastado cuanto le dijo para que dejase de mantenerse firme en su resolución, se vió precisado á concederle lo que le pedía; pero teniendo en gran veneración á aquel filósofo, quiso antes honrar su muerte con fúnebre pompa, digna de su real magnificencia.

Mandó poner en orden de batalla todo el ejército con los elefantes en un gran llano, cerca de la ciudad, y nombró á ciertas personas para que esparciesen por la hoguera y sobre el indio los más preciosos perfumes que pudiesen hallarse. Envióle también una ropa de púrpura bordada de pedrería, gran cantidad de bajillas de plata y de oro, y muy ricas tapicerías, para que sirviesen de aparato al sacrificio y de honor á la víctima. Vestido, pues, Calamo con aquellos ricos adornos, se puso en un caballo, que también le había enviado el rey; pero no pudiendo tolerar el cansancio, continuó el camino en una litera, donde coronado con una guirnalda de flores, cantó en su lengua diversas canciones, hasta que habiendo atravesado toda la ciudad, llegó al paraje donde estaba la hoguera.

Hechas allí sus deprecaciones á los dioses, y pedido á los hombres que ejecutasen con él cuantas ceremonias

se acostumbran en los funerales de los difuntos, se cortó una guedeja antes de entrar en la hoguera, y despedido de los macedones y de sus amigos, tocándoles la mano les dijo: «Que habiendo perdido su salud y visto al gran Alexandro, no apetecía vivir ya, pues le había llegado á suceder lo que más había temido y deseado en este mundo: que siendo los verdaderos males el dolor y la mala conciencia, había pedido siempre á los dioses le preservasen de uno y otro; pero que pues empezaban después de tantos años á afligir su cuerpo, que hasta entonces había sido morada de su alma, era evidente señal de que no era voluntad suya que habitase más en él: que aunque siempre la procuró conservar pura y libre de todo género de vicios, no había podido evitar que por el contagio del cuerpo hubiese contraído muchas manchas; pero que las iba á purgar en el fuego, cuyas llamas le serían suaves, habiéndose de quemar en ellas las ligaduras de su cautividad, que por tan dilatado tiempo le habían embarazado que saliese al cielo y volviese á ver su patria: que les pedía se recogiesen y asistiesen gustosos á aquella función con el rey, de quien no se despedía porque esperaba volverle á ver dentro de breves días en Babilonia.»

Después de haber pronunciado estas últimas palabras, que fueron como de oráculo y profecía de la cercana muerte de Alexandro, y repartido entre sus amigos el regalo que le acababa de hacer el rey, subió gustoso á la hoguera, desde donde, habiendo puesto por algún breve rato la vista en el ejército, se tendió á lo largo en la más honesta postura que pudo y se cubrió por último el rostro; pero lo más admirable y que mayor horror causó á todos los concurrentes á aquel espectáculo, fué que al prender en él la llama se mantuvo constantemente en la misma postura en que le halló, sin hacer el menor movimiento ni dar indicio alguno de

dolor. Tocaron las trompetas al tiempo de introducir el fuego en la hoguera, y diéronse en el ejército los grandes gritos que acostumbraban levantar los soldados al principio de las batallas, á los cuales acompañaron los espantosos bramidos de los elefantes.

Pareciéndole á Alexandro que no era decente asistir á aquél espectáculo, se retiró triste y pensativo á su palacio. Hiciéronse varios juicios de aquella acción: condenáronla unos como de hombre furioso ó insensato, y atribuyéronla otros á vanagloria, persuadidos á que no había tenido otro fin que el de adquirir crédito de una prodigiosa constancia; pero sin embargo muchos alabaron el gran valor con que había triunfado de los dolores y de la muerte. Admiróla entre otros el rey y honró sus cenizas con magnífica sepultura.

Fué este mismo Calamo de quien se refiere que habiendo llegado á la corte y deseando dar algunas muestras de su suficiencia, puso á vista de Alexandro como una imagen ó figura de su imperio. Arrojó á tierra un gran pellejo de buey lleno de aire y puso el pie en uno de sus extremos, bajado el cual hizo al mismo tiempo levantar en alto lo restante de él; después, pisándole todo alrededor y andando siempre por sus extremos, hizo demostración al rey de que cuanto más se le apretaba en un lugar, tanto más levantaba en los demás; pero que poniéndose en medio de él, quedaba igualmente bajo por todas partes. Con cuyo ejemplo quiso darle á entender que debía desistir de emplearse en viajes y conquistas tan distantes, y residir en el centro y corazón de sus dominios, por cuyo medio evitaría que las provincias más apartadas se sublevasen y haría que todos sus pueblos se mantuviesen en su obediencia sin la menor alteración.

Habiendo llegado después de esto el rey á Susa, se desposó con la princesa Statira, hija mayor de Darío, y

dió la menor á su amado amigo Ephestión; y para que haciéndose estas alianzas comunes pareciese menos extraño su casamiento, persuadió también á los primeros señores de su corte y á sus más principales validos á que ejecutasen lo mismo, y eligió de las nobles familias de Persia ochenta doncellas, las cuales les dió por mujeres. Celebráronse las bodas al uso de Persia, y dió un banquete á los demás macedones que se habían casado mucho antes; en el cual, hallándose más de nueve mil convidados, dió á cada uno de ellos una copa de oro para que ofreciesen sus sacrificios á los dioses.

Llegaron por el mismo tiempo á la ciudad de Susa treinta mil mancebos persianos, casi todos de una misma edad, á quienes llamaron *epigonos*, que corresponde á *sucesores*. Estos iban para relevar á los ancianos soldados de sus penosas y largas fatigas. Habíanse elegido los más robustos y de la mejor disposición que se hallaron en toda Persia, y puéstolos debajo del mando de los gobernadores de las ciudades que nuevamente habían fundado, ó de las que se habían conquistado. Ocupáronles en todos los ejercicios militares y los enseñaron cuanto es necesario saber en la guerra, teniéndolos vestidos y armados al uso de Macedonia.

Plantaron su campo delante de la ciudad, donde pasaron muestra é hicieron sus ejercicios para que viese el rey su destreza y lo adelantados que se hallaban en el manejo de las armas, de que quedó muy satisfecho, haciéndoles en adelante muchas mercedes; pero causó esto considerables celos á los macedones, contra quienes se disponía principalmente aquella providencia; porque reconociendo Alexandro que llevaban con sumo disgusto la dilatada continuación de la guerra, ocasionando murmuraciones y alborotos, quiso tener estas nuevas tropas con que poderse oponer á las antiguas y reprimir sus desacatos.

En tanto Harpalo, de quien el rey había fiado la guarda de sus tesoros y de las rentas de Babilonia, haciendo concepto de que domada la mayor parte de los reyes indios por el valor de Alexandro, no podría haber después de tan felices sucesos nada que cediese á sus armas, ni que un príncipe tan deseoso de dilatar más sus conquistas podía dejar de continuarlas y de volver con dificultad de tan largo y penoso viaje, lisonjeándose con esta esperanza, se dió á la más licenciosa vida. Hizo imponderables gastos; manchó con sus deshonestidades las más ilustres familias de la ciudad; y no contento con haberse anegado en todo género de disoluciones y torpezas, buscó fuera de Babilonia ocasión para otras nuevas, haciendo traer á ella de Atenas una célebre ramera llamada Potimia, de quien estuvo tan apasionado y perdido, que no sólo mientras ella vivió la hizo tan considerables dádivas como pudiera el rey, sino que aun después de su muerte la dispuso suntuosos funerales y tan soberbio sepulcro que gastó en él treinta talentos.

Consumida en torpes profusiones una considerable parte de las riquezas que quedaron á su cuidado, y sabiendo que Alexando volvía de la India y que iba castigando severamente á todos los gobernadores que habían abusado de sus cargos, hallándose con su conciencia tan mal segura y temiendo que ejecutase con él lo que con los demás, recogió cinco mil talentos y juntó seis mil hombres de guerra con quienes se encaminó á toda diligencia á Atica; pero no hallando persona que le quisiese admitir, se vió precisado á dejar aquellas tropas en el cabo de la Morea, llamado Tenara.

CAPITULO II.

Mientras discurre en sosegar las revoluciones de la Grecia y en licenciar algunos soldados á quienes había pagado y en quedarse con otros, se levanta una sedición en el campo, la cual sosiega con un severo razonamiento.

Igualmente irritado el rey contra Harpalo que contra los atenienses, hizo disponer una armada con resolución de ir en persona á Atenas; pero mientras daba secretas providencias para esta jornada, llegáronle cartas en que le avisaban: «Que aunque Harpalo había entrado en Atenas y ganado á fuerza de dinero á los principales de ella, habiéndose juntado el pueblo, le había mandado salir de aquella ciudad, donde acogiéndose á las tropas griegas, que le retuvieron, fué poco después muerto á traición por un pasajero.» Gustoso con estas noticias, desistió del intento de pasar á Europa, si bien mandó á todas las ciudades de la Grecia que volviesen á ellas á los desterrados, exceptuando á los que habían teñido sus manos en la sangre de sus ciudadanos.

No se atrevieron los griegos á oponerse á esta orden, aunque contravenía á sus leyes, y así restituyeron á los desterrados los bienes que se hallaron ser suyos. Solos los atenienses, más celosos de la libertad pública que de la particular y no acostumbrados á tolerar el yugo de la monarquía, la resistieron, echándolos á todos de sus confines y queriendo antes exponerse á cualquier riesgo que admitir la gente más viciosa de que se había purgado la ciudad, y que aun entonces lo era en el destierro.

Después de haber licenciado Alexandro á los ancianos soldados, mandó que se escogiesen trece mil infantes y dos mil caballos para que quedasen en Asia, creyendo que este corto ejército sería suficiente á conservarla, y respecto de haber puesto guarnición en toda ella y de que las nuevas ciudades pobladas de sus colonias serían muy poderoso freno contra cualquiera que tentase alterarla; pero habiendo mandado, antes que se nombrasen los que habían de quedar, que declarasen todos sus deudas; pues aunque no ignoraba que la mayor parte de ellos se hallaban con grandes empeños y que estos procedían de sus desórdenes, quería pagarlas; sospechando ellos que esto miraba á descubrir lo mal que se habían aprovechado de lo que habían adquirido, interpusieron dilaciones.

Conoció el rey no era falta de obediencia, sino sobra de empacho lo que los tenía remisos en el cumplimiento de aquella orden. Y así, mandó poner en dilatadas mesas, repartidas por el campo, diez mil talentos; con cuya demostración, conociendo que era muy distinto el fin de Alexandro, manifestaron todos sus deudas. Pagadas las cuales, no quedaron de tan considerable suma más que ciento treinta talentos. De suerte que aquel ejército, que había triunfado de las más ricas naciones del mundo, llevó mayor gloria que botín. Pero cuando entendieron que se volvían unos y que quedaban otros, creyendo que quería establecer en el Asia la silla de su imperio, se precipitaron furiosos, y atropellando por su buena disciplina, llenaron el campo de sediciosos intentos, pasando todos juntos á decir al rey á gritos en su misma presencia, con mayor libertad y desacato que habían tenido jamás, que los licenciase á todos, y le mostraron todos sus rostros desfigurados con la continuación de las heridas y contraídos por los trabajos que sufrían.

Ni las amenazas de los cabos ni el respeto del rey bastaron á reprimir su furor, pues cuanto más los procuraban templar aquéllos, tanto más enfurecidos los interrumpían las razones con que solicitaban persuadirles, continuando incesantemente en sus desmesurados gritos, y protestando que no se apartarían de allí sino para volverse á sus casas. Finalmente, habiendo callado, no porque se diesen por vencidos en su furor, sino porque les parecía que el rey cedía, quedaron atentos á lo que les decía, que fué en estos ó semejantes términos:

«¿Qué es lo que llego á experimentar hoy en vosotros, ó de qué se origina tan repentino motín y tan desenfrenado atrevimiento? ¿Hallaréme con aliento para mover los labios al ver tan ultrajada mi autoridad por vuestro desacato y sin que me haya quedado de rey más que el nombre, pues me habéis quitado que hable, que solicite saber vuestros intentos, que os haga partícipes de los míos, y, á lo que me parece también, que os mire? Había resuelto enviar á unos y llevar bien aprisa conmigo á otros, y tan disgustados os mostráis los que habíais de iros ahora como los que lo habíais de hacerlo después. ¿Qué es esto? ¿Cómo puede proceder de causas tan distintas un mismo sentimiento? Preciso es que sepa si los que se quejan son los que han de partir ó los que han de quedarse.»

A lo cual respondieron unánimes y á un tiempo á grandes gritos, que todos juntos eran los que se quejaban.

«No podré creer yo nunca (replicó el rey) que tan general disgusto proceda sólo de la causa que vosotros suponéis, cuando la mayor parte del ejército no está comprendida en ella, pues son más los que envío que los que dejo.

»Más alto origen trae el mal, y otra muy distinta es

la ocasión que os aparta de mi servicio; porque ¿quién ha visto hasta ahora que todo un ejército abandone á su rey? Aun los mismos esclavos, cuando intentan la fuga, no la ejecutan juntos, avergonzándose de dejar á su dueño al verle desamparado de los otros. ¿Qué haré, pues, cuando hablo con hombres tan frenéticos, esforzándome en vano á curar ánimos tan incapaces de remedio? Depongo ya el buen concepto que hasta aquí tenía hecho de vosotros, y ofrezco trataros desde hoy, no como á mis soldados, pues no lo sois, sino como á los más ingratos hombres del mundo.

»Mi gran benignidad os tiene tan perdidos y tan olvidados del estado de donde os saqué, al cual merecíais volver y consumir lo restante de vuestros días en él, pues os halláis mejor en la adversa que en la próspera fortuna. Los que no ha mucho que eran tributarios de los ilirios y de los persas, se muestran hoy disgustados de las riquezas del Asia y de los despojos del Oriente. Los que en tiempo de Philipo andaban poco menos que desnudos, visten ropa de púrpura, y deslumbrándoles el resplandor del oro, apetecen más vajillas de madera, escudos de zarzos entretejidos y despreciables espadas cubiertas de orín, que fué el rico aparato con que los hallé.

»No ignoráis que cuando tomé posesión de la corona la hallé empeñada en quinientos talentos, y que sólo había en el erario sesenta. Este fué el caudal que tuve para dar principio inmediatamente á la guerra, y con el que puedo decir, sin vanidad, que me he hecho señor de casi todo el universo. ¡Que tanto os disguste el Asia, teatro de vuestras hazañas, cuya gloria os iguala con los mismos dioses! Deseáis con gran prisa volver á Europa y abandonar á vuestro rey, sin considerar que entre vosotros hay muchos que, á no haberles pagado yo sus deudas, las cuales he satisfecho de la presa del

Asia, se hallarían imposibilitados de hacer el viaje. ¿Y no os vergonzáis de volver con las manos vacías á ver á vuestras mujeres y á vuestros hijos después de haber adquirido de las naciones conquistadas tantos despojos? ¿Qué les responderéis cuando os pregunten por los frutos de vuestras victorias? No sé cuál de vosotros es el que podrá mostrárselos; sí sólo que muchos han empeñado hasta sus mismas armas con la esperanza de su vuelta.

»¿Pensaréis que pierdo muy ventajosos soldados en vosotros, en quienes no ha quedado de tantas riquezas sino la costumbre de la relajación y de los desórdenes en que las habéis consumido? ¿No queréis dejarme? Pues idos, que el camino está libre: idos, y sea adonde no vuelva á veros más. Los persas y yo os preservaremos de los riesgos que os puedan sobrevenir. Quitaos de mi presencia, ingratos ciudadanos, pues á ninguno estorbo que se vaya, porque ya me falta el sufrimiento para toleraros. Allá reconoceréis el gusto con que os recibirán vuestras mujeres y vuestros hijos al veros volver sin vuestro rey. ¿Con qué alegría se pondrán en vuestra presencia y darán los brazos á unos traidores y desertores? Idos, idos; pero tened por cierto que he de triunfar de vuestra fuga y que me he de vengar de vosotros en cualquier paraje donde os halláreis, prefiriendo en todo á los extranjeros con quienes me dejáis. Idos, por último, que algún día conoceréis lo que es un ejército sin cabeza y lo que en mí habéis perdido.»

Dicho esto, se arrojó colérico de un brinco desde su tribunal; y entrándose por en medio de los soldados armados, y dirigiéndose á un grupo de los amotinados se asió uno á uno de todos, sin que se atreviese ninguno á estorbárselo, y entregó trece de ellos á sus guardas.

CAPÍTULO III.

Desbarata los malos intentos de su ejército con el castigo de algunos sediciosos, y da la guarda de su persona á los persas.

¿Quién creyera que aquella desatinada muchedumbre se sosegase repentinamente, y que fuese tan grande el pavor que ocupase sus ánimos, al ver que arrastraban al suplicio á sus compañeros, que habiendo quedado inmóviles y sin atreverse á articular palabra alguna se mirasen unos á otros, temiendo cada uno no se ejecutase con él el mismo rigor? Lo cierto es que, ó porque naciese de la gran veneración que en las monarquías tienen los pueblos á sus reyes, á quienes adoran como á dioses, ó del particular respeto con que miraban su persona, ó de la confianza y resolución con que usaba de su autoridad, ellos quedaron aturdidos en aquella ocasión, en la cual acreditaron bien su paciencia y su sujeción, hallándose tanto más lejos de mostrar sentimiento alguno por la muerte de sus compañeros cuando supieron se había ejecutado por la noche, cuando sólo atendía cada uno á purgar su delito y á solicitar perdón de él.

Al día siguiente, llegando delante del alojamiento del rey, y hallando que les impedía la entrada, franqueándosela á los soldados asiáticos, llenaron el campo de desconsolados clamores, diciendo á grandes gritos, como desesperados, que querían morir si el rey no mitigaba sus enojos. Pero aquel príncipe, que no revocaba fácilmente la resolución que una vez tomaba, habiendo ordenado que se retirasen los macedones á su

campo y que se pusiesen los extranjeros en su presencia, concurriendo considerable número de ellos, los habló así por medio de un príncipe:

«Cuando pasé de la Europa al Asia, esperé juntar á mi imperio muchas célebres naciones é infinitos millares de hombres. No sólo correspondió puntual la fama á sus promesas, sino excedió liberal á mis esperanzas, pues hallé pueblos belicosos, y cuyo amor á sus reyes es increíble. Habíame persuadido á que entre vosotros todo era una vana pompa y desmesurada profanidad, y que vuestra grande felicidad y abundancia os tendría envejecidos en torpes deleites; pero ya me he desengañado, viendo el vigor de vuestros cuerpos y de vuestros ánimos, que os hace capaces de tolerar las fatigas de la guerra, y lo que yo más estimo, vuestra fidelidad, que en medio de ser grande vuestro valor, no le es inferior.

»Ha días que vivo con este conocimiento, aunque no os lo he manifestado hasta hoy. Él me ha movido á escoger lo mejor de vuestra juventud para incorporarla en mis tropas, como lo he hecho. Vuestro traje y vuestras armas no se diferencian de las suyas, aunque vuestra obediencia las excede mucho. Todas estas consideraciones me han obligado á la resolución de casarme con la hija de Oxatres, que es de vuestra misma nación, y á que no desdeñándome de tener hijos de una de mis cautivas, y deseando que mi casa se dilate con copiosa sucesión, haya elegido también por esposa mía á la hija de Darío, habiendo movido con mi ejemplo á los principales de mi corte á que ejecutasen lo mismo con sus prisioneras, para que por medio de tan santa alianza quede borrada la diferencia que puede haber entre vencedores y vencidos. Por lo cual debéis estar ciertos de que os tengo por naturales soldados míos y no por extraños, y de que os estimo como á mis antiguos ciudadanos.

»Ya Asia y Europa no son más que un reino; ni las armas que os he dado ni la librea de que os he vestido otras que las de los macedones. Y ya ni á los persas es indigno imitar á los macedones, ni á los macedones seguir las costumbres de los persas; porque es preciso que sean comunes las leyes y las utilidades á los que han de vivir debajo del dominio de un mismo príncipe.»

Concluido así este razonamiento, fió la guarda de su persona de los persas, cuyos nuevos oficiales llevaban al suplicio á los macedones que habían quedado por castigar. Refiérese que entonces uno de los condenados, persona autorizada y á quien hacía más venerable su edad, dijo al rey:

CAPÍTULO IV.

Palabras de cierto soldado macedón aprisionado. Conspiración contra Alexandro, el cual muere de veneno.

«¿Cuándo se saciará tu crueldad de martirizar con tan extraños castigos á los de tu nación? ¿Tus soldados y tus ciudadanos permites que vayan conducidos al suplicio por sus mismos prisioneros, sin que haya precedido conocimiento de causa? Si los has juzgado dignos de muerte, ¿no pudieras haber nombrado otros ministros de su misma nación que se la diesen?»

El consejo aunque libre, era útil si hubiese sabido aprovecharse de él; pero teníale tan preocupado su fortuna y su indignación, que no pudiendo ver sin impaciencia lo que dilataban los ejecutores la muerte de aquellos infelices, ordenó que los arrojasen al río; pero ni aun esta impía demostración fué bastante á causar la menor alteración en los soldados, los cuales bien ajenos de procurarla, acudían en cuadrillas á sus capitanes y á los validos del rey para que le pidiesen condenase á muerte á todos los demás que entre ellos se averiguase hallarse culpados, pues todo el ejército estaba pronto á comprar al precio de sus vidas su desenojo.

Pero no bien supieron con certidumbre que se habían dado sus cargos á los persas, que los habían distribuído por los regimientos, que les habían impuesto los nombres de los macedones y que á ellos los habían desechado ignominiosamente, cuando no pudiendo contener más el dolor que los oprimía, corrieron en camisa juntos todos á palacio, á cuyas puertas arrojaron sus

armas en demostración de su arrepentimiento, llorando y pidiendo á gritos que los dejasen entrar, y que si no había aplacado el rey su indignación, tomase satisfacción de su desacato en su sangre y no en sus honras, pues no habían de apartarse de allí hasta que los hubiese perdonado.

Noticioso Alexandro de estas demostraciones, hizo abrir las puertas de su palacio y se fué para ellos, donde enternecido al ver tantas demostraciones de su arrepentimiento, al oir sus desconsolados gemidos y sollozos y al considerar el miserable estado á que estaban reducidos, les acompañó por algún espacio en el llanto, al fin del cual los perdonó; y habiéndoles dado una suave reprensión halagándolos unas veces y mortificándolos otras, concedió licencia á muchos que estaban incapaces de tomar las armas, y los envió con muy ricas dádivas y despachos para que Antipatro, gobernador de Macedonia, les señalase en los juegos los primeros lugares del teatro y los hiciese entrar coronados, concediendo á los hijos de todos los que habían muerto en servicio suyo que gozasen de sus sueldos mientras llegaban á edad de poderlos ganar por sí.

Nombró para que los condujese á Cratero, en quien proveyó el gobierno de Macedonia, de Tesalia y de Tracia, que tenía Antipatro, á quien ordenó fuese á ejercer el cargo que dejaba Cratero.

Había días que se hallaba Alexandro bien molestado de las continuas quejas de su madre contra Antipatro, y de las de Antipatro contra Olimpias. Acusaba ésta á aquél de que aspiraba á la tiranía, y quejábase aquél de la áspera condición de ésta y de su insoportable altivez, alargándose con alguna frecuencia á ponderar el poco decoro con que trataba su autoridad. Por lo cual se vió precisado el rey á tomar la resolución de llamarle cerca de su persona, con tan gran disgusto de Antipatro, que

se dispuso irritado á quitarle la vida por medio de algún veneno.

Pasó desde allí el rey á Ecbatana, donde dió diversas órdenes para la mejor administración del gobierno del reino é hizo solemnes sacrificios y juegos.

Durante cuya celebridad murió su gran valido Ephestión al rigor de úna maligna fiebre. Sintió su pérdida con el extremo que acreditaron las grandes demostraciones que permitió á su dolor, indignas de tan gran rey; porque se refiere que hizo colgar al médico que le asistió como si hubiese muerto por culpa suya; que se abrazó del cuerpo dando espantosos gritos, del que le separaron no sin dificultad; y que permaneció sin permitir treguas á su llanto por espacio de un día y de una noche, añadiendo á estas demostraciones otras que no son creíbles.

Lo cierto es que hizo que se sacrificase á Ephestión como á un semidiós, y que los gastos de su sepulcro y de su fúnebre pompa pasaron de doce mil talentos. Volviéndose, pues, á Babilonia, le salieron al encuentro los adivinos caldeos, los cuales le advirtieron no entrase en aquella ciudad, porque corría gran riesgo su vida; pero desestimando la prevención, continuó su jornada; en cuyo camino supo le esperaban en Babilonia embajadores de los parajes más retirados del mundo; porque habiéndose esparcido por él el terror de su nombre, concurrían á porfía á obsequiarle infinitos pueblos como á quien suponían ya dueño suyo; cuya noticia aumentó en él el deseo de llegar á aquella ciudad para celebrar en ella, como cabeza, las cortes generales del universo.

Hizo muy solemne su entrada; y después de haber recibido benignamente á los embajadores los despidió. Dispúsose casi por el mismo tiempo un suntuoso banquete en casa de Medio, tesaliense, donde fué convidado el rey con los grandes de su corte; y habiéndose

puesto á la mesa, no bien hubo acabado de beber en honor de Hércules, cuando prorrumpió en tan grandes gritos como pudiera si le hubiesen atravesado por el cuerpo alguna flecha. Retiráronle á su palacio casi muerto de aquel accidente, cuyos dolores eran tan vehementes, que le obligaron á pedir desesperado una espada para darse muerte.

Divulgóse que la causa de su dolencia procedía del exceso con que había bebido; pero lo más cierto era que la había dado la maldad de los suyos, cuya infamia ocultó el poder de los que le sucedieron; porque Antipatro había entregado preparado el veneno á su hijo Casandro, que era copero mayor del rey, y advertídole que no se fiase de otro que de Medio y de sus hermanos Philipo y Jolas, que eran los que de ordinario le servían en la mesa, los cuales introdujeron el veneno en el agua, esparciéndole después en el vino. Al cuarto día, recelosos los soldados de que se les ocultaba su muerte, y no pudiendo pasar más tiempo sin verle, se fueron á palacio, donde anegados en su llanto pidieron les dejasen verle. De cuya instancia noticioso el rey, mandó á las guardas que los hiciesen entrar.

CAPÍTULO V.

Lo que hizo y lo que dijo antes de su muerte. Sentimiento de los suyos, y especialmente de la madre de Darío, que rendida al dolor murió poco después. Elogio de Alexandro.

Fué tanto lo que aumentaron sus gemidos y sollozos al verle, que más parecía que le lloraban muerto que doliente. Era empero aún mayor la aflicción en los que estaban más inmediatos á su persona; á quienes, volviéndolos á mirar Alexandro, les preguntó que adónde hallarían, muerto él, rey digno de tales vasallos. Verdaderamente que fué cosa digna de admiración que hallándose aquel príncipe tan postrado y casi moribundo, se mantuviese en la misma postura con que recibió á su ejército todo el tiempo que tardaron en saludarle uno á uno sus soldados. Después de lo cual, y de haberles dado el último adiós, se volvió á echar, como si ya no le quedase otro cuidado que el de morir; y haciendo acercar al lecho los suyos, por empezar ya á faltarle la voz, se quitó el anillo que traía y se le dió á Pérdicas, á quien pidió que hiciese llevar su cuerpo al templo de Ammón.

Y preguntándole todos que á quién dejaba por sucesor suyo en el imperio, respondió: «Que al que más dignamente le mereciese. Pero que prevenía se disponían sobre la declaración de él extraños espectáculos fúnebres á su muerte.» Preguntóle también Pérdicas que cuándo gustaba de que se le hiciesen divinos honores; á lo que le respondió: «Cuando seáis feliz.» Después de cuyas últimas palabras rindió el espíritu.

No se oían en aquel palacio al principio sino copiosos llantos, espantosos sollozos y tiernos gemidos; los cuales, haciendo el dolor lugar á cuidadosas imaginaciones y á infelices discursos sobre lo venidero, se convirtieron repentinamente en tan gran silencio, que no parecía sino que se hallaban en una vasta soledad. Corrían de una á otra parte como desatinados sus pajes y las guardas de su persona, llenando la ciudad de tristeza y de los sentimientos en que suele prorrumpir en semejantes ocasiones el dolor. A vista de lo cual los que estaban fuera del palacio, así bárbaros como macedones, corrieron en tropa á él, sin que en tan común desesperación se pudiesen diferenciar los vencedores de los vencidos, porque unos y otros mostraban á porfía su dolor; llamándole los persas «el más justo y benigno dueño que tuvieron», y los macedones «el mejor y más valeroso príncipe del mundo»; quejándose todos á los dioses de que se le hubiesen quitado á los hombres en la flor de su edad y de su fortuna.

Acordábanse entonces de su invencible valor, y del ánimo y alegría con que los conducía al combate, sitiaba las ciudades, subía á los muros y premiaba sus servicios; y arrepentíanse entonces los macedones de haberle rehusado los divinos honores, confesándose ingratos é impíos por haberle defraudado título que le era tan debido.

Finalmente, después de haberlos tenido embargados por algún rato la veneración á su persona ó el desconsuelo de su pérdida, convirtieron hacia ellos mismos su compasión, considerando que habiendo partido de Macedonia se hallaban de la otra parte del Euphrates, sin cabo y en medio de sus enemigos, disgustados éstos del nuevo dominio. Que habiendo muerto el rey sin hijos y sin dejar sucesor, cualquiera procuraría ganar á favor suyo las fuerzas públicas. Sobre lo cual pre-

veían las guerras civiles que resultarían, y que les sería preciso derramar aún su sangre y exponerse á que abriesen nuevas heridas en sus antiguas cicatrices, no ya para conquistar el imperio del Asia, sino para darla rey. Y finalmente, que aquellos ancianos soldados que habían obtenido licencia de su legítimo príncipe para volver á su patria, se hallarían obligados á emplear la corta vida que les quedaba en establecer el poder, quizá de algún miserable soldado.

Cogióles la noche en estos desconsolados discursos, que los hizo aún más funestos. Pasáronla toda armados los soldados y los babilonios ó sobre los muros ó en los miradores de sus casas, para advertir mejor desde ellos lo que pasaba, si bien ninguno se atrevía á encender luz. Conque no pudiendo valerse del uso de los ojos, fiaban el informe de los oídos, aplicándolos al menor ruido que se les ofrecía. Muchos, desmayados de las vanas sombras que les figuraba su medrosa imaginación, corrían por aquellas obscuras calles, dando unos con otros, sin conocerse ni asegurarse.

Los persas, que según su estilo se habían cortado el pelo en demostración de su sentimiento, y puesto luto, así como también sus mujeres y sus hijos, lloraban con verdadera ternura y dolor la muerte de aquel príncipe, á quien no miraban ni como á vencedor suyo ni como á quien poco antes había sido su enemigo, sino como á su más justo y legítimo rey; confesando que desde que se estableció su monarquía no habían tenido otro que más dignamente que él mereciese su obediencia. No se limitó sólo á los muros de aquella ciudad tan considable tristeza. Pasó inmediatamente á las regiones cercanas, y dilatóse desde ellas á toda aquella gran porción del Asia que está á la otra parte del Euphrates.

Llegó sin mucha dilación la nueva á la madre de Darío; la cual, arrebatada del dolor, rasgó sus vestiduras,

se puso luto, se mesó los cabellos y se arrojó á tierra. Tenía consigo á una de sus nietas, á quien hallándose aún recientes las lágrimas por la muerte de su marido Ephestión, acordaba el dolor público su particular aflicción. Sisigambis empero acumulaba en sí todos los infortunios de su casa; lamentaba el de aquellas desgraciadas princesas, nietas suyas, renovando con a infelicidad presente la memoria de las pasadas. No parecía, según todas las demostraciones del dolor que en ella se veían, sino que Darío era el muerto. Lloraba á muertos y á vivos igualmente. «¿Quién mirará (decía) desde hoy por mis nietas? ¿Dónde hallaremos otro Alexandro?» Añadiendo que nuevamente quedaban cautivas, que nuevamente habían perdido su reino; y que aunque les faltó Darío, hallaron quien las amparase; pero que muerto Alexandro, ninguno las atendería. Hacía memoria de que habiendo tenido ochenta hermanos, fueron degollados todos en un día por orden de Ocho, el más cruel tirano que vió el mundo, y con ellos su padre. Que de siete hijos que había dado á luz no le había quedado más que uno, y que aunque Darío había florecido por algún tiempo, sólo le elevó la fortuna para hacer mayor su precipicio. Finalmente, rendida al dolor se cubrió la cabeza; y habiendo hecho separar de sí á sus nietas y á su nieto, á quien tenía en las faldas, no quiso ver más el día ni que entrase ya alimento alguno en su cuerpo. Y de esta suerte subsistió hasta el quinto día, en el cual perdió los últimos alientos de la vida.

Verdaderamente que esta muerte es gran testimonio de la benignidad que el rey usó, así con ella como con todos los demás prisioneros; pues no habiendo tenido valor para quitarse la vida muerto Darío, tuvo por ignominia vivir muerto Alexandro.

Lo cierto es que, si hemos de hacer el juicio que se debe de aquel príncipe, habremos de confesar que sus

virtudes las debió á la naturaleza, y que sus vicios le procedieron, ó de la fortuna, ó de la edad. La constancia de su ánimo fué increíble; su paciencia en la tolerancia de las fatigas, tan excesivas, como capaz de rendir á los más robustos y acostumbrados á ellas; su valor incomparable, no sólo respecto de los reyes, sino de los que más se señalaron en él. Mostróse tan liberal, que concedió aún más de lo que pudiera pedirse á los dioses. Su clemencia con los vencidos fué tan grande, que no sólo volvió los reinos á los mismos de quienes los había conquistado, sino que hizo merced de otros á muchos. La muerte, que tan horrorosa es á los demás hombres, la miraba él tan sin ningún temor, que parecía la buscaba á cada paso. No se puede negar que su ambición era sin límites; pero tampoco que fué dispensable en un príncipe del verdor de sus años, y en quien correspondiendo á sus empresas tan felices los sucesos de ellas, aumentaban el deseo de la gloria, en que ardía su corazón.

Y si volvemos la consideración á la piedad que usó con los que le dieron el ser, ¿no lo acreditó bien con Olimpias, habiendo resuelto colocarla en el número de los dioses? ¿Y con Philipo, habiendo tomado venganza de su muerte? ¿Pero qué diremos de su benignidad con la mayor parte de sus confidentes? ¿Qué de su afecto con sus soldados? ¿Qué de su continencia con las mujeres? Su talento era igual á su gloria, y su destreza y juicio superior á su edad.

Estas fueron las grandes prendas de que le dotó la naturaleza; los vicios de que fué causa la fortuna se redujeron á haber pretendido igualarse con los dioses, á haber mandado que se le hiciesen divinos honores, á haber dado más crédito del que debiera á los oráculos que le lisonjeaban con semejantes vanidades, á haberse irritado con los que rehusaron adorarle, á haberse ves-

tido al uso extranjero, á haber imitado las costumbres de los pueblos que había vencido y despreciado antes de la victoria; porque aunque no debe omitirse su propensión á la cólera y al vino, tan poco negar que la misma edad, que contribuyó mucho á ocasionársela, pudiera también haber sido tan gran parte para moderársela; pero si bien es preciso conceder que fué muy deudor á su virtud, también que lo fué aún más á su fortuna, pues entre los mortales sólo él la tuvo como á su arbitrio y disposición. ¿Cuántas veces se le arrebató como de entre las manos á la muerte? ¿Cuántas le sacó felizmente de los mayores riesgos á que se arrojó, sin desampararle nunca, disponiendo, para colmo de sus beneficios, que el curso de su vida terminase en el período de su gloria? Porque hasta que hubo sujetado el Oriente, llegado á surcar las ondas del Océano y ejecutado cuanto es posible á un mortal, la preservó su destino de los rigores de la Parca.

Atendíase, pues, á dar sucesor á tan gran rey y á tan esclarecido conquistador; pero el peso de tan considerable máquina excedía á las más robustas fuerzas; y con efecto, aun solo el nombre y la fama de Alexandro constituyó reyes y reinos casi por todo el mundo, habiéndose hecho célebres en él aun los que en la rota de tan gran fortuna pudieron lograr los menores vestigios de ella.

CAPÍTULO VI.

Consejo y parecer de los grandes sobre declarar sucesor á Alexandro.

Pero volviendo á Babilonia, de donde nos hemos apartado, convocaron en ella para el alojamiento del rey las guardas de su persona á los grandes y á los oficiales del ejército, á quienes siguió considerable muchedumbre de soldados deseosos de saber quién sucedería en tan gran poder. No podían llegar muchos, respecto del demasiado tropel, por lo cual dijo un heraldo en alta voz, que no entrasen más de los que eran llamados. Pero faltando quien los contuviese en obediencia, todos se burlaron de la prohibición. Llegóse á esto el renovarse allí los llantos y los gemidos de todos, sin que se hubiesen podido templar hasta que el cuidado de los intereses públicos dió treguas á ellos y lugar al silencio. Entonces Pérdicas expuso á vista del vulgo la silla real en que estaba la diadema, el manto y las armas de Alexandro, entre las cuales puso el anillo que le había dado el día antes. A vista de cuyos objetos volvieron á renovar su llanto y sus gemidos, no de otra suerte que cuando lloraron su muerte, hasta que Pérdicas empezó á hablarlos así:

«Pongo en vuestro poder el anillo que el rey me dió al tiempo de su muerte, con el cual sellaba sus órdenes y mantenía su autoridad. No sé que el cielo en su mayor indignación contra nosotros pudiera habernos enviado igual calamidad á la de la pérdida de tan gran príncipe; pero si consideramos la grandeza de lo que ha ejecuta-

do, es preciso que creamos que los dioses le habían dado como de prestado al mundo, y que habiendo obrado las maravillas que hemos visto, le restituyeron al cielo, de donde le enviaron; por lo cual debemos, no quedándonos otra cosa que lo que se sustrae de la inmortalidad, atender primeramente á satisfacer en cuanto nos sea posible las obligaciones que nos corren á su cuerpo y á su memoria, y después considerar en qué ciudad nos hallamos, en medio de qué pueblos, qué rey, y qué apoyo hemos perdido. Lo que debemos hacer, ¡oh compañeros míos!, es asegurar nuestras victorias entre las que hemos vencido. Para esto necesitamos de una cabeza, pues sin ella no ignoráis que cualquiera ejército es un cuerpo sin alma. De vuestro arbitrio pende elegir ésta ó muchas. Roxanes se halla embarazada de seis meses; permitan los dioses que nos gobierne el que naciere cuando tenga edad para poderlo hacer, en cuyo ínterin es preciso que determinéis de quién hemos de fiar la regencia.»

Esto fué lo que Pérdicas les representó, á que Nearco se opuso, diciendo que ninguno pondría en duda que heredaría el reino quien fuese de la sangre de Alexandro, pero que era impracticable, así en el genio de las macedones como en el estado presente de los intereses, esperar para él á quien no había nacido, excluyendo al que lo estaba; y que pues el rey había dejado un hijo, habido en Barcines, sería más conveniente coronarle.

Disgustó tanto á todos esta proposición, que dando en sus escudos con los cabos de los dardos, no cesaban de murmurar de ella, destemplándolos tanto la tenacidad con que Nearco insistía en un dictamen, que fué preciso que tomase la mano Ptolomeo, el cual dijo:

«¡Por cierto que es muy digna estirpe la de los hijos de Roxanes, ó de Barcines, para que saquen de ella los

que han de mandar á los macedones, unos semiesclavos cuyos nombres apenas habrá quien se atreva aún á pronunciarlos en Europa! ¿Vencimos, por ventura, á los persas para sujetarnos á sus hijos, cuando aún Darío y Jerjes, poderosísimos y legítimos reyes, no pudieron conseguirlo con tan formidables ejércitos, así terrestres como marítimos? Mi dictamen es que se transfiera á palacio el tribunal, y que cuando se hubiere de deliberar sobre la gravedad de este negocio, se convoque el consejo; que en él no concurran más que los que le componían en vida de Alexandro, y que obedezcan los cabos y los capitanes las resoluciones que se acordaren en él con la mayor parte de los votos.»

Eran algunos del dictamen de Ptolomeo y pocos del de Pérdicas, pero levantándose Aristono, dijo que cuando se le preguntó á Alexandro que á quién dejaba por sucesor de la corona, respondió que al más digno; y que habiendo dilatado la vista por todos los que se hallaron presentes á su muerte y elegido entre todos á Pérdicas para entregarle su anillo, había declarado bastantemente en aquella demostración que en su aprecio ninguno lo era más, y consecuentemente que le destinaba por sucesor suyo.

Asegurados los más de que era cierto lo que decía, le intimaron que se pusiese en medio de ellos y que volviese á tomar el real anillo. Batallaba Pérdicas entre el deseo y la vergüenza, y discurriendo en que cuanto más rehusaba admitir lo que con tanta ansia apetecía, tanto más se le instaría porque lo aceptase, después de haber estado por algún rato irresoluble, se retiró, por último, detrás de los que había tenido á sus espaldas.

Entonces Meleagro, uno de los capitanes, valiéndose de la ocasión que le dió la irresolución de Pérdicas, dijo en altas voces: «No permitan los dioses que caiga

sobre tan débiles hombros la fortuna de Alexandro y el peso de tan gran imperio, el cual le juzgo por incapaz de que ningunas fuerzas humanas le sustenten. No hablo de los que se hallan aquí con más derecho que él, sino de todos los hombres valerosos que están presentes, contra cuya voluntad no se ejecutará nada. Importa poco que tengáis por rey al hijo de Roxanes, cuando le dé á luz, ó á Pérdicas, pues de cualquiera suerte usurpará éste el reino con el pretexto de la tutela. Por cuya razón no ha gustado de ninguno de los que se han propuesto, sino del que aún no está en el mundo, librando todo nuestro remedio en el parto de una mujer, en ocasión donde precisa á nuestra justa impaciencia la más urgente necesidad á que elijamos rey, como si tuviese por cierto que de él ha de nacer varón; pero ¿quién os asegurará que no le suponga é introduzca el que le antoje? Verdaderamente que si Alexandro le dejó por sucesor, sería la única orden suya que no debáis obedecer. ¿Cuánto más justo será ¡oh soldados! que presurosos os apoderéis de esos tesoros, pues es el ejército legítimo heredero de las reales riquezas que están en el campo?»

CAPÍTULO VII.

Saludan por rey algunos á Arideo, hijo de Philipo, á solicitud de Meleagro, de que se origina una guerra civil.

Dicho esto, pasó por en medio de las tropas, que estaban allí en orden de batalla; siguiéronle los mismos que le habían abierto lugar para que le hiciese, como encaminándose al pillaje, á que los habían incitado. Conque hallándose rodeado de un grueso de soldados armados, corría gran riesgo que la discordia pasase á sedición. Suspendióla empero cierto hombre de lo más ínfimo de la plebe y apenas conocido de alguno, el cual dijo:

«¿Qué causa os obliga á valeros de las armas, á empeñaros en una guerra civil, cuando tenéis entre vosotros el rey que buscáis? ¿No está aquí Arideo, hijo de Philipo, hermano de Alexandro, compañero suyo en los sacrificios y en los sagrados misterios, y el día de hoy único heredero suyo? ¿Qué ha cometido en ofensa vuestra que queréis usurparle tan injustamente el derecho que le da el común de las gentes? Porque si buscáis un rey como Alexandro, nunca le hallaréis, y si el más cercano á él, ninguno lo es más que éste.»

Miráronse al principio unos á otros, oída la proposición, que los dejó suspensos por algún rato, hasta que después prorrumpieron todos diciendo á gritos que era preciso llamar á Arideo, y que eran dignos de muerte los que habían ordenado la junta sin él. Pero Phitón, bañado en lágrimas, empezó á decir que con muy justa razón podía quejarse Alexandro de que le hubiese usur-

pado la muerte el fruto del afecto de tan buenos ciudadanos y de tan generosos soldados, los cuales, atentos sólo al nombre y á la memoria de Alexandro, olvidaban lo que era más importante aun á su misma gloria.

No estaba tan oculta la malicia de estas palabras que no conociesen todos que se dirigían contra aquel juvenil príncipe á quien se le destinaba el imperio; pero granjearon antes el odio contra su autor que el desprecio de Arideo, á cuyo favor movieron la compasión y el afecto de la junta, de suerte que no cesando de decir á gritos que no consentirían reinase otro que él, el cual había nacido con aquella esperanza, le llevó inmediatamente Meleagro, declarado enemigo de Pérdicas, á palacio, donde hizo á los soldados le proclamasen rey debajo del nombre de Philipo.

Esta era la voz del pueblo, no empero el parecer de los grandes, entre los cuales Phitón, en cumplimiento de lo que habían resuelto con Pérdicas, nombró por tutores del infante que había de nacer de Roxanes á Pérdicas y á Leonato, ambos de la sangre real; declaró á Cratero y á Antipatro por directores de los negocios de la Europa, é hizo que reconociesen por rey á aquel renuevo de Alexandro. Meleagro, temeroso de que le sobreviniese lo que merecía, se retiró con los de su partido, si bien cobrando alientos después y llevando consigo á Philipo, forzó las puertas del palacio, donde le entró diciendo á gritos que la vigorosa edad de aquel príncipe autorizaba la elección del pueblo: que se acordasen que era sangre de Philipo é hijo y hermano de dos reyes, cuyas razones debían obligarlos á que á lo menos hiciesen experiencia de él y juicio por sí mismos, sin dejarse llevar de ajenos dictámenes.

No hay piélago que mayores olas ni más tempestuosas borrascas levante que las que suscita la muchedumbre oprimida y recelosa de que no subsista su nueva

libertad. Fueron pocos los que siguieron el partido de Pérdicas, á quien acababan de nombrar en la regencia, y más de los que se esperaron los que se llegaron al de Philipo. Si bien todo era irresoluciones y mudanzas, arrepintiéndose tan aprisa de lo que habían ejecutado como del mismo arrepentimiento que habían tenido: aunque por último fueron á dar en la real estirpe. Receloso Arideo de la autoridad de los príncipes, dejó la junta y se retiró, con cuya acción, en vez de entibiar el afecto de los soldados, se le avigoró tanto, que habiéndole vuelto á llamar, le pusieron las reales vestiduras de Alexandro, que estaban sobre la silla; á cuyo tiempo, habiéndose puesto Meleagro la coraza y tomado sus armas, le siguió, como capitán de sus guardas; y la falange, dando con las picas en los escudos, amenazaba destruir á cualesquiera que intentase usurpar la corona, á que tenía derecho, pues era preciso que ésta quedase en la real casa y en el legítimo heredero: que aun el mismo nombre de Philipo le hacía venerable, hallándose ellos acostumbrados á obedecer á los príncipes que le tenían, y que ninguno que no hubiese nacido para reinar se atrevió á tomarle.

Habíase encerrado Pérdicas en la sala donde estaba el cuerpo de Alexandro, bien receloso y asistido de seiscientos hombres escogidos. Llegósele Ptolomeo con toda la juventud de la corte; pero no habiendo resistencia que bastase contra el gran número de soldados que seguía á Philipo, derribadas las puertas, entró rodeado de una compañía de soldados bien armados y resueltos, de quienes era capitán Meleagro. Irritado Pérdicas de aquella violencia, salió de allí, haciendo que le siguiesen los que guardaban el cuerpo; pero los que habían entrado nuevamente, de tal manera cargaron sobre él y los que le acompañaban, que habiendo herido á muchos, se vieron precisados los más ancianos á levantar

las celadas para darse á conocer mejor, y pidieron á los que estaban con Pérdicas que excusasen llegar á las manos, y que cediesen al rey y al partido más fuerte.

Fué Pérdicas el primero que lo ejecutó, á quien siguieron los demás; los cuales, poniéndolos en sospechas de que se les disponía alguna traición las instancias con que los persuadía Meleagro á que no abandonasen el cuerpo de Alexandro, salieron por una puerta falsa y ganaron la otra parte del Eufrates. Siguió la caballería, compuesta de toda la nobleza, á Pérdicas y á Leonato, cuyo dictamen era abandonar á Babilonia y hacerse dueños de la campaña; pero no asintió á él Pérdicas, el cual, esperando que le asistiese también la infantería, se quedó en aquella ciudad, porque no se creyese que llevando consigo la caballería se separaba de las demás tropas.

CAPÍTULO VIII.

Opónense los principales capitanes á los artificios de Meleagro. Procura Arideo, deseoso de la paz, sosegar el tumulto, solicitando algún medio de satisfacción entre unos y otros.

Meleagro, entre tanto, no cesaba de incitar al rey á que dispusiese la muerte de Pérdicas, ponderándole que era el único medio de asegurar la corona, y era preciso que se librase de aquel ambicioso genio; que se acordase de lo que ejecutó con el rey, y tuviese por cierto que nunca podían ser seguros los que vivían recelosos. Aunque el rey no aprobaba este consejo, dió con oirle bastante ocasión á Meleagro para que teniendo por orden su silencio, enviase algunos soldados de su compañía á que llamasen á Pérdicas de parte del rey, mandándoles que le diesen muerte si mostraba alguna repugnancia en ejecutarlo. Advertido Pérdicas de la llegada de aquellos soldados, no teniendo consigo más que seis caballos de la compañía real, los esperó á pie firme en la puerta de su alojamiento; y después de haberlos tratado muy mal de palabra, y llamádolos verdugos y esclavos de Meleagro, de tal modo los amedrentó con la firmeza de su valor y con la ferocidad de su semblante, que perdidos de ánimo se encomendaron á la fuga. Hizo poner inmediatamente á caballo á aquellos mancebos, y acompañado también de algunos de sus amigos, pasó á buscar á Leonato, donde se puso en estado de defenderse por si le acometían. Divulgóse al día siguiente el peligro en que se había visto Pérdicas, y extrañándole los macedones, resolvieron irritados tomar satisfacción

de Meleagro, pasando tumultuosamente á la presencia del rey, á quien preguntaron si había mandado que se le llevase preso á Pérdicas. Respondióles que sí, pero que había sido á persuasión de Meleagro, y que debían sosegarse respecto de hallarse libre Pérdicas y de no haberle resultado daño alguno.

Despedidos de esta suerte, quedó Meleagro bien temeroso, mayormente viéndose abandonado de la caballería; y no sabiendo qué partido tomar, habiendo caído en la red que había armado á su enemigo, se mantuvo por espacio de tres días consultando consigo mismo lo que debía ejecutar. Conservábase aún alguna parte de aquella grande autoridad de Alejandro, porque los embajadores acudían al rey, el cual les daba audiencia; los capitanes asistían cerca de su persona, y los soldados hacían guardia á las puertas de palacio; pero veíase en los semblantes tan general inquietud y disgusto como el que pudieran mostrar en la última desesperación.

Desconfiaban unos de otros, de suerte que ninguno se atrevía á hablar ni á juntarse con sus más conocidos, viéndose precisados á conservar en sí sus pensamientos, sin permitir el menor desahogo á alguno de sus cuidados. Comparaban á aquel rey con el que habían perdido, y aumentaba su aflicción la gran diferencia que había de uno á otro, buscando en vano aquel príncipe debajo de cuyas órdenes habían triunfado del mundo. Considerábanse como abandonados y á merced de aquellas indómitas naciones, que tenían por enemigos, de quienes esperaban que vengasen en la primera ocasión que se les ofreciese los ultrajes que habían hecho de ellos. Hallándose, pues, con la aflicción de semejantes discursos, llegaron á decirles que la caballería que seguía á Pérdicas embargaba todos los mantenimientos que llevaban á la ciudad; de que se siguió en breves días la carestía y después el hambre, el cual les preci-

saba, ó á que se acomodasen á Pérdicas, ó á que tomasen las armas contra él. Llegóse á esto el haberse retirado la gente del campo á la ciudad, temerosa de los robos y daños que causaban y hacían los soldados, y el haber salido muchos de ella por falta de víveres y por creer que lo pasarían mejor en las vecinas que en la propia.

Los macedones, recelosos de que se alborotasen los habitadores, se juntaron en el alojamiento del rey, á quien propusieron enviase diputados á tratar con la caballería y á disponer que depusiesen las armas. Conforme el rey con este acuerdo, despachó inmediatamente á Pasas Tesalo, á Amisas Magalopolitano y á Perilao, que después de haber propuesto su comisión, llevaron por respuesta: «Que no dejarían las armas si primero no se les entregaba los autores de la división.» Con la cual, movidos de propio impulso los soldados, tomaron presurosos las armas, á cuyo ruido salió Philipo de palacio, y poniéndose á vista de todos, les dijo:

«Ninguna cosa nos conviene más que manteneros en sosiego, pues el que lo hiciere logrará el premio de los que combatieren entre sí. Sobre lo cual debéis considerar que habéis de contender con vuestros ciudadanos, y que si mostráis desesperar de algún ajuste, os precipitáis á una guerra civil. Solicitémosles antes segunda vez, que podrá ser que no habiendo aún dado sepultura al cuerpo del rey, pueda volvernos á unir este común oficio de piedad. Por lo que mira á mis intereses, desde luego los depongo todos; porque quiero antes renunciar el imperio, que no ser causa de que se derrame gota alguna de sangre de mis ciudadanos. Y así, os ruego que si consiste en esto el sosiego público, pongáis los ojos en otro que acierte á regirle mejor.» Y dicho esto, se quitó, vertiendo algunas lágrimas, la diadema, y extendiendo la mano en que la tenía, la ofreció al que se juz-

gase más digno que él de ella. La modestia y madurez de este razonamiento hizo concebir tan grandes esperanzas de aquel príncipe, cuyo merecimiento había tenido desconocido hasta entonces el esplendor de la gloria de su hermano, que se conformaron todos en que se ejecutase lo que había propuesto. Despacháronse, pues, los mismos diputados á Pérdicas y á Leonato, pidiéndoles por medio de ellos que admitiesen por tercer capitán á Meleagro. Obtuviéronlo fácilmente, porque Pérdicas no deseaba otra cosa que apartarle del lado del rey, previniendo que sola una cabeza no podía hacer resistencia á dos. Con lo cual salió Meleagro con la falange á encontrarle, encaminándose á él Pérdicas con la caballería; y habiéndose saludado recíprocamente de ambas partes, se juntaron, creyendo tuviese perpetua duración la concordia que ajustaron.

CAPÍTULO IX.

Pierde Pérdicas á Meleagro por cierta astucia que usó, y casi á trescientos hombres que le habían seguido.

Pero el destino del imperio macedónico había resuelto ya su ruina y derramado las semillas de las guerras civiles que le habían de destruir, porque no admitiendo las monarquías más que una cabeza que las rija, en ésta todos querían ser dueños de mandarla; y así unieron primero sus fuerzas y las dividieron después, y como en un cuerpo á quien se le carga de más peso que el que pude sufrir desfallecen los miembros oprimidos, así aquel imperio que pudiera mantenerse regido por solo uno, quedó arruinado por tantos. A vista de lo cual, debe con muy justa razón reconocer el pueblo romano su prosperidad á un príncipe que en medio de aquella tenebrosa noche, que creímos fué la última, se nos apareció como nuevo astro de feliz influencia; cuyo nacimiento iluminó al mundo más que el del sol, y dió á miembros tan divididos con horribles discordias una cabeza que los uniese. ¿Cuántos incendios no extinguió? ¿A cuántas espadas no embotó sus acerados cortes? ¿Y cuántas tempestades no calmó con tranquila serenidad? A cuyo gran beneficio debe su imperio, no sólo la gloria con que volvió á florecer, sino con la que hoy florece; y si los dioses no envidian la felicidad que reconocemos á tan augusta casa, espero que cuando no la prosperen con tan eterna sucesión como la solicitan nuestros votos, que sea á lo menos con larga y feliz duración.

Pero volviendo á tomar el hilo de la narración que me obliga á cortar la consideración de la felicidad pública, Pérdicas libraba su mayor bien en la muerte de Meleagro, por haber experimentado en él que su vanidad é infidelidad no le permitían dejase de maquinar siempre novedades, y reconoció que siendo su mortal enemigo nada le convenía más que desembarazarse de él; si bien gobernaba este intento con la profunda disimulación que era preciso para su logro. A cuyo fin sobornó secretamente á algunos de la caballería que mandaba para que se lamentasen públicamente de que se le hubiese dado la misma autoridad á Meleagro que á él. Noticioso de esto Meleagro, pasó colérico á quejarse con Pérdicas; el cual, mostrando gran admiración de lo que le refería, dió voces, se quejó é hizo cuanto le pareció conveniente á persuadirle su disgusto, resolviendo por último ambos que se prendiese á los autores de aquellos sediciosos intentos. A vista de cuyas demostraciones, abrazándole agradecido Meleagro, alabó sumamente su bizarría y estimó su afecto, quedando conformes en castigar á los culpados. Decretóse, pues, con el motivo de la discordia pasada, que convenía purificar el ejército conforme al estilo de su patria. Ejecutábanlo los reyes de Macedonia de esta suerte. Despedazaban una perra, cuyas entrañas esparcían por los dos extremos del campo adonde se había conducido el ejército, dentro de cuyo espacio estaban todas las tropas en orden de batalla, á una parte la caballería y á otra la infantería.

Llegado el día destinado para esta ceremonia, se puso el rey delante de la caballería, y los elefantes enfrente de la falange que mandaba Meleagro. No bien se hubo movido la caballería, cuando embargada de repentino pavor la infantería al ver delante de sí á sus enemigos nuevamente reconciliados, desesperaban tanto de todo

buen suceso, que estuvieron casi resueltos á volverse á la ciudad, respecto de la ventaja que daba la llanura á la caballería; pero considerando que era temeridad condenar por una ligera presunción la fe de sus compañeros, se mantuvieron firmes aunque con resolución de vender bien caras sus vidas en caso de que los acometiesen. Acercábanse ya unos á otros los batallones, cuando alargándose el rey con una de las alas de la caballería hacia la infantería, preguntó instigado por Pérdicas por los autores de la sedición para castigarlos (cuando debiera él protegerlos), amenazándolos de que si no se los entregaban haría pasar sobre ellos los caballos y elefantes.

Quedaron atónitos aquellos infelices de tan improvisado mal, y Meleagro sin aliento y sin consejo; si bien teniendo por mejor en aquel estado esperar antes á ver lo que disponía de ellos la fortuna que moverse á nada, se mantuvieron quietos. Entonces Pérdicas, reconociéndolos perdidos y en disposición de hacer de ellos lo que gustase, mandó sacar de los escuadrones hasta trescientos soldados que habían seguido á Meleagro cuando se retiró de la primera junta que se tuvo después de la muerte de Alexandro, y exponerlos á vista de todo el ejército á los elefantes, que los despedazaron á todos, sin que se opusiese á ello Philipo ó lo mandase embarazar, pues antes parecía por el suceso que autorizaba el hecho. Cuya acción fué de infeliz agüero y principio de las guerras civiles para arruinar el imperio de los macedones. Habiendo reconocido Meleagro, aunque muy tarde, los artificios de Pérdicas, se mantuvo con la falange, en cuyo tiempo no se atrevieron á hacerle daño alguno; pero poco después, viendo que sus enemigos tiraban á su ruina debajo del nombre del que había hecho rey, se acogió desesperado de todo remedio al templo, donde profanado su sagrado le dieron furiosos muerte.

CAPÍTULO X.

Divídese en muchas partes el imperio de Alexand.o. Dase la mayor á Arideo, y las provincias á los grandes del Estado. Llevan el cuerpo de Alexandro á Alejandría de Egipto.

Habiendo vuelto Pérdicas el ejército á la ciudad hizo juntar en ella á los principales de él, con cuyo acuerdo fué dividido el imperio de esta suerte: que se conservase en la persona del rey la soberana autoridad, y que Ptolomeo quedase sátrapa de Egipto y de todas las provincias de Africa que estaban debajo de su jurisdicción. Dióse la Siria y la Fenicia á Laomedón; la Cilicia á Philotas, y Licia, Pamphilia y la gran Frigia á Antígono. Fué Casandro enviado á Caria, y Menandro á Lidia. Obtuvo Leonato á Friginia menor, con toda la costa del Helesponto. Consignaron á Capadocia y á Paphlagonia á Eumenes, con orden de que guardase toda aquella región que se dilata hasta Trapesunta y de que hiciese guerra á Ariarathes, que era el único que no había querido sujetarse al imperio de los macedones. Nombróse á Phitón para el gobierno de Media y á Lisímaco para el de Tracia y de pueblos del Ponto contiguos á aquella provincia; ordenándose que los que mandaban á los indios, bactrianos, sogdianos y á otras naciones que habitaban hacia el mar Océano y Rojo quedasen en sus cargos, y Pérdicas al lado del rey por general de sus armas. Creyeron algunos que Alexandro dejó en su testamento distribuídas así las provincias, pero tenémoslo por falso, aunque hay autores que lo refieren.

Hecha, pues, esta división, gozaban todos de la porción que se les había señalado, habiendo quedado en estado de poderse conservar muy bien entre aquellos, pueblos, si fuese factible que se prescribiese á términos la desenfrenada ambición de los hombres; pues debajo del pretexto de servir á su señor se hallaban en posesión de grandes reinos, que gobernaban por sí, habiendo llegado desde la inferioridad de ministros á la superioridad de reyes, sin otro cuidado que el de reinar en paz, pues eran todos de una nación y tenían los Estados tan apartados unos de otros, que les faltaban enteramente las ocasiones para las menores discordias y disgustos; pero siendo infeliz propensión de nuestra humana naturaleza despreciar lo que se goza cuando se espera mejorar con el logro de lo que se apetece, mal podían vivir contentos con lo que la fortuna les había concedido, fuera de que creían les sería menos difícil aumentar los reinos de lo que les fué el adquirirlos.

Hacía siete días que estaba expuesto en el real solio el cuerpo del rey, sin que le hubiesen hecho las honras funerales, por no haberlo permitido el cuidado de los intereses públicos y el de dar providencia para el gobierno del Imperio; pero aunque no hay tierras donde sean más excesivos los calores que en Mesopotamia, á cuyo rigor mueren muchos animales si los sufren en campo raso, ni en donde sea tan ardiente el sol, el cual abrasa como el mismo fuego; dando lugar esto á padecer suma esterilidad de agua y á reservar para sí los naturales la corta porción que hay de ella, ocultándola de los extranjeros; reconociendo el cuerpo, le hallaron, no sólo entero y sin el menor indicio de corrupción, sino conservando en el rostro el mismo vigor que mantiene cualquier viviente. Por lo cual los egipcios y caldeos, á cuyo cuidado estaba embalsamarlo á su estilo, se hallaron remisos en ejecutarlo, creyendo que aún

alentaba; hasta que por último, después de haberle hecho oración y pedirle permitiese que llegasen á él mortales manos, lavado el cuerpo, le embalsamaron y le pusieron en un trono de oro, lleno de perfumes, con la diadema en la cabeza y todas las demás insignias del imperio.

Creyeron muchos que fué muerto con veneno que Jolas, hijo de Antipatro, su copero mayor, le dió por orden de su padre. Lo cierto es que en muchas ocasiones se dejó decir Alexandro que Antipatro aspiraba á á la corona; que era más poderoso de lo que era lícito á un gobernador; y que orgulloso con la victoria de Esparta pretendía haber alcanzado por sí lo que no lograba sino por la benignidad de su señor.

También se persuadieron algunos que llevaba Cratero cuando le despachó Alexandro con los soldados viejos orden para matarle. Afirman todos que el veneno que se engendra en Macedonia es el más eficaz y violento, que consume al mismo hierro, y que no se puede llevar sino en la uña de algún mulo. Llaman *styx* á la fuente donde corre tan mortal licor, el cual aseguran que le llevó Casandro y dió á su hermano Jolas, y que éste le introdujo en la copa en que bebió Alexandro la última vez; pero diérenle ó no el veneno, lo cierto es que la autoridad y el poder de los acusados suprimió bien aprisa esta voz; porque habiéndose apoderado Antipatro de Macedonia y de la Grecia, y sucedídole sus hijos, exterminaron toda la estirpe de Alexandro sin perdonar á los más remotos parientes. Ptolomeo, á quien en el repartimiento le consignaron á Egipto, mandó llevar el cuerpo á Memphis, y desde allí después de algunos años á Alejandría, donde se le hicieron cuantos honores eran debidos á su nombre y á su memoria.

FIN.

ÍNDICE DEL TOMO SEGUNDO.

LIBRO QUINTO.

LIBRO SEXTO.

LIBRO SÈPTIMO.

Págs.

LIBRO OCTAVO.

LIBRO NOVENO.

LIBRO DÉCIMO.

BIBLIOTECA CLÁSICA

OBRAS PUBLICADAS

Clásicos griegos

	Tomos.
HOMERO: *La Ilíada*	3
— *La Odisea*	2
HERODOTO: *Los nueve libros de la Historia*	2
PLUTARCO: *Las vidas paralelas*	5
ARISTÓFANES: *Teatro completo*	3
ESQUILO: *Teatro completo*	1
POETAS BUCÓLICOS GRIEGOS: *(Teócrito, Bión y Mosco)*	1
XENOFONTE: *Historia de la entrada de Cyro en Asia*	1
— *La Cyropedia*	1
— *Las Helénicas*	1
LUCIANO: *Obras completas*	4
PÍNDARO: *Odas*	1
ARRIANO: *Las Expediciones de Alejandro*	1
POETAS LÍRICOS GRIEGOS: *(Anacreonte, Safo, Tirteo, etc.)*	1
POLIBIO: *Historia romana*	3
PLATÓN: *La República*	2
— *Diálogos* (en publicación)	»
DIÓGENES LAERCIO: *Vidas de los filósofos más ilustres*	2
MORALISTAS GRIEGOS: *(Marco Aurelio, Teofrasto, Epicteto, Cebes)*	1
TUCÍDIDES: *Historia de la guerra del Peloponeso*	2
JOSEFO: *Guerras de los judíos*	2
ISÓCRATES: *Oraciones políticas y forenses*	2
EURÍPIDES: *Tragedias*	3

Clásicos latinos.

VIRGILIO: *La Eneida*	2
— *Las Églogas y Geórgicas*	1
CICERÓN: *Obras didácticas*	2
— *Obras filosóficas*	4
— *Epístolas familiares*	2
— *Cartas políticas*	2
— *Vida y discursos*	7
TÁCITO: *Los Anales*	2
— *Las Historias*	1
SALUSTIO: *Conjuración de Catilina.—Guerra de Jugurta*	1
CÉSAR: *Los Comentarios á la guerra de las Galias*	2
SUETONIO: *Vidas de los doce Césares*	1
SÉNECA: *Tratados filosóficos*	2
— *Epístolas morales*	1
OVIDIO: *Las Heroidas*	1
— *Las Metamorfosis*	2
FLORO: *Compendio de la historia romana*	1
QUINTILIANO: *Instituciones oratorias*	2
QUINTO CURCIO: *Vida de Alejandro*	2
ESTACIO: *La Tebaida*	2
LUCANO: *La Farsalia*	2
TITO LIVIO: *Décadas de la Historia romana*	7
TERTULIANO: *Apología contra los gentiles*	1
VARIOS: *Escritores de la Historia Augusta*	3
MARCIAL y FEDRO: *Epigramas y fábulas*	3
TERENCIO: *Las seis comedias*	1
APULEYO: *El asno de oro*	1
PLINIO EL JOVEN Y CORNELIO NEPOTE: *Panegírico de Trajano y cartas. Vidas de varones ilustres*	2
JUVENAL y PERSIO: *Sátiras*	1
AULO GELIO: *Noches áticas*	2
SAN AGUSTÍN: *La Ciudad de Dios*	4
AMMIANO: *Historia del imperio romano*	2
LUCRECIO: *De la naturaleza de las cosas*	1
HORACIO: *Obras completas*	2

Tomos.

Clásicos españoles.

CERVANTES: *Novelas ejemplares y Viaje del Parnaso* 2
— *D. Quijote de la Mancha*, con el comentario de Clemencín 8
— *Teatro completo* 3
CALDERÓN: *Teatro selecto* 4
HURTADO DE MENDOZA: *Obras en prosa* .... [illegible]
QUEVEDO: *Obras satíricas y festivas* 2
— *Obras políticas é históricas* 1
— *Política de Dios* 2
QUINTANA: *Vidas de españoles célebres* 1
DUQUE DE RIVAS: *Sublevación de Nápoles* 1
ALCALÁ GALIANO: *Recuerdos de un anciano* 1
MELO: *Guerra de Cataluña* .... [illegible]
VARIOS: *Antología de poetas líricos castellanos*, ordenada por Menéndez y Pelayo con estudios críticos del mismo 13
COLÓN: *Relaciones y cartas* 1
FERNANDO DE ROJAS: *La Celestina* 1

Clásicos ingleses.

MACAULAY: *Estudios literarios* 1
— *Estudios históricos* 1
— *Estudios políticos* .... [illegible]
— *Estudios biográficos* 1
— *Estudios críticos* 1
— *Estudios de política y literatura* 1
— *Discursos parlamentarios* 1
— *Vidas de Políticos ingleses* 1
— *Historia de la Revolución de Inglaterra* 4
— *Historia del Reinado de Guillermo III* 6
MILTON: *El Paraíso perdido* 2
SHAKESPEARE: *Teatro selecto* 8

Clásicos italianos.

MANZONI: *Los Novios* 1
— *La Moral católica* 1
— *Tragedias, poesías y obras varias* 2
GUICCIARDINI: *Historia de Italia* 6
MAQUIAVELO: *Obras históricas* 2
— *Obras políticas* 2
BENVENUTO CELLINI: *Su vida, escrita por él mismo* 2
TASSO: *La Jerusalem libertada* 2

Clásicos alemanes.

SCHILLER: *Teatro completo* 3
— *Poesías líricas* 2
HEINE: *Poemas y fantasías* 1
— *Cuadros de viaje* 3
GOETHE: *Viaje á Italia* 2
— *Teatro selecto* 2
HUMBOLDT: *Colón y el descubrimiento de América* 2

Clásicos franceses.

LAMARTINE: *Civilizadores y conquistadores* 2
BOSSUET: *Oraciones fúnebres* 1
MÉRIMÉE: *Colomba y otros cuentos* 1
REGNARD: *Obras escogidas* 3

Clásicos portugueses.

CAMOENS: *Los Lusíadas* 1
— *Poesías selectas* 1

Sánscrito.

Panchatantra, traducido por Alemany 1
Libro de las Leyes de Manu 1